

UNIVERSIDAD DE GRANADA
DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA



TESIS DOCTORAL

**TRUJILLO: EL FANTASMA Y SUS
ESCRITORES**

**(Análisis y sistematización
de la novela del trujillato)**

Ana Gallego Cuiñas

FEBRERO, 2005

“aquel que teniendo a su cargo una multitud fácilmente sumisa, no perdona la sangre de su misma raza, sino que, levantando falsas acusaciones, como suele suceder, lleva a sus adversarios a los tribunales y se mancha de sangre en ellos inmolando sus vidas y gustando de la misma sangre de su linaje con su boca y su lengua impuras. Su labor se cifra en desterrar y matar y en proponer el perdón de las deudas y el reparto de las tierras, por lo que no es extraño deba perecer a manos de sus enemigos, o convertirse en tirano”.

Platón, *La República*

“Una tierra cuya capa vegetal tiene debajo pólvora y candela, humo y sueño, sueño y pólvora, juntos”

Marcio Veloz Maggiolo, *De abril en adelante*

“Nadie que esté satisfecho es capaz de escribir, nadie que esté de acuerdo, reconciliado con la realidad, cometería el ambicioso destino de inventar realidades verbales”

Mario Vargas Llosa.

“La literatura hispanoamericana no es un mero conjunto de obras sino también las relaciones entre esas obras. Cada una de ellas es una respuesta, declarada o tácita, a otra obra escrita por un predecesor, un contemporáneo o un imaginario descendiente. Nuestra crítica debería explorar estas relaciones contradictorias y mostrarnos cómo esas afirmaciones y negaciones excluyentes son también, de alguna manera, complementarias”.

(Octavio Paz, *Inmediaciones*)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN: LA NOVELA DEL TRUJILLATO

1. INTRODUCCIÓN
2. LA NOVELA DEL TRUJILLATO: UN MOTIVO DE DISCUSIÓN
 - 2.1. LA NOVELA DEL TRUJILLATO TRAS LA CAÍDA DEL DICTADOR: EL SUPPLICIO DEL TÁNTALO
3. LA NOVELA DEL TRUJILLATO COMO NOVELA HISTÓRICA Y NOVELA DEL DICTADOR: CONSIDERACIONES TEÓRICAS
 - 3.1. NOVELA HISTÓRICA
 - 3.1.1. LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA
 - 3.2. LOS NEGOCIOS LITERARIOS DEL SEÑOR DICTADOR
 - 3.2.1. LA DICTADURA HISPANOAMERICANA
 - 3.2.2. LA NOVELA DEL DICTADOR Y LA CRÍTICA: DEL “SEÑOR TIRANO” AL “RECURSO DEL SUPREMO PATRIARCA”
 - 3.2.2.1. TRUJILLO NOVELADO: LA CONQUISTA POR LA PLUMA Y POR LA ESPADA
 - 3.2.3. NOVELA DE DICTADOR, NOVELA DE DICTADURA
4. EL DISCURSO NOVELÍSTICO DOMINICANO: PROBLEMAS Y DEBILIDADES
 - 4.1. LA NOVELA DEL TRUJILLATO: FALLOS Y DEFICIENCIAS
5. LA NOVELA DOMINICANA EN EL DEVENIR HISTÓRICO: MOVIMIENTOS LITERARIOS

6. LA NOVELA DEL TRUJILLATO ANTE LA CRÍTICA: ESTADO DE LA CUESTIÓN

7. ANOTACIONES METODOLÓGICAS

7.1. ELECCIÓN DEL CORPUS

7.2. ANÁLISIS Y SISTEMATIZACIÓN

7.2.1. PERIODIZACIÓN

7.2.2. TIPOLOGÍA

7.2.3. CARACTERIZACIÓN

CAPÍTULO I: “CÉSAR O NADA”. LA ESCRITURA DEL DITIRAMBO FRENTE A LA ESCRITURA DE LA RESISTENCIA (1930-1960)

I.1. RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO: HISTORIA DE UN GENOCIO

I.1.1. VIDAS ASESINADAS...CAUSAS DE UN ASESINATO: EL 30 DE MAYO

I.2. TRUJILLO: FIGURA CICLÓPEA DONDE LAS HALLA

I.3. AMBIENTE INTELECTUAL EN EL TRUJILLATO: LA MUTILACIÓN DEL ARTE

I.3.1. LOS ESCRITORES DOMINICANOS EN LA ERA DE TRUJILLO

I.4. LA NOVELA TRUJILLISTA: EL DISCURSO LITERARIO COMO PROPAGANDA

I.4.1. ECOS DE LA IDEOLOGÍA TRUJILLISTA

I.5. ENTRE EL TRUJILLISMO Y LA CRÍTICA VELADA AL AUTORITARISMO

I.5.1. HACIA UNA LECTURA ANTITRUJILLISTA

I.5.2. HACIA UNA LECTURA TRUJILLISTA

I.6. LAS TRES CARAS DE LA VERDAD: *EL MASACRE SE PASA A PIE, CEMENTERIO SIN CRUCES Y LA FIESTA DEL REY ACAB*

I.6.1. LA CRÍTICA VELADA BAJO EL CAJÓN: *EL MASACRE SE PASA A PIE*

I.6.2. LA CRUZ DEL EXILIO CONTRA EL CEMENTERIO DE TRUJILLO:
ANDRÉS REQUENA

I.6.3. LA FIESTA DE LA “NOVELA DEL DICTADOR” ACAB

I.7. EL ESPAÑOL ABANDONA LA ISLA EN ATAÚD: *LOS TRES SALEN
POR EL OZAMA*

CAPÍTULO II: ENTRE EL NACIONALISMO Y LA MODERNIDAD (1961-1979)

II.1. PANORAMA POLÍTICO: BREVE TURBULENCIA
REVOLUCIONARIA Y LARGO ORDEN REACCIONARIO

II.1.1. LA REVOLUCIÓN DEL 65

II.1.2. BALAGUER: EL MISMO PERRO CON DISTINTO COLLAR

II.2. LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN EN LA
NOVELA

II.2.1. LA NOVELA BÍBLICA Y LA DENUNCIA DEL TRUJILLATO (1961-
1964)

II.2.2. HACIA LA EXPERIMENTACIÓN ESTÉTICA Y LA INVECTIVA
DEL TRUJILLATO (1965-1979)

II.2.2.1. LA NOVELA DEL TRUJILLATO, NOVELA DE DICTADURA

A) HACEDORES DEL TRUJILLISMO: MILITARES, FUNCIONARIOS,
ESPÍAS, CRIMINALES

B) LA VENGANZA DEL PUEBLO: LA NARRACIÓN DE LOS REBELDES

C) RETRATOS DEL DESMESURADO ABUSO DE PODER DEL TRUJILLATO

D) EL DISCURSO PESIMISTA DE LA HISTORIA DOMINICANA: *SIN
ESPERANZA, CON CONVICCIÓN*

*II.2.2.2. TRATAMIENTO EPISÓDICO DEL TRUJILLATO: EL ESCUPIDO,
DE ABRIL EN ADELANTE Y PISAR LOS DEDOS DE DIOS*

II.2.2.3. PRESENCIA DE TRUJILLO EN EL DISCURSO LITERARIO

II.2.3. LAS TINIEBLAS DEL PATRIARCA

II.2.4. LA EXPERIMENTACIÓN LITERARIA AL SERVICIO DEL TRUJILLATO

CAPÍTULO III: DEL SENTIMIENTO PESIMISTA DE LA VIDA (1980-1989)

III.1. SINOPSIS DE LA REALIDAD POLÍTICA DOMINICANA DE LOS OCHENTA

III.2. EL HORIZONTE LITERARIO: ANCLAJES PASADOS Y NUEVAS PERSPECTIVAS DE FUTURO

III.2.1. LA VINDICACIÓN DEL TRUJILLISMO

III.2.1.1. MEDALAGANIO O LA PASIÓN DEL DICTADOR

III.2.1.2. LA NOCHE QUE TRUJILLO VOLVIÓ MENOS TRUJILLO QUE NUNCA

III.2.1.3. LA NOCHE DE TRUJILLO: RELATO DE UN MAGNICIDIO

III.2.2. NOVELAS DE LA DICTADURA: CONTINÚA LA LUCHA A CUERPO CONTRA EL TRUJILLISMO

III.2.2.1. LA NARRACIÓN DE LA OPOSICIÓN

III.2.2.2. ABUSO DE PODER SOBRE EL PUEBLO

III.2.2.3. EL MILITAR: SÍMBOLO ORONDO DE LA VIOLENCIA DEL RÉGIMEN

III.2.3. EL TRATAMIENTO EPISÓDICO DEL TRUJILLATO: *SÓLO CENIZAS HALLARÁS Y CURRÍCULUM*

III.2.4. NOVELAS DEL DICTADOR REALMENTE MÁGICAS

III.2.4.1. LA BIOGRAFÍA DIFUSA DE SOMBRA CASTAÑEDA

III.2.4.2. EL REINO DE MANDINGA

III.2.5. LOS PERROS DEL SEÑOR BERNARDO VEGA: UN CASO ESPECIAL

CAPÍTULO IV: EL BOOM DE LA NOVELA DEL TRUJILLATO (1990-2000)

IV.1. SITUACIÓN POLÍTICA: EL ADIÓS DEFINITIVO DE BALAGUER

IV.2. LA EXPLOSIÓN EDITORIAL DE LA NOVELA DEL TRUJILLATO

IV.2.1. TRATAMIENTO DEL PESIMISMO DOMINICANO

IV.2.2. LAS TRES VOCES DEL DICTADOR

IV.2.2.1. LA VOZ DE TRUJILLO

IV.2.2.2. LA VOZ DE LA MUJER: DE LA SEDUCCIÓN A LA VIOLACIÓN

IV.2.2.3. LA VOZ DEL PERSONERO

IV.2.3. NOVELAS DE LA DICTADURA, NOVELAS CORALES

IV.2.3.1. LA DENUNCIA DE LA REPRESIÓN Y EL ABUSO

IV.2.3.2. LAS MIRABAL Y GALÍNDEZ: UN DUÓ DE ÉXITO

IV.2.3.3. CONJURAS Y CONJURADOS

A) CONJURAS

B) CONJURADOS

IV.2.4. NOVELA DEL DICTADOR: *MUSIQUITO*

IV.3. NOVELAS DEL TRUJILLATO ESCRITAS POR PLUMAS FORÁNEAS

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

APÉNDICE

1. UNA CRONOLOGÍA DEL TRUJILLATO
2. TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTAS SEMI-ESTRUCTURADAS A ESCRITORES Y CRÍTICOS DOMINICANOS

Introducción:

LA NOVELA DEL TRUJILLATO

1. INTRODUCCIÓN

Este capítulo introductorio pretende esclarecer el objeto del estudio condensado en estas páginas: la “novela del trujillato” desde los albores de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo hasta nuestros días, cuya justificación reside en una realidad incuestionable: la abrumadora cantidad de este tipo de publicaciones en dicho lapso temporal y la falta de un estudio científico que la delimite. Así, el objetivo de esta Tesis es orillar estas ausencias críticas -en aras de otorgarle el lugar que merece no sólo dentro del andamiaje literario dominicano, sino caribeño e hispanoamericano-, y proceder a la investigación (clarificación, sistematización y análisis) del “fenómeno del trujillato” como discurso literario.

Para la absoluta comprensión de este proceso literario al que dio origen la tiranía de Trujillo y que ha continuado *in extenso* la pasada centuria, es necesario acometer la tarea de calibrar la dimensión y la presencia de este fenómeno en el discurso literario dominicano: Trujillo sigue vivo en la sociedad y en la literatura dominicana dentro y fuera de sus fronteras. Por este motivo, considero forzoso esbozar lacónicamente las directrices estéticas y temáticas de las letras dominicanas para, con posterioridad, apercebir -a través del estudio de un corpus extenso de novelas- la evolución interna de esta línea de escritura, indefectiblemente influida por el mandato trujillista y luego, por la historia política dominicana: el gobierno que ha dominado el escenario político insular de las últimas cuatro décadas: Balaguer y su neotrujillismo. Y es que “It would be practically imposible to refer to any aspect of Dominican life an culture without dealing with a political dimension”¹, la literatura dominicana no puede desvincularse del estudio de la historia del país.

En un principio puede parecer un proyecto excesivamente complejo por varios motivos: el amplio marco temporal del estudio -de 1930 hasta el año 2000, fecha de publicación de *La fiesta del Chivo*, última novela del trujillato,- que podría resultar inabarcable. Otra traba, reside en el hecho de que esta novela se inserta principalmente en el discurso literario dominicano, terreno ignoto y de escaso interés para gran parte de los críticos europeos e incluso hispanoamericanos. Consecuencia de esto último es el inmenso vacío de producción científica sobre este asunto del trujillato que encontré no

¹ Estrella Betances de Pujadas, *The influence of Rafael Trujillo in dominican literatura*, Columbia University, 1991. Dissertation.

sólo a un nivel internacional –puesto que ya existen nítidas deficiencias con respecto a la literatura dominicana en general- sino a nivel nacional: es palpable el exiguo desarrollo de la novelística dominicana y de un aparato crítico literario sólido. Contrariamente, las novelas del trujillato escritas por autores no dominicanos no presentaron ningún problema, pues esta temática “ha trascendido las fronteras dominicanas”² y ha sido abordada por escritores de la talla de Mario Vargas Llosa, Manuel Vázquez Montalbán y Julia Álvarez. No obstante, y a pesar de las incertidumbres que asoman en el acercamiento a un fenómeno literario sucintamente estudiado, a un objeto que había de parecer una esfinge imposible de descifrar por la heterogeneidad de los modelos discursivos a los que me enfrentaba, decidí embarcarme en este proyecto, ciertamente extenuante. Esta investigación no pretende ser exhaustiva –aunque sí pretende defender y demostrar su validez- sino que se trata del paso previo necesario para la completa intelección de este fenómeno que ha de llegar a través de diversos estudios y trabajos –de rigor científico- que habrían de completar este análisis, que debe ser entendido como un punto de partida. Ciertamente, el reconocimiento de la existencia de este tipo de temática en la narrativa dominicana es unánime, pero aún existen lagunas: la falta de una definición cabal, de una descripción, y de una explicación y estudio en profundidad de la misma. La representación literaria del trujillato es el eje de un conjunto de textos que poseen unas características específicas, que son identificables y que tienen su propia coherencia interna y líneas de evolución, tal y como trataré de ilustrar en el presente estudio.

La estructura del análisis que he llevado a cabo sigue una lógica discursiva de corte tradicional y diacrónico. Así, opero con la delimitación en periodos diferentes del corpus elegido, atendiendo a los rasgos intrínsecos de cada una de las novelas y a la división en decenios realizada por parte de la crítica literaria dominicana. Dentro de cada uno de estos bloques, primeramente procedo a bosquejar un panorama general de la situación política –pertinente por la presencia del balaguerato-, para posteriormente adentrarme en la exposición de las tendencias literarias en boga en esa etapa, explicativas de la proyección estética de las novelas del trujillato. A continuación acometeré la tarea del estudio de las obras, que se atiene a los planteamientos metodológicos y postulados analíticos en los que basaré esta exploración del proceso evolutivo del discurso del trujillato; detallados en el epígrafe final de esta introducción.

² Fernando Valerio-Holguín, “Trujillo en una escena de seducción: *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda” en *Caribe: revista de cultura y literatura*, no. 2, 2002-2003, pág. 27.

A grandes rasgos, contemplará la adhesión a las categorías de novela de dictador / dictadura y novela histórica/ nueva novela histórica; el tratamiento episódico o total del trujillato en el texto; los motivos literarios más recurrentes y si han sido escritas por autores dominicanos o foráneos, estableciendo las concomitancias y diferencias oportunas entre unas y otras. La estructura del análisis desciende de lo general a lo particular: desde un panorama conjunto hasta un examen pormenorizado de cada obra. De esta forma, espero dar cuenta de las características que definen este discurso y del proceso evolutivo del fenómeno, sin entrar en consideraciones estéticas ni en juicios de valor.

Por último, he de consignar que en esta introducción me ocuparé de la definición de mi objeto de estudio, en tanto que novela histórica y novela de dictador/dictadura, y trazaré un esquema general de la historia de la literatura dominicana, reparando en sus problemas y debilidades para que, de este modo, el lector pueda entender las deficiencias de la novela del trujillato. Finalmente, señalaré el “estado de la cuestión” – la relación bibliográfica de todo lo publicado sobre la novela del trujillato- e indicaré los postulados metodológicos que proporcionarán las coordenadas de referencia del desarrollo de la investigación.

2. LA NOVELA DEL TRUJILLATO: UN MOTIVO DE DISCUSIÓN

Es claro que, a pesar de que el trujillato haya desaparecido, se da en el discurso novelístico dominicano una repetición de esta temática que va siendo más persistente con el paso del tiempo, y que ya ocupa un lugar preeminente en la novelística insular. La dictadura de Trujillo encierra una serie de particularidades asombrosas que emanan de la figura excéntrica de un sátrapa impío, cuya crueldad mefistofélica desencadenó una interminable cascada de crímenes, tropelías, torturas, etc. Todo ello conforma una experiencia indeleble que provoca una reacción literaria frente a este hecho histórico, a la par que un anecdotario jugosísimo que sirven de inspiración no sólo para el escritor dominicano, sino también para el foráneo. Todos estos autores son artífices de lo que denomino “novela del trujillato”. Este término se revela amplio y ambiguo debido a una excesiva ambivalencia conceptual y a la inexistencia, por parte de la crítica, de un acuerdo en el uso de un determinado marbete para este fenómeno literario. En este sentido, hay que precisar que Neil Larson es uno de los primeros críticos que realiza un

acercamiento teórico a la narración del trujillato en su artículo “¿Cómo narrar el trujillato?”³, en el que utiliza la lexía “trujillato” para referirse a este período histórico. Otros estudiosos, en cambio, prefieren hablar de “narrativa de Trujillo”, “narrativa trujillista” o “narrativa trujilloniana”. Giovanni di Pietro, uno de los críticos de literatura dominicana más sobresalientes en el interior de la isla, ha calificado de “trujillista” a “toda novela escrita durante la Era de Trujillo, es decir, desde 1930 a 1961”⁴. Conforme a este criterio, incluye en dicha denominación tanto a obras críticas con el régimen, como a *Cementerio sin cruces* de Andrés F. Requena, o novelas que no abordan el tema del trujillato, tales como *Jengibre* o *Los enemigos de la tierra*. Pero inserta una segunda acepción: “trujillista es, más específicamente, aquella novela que trata del régimen de Trujillo, alaba la obra del dictador y repite todos los lugares comunes de la propaganda de la Era. En este caso, una “novela trujillista” es simple y llanamente una novela propagandística. Su existencia está determinada por el trujillismo y, por consiguiente, no puede existir sin esa ideología, aunque sí fuera del período histórico de la dictadura”⁵. Y es a esta segunda definición a la que me atengo en la delimitación de lo que considero la novela trujillista, ya que es la que condensa el análisis morfológico de la lexía⁶. Utilizar este vocablo atendiendo a la acepción primera de Di Pietro podría llevarnos a equívocos a un nivel metodológico y crítico, por eso conviene descartarla.

Así pues, esta “novela trujillista”, acapara mayoritariamente los discursos escritos durante la tiranía, ya que tras la muerte del sátrapa sólo encontramos tres textos novelísticos que reproducen el esqueleto ideológico trujillista: *La noche en que Trujillo volvió* de Aliro Paulino hijo, *Medalaganario* de Gimbernard y *Relato de un magnicidio* de Emilio de la Cruz Hermosilla. El resto de novelas escritas y editadas en el transcurso del régimen que no tienen un nítido correlato con el mismo -ya sea para adherirse a su aparato político o para desdeñarlo- no comportan el objeto de este estudio, puesto que no se adaptan a lo que entiendo como “novela del trujillato”. Es por este tipo de

³ Neil Larson, “¿Cómo narrar el trujillato?” en *Revista Iberoamericana*, no. 142, 1988, págs. 89-98.

⁴ Giovanni Di Pietro, “La novela trujillista” en Diógenes Céspedes *et al.*, *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1994, pág.205.

⁵ *Ibid.*

⁶ “Con -ista se construyen adjetivos que pueden substantivarse, y cuya significación es la de ‘partidario, seguidor, aficionado, etc’, a veces con su correspondiente sustantivo en -ismo” en Manuel Alvar Ezquerro, *La formación de palabras en español*, Arco-libros, Madrid, 1993.

impresiones terminológicas, por lo que me veo obligada a consignar escuetamente varios puntos esenciales de la discusión sobre el sintagma.

En primer lugar, sostengo que el sintagma “novela del trujillato” es el que mejor describe este fenómeno literario, el cual -en una primera aproximación axiológicamente neutra- se entiende como, de manera espontánea y natural, el hábeas de novelas cuya temática se centra en el período del trujillato –dictadura del dominicano Rafael Leónidas Trujillo que se extiende desde 1930 a 1961-, así definido en términos histórico-políticos. En segundo lugar e ineludiblemente, es necesario proceder a delimitar la propia estructura prepositiva de este sintagma, lo cual me lleva a analizar la raíz funcional -en sentido gramatical- para así salvar el obstáculo de la imprecisión terminológica. El genitivo representado por el sintagma preposicional sería en este caso, “de materia”, ya que “señala la materia o el contenido que afecta al referente representado por el sustantivo nuclear de la construcción”⁷, y demarcaría un ámbito estrecho de inclusión, al que se vinculan tan sólo las novelas cuyos temas o asuntos tienen relación directa con el trujillato. El sustantivo “trujillato”, también merece un interludio: es un derivado del nombre “Trujillo” al que se añade el sufijo: -ato, “sufijo de origen desconocido”⁸. La *lexía* emite directamente a otra, “*triumvirato*”: magistratura de la antigua Roma en la que intervenían tres personas. Así la analogía es integral entre el régimen romano y el trujillista, ya que se trataría en el caso dominicano, de una magistratura en la que la única intervención posible es la de “Trujillo”⁹.

2.1. LA NOVELA DEL TRUJILLATO TRAS LA CAÍDA DEL DICTADOR: EL SUPPLICIO DE TÁNTALO

Como Tántalo, el dominicano se ve ineluctablemente avocado a tener una gran roca suspendida en su cabeza, siempre a punto de aplastarlo. Esta gran roca es la dictadura trujillista, que sigue planeando sobre la estela política y literaria quisqueyana tras el tiranicidio y que se entiende como el “castigo” que impone la egregia historia de la República Dominicana por los pecados cometidos. El escritor entonces halla en la

⁷ Alcina Franch y J. M. Blecua, *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1980, pág. 940.

⁸ M. Alvar y B. Pottier, *Morfología histórica del español*, Madrid, Gredos, 1993.

⁹ Nótese también a este respecto, que existe un gran volumen de obras que dan fe de una semejanza nítida entre Trujillo y emperadores romanos de la talla de Julio César y Calígula, la cual reside sin duda en el abuso del poder, la maldad impía y la extrema dureza de los métodos de gobierno.

literatura una vía para exorcizar los demonios que invocó Trujillo y su régimen y de esta manera acabar con la excrecencia monstruosa de una tragedia de treinta y un años:

The number of authors and frequency of recurrence of these topics related to the ousted regime correspond generally to the duration of the regime and the intensity of its rule. The longer in power and the stronger the abuses of power, the deeper the traumatic experiences in the population. Therefore, whitening about these topics and including these themes become an escape valve for the accumulated feeling and anxieties the people had to suffer during the regime¹⁰.

La novela del trujillato, como he adelantado, no sólo se halla en los años de la tiranía, sino que se continúa produciendo hasta el presente año, convirtiéndose así en el discurso literario que domina las letras dominicanas a partir de 1961, ya que este período “se ha convertido, para una gran parte de los dominicanos y las dominicanas, en un trauma histórico a causa del terror, las torturas, los asesinatos y la represión generalizada de la población civil a manos del Servicio de Inteligencia Militar”¹¹. Una obstinación literaria que se repite incesantemente fundamentalmente en la segunda mitad del siglo pasado, ya que las condiciones políticas impetuosas que generó el régimen de Trujillo únicamente permitía la circulación en la isla de discursos que reprodujeran su ideología ínsita. Ningún novelista durante el gobierno de Trujillo osó denunciar visiblemente los múltiples atropellos y accesos de violencia cometidos a diario y, los pocos que se atrevieron lo hicieron de forma subrepticia. Tan sólo el exilio –o incluso el suicidio- se izaba como válvula de escape, e incluso tampoco salían impunes los valientes exiliados que escribían libelos en contra del “Benefactor de la Patria”, como los casos de Andrés F. Requena y Jesús de Galíndez, pues no existía subterfugio alguno para aquellos que disentían del tirano.

Trujillo sigue vivo en el ámbito político dominicano y esto supone una explicación más que da habida cuenta de la abundante plasmación literaria del fenómeno. Roberto Cassá, importante analista político dominicano, señala esto mismo: “A cuarenta años de la eliminación física de Rafael Leonidas Trujillo, se mantienen no

¹⁰ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, págs. 8-9.

¹¹ Fernando Valerio-Holguín., “En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez: una reinterpretación de la historia” en *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, 27-1, 1998, pág. 92.

pocos aspectos del legado dejado por la dictadura que dirigió”¹². Después de la caída del dictador, la izquierda no encontró una vía de legitimación de sus presupuestos debido a la poca experiencia política, al desconocimiento del esqueleto teórico de la misma, y a las continuas luchas internas. Los trujillistas en cambio, fueron recomponiéndose y hallaron en Balaguer el líder que podía favorecer sus intereses. Un líder que presentaba un programa político con briznas progresivas y democráticas, encubriendo un autoritarismo sustentado en la ilegalidad y la corrupción que reemplazaba al crimen trujillista. Así, Balaguer llegó al poder en 1966 apoyado por los EE.UU de Norteamérica, los remanentes trujillistas y por una campaña de autoreivindicación que se basamentó principalmente en la publicación inglesa en ese mismo año, del libro de Crassweller, *Trujillo. The life and time of a caribbean dictator*, en el que aparece la figura incólume y acrisolada de un Joaquín Balaguer que se fragua al socaire de los vejámenes y del martirologio trujillista. A decir del crítico e intelectual dominicano José Israel Cuello, la mano de Balaguer participó muy activamente en la redacción de este manuscrito, y lo constata la aparición de datos que sólo podían ser conocidos de primera mano por personas muy cercanas al tirano, tan cercanas como el propio Balaguer. Durante su mandato de los “Doce años” el “cortesano de Trujillo” emprendió un gobierno donde el clientelismo, el reparto de dádivas a cambio de activismo político y la represión policial por el incremento de la violencia, eran el “pan nuestro” de cada día. Esta cruenta realidad se traduce en un desencanto de la población que culmina con la llegada a la presidencia del PRD en 1978, por un lapso breve de tiempo, tras los que retoma el poder Balaguer. Este estado de escepticismo político dominicano ha desencadenado el reclamo del pasado trujillista, y enuncia al respecto Roberto Cassá: “En la medida en que ha transcurrido el tiempo y ha mermado entre la población el peso de las generaciones que conocieron el régimen de Trujillo, ha ido creciendo una mirada nostálgica del pasado. Dentro de la cotidianidad, frente a los problemas, se ha hecho corriente la expresión de que hace falta un nuevo Trujillo”¹³. El paso del tiempo ha desdibujado el utillaje mefistofélico y represivo de Trujillo, la juventud dominicana no conoce en todas sus dimensiones la virulencia de este pasado puesto que el “sistema

¹² Roberto Cassá, “Algunos componentes del legado de Trujillo” en *Iberoamericana*, 3, 2001, pág. 113.

¹³ *Ibid.*, pág. 123.

educativo no provee claves para la formación crítica, lo que tiene incidencia en las dificultades para la conceptualización del pasado histórico”¹⁴.

Por otra parte, es lugar común en el imaginario dominicano el supuesto de que al menos durante el trujillato existía menos corrupción administrativa, un patriotismo que se traduce en preocupación por el pueblo, menor índice delictivo, *id est*, mayor seguridad pública, supresión de la deuda externa, etc., y así resulta magnificada la proyección actual de Trujillo¹⁵, y evaluada positivamente esta etapa histórica. Asombrosamente, la caída de la dictadura y la llegada de la democracia no consiguen eliminar el peso de la ideología trujillista en la sociedad dominicana, y Di Pietro así lo apunta: “Los cambios que han ocurrido en la República Dominicana son esencialmente cambios superficiales. La herencia trujillista queda todavía en el aire; si no en el miedo, queda por cierto en la corrupción, en la falta de patriotismo, en la total ausencia de amor hacia lo suyo por parte de los dominicanos”¹⁶. Esta realidad explica en parte el fenómeno importante de la emigración dominicana y de que algunos deseen el retorno de Trujillo. Síntoma de este ambiente -la nostalgia del pasado trujillista o la necesidad de recuperar una etapa desconocida para los jóvenes isleños-, es la sucesión de reediciones y publicaciones literarias -lo que he llamado “novela del trujillato”- e históricas -en la mayoría de los casos se reducen a anecdotarios y testimonios inocuos- sobre Trujillo y su mandato.

A modo de resumen -y para lograr la completa intelección del significado de la novela del trujillato- de todo lo expuesto acerca de las causas de la persistencia temática del trujillato a lo largo de casi todo el transcurso del siglo XX, desplegaré una batería de razones que parten de postulados recogidos en *Narrativa de la dictadura y crítica literaria* de Carlos Pacheco¹⁷, donde se explica los resortes que mueven a los autores

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ Pero tal y como enuncia Frank Moya Pons: “Puede decirse que Trujillo recibió, en 1930, una sociedad tradicional, biclasista, provinciana, atrasada y pobre, y dejó al morir una sociedad en transición pero subdesarrollada, con un capitalismo deformado por un desarrollo industrial monopolista que al poner el control de los recursos del país en manos de una familia absolutamente inescrupulosa, privó a la nación de la oportunidad de experimentar un desarrollo económico armónico, dejando al país en una situación de singular semejanza, a escala diversa claro está, con muchas de las sociedades latinoamericanas contemporáneas” en *Modernización y cambios en la República Dominicana* en Bernardo Vega y otros, *Ensayos sobre cultura dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1981, pág. 229.

¹⁶ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 40.

¹⁷ Carlos Pacheco, *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987.

hacia la temática dictatorial en la literatura latinoamericana y que son aplicables al contexto dominicano:

1. El escritor ve en la palabra escrita, en la ficción literaria, un arma arrojada contra el tirano, de denuncia, movilización y agitación social. Esta actitud que usa la literatura como espada contra Trujillo y su aparato de gobierno, aflora en el período dictatorial (Andrés Requena, Galíndez, etc) y en décadas posteriores. Así, aceptamos el corolario de que ésta es la “primera y más genérica explicación del surgimiento y supervivencia de la narrativa de tema dictatorial”¹⁸, ajustable a la narrativa del trujillato como novela de dictador. Igualmente, se correlaciona con la pervivencia de la novela del trujillato tras la caída del tirano, pues sigue vivo en el imaginario del pueblo y encarnado en la figura de Balaguer y su política neotrujillista, contra la que también lucha el pueblo dominicano. Veloz Maggiolo en una entrevista postula:

*La literatura dominicana ha estado dominada por dos acontecimientos globales muy poderosos: por los gobiernos de Joaquín Balaguer después de la guerra de abril que mantuvieron y mantienen hasta hoy un neotrujillismo que comienza a difuminarse y por la dictadura de Trujillo anterior, que todavía es una fuente importante*¹⁹.

2. El carisma de estos caudillos y dictadores ha ejercido una atracción inconmensurable para los novelistas, pues ofrece “un rico botín anecdótico”²⁰, materia prima para la narración ficcional. Carlos Pacheco señala a Trujillo, entre Gómez o Estrada Cabrera²¹, como uno de los más estrambóticos y “apetitosos”

¹⁸ *Ibid.*, pág. 30.

¹⁹ Rita de Maeseneer, “Entrevista con Marcio Veloz Maggiollo” (7 de abril de 2003) en www.cielonaranja.com . www.cielonaranja.com/demaeseneermaggiollo.htm. 26/98/2004, pág. 3-4.

²⁰ Osvaldo Rodríguez Pérez dice que es precisamente esta circunstancia “extraliteraria” y su “realización novelesca” la que dota a este tipo de discurso de una “especial disposición carnavalesca” en “Dos modelos de la novela de la dictadura hispanoamericana: *Tirano Banderas* de Valle Inclán y *El Señor Presidente* de M. A. Asturias” en *Alpha*, vol. 11, 1995, pág. 42.

²¹ Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, coinciden con Pacheco en el lugar destacado que ocupa este trío en la producción literaria hispanoamericana: “Alrededor de las figuras de Gómez, Manuel Estrada Cabrera (1857-1923), Rafael Leonidas Trujillo (1891-1961) y otros destacados dictadores hispanoamericanos se construye una cuantiosa obra narrativa”, obra que cariz panfletario, según ambos críticos. En Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, “El dictador hispanoamericano como personaje literario” en *Latin American Research Review*, no. 36, pág. 80.

para el escritor, debido a su inclinación por lo teatral y la parafernalia, que hace que muchos lectores creen que relatos biográficos sobre éste son obras de ficción total²². Y es que esta “preferencia por un correlato referencial del pasado no les impide a estos narradores establecer –indirecta, pero certeramente- posiciones críticas sobre la situación política presente”²³, que en el caso de la novela del trujillato –esta recuperación del pasado trujillista- se entiende como una crítica al gobierno de Balaguer, como ya he apostillado. Por todas estas razones defiendo que el discurso novelístico del trujillato es un discurso de raigambre política que guarda estrecha relación -en su producción, gestación y enfoque- con los períodos de gobierno de Joaquín Balaguer. Este asunto será tratado con posterioridad.

3. Como tercer elemento explicativo de esta narrativa, Pacheco habla del “carácter típicamente latinoamericano” de la figura del dictador. Esto lo hallamos en nuestra Quisqueya, donde la dictadura de Trujillo y su figura histórica representa una parte sustancial del proceso histórico dominicano, al igual que el dictador dentro del eje histórico latinoamericano. Carpentier habla de que en la novela *El Señor Presidente*, se construye al dictador como “arquetipo latinoamericano”, algo que él hará en *El recurso del método*. Asturias y Roa Bastos sostienen que los dictadores de sus obras son “mitos necesarios” (entendiendo la lexía “mito” en toda su riqueza polisémica) para la intelección y comprensión de la esencia de Latinoamérica. Trujillo es un mito necesario en la República Dominicana, y representa a su vez un “arquetipo” de dictador dentro de la isla y en el continente hispanoamericano, ya que a través de él y de su recuperación temática en la novela, se conoce y comprende la realidad dominicana. Es la expresión de la identidad del pueblo dominicano, como lo es la figura del dictador para el continente latinoamericano.

²² Véase Juan Liscano, “Sobre *El Señor Presidente* y otros temas de la dictadura” en *Cuadernos Americanos*, No. 2, 1958, págs. 63-75. En este artículo se aborda el cariz novelesco de la vida de algunos dictadores. También tener en cuenta algunas de las declaraciones de Mario Vargas Llosa sobre su novela. DESARROLLAR. Él decía que tenía que quitar anécdotas de Trujillo, precisamente porque no iba a ser creíble para el lector.

²³ *Ibid.* pág. 30.

3. LA NOVELA DEL TRUJILLATO COMO NOVELA HISTÓRICA Y NOVELA DEL DICTADOR: CONSIDERACIONES TEÓRICAS

3.1. NOVELA HISTÓRICA

Hasta este punto, hemos comprobado que esta novela del trujillato contemporánea puede considerarse como una suerte de “literatura de indagación” cuyos autores intentan captar, diagnosticar, interpretar y analizar una realidad histórica en crisis: “los escritores dominicanos, vinculados a la tradición latinoamericana de la novela historia, no cesaron en su preocupación por la re-escritura de la historia dominicana”²⁴. Nos encontramos en el caso de la novela del trujillato, ante un proceso de vindicación y recuperación del pasado trujillista -“trauma histórico”- cuyo objetivo es “interpretar o entender el pasado” que “ha estado presente en la literatura latinoamericana desde su iniciación”²⁵. Ahora bien: este tratamiento literario del trujillato va a conllevar, en la mayoría de los casos, una voluntad de compromiso histórico y esto hace que la tónica de la escritura del trujillato se constituya sobre la base de una intencionalidad socio-política. De este modo, el trujillato presenta una idoneidad indiscutible para acoger, exponer y reflexionar sobre los demonios políticos e históricos que los dominicanos quieren conjurar. Este anclaje con la historia determina que nuestra “novela del trujillato” se clasifique en buena parte de las ocasiones como “novela histórica”. Por lo tanto, entiendo que es preciso ahondar en el carácter intrínseco de lo que la crítica literaria denomina “novela histórica”, y determinar lo que comprende este sintagma para de esta forma, conseguir el pleno alcance conceptual de la totalidad de ésta, mi materia de estudio.

Así, es por todo el aparato crítico compartida la premisa de que la novela histórica es una ficción implantada en un marco histórico, que no pretende la exactitud ni la acumulación de datos, sino más bien la búsqueda y concreción de una capacidad evocadora en una atmósfera histórica dada. Pues bien, como sabemos, dicha novela

²⁴ Fernando Valerio-Holguín, “La historia y el bolero en la narrativa dominicana” en *Revista de Estudios Hispánicos*, no. 23, 1996, pág. 191.

²⁵ R. D. Souza, *La historia en la novela hispanoamericana moderna*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1988, pág. 11.

histórica ha ocupado un lugar preeminente en la producción literaria de América Latina²⁶, hasta tal punto que Karl Kohut sostiene que, en Latinoamérica, “la novela histórica constituye el fenómeno más saliente y más importante de la producción novelesca de los últimos años”²⁷. Este discurso, lejos de retomar el convencionalismo del género instaurado en el siglo XIX, se aparta notablemente de la novela histórica tradicional, tanto por su contenido como por su forma. Esto es fundamental, ya que las innovaciones en la novela histórica conciernen tanto a las características estructurales y formales de la misma, como a la manera de narrar la historia. Es por ello, por lo incluíré en este estudio un análisis histórico y político de las etapas a las que se vincula el corpus de textos narrativos escogidos en tanto que “novelas históricas”.

Entonces, habría que recalar en un lacónico repaso de la dirección crítica y teórica sobre el desarrollo de la novela histórica del siglo XX: de esta forma podremos conocer si nuestra novela del trujillato sigue los vectores literarios de este subgénero y captaremos la esencia conspicua, los rasgos y las características de este tipo de discurso dominicano. Hay que arrancar desde el siglo XIX –único camino posible en el cabal entendimiento de la novela histórica de la centuria anterior-, pues en la *Filosofía de la Historia* de Hegel, la historia, el tiempo histórico, se convierte en la categoría central de la verdad. Esto rompe radicalmente con toda la tradición metafísica occidental anterior y coloca a la verdad en el terreno de las acciones humanas; en el terreno de la temporalidad y de la propia historia. Una historia que se convierte en el espacio alternativo de lo sagrado, en la religión de los hombres que ya no creen en Dios, que ya no pueden creer en el cielo. Surge así el interés por la historia, pero también aparece el principio de nacionalidad y no por casualidad, pues tal interés estaba “vinculado a la búsqueda o a la definición de la identidad nacional”²⁸. Y es que es significativo que la gran novela histórica latinoamericana se plantee también los problemas de la construcción de la nación y de la construcción de imágenes de lo popular, alentada por los movimientos de corte revolucionario francés y estadounidense. Es decir, se pretende la construcción de lo nacional como colectividad unida por lazos históricos- y de lo popular como un espacio compartible de identidad -para distanciarse de la península-,

²⁶ S. Menton, *Latin Americans's New Historical Novel*, Austin, TX, 1993. Véase también, H. Hermans y M. Steenmeijer, *La nueva novela histórica hispanoamericana*, Ámsterdam- Atlanta, Rodopi, 1991.

²⁷ K. Kohut, *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt, 1997, pág. 20.

²⁸ R. D. Souza, *op. cit.*, pág. 17.

que crea un ambiente propio mirando hacia atrás y reproduciendo el periodo colonial y el precolombino. La literatura dominica hará lo propio en la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo a través de la novela indígena, cuyo máximo exponente es el adonado *Enriquillo* de Galván. En el siglo XX –aunque la novela histórica se valga de otra amplia gama de recursos como veremos- las letras quisqueyanas continuarán utilizando el discurso histórico como instrumento de esa búsqueda acezante de la identidad insular, de afirmación de lo nacional.

En el siglo XX se produce un cambio en los planteamientos formales de la novela histórica y en el modo de presentar el hecho histórico. En esta centuria se afirma que “La novela histórica es una afirmación de la narración como estructuradora del material histórico y como productora de sentido”²⁹. La idea de que el conocimiento histórico se produce “en” y “por” el lenguaje implica, sin lugar a dudas, una revolución para las concepciones tradicionales de la historia³⁰. Es más, probablemente la característica más importante del cambio de paradigma en la historia como ciencia, en la segunda mitad del siglo XX, consista en definir a “la historia como discurso y no como suceder. Esto no significa, como muchas veces se ha sugerido, que se ponga en cuestión la existencia del pasado, sino que expresa la convicción de que el pasado sólo es cognoscible a través del discurso. De ello se deduce que es el relato del pasado el que lo convierte en historia”³¹. Es por esta razón, por la que se van diluyendo los límites en el discurso historiográfico, tal y como expone Herrero-Olaizola: “Ya no se trata de una ficción que privilegia los hechos del discurso historiográfico y que mantiene -de acuerdo con este prestigio- una división entre el discurso ficticio y el discurso histórico; más bien, se apunta hacia la posibilidad de difuminar ambos, o mejor dicho hacia la imposibilidad de separarlos”³². Pero Oleza Simó³³, siguiendo a Jameson, matiza esta

²⁹ *Ibid.* pág. 5.

³⁰ Recordemos que el origen de la “nueva historia” se sitúa a finales de la década de los veinte, ligado a la *École des Annales*, asociada a su vez a M. Bloch y L. Febvre. En ella se pone en cuestión las explicaciones deterministas y se abogaba por la heterogeneidad y el análisis particularizado, desde la periferia y desde abajo.

³¹ R. D. Souza, *op. cit.* Pág. 5.

³² A. Herrero-Olaizola, *Narrativas Híbridas: Parodia y posmodernismo en la ficción contemporánea de las Américas*, Madrid, Verbum, 2000, pág.51.

³³ *Vid.* J. Oleza Simó, “El pasado, prehistoria literaria del presente” en J. Romera Castillo, F. Gutiérrez Carbajo y M. García-Page (eds.), *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996, págs. 81-95.

relación dialógica y nos dice que el giro hacia al pasado no estaría marcado por la historia, sino por el “*historicismo*” que hace que este pretérito se despoje de su valor referencial y se convierta en “una vasta colección de imágenes” en ruinas. Esta novela histórica de la posmodernidad es incapaz de representar el pasado real tal y como sucedió, porque sólo puede representar “nuestras ideas y estereotipos del pasado”. Dicha forma de entender la historia será compartida por gran parte del elenco de autores dominicanos que muestran la dictadura en sus novelas del trujillato como generadora de un mundo maniqueo en el que el tirano es enteramente deshumanizado, pues lo contrario hubiera supuesto otorgar concesiones inmerecidas al trujillismo.

Pero volvamos a la diferencia palpable que deslinda el discurso novelístico de la historiografía, en tanto en cuanto ambas son consideradas como narraciones. Robin Lefere privilegia una: en la novela “se representa el discurso de un hablante ficticio (narrador hetero/homodiegético)”, lo que comporta que los personajes y mundos de la novela participen de una “temporalidad ficticia” y que aparezca en el texto un narrador –ya sea omnisciente o coincida con un personaje- que “mediatiza nuestro acceso a la Historia”³⁴. El autor puede elegir estas dos “posibilidades estructurales” referentes al narrador, que se corresponden con “sendos modos de pensar y pensar la Historia” y que ofrecen una multiplicidad de puntos de vista y de voces narrativas infinitas. También Lefere pone énfasis en el valor ejemplificador de la novela histórica: “su referencialidad es doble: directa (tal época tematizada en primer plano) y sobre todo indirecta o simbólica (el valor y el sentido de dicha época con respecto al presente y a la Historia)”³⁵. Este principio de “ejemplaridad” lo veremos en la novela del trujillato de los noventa primordialmente, pues como se ha indicado en epígrafes anteriores, el escritor dominicano se ve instado a reescribir la tiranía de Trujillo para ilustrar a una juventud que desconoce –debido a los programas de educación de Balaguer- esta etapa de su historia política.

Así, la novela histórica de las últimas décadas se ha instituido como un lugar de reflexión de la escritura, cuestionando los procedimientos narrativos de la historiografía tradicional y que como enuncia María Cristina Pons, “problematiza la realidad”³⁶. A su

³⁴ Robin Lefere, “Del pensar de la novela histórica” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 643, Enero de 2004, págs. 48-49.

³⁵ *Ibid.* pág. 49.

³⁶ Cfr. Olga Nolla, “La novela histórica, entre los datos comprobados y la imaginación que los define”, *Revista/ Review Inteamericana*, no. 1-4, 1997.

vez, podemos entender que la práctica de la escritura de la historia desde la novela, le disputa a los textos históricos no literarios la hegemonía en la producción y transmisión del saber histórico y esto hará que se produzcan texto híbridos, a caballo entre la ficción y la Historia³⁷: autobiografías, memorias, crónicas, diarios sobre el trujillato. Esto es: “La nueva novela histórica no intenta sustituir la historia, sino poner de manifiesto, poéticamente sus silencios y sus ausencias”³⁸. En el caso del discurso literario que nos compete ha sido así: *En el tiempo de las mariposas*, por ejemplo, ha acercado al público la historia de las hermanas Mirabal a través de diarios “fingidos”, Trujillo es conocido internacionalmente a raíz de *La fiesta del chivo* y Galíndez – “mezcla de reportaje retrospectivo y novela de agentes secretos”³⁹ - es compadecido por el mundo amén del texto de Vázquez Montalbán que lleva este mismo nombre.

Claudia Montilla en un artículo titulado “La novela histórica: ¿mito y archivo?”⁴⁰ hace un repaso de las diferentes perspectivas teóricas que han abordado la delimitación y definición de la novela histórica, sobre todo en confrontación con el campo de la historiografía⁴¹. Sabemos que White⁴² es uno de los primeros en afirmar que historia y narrativa están separadas sólo teóricamente, ya que ambas disciplinas se valen de estrategias estéticas: se trata, por tanto, de construir un discurso simbólico que genere imágenes de lo real para acceder, reconstruir y reinventar el pasado y no para reproducirlo, imitarlo o explicarlo, sino para comprenderlo y simbolizarlo. El trabajo del historiador de este modo, sería imaginativo y de ficción y -tal y como defiende LaCapra- tendría que hacer un trabajo de carácter interdisciplinario y contar con los textos novelísticos no de forma secundaria, como tradicionalmente lo ha hecho, sino desde un mismo nivel y partiendo de la base de un intercambio de información entre ambas disciplinas para conseguir un mayor conocimiento de esa “historia”. Claudia

³⁷ La inserción del texto en una disciplina u otra depende del autor, de su propósito explícito de ficcionalizar una historia.

³⁸ Olga Nolla, *op. cit.*, pág. 132.

³⁹ J. Oleza Simó, *op. cit.*, pág. 88.

⁴⁰ Claudia Montilla, “La novela histórica: ¿mito y archivo?”, *Texto y Contexto*, Uniandes, núm. 28, setiembre/ diciembre de 1995.

⁴¹ Cfr. J. Oleza Simó, *op. cit.*, págs. 86-88.

⁴² Deudor de la obra filosófica de P. Ricoeur, quien a su vez proyecta las ideas de White en relación a la novela histórica.

Montilla se vale de tesis deconstructivistas para llegar a la aprehensión de la función de la novela histórica en nuestra época y parte de la base de que “La evaluación del valor histórico de las novelas va paralelo a cualquier intento de apreciación del valor estético de las mismas”⁴³. Así, se hace eco de la tesis de Linda Hutcheon acerca de lo que ella ha denominado “metaficción historiográfica” -que más adelante definiré con precisión- y arroja una luz fulgurante al estudio de la nueva novela histórica, porque pone el énfasis en “las estructuras de poder y dominación que han determinado, tradicionalmente, la producción de objetos artísticos y culturales, los cuales no solamente reflejan la sociedad, sino que, y más aún, garantizan significados dentro de una peculiar formación social”⁴⁴. En el caso de la novela del trujillato esto es especialmente significativo: el modo de abordar la historia trujillista depende del momento histórico y político en el que se halla el autor dominicano. En el balaguerato se publican menos novelas del trujillato y se tratan literariamente –en la mayoría de los casos- unos motivos de la dictadura específicos, que en el desarrollo de este estudio analizaré. El escritor dominicano tiene una “conciencia histórica” –en palabras de Said y Hutcheon- en la que se haya agazapado lo que es ya un trauma social: la tiranía de Rafael Leonidas Trujillo. Estas novelas son el reflejo de un determinado discurso ideológico (estructura de poder, clase, étnica, género, etc.), que está nítidamente imbricado con la forma de afrontar la granujienta etapa trujillista.

No obstante, -de nuevo Claudia Montilla *dixit*- hay que tener presente que el caso de América Latina necesita un análisis adecuado a las características que definen la idiosincrasia de este pueblo, y no adscribirlo a la literatura occidental (algo en lo que sí cae Hutcheon). Pues, tal y como expone George Yúdice, cada manifestación cultural necesita una interpretación específica y la historia latinoamericana es lo suficientemente peculiar como para intentar asimilarla a los ejes occidentales. Pero Montilla va más allá y pone en entredicho la lectura de González Echevarría⁴⁵: “las ficciones del archivo recuperan, en una y otra instancia, el valor mítico de su búsqueda de identidad, escribiendo y re-escribiendo el archivo, en un proceso eterno que no tiene acceso a la

⁴³ Claudia Montilla, *op. cit.*, pág. 55.

⁴⁴ *Ibid.* pág. 60.

⁴⁵ Véase. R. González Echevarría, *Mith. and Archive: A Theory of Latin American Narrative*, Ithaca and London, Cornell University Press, 1990.

esfera de la acción, sino exclusivamente al diálogo íntimo sobre la identidad”⁴⁶, una suerte de “reciclaje de mitos y archivos”. Está claro que la teoría de Echevarría es efectiva e incluso desde mi punto de vista, necesaria en el caso latinoamericano, pero no hay que perder de vista como apuntala Montilla, el “aspecto político de las negociaciones, rechazos y apropiaciones culturales que, como parte del mundo occidental, Latinoamérica efectúa en su discurso narrativo de la historia”⁴⁷, aspecto político nítidamente visible en el caso dominicano⁴⁸.

Pero por otra parte, la misma idea de historia ha cambiado, y nos lo explica Le Goff en su artículo “L’ histoire nouvelle”⁴⁹. La “historia” es fundamentalmente lo que hoy llamamos historia política, es decir, la historia de reyes y gobernantes, la suma de batallas y fundaciones, que corresponde a los parámetros de la escritura de la historia del siglo XIX. Le Goff plantea la necesidad de que la historia no sea reducida a la historia política, ya que para dar un panorama cabal de una época es necesario tomar en cuenta sus estructuras socioeconómicas y sus manifestaciones culturales. Para Le Goff la historia no se limita al conocimiento de las clases hegemónicas sino de toda la sociedad y de todos los aspectos de la misma incluyendo la sexualidad, la locura, las mentalidades, etc. Sin embargo en su búsqueda de la escritura de una historia total, Le Goff reconoce que tal vez no sea posible escribir historia, sino más bien “historias”. Este acercamiento a la escritura de la historia ha sido así mismo adoptado por numerosas novelas históricas durante las últimas décadas y en efecto, este abanico de novelas del trujillato que estudio, cuentan historias individuales que representan las historias de los millones de dominicanos reprimidos por un régimen sanguinario. Porque, como es el caso del trujillato, “En ocasiones la historia se convierte en una carga tan pesada que los escritores responden fragmentándola o mezclándola con un estilo metaficcional”⁵⁰. Y esa carga, como dice Souza, tiene que ser “revelada, dominada o negada”, y el dominicano –tras el lapso temporal en el que la negó

⁴⁶ Claudia Montilla, *op. cit.*, pág. 63.

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ Esta idea entronca directamente con las teorías culturales de Ángel Rama y con el compromiso de la literatura latinoamericana con su propia historia. Cfr. Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1985.

⁴⁹ En R. Chartier, J. Le Goff, J. Revel, *La nouvelle histoire*, París, 1978. En este punto sigo las reflexiones de Le Goff.

⁵⁰ R. D. Souza, *op. cit.*, pág. 24.

condenándola al ostracismo-, primero la dominará amputando ciertas facetas del trujillato, y más tarde –sobre todo en los noventa- la revela. Esta carga del trujillato en la última década del s.XX –aunque ya se venía fraguando- se traduce en la puesta en práctica de una escritura de la historia “desde abajo” -en contraposición a la historia política- en donde la vida privada y las costumbres son el centro del relato y sirven para conocer un lugar y una época que son percibidos por el novelista como parte de la historia y que contribuyen tanto o más a comprender ese pasado. Este tipo de escritura: *La balada de Alfonsina Bairán, Toda la vida, Retrato de Dinosaurios en la Era de Trujillo, La fiesta del Chivo, Galíndez, etc.*, es narrada “desde abajo”, polifónica, e intenta captar múltiples perspectivas sobre el pasado, ampliando la visión de lo que es considerado como histórico -la vida privada, lo cotidiano-; es uno de los caminos que han encontrado las novelas históricas para recuperar el pasado no canonizado, dándole lugar a las voces desoídas por la “historia oficial” que aportan aspectos fundamentales en la constitución de las identidades colectivas. Esto es lo que intenta Vargas Llosa en su novela del trujillato: “En *La fiesta del chivo* Vargas Llosa estaba menos interesado en los consabidos hechos históricos de la República Dominicana que en su historia secreta: los aspectos que quedaron escondidos y silenciados por testigos, colaboradores y víctimas de una dictadura. La humillación de Urania y su vergüenza privada representan los lastres que puede dejar una dictadura de décadas después de que haya sido relegada a un capítulo menor de la historia”⁵¹.

Esto mismo nos lo dice Fernando Ainsa⁵², puesto que para él, las nuevas novelas históricas a través de esa polifonía, la intertextualidad y la apertura de la narración histórica al ámbito de lo particular, local y cotidiano, logran recuperar y formular aspectos del pasado nacional censurados o simplemente no tenidos en cuenta por irrelevantes en los tratados históricos tradicionales: “se vertebran con mayor eficacia los grandes principios identitarios americanos o se coagulan mejor las denuncias sobre las “versiones oficiales” de la historiografía, ya que en la libertad que da la creación se llenan vacíos y silencios o se pone en evidencia la falsedad de un discurso”⁵³.

⁵¹ E. Kristal, “La fiesta del Chivo” en *Mester*, 29, 2000, pág. 194.

⁵² F. Ainsa, “Invención Literaria y reconstrucción histórica en la nueva narrativa latinoamericana” en Kohut, *op.cit.*

⁵³ *Ibid.* pág. 113-114.

Así la escritura de la historia, ya sea en la novela o en un ensayo historiográfico, intenta entender el pasado para aprender de él y comprender los procesos que contribuyeron a formar las sociedades actuales; partiendo en todo momento de la idea hegeliana de la integración de la conciencia del pasado es para entender el presente. En consecuencia, la escritura literaria del trujillato va a funcionar mayormente como construcción y memoria colectiva de los hechos del pasado y por tanto, es uno de los pilares en los que se va a asentar la identidad nacional dominicana.

3.1.1. LA NUEVA NOVELA HISTÓRICA

En esta aprehensión de la novela histórica que vengo sistematizando, hago un alto en el camino para recapitular y seguir la andadura trazada. He enunciado que la novela histórica de las últimas décadas participa de una discusión sobre la función de la ciencia histórica, que cuestiona la posibilidad del conocimiento histórico objetivo y contribuye a redefinir objetivos, metodología y el lenguaje de la historiografía. Pues bien, si continuamos por esta senda, hallamos que la novelística intenta acceder al conocimiento histórico por medio de la narración, al mismo tiempo que critica el concepto positivista de la historia ligado a la idea de objetividad y propone sus propias versiones del pasado. De este modo:

[...] lo característico de estas novelas es su autoconciencia de las teorías del Nuevo Historicismo y el reconocimiento de la imposibilidad de representar la realidad. Los autores son conscientes de que tanto la narración histórica como la narración ficticia, son construcciones o productos humanos y esta problemática la transportan a sus textos. Esta premisa, base del pensamiento histórico teórico moderno, constituye el fundamento de la elaboración y revisión de las formas y de los contenidos del pasado de los que se ocupa la novela⁵⁴.

En este sentido, adquiere relevancia el texto de Amalia Pulgarín, que basa su estudio en las teorías críticas elaboradas en el posmodernismo⁵⁵, poniendo de relieve el

⁵⁴ Amalia Pulgarín, *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Madrid, Espiral Hispanoamericana, 1995, pág. 14.

⁵⁵ Barrientos habla precisamente de esta oposición entre nueva novela histórica/ novela histórica tradicional, que vendría a coincidir con la de posmodernidad/ modernidad, en *Ficción-historia. La nueva*

concepto de “Metaficción historiográfica”⁵⁶. Y es que son varios los críticos que señalan este encuentro teórico entre la novela histórica y la posmodernidad. Por ejemplo, de un lado tenemos a Brian MacHale, que define esta nueva novela histórica conforme a tres rasgos fundamentales:

*Al romper con las formas tradicionales, destaca el mismo acto de transgresión, empleando tres contra-estrategias: (a) la escritura de una historia apócrifa, que viole la historia oficial (historia de los vencedores y los hombres), no sólo completándola mediante el relleno de sus zonas oscuras (al escribir la historia de los vencidos y las mujeres), sino desplazándola y contradiciéndola totalmente; (b) el uso de anacronismos creativos; y (c) la integración de lo histórico y lo fantástico*⁵⁷.

La aparición de esta “nueva novela histórica” –a decir de Valeria Grinberg Pla⁵⁸- ha dado lugar a una discusión sobre si nos encontramos frente al nacimiento de un nuevo género, o si se trata simplemente de una renovación o continuación del mismo, a partir de un análisis de los elementos nuevos y viejos que se rastrean en la producción contemporánea. Las nuevas novelas históricas implementan, como tendremos ocasión de comprobar más adelante en este estudio, técnicas narrativas experimentales e innovadoras como los monólogos interiores, el dialogismo, la parodia, la multiplicidad

novela histórica hispanoamericana, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Textos de Difusión Cultural. Serie El Estudio), 2001, pág. 18.

⁵⁶ Linda Hutcheon defiende este mismo concepto de “metaficción historiográfica” y además de ubicar la nueva novela histórica en las sirtes del posmodernismo, aclara que no sólo ha de ser definida por las múltiples innovaciones técnicas a nivel narrativo que adopta del modernismo –“metaficciones” y “paródicas”- sino que inserta el componente historiográfico al texto literario y la autorreflexividad, generando múltiples interrogantes que no tienen “respuestas finales”, unívocas. Esto mismo lo explica Montilla: “en este último sentido, no se trata de traer la historia a la novela moderna, sino más bien de explorar el modo en que las narrativas y las imágenes históricas estructuran la manera como nos vemos a nosotros mismos y como construimos nuestras nociones de individuo en el presente y en el pasado” en *op. cit.*, pág. 59. Para un mayor acercamiento a la explicación teórica de este sintagma, véase también, Niall Binns, “La novela histórica hispanoamericana en el debate postmoderno” en J. Romera Castillo *et al.*, *op. cit.*, pág. 161. No significa esto, como explica Nial Binns, que cuando adscriba a algunas novelas trujillato dentro de la categoría “nueva novela histórica”, hay que entenderlas como ineluctablemente postmodernas, pues únicamente se señala que son válidos estos criterios para analizarlas.

⁵⁷ *Vid.*, Niall Binns, *op. cit.*, pág.160.

⁵⁸ Valeria Grinberg Pla, “La novela histórica a finales del siglo XX y las nuevas corrientes historiográficas” en *V congreso centroamericano de historia*, El Salvador, 2000.

de los puntos de vista, la reflexión metatextual del proceso de la escritura y la intertextualidad.

Juan José Barrientos, en su obra *Ficción-historia. La nueva novela histórica hispanoamericana*, sostiene que a la hora de hablar de la renovación que ha experimentado en los últimos años la novela histórica no se debe hacer un acopio de “rasgos diferenciales”, sino más bien habría que hablar de “algunas tendencias que están renovando el género”⁵⁹, pues el género presenta continuidad y no una división en “compartimentos estancos”. Propone entonces, hablar de “oposiciones” en el análisis de la novela: histórico/ imaginario, personaje principal/ personaje secundario, primer plano/ fondo. A su vez, habría que tener en cuenta el “enfoque” o “*perspectiva*” que utiliza el autor para desarrollar su discurso (puede contarnos el relato un personaje histórico o secundario, o varios, etc). Habla de un tipo de novela histórica que presenta la historia “*por dentro*” –sintagma que viene a decir lo mismo que “desde abajo”-, confidencias, memorias e intimidades que un personaje histórico (a la manera de *El Gatopardo* de Giuseppe di Lampedusa, *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, *Calígula* de Sartre, *Yo, Claudio* de Graves⁶⁰ o *Los negocios del señor Julio César* de Bertolt Brecht), algo impensable para Lukács⁶¹, pues como dice Barrientos, éste era contrario a la idea de desarrollar la vida privada de los personajes históricos. Foucault fue uno de los pensadores que planteó la necesidad de poner atención a “Otras historias” y así rescatar aquellos temas, personajes y situaciones históricas que la historiografía oficial había discriminado o apartado. Y es que “La renovación de la novela histórica responde al deseo de los lectores de conocer la historia entre telones y a los personajes históricos en la intimidad”⁶², de acabar con esa historia canonizada de la que hablé en el epígrafe anterior.

⁵⁹ J. J. Barrientos, *op. cit.*, pág. 13.

⁶⁰ Graves revolucionó con su obra este subgénero, pues creó una autobiografía imaginaria, algo impensable para Lucas.

⁶¹ Véase G. Lukács, *La novela histórica*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

⁶² J.J. Barrientos, *op. cit.*, pág. 17. Claudia Montilla coincide con Barrientos en la instalación de este género en el espacio de los posmoderno y en la concepción no oficial de la historia: “En términos generales, los narradores que en los textos literarios hacen historia presentan una actitud subversiva, “juguetona” y “placentera” en relación con el texto de la Historia (con mayúscula), dando fe de la relatividad de sus verdades, proponiendo nuevos usos del archivo histórico para paso a nuevas interpretaciones del mismo”, en *op. cit.*, pág. 48.

Seymour Menton es uno de los críticos que más empeño ha puesto en glosar y explicar el término de nueva novela histórica⁶³. Para él, se trataría de un “subgénero” que comienza a despuntar a partir de 1949 –fecha de publicación de *El reino de este mundo*- y señala que será una tendencia predominante en el continente latinoamericano de 1979 en adelante –aproximación del quinto centenario del descubrimiento y fecha de publicación de *El arpa y la sombra*-, y que no es consecuencia de ningún “manifiesto literario”⁶⁴. En el listado de novelas que incluye en esta categoría, encontramos novelas de dictador como *Yo el supremo*, pero excluye el *Recurso del Método* de Carpentier y otras porque el pasado que se recrea ha sido experimentado directamente por el autor. En su definición enuncia: “muchas de las cuales comparten con las novelas claves del *boom* el afán muralístico, totalizante; el erotismo exuberante; y la experimentación estructural y lingüística (aunque menos hermética)”⁶⁵. Y enumera seis rasgos intrínsecos a este tipo de novela, cuya presencia conjunta no es necesaria para la pertenencia a este subgénero: imposibilidad del conocimiento de la verdad histórica, que es cíclica e imprevisible, distorsión de la historia –exageraciones, anacronismos-, ficcionalización de personajes históricos, introducción de comentarios del narrador sobre el proceso de escritura y creación, intertextualidad y presencia de conceptos bajtinianos: lo dialógico (una visión dialógica es la que proyecta varias interpretaciones de los sucesos, de personajes), la parodia, la heteroglosia (multiplicidad discursos, de tipos de lenguaje) y lo carnavalesco. También menciona que en algunas novelas la reconstrucción del pasado enmascara comentarios o lecturas diversas del presente (aquí, al igual que menciona *La guerra del fin del mundo*, se podría incluir *La fiesta del Chivo*).

Barrientos se distancia de Seymour Menton en la definición de novela histórica, pues Menton habla de discursos en los que se narran hechos que no ha vivido el autor⁶⁶, y Barrientos sostiene que “lo histórico se relaciona menos con el pasado que con la

⁶³ Menton señala que el primer crítico en percibir esta tendencia y usar el término fue Ángel Rama en el prólogo de su antología *Novísimos narradores hispanoamericanos en “Marcha”, 1964-1980*.

⁶⁴ *Vid.*, Seymour Menton, *La Nueva Novela Histórica de la América Latina 1979-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993. Las mismas ideas aparecen reflejas en un artículo del mismo autor: “Las últimas noticias de la nueva novela histórica” en *Alba de América*, Westminster, California: Instituto Literario y Cultural Hispánico, no. 32, 1991, págs. 61-68.

⁶⁵ *Ibid.*, págs. 29-30.

⁶⁶ Seymour Menton escribe: “hay que reservar la categoría de novela histórica para aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, en un pasado no experimentado directamente por el autor” en *La Nueva Novela Histórica de la América Latina 1979-1992*, *op. cit.*, pág. 32.

memoria y que por eso hay hechos en el presente que nos parecen históricos, es decir, dignos de recordarse”⁶⁷. Menton incluye esta condición debido a que si no fuese así, la definición sería demasiado amplia y a que, tal y como defendía José Emilio Pacheco, la novela latinoamericana se ha caracterizado por su preocupación por la historia⁶⁸ y en ese sentido la mayoría de ellas serían “novelas históricas”. Robin Lefere también hace hincapié en la problemática que suscita la denominación “novela histórica” que resulta “engañosa” pues cualquier texto puede ser histórico, por lo que hablar de novela “*que tematiza la Historia más o menos lejana*”⁶⁹. Yo, en cambio, suscribo lo expuesto por Barrientos – y sí considero *El recurso del método* una novela histórica- ya que efectivamente, la definición de Menton se realiza sobre la base de la relación entre los hechos contados y el escritor, y no por una serie de rasgos intrínsecos. Además tendría que explicarse el porqué de esa obsesión por el pasado, ligada a la búsqueda de identidad, que no se da de forma tan acuciada en Norteamérica y Europa. García Márquez en el discurso pronunciado ante la Academia Sueca del Premio Nobel de Literatura en 1982 dijo a propósito del carácter eurocéntrico de los métodos de interpretación: “Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismo, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos”⁷⁰.

Por otro lado, Menton se acoge a la definición que da Imbert –“Llamamos ‘novelas históricas’ a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista”⁷¹- y ésta descarta la posibilidad de que un autor que haya vivido una determinada época histórica pueda producir una novela de esta índole, supongo que sería entonces sólo una “novela testimonial”. Pero el auge de la novela histórica en los últimos años ha propiciado la aparición de multitud de textos híbridos –a modo de *summa* novelística-, de difícil catalogación genérica, pues dicha novela “se ha

⁶⁷ J. J. Barrientos, *op. cit.*, pág. 22.

⁶⁸ “Si algo ha de caracterizar las expresiones del pensamiento latinoamericano, este algo será su extremada preocupación por la realidad que le es propia” en Leopoldo Zea, *La esencia de lo americano*, Buenos Aires, Pleamar, 1971, pág. 121

⁶⁹ Robin Lefere, *op. cit.*, pág. 43.

⁷⁰ En *Diálogo sobre la novela latinoamericana*, Lima, Editorial Perú Andino, 1988, pág. 16.

⁷¹ Recogida en Seymour Menton, *Nueva...*, *op. cit.*, pág. 33.

contaminado con elementos de otras tendencias y géneros”⁷² (como la novela policíaca, de realismo mágico, de dictador, etc.). Tradicionalmente siempre ha estado ligada a la “versosimilitud” y la “ejemplaridad”, pero la narrativa contemporánea se caracteriza por el sincretismo, el eclecticismo –y más aún la latinoamericana- y esto produce una batería de rasgos definitorios y diversas tendencias que produce el enfrentamiento con novelas que se siguen adscribiendo al antiguo modelo, cuyo propósito era la narración verosímil y ejemplificadora y otras, que acogen procedimientos paródicos, irónicos y de tintes humorísticos⁷³. Ejemplos de este último procedimiento lo encarnan varias del trujillato, como *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, *El reino de Mandinga* y *Uña y carne*. Por lo tanto, la definición de Imbert –y por ende la de Menton- es insuficiente, pues esa novela testimonial también podría ser considerada “novela histórica”. Además, surge un interrogante: ¿Cómo catalogamos la obra de un autor que escribe sobre un contexto histórico no vivido en primera persona pero que acontece en su misma época? ¿No es acaso *La fiesta del Chivo* una novela histórica? En mi opinión sí lo es, al igual que las múltiples novelas del trujillato que han sido escritas por autores dominicanos que han vivido de alguna u otra forma la dictadura de Trujillo.

Menton también plantea el problema que suscitan aquellas novelas que incorporan en la narración un punto de vista contemporáneo, es decir, a narradores o personajes del presente del autor. En este punto es bastante confuso el crítico, porque parece hacer el descarte conforme al peso que tenga el presente en la narración, así si los acontecimientos narrados desde el presente son tan importantes como los narrados desde el pasado, ya no se consideraría una novela histórica. De nuevo, excluiría a *La fiesta del Chivo*. Esta concepción de novela histórica “pura” está lejos de mi percepción de este discurso, que se asemeja al que expone Barrientos y sobre cuyas bases analizaré el corpus de novelas escogido.

En conclusión, entiendo que la novela del trujillato, como novela histórica, despliega una gama de rasgos que han sido recogidos por Ángeles de la Concha y que se ajustan a la perfección a la descripción de éste, mi objeto de estudio:

⁷² Isabel de Castro, “El cuestionamiento de la verdad histórica. Transgresión y fabulación” en J. Romero Castillo *et alt.*, *op. cit.*, pág. 167.

⁷³ *Ibid.*, pág. 169.

[...] un trabajo de anamnesis histórica, esto es, de ahondar en el pasado para evitar la tiranía del inconsciente histórico y poder así aprender de verdad de la historia. De examinar el presente con el valor de enfrentarnos al retorno de lo reprimido, lo no reconocido que nos aprisiona en comportamientos histéricos y se expresa en conmociones históricas. De abrirnos a formas de pensamiento no sujetas a categorías rígidas sino abiertas a la revisión y a la reelaboración de la historia⁷⁴.

Se trata de una reconstrucción del pasado, de una reescritura de la historia que no sólo se limita a dar voz a lo que en un momento dado se había silenciado - mitificación de Trujillo-, sino que también se cuenta otra historia que revela cómo se ha construido el canon histórico dominicano y el ideario dominicano; cómo se ha construido la verdad histórica del trujillato. Es claro que el neotrujillismo y Balaguer- que ha dominado la esfera política de los últimos decenios, exceptuando el interregno democrático del PRD- han tenido mucho que ver en esto, pues han intentado borrar de un plumazo esta “zona lóbrega” de la historia dominicana. Las letras dominicanas, entonces se han encargado de ir dándole forma al trujillato: primero desde los efectos de la dictadura en el pueblo, y con el tiempo desde la óptica misma del dictador, en un proceso de desmitificación que ha calado hondo en la sociedad insular. Y es que también hay que tener en cuenta que esta novela del trujillato, en tanto que novela histórica, está influida por la implicación emocional e ideológica del escritor en los acontecimientos narrados y por el conocimiento e información que del trujillato tiene el pueblo dominicano.

Hay una preferencia en esta nueva novela contemporánea de narrar desde la voz subjetiva y emocional de un narrador autodiegético –el propio tirano- que en los momentos últimos de su existencia, y de forma retrospectiva evoca su trayectoria pasada y los acontecimientos ancilares de su vida (*La fiesta del chivo*)⁷⁵. Esto es muy característico de las novelas escritas por mujeres, que reivindican una historia desde un punto de vista femenino (*En el tiempo de las mariposas*), unido al uso del diario: lo

⁷⁴ Ángeles de la Concha, “Otras voces, otra Historia”, en J. Romero Castillo *et alt.*, *op. cit.*, pág. 184.

⁷⁵ A propósito de esto dice Joaquín Valdés: “El mérito del escritor, pues, consistirá en saber cuál es ese dato significativo que puede sintetizar la diversidad de datos que la historia representa. Su arte se medirá por la claridad e inteligibilidad con que presente la narración, dentro de un ambiente de plena verosimilitud” en “Reflexiones sobre el concepto de novela histórica”, *Papeles de Son Armandan*, no. 54, 1969, pág. 111. Esto mismo es lo que hace Vargas Llosa con *La fiesta del Chivo*.

privado, lo íntimo, -tradicionalmente asociado a la mujer-, pero que irrumpen en el espacio de lo público a través de la lucha política. Esta preferencia en la literatura dominicana tiene el fin de desmitificar la Historia, una historia que “hay que recordarla y reconocerse en ella si de alguna manera se espera comprender el presente y cambiar el futuro. Sólo cambiando nuestro mundo podremos heredarlo, y sólo heredándolo podremos poner fin a nuestro exilio interno y externo”⁷⁶. Estas mismas ideas las podemos rescatar del estudio de Amalia Pulgarín:

*Estas novelas rompen el molde decimonónico del género, ya no pretenden ser una mera reconstrucción de la historia ni un simple revisionismo histórico, sino que introducen el deseo de completarla o corregirla, es decir, situarla en el flujo de lo histórico. Todo esto se consigue gracias a un proceso de autodesmitificación de la novela y desmitificación de la historia a través de la desmitificación misma del lenguaje. Ello conduce a la ruptura del mito histórico para reconstruir el pasado y denunciar la crisis de la historia como ciencia, como manifestación de un problema mucho más global que es la crisis de la totalidad*⁷⁷.

Carlos Fuentes propone: “La gigantesca tarea de la literatura latinoamericana contemporánea ha consistido en darle voz a los silencios de nuestra historia, en contestar con la verdad de las mentiras de nuestra historia, en apropiarnos con palabras nuevas de un antiguo pasado que nos pertenece e invitarlo a sentarse a la mesa de un presente que sin él sería la del ayuno”⁷⁸. Emir Rodríguez Monegal, en su artículo “La novela histórica: otra perspectiva”⁷⁹ nos viene a decir lo mismo: uno de los modelos más “persistentes” en la novela histórica latinoamericana es el de Scott, que introduce la perspectiva de las culturas marginalizadas y el análisis sociopolítico, aunque para él el protagonista es el pueblo y la mayoría de novelistas históricos eligen un personaje real como protagónico.

⁷⁶ Margarita Fernández Olmos, “La narrativa dominicana contemporánea: en busca de una salida” en *Revista Iberoamericana*, 142, 1988, pág. 87.

⁷⁷ A. Pulgarín, *op.cit.*, pág. 16.

⁷⁸ Citado en D. Kadir, “Historia y novela: Tramaticación de la palabra” en R. Echeverría, *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, *op. cit.*, pág.300.

⁷⁹ Emir Rodríguez Monegal, “La novela histórica: otra perspectiva” en R. Echeverría, *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, *op. cit.*, págs. 169-183.

Kadir habla de la afluencia de novelas de dictador en los setenta como una suerte de “reto encarador de la historia y sus procesos tramadores” y que ni García Márquez, ni Roa Bastos ni Carpentier (entre otros) “reduce la novela a un revisionismo histórico”⁸⁰. Esto vendría a responder a un deseo, a mi juicio, de sincretismo y también –en palabras de Kadir, de desmitificación de la novela y del lenguaje: se deconstruye a la historia a través del lenguaje y se la despoja del mito del historiador “para devolverla al hombre, así transformándola en proceso vivencial, en memoria no de un pasado muerto pero oprimente, sino en memoria del porvenir; no en acto mudo de gesticulador sino en energía en gestación y perpetuo renacimiento”⁸¹. Esta idea aglutina una de las esencias de la novela del trujillato: reconstruir el pasado dictatorial para no caer en la trampa mortal de la desmemoria⁸², para construir un futuro: el de la identidad dominicana, donde no *habita el olvido*.

3.2. LOS NEGOCIOS LITERARIOS DEL SEÑOR DICTADOR

3.2.1. LA DICTADURA HISPANOAMERICANA

El fenómeno de las dictaduras ha tenido un fuerte impacto en la historia hispanoamericana, desde el siglo XIX hasta nuestros días; pero su presencia alcanzó cuotas impensables en el ecuador de la pasada centuria: la mitad de las Repúblicas hispanoamericanas estaban sometidas a dictaduras, la mayoría de orden militar. A la hora de hablar de dictadura o autocracia hay que acotar que existen diferentes categorías⁸³: desde las personalistas –el caso que me ocupa-, las militares, las cívico-militares y las “institucionalizadas de tipo totalitario propia de los llamados socialismos

⁸⁰ D. Kadir, “Historia y novela: Tramaticación de la palabra” en R. Echeverría, *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana*, *op. cit.*, pág. 300.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 301.

⁸² “El desconocimiento de la propia historia, tanto como el desconocimiento de las propias fuerzas y la admiración irracional de historias y fuerzas extrañas han podido conducir a algunos latinoamericanos a desear una subordinación para salir de otra. De allí la necesidad de conocer y asumir la propia historia; de conocer y asumir la propia realidad. Saber de las propias fuerzas y utilizarlas ha de ser la más segura forma de regeneración de la realidad de esta América” en Leopoldo Zea, *op. cit.*, pág. 289.

⁸³ *Vid.* Nicos Poulantzas, *Fascismo y dictadura*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1984.

realmente existentes”⁸⁴. Pero había de aclararse que la dictadura hispanoamericana en el siglo XX responde a una tipología que la identifica y aísla de otros regímenes dictatoriales conocidos en Ciencia Política⁸⁵. Esta diferenciación radica en que estos adoptan una estructura formal de democracia occidental: se adoptan los modelos políticos de Estados Unidos (la constitución) y los de Francia (declaración de derechos humanos) tal y como se hizo en el comienzo de la independencia hispanoamericana⁸⁶, se celebran elecciones periódicas, división en los tres poderes clásicos, etc..

Pero evidentemente, como nos ha demostrado la experiencia política de los últimos años, todas y cada una de estas instituciones democráticas se pervierten en la práctica, a fin de convertirlas en meros instrumentos al servicio de la voluntad onmímoda de un gran hombre, un hombre fuerte, que suele ser el Presidente de la República. Este tipo de regímenes se ajustan más certeramente al marbete “tiranía”, tal y como expresa Jesús de Galíndez⁸⁷; puesto que la dictadura supone un régimen formal propio, y lo que existe en realidad en Hispanoamérica son situaciones de violación constante de la ley formal⁸⁸, que no vienen respaldadas por una filosofía ideológica sino que se trata más bien de un poder de hecho basado en la ley del más fuerte. Ejemplos no nos faltan, desde Porfirio Díaz en México, Juan Vicente Gómez en Venezuela, Somoza, el mismo Trujillo, Fujimori, Fidel Castro⁸⁹, etc. La lista se hace interminable, debido a que este estilo de mandato ha tenido un éxito extraordinario en el pasado siglo; y casi sin excepciones, estos dictadores mantienen la apariencia de una democracia constitucional, tanto más formal cuanto más férreo e implacable es su régimen de fuerza⁹⁰.

⁸⁴ Vid. Francisco Miró Quesada, “El compromiso de Mario Vargas Llosa con la libertad y la democracia” en Roland Morgues (Ed), *Mario Vargas Llosa. Escritor, ensayista ciudadano y político*, Lima, Librería Editorial “Minerva” Miraflores, 2001, pág. 137.

⁸⁵ Cfr. David Collier, *El nuevo autoritarismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

⁸⁶ J.C. Rodríguez y A. Salvador, *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Akal, 1994.

⁸⁷ J. Galíndez, *op. cit.*, pág. 18.

⁸⁸ Vid., Hugo M. Hamill (ed.), *Dictatorship in Spanish America*, New York, Alfred A. Knopf, 1965 y también, Edwin Lieuwen (ed.), *Arms and Politics in Latin America*, New York, Frederick A. Praeger, 1961.

⁸⁹ El final de la Segunda Guerra Mundial pareció marcar un retroceso en la marcha de estas dictaduras en Hispanoamérica.

⁹⁰ Vid., Alain Touraine, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

Como bien es sabido, esta realidad política ha provocado una catalización expresiva que afectó de manera prioritaria a la narrativa. El escritor hispanoamericano, consciente de la difícil historia de su hemisferio (la colonización, la deseada independencia, el caos originado tras alcanzar ese objetivo, incluso la variadísima gama de culturas caracterizan la compleja idiosincrasia), habría de analizar un sistema social en descomposición -sin criticar a ningún gobierno o criticando a todos los que engloba Latinoamérica- porque desea expresar literariamente su contexto y transmitirlo, lo que a su vez podría derivar en una forma de identificarse con ella y de exteriorizarla: “Quizá el papel del escritor hispanoamericano sea el del compromiso con la realidad de aquellas tierras sobre las que resulta espantosamente difícil escribir, justificarla literariamente, hacerlas verosímil”⁹¹.

Se trata en efecto, de un escritor que se haya subsumido en un entramado dictatorial constante, y que intenta plasmar literariamente toda la historia social y política que ha singularizado al hemisferio hispanoamericano. En el caso del escritor dominicano, más que en ningún otro, la tiranía trujillista -que dejó huellas sin parangón- produjo un virtual eclipsamiento sobre el resto de tratamientos literarios amén de la vindicación de un discurso nacional consensuado.

Por otro lado, este tipo de novelas relacionadas con el poder personal y con las dictaduras, pone de manifiesto la postura crítica de los intelectuales ante su realidad, la de ellos, la de su sociedad y la de todo el hemisferio latinoamericano. Muchas de las obras objeto de este estudio, han sido escritas por autores que conocen la sociedad en una etapa dictatorial, su discurso es producto de una realidad experimentada. Otras tantas, se instalan en la denuncia explícita de esa situación dictatorial de anulación, por lo que el texto literario acaba convirtiéndose en arma de combate que invita a la reflexión y a la contemplación del estado agónico de esas sociedades sumergidas en el abismo de las dictaduras, perdidas y abandonadas en el laberinto del miedo.

Es claro que esta realidad del continente hispanoamericano ha sido “*objeto narrativo*” ya desde el siglo XIX. La primera novela centrada en el tema de la dictadura es *Amalia* de José Mármol, 1851-1855 –algunos críticos señalan que este sub-género, comienza con el *Facundo* (1845) de Sarmiento- y a ésta le sigue un aluvión de obras narrativas que en la década de los setenta entronizará este “subgénero”. Pero antes de

⁹¹ Carmen Mejía Ruíz, *La figura del dictador en la novela moderna y contemporánea (Narrativa hispanoamericana)*, Madrid, Editora de la Universidad Complutense, pág. 7.

continuar profundizando en la evolución interna de dicho discurso, considero forzoso proceder a la delimitación conceptual y semántica de este *objeto narrativo*; labor que emprenderé partiendo del análisis que hace a este respecto Domingo Miliani⁹². En Latinoamérica a un mismo dictador se le aplican diferentes designaciones como sabemos: tirano, déspota, caudillo, sátrapa, autócrata, etc., y por ello Miliani sostiene que la primera tarea que se ha de acometer es el estudio exhaustivo de algunas de estas lexías, sobre todo de las de uso más frecuente: dictador, caudillo y tirano.

Así, el término “dictador” es típico de la organización del Estado romano y el de “tirano” de la organización griega. El “tirano”, “histórica y semánticamente es un *objeto mental atribuido* que surge como antinomia de las monarquías y las democracias primitivas”⁹³ y que está más ligado a la “usurpación”. En cambio el “dictador” era “legal” y su poder le era otorgado por el Senado⁹⁴. Por otra parte, el vocablo “caudillo”⁹⁵ es más moderno y designa al individuo que ejercita la autoridad, pero no necesariamente el poder –que sí se concentra en los casos del “tirano” y del “dictador”-, y tuvo especial uso en las luchas de la independencia latinoamericana⁹⁶. Aunque realmente estos tres términos en el uso político de América Latina han funcionado como sinónimos, siendo más usada en el pasado siglo la lexía “dictador”⁹⁷; y por esta razón en este estudio los utilizaré indistintamente. También recurriré a la discursividad verbal generada por el trujillismo: “una red de epítetos enfáticos, de eufemismos, que ideologizan (ocultan) la realidad del objeto (dictador)”⁹⁸. Así, Trujillo entre otros muchos calificativos, se hacía llamar “Benefactor de la Patria”, “Jefe”, “Padre de la Patria”, además de otros epítetos que ya son “comunes” en la figura del dictador:

⁹² Domingo Miliani, “El dictador, objeto narrativo en *El recurso del método*”, *Revista Iberoamericana* vol. 47, no (114-115), 1981, págs. 189-225.

⁹³ *Ibid.* pág. 192.

⁹⁴ Bertolt Brecht explica magistralmente esto mismo en *Los negocios del señor Julio César*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

⁹⁵ Aunque existen paralelismos claros entre ambas designaciones, hay que tener en cuenta que la oposición principal reside en que el “caudillo” puede pasar de ejercer una autoridad regional (mentalidad urbana, lucha por cambio social, etc.) a nacional sin alcanzar el poder, y el “cacique” se limita a lo regional (proyección regional, dominación tradicional, etc). Ambos términos están muy ligados al concepto de “carisma”. *Vid.* Domingo Miliani, *op. cit.*, págs. 199-200.

⁹⁶ Cfr. Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques*, México, El Colegio de México, 1972.

⁹⁷ Para ver las diferentes denominaciones que se han alternado en la historia de Latinoamérica: Domingo Miliani, *op. cit.*, págs. 198-201.

⁹⁸ *Ibid.* pág. 204.

Restaurador, Protector, etc. Este respaldo discursivo lo consigue el dictador a través de una serie de “ideólogos” que producen textos que exaltan y mitifican la figura del gobernante; como Balaguer en el caso de Trujillo.

Al margen de los diferentes tipos de dictador –que se corresponde a la tipología de dictaduras ya mencionada- con los que nos podemos encontrar (civiles, militares, etc.) y de sus modos de alcanzar el poder, lo que sí es cierto es que:

En sus actuaciones, generalmente muy extensas y hasta perpetuas, el apoyo social recibido ha fluctuado en lo nacional, pero ha sido continua la mediatización del imperialismo. Un mismo sujeto dictatorial se ha recubierto a veces como liberal, conservador, radical, burgués, populista, fascista. En los especímenes dictatoriales, sin embargo, se ha mantenido constante un rasgo, más allá de la apariencia de legalidad con que se han pretendido ideologizar sus gobiernos; ese rasgo constante es: la concentración absoluta (individual) y abusadora del poder⁹⁹.

3. 2. 2. LA NOVELA DE DICTADOR Y LA CRÍTICA: DEL “SEÑOR TIRANO” AL “RECURSO DEL SUPREMO PATRIARCA”

Carlos Pacheco entiende la “novela de dictador” como una “tendencia genérico-temática”, es decir, un “sistema temático” –un “subsistema literario que denominamos **narrativa de la dictadura**”-, que ha generado gran número de obras críticas que han intentado delimitarlo y caracterizarlo. En los cincuenta se acercaron a la investigación literaria de este núcleo temático, críticos de la talla de Giuseppe Bellini, Seymour Menton y Juan Liscano (recordemos que por esta fecha ya se habían publicado novelas de la dictadura como *Tirano Banderas*, *El señor Presidente*, *El reino de este mundo*, *El gran Burundún Burandá ha muerto*, entre otras), aunque la mayoría de esta producción crítica se encontraba en artículos, reseñas y notas en revistas literarias, exceptuando los libros de Bellini, Ángel Rama y Conrado Zuloaga.

El auge del tema dictatorial se sitúa en la década de los setenta, pues en este lapso temporal se produce la publicación casi simultánea de *El recurso del método*, *Yo*

⁹⁹ Domingo Miliani, *op. cit.*, pág. 201.

el Supremo y *El otoño del patriarca*, junto a una vasta colección de obras narrativas cuya temática también es la figura del dictador y los regímenes autocráticos. En los ochenta se observa una notable disminución que se prolonga hasta la década de los noventa. Esto no ocurre en el panorama literario dominicano, que recorre el camino inverso, pues las publicaciones sobre la dictadura trujillista irá *in crescendo* y experimentará una auténtica eclosión novelística en los noventa. La explicación reside en la trayectoria política insular, ya que la mayoría de los países que han vivido bajo la bota dictatorial, intentan “un acceso o retorno a regímenes democráticos”. Es claro que esto no se ha producido en la República Dominicana, ya que el trujillato devino en una suerte de “neotrujillismo” enraizado en la figura de Balaguer y su “dictablanda”, cuya representación literaria culminó en el último lustro del siglo XX, retirado Balaguer del entarimado político. Los dominicanos necesitaron, como el lector comprobará en el transcurso de esta investigación, más de treinta años para terminar de exorcizar el demonio trujillista. Y es que –en palabras de Carlos Pacheco- “Esta constatación no deja de ser interesante en tanto confirmaría el vínculo entre la historia socio-política inmediata y el proceso literario”¹⁰⁰.

Existen diferentes hipótesis que intentan explicar la razón del “micro-boom” de novelas de la dictadura que aparecen en la década de los setenta. García Márquez responde en una entrevista¹⁰¹ que se trata de un “proyecto colectivo” que en París a finales de los sesenta acordaron abordar Carlos Fuentes, Otero Silva, Roa Bastos, Cortázar y él mismo entre otros; escribiendo cada uno un texto sobre un dictador de su país que conformarían un libro común que se llamaría *Los padres de las patrias*. Y aunque no cita a Vargas Llosa, probablemente por diferencias ideológicas que los separaban en esos momentos, Carlos Pacheco sostiene que el peruano parece haber sido uno de los animadores y adalides del proyecto.

Otra explicación reside en la necesidad de “revisar el pasado”, que –como Ángel Rama delineó en su afamada obra sobre este asunto¹⁰²- proyecta su sombra hasta el presente latinoamericano y pretende un acercamiento y una mayor comprensión de su propia identidad. También puede deberse a la restauración en esta década –y esta es la

¹⁰⁰ Carlos Pacheco, *op. cit.*, pág. 7.

¹⁰¹ Aparece curiosamente en el diario dominicano *Ahora*, No. 656, el 7 de junio de 1976.

¹⁰² Vid. Ángel Rama, *Los dictadores latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

tesis más apoyada por la crítica- de regímenes dictatoriales en muchos países, después de la fuerte aparición de movimientos antimilitaristas y la caída de dictadores en los cincuenta y sesenta como Perón, Batista, Rojas Pinilla, Odría, Pérez Jiménez y Trujillo. Ese optimismo, sustentado asimismo en la redacción en 1961 de la “Carta de la Alianza para el Progreso” y en el triunfo de la revolución cubana, pronto se desmorona pues muchos de estos países, exceptuando algunos territorios como Venezuela, Colombia y Costa Rica, caen en manos del poder militar y de métodos de gobierno modernos y represivos (uno de los casos más llamativos es el proyecto de gobierno democrático del chileno Allende y su derrocamiento que da paso a la sanguinaria dictadura de Pinochet). En República Dominicana tenemos el gobierno de Balaguer como muestra de ello, que aunque intenta dar una fachada de libertad y legalidad, ostenta un monopolio del poder, fraude en elecciones, violencia, etc.

Aunque esta tesis sea la más sustantiva y central, la de la reaparición de dictaduras en el panorama político latinoamericano, se han de tener en consideración las otras explicadas para entender el discurso narrativo de la dictadura y dar una visión más completa y satisfactoria de este fenómeno literario.

Por otro lado, hay que apostillar que la predominancia de este tipo de textos, junto a las innovaciones formales que presentaban, provocó una mayor dedicación por parte del sector crítico y un claro *handicap*:

[...] la inmediatez del fenómenos les impide lograr una perspectiva de conjunto que les permita una justa valoración de las nuevas estructuras narrativas y de su correlación con anteriores producciones en el marco de nuestra literatura¹⁰³.

De esta forma, la crítica se polarizó en dos direcciones: aquellos que se centraban en una de las tres grandes obras de los setenta, o los que reconsideraron esta tradición narrativa de la dictadura en su conjunto. En este punto hay que consignar los artículos de 1976 -fecha en la que se produce un notable florecimiento de discursos críticos en torno a la temática de la dictadura- de Benedetti, “El recurso del supremo patriarca” y el de Subercasseaux, que se centra en *Tirano Banderas*, atendiendo a la evolución de esta novela del dictador y a las relaciones con otras obras del “subgénero”.

¹⁰³ Carlos Pacheco, *op. cit.*, pág. 18.

En estos estudios sobre la narrativa de la dictadura, la comparación que más frutos ha dado es la que confiere al trío: *El recurso del método*, *Yo el Supremo*¹⁰⁴ y *El otoño del patriarca*, que no se dejan de lado en ningún estudio sobre la materia que se precie y que comparten dos antecedentes comunes: *Tirano Banderas* y *El Señor Presidente*. Estas investigaciones se han orientado hacia varios enfoques: la relación entre la historia narrativa y sus referentes históricos -midiendo el grado de veracidad de la misma-; el relieve que adquiere el dictador y los procedimientos literarios usados para la construcción de la imagen dictatorial; la influencia en obras posteriores; los efectos políticos que tiene su escritura, etc.

De la extensa bibliografía sobre la novela del dictador, hay un dato que se repite invariablemente: “el recuerdo de la novela valleinclanesca, *Tirano Banderas*, como ilustre precedente, aceptado por unos, con reservas por parte de otros, de cuantos tiranos han sido en el mundo de la narrativa hispanoamericana. Esto, sin olvidar otro nombre que tampoco queremos silenciar: la *Amalia* de José Mármol”¹⁰⁵. Según García-Nieto Onrubia y González-Cobos Dávila, algo que no varía en estos relatos del dictador es el análisis del origen familiar y social de los dictadores (envuelto en ocasiones en leyendas y mitos), la mitificación del dictador y la aparición de una serie de lugares comunes o “constantes inherentes a la tiranía”:

[...] la crueldad, el nepotismo, las agobiantes y permanente precauciones ante un posible atentado, las relaciones amorosas ilegítimas, la necesidad de depositar la confianza en alguien del que no se recela, sea un secretario o un amigo íntimo. Y no olvidemos la perentoria urgencia de buscar a ultranza las primeras raíces [...] Tampoco, la oscura hondonada de la soledad en que se debaten, sobretudo cuando el paso del tiempo deja su impronta en la pérdida de la memoria y en el descarnado avejentamiento¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Una buena parte del sector crítico considera *Yo el Supremo* como la novela más importante, significativa, e innovadora de las tres.

¹⁰⁵ María Luisa García-Nieto Onrubia, Carmen González-Cobos Dávila, “La figura y el ropaje del poder en la narrativa hispanoamericana contemporánea” en *Iris*, 2, pág. 106 (págs. 105-134), 1984.

¹⁰⁶ *Ibid.*, pág. 127. Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez también ponen de manifiesto una serie de rasgos comunes ínsitos a la personalidad tiránica, que se repiten en *Yo el Supremo*, *El otoño del patriarca*, *El recurso del método* y *Oficio de difuntos*: “(1) un sentimiento de absoluta superioridad, que pronto degenera en profundo desprecio hacia todos los demás seres humanos; (2) una total seguridad en sí mismos, en la validez de su juicio y en lo ineluctable de su destino, que al fin les cierra la posibilidad de comunicación hasta con los consejeros más íntimos; (3) un temperamento imperioso; para el cual vivir es

Igualmente en *El recurso del método*, *Otoño del Patriarca* y *Yo, el Supremo* se retrata el sentimiento de soledad del tirano, la concepción del poder personal como mítica, y el mundo cerrado y asfixiante de las dictaduras. Estos nuevos enfoques son los que explican que los autores se internen en los entresijos de la conciencia de sus tiranos, lo que a su vez estructurará la narración: algo insólito hasta ese momento, que todo el aparato crítico va a resaltar.

Subercaseux, en su célebre artículo “*Tirano Banderas* en la narrativa hispanoamericana (La novela del dictador 1926-1976)”¹⁰⁷ hace una pormenorizada tipología –“genealogía literaria”-de las novelas de dictador desde los primeros decenios del siglo XX hasta los setenta. En este recorrido cobra relevancia *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, a la que critica la imprecisión al representar la realidad de América Latina y resalta las innovaciones que introduce en esta temática: distanciamiento del narrador, la visión satírica, la animalización de los personajes –lo veremos en el resto de novelas del género-, la estructura de los personajes, etc. Entre esta novela de Valle-Inclán y la de Miguel Ángel Asturias, Subercaseux destaca una serie de concomitancias “temáticas y morfológicas” interesantes: en las dos el reino del dictador es caracterizado como un “*cielo al revés*”¹⁰⁸, se introduce el prisma indígena, la acción transcurre de noche¹⁰⁹ y la presencia secundaria del dictador. Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez¹¹⁰ hacen hincapié en esto mismo: *Tirano Banderas* aún no se sumerge de lleno en la figura de dictador, cuya intervención es secundaria y del que apenas conocemos los resortes de su pensamiento y de su pasado. Añaden que los

inseparable de mandar, lo que lleva a la plan concentración de poderes en su mano y a su intervención en las más nimias decisiones gubernamentales; (4) un apetito voraz de poder, no sólo por sus retribuciones secundarias (riqueza, lujo, adulación) sino por el exhilarante sentimiento de inflación del yo que su ejercicio y que pronto, como una droga, demanda dosis cada vez mayores de dominio: más sometimiento de los otros; más intransigencia; más represiones, mayores crueldades” en Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, “El dictador hispanoamericano como personaje literario” en *op. cit.*, pág. 94.

¹⁰⁷ Bernardo Subercaseaux, ““*Tirano Banderas*” en la narrativa hispanoamericana (La novela del dictador 1926-1976)” en *Hispanamérica*, no. 14, 1976, págs. 45- 62.

¹⁰⁸ Recordemos la presencia del trato cortés “Señor”, *id est*, Dios, que “al revés” se convertiría en “Lucifer”.

¹⁰⁹ Pues el autor pretende recrear un ambiente de miedo, de terror; y amén de este propósito el Señor Presidente vestirá de luto.

¹¹⁰ Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, *op. cit.*, pág. 90.

personajes en esta novela no evolucionan y están contruidos de una pieza, con una sola dimensión. La crítica negativa se extiende a *El Señor Presidente*, aunque en ella sabemos más del dictador pero sigue pesando el lastre de la caricatura- puesto que es descrito como un texto “melodramático y folletinesco”, cuya caracterización es “caricaturesca y mecánica”. Lo más reseñable de la novela sería el estilo y el uso de técnicas novedosas: uso constante de la hipérbole, que provoca que el lector se adentre en una “atmósfera sofocante y macabra” y sienta lo mismo que los personajes que sufren la tiranía de primera mano. No obstante, en *Tirano Banderas* y en *El Señor Presidente*, a decir de Subercaseaux, aparece ya silueteado “el sentimiento de soledad del tirano o la concepción del tiempo de la dictadura como un tiempo mítico y eterno” que “serán recogidos y desarrollados en novelas posteriores sobre el tema”¹¹¹. Estas novelas serán las de Gabriel García Márquez y Carpentier -el crítico no incluye *Yo el Supremo*, a la que tilda de “producto híbrido”- que incorporan un “estrato” casi inédito en esta novela: “la conciencia del dictador”. De este modo, asistiremos al uso frecuente del monólogo, la lentitud en la narración y a la desaparición o relegación de la figura del antagonista (como Zacarías en *Tirano Banderas* o Cara de Ángel en *El Señor Presidente*). En ambas se produce un proceso de desmitificación que bucea en las entrañas del poder y concibe la dictadura como “fenómeno histórico”.

Las nuevas técnicas que adopta la novela en los setenta¹¹², y el amplio abanico estético (lo feo como material estético, exaltación del anti-héroe como personaje central de la obra, la alineación del hombre, procedimientos retóricos, descomposición de la cronología, alternación rítmica de puntos de vista, etc) que se abre, propicia que el escritor se acerque al tema del dictador sin temor, abordando su complejidad psicológica¹¹³. El primero en acceder a la conciencia del tirano y en el drama de su vida individual es Alejo Carpentier en *El recurso del método*, donde ofrece un cuadro de valores positivos y negativos de un dictador sincrético. En *Yo el Supremo* el lector se

¹¹¹ Bernardo Subercaseaux, “*op. cit.*”, pág. 57.

¹¹² *Vid.*, Martha Palley Francescato, “La novela de la dictadura: nuevas estructuras narrativas” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 9, 1979, págs. 99-104.

¹¹³ Cfr. Juan José Amate Blanco, “La novela del dictador en Hispanoamérica” en *Cuadernos Americanos*, no. 370, 1981, págs. 85-102; Ricardo Campa, “La idea del poder en la literatura latinoamericana” en *Cuadernos hispanoamericanos*, no. 357, 1980, págs. 616-631; Aída Cometta Manzoni, “El dictador en la narrativa latinoamericana” en *Revista Nacional de Cultura*, no. 234, 1978, págs. 89-111.

encuentra con estructura complicada, laberíntica, sembrada de anacronismos y escrita desde el “escepticismo histórico” –a juicio de Jorge Castellós y Miguel A. Martínez– que pone en tela de juicio la veracidad de la escritura.

En las magnas novelas de los setenta se alude a un elenco de *lugares comunes* – un “voluminoso catálogo de lugares comunes”, a decir de Conrado Zuluaga– que recrean el machismo, la violencia, la soledad del poder, la oposición, etc. Zuluaga defiende que en estas novelas la “figura del dictador y su tipicidad”¹¹⁴ pone de manifiesto que lo que realmente hicieron estos autores fue un acopio de anécdotas tomadas de dictadores reales, creando “personajes acartonados”¹¹⁵. Alaba a Valle-Inclán porque logra superar la anécdota, pero critica a Roa Bastos que no excede de la compilación de datos y documentos; no construye un “tipo individual”, “único”. En cambio, Carpentier y García Márquez, persiguen la construcción de la imagen de “*El Dictador Latinoamericano*” y hacen un pastiche que logra que sus dictadores no se parezcan a ninguno real. En la investigación que realiza Zuluaga apunta la presencia de ciertas concomitancias en dichas novelas: la presencia de “fuerzas vivas” que sustentan la dictadura y sirve de apoyo en momentos cumbres y menciona entre éstas: la familia, el equipo de trabajo, instituciones y clases sociales privilegiadas, los “legatarios extranjeros” y los faccionarios. También señala como rasgo común a la mayoría de dictadores el nepotismo y el ascenso al poder por un golpe militar o una insurrección. Mollet, en cambio, afirma que el tema del dictador tiene en América latina, tanto en el panorama estético como en el literario, cobra una gran fuerza comparable a la de otros “mitos continentales”, que entronca con una concepción circular de la historia política del continente circular. El “dictador-arquetipo” pierde así “su identidad mítica y alucinante, y se revela, en última instancia, como una ficción semejante a tantas otras del continente”¹¹⁶. Estas novelas intentan mediante el tratamiento del tema de la dictadura, “exorcizar una de las pesadillas continentales, para luego dar paso a una

¹¹⁴ Define el tipo así: “El tipo es el resumen concentrado de las determinaciones que produce una específica y concreta situación; tiene, por tanto, el carácter inmediato de la particularidad. Esta definición respecto al tipo, también es válida para las situaciones típicas [...] lo típico, como todos los elementos materiales del arte, es una categoría de la vida, que desempeña un papel central en la creación artística” en *Novelas del dictador. Dictadores de novela*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977, págs. 16-17.

¹¹⁵ La tesis que defiende Zuluaga es harto reduccionista, pues basa su investigación en el rastreo de rasgos de dictadores históricos en la novela, sin tener en cuenta la maestría incuestionable en el tratamiento de las anécdotas “reales” que llevan a cabo Carpentier, Roa Bastos y García Márquez.

¹¹⁶ Brian J. Mallet, “Dictadura e identidad en la novela latinoamericana” en *Arbor*, no. 393-394, 1978, pág. 60.

verdadera apreciación de la identidad nacional”¹¹⁷. Exactamente lo que pretende el dominicano con la representación literaria del fenómeno del trujillato.

Giuseppe Bellini también ha dedicado un trabajo crítico a la revisión del tema del dictador en la novela hispanoamericana. El crítico italiano denuncia que a *Tirano Banderas* –contrariamente a lo que sostiene Zuluaga y suscribiendo lo expuesto por Subercaseaux- “le falta algo que tienen *El Señor Presidente* y las demás novelas hispanoamericanas que denuncian la dictadura: una experiencia directa de dolor”¹¹⁸. Le imputa el esquematismo de la dictadura que describe, la violencia retratada tendría “algo folletinesco” y el final vendría a inspirarse en la crónica que cuenta la muerte de Lope de Aguirre. Ese aspecto “sombrio” y “fúnebre” del dictador de Valle-Inclán, habría de ser retomado por Asturias, como ya adelantó Subercaseaux, pues en esta novela se presenta “el poder deformante y desmoronador de la dictadura, la difusión de un clima en el que la personalidad humana se anula frente al temor”¹¹⁹, al que intenta oponerse infructuosamente Cara de Ángel, que recordamos que “era bello y malo como Satán”. El “Señor Presidente” se reduce a “pura animalidad”, y esto es una constante en las novelas del dictador: el mandatario de *El Gran Burundín-Burundá ha muerto* de Jorge Zalamea se convierte en un extraño animal, en una “bestia” y encontramos lo mismo en *Tirano Banderas* y *Otoño del Patriarca*. También hay animalización en *El gran solitario de Palacio*, de René Avilés Fabila y en *El secuestro del General* de Demetrio Aguilera. Bellini considera que Carpentier es el primer novelista en darle un cariz humano al dictador, a su Primer Magistrado: “lo presenta en su decadencia física y mental debido al paso del tiempo y del exilio”¹²⁰ y a él le seguirán García Márquez y Roa Bastos entre otros. Aún así, para el investigador italiano la gran obra de referencia en este “subgénero” es *El Señor Presidente*:

En el ámbito americano, a pesar de todo, la novela de referencia sobre el tema de la dictadura sigue siendo siempre El Señor Presidente. Su sombra poderosa se proyecta sobre la novela hispanoamericana que trata el tema, hasta las

¹¹⁷ *Ibid.*, pág. 73.

¹¹⁸ Giuseppe Bellini, *El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico (Siglo XX)*, Bulzoni Editore, Roma, 2000, pág. 22.

¹¹⁹ *Ibid.*, pág. 30.

¹²⁰ *Ibid.*, pág. 86.

manifestaciones de la llamada “nueva novela”, que, por otra parte, justo es afirmarlo una vez más, el escritor guatemalteco inaugura ya claramente en el lejano 1932, fecha en que acaba la redacción de su texto, por el manejo inédito del tiempo, la modernidad de las técnicas expresivas y la conciencia de estilo¹²¹.

3.2.2.1. Trujillo novelado: la conquista por la pluma y por la espada

La presencia de Trujillo en gran parte de las novelas de dictador, es una realidad que encuentra su inmediata explicación en la singularidad y excentricismo de su dictadura. La figura de Gómez es la que ha producido mayor número de “estereotipos” que posteriormente han nutrido las novelas de la década de los setenta: como su vejez, su memoria, machismo, amor por la madre, aislamientos y soledad, etc. Es verdaderamente el dictador que en más ocasiones aparece en novelas latinoamericanas, y Rafael Leonidas Trujillo se encuentra entre los diez primeros más citados. A su lado, también ocupa un lugar destaca el dictador ficticio o sincrético¹²².

Conrado Zuluaga, citando a William Krehm –*Democracia y tiranías en el Caribe*¹²³ - entiende que todas las dictaduras están concentradas en la persona de Rafael Leonidas Trujillo, e incluso supera el sadismo de muchos de ellos: “Trujillo quiso hacer del país entero una comparsa que estimulara sus pretensiones y su inverosímil vanidad jamás satisfecha”¹²⁴ y hace referencia a su inusitada megalomanía, a sus múltiples títulos y monumentos y a su teatralidad desmedida. Ciertamente, esto es así, pues por ejemplo, en *El recurso del método*¹²⁵, el Primer Magistrado es una síntesis “cualitativa” de dictadores latinoamericanos, entre los que se halla Trujillo. Miliani afirma que el dictador de Carpentier está compuesto de anécdotas y del entorno familiar de Rafael Leonidas Trujillo: Radamés Trujillo, es deportista y desertor de West-Ponit, un play-boy como el hijo del Primer Magistrado. De este modo:

¹²¹ *Ibid.*, pág. 65.

¹²² *Vid.* Carlos Pacheco, *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987.

¹²³ Buenos Aires, Editorial Suramericana, 1975.

¹²⁴ Conrado Zuluaga, *Novelas del dictador. Dictadores de novela*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977, pág. 29.

¹²⁵ *Vid.* Ariel Dorfman, “Entre Proust y la momia americana: siete notas y un epílogo sobre *El recurso del método*” en Ariel Dorfman, *Hacia la liberación del lector latinoamericano*, Hanover, Ediciones el Norte, 1984, págs. 89-146.

El novelista cubano había fabricado un dictador ficticio, sincrético, en quien incorporó detalles físicos y psíquicos de diversos tiranos reales (Guzmán Blanco, Machado, Porfirio Díaz, Trujillo y Gómez)¹²⁶.

Zuluaga también se encarga de desentrañar en su trabajo los vestigios de Trujillo en El Primer Magistrado:

Y no olvidemos que el Palacio Nacional de Gobierno de la República Dominicana en Santo Domingo y el de Cuba en La Habana, tienen más de un parecido con el famoso Capitolio (y el Primer Magistrado quería construir una réplica del de Washington). Durante La Era de Trujillo, este hizo construir además un obelisco muy similar al que hay en Washington y una tumba al Soldado Desconocido, a imitación del monumento que hay en Francia. No faltó quien dijera que los dominicanos vivían presos de terror de solo pensar en lo que podría ocurrírsele al “Benefactor” en caso de visitar Egipto¹²⁷.

Por otra parte, el *Primer Magistrado*, a lo Trujillo, “quiere mantener, a pesar de la dependencia, cada vez mayor, una “independencia” ante “esos gringos de mierda”¹²⁸. Aunque como sabemos, el magistrado tendrá que claudicar y pactar con los estadounidenses. Evidentemente, otras muchas características del dictador de Alejo Carpentier se alejan de la semblanza del tirano dominicano; como por ejemplo su formación académica, su cultivada cultura, sus gustos refinados (ópera, leía a los clásicos), etc.

También ha vertido la crítica ríos de tinta sobre la magnitud del componente trujillista en el “Patriarca” de García Marquez. *El otoño del Patriarca*: centrada en una isla del caribe: “se trata de la cuna de América Hispana, La Española, vista simultáneamente como la República Dominicana” y esta isla “proporciona el material

¹²⁶ Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, *op. cit.*, pág. 90.

¹²⁷ Conrado Zuluaga, *op. cit.*, pág. 59.

¹²⁸ *Ibid.*, pág. 99.

histórico real que el autor convierte en ficción”¹²⁹, puesto que aparecen datos de la Historia dominicana de los siglos XVI, XIX y XX. A decir de Graciela Palau de Nemes, es la historia del despojo y del saqueo de un pueblo: la anécdota de la venta del mar se nutre de las atrocidades que cometieron los caudillos dominicanos Santana y Báez en el diecinueve: “Durante su gobierno provisional (1866) el General Cabral, propone compartir con los Estados Unidos la soberanía de las aguas de la bahía a cambio de su defensa”¹³⁰. En lo que se refiere a la plasmación del trujillato, la investigadora interpreta:

Algunos materiales de la novela son “saqueos” de la era de Trujillo; por ejemplo la obsesión de éste con la limpieza de las calles [...] El hijo legítimo del Patriarca es nombrado general de la división en la niñez, lo que nos remite al hijo del General Trujillo [...] La reconstrucción de la parte moderna de la ciudad de Santo Domingo destruida por un huracán en 1930, a las dos semanas de subir al poder Trujillo, se registra también en la novela”¹³¹.

Durante la catástrofe de San Zenón, García Márquez pone de manifiesto la corrupción que dominó esa campaña de reconstrucción; retomarán este episodio de la historia dominicana varias novelas del trujillato como *La ciudad herida*.

A propósito de Trujillo y su imagen patriarcal Lidia D. Hazera¹³² enuncia que esta “imagen patriarcal¹³³ se encuentra enclavada en la mentalidad popular de América Latina como parte de su sistema de mitologías y creencias religiosas”. García Márquez vendría a degradar la imagen pública del dictador, pues como sabemos le atribuye rasgos de animal a su Patriarca, práctica que aparece en otras novelas donde se representa literariamente el trujillato: *Las tinieblas del dictador*, *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, *Musiquito*, etc. Y aludiendo a la tesis de Sarmiento, apuntala:

¹²⁹ Graciela Palau de Nemes, “Gabriel García Márquez, **El otoño del Patriarca**, Barcelona, Plaza & Janes, 1975” en *Hispanamérica*, no. 11-12, 1975, págs. 173- 183. págs. 173-174.

¹³⁰ *Ibid.*, pág. 178.

¹³¹ *Ibid.*, pág. 179.

¹³² Lidia D. Hazera, “La desmitificación del patriarca” en Ana María Hernández de López, *En el punto de mira: Gabriel García Márquez*, Madrid, Pliegos, 1994, págs. 199-206.

¹³³ Recordemos que “patriarca” cuyo significado primario es el de “padre gobernante de una familia, tribu o raza. La denominación connota la condición de digno, respetable y venerable” en Lidia D. Hazera, *op. cit.*, pág. 201.

[...] las masas ignorantes son fácil presa de manipuladores astutos capaces de cultivar la imagen del líder-benefactor. Los secuaces y aduladores que rodean al dictador y aspiran a compartir su fortuna procuran identificarlo con la gente del pueblo, difundiendo relatos que ilustran los profundos sentimientos de preocupación y compasión que le inspiran la pobreza y miseria de las masas”¹³⁴.

Propone entonces la lectura “patriarcal” –auspiciada por la el pueblo dominado- del *Otoño del patriarca* e ilustra este enunciado detallando la efectiva “imagen patriarcal” de Trujillo para el pueblo dominicano, y la incomparable astucia de Trujillo y de sus métodos de represión y control de la sociedad.

En la referencia a los datos “reales” que condensa el Patriarca, Zuluaga menciona a Gómez, al Doctor Francia y a Trujillo. En lo concerniente al trujillato, apunta a la corte de aduladores del Patriarca y sostiene: “No debe sorprendernos esta imagen del *Patriarca*. Durante la “*Era de Trujillo*” se convocaba periódicamente a un concurso para la mejor biografía de “El Benefactor”. Frente a los exponentes surgidos en esta “contienda literaria” todos los restantes palidecen”¹³⁵. Otro nexo de unión entre el dictador de García Márquez y Trujillo reside en los siguientes puntos: “Se parece a Trujillo en el asilo dado a los “compañeros” caídos en otros países-, en la veneración que tienen por la madre, en el furgón de la muerte, en la ocupación del país por los infantes de la marina”¹³⁶. Tampoco hay que olvidar que el Patriarca tergiversó la verdad sobre su origen, como Trujillo, y también estaba envuelto en un halo mágico: sabía leer en los ojos de los demás lo que pensaban, adivinando futuras traiciones.

Como Trujillo, el *Supremo* -el Doctor Francia- fue menospreciado por la clase alta y culta del país, era insultado -“mulato” y “advenedizo”, hijo de un “mameluco paulista”- por estos, pero apoyado por la plebe. También es comparable la megalomanía de “El Supremo” con la de Trujillo: el Supremo se siente la “Suprema encarnación de la

¹³⁴ Lidia D. Hazera, *op. cit.*, pág. 19.

¹³⁵ Conrado Zuluaga, *op. cit.*, pág. 61.

¹³⁶ *Ibid.*, pág. 119.

raza”, el “Supremo personaje” y Trujillo: “Padre de la Patria”, “Benefactor de la Patria”, etc.

Aunque estos dictadores de novela son retratados y descritos acorde con lo que Conrado Zuluaga ha acordado denominar *lugares comunes* de la novela del dictador: la existencia de un equipo de trabajo (un senador o diputado de confianza) que acompaña siempre al dictador y que puede ser liquidado en cualquier momento. Como ejemplo de esto pone a Trujillo y uno de sus áulicos oficiales: Jacinto Peynado, al que desterrará a Puerto Rico. También destaca la importancia de la Iglesia y del Ejército y la Prensa: precisan de este apoyo para “asegurar su permanencia en el poder” y muchos los utilizan como catapulta de lanzamiento para alcanzar el poder absoluto: la presidencia del gobierno- y la Prensa para estos tiranos. En cuanto al tratamiento literario de la “oposición” al tirano, Zuluaga acude de nuevo al ejemplo de Trujillo y su “soterrada oposición”. Así, cita los nombres de Andrés Requena y Jesús Galíndez, al cual le costó la vida la defensa de su Tesis doctoral que versaba sobre la cruenta realidad dictatorial dominicana.

Trujillo, es sin duda –como he afirmado con anterioridad- la síntesis de grandes dictadores latinoamericanos, pues en él se reproducen incluso rasgos del gobierno de Gómez, el dictador más literario. Por ejemplo, *Oficio de difuntos* (1976) de Uslar Pietri, narra la dictadura de Peláez, que encubre la tiranía de Juan Vicente Gómez. En la novela se detalla el proceso de transformación del país en manos de Gómez, una trayectoria que perfectamente podría pasar por la trujillista:

[...] en una prolongación de su persona, en propiedad personal, que nadie podía atreverse a insidiar en su ordenado vivir, un orden fundado en la fuerza, la astucia, la desconfianza, la opresión más despiadada, que había llenado cárceles u obligado al destierro a sus enemigos¹³⁷

Por otra parte, Gómez aparentaba llevar las riendas de un país democrático, como Trujillo, y ponía en la presidencia a cualquier títere al que había de manejar a su antojo. Para Gómez el poder residía en el ejército y su gobierno estaba más cerca del caudillaje que de la política. Pero como dice Bellini, se trata más de un caudillo que de

¹³⁷ Giuseppe Bellini, *op. cit.*, pág. 103.

un político. O también hallamos ciertas semejanzas con el trujillato en *El secuestro del General* de Demetrio Aguilera: el dictador de Babelandia ha hecho del país “su hacienda” donde “¡Su palabra es la ley!”, y sus súbditos son tratados como esclavos.

Por último, hay que consignar que en el análisis que hace Zuluaga de las novelas de dictador y de su correlación con figuras históricas, llega a la conclusión de que la historia de América Latina y “la de los dictadores está muy por encima de las creaciones literarias de nuestros continentes”¹³⁸. Sólo salva de la pira, curiosamente, la obra del español Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, puesto que los personajes literarios de Roa Bastos, Carpentier y García Márquez “no poseen este carácter cruel” y sanguinario propio de las dictaduras que ha padecido América Latina, que las emparenta a todas:

*Definitivamente, en las novelas de Roa Bastos, Carpentier y García Márquez, solo encontramos figuras literarias medias, agobiadas por increíbles empeños, pero todos ellos menos sorprendentes que los acontecimientos reales de la vasta galería de tiranuelos latinoamericanos [...] nuestros escritores conocen suficientemente los personajes reales y sus circunstancias históricas, y que fue a ellos a quienes saquearon para construir sus figuras. Y, sin embargo, en las novelas estos elementos nunca trascienden, permanecen en la inmediatez de la anécdota, son reducidos al lugar común. Esta reflexión nos obliga a pensar que nuestros escritores antes que intentar la recreación de la realidad, buscaron evadirla*¹³⁹.

En mi opinión, y como he expuesto en el epígrafe anterior, pienso que estos tres autores no optan por la evasión, sino todo lo contrario, por la reconstrucción y re-escritura de la historia violenta de Hispanoamérica; instalados en la mitificación y las sirtes de lo que se conoce como el realismo-mágico. No aludir directamente a una realidad dictatorial específica, no implica no recrearla en su especificidad, la cual en la mayoría de los casos pasa por una crueldad exacerbada que tiene su plasmación literaria –también exagerada– en estas novelas¹⁴⁰.

¹³⁸ *Ibid.*, pág. 115.

¹³⁹ *Ibid.*, pág. 121.

¹⁴⁰ La bestialidad de algunas de las escenas de *El otoño del Patriarca* es incuestionable; por ejemplo, cuando se sirve en bandeja el cuerpo horneado de Patricio Aragonés, a la manera de las tragedias griegas.

3. 2. 3. NOVELA DE DICTADOR, NOVELA DE DICTADURA.

Esta urdimbre de novelas del dictador que venimos tejiendo es ancha pero no ajena a una sistematización más. El dilatado número de discursos que se adhieren a esta categoría es susceptible de otro intento de clasificación que está ineluctablemente imbricado a su carácter de novela de dictador. Me refiero a la perspectiva de la que se vale el autor para dar cuenta de la realidad del dictatorial -en mi caso, de la realidad del trujillato- que es la que ha propiciado la distinción entre novela del dictador/ novela de la dictadura.

El discurso literario ha sido una de las vertientes más prolijas acerca del trujillato. Muchas de las novelas que se han publicado y que aún continúan publicándose en Santo Domingo pertenecen a los que podría ser considerado como la novela dominicana del dictador; otras, aunque no tratan acerca del dictador directamente, al menos lo tocan tangencialmente o hacen referencia los efectos de la dictadura o, de alguna forma, al mismo Trujillo como tal¹⁴¹.

Un subgénero que viene a ser el gran libro del dictador, conformado por capítulos representados por cada una de las novelas que integran esta categoría, la más humana y cruenta, la que solapa las teorías prístinas de Hobbes y Maquiavelo: la categoría del sumo poder. *Tirano Banderas* (1926), uno de los principales vértices de este entramado, novela fundacional de Valle-Inclán retrata a un dictador hispanoamericano imaginario que es la suma de todos los que han existido y existirán en el Nuevo Continente. La descripción esperpéntica que hace del dictador siempre acompañará a este sistema temático¹⁴². *El Señor Presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias que basa su caricatura en la pesadilla dictatorial guatemalteca. *El recurso del método* de Carpentier, *Yo el supremo* (1974) de Roa bastos, metáfora de la relación entre el poder y la palabra, que nos presenta a un dictador paraguayo por medio de la experimentación estilística y técnica. *El otoño del patriarca* (1975) de Gabriel García Márquez, focalizado en el tramo final de la vida de un dictador. Algunos críticos

¹⁴¹ Fernando Valerio-Holguín, “Trujillo en una escena de seducción: *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda” en *Caribe: revista de cultura y literatura*, no. 2, 2002-2003, págs. 18-30. pág. 18.

¹⁴² Véase Rodríguez Pérez, *op. cit.*, pág. 45.

amplían el elenco de novelas magnas del dictador y citan *Muertes de perro* (1958) de Francisco Ayala y *Oficio de difuntos* (1976) de Uslar Pietri.

La relación entre discurso novelístico y realidad quizá sea en esta narrativa del “poder personal” donde halle una mejor adecuación histórica puesto que, el fenómeno del autoritarismo (ya se llame caciquismo, bonapartismo mitómano, paternalismo, gorilismo...), “surge con la Colonia, se prolonga durante las guerras independientes y alcanza a nuestros días como simples variables equipolentes de una constante reactiva de función unívoca: la de la ‘Dictadura’ en cuanto forma política aberrante”¹⁴³. Forma política cíclica que ha ido minando la realidad granujenta y la conciencia intelectual de toda América Latina y que por su forma recurrente e incisiva ha propiciado la aparición de este subgénero literario conocido como “novela del dictador” que posee una visión que, al contrario de lo que sucede en otras áreas del saber humano, es afectiva y sintética. “Pero el nombre “novela de dictador” (a decir de Sahroon Keefe Ugalde) tiene dos limitaciones serias. Una de ellas es que no permite la inclusión de cuentos ni de otros textos que se acercan a la historia o al ensayo (de todas formas, estos ámbito no forman parte de mi objeto de estudio). La otra falla reside en que no todas las obras tratan sobre el *dictador*, hay varias que hacen referencia solamente a los *efectos de la dictadura*”¹⁴⁴. Así Keefe Ugalde propone hablar de una “novela de dictador/dictadura”, ya que así se expresa nominalmente la relación entre el dictador y su pueblo, pues como sostiene Angel Rama¹⁴⁵, “el dictador no era una aberración, sino el producto de una relación profunda con la sociedad latinoamericana a la que se expresaba cabalmente, en especial respecto a las vastas masas incultas que constituían la inmensa mayoría”. Keefe Ugalde entiende esta dicotomización del subgénero como una evaluación errada, debido al aparato crítico que ha tendido a menospreciar las “novelas de dictadura”¹⁴⁶, a

¹⁴³ J. Calviño Iglesias, *La novela del dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985, págs. 9 y 10.

¹⁴⁴ S. Keefe Ugalde, “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador /dictadura: perspectivas dominicanas e innovaciones” en *Revista Iberoamericana*, 141, 1988, pág. 129. Carlos Pacheco también sostiene que es mejor hablar de “narrativa”, un término mucho más abarcador y preciso, aunque el género predominante sea el novelístico. Él prefiere igualmente, el sintagma “narrativa de la dictadura”, porque es más amplio que el de “narrativa del dictador” y lo contiene.

¹⁴⁵ Ángel Rama, *Los dictadores latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pág. 6.

¹⁴⁶ “En su evaluación del subgénero, los críticos tienden a colocar a la novela “de dictadura” en una posición de inferioridad con respecto a la “de dictador”, por su énfasis en la función referencial del lenguaje, y por incluir en algunas obras personajes superficiales, y porque otras son de tipo panfletista”, pág. 202.

considerarlas en su mayoría panfletistas y superficiales. Pero el problema reside entonces en la equivocada consideración de lo que es la “novela de la dictadura”, que ha de ser entendida a mi parecer, como todo aquel discurso que trata de los efectos de la dictadura en el pueblo, sin tener en cuenta juicios de valor determinados a priori. También señala que esta diada “destruye” el entendimiento de la relación que existe entre dictador y pueblo. No existe dictadura sin dictador ni viceversa (definición de dictadura), por lo que la dictadura implica la existencia de un dictador, que evidentemente mantiene una relación con su pueblo. Manuel Rueda enuncia que no se puede ver al dictador como un ente aislado y que éste es “sólo un lado de ese triángulo que completan pueblo e Historia, en tensiones y distensiones sucesivas”¹⁴⁷. No creo que exista tal triángulo, pienso que se trata más bien de una relación dialéctica bilateral entre el dictador (que se coloca en orden ascendente) y el pueblo (en orden descendente), ya que el dictador es producto de un proceso histórico y en él se condensa ese vértice que Rueda nomina “Historia”. Igualmente sostengo que la categoría nominal “novela del dictador” y la “novela de la dictadura” no niegan en ningún momento esa relación y simplemente son operativas a un nivel metodológico, para el estudio y manejo de este tipo de obras amén de aclarar “a priori” en qué aspecto del conglomerado dictatorial incide más el autor en el texto narrativo.

Me parece operativa esta distinción, la cual han usado numerosos críticos para analizar más a fondo esa novela que expresa la coincidencia del interés de prestigiosos escritores del “boom” en esta temática, junto con la innovadora perspectiva de indagar la psicología del tirano. Por ello la utilizo en mi análisis junto a dos distinciones categóricas más, que sirven como instrumento para desgranar el discurso del trujillato y entender más profundamente cuáles son sus mecanismos internos y sus rasgos primordiales.

El dictador ocupa el centro de la narración, como sabemos, en la década de los setenta, es decir que “hasta 1970 no existió mas [sic] que el género (la novela de la dictadura), de orientación sociológica y política, más que psicológica. Sólo en la década del 70 aparece la especie (la novela de

¹⁴⁷ Manuel Rueda, *op. cit.*, pág. 114.

dictadores), que además de retratar un régimen se concentra en el estudio de la compleja personalidad tiránica de un individuo¹⁴⁸

La categoría: “del dictador” “incluye obras donde el tirano es el personaje central de la novela, y estudian su personalidad conminante y su moral laxa dentro de un espacio mitificado e integrador. La “de la dictadura” contiene textos que reflejan los efectos de la tiranía en el pueblo, con una orientación sociológica y política que “intenta transponer a la ficción un momento histórico determinado”¹⁴⁹. De ambas, hallaremos ejemplos en el hábeas del trujillato, aunque la novela “del dictador” ha sido la menos cultivada, encontramos sólo *Domini Canes*, *Juro que sabré vengarme...*, *Uña y carne*, *La fiesta del chivo*. Y algunas otras en las que aparece la voz de trujillo pero en un plano secundario, no como eje protagónico del relato: *Tartufo y las orquídeas*, *Medalaganario*, *Bienvenida y la noche*, *Trujillo, seguiré a caballo*. En la mayoría de ellas el dictador-protagonista aparece impregnado de connotaciones paternalistas: el gran padre de la humanidad (y en este sentido a Dios, omnímodo, omnipresente, salvador, todopoderoso) y el padre terrenal que representa los valores de la masculinidad (macho procreador de la especie)¹⁵⁰, un referente al que adular, disciplina férrea para una buena educación y comportamiento del pueblo que siempre es visto por los ojos paternos como un niño que necesita de sus consejos y guía. En definitiva, “es el encuentro con el Héroe, con el Benefactor y con el Padre, ayudado por sentimientos religiosos y heroicos que trascendiendo los límites humanos alcanzan niveles míticos en donde caben holgadamente la idolatría y el fanatismo”¹⁵¹, disfrazado de una bondad piadosa que esconde, como en todos los regímenes dictatoriales un entramado de violencia y abuso sexual desmedido.

Miliani habla de “novela de dictadura”, “novela de dictador” y de una “novela sincrética” en la que se habla de todos los dictadores de América Latina, como *El otoño del patriarca*. Por otro lado, Carmen Mejía nos dice que, si nos centramos en la dictadura como tema literario, se observa que existe gran número de obras difícilmente clasificables. Esta heterogeneidad se puede transferir a la narrativa del trujillato, puesto

¹⁴⁸ Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, *op. cit.*, pág. 79.

¹⁴⁹ *Ibid.*, pág. 130.

¹⁵⁰ Para el hombre representaría el ideal al que aspira y para la femina el hombre que busca como compañero y futuro padre de sus hijos.

¹⁵¹ Manuel Rueda, *op. cit.*, pág. 113.

que somos conscientes de la individualidad de cada discurso narrativo y por ello, atendemos a diversos campos de estudio, tales como la literatura, la historia política y la antropología, que hilvanan una urdimbre que los une en un todo bien definido.

Por último, señalar que Luis Alberto Sánchez propone una delimitación de las novelas del dictador/dictadura en tres grupos: caudillos, dictadores y tiranos / la conspiración y la revolución / la prisión política. Pero creemos que esta clasificación no es muy precisa y que en muchas ocasiones la misma obra literaria engloba todos los temas clasificados, debido a que están interrelacionados y son difícilmente divisibles. Proponemos nosotros una metodología que, partiendo de un mismo esquema de estudio, analice cada una de las obras y así rastree concomitancias y diferencias, sin acercarse al texto con una idea preconcebida tan limitada.

4. EL DISCURSO NOVELÍSTICO DOMINICANO: PROBLEMAS Y DEBILIDADES

Pues bien, en las entrañas de esta trabazón no cabe duda de que la “novela del trujillato” se adhiere principalmente al contexto del discurso literario dominicano. Para acceder a éste hay que aproximarse a las ideas literarias que lo aglutinan, que a su vez devienen en corrientes literarias que van perfilando el trasunto de esta literatura. A decir de Don Mariano Lebrón Saviñón, estas ideas literarias van tomando cuerpo en Santo Domingo “espontáneamente y por influencias notorias de otras literaturas, especialmente europeas. Desde luego, nuestra cultura es esencialmente de profundas raíces hispánicas y africanas; nuestra habla es el español y por tanto es a través de España como penetran en principio los colegios culturales en el país”¹⁵². Estas mismas herencias culturales serán las que marcarán profundamente el destino y la trayectoria de la literatura dominicana, que otorga más espacio a lo “ajeno” e invierte menos en “lo propio”. Marcio Veloz Maggiolo, el escritor dominicano de magna fama, describe este hecho: “La agonía de nuestros intelectuales por incorporarse a “lo que se hace a nivel universal” es una de nuestras frustraciones [...] Como nos acostumbramos al modelo exterior, a la copia, a veces somos incapaces de transformar el modelo usando nuestra

¹⁵² Odalís G. Pérez, *Las ideas literarias en Santo Domingo*, Santo Domingo, pág.176 y 177.

propia material prima”¹⁵³, porque usar patrones foráneos empobrece la originalidad y la calidad literaria del escritor. Denuncia que no se puede aplicar un “modelo universal” a la literatura dominicana y a la vez encontrar la forma y el modo de expresión netamente dominicano, pues hay que rechazar la procedente de otras culturas cuya perspectiva y valores son diferentes a la isleña. Esta realidad es consecuencia directa de los problemas que encierran la identidad nacional y cultural dominicana, puesto que arte y forma estética son modos de expresión de esta identidad:

La identidad en una persona o en un grupo social cualquiera es lo mismo que su autopercepción como individuo o como grupo” y en este sentido, la identidad dominicana ha estado siempre sujeta a múltiples cambios, no es un todo acabado: llega tarde la independencia, se anexiona a Francia, a Haití, luego de nuevo a España , etc. Y es que el dominicano del XIX construía su identidad en la base de la “otredad”, por oposición al haitiano en este caso: “ser antifranceses y ser antihaitianos. No debe olvidarse que los haitianos empezaron a ser detestados por los dominicanos a partir de 1805, no tanto por ser franceses o por ser negros, sino por los crímenes que las tropas de Dessalines y Cristóbal cometieron en su retirada después de su frustrado cerco en Santo Domingo”¹⁵⁴.

Será a principios del siglo XX cuando empiece a entreverse con nitidez “las expresiones literarias modernas integrando al texto literario (poesía, cuento, narración) estructuras socio-culturales propias de una nueva cultura de tipo liberal con fundamentos en la modernidad”¹⁵⁵. Aunque esta “modernidad” a la que alude Odalís G. Pérez, debe ser matizada y tener en cuenta ciertas variables que definían la realidad dominicana de la época. Es cierto que en los albores del siglo pasado se adoptaron proyectos de modernización económica en el país pero no hay que olvidar, y reproduzco palabras de Cassá, que “el impacto de la entronización de relaciones capitalistas, el aspecto central de la modernización económica, quedó restringido en lo fundamental al sector azucarero y en un tiempo breve pasó primordialmente a manos de inversionistas

¹⁵³ Marcio Veloz Maggiolo. “La literatura y los parámetros de “lo universal”” en Diógenes Céspedes, Soledad Álvarez y Pedro Vergés, *Ponencias del congreso crítico de literatura dominicana*, Editora de Colores, Santo Domingo, 1994, págs. 116 y 117.

¹⁵⁴ Fran Moya Pons, *op. cit.*, pág. 239.

¹⁵⁵ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág. 117.

extranjeros, lo que dio lugar a que se redujese su incidencia en el resto de la formación social”¹⁵⁶. Por tanto, podemos deducir que esa modernización no fue completada y caló en todos los sectores sociales del país, lo que incide inevitablemente en la concepción del proceso literario de los intelectuales dominicanos. De esta manera, este pequeño avance en la estructura económica del país hizo que se engendraran nuevas formas literarias nacionales y universales, las cuales atañen especialmente al ámbito de la poesía:

*Surgen así expresiones como el Vedrinismo, el Postumismo, la Poesía Sorprendida y otros istmos que van a configurar una verdadera nueva expresión literaria en la República Dominicana cuyos representantes (Andrés Avelino, Franklin Mises Burgos, Manuel Valerio, Rafael Américo Henríquez, entre otros) logran fundar un nuevo lenguaje poético-literario*¹⁵⁷.

Es la poesía la que adquiere mayor proyección y la que experimenta un mayor desarrollo¹⁵⁸; es la producción estética hegemónica de las letras dominicanas. ¿Qué sucede entonces con la novela? José Alcántara Almánzar contesta a nuestro interrogante: “La novela, por ejemplo, es abundante, discontinua, desigual y ha estado siempre a la zaga de la poesía. Para comprobarlo bastaría echar una simple ojeada al panorama literario dominicano de los último cincuenta años [...] no hay duda de que la novelística es el talón de Aquiles de las letras dominicanas”¹⁵⁹. No olvidemos que el discurso novelístico arranca de una base política y económica, por esta razón se revierte en él ese esbozo de modernización capitalista que se llevó a cabo en República Dominicana y que no hizo sino reproducir “el antiguo patrón de relaciones

¹⁵⁶ Roberto Cassá, *op. cit.*, pág 112.

¹⁵⁷ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág 177.

¹⁵⁸ Los cuadros de Fran Moya Pons donde nos muestran que el porcentaje de novelas publicadas es inferior al de poesía y el de poesía. “Por encima de la dramática, la cuentística, la novelística nacional ha estado siempre la poética (...) Y mientras más primitiva la sociedad, más posibilidades hay de encontrar un poeta en cualquier hombre común y corriente” en Ramón Francisco, *Sobre Arte y literatura*, Taller, Santo Domingo, 1998, pág. 129.

¹⁵⁹ José Alcántara Almánzar, *Los escritores dominicanos y la cultura*, Instituto Tecnológico de Santo Domingo, Santo Domingo, 1990, pág. 155. Norberto Pedro James expone la misma idea: “La crítica dominicana coincide en señalar que, a pesar de que en la República Dominicana se han escrito novelas de importancia, es difícil hablar de una novelística dominicana debido a la débil tradición del género y, por otra parte, porque no existe una definida corriente de tendencias, movimientos, autores, obras”, en *op. cit.*, págs. 36-37.

precapitalistas agrarias”¹⁶⁰. Por lo tanto, no posee el almacén político, económico y social que es necesario para el despegue del discurso novelístico, que demanda mayor grado de desarrollo económico y político que el poético¹⁶¹. Por ello las primeras manifestaciones literarias dominicanas estuvieron sometidas a un lento proceso evolutivo.

Bruno Rosario Candelier, argumenta que varios son los factores que influyen en el desarrollo de la novela: “1. Las condiciones materiales, sociales y culturales que proporcionan los hechos y las peripecias de novelar¹⁶². 2. El enfrentamiento dramático derivado de los conflictos que afectan a la sociedad. 3. Un narrador con conciencia de los conflictos sociales y los requisitos para la novelación. 4. Una tradición narrativa que sirva de soporte al ejercicio novelístico. 5. Una madurez literaria como expresión de la madurez de la sociedad y la madurez de la lengua”¹⁶³. Así, el nacimiento y la evolución del discurso novelístico dominicano suponen una variable dependiente de las circunstancias socio-económicas y culturales del país¹⁶⁴, que han mermado el desarrollo del mismo. Mas por otro lado, se ha mencionado la existencia de conflictos sociales como *sine qua non* para el buen discurrir de la novela y estos se han sucedido en Santo Domingo, alcanzando su mayor cuota de surrealismo y virulencia durante el mandato de Trujillo, y más tarde en el Balaguerato. El problema emana de la tercera premisa defendida por Candelier, y es la relativa a la conciencia que de ellos tenga el narrador y de los requisitos para la novelación, y es en este punto donde hace aguas el proyecto novelístico dominicano.

La sociedad, en términos de Spencer se constituye como un organismo vivo que está compuesto por órganos interdependientes con una función específica. Si así aprehendemos los sistemas sociales, podemos vislumbrar nítidamente la fuerte

¹⁶⁰Roberto Cassá, *op. cit.*, pág 117.

¹⁶¹ La poesía es el primer discurso que se articula en las sociedades con arte a menor escala. Son sociedades cuyo arte compone visiones mágico –fantásticas, basadas en mitos populares, leyendas rituales e himnos religiosos, que se revierten en la pintura o la oralidad .

¹⁶² Que en el caso de la novela dominicana surge con el advenimiento de la pequeña burguesía a mediados del siglo XIX y de la mano de *El Montero* de Bonó, tal y como apunta el mismo Rosario Candelier.

¹⁶³ Bruno Rosario Candelier, “Canon de la novela dominicana” en José Chez Checo, *Coloquios '98 en homenaje a Max Arturo Jiménez Sabater*, Comisión Permanente de la Feria del libro, Santo Domingo, 1999, págs. 19 y 20.

¹⁶⁴ Siempre a la saga del resto de países caribeños que han demostrado un mayor crecimiento económico y cultural.

imbricación existente entre subsistemas tales como la cultura y en el seno de ésta, la literatura y la política, y la dimensión social. De esto podemos colegir que, si el panorama cultural e intelectual dominicano presentan unos bajos niveles de desarrollo, implica a su vez que ésta es una variable dependiente del estado socio-económico de la isla, cuya modernización es relativamente reciente y aún corresponde a los esquemas de un país en vías de desarrollo¹⁶⁵. Esto a su vez, como hemos adelantado, está relacionado directamente con la dimensión social isleña, con el conjunto de intelectuales (los novelistas evidentemente se insertan dentro de esta categoría) que viven imbuidos en estas circunstancias.

Hoy día la esfera educativa y de alfabetización ha logrado niveles de desarrollo jamás alcanzados anteriormente en el universo dominicano¹⁶⁶. Un síntoma inequívoco de esto mismo es la revolución bibliográfica que ha experimentado el país en los últimos años, aunque paradójicamente no existe en la República Dominicana una industria editorial moderna y sólida ni han aumentado el número de lectores. En una encuesta realizada en el 2003 por la “Fundación Global Democracia y Desarrollo” sobre los hábitos de lectura en República Dominicana¹⁶⁷ se obtienen datos reveladores tales como: sólo un 29% de la población se declara “lector frecuente” y que el nivel educacional está estrechamente ligado a la frecuencia de lectura y a las horas invertidas en dicha actividad¹⁶⁸. La novela es el género más popular entre los lectores dominicanos (frente a la poesía, que sólo alcanza un 2%), pero sólo el 6% lee a autores autóctonos. Esta realidad contrasta con los datos que expone Moya Pons en su *Biblioestadística de la Literatura Dominicana* que abarca desde 1820 a 1990¹⁶⁹. En su estudio, observamos que el género literario dominicano más publicado con notable diferencia, es el poético. No debemos olvidar que esto no responde a los gustos y la preferencia de los lectores

¹⁶⁵ Cfr. Frank Moya Pons en *Ponencias del congreso crítico, op. cit.*

¹⁶⁶ “Según las más recientes cifras, nuestro analfabetismo absoluto alcanza una cifra modesta de un 27%, aproximadamente. A ello hay que agregar un 45% de analfabetismo funcional.” En Andrés L. Mateo, “Los escritores dominicanos o cómo nadar entre tiburones: un manual” en *Ponencias del congreso crítico, op. cit.*, pág. 269.

¹⁶⁷ *Encuesta sobre hábitos de lectura en República Dominicana*, Fundación Global Democracia y Desarrollo, Santo Domingo, 2003. Se trata de un estudio inédito, nunca antes realizado en el país, cuya muestra fue de 800 personas con un nivel de confianza del 96%.

¹⁶⁸ A mayor nivel más tiempo y más frecuencia de lectura.

¹⁶⁹ Frank Moya Pons, “Biblioestadística de a Literatura Dominicana 1820-1990” en *Ponencias del Congreso Crítico, op. cit.*

(que ya hemos visto que tienden a inclinarse en mayor medida por la novela) sino al bajo coste en la producción de la misma. La inmensa mayoría de escritores dominicanos se ven forzados a autofinanciarse sus obras ya que no existe una inversión editorial significativa, pues el mercado es nimio. Asimismo, es evidente que publicar un libro de poemas implica un coste mucho menor que publicar una novela.

“Un hecho igualmente digno de notar es el que se refiere al crecimiento paulatino de las publicaciones literarias en el curso del siglo XX”¹⁷⁰, aunque el incremento no responde a las expectativas que corresponden al crecimiento económico y social en el país, “esto sirve para cuestionarse la madurez de la literatura dominicana, o la capacidad de los autores y editores para producir libros de literatura en el país”¹⁷¹. Y esto mismo lo señala la crítica Daisy Cocco en un artículo publicado en los noventa:

*Mientras el acerbo literario dominicano continúe a incrementarse por medio de publicaciones costeadas por sus autores, y mientras no existan casas editoriales compuestas de una junta directiva de escritores que evalúen la calidad de la obra será difícil resolver el enigma que presenta este fenómeno editorial dominicano, único en sus dimensiones entre otros países del Caribe y de América Latina*¹⁷²

En cuanto al lugar que ocupa la mujer en esta vorágine editorial, es casi nulo en relación con la producción masculina. Este hecho verifica que la literatura dominicana ha sido y sigue siendo un campo dominado por la masculinidad. En los ochenta comienzan a publicar un gran número de mujeres en la isla, pero esto no se refleja en selecciones ni antologías, donde se da cabida a unas pocas mujeres “muestra” –como señala Daisy Cocco- como prueba irrefutable de que el crítico ha estudiado la materia.

En esta línea, otro problema que atañe a la realidad dominicana y que se hace extensivo al resto de América Latina, es la falta de dedicación y por ende, la exigua disponibilidad temporal del escritor para dedicarse a la actividad literaria. Dice Henríquez Grateraux a propósito de los creadores: “dedican las mejores horas del día a

¹⁷⁰ *Ibid.* pág.24.

¹⁷¹ *Ibid.* pág. 25. Esto coincide con lo revelado en la encuesta sobre hábitos de lectura, donde se hace hincapié en la escasa consistencia de la industria editorial.

¹⁷² Daisy Cocco De Filippis, “ “Enigmática transparencia”: Reflexiones acerca de la literatura dominicana en los ochenta” en *The Latino review of books*, vol. 3, no. 2, 1997, págs. 16-20, pág. 18.

la tarea de ganar dinero para sus familias; generalmente en actividades ajenas a la literatura”¹⁷³, cuestión que perjudica en mayor medida al novelista, puesto que el pensamiento, el diseño y el buen desarrollo de una novela implican una ingente inversión de tiempo por parte del autor¹⁷⁴. García Márquez también sostiene que hay que dedicarse a la labor literaria a tiempo completo y si es posible, tener todos los problemas económicos resueltos y dice a propósito del escritor latinoamericano de los años treinta:

[...] eran escritores que hacían otras cosas. En general escribían los domingos o cuando estaban desocupados, y les sucedía una cosa de la que no sé hasta qué punto eran conscientes. Y es que la literatura era su trabajo secundario. Escribían cansados, es decir, después de haber trabajado en otra cosa, se ponían a escribir literatura, y estaban cansados. Tú sabes perfectamente que un hombre cansado no puede escribir...Las mejores horas, las horas más descansadas hay que dedicarlas a la literatura, que es lo más importante¹⁷⁵.

Pero a esto hay que agregar la creencia que circula entre los intelectuales dominicanos de que “tener disciplina es lo mismo que carecer de talento”¹⁷⁶, la alabanza y el elogio desmedido en el terreno de la crítica literaria en detrimento del mérito y de la calidad de la obra. Suma Grateraux a este elenco de debilidades de la intelectualidad dominicana, el solipsismo y la vanidad excedida, la inclinación por la parafernalia,

¹⁷³ Federico Henríquez Grateraux, *La feria de las ideas*, Santo Domingo, Taller, 1988, pág. 17.

¹⁷⁴ Esto se vislumbra con nitidez en relación a la poesía o al relato corto, que exigen, en un principio, menos dedicación temporal. Como sostiene Andrés L. Mateo, la novela “requiere de una dedicación mayor, ya que para escribir novelas hay que construir la atmósfera, hay que trabajar continuamente sobre ella y requiere también de un público lector. De manera que es en esa realidad, sin duda, donde se inscribe la novelística dominicana” en Eugenio García Cuevas, *op. cit.*, pág. 25.

¹⁷⁵ “Diálogo entre Gabriel García Márquez y Mario Vargas Llosa” en *Diálogos sobre la novela latinoamericana*, *op. cit.*, pág. 36.

¹⁷⁶ Federico Henríquez Grateraux, *op. cit.*, pág. 93. Y sigue diciendo, “El verdadero creador –según esa tosca idea_ no necesita de la cultura; desde sí mismo, como si fuese un primer hombre- un Adán- crea genialmente todos los supuestos. Cosa que, además de ser falsa, es una solemne tontería. (...) Muchos son los escritores dominicanos de básica valía que han hecho obra raquílica, por debajo de su natural talento. Creo que de haber adquirido preparación cultural adecuada, de haberse formado anímicamente en medio de disciplinas rigurosas, esos talentos habrían fructificado magníficamente”. Ejemplo de Veloz Maggiolo que se vanagloria de escribir un libro en tres meses, no implica falta de disciplina, pero si se requiere más tiempo.

propensión al paroxismo y a la ignavia, y el rechazo visceral de todo lo ajeno¹⁷⁷ debido a “el empeño arcaico en ser especie única”¹⁷⁸.

Manuel Rueda aduce que este género no ha arraigado con fuerza en el país “por razones obvias de inmadurez sociológica y cultural. No me refiero, por su puesto, a la inmadurez de los artistas (...) sino a la toma de conciencia de nuestro pueblo, y en forma muy especial de nuestra pequeña burguesía, a los móviles profundos que configuran nuestra identidad, aún brumosa y mutilada para los efectos de nutrir una corriente novelesca”. Esta idea se vincula al problema de la construcción de la identidad que he mencionado, que al no tener una base recia incide en el contingente social y estético¹⁷⁹.

José Alcántara pone de relieve otro rasgo peculiar –que ya se ha convertido en un lugar común de la crítica- del cuadro novelístico dominicano, y es el hecho de que se haya cultivado como una actividad ocasional: “por eso tenemos tantos novelistas de una sola novela¹⁸⁰, a veces valiosa, es cierto, pero con frecuencia son obras de poca monta, debido al carácter esporádico, casual, de la práctica narrativa”¹⁸¹.

Se hace necesario por igual, la existencia de una tradición novelística cuyos cimientos no cimbreen y que tenga un lugar egregio, preponderante, en la historia de la literatura nacional. A este respecto sostengo que la tradición novelística dominicana es cuasi-inexistente debido a que “en 150 años de historia del género, apenas 3 ó 4 cumplimentan cabalmente las exigencias del género”¹⁸² y estas son, a mi parecer: *Enriquillo*, *La mañosa*, *Los ángeles de hueso*, *Escalera para Electra*, *Bienvenida y la noche* y *Sólo cenizas hallarás*¹⁸³. Novelas que se han tildado de “nacionales” merced a

¹⁷⁷ Menciona por ejemplo, el importante prejuicio existente contra todo lo español.

¹⁷⁸ Federico Grateraux, *op. cit.*, pág 95.

¹⁷⁹ *Vid.* Marcio Veloz Maggiolo, “Notas sobre la novela dominicana” en Marcio Veloz Maggiolo, *Sobre cultura dominicana...y otras culturas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1977, págs. 145-165.

¹⁸⁰ “En la República Dominicana hasta poco, y como ha sido comun (sic) en buena parte de Hispanoamérica, los autores de una sola novela eran un hecho común” en Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 37.

¹⁸¹ José Alcántara, *op. cit.* pág. 156. Andrés L.Mateo, dice que también se da el proceso inverso: “nuestros grandes novelistas son autores de una o dos novelas apenas” en Eugenio García Cuevas, *op. cit.*, pág. 24.

¹⁸² Bruno Rosario Candelier, *op. cit.*, pág 26. Esta carencia de tradición también lo pone de manifiesto Federico Henríquez Grateraux.

¹⁸³ “La República Dominicana no dispone de una larga tradición novelística. Ésta reduce se reduce a las novelas de Jesús Galván, Bosch, Marrero Aristy. *Enriquillo*, de Manuel de Jesús Galván, es la única novela dominicana que ha gozado de un verdadero éxito internacional desde la época de su publicación

que fijan su temática en momentos históricos dominicanos truculentos y trágicos¹⁸⁴. Esto conlleva la falta de madurez literaria tanto en el aparato crítico como en el autorial y nos permite inferir que esta novela dominicana está excesivamente horadada por el sustrato histórico, que empieza a perfilarse como un lastre del que le es difícil escapar y que por supuesto, tiene su expresión más directa en la novela del trujillato. Giovanni Di Pietro, en su obra *Temas de literatura y de cultura dominicana*, publicado en los noventa, afirma:

*[...] el campo de la novelística dominicana contemporánea está en un horrendo descuido [...] Tanto de los novelistas como de las novelistas se escriben cosas que compaginan con lo absurdo, se tienen preferencias injustificadas y se emiten juicios críticos que, al analizarlos de cerca simplemente no resisten un serio escudriñamiento*¹⁸⁵.

4.1. LA NOVELA DEL TRUJILLATO: FALLOS Y DEFICIENCIAS

Pero este discurso del trujillato adolece de los mismos fallos y debilidades que mencionamos a propósito de la novela dominicana, por lo que nos encontramos de nuevo con la dificultad de captación de esa realidad dictatorial y la insuficiencia en el manejo del lenguaje y estructuras narrativas. Esto mismo lo ha manifestado Neil Larson¹⁸⁶ que sostiene que apenas existen obras literarias dominicanas de corte realista en la que no se aluda mínimamente, aunque sea de soslayo, la dictadura de Trujillo: “Pero en su dimensión integral el rostro histórico de este período, su configuración radical en la imaginación de una subconciencia tanto popular como intelectual, ha quedado fragmentado”¹⁸⁷. Es decir, que los escritores dominicanos no han conseguido darle una “forma adecuada” como materia narrativa, no existe un “definitivo y bien

(su primera edición lleva un prólogo de José Martí) hasta el día de hoy” en Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 13.

¹⁸⁴ La Poesía en cambio, si cuenta con una tradición ingente y de calidad a sus espaldas. En el cuento sucede lo mismo, ya que la figura excelsa de Bosh lo ha llevado a las mejores posiciones dentro de la narrativa de América Latina.

¹⁸⁵ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, *op. cit.*, pág. 12.

¹⁸⁶ Neil Larson, “¿Cómo narrar el trujillato?” en *Revista Iberoamericana*, 142, 1988, pág. 90.

¹⁸⁷ *Ibid.* pág. 124.

desarrollado relato narrativo y artístico de la época de Trujillo”¹⁸⁸. Esto coincide con lo expresado por Manuel Rueda y por José Alcántara, los cuales hacen hincapié en la esterilidad de la novela del dictador en la República Dominicana, a pesar del apogeo que vivió ésta en América Latina en los setenta

En otra posición se sitúa Valerio Holguín, el cual no comulga con esta opinión y defiende que la representación de la totalidad de una época, o “dimensión integral”, como el mismo Larson la llama, es imposible. Es utópico pretender reflejar cada fibra del trujillato, pero sí se puede lograr a través de fragmentos bien articulados y creados de esta realidad, dar una imagen cerrada, viva del ambiente y de las características de la tiranía: un breve retrato del dictador, una situación política determinada, un sufrimiento, asesinato, hambre, o terror etc.; y no un listado de anécdotas y testimonios inconexos que es lo predominante. Considero que el trauma histórico del trujillato ha mutado en trauma literario, principalmente porque el escritor dominicano no ha sido capaz de aprovechar y darle salida a las posibilidades infinitas de la época trujillista. Manuel Rueda expresa también carencia: “El dominicano no ha empezado aún sistemáticamente a realizar un recuento de sus experiencias, no ha sentido la necesidad de contarlas. Las confesiones no florecen en nuestra literatura. Una especie de pudor atávico paraliza a nuestros escritores y ese pudor suele ponerse entre nuestras virtudes nacionales. De esta manera resulta airoso hasta mentirnos a nosotros mismos con respecto a nuestros defectos y excelencias. Mentimos a los demás como algo decoroso y lo que es mucho más grave, hacemos a veces de la misma Historia un receptáculo de ideas acomodaticias, presionados por la amistad, el clan familiar y la conveniencia social y partidista”¹⁸⁹.

Un año más tarde de la publicación de este artículo de Rueda, en 1985, Mario Álvarez incide en lo mismo: “Es imposible ocultar más de treinta años de la historia dominicana. Trujillo y su gobierno no constituyeron ficciones. Fueron crudas realidades. Y constituye una imbecilidad pretender que especialmente las generaciones jóvenes ignoren lo ocurrido en el país de 1930 a 1961”¹⁹⁰. Y es que ciertamente, el

¹⁸⁸ *Ibidem*.

¹⁸⁹ Manuel Rueda, Presencia del dictador en la narrativa dominicana” en *El dictador en la novela latinoamericana*, Voluntariado de las Casas Reales, Santo Domingo, 1984, pág. 119.

¹⁹⁰ Manuel de Jesús Javier García, *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*, Santo Domingo, Taller, 1986, 2 volúmenes, Volumen 1, pág. 7. Emilio Cordero Michel, en el prólogo del texto de Edudardo García Michel, coincide con el anterior autor, más de una década después: “Durante los últimos años, el tema de Trujillo se ha convertido en centro de

trujillato se convirtió en un tema tabú y como expone Álvarez, silenciar ciertos hechos del pasado puede constituir una forma de hacer propagando al trujillismo.

Giovanni di Pietro llama la atención sobre la ausencia de estudios críticos e investigaciones de documentos del período trujillista; pues “han desaparecido de las bibliotecas y hasta de las mentes de los intelectuales dominicanos. Se entiende por qué. Acercarse a uno de esos documentos sería aparentar ser un admirador o un nostálgico de la Era”¹⁹¹ y denuncia el hecho de que no sean sacados a la luz –abandonar ese “limbo o purgatorio” en el que se encuentran- o estudiados en profundidad cuando han pasado ya treinta años de la muerte del tirano. Esto supone un obstáculo de peso en el conocimiento de la cultura dominicana, y un impedimento para los estudios literarios: “Rechazando o desconociendo su pasado, se queda sólo en la superficie de los problemas nacionales. No puede profundizarlos. Cuando se da cuenta de esto, o mantiene su testarudez en lo que está haciendo o busca la manera de remplazar lo que es suyo, lo nacional, con lo que es ajeno”¹⁹². Está claro que para entender el presente, hay que comprender el pasado:

*La literatura en general y nuestra narrativa hispanoamericana en particular comienzan realmente a serlo cuando a través de los trabajos de investigación, análisis y evaluación críticas, son reconocidas como tales. Dejan de ser entonces un mero agregado caótico de obras individuales para devenir conjuntos orgánicos estructurados e interrelacionados*¹⁹³.

atención de los dominicanos, particularmente de la juventud que, por las deficiencias de nuestro sistema educativo y de los textos de Historia, tiene una visión distorsionada o desconoce lo que fue el tenebroso período denominada la “Era de Trujillo” en *30 de Mayo. Trujillo ajusticiado*, Santo Domingo, Susaeta, 1999, pág. III.

¹⁹¹ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, op. cit., pág. 50.

¹⁹² *Ibid.*, págs. 50-51.

¹⁹³ C. Pacheco, op. cit., pág. 19.

5. LA NOVELA DOMINICANA EN EL DEVENIR HISTÓRICO: MOVIMIENTOS LITERARIOS

En la historia de la literatura dominicana “las ideas literarias (...) han sido trasegadas a otros modelos foráneos esteticistas o doctrinarios, heredados o impuestos por los folios de una cultura dominante y hasta hoy en día legitimada por una abyecta visión hispanizante de nuestra identidad histórica” Será tan sólo el movimiento indigenista, que ve la luz en la segunda mitad del siglo XIX y que tiene como máximo exponente del mismo a Manuel de Jesús Galván y su *Enriquillo*, el que pretenda rescatar la identidad nacional y liberarse del yugo español¹⁹⁴. Es en este encuadre histórico donde las relaciones entre proyecto nacional y literatura se hacen mucho más estrechas, pero también mucho más confusas, porque la literatura asume funciones formativas y de legitimación, instalándose tanto en el proceso de construcción de nuevas realidades (en la construcción de la nación en último término), cuanto en la secuencia inversa que interpreta el sentido del pasado (*id est*, de la historia nacional)”¹⁹⁵. Por tanto, los sujetos sociales no van a expresar a través de sus discursos literarios sólo ideologías o intereses preexistentes, sino que también se van a construir a sí mismos a través del ejercicio de su propio discurso, de su individualidad. Una individualidad que tiene remanentes indigenistas para diferenciarse de la otredad, que en este caso corresponde al bagaje cultural y etnológico hispano.

Tras este intento de “autolegitimación” adviene el “criollismo” que sigue enriqueciendo la formación de ese espíritu nacional dominicano poniendo énfasis en la realidad social injusta y expoliada que vivía el país a finales de ese siglo XIX, y que se recoge en textos como *Floreo*, *Balsie o Camino Real*, concebidos como los anclajes de la narrativa insular. Esta tendencia literaria, con el tiempo, irá degenerando en un costumbrismo anquilosado, un mero retablo de situaciones cotidianas aderezadas con una pizca de denuncia social.

Con el ascenso al poder de Rafael Leonidas Trujillo se demanda y se proclama como única forma discursiva posible la visión hispanizante, que pretende negar toda

¹⁹⁴ Durante la época colonial en la República Dominicana, como en la mayoría de países latinoamericanos, se cultivaba primordialmente la crónica.

¹⁹⁵ Antonio Cornejo Polar, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, Centro de Estudios y publicaciones (CEP), 1989, págs.17 y 18.

influencia cultural en la formación de la identidad y del ser dominicano. A esto hay que añadir el anticomunismo acérrimo, el racismo antihaitiano, patriotismo y el catolicismo ferviente que se entienden como los vasos capilares por donde circula la ideología trujillista y su expresión estética. Y esta ideología fue propagada por las plumas de los escritores e intelectuales que desde los albores del régimen colaboraron con Trujillo, bien porque creían en su carácter mesiánico, bien para beneficiarse de su poder o por temor a represalias. Enuncia a este respecto Frank Moya Pons: “Durante la Era de Trujillo, y por la influencia de Manuel Arturo Peña Batlle y de Joaquín Balaguer (...) a los dominicanos se les educó y se les estuvo haciendo creer que ellos eran una población mayoritariamente blanca, católica e hispana gracias a que Trujillo había salvado de la africanización creciente de la influencia haitiana”¹⁹⁶, y José Alcántara Almánzar coincide en que “el dictador contó con una serie de poetas, narradores, críticos de arte y literatura, historiadores y juristas que, junto a profesionales liberales, le sirvieron como funcionarios, diplomáticos e ideólogos”¹⁹⁷.

Este misterioso personaje controlaba todos los rincones del país, no había un solo acto de la vida social que no estuviese mediado por la presencia intimidatoria del mito-sistema trujillista¹⁹⁸. Realmente, Trujillo se apropia de la sociedad en su conjunto a través de un “hábeas” de legitimación cuya habla era el mito. Andrés L. Mateo es uno de los autores que mejor describe esa urdimbre de dominación absoluta que tejió el dictador: “Con el telón de fondo de la violencia, el trujillismo polarizó en forma dramática la relación entre la vida y la palabra, conminando al pensamiento teórico que legitimaba el poder, a repetir hasta el cansancio el espíritu del mito-sistema en el que embalsamó la realidad. La filosofía, la educación, la visión de la historia, la poesía, el arte, la novela, todo se transfirió el circuito del mito, del que surgía la riqueza iconográfica del hablante, del intelectual, postrada ante la majestad de esa simbología

¹⁹⁶ Frank Moya Pons, “Modernización y cambios...”, Op. Cit., pág. 243. No hay que olvidar que las esencias de la identidad dominicana la sustentaban la hispanidad, la catolicidad y la blancura (los haitianos eran los negros, la otredad, ellos no), que se habían tambaleado en los años previos a la dictadura por influencia de Hostos (antihispanismo y anticatolicismo). Así con el trujillismo el dominicano hizo renacer la confianza en sí mismos.

¹⁹⁷ José Alcántara Almánzar, *op. cit.*, pág. 189.

¹⁹⁸ *Vid.* Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de trujillo*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1993, pág. 14. Compartimos la visión de este autor de la figura y el sistema de Trujillo como mito y profundizaremos sobre este asunto en las páginas siguientes.

discursiva, impuesta previamente en la violencia”¹⁹⁹. En efecto, el ambiente cultural y artístico de la época también fue inmolado en pos de una única vía de expresión. El trujillismo propició una literatura de ficción participativa de los contenidos de la simbología discursiva del sistema. Y es que es difícil concebir todo el mito-sistema trujillista sin una literatura, pues para reinvertir en el mito trujillista a toda la sociedad, se necesitaba la existencia de un discurso que lo respaldara.

Esto desemboca en la aparición de más de una Antología de la Poesía Trujillista y una narrativa, que aunque no tuviese un desarrollo igual al de la poesía, posee sus textos representativos. El género príncipe de la “Era” fue, sin duda alguna, la poesía, que se aglutina en dos grupos principales: Los Poetas Independientes²⁰⁰ y los integrantes de La Poesía Sorprendida²⁰¹. ¿Por qué?, pues porque era el género que más se asimilaba a la epopeya motivada del Dios, y el más legible para el sistema de significación mitológica instituido. La poesía era el género preferido de Trujillo²⁰². “La poesía era el “lujo” de las formas significativas del habla mítica, y alcanzó el don de borrar el primer prestigio de Trujillo: la violencia”²⁰³. Así, Trujillo nombrado en el poema, quedaba envuelto en el sistema de significación mitológica que el poema asumía, constituyendo la hiperbolización inexorable del presente, puesto que no podía contar más que lo vivido. “El poema trujillista recoge las mismas características del mito total (es decir, el mismo Trujillo): su visión de la historia, uso del pasado como ideología, mesianismo, catolicismo, hispanismo, anticomunismo, etc. No hay resquicio al flujo de la ficción, la saga trujillista repite en el poema una superlativa condición de alineación”²⁰⁴. Esta lógica trujillista obligó a todos los escritores a participar de las

¹⁹⁹ *Ibid.*

²⁰⁰ No formaron un grupo ni compartieron un ideal estético específico, destacan: Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Tomás Hernández Franco y Pedro Mir.

²⁰¹ Se adhieren a la corriente surrealista y de las vanguardias europeas, abogando por la universalización de la expresión amén de una destrucción del localismo y de la pobreza dominicana. No mantuvieron una actitud beligerante contra el régimen pero tampoco colaboraron con él ni aceptaron ser los voceros de la ideología trujillista. “En el plano social, su actitud los redujo a marginados bajo la vigilancia del régimen (...) fue una poesía hermética, minoritaria, ajena a la propaganda política y a la aplastante euforia triunfalista del régimen de Trujillo” en José Alcántara Alanzara, *op. cit.*, págs. 195 y 196.

²⁰² Su secretario dice que le oyó alguna que otra vez recitar versos y le vio deleitándose con lecturas selectas tales como *La Celestina*, *Poesías de Rubén* y las obras de Rodó y Martí, entre otras.

²⁰³ Andrés L. Mateo, *op. cit.*, pág. 17.

²⁰⁴ *Ibid.*, pág. 188.

Antologías conmemorativas de las gestas del régimen. El más importante texto poético de la “Era” es el *Album simbólico*, que fue publicado para conmemorar los veinticinco años de la “Era del benefactor” y que reunía a poetas de todas las generaciones.

En cuanto a la narrativa diremos que, como hemos anunciado, es menos abundante y menos conocida que la poesía. Carece de importancia artística alguna, y repite el esquema historicista de la ideología. Aunque no contara con el favor del tirano, “la narrativa levantó su universo manipulando el mito, tan próxima a la propaganda, que la composición del espacio novelesco se confundía con ella. Sin el apoyo de Trujillo, plegada a la propaganda que era más efectiva, la narrativa trujillista no alcanzó el “lujo” del poema, ni se difundió como la poesía, con el amplio patrocinio del gobierno”²⁰⁵.

Se revitaliza en los albores de este régimen la novela de las “revoluciones montoneras”, ya que en estos años el trujillato se encargó de aplastar y abortar cualquier esbozo de revolución montonera o levantamiento armado parapetado por caudillos²⁰⁶ que deseaban extinguir el gobierno de Trujillo. Igualmente, en estos años surge la “novela de la caña” entendida, a decir del crítico Bruno Rosario Candelier, como “una reacción interna contra la explotación que las leyes del régimen amparaban en desmedro de los asalariados de los ingenios azucareros”. La delación y crítica al régimen no aparecen de forma explícita en la obra, sino soterradamente ya que el sistema de control y dominación que había perpetrado Trujillo se extendía como un velo inconsútil de hierro que alcanzaba a toda la población.

Ya en la agonía de la “oprobiosa era” surgen corrientes estético-literarias como el existencialismo (*Hombre de piedra*, de Lacay Polanco) o el discurso literario de tema bíblico que encarnan las plumas de Marcio Veloz Maggiolo, con obras como *Judas*, *El buen Ladrón*, y Carlos Esteban Deive con *Magdalena*, de escasa fecundidad en una sociedad iletrada. Nos encontramos, como su calificativo indica, con un conjunto de novelas que rescatan episodios bíblicos en los que se dibuja un Imperio Romano mefistofélico en sus formas de gobierno, sobre todo con respecto al contingente judío²⁰⁷.

²⁰⁵ *Ibid.*, pág 200.

²⁰⁶ El más famoso de estos es Desiderio Arias.

²⁰⁷ Rosario Candelier señala que existe en éstas una denuncia y condena subrepticia de los horrores y métodos del régimen trujillista.

Tras la muerte del “Benefactor de la Patria”, llegó la revolución de Abril de 1965 y con ella el discurso dominicano hizo suyo la tesis sartreana de la novela comprometida, la literatura social que entendía que las palabras son actos y que a través de la escritura el ser humano participa en la vida. Pedro Peix lo expresa de la siguiente manera: “muchos poetas de la Generación de Post-Guerra firmaron su certificado de defunción creadora cuando no pudieron advenir intelectualmente a otro estadio o coyuntura de la realidad social dominicana auscultada por los parámetros de un Lukacs o un Goldman”²⁰⁸. Es en este periodo cuando la novela recupera su autonomía y olvida la rémora ideológica del trujillismo²⁰⁹, y se revela a través del Discurso de la Guerra y de los Antagonistas. Este nuevo elenco de escritores entre los que destacan: Miguel Alfonseco, Marcio Veloz Maggiolo, René del Risco Bermúdez, Ramón Lacay Polanco y otros, producen, y cito a Odalís G. Pérez, una cuentística y una novelística influida por un marco ontológico y generacional cuyas características son las siguientes: “rechazo a la realidad circundante, comprensión social de los acontecimientos, lenguaje del desgarramiento interior, negación de la figura histórica²¹⁰, actitud pesimista-optimista ante la vida, necesidad de transformación humana y social, desencadenamiento de la realidad vital y social”²¹¹. Testimonio y denuncia serán las claves de estas formas literarias. Se da una contradicción entre los objetivos revolucionarios y el esquematismo de su producción: se origina una renovación sociopolítica que no revierte en la expresión estética, ya que desconocían la especificidad de la literatura, aunque no el aparato crítico literario, y consideraban que a través de la protesta “podían dar el salto cualitativo”²¹² que la literatura dominicana reclamaba. Mas se quedaron anclados en el ideal revolucionario y en los celajes de ciertas obras de Neruda, de algunos poetas dominicanos postumistas e independientes.

²⁰⁸ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág 179.

²⁰⁹ En esa conformación de la identidad cultural dominicana jugó un papel preponderante Pedro Henríquez Ureña, ya que ha sido un embajador y un crítico indeleble de la lengua y la cultura de Santo Domingo.

²¹⁰ Este es uno de los motivos por lo que la novela del trujillato apenas asoma en este momento.

²¹¹ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág. 190.

²¹² José Alcántara, *op. cit.*, pág., 152.

“Pero la insurrección de abril del 65 vino a atenuar esta literatura de denuncia del régimen trujillista y post-trujillista²¹³. A partir de ese momento la referencia a ambos iba a ser episódica en la literatura que se estaba gestando en plena guerra. Y así aparecen como novelas del trujillato sólo *El masacre se pasa a pie* de Freddy Prestol Castillo (1974), *Media isla, half island. Chapeo* de Ramón Alberto Ferreras (1973), y *El escupido* de Manuel del Cabral (1970), El componente de esta escritura, sin abandonar su “compromiso”, sería el de la denuncia directa del imperialismo y sus “cómplices nacionales e internacionales” como mancilladores de nuestra soberanía²¹⁴. Y es que “casi toda la literatura escrita entre 1965 y 1975 tiene ese carácter testimonial, nacionalista, maniqueo, contestatario, instrumental que caracteriza a las letras de cualquier país en épocas de grandes conmociones sociales”²¹⁵.

A la par, se gesta una novelística con nítidos jirones vanguardistas que encabeza Marcio Veloz Maggiolo, que será quien introduzca en la isla la experimentación novelística a través de obras como *La vida no tiene nombre* (1965), *Los ángeles de hueso*, (1967) y *De abril en adelante* (1975), que se adscriben a lo que entiendo como novela del trujillato. Este rasgo es, a juicio de Rosario Candelier, el que define la generación del sesenta (y no tanto el carácter existencialista que también toma) ya que habla de “la generación mágico-realista de 1960”²¹⁶.

Estas dos formas de entender la literatura harán mella en la intelectualidad dominicana y será extensible a la primera mitad de la década de los setenta. A partir de 1975²¹⁷ se iza otro núcleo temático fecundo, un discurso literario de raigambre

²¹³ Los textos del trujillato que más se publican en este período son los históricos, testimoniales o de carácter anecdótico. A estos primeros años de la década de los sesenta pertenecen las novelas que pertenecen al núcleo temático bíblico y que contienen una crítica subrepticia a los regímenes autoritarios como el del trujillato: *Magdalena* de Carlos Esteban Deive (1963), *Judas* y *El Buen Ladrón* de Marcio Veloz Maggiolo (1962). *El testimonio* de Ramón Emilio Reyes. Antes de 1965 también se publicó *El prófugo* de Marcio Veloz Maggiolo (1962), clasificada igualmente como novela del trujillato.

²¹⁴ Diógenes Céspedes, “Veinte años de literatura dominicana: la difícil alianza entre el “compromiso” y el arte”, en Diógenes Céspedes, *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*, San Pedro de Macorís, R.D. Ediciones de la Universidad Central del Este, 1983, págs 57-58.

²¹⁵ José Alcántara Almánzar, *op. cit.*, pág. 149.

²¹⁶ Bruno Rosario Candelier, *op. cit.* pág. 24.

²¹⁷ En este mismo momento (1974) nace en el terreno poético “El pluralismo”, “como un intento de superación de la tradición literaria y no como una negación de ésta. El poeta Rueda planteaba la renovación de la práctica literaria a través de la liberación del escritor y del lector, pero no mediante la destrucción del lenguaje o de las formas poéticas, como en la antipoesía de Nicanor Parra, sino de una integración de recursos técnicos y procedimientos escriturales de vanguardia” en José Alcántara, *op. cit.*, pág 152.

filosófica que pretende expresar las angustias vividas durante el gobierno del neotrujillato, el de los doce años de Joaquín Balaguer. Destacan en este periodo: Josefina de la Cruz, Pedro Peix, Cayo Claudio Espinal, Odalís Pérez y Aquiles Julián entre otros. Se suma a este rasgo el hecho de que se implante en la novela de forma definitiva la adopción de nuevos esquemas narrativos, dejando por fin a un lado los antiguos moldes clásicos. Ejemplifican esta realidad, novelas como, *Escalera para electra*, *Lucinda Palmares*, *Cuando amaban las tierras comuneras*, *Pisar los dedos de dios*, *Carnavá*, *Currículum (El síndrome de la Visa)*, *Sólo cenizas hallarás*, etc. Esto mismo reverberará en la novela del trujillato, que en este interludio del 1975 a 1980 sólo producirá: *Lucinda Palmares* de Diógenes Valdez (19), *La ciudad herida* de Carlos Federico Pérez (1977), *Pisar los dedos de Dios* de Andrés L. Mateo (1979), *Los algarrobos también sueñan* de Virgilio Díaz Grullón y *Papaján* de Francisco Nolasco Cordero.

La década de los ochenta se presenta lacerada por la situación política surgida a partir de 1978, cuando gana las elecciones el PRD, desplazando del poder a Balaguer. El pueblo dominicano apostó por este cambio pensando en una apertura política y un crecimiento económico que no se había dado en el período de los “Doce años”. “Los resultados, sin embargo, han sido totalmente opuestos. Continúa la corrupción administrativa, se incrementan la inflación, la deuda externa y el desempleo”²¹⁸. Este acopio de acontecimientos ha desembocado en un sentimiento general de frustración y hastío del que se hace eco el escritor dominicano y surge la “literatura de la crisis”, crisis material y espiritual (de los valores, las ideologías y las costumbres) como la ha llamado Alcántara Almánzar. Quizás por este motivo, empieza a surgir con más fuerza la novela del trujillato en esta época con títulos como: *Medalaganario* de Jacinto Carlos Gimbernard (1980), *La telaraña* de Diógenes Valdez (1980), *La biografía difusa de Sombra Castañeda* (1980), *La noche de Trujillo. Relato de un magnicidio* de Emilio de la Cruz Herмосilla (1980), *Sólo Cenizas Hallarás* de Pedro Vergés (1980), *Trujillo. Seguiré a Caballo* de José Labourt (1984), *Domini Canes* de Bernardo Vega, *Materia prima* de Marcio Veloz Maggiolo (1988), *La noche en que Trujillo volvió*, de Aliro Paulino hijo (1986).

²¹⁸*Ibid.*, pág. 161.

En las postrimerías del siglo XX, ya en los noventa, se produce el auge de la novela como género literario frente a la poesía o el cuento. “Generación interiorista” para Rosario Candelier, se avista sin duda alguna, un cúmulo heterogéneo de novelistas que priorizan la búsqueda de la identidad dominicana, ora a través del rescate de la memoria colectiva y del pasado próximo²¹⁹, ora a través de los hechos cotidianos y preocupaciones sociales del momento. Y es precisamente en esta década, cuando los dominicanos producen el mayor número de novelas del trujillato: *Ritos de Cabaret y Uña y carne* de Marcio Veloz Maggiolo, *Fantasma de una lejana fantasía* de Guillermo Piña-Contreras, *Tiempo para héroes* y *Toda la vida* de Manuel Salvador Gautier, *Los que falsificaron la firma de Dios* de Viriato Sención, *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda, *Tartufo y las orquídeas* de Diógenes Valdez, *Juro que sabré vengarme...* de Miguel Holguín-Veras, *La balada de Alfonsina Bairán* de Andrés L. Mateo, *El personero* de Efraím Castillo, *Al cruzar el viaducto* de Artagnan Pérez Méndez, *Los amores del Dios* de Miguel Aquino García, *Musiquito* de Enriquillo Sánchez.

En definitiva, la novela dominicana ha fagocitado las corrientes estéticas y literarias de moda y las ha plasmado en sus escritos, aunque con “cierta arritmia o retraso en el tiempo aplicando alternativamente principios románticos, modernistas, criollistas, socio-realistas, surrealistas, existencialistas y mágico-realistas”²²⁰.

²¹⁹ Será precisamente en esta generación donde la novela del trujillato se cultivará en mayor medida, con unos índices de edición de este tipo de textos sin antecedentes.

²²⁰ Bruno Rosario Candelier, *op. cit.*, pág. 26.

6. LA NOVELA DEL TRUJILLATO ANTE LA CRÍTICA: ESTADO DE LA CUESTIÓN

Hacer un diagnóstico sobre la crítica literaria del discurso del trujillato dentro y fuera de la isla, me obliga a subrayar el desmejorado estado de salud en el que se encuentra, pues tal como he adelantado, este discurso literario aún no ha sido valorado en un análisis científico de suficiente amplitud y profundidad. La mayoría de comentarios críticos oscilan entre estudios de novelas aisladas, ora esquemáticos y superficiales, ora producto de la reflexión profunda e inteligente; y los de mayor envergadura como los redactados por Manuel Rueda, Neil Larsen y Valerio-Holguín. Hasta la fecha, no se ha publicado un estudio de conjunto que sea capaz de ofrecer una visión orientativa –pues el cometido es inabarcable por una sola pluma- de los rasgos que caracterizan a este elenco de textos y de analizar el fenómeno en su totalidad, en su proceso evolutivo.

A esto, tendríamos que añadir la escasa atención que ha prestado la crítica literaria latinoamericana y la europea a la producción dominicana, la cual ha sido injustamente condenada al ostracismo y al silenciamiento. Tal y como expone Daisy Cocco De Filippis, citando a Gimbernat González:

La literatura de la República Dominicana es en general poco conocida y diría que hasta ha sucedido críticamente la margen de la literatura latinoamericana y hasta del mismo Caribe. Su ‘aislamiento’ es literal. Los autores dominicanos se publican en la isla y allí en su mayoría se quedan, y la crítica se ha hecho, con muy pocas excepciones desde adentro²²¹.

La novela del trujillato que corresponde a la etapa dictatorial es la que menos se ha sometido a examen, y la producida después del tiranicidio ha sido contemplada en estudios específicos que atañen a unas pocas obras, o en la consideración de la trayectoria novelística del escritor del trujillato por excelencia: Marcio Veloz Maggiolo. Pero muy pocos, repito, han sido los trabajos que han dedicado una atención exclusiva al fenómeno –la mayoría meros apuntes de la efectiva existencia de esta realidad

²²¹ Daisy Cocco De Filippis, *op. cit.*, pág. 17.

literaria- y ninguno de ellos de la suficiente extensión y pretensiones como para arrojar luz a las múltiples sombras de esta novela del trujillato.

He de aclarar que en esta revisión bibliográfica que me dispongo acometer, he creído indispensable –precisamente para poner en evidencia el lamentable estado de esta cuestión- incluir los trabajos científicos referidos a una sola novela del trujillato, exceptuando a las publicadas por autores no dominicanos: Vargas Llosa, Lafourcade, Emilio de la Cruz Herмосilla, Vázquez Montalbán, Julia Álvarez, Edwidge Danticat y Alfredo Montilla. En el caso de Lafourcade, Herмосilla, Danticat y Montilla, las referencias bibliográficas son nimias, casi inexistentes; pero con respecto a *Galíndez*, *En el tiempo de las mariposas* y *La fiesta del Chivo*, el caudal de estudios publicados es desbordante –sobra explicar los motivos-, aunque ninguno de ellos trata la relación de estas obras con la representación innegable del fenómeno del trujillato en el discurso literario dominicano, por lo que no considero pertinente entonces, hacer un acopio de las referencias bibliográficas de esta tríada de novelas.

Me propongo pues trazar una ruta que detalla el debate crítico en torno a la novela del trujillato como fenómeno literario, y que atenderá a varios frentes: la crítica desde dentro y la crítica desde fuera, en la que opero con la distinción de trabajos escritos por norteamericanos, por dominicanos en el “exilio” y por europeos.

Crítica dominicana:

a) Manuel Rueda, extraordinario poeta dominicano, es autor del único documento que realiza un “intento” serio de aproximación a la narrativa dominicana del dictador²²². En su escrito opera con la distinción ya señalada entre novela del dictador y novela de la dictadura, pero añade dos categorías más: “novelas o narraciones sobre la dictadura que tienen al Dictador como personaje secundario, o que narran escenas donde interviene el Dictador”²²³ y “novelas o narraciones que no se ocupan del Dictador o de la dictadura, pero que los tratan episódicamente”²²⁴.

²²² Manuel Rueda, *op. cit.*

²²³ Este apartado como observamos, se encuentra a caballo entre la novela del dictador y la dictadura, sería como una mezcla de ambas.

²²⁴ Manuel Rueda, *op. cit.*, pág. 116.

Rueda, en su descripción de la novela del dictador en Santo Domingo, señala el escaso cultivo de este subgénero por parte del escritor dominicano, que “se ha mantenido tímido y hasta neutral ante la figura del dictador”²²⁵. Y ciertamente esto era un hecho constatable (aunque sólo menciona en su análisis once novelas²²⁶ del dictador y once cuentos) hasta la publicación de su estudio en 1984, pues el tratamiento literario del dictador vendría después de esta publicación, en la década de los noventa, como se podrá colegir de los títulos de novelas del trujillato que se han publicado por generaciones. Las razones que aduce Rueda para entender este poco interés dominicano en la novela del dictador, tienen que ver con el consabido “mecanismo de defensa” y el “escapismo” propios de sociedades tiranizadas. A esto hay que añadir los intereses de ese neotrujillismo que ha continuado en el poder y que ha podido silenciar efluvios de voluntad de esclarecimiento de los hechos, de describir el micromundo que izó el trujillato y así permitir que la sociedad dominicana transida de dolor salde cuentas con su pasado. Nos dice Manuel Rueda: “El dominicano odia la dictadura, pero parece exorcizarla a base de silencio. Como ha aprendido a vivir tanto tiempo dentro de ella, teme hasta su recuerdo y tiene de ese rostro tallado en hierro y sangre que ha escrutado sus más íntimos secretos, un miedo rayano en lo supersticioso”²²⁷. Y en cierta forma sigue viviendo en ella, por eso la catarsis no termina de ser completada. Todas estas circunstancias y peculiaridades de la sociedad dominicana se trasladan al discurso novelístico y nacen textos que, al margen de la escasa calidad a un nivel formal, presentan a un dictador de cartón-piedra, sin trasfondo, sin un hálito de vida propia en el interior del escrito. Un personaje cómico, teatral, de exacerbados gestos, ciclotímico en extremo, pero teñido con la bondad que le otorga el ser un buen padre y un buen hijo, como es el caso de Trujillo. Visión paternalista, como veremos, y visión en extremo sexualizada del personaje (en la mayoría de novelas se menciona el hecho de que Trujillo tuviera varias amantes, de su capacidad de seducción y hombría). Pero todo este elenco de rasgos es esbozado, no desarrollado en las novelas, que se limitan a tejer

²²⁵ Manuel Rueda, *op. cit.*, pág. 116.

²²⁶ Señala como novela que tiene al dictador como personaje central: *Las tinieblas del dictador* y entre las que tienen a Trujillo en sus filas, pero como un personaje secundario: *Cementerio sin cruces*, *La ciudad herida* y *El prófugo*. Novelas de dictadura son: *El masacre se pasa a pie*, *Los ángeles de hueso*, *Los algarrobos también sueñan* y *La telaraña*. Novelas que se ocupan “del dictador o de la dictadura, pero que los tratan episódicamente”: e incluye a *De abril en adelante*, *El escupido* y *Pisar los dedos de Dios*.

²²⁷ *Ibid.*, pág. 143.

retales y enumeraciones de la personalidad y excentricidades del dictador sin darle una forma propia, viva, ígnea. Tampoco son mencionadas en la inmensa mayoría las debilidades del supremo, a riesgo de humanizarlo y crear una falsa idea en el lector.

Pero lo que no podía prever Rueda es que en los noventa se iba a producir un “boom” de la novela de la novela del dictador, en lo que respecta al trujillato, con un total de dieciocho publicaciones. Pienso que esto se debe no sólo a que la industria editorial sea más recia y a que el número de publicaciones de novelas sea considerablemente mayor que en las pasadas décadas. La sociedad dominicana ha iniciado un proceso de liberación, de catarsis, de desmitificación y reconciliación con su historia que ha alcanzado su punto álgido con la obra de Mario Vargas Llosa, *La fiesta del chivo*²²⁸.

b) Bruno Rosario Candelier –reputado crítico dentro de la isla- en su conocido estudio sobre el canon de la novela dominicana²²⁹ menciona tan sólo tres ciclos temáticos principales en la narrativa quisqueyana: la novela de las revoluciones montoneras (*La mañosa* de Juan Bosch, *Revolución* y *La cacica*, de Rafael Damirón²³⁰, *Guazáraba* de Alfredo Fernández Simó), la novela de la caña (*Cañas y bueyes* de Francisco Moscoso Puello, *Over* de Ramón Marrero Aristy, *El terrateniente* de Manuel A. Amiama) o la novela bíblica (*Judas* y *El buen ladrón* de Marcio Veloz Maggiolo, *Magdalena* de Carlos Esteban Deive y *El Testimonio* de Ramón Emilio Reyes). No menciona, por ende, un cuarto²³¹ núcleo temático que pienso tiene la misma

²²⁸ José Israel Cuello en el discurso de presentación de la novela dijo: “contribuye definitivamente al inicio impostergable de la contemplación de nuestras intimidades, a la ventilación necesaria de las partes dañadas que tiene el alma dominicana” en *Iberoamericana...*, pág. 171.

²²⁹ Bruno Rosario Candelier, “Canon de la novela dominicana”, *op. cit.*

²³⁰ Estas tres novelas, como veremos, no sólo se adscriben a este núcleo temático, y algunas de ellas se hayan en la encrucijada de dos núcleos: el de la revolución y el trujillato, el de la caña y el trujillato.

²³¹ Prefiero la denominación “núcleo” ya que se engloba con mayor precisión lo que quiero expresar al hablar de la novela del trujillato como “núcleo temático”. La definición de ‘ciclo’ recogida en el D.R.A.E. es “Conjunto de una serie de fenómenos u operaciones que se repiten ordenadamente”. En cambio de ‘núcleo’ se dice: “Elemento primordial al cual se van agregando otros para formar un todo. Parte o punto central de alguna cosa material o inmaterial”. La segunda definición es la que más se ajusta a la idea que defiendo.

importancia, si no mayor, que los otros tres: la novela del trujillato²³²; ignorando un aluvión de producciones sobre esta temática, ávidas de un explicación crítica.

Con anterioridad, había publicado un libro sobre las tendencias de la novela dominicana, de título homónimo²³³, en el que se dedica profusamente a catalogar y describir cada una de estas tendencias en la historia literaria de la República, y donde leemos un epígrafe sobre “El tema del dictador y la narrativa socio-política”²³⁴. Rosario Candelier en esas líneas no aporta nada nuevo a lo expresado por Manuel Rueda en el artículo citado, y se limita a parafrasearlo y afirmar que se trata de un “ciclo narrativo”- de carácter “arrítmico”-, aunque insólitamente no lo desarrolla en las páginas siguientes y ni lo mencionará en el artículo posterior de 1999 sobre el canon literario dominicano.

Finalmente, destaco la publicación de Candelier de 2000, *Coloquio Literario. Estudios y Entrevistas*²³⁵ en el que lleva a cabo un análisis de *Papaján*, otra novela del trujillato, desvelando el simbolismo que encierra la novela. Lo más notable en esta miscelánea es el tercer capítulo que contiene múltiples entrevistas a lo más granado de la sociedad intelectual dominicana: José Israel Cuello, Marcio Veloz Maggiolo, Manuel Núñez, José Alcántara Almánzar, Bernardo Vega, Pedro Vergés, Pedro Mir, Diógenes Valdez, etc.

c) Giovanni Di Pietro²³⁶, uno de los estudiosos más prolíficos en materia literaria dominicana, publica en un congreso sobre literatura dominicana²³⁷ un sugestivo artículo

²³² Tras una entrevista realizada a este crítico en Octubre de 2003 reconoció la existencia de un cuarto “ciclo” que él más tarde califica de “El ciclo de las novelas del dictador” en el número 18 de la revista *Por las amenas lyras*, Academia Dominicana de la Lengua, Santo Domingo, 2003. Durante el transcurso de dicha entrevista el doctor Rosario Candelier me interrogó acerca de las novelas que yo consideraba pertenecientes a este núcleo temático. De esa charla surgió su artículo posterior, basándose por tanto, en las referencias por mí dadas. No obstante el acercamiento que lleva a cabo el crítico dominicano, es superficial, ya que no menciona la mayoría de novelas analizadas en este estudio, y no procede a la caracterización y sistematización de las mismas. La entrevista fue grabada y la transcripción de la misma se puede encontrar en el “Apéndice” de este trabajo.

²³³ Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana*, Santiago, PUCMM, 1988.

²³⁴ *Ibid.*, pág. 179-181.

²³⁵ Bruno Rosario Candelier, *Coloquio Literario. Estudios y Entrevistas*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2000.

²³⁶ Es de nacionalidad italiana, pero lleva muchos años en la isla en contacto directo con la realidad literaria insular, por esta razón lo incluyo entre los críticos “dominicanos”.

²³⁷ En Diógenes Céspedes, Soledad Álvarez y Pedro Vergés (eds.), *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1994, págs. 205-218.

sobre la “novela trujillista”, el cual ya se mencionó en las páginas primeras de esta Introducción. Es, sin duda alguna, el único examen que atiende al contingente ignoto de novelas propagandística de la Era y que, tras un proceso de selección previa basado en la calidad literaria de estas novelas, privilegia y profundiza en seis de ellas: *El viaje, Revolución, La cacica, ¡Hello Jimmy!, Caonex y Trementina, clerén y bongo*; esta última más trabajada por la crítica. Precisamente, éstas forman parte del corpus de novelas seleccionadas para ilustrar el estado del discurso literario del trujillato en la dictadura, ya que este texto ha supuesto el punto de partida del estudio que llevaré a cabo sobre este período tronco del trujillismo.

Además cuenta con un libro insoslayable –*Temas de literatura y de cultura dominicana*²³⁸– que sale a la luz en 1993, y en el que dedica dos capítulos al trujillato. El primero, “Dos repúblicas en una: imágenes conflictivas de la República Dominicana”, pretende ilustrar la escisión del pueblo dominicano entre aquellos que defienden la ideología trujillista – como Espaillat o Carlos Evertsz- y lo manifiestan en sendas obras de testimonio, y los que cuestionan y critican la ideología de Trujillo, como Bosch. El otro capítulo, “Sobre una supuesta “novela” de Bernardo Vega”, cuestiona ácidamente la escritura de esta novela del trujillato. Por último, adjunta a modo de apéndice una bibliografía de la novela dominicana contemporánea, en la que se notan manifiestas ausencias.

d) El tercero de los “barones” de la crítica literaria dominicana –los otros dos son Rosario Candelier y Di Pietro- es Diógenes Céspedes, autor de copiosos trabajos sobre literatura dominicana -poesía esencialmente-, abordados desde una orientación de razón “*formal*”. Aún así, ha puesto atención en varias novelas del trujillato como veremos.

En *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*²³⁹ encontramos dos estudios acerca de esta temática del trujillato: “La moral sexual y el humor en *Sólo cenizas hallarás*, de Pedro Vergés”²⁴⁰ (repara en el lenguaje textual, en la escritura de la “moral sexual”, el humor, y en el pesimismo latente en la obra) y “*Currículum (El síndrome de*

²³⁸ Santo Domingo, Taller, 1993.

²³⁹ Diógenes Céspedes, *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*, Santo Domingo, Taller, 1993.

²⁴⁰ *Ibid.*, págs. 117-136.

la visa) o la carrera por la vida. La novela de Efraín Castillo²⁴¹; en ninguna de ellas destaca la presencia literaria del trujillato. La última de las novelas comprendida en su ámbito crítico es *Jengibre*, a la que rescata del ostracismo intelectual y a la que consagra un concienzudo comentario²⁴² que extiende al ciclo del “realismo social” de la novela dominicana (1935-1940), donde se insertan otras dos novelas del trujillato: *Over* y *La mañosa*.

e) El cuarto y último barón que anoto en esta vista panorámica de la crítica dominicana es José Alcántara Almánzar, célebre por su temprana Antología de La Literatura Dominicana²⁴³. En su lúcido repaso por la narrativa dominicana con temporánea, *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*²⁴⁴, acomete, entre otras, la tarea de glosar la narrativa dominicana de los sesenta, dentro de la que señala la existencia de un núcleo temático en torno al “El régimen de Trujillo”; si bien la explicación no pasa del párrafo y los únicos ejemplos con los que lo ilustra pertenecen al ámbito de la narrativa corta. Ahora; en el apartado del libro titulado “Tres novelas dominicanas”, las novelas que escoge son del trujillato: *Sólo cenizas hallarás*, *La biografía difusa de Sombra Castañeda* y *Curriculum*. Cuando emprende el examen de la novela de Veloz Maggiolo –las otras dos glosas no aportan nada relevante a mi investigación- se convierte en uno de los primeros críticos en iluminar este fenómeno del trujillato en las letras dominicanas:

*La Era de Trujillo sigue siendo la gran obsesión de los narradores dominicanos [...] Después de 1961 son varias las novelas publicadas cuya temática principal es la situación del pueblo dominicano bajo la dominación trujillista [...] el terror, la represión sistemática y despiadada, el espionaje, la delación, la tortura, el encarcelamiento son algunos de los aspectos hasta ahora más trabajados por nuestros escritores, tanto en el cuento como en la novela*²⁴⁵.

²⁴¹ *Ibid.*, págs. 137-147.

²⁴² Diógenes Céspedes, “El sentido de la responsabilidad social frente a la escritura: un estudio de *Jengibre*” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 5, 1979, págs. 33-56.

²⁴³ José Alcántara Almánzar, *Antología de la Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Taller...???

²⁴⁴ José Alcántara Almánzar, *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*, Santo Domingo, Corripio, 1984.

²⁴⁵ *Ibid.*, págs. 92-93.

f) En 1993 Miguel Collado publica una utilísima compilación bibliográfica sobre la literatura dominicana: *Apuntes bibliográficos sobre la literatura dominicana*²⁴⁶ en el que va dando cuenta de todo lo publicado desde los sesenta hasta principios de los noventa. En ella, dedica un capítulo a la “Presencia de Trujillo en la narrativa dominicana” en el que enuncia: “Trujillo y la sanguinaria tiranía encabezada por él durante más de treinta años en la República Dominicana han sido, desde los años 40s, temas relevantes en nuestra narrativa”²⁴⁷ y por eso dice elaborar una “bibliografía no exhaustiva” que baraja las variables que usó Rueda en su sistematización: dictador personaje central o secundario, efectos del trujillato y tratamiento episódico. En la relación de novelas que incluye a este respecto, aparecen todas las que he seleccionado en mi corpus – sólo he dejado fuera la de Aída Cartagena Portalín y la de Pedro Peix-, pero hay notables ausencias: *Papaján* (inserta en el acopio de novelas publicadas de 1970 a 1979), *Medalaganario* (que aparece en su listado de novelas de 1980 a 1989, como *Anónimos contra el jefe*, que tampoco se registra en relación al trujillato) y *La noche que Trujillo volvió* (no aparece consignada en ninguna parte). Deja a un lado *Las tinieblas del dictador* y *El reino de Mandinga* porque la alusión a Trujillo no es directa, aunque sí lo es tangencialmente, puesto que se narran episodios del trujillato fácilmente reconocibles. Incluye dos obras de Miguel Alberto Román publicadas durante el trujillato, aunque no menciona *El viaje* de Amiama, donde Trujillo adquiere protagonismo y voz en varias escenas. También debo apuntalar por otro lado, que esa “Presencia de Trujillo” se nota más que en ninguna obra, en las novelas trujillistas que reproducen la retórica de la dictadura.

No obstante, Miguel Collado dice algo revelador: “La presente bibliografía-antología podría ser un punto de partida de gran utilidad para una descripción temática que de la narrativa dominicana cualquier estudiosos decida realizar en el futuro”²⁴⁸. Es, cuando menos, extraño que habiendo publicado esto en 1993, ningún crítico – dominicano o no- haya emprendido esta tarea.

²⁴⁶ Miguel Collado, *Apuntes bibliográficos sobre la literatura dominicana*, Santo Domingo, Impresos Ismaelito, 1993.

²⁴⁷ *Ibid.*, pág. 106.

²⁴⁸ *Ibid.*, pág. 107.

g) Por último hay que determinar la formulación crítica de aisladas disertaciones sobre aspectos concretos -etnoliterarios, formales, estéticos u otras temáticas de la trama- de ciertas novelas del trujillato; algunas nada desdeñables, aunque no iluminen de forma efectiva el objeto de esta Tesis. A guisa de ejemplo, tenemos: *Ética y Estética en el mito literario (En República Dominicana y Haití)* de Pura Emeterio Rendón²⁴⁹ sobre el mito literario en el discurso dominicano. La autora se ocupa de varias obras dominicanas y entre ellas aparece una novela del trujillato: *La biografía difusa de Sombra Castañeda* de Marcio Veloz Maggiolo, donde es latente la referencia al trujillato. La autora interpreta que en la obra no se debe hablar de “mito”, sino de “espacio mítico”, ya que “el único personaje que tiene su par en la realidad extratextual es Trujillo, cuyo impacto y presencia en la historia contemporánea y en el alma del dominicano sólo pueden ser expresados, recreados desde dimensiones míticas”²⁵⁰. Es claro que el trujillato se instala en el espacio de la sacralización y de la construcción de la nacionalidad, como veremos. Pero lo verdaderamente interesante, es que la autora deja constancia en su escrito de la presencia abrumadora del trujillato en la contemporaneidad y expone que con *Sombra Castañeda* se abandona la caracterización tradicional de Trujillo y su gobierno y éste se transforma en “sombra ambivalente y omnipresente de la cultura dominicana”.

Por otro lado, tenemos trabajos poco ambiciosos, como el de Lancelotte Cowie, “Denuncia e innovación artística en *Los ángeles de hueso* y *Los algarrobos también sueñan*”²⁵¹. Pero lo que llama fuertemente la atención, son las declaraciones que hace Marcio Veloz Maggiolo en una entrevista que concede a Piña-Contreras en 1982:

En la actualidad no veo al trujillismo como un tema literario, aunque sí de proyecciones literarias; que de hecho lo ha sido ya que algunos escritores extranjeros lo han explotado. Aunque de hecho el trujillismo vivencial como

²⁴⁹ Pura Emeterio Rendón, *Ética y Estética en el Mito Literario (En República Dominicana y Haití)* Santo Domingo, SEE, 2000.

²⁵⁰ *Ibid.*, pág. 92.

²⁵¹ en Ramonina Brea, Rosario Espinal y Fernando Valerio-Holguín (eds.), Santo Domingo, PUCMM, 1999, págs. 177-191.

*tal, como elemento que estuvo e influyó en la sociedad dominicana, puede ser reconstruido sólo por quienes vivimos ese momento*²⁵².

Ante estas afirmaciones, me veo impelida a hacerle varias apostillas a Marcio: por un lado, informarle de que hablar de “trujillismo” puede llevar a equívocos; por otro, que el trujillato es en ciertas novelas “tema literario” y en otras, una “proyección literaria”, lo uno no descarta lo otro. Asimismo, el “trujillismo vivencial” –aún a riesgo de caer en la tautología- indudablemente es trabajado por los que han “vivido” la dictadura; pero si a lo que se refiere el dominicano, es a que el trujillato no puede ser “reconstruido” por autores que no lo hayan sufrido de primera mano –y en este punto habría que interrogarle: ¿es necesario también explicitar el grado vivencial del mismo? ¿mayor vivencia implica mejor reconstrucción de los hechos?- es decir, por escritores dominicanos jóvenes o por extranjeros; cabe preguntarle: ¿acaso Marguerite Yourcenar no “reconstruye” el “momento” histórico de Adriano? ¿Y Shakespeare o Bertolt Brecht no hacen lo propio con Julio César? ¿Y *Calígula*? ¿Y *Yo, Claudio*?... Pero, sobre todo, ¿Y *Galíndez, En el tiempo de las mariposas* o *La fiesta del Chivo*?

Crítica norteamericana:

“La literatura dominicana, en lo que concierne a los círculos académicos norteamericanos, ha sido hasta hace poco víctima de la más fría indiferencia e ignorancia”²⁵³. No obstante, contamos con unas pocas excepciones que reflejaré en este apartado por orden de fecha de publicación de los estudios:

a) Sin duda alguna, una de las primeras investigadores internacionales que interpreta lúcidamente la narrativa dominicana es Doris Sommer, corifeo de la crítica internacional, profesora en Harvard y un referente ineludible en los estudios de literatura dominicana. Su trabajo –que fue su tesis doctoral- *One master for another. Populism as Patriarcal Rheroric in Dominican Novels*²⁵⁴ publicado en 1983 hace un

²⁵² “Marcio Veloz Maggiolo” en Guillermo Piña Contreras, *Doce en la literatura dominicana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1982.(págs 193-213) pág. 200. De hecho lo reitera en mi entrevista con respecto a Mario Vargas Llosa y *La fiesta del Chivo*.

²⁵³ Norberto Pedro James, *op. cit.*, 131.

²⁵⁴ Doris Sommer, *One master for another. Populism as Patriarcal Rheroric in Dominican Novels*, Lanhan, University Press of America, 1983.

estudio concienzudo de la trayectoria novelística dominicana -desde sus comienzos con el *Enriquillo* de Galván hasta los ochenta- donde defiende la tesis de la preeminencia tácita de la retórica populista y patriarcal que suele reproducirse a través del *romance* (en el sentido inglés de “folletín” o “novela de amor”). En su análisis contempla cinco novelas de peso: *La mañosa*, *Over*, *El masacre se pasa a pie*, *De abril en adelante* y *Cuando amaban las tierras comunes*. Cada una de ellas es analizada conforme a la presencia –que en *De abril en adelante* es entendida como una deconstrucción de esa retórica- y a la forma que adopta su tesis patriarcal y populista en el discurso literario. Evidentemente el trujillato es abordado, pues todos estos textos –exceptuando *Cuando amaban las tierras comuneras*- tienen una clara relación con la tiranía, pues Trujillo es un nítido exponente de la retórica patriarcal: se iza incluso como “Padre de la patria”- aunque en las postrimerías de la Era el pueblo lo niegue.

En la línea de esta magistral investigación, Sommer publicará varios artículos espigados en torno a este tema y a las novelas citadas: “Good-Bye to Revolution and the Rest: Aspect of Dominican Narrative since 1965”²⁵⁵, “La ficción fundacional de Galván y las revisiones populistas de Bosch y Marrero Aristy”²⁵⁶, etc. También publicará en español el capítulo de su tesis dedicado a *De abril en adelante*, sita en la recopilación de artículos sobre la narrativa de Veloz Maggiolo a cargo de Valerio-Holguín²⁵⁷.

b) Esta falta de atención por parte de la crítica a la literatura dominicana, que he denunciado al comienzo de este apartado, es lo primero que acusa Rei Berroa²⁵⁸ en la nota preliminar al volumen 142 de *Revista Iberoamericana*, dedicado íntegramente al estudio de la literatura dominicana. En su opinión, el panorama está cambiando, y “el escritor, el crítico y el académico de hoy muestran cierto estímulo por saber qué pasa en Dominicana, no sólo en cuestiones de política, sino sobre todo en aquellas cuestiones que miran a la salud cultural de la colectividad”²⁵⁹ y menciona la celebración de

²⁵⁵ En *Latin American Literary Review*. No. 8, 1980, págs. 223-228.

²⁵⁶ En *Revista Iberoamericana*, *op. cit.*, págs. 99-117.

²⁵⁷ Doris Sommer, “*De abril en adelante*: ¿Puede la narrativa sobrevivir a la muerte del romance? En Fernando Valerio-Holguín (ed), *Arqueología de las sombras. La narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2000, págs. 163-198.

²⁵⁸ Señala que, sorprendentemente, en los ochenta no se dedicó ninguna charla a la escritura dominicana en los congresos que celebra anualmente la MLA.

²⁵⁹ Rei Berroa, “Nota Preliminar” en *Revista Iberoamericana*, no. 142, 1988, págs. 5-357. pág. 5.

simposios en Estados Unidos dedicados a esta literatura. Lanza una interesante propuesta de diálogo “del adentro con el afuera y viceversa”.

En el número que coordina Berroa da cabida a varias narraciones del trujillato, que aunque no comportan un análisis de conjunto, son aportes teóricos valiosos realizados por profesores de Universidades norteamericanas:

b. 1) Neil Larsen en su artículo “¿Cómo narrar el Trujillato?”²⁶⁰ es de los pocos que repara en el ingente número de novelas escritas sobre este régimen dictatorial y dice: “Esta persistencia fastidiosa de un pasado trujillista que, a pesar de su aire arcaico irremediable, se niega a aflojar su apretón en el presente, parece reflejarse en un también obstinado, aunque poco discutido, fenómeno literario”²⁶¹ y afirma que no existe discurso literario dominicano de corte realista que no aluda –aunque sea de soslayo- a Trujillo y su poder. Consigna que este fenómeno no está bien representado en las letras dominicanas y que se reduce en la mayoría de los casos a un “sinnúmero de anécdotas sensacionales”. No estoy plenamente de acuerdo: para esa fecha ya se había publicado obras como: *De abril en adelante*, *El escupido*, *Sólo cenizas hallarás* –novela que en el artículo no se relaciona con el trujillato- o *La fiesta del Rey Acab* que dan muestras de calidad literaria. Además Larsen, como Rueda, no pudo presagiar el boom de los noventa que conllevó un avance en el tratamiento estético y temático del trujillato, tanto fuera como dentro de la isla. Analiza en su artículo la obra, *Una gestapo en América* (1941), obra netamente testimonial a mi juicio, de Jimenes Grullón y *De abril en adelante* (1975) de Marcio Veloz Maggiolo.

b.2) Sharon Keefe Ugalde en “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador/dictadura: perspectivas dominicanas e innovación”²⁶² arremete contra el sector crítico que menosprecia a la “narrativa de dictadura” y señala como ejemplos aúreos de esta catalogación *El Señor Presidente* y *Los Ángeles de hueso* de Veloz Maggiolo. Cita el artículo de Manuel Rueda sobre la narrativa de dictador/ dictadura en la República Dominicana, que como está comprobando el lector, es un puntal básico en el estudio

²⁶⁰ En *Revista Iberoamericana*, op. cit., págs. 89-98.

²⁶¹ *Ibid.*, pág. 90.

²⁶² *Ibid.*, págs. 129-150.

del trujillato. Sostiene que la mayoría de las obras se basan primordialmente en los efectos de la tiranía, ilustrando su posición con el análisis cabal de varias obras de Maggiolo: *El prófugo*, *De abril en adelante*, *Los ángeles de hueso* y *La biografía difusa de Sombra Castañeda*.

b.3) Margarita Fernández Olmos también participa en este número de *Revista Iberoamericana* y lo hace con un artículo titulado: “La narrativa dominicana contemporánea: en busca de una salida”²⁶³. Define la literatura dominicana –muy acertadamente a mi juicio- como una “literatura de derrotados”, utilizando el término de Ángel Rama. Centra su texto en *Sólo cenizas hallarás* y *Currículum (el síndrome de la visa)*, centrándose en el tratamiento del exilio y de la emigración, aunque repara en la cabida que ambas obras le dan al trujillato. Fernández Olmos dirá también que es necesario “recordar en un país como la República Dominicana, donde la memoria colectiva de los años trujillistas y de todo o que eso representaba se ha tratado de borrar, es una necesidad dura pero obligatoria”²⁶⁴. Alude claramente a Balaguer y entiende la narración del trujillato como un ataque a la realidad del neotrujillismo, como una manifestación y una forma de lucha: desmitificar ese periodo es recordarlo, escribirlo, trabajarlo.

b.4) “La historia y el bolero en *Sólo cenizas hallarás (bolero)*”²⁶⁵ de Arnaldo Cruz Malavet. En este trabajo no se estudio la figura de Altagracia Valle y su enlace con trujillismo; tan sólo se habla de la presencia del trujillato en el texto en unas breves líneas dedicadas a Freddy y su participación con el movimiento de oposición a Trujillo.

La crítica dominicana en Norteamérica

Como observará el lector a continuación sólo contamos con una obra dedicada íntegramente al estudio del trujillato como representación dominante en la narrativa dominicana. Ahora bien: se producen varias tesis doctorales que se ocupan individualmente de las novelas del trujillato de mayor reconocimiento internacional.

²⁶³ Margarita Fernández Olmos, *Revista Iberoamericana*, op. cit., págs. 73-87.

²⁶⁴ *Ibid.*, pág. 87.

²⁶⁵ Arnaldo Cruz Malavet, *Revista Iberoamericana*, op. cit., pags. 63-72.

a) Norberto Pedro James realizó en 1985 su tesis doctoral, *Un estudio sociocultural de dos novelas dominicanas de la Era de Trujillo: Jengibre y Trementina, clerén y bongo*²⁶⁶, acerca de estas dos novelas del trujillato que contienen una “crítica apagada” al régimen trujillista y que reflejan el problema del “otro” –el haitiano y el imaginario de “lo negro”- en la realidad dominicana. El estudio procede a un detallado y preciso acercamiento a los contenidos de ambas novelas, a lo que se suma un fugaz repaso por el desarrollo de la novela dominicana desde sus inicios hasta los noventa, donde se incide en la falta de estudios críticos; en la “generalizada tendencia de infravaloración de lo dominicano” en las letras insulares que se traduce en un acentuado pesimismo; en la percepción de la “heterogeneidad étnica como restricción al desarrollo nacional”; en la falta de desarrollo literario, etc. Sobre *Jengibre* había publicado Diógenes Céspedes –crítico dominicano- un estudio fundamental en los setenta: “El sentido de la responsabilidad social frente a la escritura: un estudio de *Jengibre*”²⁶⁷.

b) También por estas fechas, Isabel Zakrzewski Brown defiende una tesis doctoral sobre literatura dominicana –*La dialéctica entre la modernidad y el nacionalismo en tres novelas dominicanas*²⁶⁸ (1987)-, en la que se contempla el estudio de dos novelas del trujillato –aunque ella no lo exprese en estos términos, sino en los de modernidad y nacionalismo- y lleva a cabo un somero análisis del panorama novelístico –estrechamente unido al problema de la identidad nacional- de la República Dominicana. De los textos narrativos que trata: *Escalera para Electra*, *Sólo cenizas hallarás* y *La biografía difusa de Sombra Castañeda*; sólo están emparentados con el trujillato los dos últimos y como he dicho, no realiza un análisis de estos desde la consideración del fenómeno literario del trujillato, sino en su calidad de obras que reproducen la dialéctica entre nacionalismo y modernidad. En el capítulo dedicado a *Sólo cenizas hallarás*, aborda el componente del trujillato a través de la significación del personaje de Altrigracia Valle y su relación con la dictadura, puesto que es el único

²⁶⁶ Norberto Pedro James, *Un estudio sociocultural de dos novelas dominicanas de la Era de Trujillo: Jengibre y Trementina, clerén y bongo*, Boston University, 1985. Dissertation.

²⁶⁷ Diógenes Céspedes, “El sentido de la responsabilidad social frente a la escritura: un estudio de *Jengibre*” en *Jengibre*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1978.

²⁶⁸ Isabel Zakrzewski Brown, *La dialéctica entre la modernidad y el nacionalismo en tres novelas dominicanas*, Emory University, 1987. Dissertation.

remante de este período en la narración. Se acerca al trujillato en el apartado dedicado a *La biografía difusa de Sombra Castañeda* –que será publicado posteriormente en *Revista La Torre*²⁶⁹ - en el cual no sólo comenta la modernidad literaria del texto y su discursividad con briznas nacionalistas –en el sentido anteriormente expuesto- sino que incursiona en la figura de Serapio Rendón –a través de los sueños- y en la de Sombra Castañeda –que alude a Trujillo, “un reflejo opaco de Trujillo”, un “arquetipo del dictador de la historia dominicana”- y su modo dictatorial, su uso del poder, que comparte las directrices del trujillato.

c) Estrella Betances de Pujadas redacta una tesis que se acerca a mi objeto de estudio: *The Influence of Rafael Trujillo in dominican literatura*²⁷⁰ (1991) en la que da cuenta positiva de cómo el dictador ha acaparado las letras dominicanas: “he did provide a great impulse for Dominican letters and an environment in which authohrs manager to produce som of the best Dominican Works”²⁷¹. Hace una caracterización a todos los niveles de la República Dominicana y de su literatura antes de la llegada de Trujillo, para más tarde acometer la producción literaria durante el régimen y en el último capítulo, la influencia literaria de Trujillo tras su muerte. Considera la figura de Trujillo como un tópico y como un “tema” dentro de la literatura, “after the dictator’s death”, ciertamente como un fenómeno de peso. Cita entre los novelistas a Aliro Paulino y a Jacinto Gimbernard; el resto de textos reseñados son obras históricas o testimoniales. También incluye un capítulo “Indirect influence on literary Works with topics unrelated to the dictatorship”, pues la autora declara que no existen muchas novelas acerca de él y su gobierno –lo que serían “novelas de dictador”-, pero que hay cierto grado de influencia indirecta en muchos trabajos literarios –“novelas de dictadura”- donde vendría a aparecer el dictador como personaje secundario. Pues bien, lo que hace Estrella Betances a continuación es ir exponiendo los títulos de estas obras y un brevísimos comentario del tema: *Medalaganario*, *El masacre se pasa a pie*, *Chapeo*, *La ciudad herida*, *De abril en adelante* y *Materia Prima* de Veloz Maggiolo y *Sólo cenizas hallarás* de Pedro Vergés. El número de novelas que echamos de menos en este

²⁶⁹ Y será rescatado por Fernando Valerio Holguín en *Arqueología de las sombras. La narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*, op. cit., págs. 249-262.

²⁷⁰ Estrella Betances de Pujadas, *The influence of Rafael Trujillo in dominican literatura*, Columbia University, 1991. Dissertation.

²⁷¹ *Ibid.*, pág. 3.

listado es importante, aunque en sí mismo entraña un paso inestimable en el estudio literario del trujillato.

Betances de Pujadas habría de equivocarse al pronosticar que, a principios de los noventa, varios factores, entre ellos la emigración “are improving and opening up new avenues in Dominican literatura, avenues from which Trujillo’s ghost Hill probaba disappear in time”²⁷².

d) Otra tesis doctoral trabaja dos novelas del trujillato –*Curriculum* y *De abril en adelante*- y desarrolla el tema del pesimismo en estas novelas junto con un lacónico repaso de la presencia de dicho tema en la literatura dominicana: *Análisis de tres novelas dominicanas de la postguerra: De abril en adelante, Curriculum (el síndrome de la visa) y La otra Penélope*, de Rita María Tejada²⁷³. El discurso acerca del pesimismo dominicano sigue vigente en la retórica literaria y “en los trabajos publicados por las editoriales dominicanas”. De hecho, en esta investigación me haré eco de este pesimismo, que sobre todo despunta en los setenta y en los ochenta.

e) Daisy Cocco De Filippis es otra investigadora dominicana que desde Nueva York se dedica al estudio de la literatura insular. Entre sus publicaciones no aparece ninguna que se acerque a la novela del trujillato, ya sea parcialmente, ya sea plenamente. Pero sí he de reseñar su artículo ““Enigmática Transparencia”: Reflexiones acerca de la literatura dominicana de los ochenta”²⁷⁴ puesto que se erige como pasto para la reflexión de la crítica dominicana y como radiografía del esqueleto literario quisqueyano. En esta revisión de la poesía de la década de los ochenta, Dasisy Cocco señala una serie de deficiencias para más tarde definir y explicar de modo sistemático y preciso el carácter de este discurso. Finaliza el artículo con una batería de preguntas que debieran ser contestadas por los estudiosos de esta literatura y que en esta investigación se pretenderá responder: “¿Cuál es la imagen del mundo que se encuentra en los escritos

²⁷² Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 142.

²⁷³ Rita María Tejada, *Análisis de tres novelas dominicanas de la postguerra: De abril en adelante, Curriculum (el síndrome de la visa) y La otra Penélope*, Florida, The Florida State University, 2000.

²⁷⁴ Daisy Cocco De Filippis, *Op. cit.*

dominicanos? ¿Qué impacto ha tenido el transcurrir del tiempo y la historia? [...] ¿Para quién escribimos nosotros y que (sic) nos interesa comunicar?”²⁷⁵.

f) Fernando Valerio-Holguín: dominicano, profesor en Colorado State University, y uno de los críticos de literatura dominicana más activos en la actualidad y que más atención ha prestado a las novelas del trujillato, principalmente desde finales de los noventa y con más incidencia en los últimos tres años. Aunque no haya escrito ningún trabajo aún extenso y profundo sobre el proceso evolutivo de este fenómeno, son indisputables los grandes aportes que hace a este respecto.

f.1) “La historia y el bolero en la narrativa dominicana”²⁷⁶. En este artículo, el crítico dominicano pretende dirimir la relación dialéctica entre la historia y el bolero en tres novelas dominicanas: *Musiquito: Anales de un déspota y de un bolerista*, de Enriquillo Sánchez; *Sólo cenizas hallarás (Bolero)* de Pedro Vergés y *Ritos de cabaret (Novela rítmica)* de Marcio Veloz Maggiolo. Valerio-Holguín en cada uno de los textos analizará la relación que guarda con la “pesadilla insomne” de la dictadura, en tanto que el bolero –*lirica*, seducción y nostalgia- es aprovechado por los tres escritores para retrotraer al lector a esta etapa lóbrega de la historia dominicana. Así “Porfirio Funes” el dictador de Enriquillo Sánchez es un arquetipo –Fernando Valerio lo califica de “archidictador”- de los dictadores dominicanos y, aunque la dictadura de Trujillo es tratada “tangencialmente”, la mayoría de referencias remiten a este dictador. La segunda novela que afronta es *Ritos de cabaret*, situada en las postrimerías de la Era y en la que “la figura del dictador hace acto de presencia, más bien de presencia simbólica”²⁷⁷ y que es considerada como una “novela de la dictadura”, aunque el crítico no lo exprese en estos términos. En cuanto a la última de ellas, *Sólo cenizas hallarás*, es abordada en un escueto examen de la función del bolero dentro de la obra, pero no describe el tratamiento que se da al trujillato a través de la figura de Altagracia Valle.

²⁷⁵ *Ibid.*, pág. 20.

²⁷⁶ En *Revista de Estudios Hispánicos*, no. 23, 1996, págs. 191-198.

²⁷⁷ *Ibid.*, pág. 195.

f.2) Su libro *Arqueología de las sombras. La narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*²⁷⁸, es un compendio de artículos –científicos, literarios y periodísticos- y reseñas elaboradas en torno al discurso narrativo de Veloz Maggiolo, el novelista del trujillato por excelencia²⁷⁹, pues es el que condensa mayor número de obras de esta temática. Obras que de un modo u otro –tangencialmente o plenamente- se hacen eco del trujillato, ya sea desde el óptica del efecto producido en el pueblo por la dictadura (*Los ángeles de Hueso, De abril en adelante, Materia prima, y Ritos de cabaret*) o desde la óptica del dictador (*La biografía difusa de Sombra Castañeda y Uña y carne*). Este texto es básico e indispensable en cualquier estudio que se precie sobre la novela del trujillato, y ha sido un forzoso referente en mi investigación.

f.3) “Trujillo en una escena de seducción: *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda”. El dominicano en este artículo de 2002 formula explícitamente –como lo hizo Neil Larsen en “¿Cómo narrar el trujillato?”- el destacado interés que en los últimos años ha suscitado el trujillato –discursos históricos, sociológicos, económicos y por supuesto, literarios-, que ha mutado en lo que Foucault denominó “formación discursiva con diferentes vertientes y especialidades”²⁸⁰. Con respecto al trujillato “como fenómeno discursivo literario”, aclara que la mayoría de novelas que se adscriben a esta temática pertenecen a la novela del dictador y contemplan la figura del tirano o los efectos de su dictadura por entero o de forma tangencial. El dominicano sigue sin aventurar una denominación –un marbete- que explique y clasifique este tipo de discurso, imprimiéndole identidad y autonomía. En el mismo artículo se mencionan sólo doce novelas del trujillato y la gran parte de éstas son novelas publicadas en los noventa, o las consabidas de Marcio Veloz Maggiolo. No obstante, se hace eco de la repercusión que el trujillato ha tenido fuera de sus fronteras y cita los textos de Julia Álvarez, Vázquez Montalbán y Vargas Llosa, obviando a Edwidge Danticat y a Alfredo Matilla.

²⁷⁸ *Op. cit.*

²⁷⁹ Fernando Valerio-Holguín expresa esto mismo: “Marcio Veloz Maggiolo es uno de los escritores que más ha tratado el tema del trujillato en sus novelas y cuentos” en nota a pie de página, “Trujillo en una escena de seducción...”, *op. cit.*, pág. 27.

²⁸⁰ *Ibid.*, pág. 18.

f.4) “Mito y Otridad en la Nueva Novela Histórica Dominicana”²⁸¹. En este trabajo Valerio-Holguín viene a referirse a la Nueva Novela Histórica dominicana; y menciona entre sus abyectos a Pedro mir, Veloz Maggiolo y Rivera Aybar, incidiendo en el propósito que estas novelas tienen: la reconstrucción de la historia del país a través de los mitos –taínos y afrodominicanos- y la búsqueda de los orígenes y la representación de la otridad –en el sentido que le confiere Fernando Ortiz- que Valerio-Holguín denomina “el Otro-Dentro”. Ejemplifican este aserto *La biografía difusa de Sombra Castañeda* y *El reino de Mandinga* y por tanto serán escudriñadas en tanto que “nuevas novelas históricas”. En la novela de Rivera Aybar, *El reino de Mandinga*, el crítico dominicana sí da liviana cabida al trujillato en relación con la dictadura del General Adriano Mandarria –que ocupa la segunda parte de la novela- y que compendia incuestionables alusiones a Trujillo y su régimen opresor, que –en palabras del autor- es “una vasta alegoría de la dictadura de Trujillo”.

Crítica europea

En Europa trabajan pocos especialistas en literatura dominicana –en España no existen especialistas ni publicaciones científicas sobre novela dominicana- pero sus aportaciones son de gran valía e indispensables para cualquier estudio serio sobre esta literatura. Así, tenemos a Patrick Collard y Rita de Maeseneer, que se centran primordialmente en el tratamiento de la memoria histórica en los textos literarios; como *Murales, figuras, fronteras. Narrativa e historia en el Caribe y Centroamérica*²⁸², donde se incluye el artículo citado de Valerio-Holguín y se profundiza en el lugar que ocupa la Nueva Novela Histórica en la literatura dominicana. Rita de Maeseneer también cuenta con un trabajo extraordinario sobre *El masacre se pasa a pie*²⁸³, que formó parte del elenco de un simposio organizado por Patrick Collard.

Finalmente, hay que destacar la labor de Fraude Gewecke en la presentación y colaboración en “Versiones y perversiones de la historia: el caso Trujillo”, un Dossier

²⁸¹ En Patrick Collard y Rita de Maeseneer (eds.), *Murales, figuras, fronteras. Narrativa e historia en el Caribe y en Centroamérica*, Madrid, Iberoamericana, 2003, págs. 93-108.

²⁸² *Op. cit.*

²⁸³ Rita de Maeseneer, ““El Corte” en *El masacre se pasa a pie* del escritor dominicano Freddy Prestol Castillo” en Patric Collar (ed.), *La memoria histórica en las letras hispánicas contemporáneas*, Genève, Librairie DROZ, 1994, págs. 159-178.

que se publicó en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*²⁸⁴. En los preliminares del trabajo, Gewecke alude a la comprobación factual de la presencia viva del trujillismo en la sociedad dominicana contemporánea, como consecuencia de una nostalgia que responde al desengaño político y al “vasallaje espiritual” al que se ha sometido la población. Se incluyen artículos harto interesantes como el de Roberto Cassá acerca del neotrujillismo, el de Franklin Franco Pichardo sobre la retórica ideológica trujillista y el de la propia Gewecke en torno a la recepción de la *La fiesta del Chivo* en República Dominicana. El dossier concluye con dos entrevistas de envergadura a José Israel Cuello y a Manuel Vázquez Montalbán.

Esta investigación pretende, pues, ahondar en el estudio del fenómeno literario del trujillato, emprender un análisis sistemático que permita valorar el proceso de evolución interna de este discurso, y hacerlo en función de un criterio de selección suficientemente sólido y coherente, que garantizará el carácter representativo de las novelas escogidas. No obstante insisto en que esta Tesis es el primer eslabón de una futura cadena de investigación, que tiene con fin último otorgarle a la novela del trujillato y al discurso literario dominicano el lugar que merece.

²⁸⁴ No.3, 2001, págs. 109-180.

7. ANOTACIONES METODOLÓGICAS

Hay quien se puede preguntar si este estudio –la novela del trujillato desde la dictadura hasta nuestros días- que voy a llevar a cabo está sujeto a una validez teórica y metodológica; debido principalmente a la amplia gama de modelos discursivos a la que me enfrento (diferentes perspectivas, actitudes estéticas y procedimientos literarios). No obstante, existe en éstos una homogeneidad que hizo viable la posibilidad de un criterio científico aplicable a la totalidad de los textos literarios que manejo: la representación y el tratamiento literario del trujillato. Esto es, en palabras de Carlos Pacheco:

[...] esa persistencia temática por encima de épocas, nacionalidades, corrientes y estilos literarios lo que lo atrae y estimula a establecer relaciones y comparaciones valiosas²⁸⁵.

Ante este objeto de estudio transformativo –es un “organismo vivo” que crece y muta- y complejo, radicalmente heterogéneo, la primera intención sienta casi una premisa: el planteamiento metodológico ha de ser plural. Tratar de imponer la exclusividad de un enfoque metodológico –ya sea estructuralista, marxista, positivista, deconstructiva, semiótica, etc- en el análisis de un discurso literario vasto, complejo y disímil, sería demasiado reduccionista y parcial. El método crítico que se utilice para abordar un objeto de estudio con este perfil, tendrá que tener estas mismas características –ser heterogéneo y ecléctico- y usar toda clase de recursos críticos al alcance del investigador.

Tanto el crítico como el historiador de la literatura, y de alguna manera también el teórico, tienen entre sus tareas de primera importancia el descubrimiento y la formulación de las afinidades de los materiales literarios y el esfuerzo por ordenarlos e interrelacionarlos, logrando así definir modelos, establecer patrones comunes, deslindar subsistemas diversos dentro del sistema narrativo²⁸⁶.

²⁸⁵ C. Pacheco, *op. cit.*, pág. 20.

²⁸⁶ *Ibid.*

Así el criterio que propongo para organizar y aquilatar este discurso literario es el de la “afinidad temática”: el “trujillato”, que es imprescindible para la estructuración e interrelación interna del discurso literario²⁸⁷; *id est*, para la organización del texto literario. Sostengo que para lograr el estudio científico y serio de esta novela se han de elaborar una serie de análisis contrastivos –hay que superar el estudio meramente temático- que deben realizarse a varios niveles –participando de planteamientos metodológicos que se ubican fuera del texto narrativo, si bien orientados hacia su construcción- entre los textos de diferentes autores y momentos. Pretendo por tanto, integrar al inicio de cada capítulo, un esquema histórico y político –descriptivo, analítico y valorativo- del contexto en el que se inscriben las novelas. Éste viene a otorgar un significado concreto al tratamiento literario de este fenómeno; no sólo en lo que atañe a la propia dictadura, sino también en el transcurso de estas cuatro últimas décadas, donde la producción literaria del trujillato ha estado influida por el escenario político dominicano: el neotrujillismo del balaguerato. La introducción de esta perspectiva comporta uno de los jalones principales del objeto de este estudio, y se debe tener en consideración para la completa intelección del mismo, pues principalmente me interesa rescatar el significado de este discurso literario, más que su contenido retórico o estético. No podemos olvidar que la novela del trujillato, como “obra de arte” se sitúa dentro de los contextos económicos y socioculturales del Caribe y esta suerte de literatura, como bien nos ha referido Benítez Rojo, se construye a partir de diferencias etnológicas: “Así poco a poco ha ido completándose una geografía literaria del Caribe que atiende al tema de la piel más bien al tema de su irreductible memoria, expresada en términos etnográficos, económicos, políticos y sociológicos”²⁸⁸. Como dice, Betances de Pujadas: “One must consider both the political and the economic circumstances that favor or interfere with the development of literatura”²⁸⁹.

Por otro lado, también hay que tener en cuenta en el análisis la producción novelística dominicana y latinoamericana en general, pues todas las obras que estudiaré,

²⁸⁷ De la viabilidad de la aplicación de este criterio habla Carlos Pacheco en la obra citada, y sobre la validez teórica y metodológica del mismo, *vid.* Nelson Osorio Tejeda, “La nueva narrativa y los problemas de la crítica hispanoamericana actual”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 3, No. 5, 1977; Luis Iñigo Madrigal, “Introducción a una posible Historia Social de la novela hispanoamericana”, en *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hipanísticos*, Budapest, 1976, etc.

²⁸⁸ Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998, pág. 241.

²⁸⁹ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 9.

se integran en este sistema. Así, sabiendo a que tendencia literaria se puede adscribir una obra, podemos conocer la línea estructural narrativa de la novela, el lenguaje utilizado, el tratamiento del tema –el trujillato en este caso, etc. De este modo puedo establecer relaciones con la novela de dictador /dictadura y con la novela histórica; puedo precisar con mayor certeza el proceso evolutivo de este fenómeno literario. A este respecto, he de aclarar que no voy a proceder a un estudio detallado del andamiaje estético de cada obra, sino a esbozar en cada capítulo los rasgos estético-literarios que predominan en ese momento: lo que realmente me interesa es el trujillato como fenómeno literario, no estético. Por esta razón, tampoco señalaré los puntos flacos de cada una de las novelas –que no son pocos, pues se derivan de los ya apuntados “problemas y debilidades” de la novela dominicana-, pues considero que la totalidad no se da individualmente.

Se trata, por tanto, de superar un análisis meramente descriptivo, señalar las principales líneas de evolución literaria de este discurso en diacronía y determinar a qué responden los cambios operados a lo largo del siglo XX en el tratamiento del trujillato como tema literario: tendencias literarias en boga, neotrujillismo, distanciamiento cronológico y biográfico del autor con el referente socio-político representado, la identificabilidad del espacio geográfico y del tiempo, la ubicación de la obra durante la dictadura, etc. En el estudio, he de precisar que también recorro a la riqueza de algunas formulaciones críticas que permanecen adheridas al discurso narrativo, y que me permiten derivar a partir de ellas, consecuencias de orden pragmático, vitales para definir y caracterizar el discurso de la novela del trujillato.

En definitiva, me he guiado por el modelo metodológico que utilizó Carlos Pacheco en su análisis de la novela de dictador –*Narrativa de la dictadura y crítica literaria*-, puesto que él también había de proceder al análisis y sistematización de un fenómeno que no había sido objeto de un trabajo científico de rigor con carácter totalizador. Es la misma situación a la que me enfrento; la única diferencia estriba en la magnitud y extensión de los proyectos, pues el que llevaré a cabo es mucho menos ambicioso.

7.1. ELECCIÓN DEL CORPUS

La primera pregunta que ha de hacerse el investigador, ya la recoge Carlos Pacheco referida al estudio de la narrativa de la dictadura: ¿Qué criterio puede decidir si una obra debe o no ser considerada como integrante del corpus que me interesa? Para

responder a esta pregunta, me dispongo a hacer un desarrollo justificativo del corpus acotado para la ilustración de este fenómeno, que en una primera instancia, se adhiere a la línea trazada por Carlos Pacheco en su trabajo: la delimitación del corpus sobre la base de un criterio doble: el género literario y el tema central de la obra.

En cuanto al género, la mayoría de las obras son novelas y por eso voy a restringir mi corpus a este género, pues aunque sería mucho más estricto y exhaustivo atender al resto de la narrativa del trujillato, supone una tarea aún más ardua e inabarcable que dejamos para una futura investigación. Luego: descarto en la investigación: el cuento, la narrativa breve, las memorias (abundantes en el terreno del trujillato)²⁹⁰. Rueda incluye igualmente en su escrutinio los libros de anécdotas y testimonios, los cuales aunque interesantes, ya que muchos de ellos superan en calidad narrativa a las novelas²⁹¹, no se insertan en el marco teórico de lo que considero “novela del trujillato”.

Evidentemente, y a este respecto, me he encontrado con los problemas que se derivan de las nociones tradicionales de este género, de su clasificación y la imposibilidad de apuntalar límites claros a este respecto, pues nos encontramos con varias narraciones mucho más cercanas al testimonio, al documento histórico, al ensayo, memorias, crónicas, reportajes literarios, etc. Y es que la interdiscursividad permea casi todos los textos –entre la crónica y la historia, entre la historia y el testimonio, etc- y los coloca en una encrucijada. Incluiré por tanto, todos aquellos todos textos que se ajusten a los “atributos” que la crítica literaria ha fijado para el discurso novelístico²⁹², y también los que han sido catalogados por la crítica dominicana o por el mismo escritor (añadiendo el sustantivo “Novela” a su discurso) como pertenecientes a esta distinción, dejando a un lado las consideraciones teóricas y posibles discusiones a las que más de una debería someterse.

²⁹⁰ Las más conocidas: *Una gestapo en América* de Juan Isidro Jimenes Grullón, *El sisal. Esclavitud y muerte en la era de Trujillo* de Rafael Cuello, *40 años después. Cuando los hombres lloran* de Rafael Mota y *Yo maté a su hijo* de Eugenio María Guerrero Pou.

²⁹¹ Nótese la valía de *Mis 43 años en La Descubierta* de Jesús María Ramírez hijo, *En la ruta de mi vida* de Víctor Garrido, *Escondido: mi 30 de Mayo* de Josefina Gautier o *Si la mar fuera tinta* de Mayra Báez de Jiménez.

²⁹² Vid. Ernesto Sábato, “La novela: atributos y funciones” en Eric Sullá (ed) *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2001, págs. 246-248; José-Carlos Mainer, *La escritura desatada. El mundo de las novelas*, Madrid, Temas de Hoy, 2000; Tomás Albadalejo Mayordomo, *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998; Eric Sullá (ed), *El canon literario*, Madrid, Arco/Libros, 1998.

El segundo criterio, el temático, hace que tengamos en cuenta sólo aquellas obras que estén vinculadas “con el régimen político dictatorial y con sus protagonistas”, tal y como expone Pacheco. Algunas novelas tratan tangencialmente –episódicamente– la realidad dictatorial y Pacheco las descarta en el estudio de la narrativa de la dictadura que propone, pues sólo selecciona aquellas cuyo tema principal es la dictadura o el dictador. En mi análisis no he desechado estas novelas, debido a que uno de los objetivos que pretende alcanzar este estudio es calibrar la dimensión de este fenómeno literario en las letras dominicanas amén de ofrecer una visión global de la novela del trujillato. Por ello, incluyo también en mi estudio novelas producidas durante la dictadura, las que he denominado “novelas trujillistas” que, aunque parte de ellas no contemplen el tratamiento literario del trujillato, reproducen la ideología del *establishment* oficial y sirven de propaganda a la dictadura (*La cacica*, *¡Helo Jimmy!*, *Caonex*, etc). Por otro lado, las novelas escritas tras la muerte del tirano, serán clasificadas conforme a este criterio –el cual, como vimos, ya manejó Manuel Rueda en su estudio–, es decir: representación literaria del trujillato como motivo secundario (desde la óptica del dictador o desde la óptica de la dictadura) y el tratamiento literario del trujillato como tema principal.

Pues bien, una vez operada esta primera distinción, he formado el corpus de novelas del trujillato incluyendo aquellos discursos novelísticos más representativos y comúnmente aceptados por el aparato crítico como expresiones literarias genuinas del trujillato. Para avalarlo cuento con la palabra acreditada de Manuel Rueda –aunque su estudio sólo llega hasta la década de los ochenta– y la de Valerio-Holguín, pues ambos en los artículos ya citados incluyeron un listado de este tipo de novelas. Además, he usado las siguientes fuentes de información: obras bibliográficas (citadas en el “estado de la cuestión”) y opiniones de críticos y editores dominicanos posteriormente documentadas (principalmente la del editor José Israel Cuello). Estos datos me llevaron a la configuración de un corpus básico, tanto por la frecuencia de referencias a éstas, como por su importancia e influencia (número de ediciones), que he completado con un rastreo informático. De esta forma, considero que la escritura de estos novelistas seleccionados en esta Tesis es fecundamente representativa de los modos que –con distintas variantes de enfoque– asume la plasmación novelística del fenómeno del trujillato. Ni que decir tiene que gran parte de los mencionados tiene tras de sí una trayectoria literaria –aunque algunos son autores de una sólo novela– y que no se debe

caer en el simplismo de identificar a dichos novelistas con esta parcela literaria muy concreta: el trujillato.

Por último, he de aclarar que no pretendo ser exhaustiva, ni hacer un estudio definitivo e invariable, pues este análisis está abierto a posteriores ingresos o egresos; pero sí que quiero mostrar la vastedad de este sistema y llamar la atención sobre la escasa atención crítica –exceptuando a las novelas del trujillato escritas por autores no dominicanos- que se le ha dado, a excepción de unas cuantas novelas: las de Veloz Maggiolo, *Sólo cenizas hallarás*, *Trementina*, *Clerén y Bongo* y *Currículum (el síndrome de la visa)*.

7. 2. ANÁLISIS Y SISTEMATIZACIÓN

El siguiente paso, una vez delimitado el corpus de estudio, es el análisis y la comparación de estos textos para lograr un conocimiento más profundo de cada obra, pero sobre todo para entender el trujillato como discurso literario. Para ello estableceré relaciones de oposición y semejanza entre las novelas, y su agrupación por décadas y por motivos literarios, para alcanzar una visión más completa de esta área temática de la literatura dominicana.

En cuanto abordamos dicho análisis nos hallamos ante una descompensación clara: una serie de novelas muy estudiadas –ya mencionadas- y otras que por motivos editoriales (no tienen proyección internacional) y por la poca fascinación que suscita la literatura dominicana fuera de sus fronteras, han quedado relegadas a pesar de su validez literaria, o por carecer de la misma. Pero éstas necesariamente tienen que formar parte de este estudio, puesto que resultan realmente útiles y fructíferas a la hora de trazar posibles paralelismos y precisar el mecanismo de las letras en República Dominicana.

Abordaré el análisis de la novela del trujillato conforme a tres premisas: periodización, clasificación y caracterización del objeto de estudio.

7.2.1 PERIODIZACIÓN

Dentro de esta “novela del trujillato” la primera distinción que salta a la vista, se da entre aquella literatura escrita bajo el dominio y mando de Trujillo y aquella que se escribe tras su desaparición. La literatura durante la Era de Trujillo estaba, evidentemente, al servicio del dictador. En los regímenes totalitarios, los escritores son

perseguidos y torturados: los poetas son encarcelados indefinidamente, los novelistas condenados al ostracismo y silenciados para siempre, y los dramaturgos censurados.

El poder de los escritores reside en su capacidad para soñar y fabular, para poner al desnudo las contradicciones del mundo en que viven y estremecer. Por eso le temen al Estado y sus representantes, que son los ordenadores de una realidad petrificada²⁹³.

Es claro que la relación entre literatura y poder político supone una tensión constante, acercamientos y oposiciones que marcan una vinculación dialéctica a la que no puede escapar ningún escritor. Desde los inicios de la dictadura, Trujillo contó con la colaboración de escritores e intelectuales de diversa formación que le sirvieron porque creían en su mesianismo o porque buscaban beneficiarse a la sombra del poder. Así, el dictador contó con una serie de poetas, narradores, críticos de arte y literatura, historiadores y juristas, que junto a profesionales, le sirvieron como funcionarios, diplomáticos e ideólogos (el caso que llama la atención en este sentido es el de Joaquín Balaguer). Se llegó a hablar de “ideología trujillista”, caracterizada por la sacralización de la figura del déspota, la defensa del régimen, la propaganda orientada a proclamar los logros del gobierno:

El trujillismo ideológico –afirman dos jóvenes historiadores- se amparó en una serie de conceptualizaciones esenciales: nacionalismo, hispanidad, civismo, orden, anticomunismo, dominicanidad, patriotismo, catolicidad; y todos estos conceptos vinculados a una visión derrotista del acontecer histórico resarcido en Trujillo como predestinado o transformador único²⁹⁴.

Los literatos se veían forzados a colaborar, ya que si no, se convertían en enemigos del régimen y arriesgaban con ello su vida y la de su familia. A pesar de todo, y como enuncia José Alcántara, no todos los escritores se plegaron a los deseos del dictador y pudieron escapar del alcance de su poderío o supieron alejarse discretamente del país, como Pedro Henríquez Ureña, o de Andrés F. Requena. Éste último forma parte del grupo de los exiliados, todos aquellos que habían logrado salir del país y

²⁹³ J. Alcántara Almánzar, “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo” en *Revista/review Interamericana*, 21, 1991, pág. 98.

²⁹⁴ *Ibid.*, pág. 101.

escapar a la maquinaria represiva del régimen. Pero en el extranjero les aguardaban la incertidumbre, la vigilancia constante, la persecución e incluso la muerte, como es el caso de Galíndez o el del mismo Requena, que muere en Nueva York tras haber escrito *Cementerio sin cruces* una novela claramente antitrujillista que ataca con dureza al régimen. Existen más casos de poetas (este género, como enunciamos, contaba con el favor de Trujillo), pero no vamos a detenernos en este aspecto, ya que nos centramos sólo en el análisis novelístico.

Durante seis lustros, las letras dominicanas evolucionaron en medio de dificultades y limitaciones diversas que imponía un ambiente sociocultural restringido y una censura alerta, sobre todo en los últimos dieciséis años de la Era. En definitiva, lo que hicieron estos novelistas trujillistas fue tejer una narrativa divorciada de la realidad. Si bien y como comprobaremos, como es lógico, a partir de 1961 esta literatura deja de producirse masivamente, aunque la apología del trujillato no ha estado ausente, como comprobará el lector en el transcurso de este análisis.

En el otro extremo, nos encontramos con la literatura que se escribe tras la desaparición de Trujillo. Este tipo de novelas, sobre todo aquellas que surgen con posterioridad a la frustrada revolución de abril de 1965 (cuando las tropas norteamericanas intervienen e impiden la cristalización de las aspiraciones constitucionalistas), toman una dirección introspectiva que Fernández Olmos²⁹⁵ denomina –citando a Ángel Rama– “literatura de derrotados”:

[...] es una literatura de derrotados. Ya alguna vez se observó que las derrotas nos han dotado de obras tanto o más importantes que las victorias, quizás porque exigen un esfuerzo más tenaz y conducen a los límites mismos de la literatura. Una literatura de derrotados, no es forzosamente una renuncia al proyecto transformador, sino una parénesis interrogativa. La perspectiva desde la cual el director puede hablar dispone del mínimo reposo indispensable y los sucesos pasados pueden percibirse ya conjuntamente, detectando su coherencia y su significado. Este período puede ser artísticamente e intelectualmente, aún más proficuo que el representado por la anterior literatura militante²⁹⁶.

²⁹⁵ Margarita Fernández Olmos, *op. cit.*, pág. 73.

²⁹⁶ *Ibid.*, pág. 74.

Durante las últimas décadas, Trujillo y su dictadura, como he venido diciendo, han constituido uno de los tópicos preferidos de la investigación histórica, y sobre todo, de la atención del gran público hacia la historia y también hacia la literatura. Esto, como enuncié, es explicable, fuera de las corrientes consideraciones triviales y especulativas, en la medida en que la incidencia extraordinaria de la dictadura todavía la sitúa como un punto de partida de nuestro mundo contemporáneo. ¿A qué nos referimos? Como es sabido, durante el trujillato se conformó un orden opresivo tan exhaustivo que tiene escasos parangones en el mundo contemporáneo. Este hecho hace que los discursos ideológicos e históricos acerca de Trujillo tengan importancia, por cuanto han constituido un medio para afirmar consideraciones acerca de la dictadura y de la democracia.

La cuestión es que resulta innegable que Trujillo aún sigue vivo en la sociedad y en las letras dominicanas. Sí, contrariamente a lo que ha sucedido en otros países que sufrieron dictadura, la presencia de Rafael Leonidas Trujillo Molina es permanente en Santo Domingo. Cuarenta y cuatro años después de su ajusticiamiento, la capacidad, la ineficiencia y la corruptela de sus sucesores, -con mayor o menos responsabilidad, de acuerdo al tiempo en que han detentado el poder- estimulan la añoranza de la oprobiosa Era. Pero, lejos de legalizar el trujillato, la frustración que penetra la historia reciente, ratifica hasta la saciedad el carácter nocivo que tuvo aquél. Y es que los contornos autoritarios de la historia postrujillista encuentran su origen en la solidez del dominio de los treinta y un años de dictadura. Es por eso por lo que las novelas del trujillato, incidiendo en el tema histórico, pretenden preservar la memoria de aquello que fueron los dominicanos y que ahora ya no quieren ser.

Teniendo claro esta primera subdivisión, y refiriéndonos sólo a aquella “literatura de derrotados”, la que nace con la muerte de Trujillo, atenderé en la investigación a otra clasificación que tendrá en cuenta la cronología de cada uno de los discursos narrativos. Tres bloques agruparían estos textos: uno de ellos el de los sesenta y setenta, otro el de los ochenta y otro el que empieza en los noventa y en el 2000. El porqué de esta división se debe a las peculiaridades comunes que comparten las novelas de cada uno de estos períodos. Por esta razón, he dibujado como telón de fondo un enfoque diacrónico, pero sin pasar por alto los problemas sincrónicos, pues como Bajtín

decía: “todo problema teórico debe forzosamente recibir una orientación histórica”²⁹⁷. De este modo, no se trata de hacer una subdivisión en décadas meramente, sino que por ejemplo, uno de los bloques abarca dos decenios, el de los sesenta y el de los setenta.

Cada uno de estos bloques, vendrá antecedido –ya se ha expuesto- por la descripción y el análisis del momento histórico y político en el que se insertan las novelas, ya que una de las hipótesis de las que parto es que la publicación de novelas del trujillato durante el gobierno de Balaguer responde a la elección de ciertos motivos temáticos, debido a que el neotrujillismo que puso en práctica Balaguer hace que el tratamiento literario del trujillato se entienda como un arma, o más exactamente, como el motivo de un interés creado contra Balaguer, antes que como el objetivo de una auténtica repudia contra el régimen trujillista. Esto producirá, por ejemplo, que en los dos primeros bloques de nuestro estudio se atienda mayormente a la descripción de los efectos del trujillismo en el pueblo dominicano. Por otro lado, la crisis económica y política que padece la República Dominicana durante algunos períodos de gobierno, influirá en la pluma dominicana –de ahí el pesimismo del escritor- y en la publicación de novelas. Y es que, como apunta Subercaseaux hay que:

[...] establecer los nexos entre lo existente en la realidad y lo propuesto por las obras, articular las relaciones entre la literatura, su base social, y la cultura como mediación entre ambas”²⁹⁸.

Tras el esbozo del panorama político de cada bloque, procederé a la descripción del curso de las letras dominicanas en cada periodo, que posee el mismo trazado que la carrera literaria hispanoamericana²⁹⁹. Repito: uno de los objetivos de esta Tesis es

²⁹⁷ Mikhail M. Bakhtin, *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982, Trad. De Tatiana Bubnova, pág. 191.

²⁹⁸ Bernardo Subercaseaux, *op. cit.*, pág. 62.

²⁹⁹ A la hora de precisar cada una de estas tendencias y movimientos, he partido previamente del estudio de la novela hispanoamericana, apoyado en los siguientes textos: Óscar Collazos, Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970; Carlos Fuentes, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Editorial Joaquín Motriz, 1972; Fernando Alegria, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, Ediciones de Andrea, 1974; César Fernández Moreno, *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1976; Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 197; Joaquín Roy (comp.), *Narrativa y crítica de nuestra América*, Madrid, Castalia, 1978; Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, México, Editorial Grijalbo, 1985; Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1985; Teodosio Fernández, “El problema de la escritura y la narrativa hispanoamericana

determinar el lugar que ocupa el trujillato en el seno del discurso literario dominicano y analizar el desarrollo interno de este discurso –al que contribuyen elementos de diferentes estratos generacionales y diferentes afiliaciones estéticas- por lo que hay que atender a las características estético-literarias de cada momento, en tanto que éstas revertirán en la percepción y conformación del fenómeno del trujillato

Por último he de aclarar que como el objetivo es estudiar el fenómeno de la invocación novelística del trujillato, aparecerán aglutinados en un mismo bloque de estudio –que se divide en décadas- escritores que en rigor no pertenecen a la misma generación cronológica y que no comparten un mismo grupo literario o ideal estético, pero esto tiene su justificación en el hecho de que mi intención no es hacer un análisis de grupos generacionales, sino un estudio de un conjunto de novelas cuya coherencia viene dada por su contribución silmultánea en el tiempo a una línea de escritura, denominada trujillato.

7.2.2 TIPOLOGÍA:

Las novelas del trujillato se clasificarán según el criterio ya esbozado de novela de dictador / novela de dictadura. También se incluirán las denominadas por Domingo Miliani “novelas del dictador”, cuyo objeto es el dictador o la dictadura como símbolo de la realidad dictatorial dominicana, pues en ellas el tratamiento del trujillato es uno de los componentes de más peso. Se señalará en el análisis si aparece el dictador o no como personaje secundario, pero no será motivo de clasificación –que sí lo es en el trabajo de Manuel Rueda- pues estas novelas las asimilo al marbete “novela de dictadura”, puesto que la intervención del dictador es anecdótica y su intención no es dar cuenta principal de la figura del dictador, sino del universo que creó y su repercusión en la sociedad dominicana. Igualmente, en los casos que corresponda, se determinará la asimilación de las novelas a los parámetros de la novela histórica tradicional o de la nueva novela histórica.

El segundo criterio también se ha apuntado en el preámbulo de estas “anotaciones metodológicas”: la representación literaria total o episódica del fenómeno del trujillato.

contemporánea” en *Anales de Literatura Hispnoamericana*, no. 14, 1985, págs. 167-173; Fernando Ainsa, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid, Gredos, 1986; Julio Ortega, *El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, y Antonio Benítez Rojo, *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998.

7.2.3. CARACTERIZACIÓN

Tenemos entonces una novela del trujillato, que se concibe como “novela histórica” y como “novela de dictador/dictadura”. Pero estas son apreciaciones, que aunque primordiales para entender el objeto científico de esta investigación, se muestran demasiado generalizadoras a priori. Podemos abrir el cartapacio de este tipo de novela y encontrar dentro más categorías y subdivisiones que hemos de barajar para llevar a buen puerto este proyecto de trabajo. Así propongo una metodología que, partiendo de un mismo esquema de estudio, analiza cada una de las obras y rastrea concomitancias y diferencias -motivos que se repiten- sin acercarme al texto con una idea preconcebida tan limitada, al menos en el plano temático. De esta forma, he observado a través de la lectura y análisis de las novelas del trujillato, la repetición de elementos constantes –ya se trate de una cuestión de enfoque o de episodios históricos del trujillato- que son pertinentes por su frecuencia o reiteración³⁰⁰: motivos³⁰¹ de la dictadura como el abuso de poder, la oposición, el aparato militar, el tiranicidio, etc. La presencia de unos u otros motivos dependerá del bloque al que pertenezcan las novelas y de si se ha escrito dentro o fuera de la frontera dominicana; lo que nos da las claves para analizar la evolución de este fenómeno literario.

Por último, y con el fin de que este trabajo sea lo más abarcador posible, he estimado necesario contar con la opinión intelectual de críticos y escritores dominicanos, al igual que con testimonios personales sobre el fenómeno del trujillato, por lo que he realizado una suerte de “trabajo de campo” en República Dominicana. Allí he contado con la ayuda inestimable de José Israel y Lourdes Cuello que me ha permitido acceder a documentos gráficos sobre la dictadura, y realizar entrevistas semi-estructuradas a críticos, editores y escritores dominicanos, que han aportado elementos de contraste y han enriquecido el bagaje de referencias de mi investigación. También he tenido acceso a los archivos de la época y he manejado información de los periódicos de la dictadura. En el “apéndice” de la Tesis, el lector encontrará la transcripción de dichas

³⁰⁰ Carlos Pacheco habla en su obra de diecinueve características que se encuentra en la mayoría de textos literarios de la dictadura y que encontramos íntegramente en la novela del trujillato (véase págs. 86-87).

³⁰¹ Uso el término ‘motivo’ en el sentido que le da Boris Tomachevski en *Teoria della letteratura*, Milán, Feltrinelli, 1978, págs. 179-205. Así, los motivos son los temas de las partes mínimas o indivisibles de la narración; la fábula el conjunto de motivos ordenados según una lógica causal y temporal, y la trama es el conjunto de los mismo motivos tal y cómo se presentan en la obra.

entrevistas y además una tabla cronológica que ordena, ubica y relaciona las obras estudiadas, mostrando rápida y gráficamente, el bloque al que pertenece, el autor, el título, la fecha de publicación y el rasgo tipológico principal que define cada texto. La acumulación de estos datos empíricos no tiene un valor en sí misma, ni ha de concebirse como una lista exhaustiva e invariable, sino como un resumen del trabajo realizado, un punto de partida sujeto a nuevas incorporaciones para posteriores investigaciones propias o ajenas.

Capítulo I:

“CÉSAR O NADA”

**La escritura del ditirambo frente a la
escritura de la resistencia
(1930-1960)**

La primera fase de esta investigación contempla el análisis de novelas del trujillato –y muchas de ellas novelas trujillistas- que se forjan en el transcurso de la satrapía dominicana que nos compete. Como he anunciado en las páginas anteriores, parto de la premisa de la relación directa entre el tipo de tratamiento literario y la realidad política imperante en el momento, que en este caso abarca la totalidad de la dictadura: 1930-1961 y que se origina desde dos posicionamientos enfrentados: la reproducción de la ideología trujillista o el ataque directo desde el panfleto literario.

En primera instancia los preliminares de este capítulo pasan entonces, necesariamente, por reparar en el desarrollo de los acontecimientos capitales del trujillato –que a su vez sirve para acercar al lector a este periodo histórico que inspira los textos de estudio-, un lacónico repaso a la figura de Trujillo –que ha motivado un sinfín de anécdotas recreadas literariamente- y a la descripción del ambiente intelectual y cultural que existió. A continuación abordo el análisis de las obras –la mayoría “novelas de la ciudad” que reproducen la lógica patriarcal del discurso y que adhieren al modelo de novela histórica tradicional- sobre la base de esa doble distinción: novelas trujillistas, novelas del trujillato de corte panfletario y novelas a caballo entre una categoría y otra. En las primeras, tras justificar la acotación del corpus elegido, repararé en aquellos rasgos narrativos que dan cuenta del trujillismo claramente latente en algunas -aunque propiamente ninguna de estas se refiera directamente a Trujillo- y en otras no tan explícitamente. En cuanto a las novelas del trujillato, he realizado una triple distinción: las escritas en la República Dominicana y que condensan una crítica velada al régimen, aunque a su vez puedan ser interpretadas como trujillistas; las escritas desde el exilio: *Cementerio sin cruces*, como paradigma el ataque explícito desde el exterior; y las escritas por autores no dominicanos: *La fiesta del rey Acab* y *Los tres salen por el Ozama*.

I.1. RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO: HISTORIA DE UN GENOCIDIO

En este epígrafe considero imprescindible informar al lector de los hechos históricos más destacados de esta Era de Trujillo, amén de crear una idea perspicua del referente de los textos. Realizar una descripción histórico-política, en un principio podría pasar por somera y fútil, pero es necesaria para que el interlocutor pueda discernir en la novela la realidad de la ficción, para sopesar y valorar así el manejo que el novelista hace de los hechos y poder proceder a una apreciación literaria epistemológica.

El trujillato pone nombre, como he mencionado, al período de mandato de Rafael Leonidas Trujillo que se extiende desde 1930 a 1961 en la República Dominicana. Se pueden señalar en el transcurso de esta dictadura unos ocho períodos sucesivos, con ligeros matices de distinta tendencia y que en más de una ocasión están estrechamente vinculados a los acontecimientos de la historia mundial.

Para acometer esta labor es preciso delimitar el corpus de obras históricas que describen el trujillato, pues el número de textos sobre el asunto es inconmensurable. Me he documentado acudiendo a varias fuentes principales –de las que he realizado una lectura activa–, que dan buena cuenta de este cruento periodo desde diferentes perspectivas: la del autor que ha vivido de primera mano la tiranía trujillista, la del cronista estadounidense, la del compilador de datos con ayuda de mayúsculas bases bibliográficas e informantes de lujo, etc. No es mi propósito estudiar la invocación del gobierno de Trujillo acometida desde el campo de la historiografía, pero sí pienso que es ineludible el estudio de ciertas obras capitales en este terreno, cuya elección no ha sido fortuita sino que es fruto del manejo de un criterio de autoría –los textos se han seleccionado atendiendo al autor y al número de referencias bibliográficas, bajo consejo del afamado editor dominicano José Israel Cuello³⁰² y sopesando su proyección

³⁰² Otras obras de interés sobre Trujillo y su gobierno: German E. Ornes, *Trujillo. Pequeño César del Caribe*, Caracas, Editorial Las Novedades, ..Traducc. Alejandro Vallejo; Virgilio Díaz Grullón, *Antinostalgia de una Era*, Santo Domingo, Editora Corripio, 1989; Howard J. Wiarda, *Dictatorship and development. The methods of control in Trujillo's Dominican Republic*, Gainesville, University of Florida

internacional. Así el siguiente elenco de textos conforma la base historiográfica no sólo de este capítulo, sino de todo mi estudio:

- *La palabra encadenada* de Joaquín Balaguer³⁰³. Testimonio que llega directamente de la pluma de Balaguer, colaborador estrecho del dictador de San Cristóbal y Presidente de la República durante la dictadura. En la obra el autor comenta tanto los acontecimientos ancilares de esta etapa política como rasgos de la personalidad de Trujillo.
- *Trujillo. La muerte del dictador*³⁰⁴ de Bernard Diederich, afamado reportaje sobre los pormenores de la muerte del tirano.
- *La era de Trujillo (Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana)* del exiliado español Jesús de Galíndez³⁰⁵. Se trata la tesis doctoral que le costó la vida a su autor, debido a la sinceridad con la que describió el régimen trujillista, el cual conocía por su estadía en la isla durante el exilio. El padecimiento directo de estos horrores dictatoriales y el escándalo que provocó la muerte de su autor - llega incluso a mencionarse como uno de los detonantes primordiales en la caída vertiginosa del dictador³⁰⁶- se izan como motivos suficientes para su elección. A esto hay que añadir que trabajó en varias universidades, participó activamente en la vida intelectual dominicana y fue preceptor de un vástago de Trujillo.
- *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*³⁰⁷ de Crassweller: una vista panorámica de los acontecimientos capitales del trujillato, con la colaboración embozada de Balaguer.

Press, 1968; Gerardo Gallegos, *Trujillo. Cara y cruz de su dictadura*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1968; Víctor A. Peña Rivera, *Historia oculta de un Dictador. Trujillo*, Santo Domingo, Publicaciones América, 1996; José R. Cordero Michel, *Análisis de la era de Trujillo*, Santo Domingo, Ediciones Librería La Trinitaria, 1999, etc.

³⁰³ Joaquín Balaguer, *La palabra encadenada*, Santo Domingo, Editora Corripio, 1993.

³⁰⁴ Bernard Diederich, *Trujillo. La muerte del dictador*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2002.

³⁰⁵ Jesús de Galíndez, *La era de Trujillo (un estudio casuístico de dictadura latinoamericana)*, Bilbao, Rontegui, 1991.

³⁰⁶ David Salinas Armendáriz prologa la obra de Galíndez y dice a este respecto: “Pero si unimos a Galíndez y Trujillo a través del suceso que supuso la elaboración y difusión de la tesis, llegamos a la conclusión de que ésta fue la espoleta de un asesinato. Ni más ni menos.”, *Ibid*, pág.11.

³⁰⁷ Robert D. Crassweller, *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*, Barcelona, Editorial Bruguera, 1968.

- *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*³⁰⁸ de Manuel de Jesús Javier García, periodista que estuvo trabajando al servicio de Trujillo desde 1956 hasta su muerte y que plasma por escrito lo que vio y oyó en Palacio durante estos años. Este texto combina anécdotas, documentos, experiencias del autor y descripción de escenas que presentan al Trujillo no canonizado, al mandatario de carne y hueso.
- *La conjura del tiempo. Memorias del hombre dominicano* de José Rafael Lantigua³⁰⁹. Es uno de los ensayistas y críticos literarios más importantes del país en estos momentos. En la obra prima la distancia con que se ha realizado el análisis histórico (perspectiva que hay que incluir para dar mayor alcance a este análisis), la bastedad y multitud de facetas que retrata de la vida dominicana de entonces y que junto con el tratamiento especial de algunos de los episodios de la época, me convencieron.
- *Mito y cultura en la era de Trujillo* de Andrés L. Mateo³¹⁰. Nos encontramos con otra tesis doctoral que se centra en el aspecto antropológico y literario de la era, en la mitificación del dictador y el papel que jugó el pueblo en ese prístino tiempo.

En definitiva todo ellos muestran el esqueleto de esta tiranía de tipo personal, que en ocasiones adoptó apariencias constitucionales democráticas (elecciones, tribunales, congreso, reformas constitucionales, etc), las cuales en la práctica se pervirtieron. Balaguer refleja este hecho en un discurso que pronuncia con motivo del vigésimo aniversario de la Era:

Balaguer en su discurso sostenía que Trujillo había constituido una democracia igualitaria, donde todos podían aspirar a todo, menos a romper el orden establecido. En un encendido elogio al autoritarismo atribuyó a esa

³⁰⁸ Manuel de Jesús Javier García, *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*, Santo Domingo, Taller, 1986, 2 volúmenes.

³⁰⁹ José Rafael Lantigua, *La conjura del tiempo. Memorias del hombre dominicano*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1994.

³¹⁰ Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1993. Es interesante igualmente el análisis que Frank Moya Pons lleva a cabo sobre esta obra de Mateo: *...Y el mito habitó entre nosotros*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1993.

*condición el que Trujillo consiguiera la independencia financiera de Estados Unidos y con Haití la definición de la frontera*³¹¹.

Y es que esta laxa etapa de la vida quisqueyana tuvo en común con otros regímenes dictatoriales clásicos la supresión de libertades políticas y el uso del Ejército como principal fuerza de apoyo³¹² e hizo suyos métodos modernos como el partido único, los sindicatos gubernamentales y la técnica de la propaganda, aunque no contó con un programa ni con base doctrinal de peso. Como todo régimen de fuerza, mantuvo el orden utilizando la coacción, la tortura, el perseguimiento y una amplia gama de represalias. El asesinato indiscriminado estuvo a la orden del día, al igual que la delación y el clima de desconfianza y miedo dentro de la población que llegó a formar parte de Trujillo asimilándose con él, pues “el cuerpo del sujeto fue el cuerpo del tirano. Aséptico, jugando entre lo monumental y lo mínimo, todos los cuerpos debían reconocer en ese cuerpo, el suyo, el del tirano”³¹³. Giovanni di Pietro va más allá y culpa directamente al pueblo dominicano de la prolongada agonía que padeció:

*Trujillo no surgió de la nada; fue producto de la sociedad dominicana. El régimen, a pesar de su ilimitada brutalidad, pudo consolidarse rápidamente y durar los 30 años que duró porque esa misma sociedad se lo permitió a través de sus fallas.[...] la parte más genuina de la sociedad dominicana, la que no sucumbió a la corrupción y la criminalidad trujillistas, sería la de las clases bajas y de los jóvenes*³¹⁴.

Pues bien, para explicar los acontecimientos clave del trujillato, voy a dividir la Era en unos ocho períodos³¹⁵ sucesivos conforme al esquema que propone Galíndez para esta misma tarea, y desarrollaré brevemente cada uno de ellos:

³¹¹ Ana Mitila Lora, “El enigma del poder” en *Listín Diario*, Santo Domingo, (01-08-2002).

³¹² Cfr. Joseph Comblin, *El poder militar en América Latina*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1978.

³¹³ Miguel D. Mena, “Las letras saliendo del closet. Literatura homoerótica en República Dominicana” en www.cielonarajan.com/closet.htm. (26-08-2004)

³¹⁴ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 36.

³¹⁵ En este punto, seguiremos las apreciaciones de Jesús de Galíndez, *op.cit.*, págs. 166-169.

- I. El primer período se extiende desde el golpe de febrero de 1930 -el cual será denominado por Hernández Franco, “la más bella revolución de América”³¹⁶- hasta la toma de posesión de Trujillo en agosto. En el transcurso de este lacónico periodo son barridos los partidos que habían triunfado en las elecciones de 1924, el Partido Nacional Horacista y el Partido Progresista Velasquista. El surgimiento de Trujillo a la palestra pública no fue, de ninguna manera, obra del azar:

*Una alta dosis de talento natural y una inspirada devoción por el poder y la gloria, lo llevarían derecho, y prácticamente sin mayores tropiezos, a instalarse soberanamente en la Mansión Presidencial. Los factores objetivos estaban dados por años interminables de pugilatos políticos, diatribas sociales y derrumbamiento económico*³¹⁷.

- II. El segundo período no es tan breve, alcanza su mayor apogeo en 1931, pero se manifiesta casi desde que Trujillo asume el poder. Entra a gobernar con el firme propósito de imponer su dominio personal, eliminando a los partidos y personalidades que le respaldaron en 1930: asesinato de Desiderio Arias, de Rafael Vidal y el cruento y escandaloso de Estrella Ureña. Ya en setiembre de ese mismo año tiene la oportunidad de demostrar al pueblo sus dotes de sumo mandatario: el ciclón de San Zenón azota violentamente la ciudad³¹⁸. Simultáneamente Trujillo se va haciendo con un séquito de hombres adulesores y sumisos -como los que le acompañaban desde los albores de su carrera militar- que organizarán lo que se llamará el Partido Dominicano. A principios de 1932 sólo existirá este partido en el panorama político y comenzarán a agudizarse las dificultades económicas y la represión.

³¹⁶ José Rafael Lantigua, *op. cit.*, pág. 32.

³¹⁷ *Vid. Ibid.*, pág. 80. Gimbernard dice a este respecto: “Los grandes criminales de la historia no obtienen su grandeza por la función de la capacidad criminal que poseen sino por ciertas condiciones, que son en realidad virtudes, y que ellos, para desgracia de todos, ponen al servicio del mal” en Jacinto Gimbernard, *Trujillo*, Santo Domingo, Editora Cultural Dominicana, 1976, pág. 7.

³¹⁸ Balaguer en un discurso pronuncia: “El mismo advenimiento de Trujillo al poder parece un milagro en el que interviene la propia mano de la Virgen de La Altagracia. El Mesías de 1930 llegó precisamente cuando la catástrofe final se hallaba a la vista. El mismo meteoro que destruyó la Capital de la República (el ciclón San Zenón del 4 de septiembre de 1930) sirvió de anuncio providencial a la Era que se iniciaba”, en Ana Mitila Lora, “El enigma del poder” en *Listín Diario*, Santo Domingo, (01-08-2002).

- III. El tercer período finaliza en el ocaso de 1937, culminando entre los años 1934 y 1935. Se producen tensiones y malestar en el pueblo por la imposibilidad de lucha política democrática, lo que genera las primeras conspiraciones internas para acabar violentamente con Trujillo³¹⁹. Por otro lado, se producen conversiones interesadas de horacistas derrocados, que ven en el nuevo régimen su única salida política. Ambos procesos reafirman a Trujillo en su poder personal y aunque sigan existiendo dificultades económicas, “Trujillo es amo y señor”³²⁰.
- IV. El cuarto período se produce de forma inopinada. Lo ocasiona la matanza de haitianos a fines de 1937 (mueren más de treinta y cinco³²¹ mil personas) por parte del gobierno trujillista, que pretende de esta forma eliminar la presencia haitiana en la frontera –quería que fuese “una especie de fortaleza inexpugnable”³²²- y para lograrlo, llevó a cabo un programa de “dominicanización” en estas tierras fronterizas que contemplaba la retirada de circulación la moneda haitiana y la supresión del patois como habla de la zona. Este sangriento e injustificado episodio tuvo varias repercusiones internacionales³²³, lo que obligó a Trujillo a renunciar a la presidencia en las elecciones de 1938, poniendo en el sillón presidencial a un títere cualquiera: Peynado, su hermano o Balaguer. No obstante, la desfachatez de Trujillo no tiene límites, y poco después de la masacre declaró que él no era “enemigo de Haití, ni de su pueblo; sino del irrespeto, las fechorías y las invasiones que se han cometido contra nuestro territorio y, la peor, una callada y absorbente penetración que amenaza nuestra supervivencia como nació libre y soberana”³²⁴. El cinismo se desvela cuando varios autores comentan que era tal el odio que sentía hacia el pueblo vecino que quería que en el epitafio

³¹⁹ Andrés J. Espinal hace un acopio de los principales atentados cometidos contra Trujillo durante su gobierno: *Antes Trujillo Después*, Santo Domingo, Taller, 1980, págs. 181-201.

³²⁰ Rafael Lantigua, *op. cit.*, pág. 167.

³²¹ La cifra varía dependiendo del historiador: los trujillistas hablan de diez mil o quince mil muertes únicamente.

³²² Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, pág. 105. Vol. 1

³²³ Balaguer, en la obra citada, hace una magnífica descripción del momento en que Trujillo decide comenzar con la masacre y de los motivos que le movieron a tomar tal decisión.

³²⁴ Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, pág. 295. Vol. 1

de su tumba constara lo siguiente: “Aquí yace Rafael Leonidas Trujillo Molina. Gobernó 32 años. Mató 32 mil haitianos”³²⁵.

- V. El quinto período coincide y se beneficia del estallido de la II Guerra Mundial, que produce un estado de bonanza económica en el país. El momento no es propicio para que Estados Unidos de la espalda a gobiernos sumisos como el de Trujillo, por muy dictatoriales y sanguinarios que sean. Trujillo sabe plegarse a las nuevas corrientes y le bailará el agua a su vecino del norte y mientras, su régimen se reafirmará y su dominio personal será más evidente que nunca. Además Trujillo aprovechará esta coyuntura y se beneficia de la nueva política norteamericana de “Buena Vecindad” con el Acuerdo de 1940 que devuelve las aduanas al Gobierno dominicano.
- VI. El período sexto entraña peligro para el mandato trujillista, debido a la victoria de las Naciones Unidas en la II Guerra Mundial que propicia una oleada de nuevas ideologías de férrea defensa de la democracia: nuevas corrientes políticas que sacuden el continente latinoamericano y la República Dominicana. El país no permanece inmune a estos idearios y Trujillo se ve forzado a adoptar apariencias democráticas y avanzadas, tales como el Movimiento Obrero (que ahora se permite y se fomenta); a promover la organización de otros partidos políticos, que dará lugar a la breve y restringida oposición denominada “La Opinión”. Pero todo ello revierte negativamente en el control de la población por parte del gobierno: se torna peligrosa la huelga azucarera de 1946 y las columnas de “La Opinión”, por otro lado los exiliados van preparando a la sazón la expedición fracasada de Cayo Confites. Trujillo piensa en nuevos métodos de represión. No obstante, Trujillo consigue superar este período en el que casi está a punto de desaparecer amén de los errores de los opositores y la nueva situación internacional abiertamente anticomunista. Además el restablecimiento del tráfico comercial tras la conclusión de la Guerra ayuda substancialmente a la economía dominicana y permite al dictador reforzar su ejército.
- VII. El séptimo período comprende cinco años, desde 1947 hasta 1952. Trujillo recupera las riendas del carro del poder. El anticomunismo le proporciona la

³²⁵ *Ibid.*, vol. 1, pág. 95. El autor describe cómo lo dijo en una de sus borracheras. Esto mismo también es recogido por Lipe Collado, *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Collado, 2002, pág. 123.

cobertura para aplastar toda oposición, sin necesitar si quiera adoptar apariencias de libertad disimulada. La República Dominicana en este tiempo alcanza un apogeo económico insospechado.

- VIII. El octavo período³²⁶ empieza a apuntarse desde 1952 y termina con el asesinato del dictador dominicano. Esta última etapa parece ir augurando año tras el año el fin inminente de la tiranía, y con más nitidez a partir de 1955, fecha en la Trujillo celebra sus “bodas de plata” y manda construir la “Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre”. La oposición firme de la Iglesia Católica al gobierno³²⁷, el intento de acabar con la vida de Betacourt³²⁸ –que hará que el presidente venezolano participe activamente en la aniquilación del dominicano-, la crisis económica debido a las sanciones impuestas por la OCA y el asesinato de de Galíndez y de las hermanas Mirabal más tarde, provocarán el rechazo internacional. Estados Unidos le retira el respaldo³²⁹ -concentra sus fuerzas en el régimen de Castro- y, para colmo, Trujillo decide asilar en el país a dictadores depuestos, tales como Perón, Rojas Pinilla, Pérez Jiménez y Batista. También crece la resistencia antitrujillista³³⁰ dentro de la isla y fuera³³¹: se suceden las invasiones de

³²⁶ Galíndez hace tan sólo un mero apunte de la situación en la que se encontraba el régimen en esos momentos previos a su muerte por lo que la enumeración de estos últimos acontecimientos no aparece en su análisis político.

³²⁷ Después de casi tres décadas de estrecha colaboración y alianza entre Trujillo y la Iglesia, en enero de 1960 y tras la cascada de encarcelamientos, torturas, persecuciones y represión que lleva a cabo el gobierno del Jefe, se lee en todas las iglesias de la República Dominicana la famosa “pastoral” en contra del dictador: “Estaba firmada por todos los prelados católicos y en ella se le hacían acerbas críticas al gobierno de Trujillo por sus abusos, y por las faltas de respeto a los derechos humanos” en Hans Paul Wiese Delgado, *Trujillo. Amado por muchos, odiado por todos, temido por todos*, Santo Domingo, Editorial Letra Gráfica, 2000, pág. 490.

³²⁸ Balaguer afirma que muchos de los actos del “Benefactor” podían entenderse como manifestaciones de insensatez o como brotes de locura, ya que las dificultades que pusieron en peligro su régimen nacieron de algún arranque de irreflexión o de algún brote de cólera como el conflicto con Haití, Betancourt, problemas con Estados Unidos a causa de un suspenso de Ramfís, etc.

³²⁹ También se apunta una incipiente actitud anti-norteamericana por parte de Trujillo, como consecuencia del regreso de su hijo Ramfís de la academia estadounidense en la que había ingresado. *Vid.* Hans Paul Wiese Delgado, *op. cit.*, pág. 487. Manuel de Jesús Javier García, coincide en resaltar el enfado de Trujillo ante las críticas realizadas a su hijo desde diferentes publicaciones norteamericanas, pero señala que Trujillo con el tiempo da la razón a éstas y reconoce que su hijo no estaba hecho para la milicia.

³³⁰ Una buena descripción de la resistencia antitrujillista: José Israel Cuello, *¿Qué era la resistencia antitrujillista interna a la hora de la invasión de Constanza, Maimón y Estero Hondo, el 14 de junio de 1959?*, Santo Domingo, Taller, 1983.

Constanza, Maimón y Estero Hondo el 14 de junio de 1959³³². El pueblo cada vez más descontento trama su venganza y el final de su sátrapa. En este periplo se contará con ayuda logística norteamericana cuyo desenlace se fraguará en manos de los más cercanos colaboradores del dictador que, mediante un atentado, acabarán con Trujillo el 30 de Mayo de 1961.

I.1.1. VIDAS ASESINADAS...CAUSAS DE UN ASESINATO: EL 30 DE MAYO

Acerca de este episodio hay una extensísima bibliografía³³³, pues “Uno de los episodios más tergiversados e ignorados es el relativo a la organización del complot para ajusticiar al tirano y el hecho mismo del magnicidio, la noche del 30 de mayo de 1961”³³⁴.

³³¹ El número de exiliados que lucharon contra el régimen trujillista es ingente: Miguel Ángel Ramírez, Ángel Miolán, Juan Bosch, Ramón Castillo, Nicolás Silfa, entre muchos otros. Su contienda fue infructuosa quizás porque, como declara Wiese Delgado, “A hombres como Trujillo y Castro, no se les puede derrocar desde tierras extrañas. Se necesita estar adentro para poder tener éxito en empresas de esa magnitud” en *op. cit.*, pág. 585.

³³² Hans Paul Wiese Delgado declara: “En efecto, del 14 de junio de 1959 en adelante, Trujillo se tornó más irascible y enigmático que nunca [...] Definitivamente, las expediciones que se le metieron a Trujillo por tres puntos diferentes de la geografía nacional dejaban claramente evidenciado que sus Fuerzas Armadas no eran invencibles. Por el contrario, podían ser sorprendidas y se veía que eran bastante vulnerables al no estar preparadas para la guerra, pues tenían treinta años siendo fuerzas en tiempo de “paz”” en *op. cit.*, , pág. 285.

³³³ Algunos de los libros más interesantes que específicamente tratan este episodio: Julio César Martínez, *Quiénes y por qué eliminaron a Trujillo*, Santo Domingo, Revista & Ediciones renovación, 1975 (destaca los datos de una entrevista con el ex – presidente de Costa Rica, José Figueres, que sostuvo una lucha con el “gato feroz”, con Trujillo y ayudó en su eliminación); Miguel Ángel Bissié, *Trujillo y el 30 de Mayo. En honor a la verdad. Testimonio*, Santo Domingo, Susaeta Ediciones Dominicanas, C. por A., 1999 (Un emigrante español afincado en Santo Domingo que participa en el tiranicidio y cuenta sus experiencias y los testimonios transcritos de otros integrantes del complot), Generoso Gómez, *Trujillo. La noche trágica. 30 de Mayo de 1961*, Santo Domingo, Editora El Nuevo Diario, 1996 (Se centra sobre todo en la figura del hermano del dictador, Hector B. Trujillo), Rafael Meyreles Soler, *Biografía de un asesinato. Así mataron a Trujillo*, (Testimonio de un acólito de Trujillo, -es lo más destacado de libro, el enfoque “trujillista” del mismo, que estuvo cerca de él los meses previos al “bestial asesinato” –tal y como él mismo lo califica- y que fue testigo de lo que después aconteció), Teodoro Tejeda Díaz, *Yo investigué la muerte de Trujillo*, Barcelona, Plaza & Janes, 1963 (El autor dirigió la investigación del tiranicidio y que también aporta un punto de vista trujillista, de defensa acérrima del tirano), Antonio García Vásquez, *La trama. Habla un conjurado. Toda la verdad sobre la muerte de Trujillo*; Luis Salvador Estrella Mueses, *Salvador Estrella Sadhalá. Del complot a la gloria*, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1998.

³³⁴ Eduardo García Michel, *30 de mayo. Trujillo ajusticiado*, Santo Domingo, Susaeta Ediciones Dominicanas, C. por A., 1999. El autor sobre todo hace hincapié en el desconocimiento del resto de conjurados que participaron de alguna u otra forma en el magnicidio siguen vivos – el dará los nombres y los entrevistará a ellos y a sus familiares- y que no han salido a la luz pública: sólo se barajaron los nombres de Luis Amiama Tió y Antonio Imbert Barrera, a los que indefectiblemente se ha mitificado.

Una serie de allegados de Trujillo determinaron poner en marcha una conjura que tendría como fin acabar con la vida de ese “violador de almas” que es Trujillo:

*Casi todos los envueltos en la trama tenían motivos para estar resentidos con Trujillo. Unos por ofensas a su persona; otros por vengar la muerte de algún ser querido; todos por sacudir una cadena que con fuerza demoledora aplastaba al pueblo dominicano en todos los aspectos*³³⁵.

Cada uno tenía un plan para asesinar al dictador, y olvidaron sus rencillas para perpetrar el tiranicidio; pero fue la idea de Amado García Guerrero, la que se impuso: interceptar el vehículo del tirano en la carretera hacia San Cristóbal. Estados Unidos apoyó la conspiración³³⁶, aunque cuando Kennedy sube al poder, intenta solucionar el problema por otra vía: hacer que Trujillo renuncie voluntariamente y salga de la isla, para lo que envía a Robert D. Murphy a entrevistarse con el sátrapa. Trujillo rechaza tajantemente la oferta y se niega a abandonar su tierra. Balaguer en un discurso pronunciado durante la Era, consigna:

*Sean cuales sean las sorpresas que el porvenir nos reserve, estamos des ahora seguros de que el mundo podrá ver a Trujillo muerto, pero no prófugo como Batista, ni fugitivo como Pérez Jiménez, ni sentado ante las barras de un tribunal como Rojas Pinilla. El líder dominicano es hombre de otra clase y estirpe y si cae, sabrá caer como el árbol cuando lo abate el rayo*³³⁷.

Manuel de Jesús Javier García explica lo siguiente con referencia a la intervención estadounidense en el tiranicidio:

³³⁵ Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, vol. 2, pág. 315.

³³⁶ El libro de Bernardo Vega, *Los Estados Unidos y Trujillo. Los días finales: 1960-61. Colección de documentos del Departamento de Estado, la CIA y los archivos del Palacio Nacional Dominicano*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1999, es el mejor texto sobre le asunto.

³³⁷ Ana Mitila Lora, “El enigma del poder” en *Listín Diario*, Santo Domingo, (01-08-2002). Esta metáfora me recuerda a aquellas palabras de Barthes que se ajustan a Trujillo y a la realidad del trujillato como un guante: “Un árbol es un árbol. No cabe duda, pero un árbol narrado (...) deja de ser estrictamente un árbol, es un árbol decorado, adaptado a un determinado consumo, investido de complacencias literarias, de rebuscamientos, de imágenes, en suma de un uso social que se agrega a la pura materia” en *Mitologías*, México, Siglo XXI, 1980, págs. 199-200.

*La Agencia Central de Inteligencia (CIA) estuvo muy de acuerdo en que Trujillo fuera eliminado físicamente, aunque luego cambió de idea, ante las demostraciones de que el régimen de Castro no se inclinaría ante Washintong y buscaba en la extrema izquierda la solución a sus problemas. Pero cuando la CIA trató de evitar que se eliminara a Trujillo ya era tarde: los complotados en el movimiento habían tomado una firme decisión*³³⁸.

De esta forma, el miércoles 24 Trujillo no fue a Hacienda Fundación (San Cristóbal) por encontrarse enfermo, lo que motivó que los complotados no pudieron llevar a cabo su plan. Fue el martes 30 de mayo –aunque él siempre acostumbra a ir los miércoles- hacia San Cristóbal (aunque algunos sostienen que iba a una residencia campestre cercana al sitio del ajusticiamiento³³⁹) a ver a una amante cuando le asaltaron los conjurados en el trayecto. Ese martes iba sin escolta –aunque en ocasiones e escapaba sin escolta para estar con el pueblo: “Rafael L. Trujillo Molina, a pesar de comprender que tenía un gran número de callados enemigos, por dos noches consecutivas se “escapó” a los miembros de su seguridad y sin escolta aparente fue a un parque público y a un barrio de Puerto Plata”³⁴⁰- y cuando se fue a despedir de sus empleados y amigos dijo: “Adiós todos”³⁴¹, ya que se dice que presentía su muerte pocos meses antes de su fin, hizo varios comentarios sobre su inminente partida a Paíno Pichardo y a Virgilio Álvarez Pina.

En definitiva, fueron varios los motivos que aceleraron la caída del dictador. José Antinoe Fiallo en su artículo “La revolución de abril: el ayer para hoy y el mañana” señala a la sazón dos primordiales razones de peso:

Probablemente hay, entre otros, dos componentes a resaltar: la reactivación y emergencia de la oposición radical-democrática, expresado esto en la organización clandestina 14 de Junio, por un lado, y por el otro, el inicio de divisiones o fracturas del grupo dominante o hegemónico, lo que se manifestó en las diferencias de Trujillo con el Imperialismo Norteamericano y en el

³³⁸ Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, vol. 2, pág. 340.

³³⁹ *Ibid.* vol. 2., pág. 328.

³⁴⁰ Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, vol. 1, pág. 197.

³⁴¹ Lipe Collado narra otras anécdotas relacionadas con este asunto en el apartado “Sabía que lo matarían” de su libro *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, *op. cit.*, págs. 11-14.

*llamado complot del 30 de Mayo que culminó con la muerte de la cabeza de la Tiranía y que fue organizado por trujillistas disidentes con apoyo norteamericano*³⁴²

I.2. TRUJILLO: FIGURA CICLÓPEA DONDE LAS HALLA.

Rafael Leonidas Trujillo concita en su persona una serie de rasgos peculiares que merecen una investigación desde el punto de vista humano, es decir, desde la óptica del dictador como persona. Y es que el éxito de su dominación residía casi por entero en su “carisma”, y entender a Trujillo y su relación con el pueblo me obliga a realizar un acercamiento teórico-práctico al concepto de “carisma”, lo que nos remite ineluctablemente al estudio realizado por Lindholm³⁴³ acerca de este mismo tópico. La lexía es reconocida por todos, ya que la historia contemporánea está construida y constituida por un ingente cartapacio de líderes carismáticos que han dado un vuelco a la política y a la teoría social de nuestros días. Tal y como expone Lindholm en la introducción de su texto, la palabra “carisma” ha sido entendida por algunos autores como carente de significado -quizás por ese sobreuso y abuso que la ha tornado en manía y desgastada en nuestra sociedad actual- e inútil para el análisis. Pero nuestro autor se propone y consigue crear un marco teórico válido para la interpretación³⁴⁴. De esta forma, define y acota el vocablo de la siguiente manera: “el significado no sólo abarca el asombroso fervor de los practicantes de cultos y de los fanáticos, no sólo el desborde de la turba, sino también la adulación ofrecida a prestigiosas estrellas de cine, excitantes héroes del deporte y políticos al estilo Kennedy, una adulación que trasciende la admiración por alguien que posee una pericia específica”³⁴⁵. De este enunciado se desprende el papel importante que juega la pasión como fuente de actos colectivos, y el papel de las emociones sobre las que se basan este tipo de actos. Ahora: “en cada nivel,

³⁴² José Antinoe Fiallo, “La revolución de abril: el ayer para el hoy y el mañana” en *Caribe Soy*, Marzo-Abril de 1997, pág. 4.

³⁴³ Charles Lindholm, *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 2001.

³⁴⁴ *Ibid.* pág. 20.

³⁴⁵ *Ibid.*

desde el personal al público, permanece el concepto de un lazo emocional compulsivo e inexplicable que une a un grupo de seguidores en la adulación del líder, o une al amante con la persona amada, lo cual se simboliza comúnmente en la imaginería del carisma³⁴⁶. Liderazgo, carisma, oratoria y persuasión son precisamente las palabras-clave que conforman la descripción elemental de Trujillo, paradigma del compromiso carismático en la sociedad hispanoamericana. Este carisma aparecerá reflejado en todas las novelas del trujillato de una u otra forma: se describe cómo fue objeto de innumerables adulaciones desorbitadas que lo equiparaban con Dios y lo identificaban como el “Padre de la patria”³⁴⁷, del efecto desorbitado que causaba su aparición pública en las masas, etc.

Durante sus treinta y un años de mandato, aunque personalmente ocupara la presidencia de la República durante dieciocho años, se arrogó la voluntad de los dominicanos, sus sueños y actos, llegando a tener un control despótico de la isla³⁴⁸. Su palabra era la única en los medios de comunicación -radio, periódico, televisión- y montó un amplio entramado de espionaje que le permitió acumular ese poder casi sin precedentes en América Latina, pues todo lo que existía en la República Dominicana era propiedad de Trujillo y de su familia: la industria, las fuerzas armadas, la educación, las tierras, la vida intelectual y también las mujeres. ¿Por qué? Por su capacidad de seducción popular a la que se suma una amplísima gama de métodos coercitivos sustentados en la violencia que tornaban sus deseos en órdenes, en leyes que acataba el pueblo sin discusión y con auténtica veneración³⁴⁹. Como indica Hamill: “As notorius

³⁴⁶ *Ibid.*, pág. 21. La realidad hispanoamericana tiene mucho que decir a este respecto y no ha sido incluida en el estudio de Lindholm, él mismo lo enuncia explícitamente en la introducción de su texto: “en este libro me ciño primordialmente a un contexto occidental, aunque uso material de sociedades no occidentales muy simples como base de comparación. La investigación transcultural en formaciones sociales más complejas sería útil para desarrollar una teoría más completa del carisma”.

³⁴⁷ Doris Sommer señala el role patriarcal –no sólo como padre, sino como poseedor del 80% de la tierra dominicana- que Trujillo ejercía en la sociedad y cómo este se pone en entredicho cuando su imagen pública cambia: “From an intimate father he converted himself into a lofty, unreachable, and unaccountable spirit. If the Dominican masses felt Trujillo was breaking teh paternal bonds, he attemptd to shift the terms of that bond from an Old Testament style contract to a New Testamente type of ineffable spiritualization. This is the context in which Balaguer’s (in)famous speech, “Dios Y Trujillo”, should be understood; and this change in style is itself a sign tah the populist rethoric could no longer accommodate the tyrant’s regime” en *op. cit.*, pág. 269.

³⁴⁸ Historiadores, políticos y escritores sostienen que el trujillato es la dictadura hispanoamericana que más cerca está de considerarse totalitaria. “Al cabo de pocos años de existencia de la dictadura, el Estado logró un control absoluto sobre prácticamente todos os resortes de la vida social, en un grado sin precedentes en la historia moderna de América” en Roberto Cassá, *op. cit.* pág 115.

³⁴⁹ *Vid.* A. Espailat, *Trujillo: anatomía de un dictador*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1963.

for his totalitarian methods as any caudillo in history, “The Benefactor” developed his propaganda machine to a high level of efficiency”³⁵⁰.

Se hizo llamar “Benefactor” y un sinnfín más de títulos, refundió la capital como “Ciudad Trujillo” y mandó construir en Santo Domingo mil ochocientos monumentos en su nombre y en el de su familia. Le fascinaba la gloria y cifraba su mayor orgullo en el impacto que su poderosa personalidad irradiaba a su alrededor y en la admiración con que las multitudes aplaudían sus gestos espectaculares. En este sentido, también hay que traer a colación su amor desmedido no sólo a las condecoraciones, también a los espectáculos de feria y a los uniformes vistosos: los actos desmesurados, la teatralidad. También era éste uno de los sistemas de los que utilizaba para influir en el corazón impresionable de los dominicanos. Lantigua en su obra también hace referencia a este rasgo: “Trujillo que no fue, de ninguna manera, un sùmmum de inteligencia, y que era de hablar prosaico, tenía las buenas formas del hombre refinado y culto, conocía -y gustaba- de las rarezas solemnes del protocolo, y se apropió de mentalidades superiores a la suya que le prepararon siempre sus intervenciones públicas con respeto absoluto a la figura que encumbraban con amplio sentido de imaginación y presteza intelectual”³⁵¹.

Y es que ciertamente, creó un régimen en el que todos los dominicanos tarde o temprano participaban como cómplices, un sistema del que sólo podían ponerse a salvo los exiliados -y a veces ni éstos, como los casos de Galíndez al que secuestraron en Nueva York y torturaron o de Andrés F. Requena- y los muertos -destaca el caso de las hermanas Mirabal, crimen, como la mayoría, que nunca se llegó a resolver-. La constante violación de los derechos humanos era un hecho palpable que hizo que hasta la Iglesia se opusiera al Régimen. Incluso la CIA que en un principio tanto apoyó a Trujillo por su exacerbado anticomunismo, como sabemos, terminó prestando ayuda logística a los asesinos que acabaron con su vida en un atentado en 1961.

Pero lo que llama especialmente la atención de este personaje carismático es la inextricable seducción que producía en todo el pueblo que llegó a hacer que muchos padres dominicanos ofrecieran sus hijas vírgenes al “jefe” para que éste las desflorara, ya que entrañaba un motivo de orgullo o una forma de conseguir favores económicos

³⁵⁰ H. Hamill, *Dictatorship in Spanish America*, New York, Columbia University, 1975.

³⁵¹ José Rafael Lantigua., *op.cit.*, pág. 84.

del tirano³⁵². No sólo se degradaba él mismo, sino que obligaba a la masa a degradarse con él³⁵³, porque incluso llegó a acostarse con las esposas de sus colaboradores más cercanos para humillarlos y demostrar su poderío y autoridad, pues era consciente de que, en la mayoría de los casos, éstos colaboradores seguirían permaneciendo fieles a él³⁵⁴. Y es que este dictador caribeño aglutina en su persona, en sus actos y en su vida la mayoría de las pesquisas sociales enunciadas por Lindholm acerca del carisma: “En la visión de la psicología de masas, el superhombre de Nietzsche renace con una base teórica más convincente, pero también bajo un aspecto más siniestro, como una criatura amada por las mismas masas que él esclaviza y desprecia, proclamando la destrucción de todos quienes descreen sus obsesiones”³⁵⁵. El consabido comportamiento de Trujillo con sus ministros y colaboradores ejemplifica a la perfección el poder de persuasión de este “superhombre” que humilla, lacera y sigue siendo alabado, que destruye, persigue y mata a los que no apoyan su ideario. Por otro lado, también supo suplir con las luces de la ingente intuición que poseía, los vacíos culturales que albergaba³⁵⁶. Dicho instinto era su cualidad más característica porque con un solo golpe de vista, era capaz de calibrar a cada uno de sus servidores. Y su impresión era generalmente falible y así sabía cómo utilizar a cada hombre para aquello a lo que estaba naturalmente apropiado. Y es que “la conducta de Trujillo frente a sus servidores estuvo siempre gobernada por el interés: el afecto, la gratitud, el reconocimiento o la admiración, no desempeñaron ningún papel en sus planes políticos ni en sus relaciones personales”³⁵⁷. Sus validos fueron elevados a posiciones de la más elevada jerarquía, dejándolos, como he expuesto, acumular

³⁵² Un ejemplo ilustrativo de estas prácticas lo encontramos en el capítulo “Mi hija es suya”, inserto en la obra de Lipe Collado, *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, op. cit., págs. 78-79. También es referido en múltiples novelas de la década de los noventa: *El personero*, *Los amores del Dios*, *Enriquillo*, etc.

³⁵³ Vid. G. Gallegos., *Trujillo en la historia*, Santo Domingo, Editorial del Caribe, 1956.

³⁵⁴ Lindholm enuncia en su teoría del carisma: “Mientras la personalidad de la víctima se disuelve bajo la implacable presión ejercida por sus torturadores, paradójicamente siente la extraordinaria comunión que resulta tan esencial en la participación carismática [...] las reacciones abyectas se pueden manifestar [...] dentro de los sistemas estatales si los ciudadanos son sometidos a similares condiciones autodestructivas de miedo, indeterminación, angustia física y mental”. La mayoría de los *adláteres* de Trujillo y de la población son un buen ejemplo de esto: se sentían amenazados y reprimidos continuamente pero aún así llegaban a defender el régimen y a la persona de Trujillo.

³⁵⁵ Charles Lindholm., op. cit. pág. 75.

³⁵⁶ No se trataba de un individuo carente de cultura por completo, y poseía cierta formación, tal y como se expresa en el capítulo “Desvaneciendo un mito” del texto de Andrés J. Espinal, op. cit., págs. 299-311.

³⁵⁷ Joaquín Balaguer, op.cit., pág. 382.

poderes excepcionales. Pero todo acababa en el momento más inesperado, ya que sin motivo aparente, perdían la gracia del dictador que los arrojaba del Olimpo con un gesto de cólera³⁵⁸.

Trujillo considera el sexo como uno de los símbolos de poder, de la virilidad que se entendía como el valor supremo en la sociedad machista dominicana del momento. “El poder de Trujillo residía no tan sólo en la eliminación de los enemigos a través de la violencia, sino también en el consumo de mujeres por medio de la conquista sexual”³⁵⁹. El “padre de la patria” era un “macho criollo, bailador, amigo de fiestas y tertulias, con amantes repartidas en todo el territorio, y gozador de los placeres que identifican y excitan al hombre común dominicano”³⁶⁰. Luego:

Aparte de sus tres matrimonios, conocidos por todos, el mandamás dominicano tuvo amantes selectas y escogidas de todos los estratos sociales del país; una parte de éstas fueron llevadas a sus brazos, increíblemente, por sus parientes; otras llegaron a él por vía de sus celestinos. Algunas de estas mujeres fueron “queridas” de sólo algunas horas; otras a “tiempo medio” y muy pocas, poquísimas, a “tiempo completo”³⁶¹.

Comercializó una especie de “brebaje mágico” para la virilidad, el conocido “Pegapalo”, una “planta silvestre del país cuyas supuestas propiedades afrodisíacas causaron enorme revuelo y conmoción no sólo en el medio dominicano sino en los

³⁵⁸ *Vid.*, por ejemplo, el capítulo intitulado “La sogá se quiebra...” de la obra de Eduardo Matos Díaz, *Anecdotario de una tiranía*, Santo Domingo, Taller, 1976.

³⁵⁹ *Vid.*, Lauren Derby, “La seducción del dictador: lo masculino y el espectáculo estatal durante la Era de Trujillo” en Ramona Brea, Rosario Espinal, Fernando Valerio-Holguín (Eds), *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, política y cambio*, Santo Domingo, PUCMM, 1999. En este artículo Derby expone que más importante que sus amantes era su “estilo de masculinidad”, pues Trujillo encarnaba el “tíguere” dominicano (un “tipo” de barrio, sin poder, gran seductor, mucha astucia y “una pizca de violencia), como también lo hacía Porfirio Rubirosa. Lipe Collado defiende también la tesis de Derby, pero Marcio Veloz Maggiolo los ataca en su artículo “Trujillo, la garra del “Tigre” en *Listín Diario* (03-08-1977) y precisa que Trujillo no era un “tíguere” en el sentido propio de la palabra.

³⁶⁰ José Rafael Lantigua, *op.cit.*, pág. 89. Manuel de Jesús Javier García en la obra citada dice: “tuvo tantas medallas y distinciones como amantes públicas y a escondidas. Fue, en no muchas palabras, el gallo que más duro cantó, no sólo en su tierra, sino un poco más allá de la frontera y en todo el área del Caribe en general” (pág. 113). Para un mayor conocimiento sobre el tema, véase: Ramón Alberto Ferreras, *Trujillo y sus mujeres*, Santo Domingo, Editorial del Nordeste, 1982.

³⁶¹ Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, vol. 2., pág. 41.

Estados Unidos de Norteamérica”³⁶². Esto sucede en los años cincuenta, y aunque parte de la población dominicana creyó en las virtudes mágicas del producto –algunas dominicanas se lo daban a sus maridos a escondidas-, la mayoría del pueblo se lo tomó a broma, “a chacota”. No obstante, puede que lo necesitara el dictador en las postrimerías de su gobierno, comenzó la decadencia de su fogosidad y virilidad y el mismo Trujillo comprobó “para su consternación y furia, que en los últimos tiempos el reino de su alcoba se estaba erosionando más rápidamente que su absoluto régimen político con el que tenía al país entre el puño”³⁶³. Tiempos en los que debido a su decrepitud manifiesta y a sus problemas de próstata, circulaban muchas leyendas en las que se decía que habían visto a Trujillo con los pantalones húmedos y sucios debido a la incontinenia³⁶⁴. Por estos años también se dio a la bebida –el famoso coñac “Carlos Primero”-, aunque fue abstemio en los albores de su gobierno, pero “en los últimos tiempos de su régimen bebía en exceso y, en varias ocasiones, reunido con un grupo de sus más cercanos colaboradores y amigos, decía muchos disparates e incoherencias”³⁶⁵.

Al respecto de la suma relevancia que se da a esta virilidad, Lindholm postula que “las características específicas del líder deben ser compatibles con las exigencias de la masa, evocando imágenes que sean familiares y potentes”³⁶⁶. Trujillo para el pueblo dominicano fue el símbolo de la masculinidad, del macho cabrío –valores, como digo, preponderantes en la sociedad caribeña-, pero también del orden y la limpieza (se vanagloriaba de no sudar), de la rectitud y de la “supuesta” armonía familiar³⁶⁷, y es que a contraparte de este juego machista era el amor por la familia: Trujillo mostraba una exorbitada debilidad por sus seres queridos³⁶⁸. Bajo esa “áspera corteza” fluía un

³⁶² *Ibid.*, pág. 239, vol. 1. En este capítulo el periodista relata como un grupo de visitantes extranjeros vino a ver a Trujillo para hablar de la comercialización del pegapalo, pues en Estados Unidos fue “un verdadero furor” y creyeron realmente que se trataba de una especie de “elixir de la virilidad”.

³⁶³ *Ibid.*, vol. 1, pág. 331.

³⁶⁴ *Ibid.*, pág. 100.

³⁶⁵ *Ibid.*, pág. 53.

³⁶⁶ Charles Lindholm, *op. cit.*, pág. 68.

³⁶⁷ Trujillo fue débil hasta la exageración con sus seres queridos. Bajo su áspera corteza, bajo la cáscara innoble que ocultó a la mirada del público sus instintos brutales, había un inmenso caudal de amor para las personas a quienes quiso de verdad.

³⁶⁸ Andrés J. Espinal en un capítulo dedicado a las debilidades el tirano, menciona a la familia como una de las principales: “Su debilidad por la **familia** fue inequívocamente patente, pues muy notorio fue que solícitamente se ocupó protegió desde sus progenitores hasta sus más lejanos parientes” en *op. cit.*, pág. 251.

inmenso remanso de amor para los seres a lo que realmente quiso³⁶⁹. Y uno por el que sentía una especial inclinación era su hijo Ramfis, que resultó ser una decepción para el futuro acrisolado que le vaticinaba el padre. Lo mandó a “realizar estudios militares” a las escuelas de Lovenworth en EE.UU y no acabó los estudios porque le echaron: se dedicaba a la vida licenciosa: mujeres y bebida con su amigo, el playboy Porfirio Rubirosa³⁷⁰. Manuel de Jesús Javier García habla del enfado de Trujillo cuando la prensa estadounidense atacó a su hijo, pero dice que más tarde “consideró que tenían un poco de razón” y que su hijo no servía para la milicia.

Por otra parte, he de aclarar que Trujillo era un líder político muy diferente a sus antecesores: se acicalaba bien cada día, se maquillaba para ocultar su negritud y era en extremo limpio³⁷¹. Sus biógrafos y esbirros le erigieron un ambiente de alta alcurnia en su razón personal, le mutilaron sus negruras ancestrales y le endosaron a cambio una hispanidad casi diamantina. Incluso para dar mejor impresión, se negó a que se le pusiera la tilde a su segundo nombre. El resultado de todo este “ceremonial cosmeológico” era el encanto y la fascinación que producía en las masas, que le vieron, desde un principio, como un político y un militar distinto a los caudillos de montoneras y a los pocos impresionables líderes urbanos de la época. La egolatría del dictador llegó a adquirir, en la postrera de sus tres décadas de dominio, proporciones desmesuradas. Creció ante él un endiosamiento el cual, no era producto exclusivo de la vanidad, sino

³⁶⁹ Leemos: “a veces lloraba ante la desgracia de un niño o ante la de alguien que por una razón u otra se le hendía en su zona de los “sentimientos reposados”” en Lipe Collado, *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, op. cit., pág. 75.

³⁷⁰ Pablo Clase hijo, *Porfirio Rubirosa. El primer Play Boy del mundo*, Santo Domingo, Taller, 2001. Un Play Boy que llegó a tener fama mundial por sus relaciones con la hija de Trujillo, Flor de Oro y con las más bellas mujeres del celuloide (Barbara Hutton, Zsa-Zsa Gabor, etc). De él se dice en el libro: “era extraordinariamente sociable y cultivó enseguida muchas amistades encontrándosele en todas partes y en todas cumplía él funciones predominantes ya que podía tratar variados tales como deportes [...] Además tocaba el Ukelele, bailaba muy bien y dominaba el Francés y el Inglés como su propio idioma y daba a su conversación un sentido mundano, aprendido en su larga permanencia en París” (págs. 7-8). Manuel de Jesús Javier García nos dice que fue “una figura de excepción” dentro del régimen, pues al parecer también sedujo a Trujillo.

³⁷¹ El apodo del Generalísimo en la infancia era “Chapita” por este mismo motivo: “Por eso, a Trujillo, que era limpio, aseado, acicalado totalmente, de elegante porte que nadie pudo regatearle, intrínseca su personalidad, empezaron los amigos y compañeros a decirle “estás como una chapita”, que era como en aquel entonces de la vida nacional, se le decía a las tapas o tapitas de hoy día” en Luis Arzeno Rodríguez, *Trujillo...Chapita no!*, Santo Domingo, República Dominicana, 1997. Trujillo no soportaba ni consentía que nadie le llamase así, la única que osaba hacerlo era su tercera esposa: María.

que obedecía principalmente a un objetivo de dominación total³⁷². También destacan sus biógrafos su inextricable capacidad de simulación y su histrionismo, hasta el punto de que no era fácil saber “cuándo Trujillo era sincero y espontáneo y cuándo estaba representando el papel de un actor en el escenario de la vida dominicana. Gobernó durante más de treinta años con una máscara que nunca apartó de su rostro”³⁷³. Únicamente existía un momento en el que no podía esconder sus sensaciones, y era cuando se hallaba bajo el efecto de una descarga nerviosa, pues incurría en incoherencias que daban la impresión de que se evadía de la realidad circundante³⁷⁴.

Otra de los resortes que le movían a esta conducta despiadada fue su calidad de “resentido social”, que le llevó a humillar a todo el mundo para vengarse de los desprecios que recibió cuando luchaba por ascender en una sociedad que le deslumbraba con sus oropeles y pompas³⁷⁵. Creyó que los hombres servían mejor cuando eran peor tratados. Lo poseyó, sin duda, una megalomanía³⁷⁶ -además del nepotismo- casi patológica y la utilizó malignamente para rebajar a todos sus compatriotas hasta un nivel en el que a nadie le fuera posible competir con su persona en ninguna actividad humana. Y es que Trujillo –profundamente supersticioso³⁷⁷- perteneció a esa extirpe de

³⁷² Esta figura recuerda las formas del verdugo ucraniano Joseph Stalin.

³⁷³ Joaquín Balaguer, *op. cit.*, pág. 315.

³⁷⁴ A propósito de esta afirmación Balaguer señala algunos casos que lo corroboran. Destaca la ocasión en la que Trujillo visitó España, invitado por Franco, y pareció descortés e incómodo. Probablemente se debía a que se sentía incómodo en una ciudad como Madrid, tan grandiosa y cosmopolita.

³⁷⁵ Juan Bosch describe esta peculiaridad de Trujillo de forma magistral: “Pero un dictador tan duro, tan inhumano, tan físicamente necesitado de oro, tan violentamente necesitado de aplastar y humillar a quines se le enfrentara, eso sólo podía serlo porque la sociedad en que creció llenó su alma infantil, primero, y juvenil, después, de humillaciones imperdonables por el delito de haber nacido en un hogar “de segunda” y económicamente modesto” en Juan Bosch, *Trujillo. Causas de una tiranía sin ejemplo*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2002 (la primera edición de la obra es de 1959, en Venezuela). Manuel de Jesús Galván también se detiene en este aspecto: “Humillar y poner en situación embarazosa a sus amigos y allegados fue uno de los principales pasatiempos de Rafael L. Trujillo Molina, en casi todos los períodos de su régimen” en *op. cit.*, vol. 1, pág. 307. Y es que, sin lugar a dudas, este resentimiento será uno de los motivos más recurrentes en los anecdotarios sobre la Era y aparece siempre en las novelas del trujillato, e incluso será el epicentro narrativo de alguna de ellas: *Juro que sabré vengarme...* y en *Bienvenida y la noche*.

³⁷⁶ Manuel de Jesús Javier García lo perfila de esta guisa: “El hombre fuerte del país no desechaba ninguna condecoración dominicana, incluyendo algunas que fueron creadas especialmente para él; pero lo que más satisfacía su ego, su megalomanía, eran las foráneas, algunas rimbombantes, remedo de noblezas y de siglos y leyendas, pero que, en el fondo, no son más que eso, rimbombancia” en *op. cit.*, vol. 1, pág. 383.

³⁷⁷ Véase Luis Arzeno Rodríguez, *Trujillo: Anécdotas de un dictador*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1983 y Lipe Collado, *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, *op. cit.*, págs. 131-134.

gobernantes inflexibles que vaticinó Maquiavelo con “El príncipe”, de alma monolítica y carácter irreductible y glacial, tales como Robespierre y Tiberio. Gimbernard dice que “no se construyen grandes emporios ni se acumulan descomunales riquezas sin la posesión de cierta refinada y despiadada inhumanidad. Detrás de los grandes poderes está en una forma u otra, siempre el delito”³⁷⁸.

I. 3. AMBIENTE INTELECTUAL EN EL TRUJILLATO: LA MUTILACIÓN DEL ARTE

Conocer el contexto en el que nacen las novelas trujillistas y del trujillato en estos treinta y un años, es fundamental a la hora de entenderlas y explicarlas. Y es que si como he dicho, el “Benefactor de la Patria” fiscalizaba todos los rincones del país, también supervisaba todo acto de la vida social y cultural, mediado entonces por la presencia intimidatoria del “mito-sistema” —en palabras de Andrés L. Mateo-trujillista³⁷⁹. En realidad, Trujillo se apropia de la sociedad en su conjunto a través de un “hábeas” de legitimación cuya habla es el mito. Mateo es uno de los críticos que más acertadamente describe la urdimbre de dominación y control absoluto que tejió el dictador:

Con el telón de fondo de la violencia, el trujillismo polarizó en forma dramática la relación entre la vida y la palabra, conminando al pensamiento teórico que legitimaba el poder, a repetir hasta el cansancio el espíritu del mito-sistema en el que embalsamó la realidad. La filosofía, la educación, la visión de la historia, la poesía, el arte, la novela, todo se transfirió el circuito del mito, del que surgía la riqueza iconográfica del hablante, del intelectual,

³⁷⁸ Jacinto Gimbernard, *Trujillo, op.cit.*, pág. 7.

³⁷⁹ Vid. Andrés L. Mateo, *op. cit.*, pág. 14. Comparto con esta autor la concepción de la figura y el sistema trujillista como un mito. Cuando hablo de “mito” lo hago en el mismo sentido que Mircea Eliade en *Aspecto del mito*, Barcelona, Paidós, 2000. Recordemos: “El mito es una realidad cultural extremadamente compleja, que se puede abordar e interpretar en perspectivas múltiples y complementarias [...] los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo “sobre-natural”) en el mundo” (págs. 16-17).

*postrada ante la majestad de esa simbología discursiva, impuesta previamente en la violencia*³⁸⁰.

En efecto, el escenario artístico de la época fue inmolado en pos de una única vía de expresión: la ideología trujillista que propició y avaló una literatura de ficción participativa de los contenidos de la simbología discursiva del sistema. Y es que, es difícil concebir todo el mito-sistema trujillista sin una literatura, puesto que para reinvertir en el mito trujillista a toda la sociedad, era necesaria la existencia de un discurso literario que lo secundara. Durante esta treintena, en la República existió un movimiento artístico y literario importante, impulsado sobre todo por los exiliados republicanos españoles³⁸¹ -Almoína, Galíndez, Serrano Poncela³⁸², etc- y por la poesía. Y esto nos viene a decir que se promovió la literatura: existe más de una Antología de la Poesía Trujillista y una narrativa que, aunque no tuviese un desarrollo igual al de la poesía, posee sus textos representativos.

Sin duda, el género príncipe de la “Era” fue la Poesía. ¿Por qué? pues porque era el género más propicio a la epopeya motivada del Dios, y el más legible para el sistema de significación mitológica instituido. La poesía era el género preferido de Trujillo: se dice incluso que se le oyó alguna que otra vez recitar versos y se le vio deleitándose con lecturas selectas tales como *La Celestina*, *Poesías de Rubén* y las obras de Rodó y Martí, entre otras. “La poesía era el “lujo” de las formas significativas del habla mítica – en opinión de Mateo y en la mía- y alcanzó el don de borrar el primer prestigio de Trujillo: la violencia”³⁸³. Así Trujillo nombrado en el poema, quedaba envuelto en el sistema de significación mitológica que el poema asumía. Por otro lado, el poema trujillista era también la magnificación inexorable del presente, no pudiendo contar más que lo vivido:

El poema trujillista recoge las mismas características del mito total (es decir, el mismo Trujillo): su visión de la historia, uso del pasado como ideología,

³⁸⁰ *Ibíd.*

³⁸¹ Véase José Alcántara Almánzar, “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo” en *Revista/ review interamericana*, vol. 21: 1-2, 1991, págs. 97-109, pág. 105.

³⁸² La novela que retrata a la perfección la presencia cultural del exilio es español es *El españolito y el espía* de Matilla, que en el último capítulo analizaré.

³⁸³ Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la era de Trujillo*, op. cit., pág. 17.

*mesianismo, catolicismo, hispanismo, anticomunismo, etc. No hay resquicio al flujo de la ficción, la saga trujillista repite en el poema una superlativa condición de alineación*³⁸⁴.

La lógica trujillista obliga a todos los escritores a participar de las Antologías conmemorativas de las gestas del régimen. El más importante texto poético de la “Era” es el *Album simbólico*, que fue publicado para conmemorar los veinticinco años de la “Era del benefactor”. Se trata de una antología que reúne a poetas de todas las generaciones. Pero lograron esquivar la censura los cuadernos de *La poesía sorprendida*, que –inmersos en la estética vanguardista y surrealista- no incluyeron en ninguna de sus publicaciones elogios ni halagos a la figura del dictador. Como enuncia Alcántara Almánzar, “si bien es cierto que no se enfrentaron directamente al régimen, tampoco colaboraron con él ni se sometieron, negándose a servir de portavoces del poder político”³⁸⁵. Para contrarrestar y arremeter contra los sorprendidos nacen los *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, que intentan frenar la disidencia de estos poetas o de los que pudieran aparecer, instalados en la oficialidad del gobierno y apoyados por éste.

En cuanto a la narrativa diremos que, como hemos anunciado, es menos abundante y menos conocida que la poesía. Carece de importancia artística alguna, y repite el esquema historicista de la ideología. No cuenta con el favor del tirano (Trujillo no dejó constancia de que alguna vez hubiera leído una novela) por lo que sus publicaciones no pasan de tres o cuatro novelas, dos de un mismo autor, Miguel Alberto Román. “La narrativa levantó su universo manipulando el mito, tan próxima a la propaganda, que la composición del espacio novelesco se confundía con ella. Sin el apoyo de Trujillo, plegada a la propaganda que era más efectiva, la narrativa trujillista no alcanzó el “lujo” del poema, ni se difundió como la poesía, con el amplio patrocinio del gobierno”³⁸⁶.

I. 3. 1. LOS ESCRITORES DOMINICANOS EN LA ERA DE TRUJILLO.

³⁸⁴ *Ibid.*, pág. 188.

³⁸⁵ José Alcántara Almánzar, “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo”, *op. cit.*, pág. 106.

³⁸⁶ *Ibid.*, pág. 200.

Cada escritor durante el trujillato adopta una determinada postura -Alcántara Almánzar *dixit*-, pues esta dictadura “muestra las complejas relaciones entre literatura y poder político en la República Dominicana, y evidencia las numerosas posturas individuales y colectivas de los hombres y mujeres de letras en uno de los más cruentos regímenes de excepción de nuestra América en el presente siglo”³⁸⁷. El escritor así, puede ejercer su capacidad crítica, valerse de la pluma como arma y enfrentarse a Trujillo y su gobierno (caso de Requena, Galíndez) directamente o de forma simbólica: Lafourcade. Se convierten de esta manera en el objetivo del gobierno y por ello son perseguidos y cruelmente torturados y asesinados. Por otra parte, el escritor puede producir un discurso que se consagre al orden reinante y que actúe como propagandista o defensor del mismo; este tipo es denominado por Alcántara Almánzar, “intelectual orgánico”, cuya “meta principal es la continuidad y la preservación del orden, renuncian a su papel de subvertidores de la realidad, dinamiteros de lo establecido”³⁸⁸, desdican de su “condición de escritores”, estarían más bien del lado de los escribidores. Trujillo contó con el apoyo de intelectuales desde los comienzos de su mandato: Tomás Hernández Franco, Rafael César Tolentino, Joaquín Balaguer, etc. Estos, sirvieron al dictador llevados por fe en el régimen y en su modo de hacer, por intereses propios, o por miedo. Aunque el que destaca sin lugar a dudas es Manuel Arturo Peña Batlle³⁸⁹, adalid del antihaitianismo. Pero otros intelectuales como Pedro Henríquez Ureña, pudieron escapar de las garras del tirano, o Américo Lugo –“desafecto pasivo”- que aunque no optó por el exilio, se negó a colaborar intelectualmente con el régimen trujillista.

Es evidente que Trujillo estaba obligado a someter a examen a todo lo que aconteciera en la isla e hizo lo propio con respecto a los medios de comunicación cercenando la libertad de expresión -tanto fuera como dentro de la isla- a través de la censura o de la prohibición de la publicación so pena de muerte. Vicente Llorens nos lo explica:

³⁸⁷ *Ibid.* pág. 97.

³⁸⁸ *Ibid.* pág. 98.

³⁸⁹ *Vid.* Bernardo Vega, “El Peña Batlle sobre el cual no se escribe” en Soledad Álvarez et al. *El debate sobre las generaciones*, Santo Domingo, Taller, 1991, págs. 27-30. En este mismo volumen se encuentran otros artículos interesantes sobre Batlle.

*Santo Domingo, bajo Trujillo, llegó a ser como una gran losa invisible que impedía nuestros movimientos más espontáneos, o mejor dicho, como una campana neumática que no nos dejaba respirar normalmente. La libertad es algo que no podemos apresar ni ver siquiera, como el aire que respiramos. Aire indispensable entre otras cosas para hablar*³⁹⁰.

De este modo se creó una terminología que designaba la posición que un individuo ocupaba en el andamiaje trujillista: los desafectos -“disidentes activos” en palabras de Bernardo Vega-, eran los que se oponían al régimen de forma desenmascarada, o conspiraban en su contra. La mayoría de estos, eran exiliados, como Juan Bosch –participó directamente en la invasión fallida de Cayo Confites- o Andrés F. Requena, Pedro Mir, Juan Isidro Grullón. La denominación “en desgracia” –en palabras de Bernardo Vega- define a aquellos trujillistas que perdían el favor del Jefe temporal o definitivamente: dentro de este grupo sobresalen el poeta Héctor Incháustegui Cabral y Marrero Aristy, este último brutalmente asesinado.

I.4. LA NOVELA TRUJILLISTA: EL DISCURSO LITERARIO COMO PROPAGANDA

A esta categoría de “novela trujillista” –ya expliqué el significado de este concepto en la “Introducción” de la investigación: discurso de propaganda trujillista, cuya temática no tiene porqué ser necesariamente el tratamiento literario del trujillato- pertenece una pléthora de novelas³⁹¹ que cumplen a la perfección el postulado trujillista y que, por este sojuzgamiento ideológico, ven mermada o anulada por completo su calidad literaria. Se trata de escritos no acabados estéticamente, donde la lógica interna del texto, el desarrollo de personajes y trama, el manejo de las voces narrativas, tiempos

³⁹⁰ Vicente Llorens, *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, pág. 13.

³⁹¹ Di Pietro menciona alguna de ellas: *Rosa Elena* (1935) de Tomás E. Morel, *No hay peligro en seguirlo* (1937) de Colón Echavarría, *El mensaje de las abejas* (1943), de González Herrera, *La octava maravilla* (1943) de Luis Henríquez Castillo, *Anacaona* (1947) y *Santuario en ruinas* de Pedro L. Vergés Vidal, *Gente de portal*, (1954) de Miguel Alberto Román, *El hombre de los pies de agua* (1959), de Armando Oscar.

y espacios brillan por su ausencia. Así Marcio Veloz Maggiolo dice: “miramos hacia atrás y vemos el vacío formal que va del año 40 al 61, aunque vemos también, la montaña de páginas mal escritas o sin verdadera calidad que significó gran parte de la novelística de la Era de Trujillo”³⁹². La propaganda del régimen inunda la novela hasta desbordarla, haciendo de ella un mero acopio de alabanzas mayúsculas a una figura pensada como egregia, hierática³⁹³. Pero hay que salvar de esta pira metafórica de las letras trujillistas algunas obras que “merecen” un estudio más detallado y un espacio propio, ya que su valía literaria es superior a la del resto, pues ostentan un “cierto barniz de novela”, como diría Zuluaga. Me refiero a *El viaje*³⁹⁴ (1940), de Manuel A. Amiama, *Revolución*³⁹⁵ (1942), *La cacica*³⁹⁶ (1944), *¡Hello Jimmy!*³⁹⁷ (1945), todas de Rafael Damirón y *Caonex*³⁹⁸ (1949) de J. M. Sanz-Lajara, que serán entonces los seleccionados para acometer el análisis de las novelas trujillistas.

Pretendo dismantelar -partiendo de la premisa Barthiana de entender el texto literario como “campo metodológico, como espacio de elaboración, y como tejido cultural”³⁹⁹- la estructura de poder que subyace a la escritura de la historia y que en el caso de estas novelas está irremediamente ligada a la ideología trujillista, la cual se

³⁹² Marcio Veloz Maggiolo, “Notas sobre la novela dominicana”, *Sobre cultura dominicana y otras culturas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1977, pág. 160.

³⁹³ Recordemos el discurso de Balaguer “Dios y Trujillo”. Será sobre todo a partir del pronunciamiento de esta arenga cuando se empezará a parangonar al “jefe” con el universo de lo divino, y esto supondrá otro lugar común en la novela trujillista.

³⁹⁴ Manuel A. Amiama, *El viaje. Ensayo de novela de la vida capitaléña*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003. La primera edición es de 1940.

³⁹⁵ Rafael Damirón, *Revolución*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983. La primera edición corresponde a 1942.

³⁹⁶ Rafael Damirón, *La cacica*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983. Primera edición es de Ciudad Trujillo, “La opinión”, 1944. Fue galardonada en el primer centenario de la República Dominicana, en 1944. Giovanni di Pietro señala que todas sus novelas son apologéticas: “Propaganda es, para quien la conoce, su obra novelística” en Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 53. De todas las novelas del dominicano, Di Pietro señala como la más panfletaria ésta, *La cacica*, aunque yo personalmente tengo por más trujillista *¡Hello Jimmy!* y *Revolución*.

³⁹⁷ Rafael Damirón, *¡Hello Jimmy!?*, Ciudad Trujillo, C. por A., 1945.

³⁹⁸ J. M. Sanz-Lajara, *Caonex*, Buenos Aires, Editorial Américalee, 1949.

³⁹⁹ Claudia Montilla, *op. cit.*, pág. 52.

iza sobre tres bastiones principales: el antihaitianismo, la hispanofilia y el anticomunismo⁴⁰⁰.

I. 4. 1. ECOS DE LA IDEOLOGÍA TRUJILLISTA

En *El viaje* lo primero que llama la atención es la dedicatoria, pues entre sus familiares incluye: “*Al Generalísimo Dr. Rafael Leonidas Trujillo Molina, con afecto, gratitud y respeto*” (*El viaje*, pág. 23). En el prólogo del texto Octavio Amiama de Castro sostiene que cuando el autor escribió la novela le puso como subtítulo “reacción al costumbrismo rural o provinciano”, apostilla que llamó mucho la atención en la época y que tuvo muy buena acogida⁴⁰¹. Y esta va a ser precisamente la tónica general de estas novelas trujillistas, puesto que *¡Hello Jimmy!*, *Revolución* y *Caonex* se instalan en el espacio urbano y en la reivindicación de la civilización y el desarrollo dominicano frente al atraso que encarna el campo, aunque en *Caonex* se hará una apuesta final por los valores tradicionales de la tierra. *La cacica* en cambio, sigue ambientada en el mundo rural y pertenecería a lo que se ha denominado “novela de la tierra”. Otras novelas del trujillato de este periodo como *La mañosa* y *El hombre de piedra* también se adscriben a esta línea estética; no hay que olvidar que en estas tres décadas la novela dominicana se debate entre el costumbrismo rural y la novela de la ciudad, siempre en el afán de reivindicar una novela nacional que asiente su identidad. En unas “Palabras Preliminares” Amiama consigna que comenzó a escribir la novela hacia 1923 y declara que hay un componente biográfico en la misma. Su propósito era:

[...] evocar [...] un poco del ambiente y de las costumbres de la vieja capital de los muros decorados por el tiempo con sus austeras páginas, y contribuir con algo a lo que, a mi humilde juicio, debiera ser la novela nacional⁴⁰² de hoy (*El Viaje*, pág. 21).

⁴⁰⁰ Vid. José Alcántara Almánzar, “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo”, *op. cit.*, pág. 101.

⁴⁰¹ Por ejemplo, Segundo Serrano Poncela, un destacado intelectual español exiliado en República Dominicana, habla de ella y dice que tiene “calidad de estilo: Párrafos cortos, largos, agilidad en la expresión, relieve de la frase” (pág. 16), cuyo propósito es “dibujar un cuadro costumbrista”. Uso de recursos cinematográficos: como el “flash back”, historias del pasado y recuerdos intercalados en el presente, “transposición de episodios ocurridos en diferentes épocas o momentos sin señalarlos expresamente, para dejar que sea el lector que los adivine” (*El Viaje*, pág. 18).

⁴⁰² El subrayado es mío.

En estas novelas encontramos una serie de lugares comunes que voy a ir desentrañando y que reflejan el carácter de este discurso trujillista: imagen patriarcal de sociedad dominicana, valoración ultrapositiva del hispanismo y de lo estadounidense, antihaitianismo, crítica a la revolución que pretende desarraigar esta “mala costumbre” dominicana, patriotismo exacerbado, modernidad capitalista que se asimila a la idea de desarrollo y exaltación de Trujillo.

Pues bien, *El viaje* nos narra la historia de la familia Escalante “de bien considerada posición social, pero abatida por la pobreza”, cuya única esperanza la encarnaba su hija “Candita”, que quería llegar a ser maestra. Su hermano Roger, simbolizará la “oposición a Trujillo” –aunque no se menciona con nombre propio al dictador, pero no existe duda alguna de que el Presidente descrito en la novela es él- y es descrito como un individuo extravagante, “poco comunicativo, harto irritable”, violento, egoísta que se desatendía por completo de los problemas familiares, y aunque carecía de inteligencia y ambiciones, “éstas las cifraba en ciertos cambios políticos de posibilidad muy dudosa”. Esta batería de descalificaciones pretende hacer mella en el lector de la época, pues se identifica la “violencia”, el egoísmo y la falta de ambición con todo conspirador, con todo ciudadano antitrujillista, pues Roger pertenece a un Partido que conspira contra el gobierno con la intención de dar un golpe:

Pero, después de todo, no hay mal que por bien no venga. Aquella desgracia ha soliviantado los ánimos en el Cibao, donde entienden, como nosotros, que a pesar de lo que ha dicho un compañero de partido, aunque no de este grupo, el gobierno no ha podido tener la mano en el siniestro. Ganamos también tiempo para organizarnos y completar los trabajos en todas las provincias. Ahora sabemos por Mejía que el Cibao nos respaldará cuando demos el golpe. La gente de allí estaba por la revolución (El viaje, pág. 58).

Más adelante, en el texto se anuncia que el grupo de Roger Escalante planea ciertamente “algún complot”: “Quizás algún asalto a la Fortaleza, quizás algún atentado contra el Presidente de la República” (pág. 122), para obligar al Presidente a renunciar. Y es que Roger es claramente comunista –o de alguna ideología de izquierda- y el narrador apunta a que esta “desviación” fue producida por la lectura de doctrinas “románticas” e idealistas que no poseen un basamento real:

Odiaba la tiranía por influencia de sus lecturas y ayudaba a la caída del Presidente, porque a la luz de las doctrinas que se atropellaban en su cerebro algo desorbitado, el Presidente le resultaba un tirano. Era un romántico de la política, al revés de la mayoría de sus compañeros (El viaje, pág. 60).

Miranda –un aspirante a político que pretendía a Candita, la hermana de Roger y que le guarda a este gran recelo- se cita con el Presidente de la República para informarle de que existe un complot contra él: “En el rostro de Miranda se reflejaba una mezcla de inquietud y de júbilo” (pág. 137). Miranda por tanto, encarna al típico chaquetero que se arrima al árbol –nunca mejor dicho- que más caliente, un tipo pusilánime, adulador y delator, que en el *tête a tête* con Trujillo se apoca frente a su estampa.

La situación política de Miranda resultaba así incómoda y complicada. Los horacistas descontentos lo miraban de reojo, sobre todo Don Camilo Cabrera, que era como el barómetro del pueblo. El núcleo adicto al gobierno era escasísimo, tanto por motivos políticos como por rivalidades provincialistas enconadas. Los sucesos de la capital complicaron de tal modo la situación que Miranda, de repente, resultó mal mirado por todas partes (El viaje, pág. 158).

El Jefe, en cambio, es descrito como una persona segura e incrédula, que permanece incólume ante las palabras de Miranda, acostumbrado a las conspiraciones, pues ya en esta novela se da constancia de que algunos de sus acólitos –se menciona en la novela incluso a un “Ministro”- formaban parte de la oposición: “En los círculos gobernistas se hablaba misteriosamente de una conspiración militar que estaba siendo favorecida por un alto personaje del gabinete” (El viaje, pág. 156). Así, su reacción ante la noticia de Miranda fue de tranquilidad máxima, de absoluto dominio de la situación:

¿Dice usted en su carta que se trata de un complot? ¡Mire que ya me han denunciado tantos! ¡Cualquiera diría que tratan más bien de asustarme que de advertirme” [...] Tengo curiosidad por saber lo que usted llama gente peligrosa [...] ¿Son esos? Vamos, mi querido diputado Mirando, no se inquiete

usted. ¿No cree que se trata de un grupito de muchachos imberbes, casi todo ellos un poco mal de la cabeza? (El viaje, pág. 139).

El narrador dice que el Presidente hizo sentir a Miranda “amilanado por la forma más bien bienhumorada que asustadiza con que el Presidente recibió su información” (*El viaje*, pág. 139). La caracterización de Trujillo no tiene desperdicio y comenta que era propio del Presidente el “tono placentero y casi festivo”. Miranda intenta convencerlo del peligro que corre ante enemigos que pretenden conspirar contra el gobierno, mas Trujillo no se inmuta, le agradece la observación y dice que ordenará “algunas investigaciones” y que no olvidará “su buen servicio”. Recordemos lo que dije a este respecto en epígrafes anteriores: Rafael Leonidas recompensaba con creces – con suculentos puestos de trabajo o desorbitadas sumas de dinero- a aquellos que hacían buenos servicios a su gobierno; de esta forma, fomentaba la desconfianza y la delación en el pueblo:

Siga usted observando y si descubre algo más preciso, avíseme enseguida. ¡I (sic) váyase sin alarma, que aquí hay mucha muñeca! Al decir esto, el Presidente, poniéndose sonriente, hizo con el puño un gesto significativo (El viaje, pág. 140).

Trujillo entonces, con el nombre de Roger Escalante en la mesa, llama a su presencia a Don Carlos Escalante, conocido suyo y padre del acusado. En la entrevista que mantienen “El presidente se puso serio, pero haciendo un visible esfuerzo para no perder su tono de jovialidad” (pág. 144) y le dice que su hijo es “político”, añadiendo un matiz peyorativo a este vocablo. Esta imagen negativa de la política la refleja también Damirón en *Revolución*, puesta en boca del poeta Bermúdez, uno de los protagonistas: “La política envenena la razón, y hace de los hombres optimistas seres escépticos; de los amorosos, tipos asexuales, entes fríos e inadaptables frente a las más comunes inclinaciones de la razón sometida y confundida” (*Revolución*, págs. 12-13). Y, de nuevo, cuando Bermúdez muere en combate, su amigo Leopoldo dice: “Mi pobre amigo; la política es monstruosa, Luisa, monstruosa. Lo damos todo en aras de las mentiras que caben en su desenvolvimiento, y luego, lo que recogemos es casi siempre un desengaño, o una tumba” (*Revolución*, pág. 108). Más tarde también morirá

Leopoldo por la causa, y las novias de ambos se unen en el dolor, amparadas por la religión, único consuelo.

Ella, como Adela, y como Adela y élla (sic), muchas otras mujeres eran hundidas en las peores desazones. Luto y rencor, abismos de animadversión habían cavado los políticos en la conciencia dominicana, y como si no se sintieran satisfechos, alimentaban la inquina y ponían a madurar mayores calamidades para perder el país (Revolución, pág. 116)

En *Caonex* también se refleja la misma idea: la política es perniciosa, sobre todo para los jóvenes –como enunciará el Presidente de la República en *El viaje*– “ingenuos” y por este motivo le aconsejan a Caonex antes de partir hacia la capital para estudiar abogacía en la Universidad:

Aléjate también de la política. Nada bueno trae a un estudiante. Españoles somos y tú descienes de raza semejante. Llevas en la sangre una tara. Te creerás un día merecedor al puesto público y a la prebenda de la jauja del Estado [...] En España y América el prurito revolucionario contra el gobierno constituido es un mal tan común como el catarro: tú, rama nueva de troncos nuevos, mira hacia otra parte, recoge algo mejor y más alzado; imita a los sajones, que ésos a veces nos podrían enseñar dos o tres lecciones muy útiles (Caonex, pág. 30)⁴⁰³.

Pues bien, retomando el hilo anterior de *El viaje*, el Trujillo que se perfila en la entrevista con Escalante, es de nuevo encumbrado: un individuo abnegado que lucha por el pueblo malagradecido:

puede tratarse de una intriga o de una falsa alarma de quien me ha dado los informes. Lo que me extraña es que en ese grupo hay realmente muchos enemigos míos. ¡Abusadores! ¡Malagradecidos!

⁴⁰³ En otras novelas del momento aparece la misma idea reflejada en la narración: “la política hay que manejarla aquí, en pijamas y en chancletas, en conciliábulos de aposento y entre los parientes; y no perdiendo la ocasión de empujar al pariente, para que el pariente nos empuje a su vez” en Miguel Ángel Monclús, *Cachón. Una que vino y volvió*, Ciudad Trujillo, La opinión, 1944, pág. 104. Precisamente esta novela también destila la oposición campo/ ciudad que vemos en *Caonex* y finalmente como en ésta, se apostará por el regreso a la “tierra”, al campo.

Luego agregó, recuperando su aire desaprensivo y conquistador:

[...] Créamelo, la política es una de las cosas más amargas. Se nos hace una costumbre estar en ella, encenagarnos en ella. Pero a veces dan ganas de tirarlo todo y meterse en el campo. I (sic) lo peor de todo es que hay muchos que atribuyen todos los éxitos a la buena estrella, cuando no es así. Yo soy el hombre a quien le cuesta todo más trabajo (El viaje, pág. 145).

Pero este Presidente de Amiama también tiene la misma mano dura que Trujillo y advierte al padre de Roger: “Se trata de una cuestión en la cual puede usted ayudarme, evitándome el tener que tomar medidas más serias, aunque sea para ejemplarizar” (*El viaje*, pág. 144). Líneas más adelante le aconseja que por su bien, el hijo se vaya un tiempo al extranjero, pues la oposición es únicamente concebida desde la juventud alocada, que se deja influir por ideas malignas:

Si su hijo está mezclado en alguno de esos cenáculos de lobos disfrazados de corderos que se hacen llamar patriotas inmaculados, debe ser por extravío de la juventud. Eso es lo que hacen, embaucar a los inocentes (El viaje, pág. 145).

Este Presidente comprensivo con Don Carlos Escalante, no lo es tanto con el resto de complotados y sigue el mismo *modus operandi* de Trujillo, pues Roger se irá percatando de que todos sus amigos del grupo están siendo amonestados, confinados y expulsados y de que “están recibiendo algunos golpes”. Don Carlos, que también estaba al tanto de los arrestos y golpes, “Sentía hacia el presidente una gratitud cada vez más grande” (*El viaje*, pág. 148) y por eso cuando charla con su hijo le dice que: “El Presidente es el hombre más generoso que existe, por lo menos para mí” (pág. 149). El padre le aconseja ir a Cartagena, a Colombia, donde puede encontrar trabajo. Roger ve realmente es la única solución, aunque se siente mal, pues sus amigos están todos expulsos o confinados “y yo aquí muy quitado de bulla. No puede ser. Tal vez hasta sospecharían que fui yo el denunciador de todo!” (pág. 150). Finalmente se va del país.

En *El viaje*, la novela más explícitamente trujillista de este bloque, presenciemos una urdimbre de halagos y reconocimientos a la figura del Presidente. Hemos visto que se menciona su “mano dura” -pero no como una crítica sino como una

necesidad, una forma de ejemplificar y adoctrinar al pueblo- y también la prosperidad y el orden que reinan en el país y que amerita a Trujillo.

La verdad es que lo dominicanos somos muy intransigentes y muy mal agradecidos. Yo me he convencido de que nunca hemos tenido un Presidente tan bueno como éste. El hombre tendrá la mano fuerte y todo lo que quiera, pero no se puede negar que nos está dando una prosperidad que nunca habíamos visto y una paz que parecía imposible. ¡Convéznase, Doctor, la paz es la gran cosa! (El viaje, pág. 167).

Esta idea se halla igualmente expuesta en otros discursos trujillistas, como en *Caonex*, en la que el narrador canta las excelencias de la República Dominicana: Quisqueya, “patria pequeña que en las encrucijadas del globo tiene una historia tan grande como el mundo” (*Caonex*, pág. 11). Se da cuenta del desarrollo que ha experimentado la capital, del progreso y de las mejoras: “Con el tiempo, la ciudad, al crecer y bostezar pujanzas, ordenó a la calle, impúsole cordura y la moldeó a golpes de urbanismo” (*Caonex*, pág. 109), los asuntos son “más democráticos” y la vida es musical, feliz, y expansiva. Y claro, todo ello llegó de la mano de Trujillo; aunque no haya una referencia directa a él, se infiere con nitidez que él es el artífice de todas estas mejoras. Esto mismo lo enuncia Di Pietro:

Las intenciones de Sanz-Lajara en Caonex son de respaldar incondicionalmente a aquel régimen que él, como diplomático de carrera, servía. No se trataba, pues, en esa obra (o en las otras novelas) de sentir y simpatizar por el pueblo, de amarlo y comprenderlo. Más bien, se trataba de establecer reglas claras que fueran de la sociedad y de la política dominicanas durante la Era de Trujillo⁴⁰⁴.

Aunque según el mismo crítico italiano, el autor parecía no ser consciente de esto, mas nunca se opuso al régimen trujillista⁴⁰⁵. En la novela encontramos otra afirmación que no deja lugar a otra lectura que no sea la trujillista: “Este es un país

⁴⁰⁴ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 85.

⁴⁰⁵ Di Pietro sostiene que en su cuento “Hormiguitas” se observe un ápice de antitrujillismo, en el que un coronel se suicida como única vía de escapa y arma contra la que luchar con la tiranía.

pequeño, sin grandes crímenes, sin grandes delincuentes. Y sólo los delincuentes millonarios justifican el ejercicio del penalista” (pág. 260). Es decir, que se proyecta la imagen de una ciudad tranquila y segura, a la par que se obvian los crímenes trujillistas.

Por otro lado, ¡*Hello Jimmy!* viene igualmente a enaltecer la obra magna de Trujillo que se manifiesta principalmente en ese cambio operado en la isla: modernidad (de nuevo) seguridad, prosperidad económica y paz:

Ciudad Trujillo es un exponente de limpieza y de organización poco común en el mundo.

No hay, en ningún país de la tierra, una urbe que, con apenas cien mil almas, cuente con elementos de progreso tan definidos, tan constantes y tan notables como la antigua Atenas del Nuevo Mundo (¡Hello Jimmy!, pág. 25).

.....
Ni crímenes, ni robos, son notas frecuentes en la crónicas de su vida. La pobreza dominicana es tan relativamente improbable, que ningún extranjero siente necesidad de apercibirse contra las amenazas que en otros países son realidades trágicas y perturbadoras (¡Hello Jimmy págs. 25-26).

.....
El peculiar afán de cultura de sus habitantes demuestra su ansia profunda de civilización, y el esfuerzo demostrado por sus mandatarios en aras de la enseñanza, es pedestal que sirve de apoyo a quines han sido merecedores de su adhesión y de su confianza inalterables.

La paz de que disfrutaba el pueblo, su fe en el régimen que lo dirigía y cuanto le servía de plataforma para alzarse en el plano en que evolucionaban todas sus aspiraciones, eran pruebas inequívocas de que se vivía a conciencia lo que se había logrado para asegurar la dignidad de una vida de Estado jurídica y económicamente emancipado (¡Hello Jimmy!, págs. 26-27).

Damirón insiste en este texto sobre todo en la continuidad del camino emprendido con Trujillo de la modernidad y la civilización: “Los dominicanos necesitamos despertar, despojarnos de esa corteza, de esa costra mulata que nos hace inadaptables. Si no nos colocamos en las vías de la civilización, continuaremos ignorados del mundo” (¡*Hello Jimmy!*!, págs. 33-34). Pero no se ha alcanzado la cima civilizadora, cuyo paradigma en la obra es Norteamérica, de hecho el protagonista es Jimmy Mac-Field, perteneciente a la United States Navy, “joven y rubio”, que llega a

Ciudad Trujillo generando gran expectación: “La guerra había convertido en un baratillo el valor de la vida de los ciudadanos, y ésto (sic) hacía que Jimmy se considerara algo anormal dentro de la paz que lo rodeaba en Ciudad Trujillo” (*¡Hello Jimmy!*, pág. 14). El estadounidense consigue hacerse un hueco fácilmente en el seno de la sociedad dominicana, pues en ella se pondera positivamente todo lo anglosajón: “Quien sabe hablar inglés, jamás se morirá de hambre, aseguraba mucha gente en Ciudad Trujillo. El inglés era, pues, considerado como un seguro contra toda adversidad” (*¡Hello Jimmy!*, pág. 19). Jimmy y sus compatriotas “Son cordiales, cumplidos, de habitual buen humor, finos, sin alardes protocolares, y se hacen de amistades agradables por su discreción y por su innegable esplendidez” (*¡Hello Jimmy!*, pág. 101).

Un extranjero, lleno de ese misterio atrayente que todo ser que se supone superior ejerce en el ánimo de las personas desprovistas de prejuicios raciales y sociales, que llega a la puerta de una humilde casa, que toca, llama y sonríe, y que parecer prometer, es siempre algo que deslumbra, que sorprende, que no da tiempo a reflexiones, y que penetra y se adueña de todo lo que, por su superficialidad, no ha de sentir la fuerza de sus raíces, ni el recelo a que debieran obligar la cautela y la más humana desconfianza (¡Hello Jimmy! pág. 77).

Se adaptará fácilmente a las costumbres quisqueyanas –se van “acriollando”- y su buen talante hace sonreír a los dominicanos y no causar daño alguno en ellos “Aún cuando su posición económica sea siempre más holgada que la de la generalidad de los elementos nativos” (*¡Hello Jimmy!*, pág. 101). Aun así, el narrador reconoce que hay un sector de la población que siente especial aversión por el país norteamericano, pero lo atribuye a la mala experiencia de la invasión sufrida:

Los jóvenes americanos que hacían breves temporadas en Ciudad Trujillo y que eran considerados en plan de acercamiento franco y sin prejuicios, por los dominicanos, causaron al hincar sus visitas, una impresión distinta en cada un sector de la sociedad nativa. El recuerdo de sus uniformes amarillos infundía una natural desconfianza entre todos aquellos que vieron dentro de ellos un ejercicio de funciones invasoras, hacía unos pocos años (¡Hello Jimmy!, pág. 100).

A todo esto, hay que sumar la clara invitación al patriotismo que condensan algunas de estas novelas. Esta invitación la encontramos en *¡Hello Jimmy!* cuando el norteamericano se ve obligado a embarcar para luchar por su patria: “Frente a un deber para con su Patria, los hombres civilizados son áridos para el llanto, una fuerza de solidaridad profundamente cívica les impone seguir el camino de sus conciudadanos” (pág. 104). Por esta razón, abandona a su amor en la isla: la patria es lo primero. Asimismo en *Revolución* también se produce el enfrentamiento entre la lucha por la patria y el amor. Para Leopoldo todo comienza en su novia Luisa, que es su única patria, pero Bermúdez, que también tiene pareja, Adela, exclama: “Es que la Patria en mí, no puede comenzar en una mujer” (pág. 72).

Otra forma de hacerle propaganda al régimen y asegurar su estabilidad, es la crítica al fenómeno revolucionario, tan arraigado en República Dominicana, y que ha caracterizado buena parte de la vida insular. Por ejemplo, en las primeras páginas de *Caonex*, el narrador describe la sociedad campesina en estos términos:

Esos son los hombres de esta tierra: Libertinos, borrachones, mujeriegos...No conocen más que el abuso, la molicie, el vicio. Y cuando quieren redimirse, entonces, ¡carija!, hablan de revolución, manchando en sangre lo único bueno que les queda en el corazón (Caonex, pág. 18).

La imagen de la revolución en todas estas novelas es nítidamente negativa. En *Revolución*, Damirón es mucho más explícito y dibuja el clima político anterior a la llegada de Trujillo envuelto en sombras: “Vivimos en la desolación”, porque el pueblo “fué (sic) conducido por el egoísmo (sic) de unos pocos, las actividades sociales y comerciales que se volvían hurañas por miedo a un nuevo caos que las llevara a la inacción” (*Revolución*, pág. 5).

La deuda extranjera, no era resultado de la Administración que en ese momento cuidaba celosa del Erario Público, era ella una dolorosa herencia legada por la imprevisión del legado de Heureaux. Sin embargo, la actitud de una gran mayoría de los miembros del Poder Legislativo, se perfilaba de tal suerte hostil, que no encontrar una patriótica solución, que era deber de todo,

significaba un fracaso determinante de la sustitución inmediata del poder legal (Revolución, pág. 5).

En el texto, el estallido de una revolución era inminente y “Para el pueblo dominicano, nada resultaba tan extraño, como la paz aparente de que disfrutaba” (pág. 6), pues estaba acostumbrado al caos y a revoluciones continuas. “La revolución abriría un hueco al caciquismo relegado con la muerte de Heureaux, al delito reivindicado, al macheterismo resucitado, y a la arbitrariedad glorificada” (pág. 8). Se deja explícito que era absolutamente necesario “un cambio de cosas que orientara mejor al país” (pág. 7) y ese cambio apunta ineludiblemente a Trujillo.

El narrador se prodiga en calificativos peyorativos y repulsas a la revolución cuando relata todos los pormenores de un levantamiento contra el gobierno y el horror que se vivió en la contienda y en las cárceles.

La guerra sin fin; el ansia de una demagogía (sic) repartida como bandada de cuervos sobre el patriotismo; unos con el Poder, otros por el Poder, jamás acabarían de desenclavar de los brazos de su cruz la Patria que a destiempo se entregó a los reclamos de una inexperta aspiración de libertades que así se defraudaba (Revolución, págs. 25-26).

El dominicano es delineado como un individuo ignorante y ávido de poder, y del logro fácil y el beneficio propio, puesto que abrazaba la revolución porque había “oído contar que los hombres del Poder eran unos malos hombres” y porque “para obtener título de hombre, había que bautizarlo con sangre, con pólvora y con hierro” (pág. 26). La revolución en definitiva, en esta novela de título homónimo, aparece como un mal endémico que debiera extirparse del conocimiento del dominicano, pues “Por ella nunca fué (sic) el país rico, por ella siempre huyó de estas tierras el extranjero y se habló de vosotros como de fieras” (pág. 19).

En *La cacica* igualmente se arremete contra otra de las rémoras de la política dominica: el caciquismo, el cual fue arrancado de raíz por Trujillo:

El cacique era el único agente de comercio; el único criador. La marca de su posesión, lo mismo en la señal de la oreja de su ganado, que en el signo que dejaba impreso el hierro candente que estampaba sus iniciales en la piel de las

bestias, eran tan respetados y tan sagrados, como implacable el castigo que se imponía a quienes, audaces, se atrevieran a poner manos para alterarlas, o las robaran en beneficio de cuatrерías condenables (La cacica, pág. 12).

La violencia, el malestar, los continuos cambios políticos y de caudillos, eran la tónica dominante de principios de siglo, una situación que produjo sangre, llanto y miseria en el pueblo dominicano; y que sirve a nuestros narradores de contraste con el panorama político trujillista, donde –para ellos- ya no hay crímenes, ni sufrimiento ni penurias:

Todo se sentía afectado en medio de la anormalidad que se erigía en forma agresiva de gobierno: la iglesia, convertida en cuartel, cambiaba de huéspedes cada vez que el asalto decidía el triunfo de un bando contra otro; los poblados eran convertidos en vivaques, y aplazadas las funciones públicas, los cultos y la administración de justicia, la familia no acertaba hacia dónde dirigir (sic) la vista para encontrar reposo, porque todos los horizontes estaban preñados de amenazas (La cacica, pág. 55).

Por último, otro de los bastiones de la retórica trujillista que hallamos en los textos seleccionados, es el antihaitianismo. Así, en *El viaje* de Amiama, los Escalante, encuentran en su casa una tinaja con monedas haitianas:

Componíase de unas setenta piezas de oro francesas del tiempo de Napoleón, de unas seiscientas piezas de plata de la misma época y de un montón de piezas haitianas de varios tamaños, muy enmohecidas, pero también de plata (El viaje, págs. 178-179).

Don Carlos piensa que su obligación es avisar al gobierno del hallazgo, pero la hija le convence para que guarde silencio, porque “Después de todo, este dinero parece que era de algún haitiano del tiempo de la ocupación” (pág. 179). Y es que, tal y como escribe Roger en una carta cuando conoce la noticia: “*En justicia eso es nuestro, porque seguramente lo robaron a los dominicanos con abusos y atropellos, porque esos mañeses eran malísimos*” (pág. 181).

I. 5. ENTRE EL TRUJILLISMO Y LA CRÍTICA VELADA AL AUTORITARISMO

En este apartado nos encontramos con novelas que nadan entre dos aguas: la perpetuación de la ideología trujillista y el ataque contra el autoritarismo, que precisamente tenía en Trujillo su máximo exponente. Es decir, que estas cuatro novelas (*Over*, *La mañosa*, *El hombre de piedra* y *Trementina, clerén y bongo*) están abiertas a una doble interpretación que iré desvelando en este apartado: trujillista y antitrujillista. No obstante, he de aclarar que la negritud en República Dominicana, tradicionalmente ha sido causa y forma de marginalidad y de exclusión, puesto que no reconocía que era un país mulato y negro. Lo “negro” estaba asociado a lo “otro”, a Haití, y servía para diferenciarlos del otro país⁴⁰⁶, por tanto el antihaitianismo estaba arraigado en la sociedad antes de la llegada de Trujillo al poder. El dictador lo que hizo fue potenciarlo, magnificarlo y hacer de él un arma política y uno de los pilares de su armazón ideológico. De esta forma, lo que vengo a apuntar es que, aunque encontremos en estas novelas la reproducción tácita del ideario trujillista, ésta puede ser consciente o inconsciente, puede ser producto del anclaje antihaitiano de la idiosincrasia dominicana o estar al servicio de la propaganda trujillista. La respuesta no se halla en el interior del texto, y hay que evitar a toda costa la ridícula interpretación fruto de una abstracción que prescinde del texto; por esto, me limito a señalar las dos explicaciones de una realidad que analizaré en las novelas siguientes.

I. 5. 1. HACIA UNA LECTURA ANTITRUJILLISTA

Por un lado, *Over*⁴⁰⁷ es presentada en palabras de Alcántara Almánzar como “una indagación sobre la capacidad de resistencia del ser humano ante la humillación; un sondeo a la conciencia del hombre aplastado por las circunstancias; un vívido relato de la condición humana en medio del fracaso y la desesperanza”⁴⁰⁸. Es decir, que retrata los efectos del autoritarismo en el individuo y de un modo claro, aunque referido a la

⁴⁰⁶ Vid., Ramón Francisco, *Sobre arte y literatura*, Santo Domingo, Taller, 1998, págs. 9-25.

⁴⁰⁷ Ramón Marrero Aristy, *Over*, Santo Domingo, Taller, 1996. La primera edición es de 1940.

⁴⁰⁸ José Alcántara Almánzar, *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*, op. cit., págs. 57.

realidad de los ingenios de la caña, por lo que a priori resulta extraño que pudiese circular libremente en la isla. Pero hemos de tener presente que se publica en 1940, y en esa fecha los ingenios de azúcar aún no pertenecían a Trujillo, e incluso “representaban una potencia enemiga para el régimen”⁴⁰⁹. Y es que nos hallamos ante un texto que encierra un diáfano mensaje nacionalista, que “sienta precedente para las futuras novelas políticas de la República Dominicana que tienden a predominar en la literatura de los años sesenta, setenta y ochenta”⁴¹⁰.

La novela, como he adelantado, versa sobre la vida en una central azucarera: el “*manager*” es un estadounidense –Mr. Robinson- xenófobo, que tenía la “costumbre de no mirar ni saludar a quien no pertenezca a su raza” (pág. 21). El protagonista entra a trabajar a la central y de la mano de él ahondaremos los entresijos del poder despótico imperante en ella; una estructura de poder y una estratificación del mando que guarda estrecha relación con la férula trujillista:

[..] el silencio temeroso de los empleados de aquella oficina, gentes que se mueven como sombras, los dependientes hablando en voz baja y como temiendo constantemente una llamada del jefe, a quien tienen que obedecer sin errores y sin demora; todo eso me ha causado una desagradable impresión; me ha dejado una especie de vacío, con un presentimiento que no llego a definir (Over, pág. 28).

Asistimos a una suerte de jerarquía en el ingenio, en la que los que vivían en peores condiciones eran los haitianos y los que estaban en las mejores residencias y puestos: los norteamericanos. La explotación es la nota dominante -mucho trabajo y poco salario en un contexto insalubre- junto con la extorsión: por la venta de cada producto en la Bodega de la Central, el *manager* y la empresa retenían para sí un porcentaje bastante elevado; es lo que se llamó “over”. La central se convierte entonces en una cárcel, en la que no hay cabida a la protesta y sólo se permite la sumisión; es una fortaleza cerrada y asfixiante:

⁴⁰⁹ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 18.

⁴¹⁰ *Ibid.*, págs. 18-19.

Así vienen todos, por un año, por una zafra; pero se queda hasta que los botan o se mueren. Usted no se irá por iniciativa propia. No sueñe con eso. Mejor es que se vaya acostumbrando. Aprenda a callar sus cosas, porque aquí es peligroso hablar con cualquiera; no piense en su destino; sea buen empleado... (Over, pág. 98).

Las mujeres también pasarán a formar parte de la propiedad de los norteamericanos -del *manager*-, como en el trujilato: “Y el hombre, además de con el dinero, se queda con la honra de sus protegidos, como siempre ocurre en estos casos. Mujeres, hermanas e hijas se vuelven locas con Mr. Lilo...” (pág. 63). Se trataba de una situación infausta en la que el “comercio de la dignidad” y la caprichosa voluntad de estos jefecillos dejaban exánime la moral y la vida de cuantos trabajadores había, ya que cuando se cansaban de la mujer, la hermana o la hija, el esposo, hermano o padre se quedaba “sin honor y sin empleo, después de haberse cotizado a tan bajo precio” (pág. 64). El protagonista, piensa que ese tipo de episodios sólo podían ser ficticios, pero “Todo eso ocurre en este mundo de la finca”.

El *manager* vendría a fungir de “dictador” (pág. 65), puesto que era “un carnicero en su país”, donde se controlaba hasta la respiración de los trabajadores y donde no existía libertad de expresión. Los medios de comunicación silenciaban las muertes por irregularidades: estos fallecidos y heridos “raras veces aparecen en las columnas de algún periódico sin ninguna clase de detalles” (pág. 80). La lectura antitrujillista es clara, e incluso el autor irá más allá detallando el miedo, la desesperanza y la desolación de los trabajadores –el pueblo dominicano-, pero también la cobardía de éste que permanece impasible ante semejante represión. Se invita incluso a la movilización, a la rebelión cuando el protagonista dice: “Me crece, encendido, un gran deseo de gritar a todos los vientos, denunciando cómo se destruye a los hombres en estas fincas” (págs. 186-187).

Por tus calles se camina con temor, mirando hacia atrás. Ningún hombre es capaz de hablar en voz alta, como no sea para elogiar al mister. Cuando las locomotoras asustan el cielo con su grito, todos tus hijos callan, como si hablase un dios; y si las factorías –monstruos reales de una nueva y cruel religión- destrozan un pedazo tuyo –uno de tus hijos-, el resto enmudece, sin lágrimas, y sin protestas (Over, pág. 197).

Pero también se impele a los gobiernos a que regulen esta situación y se critica – hay que recordar que cuando se publica la obra el gobierno es el de Trujillo- que no tomen medidas para paliar los abusos de esos “capitalistas sin entrañas”. Marrero Aristy parece amenazar a estos mandatarios sin escrúpulos, cuando pronostica que si no se pone fin –pues siembran el rencor- a esa barbarie “la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán” (pág. 206)

En *La mañosa*⁴¹¹ en cambio, la crítica al régimen es mucho menor, y más bien va dirigida a aquellos que detentan el poder y se corrompen con él: “y no le ando atrás a ningún general de éstos que entusiasman a uno, y después (sic), cuando suben...si te he visto no me acuerdo” (pág. 148). Pero la última escena de la novela es un fusilamiento que manda el general Macario, al que abiertamente se opone el padre del niño Bosch, y que Macario justifica como “necesario”: no es necesario matar, “pero hay que dar ejemplos”, pues “Esa gente iba a turbar la paz” (pág. 218). Es la misma idea que tantas veces hemos visto reflejada en las novelas de dictador/ dictadura, pues la “mano dura” es vital para mantener el orden y que los subversivos desistan de intentos de desestabilizar el gobierno. Por ejemplo, en *Tirano Banderas* leemos: “Pero la Colonia Española no puede menos de reconocer que en el inflexible cumplimiento de las leyes está la única salvaguarda del orden y del florecimiento de la República”⁴¹²

Por el contrario, *El hombre de piedra*⁴¹³ deja más espacio narrativo al cuestionamiento de los modos coercitivos del poder y a la crítica incisiva a cualquier tipo de autoritarismo. En la introducción a la edición que manejo, Marcio Veloz Maggiolo nos cuenta la amistad de Lacay Polanco con Peña Batlle y afirma que “fue un bohemio creciente, un seguidor de Baco, un discursivo comediante que gesticulaba cuando tenía que expresar su gran cultura” (pág. 11). Desempeñó el cargo de “agente cultural fronterizo” y algunos lo colocan “como incondicional de la tiranía y hasta existen rumores de colaboración con el régimen que terminaron en resultados políticos”

⁴¹¹ Juan Bosch, *La mañosa*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2001. La primera edición es de 1936.

⁴¹² Ramón del Valle-Inclán, *op. cit.*, pág. 44.

⁴¹³ Ramón Lacay Polanco, *Antología*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1994. La novela que trato, *El hombre de piedra* fue publicada en 1959.

(pág. 13). Consta que admiraba a Trujillo y que escribió varios artículos sobre él en “PERFILES DE TRUJILLO”. Otros amigos, en cambio, lo consideran un “anarquista que criticaba en ocasiones la dictadura cuando le venía en ganas” (pág. 13). Esta idea coincide con lo que vemos reflejado en la novela *En su niebla*, que destila “duras referencias a la vida miserable dominicana en los años de la Segunda Guerra Mundial no dejan de ser una valiente denuncia, puesto que Lacay divide la sociedad capitaleña en una aristocracia cuyos vicios denuncia y unas clases bajas sin esperanza de ascenso” (pág. 13). Pero también en *El hombre de piedra*, publicada tras la infructuosa invasión de Cuba y que ha sido catalogado como:

[...] novela de largo aliento que él mismo consideraba su mejor obra. Su infancia sale a flote en esta obra en la que lo rural y lo cotidiano se mezclan, cuando las luchas de las montoneras y de la vida anterior al año 1930 definen las características del país (pág. 18).

Su protagonista, Julián González, “encarna los vicios de la sociedad rural que manejada por terratenientes inescrupulosos secó las venas de América” (pág. 18). Se mueve por los resortes de la lucha y el deseo de ascenso y de poder, por lo que incluso borraría su cuestionable pasado –como lo hizo Trujillo- y pretenderá a una de las hijas de la familia más adinerada del pueblo; como el Jefe hiciera con Bienvenida. El crimen, el ansía de riqueza, el soborno y la procacidad forman parte de su concepción vital, y por todo esto algunos críticos nos aventuramos a considerar este texto “un símbolo, una copia de sombras del poder extraídas de los almacenes de la tiranía trujillista” (pág. 19). Pero es que el mismo escritor había de ser consciente de que su obra podía ser interpretada como una crítica subrepticia al trujillato, y por esta razón –como habría de hacer Sanz-Lajara- en la introducción de la obra aclara que estos “hechos habían sido superados en la Era de Trujillo” (pág. 19) dice exactamente: “*Aquella etapa tumultuosa, llena de atropellos y angustias ha desaparecido en esta Era de progreso que vivimos*” (pág. 99). Ciertamente, lo narrado coincide con los procesos que llevó a cabo la dictadura para garantizarse el poder:

Así Julián González es un signo del poder. Muchos de sus defectos fueron los de Trujillo, y aunque no nos atrevemos a señalar que EL HOMBRE DE PIEDRA fuese una novela anti-trujillista, es la que más se acerca, dentro de la

propia era de Trujillo, a una crítica visión de los abusos de la concentración del poder (pág. 19).

Aunque, a mi juicio, también habría que incluir en el mismo nivel a *Trementina, clerén y bongo*.

Pues bien, ya sabe el lector que Julián González, hombre “influyente”, se casa por conveniencia con Doña Mariana, enferma, “delgaducha y sensible”, ante la que muestra ribetes de frialdad e indiferencia. Al principio, la muchacha lo odiaba profundamente pero poco a poco al conocer sus historias de coraje y hombría, fue incubando “el germen de una pasión que estaba adormecida” (pág. 111). La intención de González era, después de haber fundado una hacienda - sobre la base de tropelías, engaños y extorsiones y atentando contra sus rivales como hiciera con Pepe Rosas- asentar su dominación social en la comarca y para ello qué mejor que casarse con la hija de Espinosa, uno de los barones de la comarca.

Julián de este modo, con “expresión de mando y sus ojos dominantes”, alcanza ser el dueño y señor de la comarca. Era temido por “su expresión de piedra” –“Más que hombre era una roca. Firme. Duro” (pág. 123), como tanta veces hemos leído acerca del impenetrable Trujillo- y se alza como patriarca de la zona. Sus dotes de mando y su poder sin precedentes le conferían la garantía del mando pues “con Julián cualquiera no se mete” (pág. 111):

Los hombres de Julián eran duros, ejercitados en la violencia, y en fracciones de segundos, empujando con la zurda a la peonada, bajo una lluvia de improperios y maldiciones les propinaban planazos estridentes que hacían correr a los más orgullosos y hundían en su pequeñez a los pusilánimes (*El hombre de piedra*, págs. 117-118).

Él y sus hombres sembraban el miedo y el espanto, “un clima de agonía que obligaba a la peonada a huir, apresuradamente” (pág. 118), pues “J. G. Era más que una fuerza: era una superstición. Todos le odiaban y temían” (pág. 139). Como Trujillo, era supersticioso –iría a ver a una bruja para que le diera una amuleto protector- y tenía ancestros negros. También como el dictador, desde pequeño se había ganado la etiqueta de valiente y mujeriego, pues solía frecuentar prostíbulos. Las descripciones que se

sucedan en la novela sobre Julián Muñoz bien podrían hacer alusión al “Benefactor de la Patria”:

La violencia de su porte y de su voz es tajante; y dentro de esa quietud queda su ímpetu vibrando en el pliegue de sus cejas, en el enojo de su boca, en la línea rotunda, estalante, de su mandíbula, y parece un bronce conteniendo todo el brío y el esfuerzo del mundo (El hombre de piedra, pág. 187).

.....
Con Julián González no se podía jugar. Hombre de mirada clara se apercebía del engaño rápidamente, y su reacción violenta era como torrente desatado que no reparaba en recodos sentimentales, principios morales o cánones religiosos. Su dinero era su culto y la fuerza de su brazo era su escudo. Corazón templado en las angustias, duro como guayacán serrano, era impiadoso, implacable con el débil, y más terrible, todavía, con el fuerte (El hombre de piedra, pág. 206).

El sintagma “hombre de piedra” atribuido a Julián González aparece repetidas veces a lo largo de la novela y explica su carácter hermético, su voluntad monolítica y sus formas implacables de actuación. El semblante que de Trujillo siempre se ha dado en las novelas del trujillato –excepto en la década de los noventa como veremos y en las llamadas “novelas del dictador”- corresponde con esta caracterización, caricaturización mejor dicho, y pocos han sido –mayormente historiadores- los que han resaltado la sensibilidad y humanidad del tirano:

Todos los defectos del espíritu son como piedras. La ira, el odio, la envidia y su secuela, son rocas vigorosas que arraigan en la entraña del psiquismo. Allí se enseñorean y su predominio es difícil de destruir. Empero, la impiedad es la roca más dura

[...]

Las palabras no lo conmueven; las lágrimas no lo sacuden. Es una columna de granita, lisa, sin aristas quebrantadoras, fundida en la sombra de su propia inmisericordia, solitaria, como una maldición, desafiando las iras y las ternuras, destruyendo las borras de los celos y las pasiones, sin alterar su fortaleza, inexorable, como un destino

[..]

Y Julián González estaba fabricado de esa piedra (El hombre de piedra, págs. 252-253).

El elenco de crímenes y atropellos execrables, como ahorcar a sus enemigos y exhibirlos públicamente, ahogan el discurso, perfilando a un monstruo carnicero, caricaturesco, como he dicho, sin trasfondo, en misma línea de aquellas novelas del primer cuarto de siglo XX cuyo único fin era la diatriba y no el tratamiento estético del texto. Así, los campesinos lo consideraban un “legionario del diablo”, como el pueblo de Santo Banderas que creía que éste había hecho un pacto con Satanás o el de *El Señor Presidente*, que se sentía vigilado por “el ojo del Diablo”.

En aquel clima de muerte y latrocinios, Julián González comprendió que la ley de la vida es la fuerza, el poder del dinero y la audacia (El hombre de piedra, pág. 175).

Por otro lado, el pueblo adquiere protagonismo en la novela de Lacay Polanco. Se trata de una sociedad con “ansias de civilización” –tal y como se describía en las novelas de Damirón- que es capaz de luchar contra esa “tiranía”, en una ocasión se manifestarán, de amotinarse y combatir a González aún a riesgo de perder la vida:

El rostro de todos y cada uno de los habitantes lucía amarillento de tanto tragar odio, y en el ceño fruncido y la mirada de soslayo y en la tosesita de pantomima se mostraban la cólera contenida y el temor de manifestarla. Aquel conglomerado era un pueblo triste como un niño con hambre (El hombre de piedra, pág. 185).

Lacay Polanco también introduce una línea argumental más que se instala en las sirtes del *romance*: la hija de Julián González, Ana Mercedes comienza a tener relaciones con Ricardo Cuesta, un oficinista –“joven voluntarioso, de maneras elegantes y mirada triste” (pág. 116)- que es enemigo y despreciado por su padre, razón por la que hará lo que esté en su mano para separarlos. Todos en el pueblo sabían que la vida de Ricardo Cuesta peligraba por ello y que “estaba pendiente de una simple orden”, como pasaba con Trujillo:

Miraba ya a Ricardo Cuesta como a un boleto de la tumba, y adivinaban en cada uno de sus pasos el viaje irremediable hacia la huesa. Lo evadían, mientras le señalaban con el índice timorato. En puertas y ventanas reproducíanse los ojos cuando le veían transitar solitario, esperando de un momento a otro el golpe definitivo.

El oficinista había osado desafiar la ira del cacique. Y esto era lo insólito, conociendo los ímpetus de Julián González (El hombre de piedra, pág. 240).

Pero el valiente Ricardo, a pesar de saber el peligro que entrañaba seguir en la comarca, decide no huir, pues “Es la ley de la tierra: matar o ser muerto” (pág. 257). Finalmente matará a uno de los acólitos de González y triunfará el amor sobre el despotismo.

Asimismo, la soledad, recurrente en la narrativa de Lacay Polanco, ocupa un lugar relevante en la novela y es revelador que Polanco incida en este rasgo ínsito del tirano, pues habría de ser el motivo principal de las novelas de dictador de los setenta y en las del trujillato de los noventa. Esto es: Mariana Espinosa le augura a Julián González que se va a quedar solo, ya que hasta su hija lo abandonará para irse con Ricardo: “Y Satanás se quedará contigo” (pág. 263). Y será lo último que le diga su esposa antes de morir, la maldad conlleva soledad. El último párrafo de la novela es en este sentido, muy ilustrativo y significativo:

El hombre está solo. Su corazón empieza a llorar. Su mirada triste se clava en la senda enlodada, y advierte con pesadumbre como las huellas dejadas por los brutos poco a poco se llenan de agua. Dios está mojando los caminos. Julián González es un camino solitario, envuelto en la penumbra de su residencia, donde parecen surgir sombras tenebrosas.

Por primera vez siente que algo en su interior se resquebraja. También la soledad es una muerte (El hombre de piedra, pág. 265).

Por último, abordaremos la interpretación antitrujillista de *Trementina, clerén y bongo*⁴¹⁴, un “testimonio novelado” de González Herrera en el que éste es consciente,

⁴¹⁴ Julio González Herrera, *Trementina, clerén y bongó*, Santo Domingo, Taller, 1985. La primera edición es de 1943.

como ocurre con Lacay Polanco, de que su obra es susceptible de ser leída como una afrente a la dictadura, por lo que en una nota previa a la novela, hace constar que lo que en ella se recoge es producto de la imaginación y que “cualquier semejanza” que quiera encontrarse con la realidad, “no tiene fundamento”. Pero esto queda invalidado en el momento en el que el narrador acentúa la verosimilitud de los hechos narrados, hechos históricos fácilmente identificables con la realidad⁴¹⁵.

La narración cuenta los avatares de un “Manicomio Modelo” - “escenario, humano y singular, en el tercer año de la segunda guerra mundial” (pág. 22)- ubicado en una isla de República Dominicana –metáfora del país- y que se caracteriza por la vigilancia extrema, la represión, y el abuso de la autoridad, tal y como pasaba con los ingenios de Ramón Marrero Aristy:

La posibilidad de fugarse del establecimiento es muy remota, ya que la isla está a bastante distancia de La Hispaniola, y no hay a disposición de los reclusos herramientas con que puedan éstos (sic) construirse lanchas o botes. Además, hay una constante vigilancia ejercida por los guardianes (Trementina, págs. 18-19).

Entre el personal, destaca el director, Doctor Fernando Romano, “un honorable”, que procede de una de las principales familias dominicanas y que contaba entre sus antepasados con un Presidente de la República; el subdirector –Doctor Herrera- que es el único que se preocupa por los dementes: aboga por la administración racionada de la trementina⁴¹⁶ y por procurar mejor alimentación y diversión; y los enfermeros. Por último, en esa “prisión hospital” –misma idea de cerrazón que en *Over-* están los guardianes: “Personas sin instrucción con escaso sueldo, gozan en su papel de carceleros, que es una de las formas humanas de dominio” (pág. 21).

A medida que avanza la narración va describiendo cada uno de los pabellones del manicomio, el estado de locura de sus respectivos internos, labores y dedicación. En el pabellón uno están los más cuerdos y normales y son los “jefes” después de los guardianes, porque son los más inteligentes: “Nosotros estamos aquí presos, sin haber

⁴¹⁵ A este respecto, *Vid.*, Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 102.

⁴¹⁶ Las inyecciones de trementina paralizaban los miembros inferiores, produciendo un dolor “agudo y continuado”: “Estas inyecciones se aplican principalmente a los locos furiosos para calmarlos, pues produce un *schock* nervioso, muy beneficioso para el paciente” (pág. 62).

hecho nada. Son las eternas injusticias humanas. También estuvo preso Napoleón en la isla de Santa Elena” (pág. 24). En este pabellón se encuentra el protagonista de la novela, Rodolfo –“un hombre grande...y sabe mucho”, que es una suerte de *alter ego* del autor, carismático y depositario de la confianza del resto de los presos:

Como sucede a las personas que no están completamente dementes y que son de clara inteligencia, se daba cuenta perfecta de que su estado mental no era normal. Las ideas le bullían en el cerebro con una rapidez inusitada, pero de una manera confusa, aunque no tan confusa, que no le permitieran comprender esa misma confusión (Trementina, pág. 30).

Rodolfo, por tanto parece ser un individuo normal, pero el resto de sus compañeros también, pues uno de los *leitmotives* de la narración es la consideración de que los locos son más “normales”, más dóciles y legales que los cuerdos oficiales:

En realidad, los locos con sus acciones inconsistentes y sus confusas ideas, son mucho más fáciles de manejar que los cuerdos. No hay en ellos plan concertado, ni actúan con ideas preconcebidas. Rara vez se les oye murmurar de los demás, y sienten con menos fuerza esos egoísmos y envidias tan frecuentes en las colectividades normales. Actúan simplemente, con impulsos primarios, desprovistos de un fin definido y calculado (Trementina, pág. 56).

El narrador realiza una tipología de estos dementes: “locos mansos”, “idiotas”, “maniáticos”, “locos alegres”, “locos sueltos”, locos que “padecían delirios de grandeza y se denominaban a sí mismo reyes o dictadores [...] y atribuían su reclusión a la obra de sus enemigos” (pág. 35). Otros habían sido “víctimas de verdaderas persecuciones que los habían lanzado al abismo de la locura” (pág. 36), como ocurría en el trujillato. Algunos, que aparentaban haberse curado, cuando se les ponía en libertad, en “contacto con agentes exteriores” volvían a darles accesos de locuras. Es decir, que el exterior es lo que verdaderamente “vuelve loco”, donde reside la enajenación y donde “dementes” se creen “dictadores”, en el interior en cambio “no hay más locos que en la calle”. Esta consideración de la realidad dominicana bajo la dictadura como una “locura”, como un producto demencial que enloquece, la veremos reflejada en novelas del trujillato posteriores: *Los ángeles de hueso* y *La telaraña*.

Sus observaciones lo habían llevado a la conclusión, de que los locos pertenecían a todas las clases sociales, desde las más elevadas, donde la locura, hereditaria o no, provenía seguramente de las excesivas preocupaciones, desgracias, disgustos, enfermedades y vicios inherentes a la riqueza, hasta las más humildes donde parecían originarse en el hambre y los sufrimientos que conlleva la miseria. Un cerebro débil parecía ser el campo propicio y abono para que germinara esta enfermedad que era como una negación de la potencia psíquica del hombre (Trementina, pág. 37).

Pero el manicomio además de ser una cárcel, es un “cementerio”: “el que está aquí está como muerto” (pág. 29) o, “la enfermería que es un hospital, es una especie de cementerio en vida, una macabra anticipación de la tumba” (pág. 66). Por estas razones y por las injusticias que Rodolfo pensaba que se cometían en el psiquiátrico, éste decide hacer una revolución. Para poder llevar a buen puerto su plan, había de ir estudiando de forma individual a los reclusos, para decidir quiénes podrían ser sus aliados y para conocer el estado de las cosas: “Pero lo malo, lo terrible, era que nadie se consideraba allí loco y sin embargo todos lo estaban” (pág. 40).

En las comunidades normales las conspiraciones casi siempre fracasan porque sobre ellas se cierne implacablemente el fantasma de la traición: el conspirador venal que sabe que va a obtener el precio de su deslealtad, va donde el enemigo y vende su secreto (Trementina, pág. 40).

Y es que a Rodolfo, “Le ahogaban unas ansias incontenibles de hacer algo grande, de sentirse un ser superior” (pág. 67) y poner fin a la descarnada situación por la que pasaban él y sus compañeros en el manicomio. Él liderará la revolución y será “el jefe”: “Este manicomio es una prueba de la injusticia y de la perversidad de los hombres...Nosotros terminaremos con este estado de cosas” (pág. 69).

Paralelamente, Rodolfo descubre una gruta en el mar en la isla, por indicaciones de un recluso demente que le dio antiguos planos de la localización de un tesoro y le prometió que si le ayudaba le daría la mitad de la riqueza hallada. Rodolfo puso toda su atención e inteligencia en tratar “de dilucidar aquel jeroglífico (sic) numérico” (pág. 80), pues el mapa estaba en clave y encontró finalmente el tesoro. Un tesoro que sería

sólo para él, pues el otro recluso terminó de enloquecer y que pone de manifiesto el materialismo sumo de Rodolfo: “Se pasaba las monedas por la cara, olía las piedras preciosas, dejaba caer los lingotes a sus pies, besaba los curiosos brazaletes y las artísticas diademas” (pág. 91).

Un domingo, día en el que tenían lugar las visitas de los familiares, y Rodolfo ve a una visitante, Charlotte -hija de una familia importante norteamericana-, y se enamora perdidamente de ella: era “la verdad, la virtud y la belleza supremas”. Para no perderla, pensó en raptarla, llevarla a la gruta y hacerla su reina. Cuando desapareció la chica, todo el mundo la buscó en la isla desesperadamente aunque no dieron con ella. Finalmente el vapor que transportaba a los visitantes tiene que volver a tierra sin la chica, pero es fatalmente hundido. De esta forma, la isla queda aislada e incomunicada y se ven obligados a someterse a un plan de racionamiento. Todo lo ocurrido produjo en Rodolfo, un “delirio de grandeza con fuertes sacudidas emocionales” (pág. 117) y “La islita estaba ahora separada del mundo, y nada le impediría en breve, ser dueño y señor de ella” (pág. 120). Rodolfo le dice a Charlotte que “está destinado a hacer grandes cosas en el mundo” (pág. 123) –como Trujillo se pensaba que lo estaba- y que ella es su “inspiradora”, su guía y que tiene la idea de “establecer en esta isla un gobierno modelo” (pág. 124), que a partir de ese momento se pondrá en marcha.

Entonces se reúnen los conjurados y planean la rebelión y el reparto de las tareas que cada uno va a desempeñar en el nuevo gobierno que se iba a instaurar en el manicomio. Resolvieron “hacer prisioneros al personal del manicomio y establecer un nuevo gobierno, justo y beneficioso para la comunidad” (pág. 128) y se comprometieron todos los dementes a obedecer y respetar a Rodolfo. A partir de ese momento, se vitoreará y se alabará a Rodolfo, como sucedía con el tirano quisqueyano: “¡Viva el jefe, Rodolfo!”. Con garrotes en alto se dirigieron a apresar al personal y a los directores, que a pesar de la resistencia que pusieron cayeron en sus manos debido a “la superioridad numérica”. La consigna era: “¡Ojo por ojo y diente por diente!”, movidos por un ansia de venganza estremecedora: “¡Ahora las pagarán todas juntas!” (pág. 133) que pasaba por tratar a los empleados del mismo modo en que lo hicieron éstos con ellos:

Llegaba el momento de decidir lo que se haría con los directores y personal del establecimiento. Llegaba la hora de la venganza. Rodolfo se frotaba las manos de gozo. En su cabeza daba vueltas a miles de métodos que imaginaba

para hacer sufrir a sus verdugos de una manera refinada y torturadora. Naturalmente, que no quería matarlos, ni hacerles un daño duradero. Ellos tampoco se lo habían hecho a él [...] Ahora verían lo fácil que es ser loco. Ellos ya eran locos de la sola desesperación de estar presos y con la horrible incertidumbre sobre la suerte que les esperaba (Trementina, pág. 143).

Es interesante comprobar en la narración como paulatinamente Rodolfo se va convirtiendo en un jefe autoritario y un dictador, incurriendo en los mismos fallos y errores del autoritarismo anterior:

Al parecer aceptaban incondicionalmente a Rodolfo como jefe, pues todos se colocaron respetuosamente detrás de él. Una vez en la oficina, Rodolfo, poseído de su papel de dictador, se puso a dar órdenes febrilmente a fin de que todo siguiera marchando en el establecimiento como hasta el momento (Trementina, pág. 136).

.....
Como la mayoría eran ignorantes, a todos les había asombrado la decisión, valor e inteligencia con que Rodolfo había actuado. Lo sentían jefe. Entre locos o cuerdos, el primer puesto siempre ha correspondido al que ha dominado a los hombres y a las circunstancias (Trementina, pág. 137).

Charlotte, por ejemplo, también pensaba que el tema de la locura de Rodolfo era “un delirio, una fiebre que tenía con el poder y con el afán de arreglar la humanidad” (pág. 156). El protagonista, como Trujillo, “Sentía en el alma una fruición inmensa, la fruición del hombre que se siente triunfante en un escenario que corresponde a la magnitud de sus acciones” (pág. 231).

En definitiva, y del modo que plantea Norberto James:

Es evidente que nuestro relato no ignoró el ambiente represivo bajo la dictadura de Trujillo, representada en la novela por el personal médico y administrativo, así como el maltrato dado a los pacientes locos (el pueblo)⁴¹⁷.

⁴¹⁷ Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 109.

James sostiene que la censura trujillista no dio mayor importancia a estas embestidas palpables porque se adscribe a un psiquiátrico –y las “opiniones provienen de locos”- por lo que no tendría validez ni credibilidad.

I. 5. 2. HACIA UNA LECTURA TRUJILLISTA

En cuanto a la lectura trujillista, por una parte tenemos que *La mañosa* es también entendida como “una requisitoria contra el caciquismo provincial o campesino y una plegaria a favor del advenimiento de un orden que garantizara la libertad y el progreso”⁴¹⁸. El propio autor dice en una nota a la tercera edición, que no se leyó su novela durante el trujillato:

Por una de esas contradicciones inherentes a la naturaleza de las tiranías, dejó de leerse en Santo Domingo durante un cuarto de siglo a pesar de un libro sobre los desórdenes armados que se llamaban en nuestro país revoluciones no debía considerarse peligroso para el régimen, sino todo lo contrario (pág. 9).

Y es que “Trujillo no admitía nada de sus enemigos, ni siquiera lo que podía beneficiarle, puesto que él también se oponía a las revueltas armadas”⁴¹⁹, y en cambio *Over* pudo circular con total libertad. La novela, en efecto, narra mucho de las consecuencias devastadoras de la revolución, del mismo modo que hemos tratado en las novelas anteriores:

¡Revolución! ¡Revolución! Bien sabía padre cómo cada enemigo cobraba, al amparo de la revuelta; bien sabía padre que no quedaban hombres para torcer andullos; bien sabía padre que las llamas no tardarían en chamuscar los conucos, en marear las hojas de los plátanos; que pronto ardería el maíz, cuando las bandas entraran de noche a asolarlo todo. Y bien sabía que todo dueño de reses encontraría, una mañana cualquiera, los huesos de sus mejores novillos sacrificados en la madrugada (La mañosa, págs. 66-67).

El texto se inunda de las ideas que vimos reflejadas en novelas trujillistas: el “fantasma del hambre”, las nefastas derivaciones de las continuas revueltas –“Esta sería

⁴¹⁸ Diógenes Céspedes, “El sentido de la responsabilidad social frente a la escritura: un estudio de *Jengibre*” en *op. cit.*, pág. 41.

⁴¹⁹ Bruno Rosario Candelier, *Tendencias de la novela dominicana, op. cit.*, pág. 177.

una gran tierra si no fuera por esas condenadas revoluciones” (pág. 174), y la ingente sangre derramada impunemente. Como ejemplo, tenemos al general Fello Macario hace triunfar su revolución y se nombra a sí mismo “gobernador”, “pero rubricaba como ninguno con su sable páginas horrendas escritas en las sabanas o en los callejones” (pág. 203). El siguiente en encabezar una revolución sería Monsito Peña, también fiero y despiadado:

Ya no había guerra; pero aquel cabecilla sanguinario la encendía donde estaba; las descargas de sus fusilamientos resonaban peladas, y se erizaba de cruces la tierra que él pisaba (La mañosa, pág. 205).

Sin embargo, en *Trementina, clerén y bongó* es la ideología trujillista la que se emboza en la narración. Norberto Pedro James consigna que la obra podría ser calificada como “uno de los primeros productos de la difusión de la ideología trujillista”. Se trataría de un “franco instrumento de propaganda” del sentimiento antihaitiano y pro americano que la retórica trujillista quería empozar en el alma dominicana. Positivamente, el narrador incurre en reiteradas ocasiones en resaltar las diferencias étnicas, espirituales, culturales, sociales y psicológicas entre el haitiano y el dominicano en aras de ensalzar la ideosincracia dominicana. Como ilustración me valdré de la selección de varios párrafos dedicados al “grupo de los haitianos”, cuyo pabellón era “el más sucio y mal oliente de todos”:

De raza y costumbres distintas a las de los dominicanos, el grupo haitiano vivía casi aparte en el sanatorio, y era mirado por los demás reclusos con cierto recelo y aprehensión. Los haitianos tenían fama de brujos y antropófagos, y además, su lenguaje afrancesado, el patois o creol, era confuso e ininteligible para la mayoría, contribuyendo a aislarse todavía más (Trementina, pág. 49).

.....
Además, el haitiano es generalmente analfabeto, supersticioso, brujo y curandero, y en su vida hay prácticas que muy frecuentemente lo conducen a la locura, o a una apariencia de ella, en un porcentaje mayor que a los dominicanos (Trementina, pág. 50).
.....

La verdad es que el haitiano nunca ha sido bien comprendido por el dominicano, que ve en su actividad sumisa e hipócrita y en sus extrañas prácticas, algo tenebroso y desconcertante (Trementina, pág. 140).

.....

Mientras el dominicano quiere glorias para ofrendarlas al ser amado, el haitiano, tras la satisfacción de sus apetitos carnales, solo ve en ellas un objeto de lucro. Cuando de nada le sirvan, las echarán (Trementina, pág. 159).

.....

La aversión del negro haitiano por el blanco, es algo peculiar y característico. La mayoría de los negros del mundo consideran al blanco como un ser superior, y generalmente lo envidian o temen. Pero el negro haitiano es todo lo contrario: considera la raza blanca como una raza de menor importancia que la suya, y tiene a orgullo su color y sus costumbres (Trementina, pág. 218).

Por otro lado, hay que señalar que los haitianos permanecieron al margen de la rebelión de Rodolfo, hasta que robaron materiales de los insurrectos. Leemos: “Yo viví mucho tiempo cerca de Dajabón en la frontera, y no había noche que no se pasaran por la línea a robar ganados, gallinas y víveres de los dominicanos” (pág. 179). Los dementes piden justicia a Rodolfo que procurará complacerlos: “¡Si justicia no puede haber orden, y sin orden la libertad se convierte en libertinaje!” (pág. 181). Por estos motivos se acercan al reducto haitiano, donde observan las “extrañas” costumbres de estos y su afición por las ceremonias y ritos del *vaudou*: el arma que posee el haitiano para luchar contra los dominicanos dementes. Combatirlos suponía enfrentarse con el esoterismo y la brujería, puesto que además el jefe de los haitianos podía resucitar muertos. Desde ese punto de la narración comienzan a precipitarse los conflictos y rivalidades entre ambas comunidades (reflejo de la situación real de las dos mitades de la isla) y los haitianos terminarán por sublevarse y atacar a Rodolfo y sus compañeros, haciéndose dueños de la situación, “amparados por sus siniestros dioses”.

El orden se reestablece cuando un barco de marines norteamericanos alertados por el fuego, desembarcan en la isla. Estos impondrán la paz, y para garantizarla pondrán de servicio a “cinco marinos, para evitar la repetición de cualquier desorden” (pág. 259). El sentimiento pro americano del autor no deja lugar a dudas, puesto que el

mensaje que transmite es que, tal y como sucede en la realidad hispanoamericana, siempre se hace necesaria la intervención estadounidense.

Finalmente, Rodolfo se casa con Charlotte y se va de la isla, no sin antes repartir su tesoro: para mejorar el Manicomio Modelo, para la guerra de los EE.UU, para el Presidente de la República, para obras de beneficencia, para la República Haitiana que de combatir el *vaudou*.

Por último, sólo me queda hacer alusión al componente trujillista de *El hombre de piedra*, que no se haya diluido en la narración, sino en la nota introductoria a la novela que redacta el autor, precisamente para guardarse las espaldas. En ella se explicita que los “*hombres de ayer*” son hombres de piedra, porque la evolución y el alejamiento de la barbarie llega de la mano de Trujillo, pues gracias a él los dominicanos ya no son “*primitivos y crueles*”:

Afortunadamente la gesta de dominicanidad creada por Trujillo ha desterrado definitivamente la mala hierba que se enseñoreaba en aquellos panoramas, rescatando no tan sólo el dulce idioma español sino robusteciendo también la nacionalidad (*El hombre de piedra*, pág. 99)

I.6. LAS TRES CARAS DE LA VERDAD: *EL MASACRE SE PASA A PIE, CEMENTERIO SIN CRUCES Y LA FIESTA DEL REY ACAB*

I.6.1. LA CRÍTICA BAJO EL CAJÓN: EL MASACRE SE PASA A PIE

*El masacre se pasa a pie*⁴²⁰ la escribió Freddy Prestol durante la dictadura, y por esta razón y porque reproduce los paradigmas narrativos de esa época, la incluimos en este bloque de la dictadura, aunque no viese la luz hasta 1973. Se trata de una de las pocas obras que fue escrita desde la clandestinidad durante la tiranía y que salen a la luz después del magnicidio: “después de la caída de Trujillo fueron muy pocas las obras

⁴²⁰ Freddy Prestol Castillo, *El masacre se pasa a pie*, Santo Domingo, Taller, 1998. La primera edición es de 1973.

inéditas que se publicaron o que revelaran que fueron hechas en la clandestinidad y que además fueron el producto de la represión trujillista”⁴²¹.

La novela narra los acontecimientos acaecidos en 1937 en relación a la feroz masacre haitiana perpetrada por los sicarios trujillistas. El Corte –o “vendimia roja” así se denominó- se inició por orden de Trujillo: había que “matar, destruir y finalmente entregar a las llamas las casas y las gentes” (pág. 31), porque aunque el Jefe dijera lo contrario, no se dio margen al haitiano ni oportunidad de huir de tierras dominicanas: “El puñal y el garrote no habían permitido el éxodo de los negros de Haití, su patria. La orden fue sacrificarlos” (pág. 39). Los “reservistas” –dominicanos que mandan para matar haitianos- y militares encargados del gobierno o aceptaban de buen grado la tarea asignada –aunque algunos se quejaban por no recibir dinero ni recompensa por ello- o bien otros ponían en tela de juicio la orden, considerándola excesiva: “que estoy cansado de este maldito Gobierno!...Poné a uno de asesino, carajo! El corazón lo llevo vanito, de tanta atrocidad!” (pág. 54). No obstante, el corte se llevó a cabo y las descripciones que Prestol Castillo hace de la masacre son realmente crudas: “Mientras mi mula va saltando sobre los cráneos dispersos como los pedernales del río” (pág. 59).

Desde ese instante no vale la pena preguntar por una negra más. El río ayuda a ocultar el crimen. Se lleva el cuerpo. ¿A dónde? A cualquier parte, hasta que lleguen los cerdos montaraces y los perros vagabundos! (pág. 42).

El texto no sólo se ocupa de la denuncia de la carnicería trujillista, sino que también señala la trágica suerte que corrió el pueblo haitiano: “*Pese a sus crímenes del siglo pasado, los haitianos son nuestros más desgraciados hermanos, más desgraciados que nosotros*” (pág. 10). Líneas más adelante leemos:

Parece que el destino de este pueblo, Haití, es caminar. Ahora, en los dientes de cerdos y perros. El haitiano es un gitano negro bajo los cielos del Caribe. Su destino es caminar: huir de su tierra, que está llena de látigos [...] ¿Por qué vienen a Santo Domingo?... ¿Por la tierra?...Es que buscan nuevo paraje para poder ejercer el más elemental de los derechos: ¡vivir! (págs. 71-72).

⁴²¹ “Marcio Veloz Maggiolo” en Guillermo Piña Contreras, *Doce en la literatura dominicana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1982.(págs 193-213) pág. 199.

La crítica feroz a este monstruoso episodio de la historia política dominicana es latente, pero el narrador no deja por ello de recordar el sufrimiento del dominicano cuando fue víctima de las invasiones y tropelías haitianas en el pasado: “Sobre aquellas sabanas nos liberamos de las cadenas con que sojuzgó Haití a la República Dominicana por 22 años. En este período Haití degolló, fusiló, hostigó sin piedad al pueblo dominicano” (pág. 90). Incluso llega a lamentar la falta de mano de obra que ha generado en la zona este brutal genocidio “Ahora no hay peones haitianos. El haitiano desapareció desde que el capitán *Ventarrón* inició “El Corte”” (pág. 27). Asombrosamente, el narrador hace hincapié en que la matanza perjudica a Dajabón, pues los obreros haitianos: “Trabajaban barato...Estos buenos trabajadores limpiaban una tarea de tierra por diez centavos...y a veces por una carga de batatas...” (pág. 49). Prestol Castillo, por tanto, asume como “natural” la explotación a la que estaba sometido el contingente haitiano. Pero en páginas posteriores sostiene una reflexión contraria a ésta: “En la frontera hay una rara medida de los valores humanos. Una res vale más que un preso y un haitiano vale menos que un mango” (pág.93).

Por otro lado, se da cabida en la novela a la justificación trujillista de la masacre: se había de eliminar al haitiano porque robaba el ganado dominicano. Así, esta idea aparece en el texto en repetidas ocasiones –el capítulo XIV, por ejemplo se dedica por entero a este asunto- y se recogen afirmaciones como “¡El haitiano sólo sirve pa robá!...Y al ladrón hay que degollarlo y dejárselo a los otro ladrone, que son lo perro y los puerco...o mejor, darle candela, pa que se vaya la peste!” (pág. 107).

En cuanto a la crítica al gobierno trujillista que destila la novela, hay que consignar que apunta principalmente a la falta de libertad de expresión y a los abusos cometidos en la dictadura: “En Santo Domingo está prohibida la expresión del pensamiento. Sólo tenemos el derecho de hablar para hacer loas al Presidente” (pág. 22), o “En santo Domingo está prohibido protestar” (pág. 120). Asimismo se detalla la actuación del gobierno tras la masacre, una actuación que pasa por el falseamiento de los hechos y la corrupción de los magistrados que se vieron coaccionados, sobornados - “por unas monedas que les extendería el hombre fuerte que rige mi país” (pág. 152)- y sometidos a la voluntad del gobierno: “Del proceso debía surgir una tesis de simple lucha, personal, entre pastores y cultivadores dominicanos, con negros haitianos” (pág. 151). Otra de las medidas que toma el trujillato es trasladar a indigentes y maleantes a la zona fronteriza para repoblarla y conseguir que estos se convirtieran en campesinos: “El

Gobierno va a repartir toda esa riqueza a los dominicanos. Para eso ha escogido pobres del bajo mundo. I presidiarios” (pág. 163). Finalmente, la iniciativa trujillista fracasa y el gobierno se ve obligado a devolver a la ciudad a “aquella chusma de maleantes y de putas”.

En definitiva, y aunque la obra ha suscitado múltiples controversias –debido precisamente a la imagen que por momentos da del pueblo haitiano: ladrones y poco menos que esclavos-, he de suscribir la opinión que le merece el texto a Manuel de Jesús Javier García : “Leer esta obra es necesario para comprender la magnitud de ese genocidio”⁴²².

I.6.2. LA CRUZ DEL EXILIO CONTRA EL CEMENTERIO DE TRUJILLO: ANDRÉS REQUENA

Andrés Requena, es uno de los escritores dominicanos que fue objeto de la ira sin fronteras de Trujillo por haber osado criticar la dictadura y denunciar los abusos cometidos. Lo asesinaron los esbirros de Trujillo en 1952 en Nueva York, donde estaba exiliado y se erige como mártir de la tiranía, junto con José Almoína, Jesús de Galíndez y otros muchos. Publicó fuera de la isla *Cementerio sin cruces*⁴²³, una de las escasas novelas que explícitamente ataca al tirano, pues hace una “radiografía simbólica” de los primeros diecinueve años de dictadura: “La simbolización racional de los entresijos de la corrupción, la violencia, el asesinato, el despojo y la mancilla del pudor ajeno calaron tanto, como lo hizo la revelación del alma desalmada de los Trujillo” (pág. 16). En un artículo previo de Diógenes Céspedes, señala que hay ecos en esta novela de la obra de Almoína: *Una satrapía en el Caribe*, que la escritura y publicación de la obra, fue lo que le precipitó indefectiblemente hacia la muerte. Se trata, en palabras de Céspedes: de “una requisitoria no sólo contra el caudillismo sino contra el dictador y su familia, la que le instituye en enemigo mortal de aquella dictadura” (pág. 12).

Evidentemente, ésta era un “texto sin destino”, pues no llegaba a la isla ningún escrito que pusiera en tela de juicio el régimen trujillista y era demasiado arriesgado que alguien intentara introducirlo en el país. No obstante, tuvieron acceso a él algunos dominicanos cuando viajaban al extranjero: “The book, griten and Publisher abroad,

⁴²² Manuel de Jesús Javier García, *op. cit.*, vol. 1, pág. 298.

⁴²³ Andrés Requena, *Camino de fuego y Cementerio sin cruces*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2001. *Cementerio sin cruces* fue publicada en 1949.

was not permitted to enter the country. Dominicans who travelled abroad would buy it with extreme caution and fear, read, it, and dispose of it before returning to their country”⁴²⁴

Desde el mismo subtítulo, Requena ataca sin ambages a Trujillo: “Novela del martirio de la República Dominicana bajo la rapaz tiranía de Trujillo” y en la dedicatoria tampoco le da tregua: “*A los miles de dominicanos asesinados por Trujillo, y cuyas muertes tienen que ser cobradas, inexorablemente*” (pág. 177), a los que lucharon en Cayo Confites y en Luperón y a la juventud valiente que intenta enfrentarse al dictador. El texto es concebido como un arma política e ideológica, como habría de decir Carlos Pacheco, como un libelo que se acerca al panfleto y que inexorablemente incurre en la presentación de un universo maniqueísta que se instala en el instrumentalismo literario. Así el tratamiento estético es relegado a un segundo plano –apenas destila calidad literaria- y es puesto al servicio de la denuncia y la lucha abierta contra el tirano.

El texto se compone de dos partes: en la primera, se narra el asesinato de Rafael Moreno, su velatorio y el miedo de los allí presentes a entrar en detalles sobre este hecho y sus autores, agentes trujillistas. El pueblo de este modo, había de construir un lenguaje cifrado: el del silencio impuesto por el miedo.

Se sobreentendía en aquella forma de hablar, a la que ya estaba acostumbrado el pueblo dominicano, aterrado por veinte años de feroz tiranía, que el difunto había sido víctima de una venganza política, mandada a perpetrar directamente desde los íntimos círculos del gobierno. En tales casos, lo mejor era no hablar mucho del asunto, y evitar que le vieran a uno cerca del velorio y de los subsiguientes rezos dedicados a rogar por la feliz entrada del difunto en las altas regiones de la eternidad (Cementerio sin cruces, pág. 182).

No obstante, el pueblo se rebela y acude al velatorio, a sabiendas del peligro al que se exponían. Bolito Carías sentía un profundo remordimiento, pues él había delatado al difunto, ya que fungía de “espía policíaco”, de calié e indirectamente era el culpable de ese crimen. Pero la práctica de la delación estaba a la orden del día, como en todas las dictaduras, pues como leemos en *El Señor Presidente*, “El delito de sangre

⁴²⁴ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 62.

era ideal; la supresión de un prójimo constituía la adhesión más completa del ciudadano al Señor Presidente”⁴²⁵

[...] “la escuadrilla del alba”, había sembrado el terror por todas las provincias. El pueblo les llamaba “la 42”, como recuerdo de que sus oficiales eran antiguos miembros de la tristemente célebre “Compañía No. 42”, la que en los últimos meses de la intervención norteamericana en la República, fue formada por el Comandante Militar con aventureros criollos y extranjeros, para enviarlos a aterrorizar las zonas azucareras, con el pretexto de “pacificarlos”. Trujillo se inició en la vida militar como miembro de la infame “Compañía No. 42”

[...]

Al comienzo, se gozaban con colgar a sus víctimas de un poste del alumbrado, en las esquinas más céntricas. Cuando el escándalo tomó proporciones de terror colectivo, decidieron arrojar a sus víctimas al mar, simulando suicidios que a nadie engañaban (Cementerio sin cruces, págs. 189-190).

Recordemos a este respecto, la descripción de este mismo tipo de “patrullas” en la dictadura de *El Señor Presidente*, cuyo modo de operar es idéntico al que presenta en estas líneas Requena:

*Y la patrulla, por cambiar de paso, la tomaba de primas a primeras contra un paseante cualquiera, registrándole de pies a cabeza y cargando con él a la cárcel, cuando no tenía armas, por sospechoso, vago, conspirados, o, como decía el jefe, porque me cae mal...*⁴²⁶

En la narración, se presta atención a la figura de doña María, la esposa de Trujillo, aludiendo a su “poder omnipotente”. Es el primer texto que se ocupa de la Primera Dama y, exceptuando *La fiesta del rey Acab*, no volverá a aparecer en la escena literaria del trujillato hasta la década de los noventa. Doña María, parece ser el correlato del dictador, puesto que también ordenaba muertes indiscriminadamente, ya que “representaba una de las influencias más poderosas en la vida diaria de la

⁴²⁵ Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, op. cit., pág. 288.

⁴²⁶ *Ibid.*, pág. 165.

República” (pág. 218). En una ocasión, cuenta Requena, mandó asesinar a “una mujer que se atrevió a enumerar, entre un grupo de amigas, los amantes que ella había conocido a la “primera dama” antes de ser la concubina del tirano primero y su esposa después” (pág. 213). Ella era la única que osaba llamar a Trujillo “Chapita” a la cara, y “cuando su mujer le llamaba con aquel apodo tan odiado por él, significaba que venía presa de la más grande cantidad de cólera que su cuerpo pequeño y barrigón podía soportar” (pág. 215). Tampoco escatimaba en insultos a su esposo, lo que avergonzaba sobremanera al dictador que tenía que demostrar ante los que oían a su mujer “que él era quien realmente llevaba los pantalones en la familia, en el patriarcal sentido criollo” (pág. 215).

Cruel e implacable como el marido mismo, ella tenía dos debilidades conocidas por amigos y enemigos: el amor por su hijo Ramfis, a quien colmaba de oro y halagos, y el temor de que alguien propalara la alocada historia de su juventud, ofensa que cobraba implacablemente con la muerte. No eran pocos los que habían sido asesinados por su orden por repetir la leyenda de que su hijo mayor no era del dictador, sino de uno de sus primeros amantes, quien, temeroso del despecho del tirano, nunca se había atrevido a vivir en el país, a pesar de cuantos cargos le ofrecieron (Cementerio sin cruces, pág. 216).

En la narración la oposición estará muy presente, y no sólo desde el interior de la isla, sino también desde el exilio, en el que también se podría incluir al mismo autor. Incluso llega a afirmar: “la mano del tirano persiguió sin piedad a exiliados en diversas partes del mundo, asesinando a sus enemigos” (pág. 222). Por lo que demuestra que era plenamente consciente del peligro que corría con la escritura de la obra:

Pero eran incurables aquellos “antipatriotas” que –desde el exilio– no perdían una sola oportunidad de hacerle la vida más amarga, denunciando sus crímenes ante el pueblo, cada vez con mayor alboroto y gestos más audaces (pág. 220).

Cuando un ciudadano caía en desgracia, se decía que le había caído “la lepra”, y un motivo podía ser no estar inscrito en el Partido Dominicano. Se denunciaba en el

“Foro Público” y en ocasiones se obligaba a los mismos familiares de las víctimas a declarar en contra de estos.

Si la acción de la llamada justicia trujillista se tomaba entonces tiempo en materializar su persecución en nombre de la ley, o por voluntad directa del tirano, “la lepra” mantenía constantemente el aislamiento sobre la víctima. En calles y plazas le era negado el saludo por los amigos más íntimos, y su casa o negocio, no eran visitados por cliente o persona alguna, temeroso de contagiarse en la desgracia sin remedio (pág. 231).

Asturias, comenta lo mismo de su dictador sincrético, e incluso Requena utiliza la misma metáfora de la enfermedad, pues cuando éste punteaba a algún ciudadano como “desafecto” condenaba al ostracismo a él y a su familia, pues nadie se atrevía a mantener contacto so pena de cárcel o muerte:

Se le negaba la cara para el saludo, se le recibía en la puerta sin la gastada fórmula del paseadelante, se le hacía sentirse contagiada por una enfermedad invisible, peor que la pobreza⁴²⁷.

De este modo, irremediabilmente, la muerte de Moreno perjudicó a su familia y a todos los que pudieran acercarse al sepelio. Don Pedro, un conocido de la familia, quiso ayudar a la viuda, pero se dio cuenta de que esto afectaba a su negocio, pues “viejos clientes le confesaron que era debido al rumor de que él estaba ayudando a la madre de alguien que había sido asesinado por el gobierno, el que ellos le retiraran trabajos” (pág. 197). La familia, entonces, se ve avocada a aparentar ser trujillista y la hija, María del Carmen, tendrá que abandonar sus estudios de medicina para no “ingresar, forzosamente, en la nueva organización estudiantil creada por el gobierno con el nombre de “Guardia Universitaria” (pág. 199), que habían de ser un calco de las “juventudes hitlerianas” debiendo jurar fidelidad a Trujillo.

A medida que el lector se va adentrando en los entresijos de la narración, se percata de que Requena contempla todos los bastiones del trujillismo, las peculiaridades y atrocidades del mandado de un dictador sin precedentes. El narrador atiende a la afición de Trujillo por las mujeres –sus múltiples queridas eran llamadas

⁴²⁷ *Ibid.*, pág. 341.

las “segundas damas de la república” -y a la presencia de alcahuetas, “celestinas”, que le procuraban dichos encuentros:

¡La célebre doña Isabel! Tristemente famosa porque se dedicaba a buscar, en todo el país, muchachas bonitas con qué satisfacer la desenfrenada hambre sexual del tirano. Sobre ella circulaban docenas de historias picarescas. Ya comenzaban a imputarle crímenes y persecuciones, porque era implacable con las mujeres -y sus familias- que se negaban a seguir sus consejos de ir a entregarse a Trujillo a cambio de cargos públicos u otras clases de pagas... (Cementerio sin cruces, pág. 202).

Trujillo tenía así “derecho de pernada”, y el narrador nos cuenta que incluso “él había cargado con la novia del matrimonio que acababa de apadrinar, la misma noche de boda” (pág. 206). Pero también se dedica un capítulo a “Satán Trujillo”, hermano del dictador, que poseía el “monopolio de la prostitución” y se caracterizaba por su riqueza, carácter violento y porque también ejercía su derecho de pernada sobre “la aterrada población femenina”. Ambos cometían un sinnúmero de estupro y violaciones:

[...] la causa que en su pueblo natal le siguieron a Rafael Trujillo, por el estupro de una niña de trece años. El tirano tuvo que cumplir más de diez meses de la sentencia de dos años que le impusieron por tal crimen. Se sabía que no solamente mandó luego a quemar los archivos de la corte que le condenó, sino que jueces y acusadores todavía sentían -a través de los años-, el peso de su rencor por haberlo condenado (pág. 259).

También combate a la corte de aduladores, que lo alababan y cortejaban continuamente, que soportaban todo tipo de aberraciones y afrentas a la dignidad del tirano por obtener sus favores⁴²⁸, pues Trujillo se complacía en humillar a los que le rodeaban para demostrar su superioridad.:

⁴²⁸ Como en *El Señor Presidente*, estos cortesanos procuraban alabar al dictador por dos motivos: por miedo o por obtener favores, pues los amigos del Señor Presidente, siempre tenían “una posición privilegiada”. En *Cementerio sin cruces* también leemos: *La vida cotidiana no es realmente un lecho de rosas para el noventa y nueve por ciento de los habitantes de la ahora infortunada República Dominicana. El uno por ciento de excepción los constituye la crecida burocracia trujillista, que durante largos años ha echado raíces de propiedad en la administración de los negocios públicos, con sus relativos buenos salarios y la inmunidad que les otorga el hecho de “ser del gobierno”* (pág. 251).

Algunos habían llegado a ocupar cargos que en otros tiempos fueron ilustres, valiéndose de las más bajas adulaciones; hasta se contaba que uno de ellos había visto pisotear el honor de una hermana y otro el de su mujer, por halagar al dictador. El primero tuvo que seguir admitiendo a Trujillo en su casa, tolerando que el dictador se acostara con su mujer mientras él tenía que quedarse haciéndole compañía a los oficiales que esperaban a la puerta (pág. 204).

La injusticia, la falta de libertad –abría y examinaba toda la correspondencia del país- y la aparición de la oposición son motivos tratados en el texto. Con respecto a este último se narra la aparición de unas octavillas que se habían repartido durante la noche por toda la ciudad, en las que se detallaban los nombres de los asesinados por Trujillo – comparándolo con Al Capone- en el último mes. La reacción del tirano no se hace esperar y ordena una redada masiva en una imprenta que estaba a cargo de Miguel Perdomo y que es acusada de haber impreso esas páginas injustamente. Serán trasladados a la cárcel y allí torturados.

Los crímenes y los métodos abominables que usaban los sicarios trujillistas inundan el texto:

(Los oficiales de la guardia o del servicio de espionaje, usaban el término “cogerlo en la cama” con cierta ironía. Ellos gozaban con ampararse en tal forma de asesinato, pues aludían directamente a la forma en que el mismo Trujillo ordenó acribillar a balazos a Virgilio Martínez Reina y su esposa, mientras ambos dormían...La circunstancia de encontrarse dicha dama en estado de preñez, aumentó lo ya odioso y horrendo de aquel crimen. En los años subsiguientes, fueron muchas las ocasiones en que los secuaces de Trujillo usaron la “técnica” ideada por su jefe...) (Cementerio sin cruces, pág. 278).

“Lobobirro” (lobo + esbirro) representa a uno de los sicarios más sanguinarios de la dictadura, como lo era el “Coronel Irineo Castañón” de *Tirano Banderas* que era “uno de los más crueles sicarios de la tiranía”⁴²⁹:

[...] cuando algunas muchachas comenzaron a tomar parte en mítines en oposición a la política oficial, Lobobirro inventó aquella clase de cobarde represalia. Organizó a un grupo de mujeres de mal vivir que cumplían condenas en la cárcel, y las enviaba a que atacaran con navajas y cuchillos a víctimas escogidas de antemano.

Se aseguraba que María Martínez se valió de dicha clase de ataque para vengarse cuestiones de celos contra mujeres que ella creía que se entregan voluntariamente a su marido (Cementerio sin cruces, pág. 347).

También se habla otro desalmado, el “general Follón”: “el dictador le sostenía en tal posición porque le consideraba peligroso para sus enemigos, por su crueldad, pero inofensivo como potencial hombre de ambiciones políticas” (pág. 243).

En la segunda parte, adquiere más protagonismo María del Carmen, la hija de uno de los arrestados en la imprenta: de don Pedro de Lora, el dueño. Hace todo lo posible por conseguir el indulto del padre y sus amigos, escribiendo incluso cartas al tirano. De nuevos, encontramos escenas que nos recuerdan a pasajes de la novela de Asturias, pues como ya expliqué, las novela de dictador/ dictadura acaban por convertirse en una amalgama de comunes. En *E Señor Presidente* se retrata la crueldad del gobierno con los opositores y cómo las mujeres –en este caso María del Carmen. Iban a pedirle audiencia al dictador y suplicarle por sus hijos, maridos o padres: “La situación política del país no permite al Gobierno piedad de ninguna especie con sus enemigos, señora”⁴³⁰, y acaparándose en esto, fusilaba y mataban indiscriminadamente.

En la novela se habla del padre de Trujillo –única novela del corpus seleccionado- que descansa en el “panteón de los inmortales”, junto a los restos de los padres de la patria y se dice:

⁴²⁹ Ramón del Valle-Inclán, *op. cit.*, pág. 174.

⁴³⁰ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 329.

La codicia de Pepe Trujillo sólo fue superada por la de los hijos, pero él invertía exclusivamente su dinero en aventuras de amor y de azar. Su especialidad era poner los tribunales de justicia a sus órdenes, dictando sentencias a su parecer, y libertando a condenados a largas penas de prisión por robo o asesinato al par de meses de haber sido sentenciados, o a veces antes, si la suma de dinero que recibía era digna de una intervención más decidida (Cementerio sin cruces, pág. 298).

María del Carmen, desesperada por la situación que vive su padre en la cárcel, y que es deseada por Trujillo, piensa en entregarse al tirano para que a cambio liberen a su padre y al resto de compañeros:

Antes que a ella, su concupiscencia había hecho presa en muchas hijas de familias distinguidas, llegando su persecución hasta el crimen sino alcanzaba sus deseos. Muchas de ellas emigraban luego al extranjero, para esconder su deshonor. Otras lograban cargos diplomáticos para sus familiares, o, si tenían el infortunio de tener algún hijo de tal monstruo, se radicaban en países cercanos a Santo Domingo, en donde el déspota las visitaba en su lujoso yate de mes en mes (Cementerio sin cruces, pág. 302).

Ella es el símbolo de la vejación y humillación por la que pasan las mujeres del país, realidad que volverá a cobrar protagonismo en la novela del trujillato hasta los noventa:

Su paso era como un símbolo de la dolorosa humillación del país, que tenía que seguir tolerando el oprobio de una tiranía en la cual el crimen estaba primero que la ley, y bayonetas y ametralladoras imponían la voluntad absoluta de un asqueroso señor de horca y cuchillo (pág. 388).

Y es que es tanto el terror que siente María del Carmen ante el hecho de entregar su virginidad a Trujillo, que sueña incluso que muere el tirano y oye voces de júbilo que dicen: “¡Gracias a Dios murió Trujillo!”, “¡Murió al fin la hiena de San Cristóbal!” o “El chacal del Caribe...¡Ha muerto!” (pág. 383). El pueblo exigirá que se exhiba el cadáver nueve días en cada pueblo, o “poner su cabeza entre una urna de vidrio, y pasearla constantemente, por escuelas, presidios y hospitales” (pág. 384). Pero

sin duda alguna, “las primeras en tener derecho al desquite” eran las vírgenes que habían sido desfloradas involuntariamente por el tirano. En su pesadilla, María del Carmen se visualizaba en medio de un grupo de vírgenes que portaban la cabeza del tirano y llevaban sus “sexos expuestos” como prueba de su violación y del derecho que tenían de venganza.

Se imaginaba las más tortuosas muertes para Trujillo: devorado por perros, asesinado, de lepra, colgado de muchos árboles, etc. Inclusive, pensó en matar al tirano con sus propias manos o suicidarse, pero desechó la idea porque consideraba ridículo “basar el honor en el arcaico prurito de la virginidad”. Lo mejor era apostar por la lucha activa, pues estaba convencida de que saldría completamente “limpia de ese acto” y no estaba dispuesta a “enfangar permanentemente su destino”.

Asimismo, se da cuenta del “constante estado de terror” en que vivía la sociedad dominicana y cómo los representantes diplomáticos estaban obligados a defender a “su amo”, a Trujillo, y procurar que se viera de forma democrática su gobierno ante la opinión internacional. El símbolo de la “fuerza opresora” y de la forma en que se ejecutaban las “persecuciones políticas” era la Fortaleza Ozama, donde la muerte significaba una auténtica liberación ante el sinnúmero de torturas:

Al comienzo fue la violencia. Como en el libro sagrado, aquí una sola palabra fue el principio de todas las cosas. Violencia que engendró crímenes sin cuento y trajo luto y lágrimas desde un confín a otro del país. La mano ensangrentada del esbirro no obraba por horario ni lugar determinados, porque operaba en todas partes, de día y de noche. Nada ponía coto a su rapiña ni a sus atropellos, porque eran omnipotentes. Protegidos por el César de opereta en cuyo pecho no habían más medallas y en cuyas manos no había más sangre, paseábanse con insolencia desconocida hasta entonces en países civilizados (Cementerio sin cruces, pág. 308).

Las torturan por ende, estaban a la orden del día y se dibujan milimétricamente en las páginas de la novela de Requena: Pedro, uno de los presos de la imprenta, estaba en la ergástula con los brazos a la espalda para que no pudiera defenderse, en ese momento “El teniente hizo un nudo corredizo con el alambre, en los testículos de su víctima, y comentó a apretar y a halar a la vez” (pág. 326). Pedrito Olivieri no soporta

esta tortura y muerte. *El Señor Presidente* también condensa descripciones de martirios en las cárceles espeluznantes:

El capataz llevaba la cuenta, Rodas se encogió a los primeros latigazos, pero ya sin fuerzas, no como cuando hace un momento le empezaron a pegar, que revolcábase y bramaba de dolor. En las varas de membrillo húmedas, flexibles de color amarillento verdoso, salían coágulos de sangre de las heridas de la primera tanda que empezaban a cicatrizar. Ahogados gritos de bestia que agoniza sin conciencia clara de su dolor fueron los últimos lamentos⁴³¹.

Hasta la prisión donde se encontraban Pedro y el resto de impresores, llega la noticia de la expedición de Cuba, pero se mantenían escépticos, pues “No era la primera vez que Trujillo inventaba patrañas para hacer caer a sus potenciales enemigos, y entonces acabar con ellos sin piedad” (pág. 315)⁴³². Para dar apariencia de libertad, Trujillo permitió que se fundaran otros partidos, pero los eliminó –asesinados o encarcelados- con “el pretexto de que perturbaban la paz pública y de que algunos eran comunistas” (pág. 320). Valle-Inclán recrea este tipo de prácticas de la dictadura, cuando Santo Banderas amén de aparentar un gobierno democrático permite que se organicen mítines en su contra:

El Gobierno del General Banderas, con la autorización de esta propaganda, atestigua su respeto por todas las opiniones políticas. ¡Es un acto que acrecienta su prestigio! El General Banderas no teme la discusión, autoriza el debate⁴³³.

Pero inmediatamente, como hacía Trujillo, eran saboteados, pues ““Los gendarmes comenzaban a repartir sablazos. Cachizas de faroles, gritos, manos en alto, caras ensangrentadas. Convulsión de luces apagándose. Rotura de la pista en ángulos. Visión cubista del Circo Harris⁴³⁴”.

⁴³¹ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 249.

⁴³² Este tipo de tretas las hallamos en novelas de dictador de los setenta, como *El recurso del método*.

⁴³³ Ramón del Valle-Inclán, *op. cit.*, pág. 70.

⁴³⁴ *Ibid.*, pág. 81.

Este cinismo se hacía extensivo a las falsas elecciones democráticas que convocaba Trujillo, pues el pueblo era incisivamente presionado para votar al Jefe:

La inquietud del pueblo, a medida que se acercaba la fecha en que otra vez el dictador debía poner en escena su comedia del juramento presidencial, después de una burda farsa política, era manifiesta en el país. Todas las actividades estaban paralizadas, pendientes de la guerra civil que se esperaba habría de comenzar en cualquier momento.

Los preparativos militares del gobierno eran pomposos y apresurados. Sus fuerzas desfilaban por las principales ciudades del país, con el propósito de intimidar a hombre y mujeres (Cementerio sin cruces, pág. 341).

La pantomima electoral propia de las dictaduras totalitarias es magistralmente narrada por Miguel Ángel Asturias:

*[...] la salud de la República está en la REELECCIÓN DE NUESTRO EGREGIO MANDATARIO Y NADA MÁS QUE EN SU REELECCIÓN! ¿Por qué aventurar la barca del Estado en lo que no conocemos, cuando a la cabeza de ella se encuentra el Estadista más completo de nuestros tiempos, aquel a quien la Historia saludará Grande entre las Grandes, Sabio entre los Sabios, Liberal, Pensador y Demócrata???*⁴³⁵.

En definitiva, Requena se encarga de relatar los efectos de la dictadura en el pueblo, y lo ilustra con imágenes ciertamente evocadoras: “Trujillo no deja que a sus muertos les pongan cruces”, “Porque Trujillo no quería que sus cruces dejaran huellas enojosas” (pág. 358), como el caso de los “pobres miles de haitianos”. La República Dominicana se había convertido en una cárcel, en una prisión de alta seguridad y de máximo horror de la que nadie podía escapar, sólo en ataúd. Es la misma idea de círculo sin salida que vimos en la alegoría de *Trementina, clerén y bongo*.

Ramón Espinosa tuvo la impresión de que todas las calles y la ciudad misma, eran una larga madeja de celdas de una inmensa prisión, la que no se sabía en

⁴³⁵ Miguel Ángel Asturias, *El Señor Presidente*, op. cit., pág. 370.

dónde comenzaba ni dónde iba a terminar...(Cementerio sin cruces, pág. 235).

.....
Pedro paseó sus ojos cansados por hasta donde lo permitían lo angosto de las rejas, y tuvo la impresión de que la ciudad, todas las ciudades dominicanas, eran un largo, ancho y desolado cementerio sin cruces (Cementerio sin cruces, pág. 308).

El autor invita en el texto al pueblo dominicano a luchar contra Trujillo y el resto de dictadores latinoamericanos, se dice en la cárcel, para liberar al pueblo y ser “parte activa y consciente para estructurar el futuro de América” (pág. 354). Llega a apelar a la intervención estadounidense para lograr el fin de la tiranía:

Tarde o temprano, los yanquis tendrán que intervenir casi directamente para limpiar a América de tantos tiranos feroces, de lo contrario perderían no sólo la paz en el nuevo continente, sino que no tendrían derecho moral para exigir que la democracia se practicase en otras partes de la tierra

[...]

Aquí tienen voz principal los inversionistas de los ingenios, y sólo exigen que haya un hombre fuerte que les garantice su dinero. No importa que sea un asesino o un malhechor (pág. 333).

En definitiva, *Cementerio sin cruces* es una novela de dictadura en la que no interviene en absoluto el dictador, pues se trata de reflejar el estado de horror, abusos y crímenes que había construido el trujillato en Quisqueya. A pesar del lastre instrumental y maniqueo de la obra, en ella se pondera la narración de los horrores que Trujillo cometía con las dominicanas y la aparición de la figura de María Martínez, puesto que ambos motivos narrativos serán silenciados por los dominicanos hasta el decenio de los noventa.

Andrés F. Requena sea como fuere, sólo tenía un objetivo: la denuncia; como Rufino Blanco Bombona en su obra *La bella y la fiera* (1931), en la que expresa sus intenciones, que bien podrían valer para el caso de este escritor dominicano:

Nada bello, optimista ni sano me rodea, y nada sano, optimista y bello puede salir de mi espíritu atormentado [...] A mí no me importa un ardite que este

libro [...] sea juzgado o no hermoso, literariamente. Más que una obra de escritor, es un deber de hombre; más que una novela, es una acción de ciudadano [...] He querido escribir la novela de los hombres que sufren, no literaria y hermosamente, sino de modo feo y aun asqueroso, como se sufre de veras en las garras de la barbarie.

I. 6. 3. LA FIESTA DE LA “NOVELA DEL DICTADOR” ACAB

*La fiesta del rey Acab*⁴³⁶ del escritor chileno Enrique Lafourcade es la única “novela del dictador” que encontramos en este periodo, que basamenta su enfoque en la figura del dictador –su conciencia, sus miedos y sus bajezas- que sigue siendo delineado como una pléyade mefistofélica de veleidades, ignominias, violencia y criminalidad, aunque supone un paso notable en la recreación de la dictadura, y del trujillato en especial. Paralelamente se describe la gestación de un grupo disidente y la planificación de un atentado que acabaría con la vida del tirano en el día de su cumpleaños. Los efectos ponzoñosos y los embates que sufre el pueblo son relegados a un segundo plano, en pos de la figura, de la delineación de la psique del tirano. El dictador sincrético de Lafourcade posee concomitancias más que manifiestas con nuestro tirano, aunque se encargue de desechar cualquier analogía en unas palabras preliminares a la novela aduciendo que es “una obra de mera ficción” y que el dictador Carrillo que en ella aparece y el país retratado son “imaginarios”.

La narración abarca los acontecimientos transcurridos durante veinticuatro horas, en las que se celebra el cumpleaños del dictador, Carrillo –parónimo de Trujillo- que está en el ocaso de su mandato y de su vida, puesto que él mismo afirmará que le pone especialmente nervioso envejecer. En tamaña fecha las celebraciones públicas se suceden, revelando la magnanimidad del presidente, y por tanto también se extreman las medidas de seguridad, porque en un acontecimiento de tanta magnitud existe un peligro evidente de atentados. Von Kelsen, el “jefe de policía” y sus edecanes, son los encargados de velar por la seguridad del tirano, en un día plagado de actos beneméritos:

Aquel era su día más agitado y terrible. No podría dormir su siesta. Debía seguir a itinerario el ceremonial vario e interminable. Comer, beber,

⁴³⁶ Enrique Lafourcade, *La fiesta del rey Acab*, Caracas, Monte Avila editores, 1959.

condecorar, destruir conspiraciones, firmar pactos. Se detuvo un instante. ¿Qué venía ahora? ¡Ah, las ejecuciones! A las cuatro de la tarde, muerte de sus enemigos (pág. 37).

La noche anterior tuvo un sueño premonitorio en el que intentaban matarlo envenenándolo —éste será el mayor temor del Supremo de Roa Bastos, que hacía probar por ello a Patiño sus “beberajes”- y es que estaba aterrado porque el día anterior, se había desarticulado el “complot de Carranza” -un diputado- y estaban bajo sospecha hasta los sacerdotes, pues “Bajo una sotana se puede ocultar cualquier cosa” (pág. 45); y anteriormente los estudiantes le habían lanzado una bomba casera que no explotó, razón por la cual resolvió clausurar la universidad. Ciertamente, estos hechos habían conturbado a Carrillo que tenía un miedo mayúsculo a la muerte. Carrillo se perfila como un sátrapa egotista, movido por los resortes del interés personal y la riqueza, que hace de “Ciudad Carrillo” su feudo personal:

Los trabajadores de las plantaciones habían recibido una semana de suelto adelantado para gastarlo ese día. Carrillo era hábil. Tenía contento al pueblo con pequeñas cosas como éstas. El desfile, los soldados, y ahora el baile (pág. 168).

Era megalómano Carrillo como Trujillo, “le gusta impresionar” tenía múltiples títulos y condecoraciones: “la Orden del Libertador, la Orden de las Nubes Propicias, el Gran Collar de la Cordillera de los Andes” (pág. 37). De su régimen se dice que es muy esperpéntico: “Desfiles, palomas, coros de niño, reparto de medallas...¡Es un diablo este César! Pero ¿sabes? [...] Le falta distinción...Elegancia, *chic*...”. Estas son las palabras de Andrés, el embajador francés, su rival económico y sexual, pues mantenía relaciones con una de sus mujeres:

[...] era el presidente de la Société Nationale, gigantesco monopolio que controlaba el azúcar, el café, los transportes, la electricidad, todas las importaciones de la isla, y e la cual César Alejandro Carrillo tenía importantes participaciones (pág. 43).

Carrillo desea sobremanera liquidar a Andrés: “Andrés me revuelve mis mujeres [...] Hay que liquidarlo, cueste lo que cueste...Sabe demasiadas cosas...” (pág. 51). Kurt le aconseja que reflexione, puesto que Andrés es poderoso y sabe que habrá una exhaustiva investigación internacional si acaba con él. Andrés –es descrito como un ser despiadado y egoísta que es capaz de vender a sus amigos, un traidor que, a su vez también planea acabar con Carrillo.

El papel de sicario lo representa Josafat, uno de sus áulicos oficiales, el cual compartió jardín de infancia con él “en la escuela rural de los jesuitas”, donde le propinaba golpizas a Carrillo porque era un “gordito de piernas cortas”, “mal alumno”, al que llamaban “Pollito”. De él también se dice que coincidieron en Miami, cuando Carrillo era taxista y juntos prepararon un golpe contra el senador Celso: pusieron una bomba y “Carrillo tomó el poder. A los veinticinco años. Fue el dueño” (pág. 101).

En cuanto a su genealogía, el narrador comenta que las razones de su ingente ambición política es fruto del asesinato del padre: “Si no hubieran asesinado a su padre, todo sería de otro modo... Fue su muerte lo que despertó en él la ambición política” (pág. 83). Por otro lado su hijo Carlitos, es su auténtica debilidad y siendo aún un niño es “Generalísimo del Aire”, como lo era Ramfis. Acaba acostumbraba a jugar con su hijo –como habría de hacerlo todas las noches el Patriarca- y cuando está con él se comporta como si fuera un infante: “Un día, Carlitos, tendremos una estación ferroviaria de verdad para los dos solos. Y haremos chocar los trenes, ¿quieres? Construiré una torre para vigilarlos” (pág. 85). El hijo le ayuda y por esta razón el padre le hace a él todas las confidencias, advirtiéndole de las amenazas que le acechan: “Estoy solo. Rodeado de traidores” (pág. 146). La soledad del tirano es uno de los motivos centrales de esta novela y la asechanza de la traición, a la manera que habrían de hacerlo impecablemente más tarde García Márquez, Roa Bastos y Carpentier:

Carrillo tenía astucia enorme, un olfato fino. Olía la traición. Aplicaba, en su trato con los hombres, tres o cuatro normas elementales. Y Jessie, su mujer, no escapaba a su desconfianza (pág. 147).

Con su esposa no mantenía una buena relación: “Jessie era una puta, una cochina puta... Se las jugaba. Con medio mundo. El mes anterior tuvo que fusilar a uno de sus amantes” (pág. 82). Lo intimidaba, como vimos que María lo hacía con Trujillo en

Cementerio sin cruces; y que le llama Acab y eso irritaba al dictador, la mujer piensa que se debe a que se avergüenza de su “madre negra”. Bellini, en la obra citada, afirma que la figura de la esposa, asociada a la negatividad del tirano, “no aparece ni en *Tirano Banderas* ni en *El Señor Presidente* y tampoco en las novelas más recientes sobre la dictadura, con excepción de *El secuestro del General*, de Demetrio Aguilera Malta, puesto que en las anteriores novelas, y en esta de Ayala, el tirano es más bien un ser casi asexuado”⁴³⁷. Pero no cuenta en su apreciación con *La fiesta del rey Acab*, en la que, como el lector comprueba, Carrillo no es un tirano asexuado y la mujer ocupa un lugar nada desdeñable en la narración. El problema, a mi juicio, está en una confusión de fechas, pues Bellini sitúa la publicación de la novela de Lafourcade se publica en 1969 y no en 1959, fecha de la primera edición. De esta obra señala: “no se trata de una gran novela, pero sí significativa en el ámbito específico de la novela de la dictadura”⁴³⁸ y consigna la abundancia de “elemento grotesco”, pero que hay que reseñar que se conjuga con conato de humanización del tirano y de exploración de su conciencia.

Acab se siente incomprendido y el único que está es a su lado es su hijo Carlitos: “Sólo Carlitos lo entendía. Sólo Carlitos sabía sus problemas. Sólo a él podía decirle sus temores, exponerle sus angustias, sus remordimientos” (pág. 82). El narrador dibuja un Carrillo solo, desconfiado, que dice: “¡No tengo a nadie a mi lado!”, “¡Nadie en quien confiar!” (pág. 27)

Por otro lado, tiene otro hijo, Amenophis, con el que no puede contar, porque se dedica a “hacer poesía, a divertirse, a gastar plata” (pág. 87). Estuvo en Los Ángeles y allí se dio la gran vida. Vive encerrado y “Bebe como un demonio”, el médico le ha diagnosticado, “alcoholismo crónico” y aunque sea el heredero, Carrillo no lo quiere así y esperará a que lo sea Carlitos. Amenophis sólo recibe la visita de su hermana Delfina, cuya madre vivía en Haití: era hijos de una “negra haitiana”. Amenophis asimismo desea que maten al padre; de hecho en un sueño, la madre le dijo que Carrillo moriría de una “manera horrible” “¡Que se lo comerían los perros!” (pág. 179).

⁴³⁷ Giuseppe Bellini, *op. cit.*, pág. 55.

⁴³⁸ *Ibid.*, pág. 66.

Uno de los ejes temáticos de la novela es el secuestro de Galíndez, del “profesorcillo” como lo llama Carrillo, “El vasco”. Josafat sostenía que era más mejor dejarlo en paz, que no le conviene tener problemas, porque éste “Tiene vinculaciones en Nueva York. La colonia vasca es muy unida. La prensa hará un escándalo. Lo que interesa en Estados Unidos son los raptos...¿Para que exponernos?” (pág. 29). Pero Carrillo no atiende a razones y se mueve por la venganza: “Pero no te creas que así no más...¡Oh, éste me las pagará lentamente! Poco a poco...” (pág. 28). También apresan a Tonio, que parece ser el aviador –Murphy- que transportó al profesor, que se trata de Galíndez sin duda alguna.

Jesús, el vasco. Lo habían capturado. Los cochinos lo habían cogido... Era un buen muchacho Jesús. Fino hombre, melancólico, secreto como todos los vascos. ¿Qué podrían hacerle? El Dispensador lo despedazaría. Lo odiaba. Se acordó cuando lo obligaron a poner su diario a disposición de los esbirros de César Alejandro, para hacer una campaña sistemática contra Jesús, cuando escapó a Estados Unidos. Pagaron artículos en publicaciones del continente. Ladrón, homosexual, comunista, todas las calificaciones de rigor (pág. 116).

.....
Conoció a Jesús al llegar éste de España, con los refugiados [...] Sus charlas produjeron cierta alarma. Hablaba de la libertad, de los derechos del hombre. Luego escribió aquellos artículos que le publicaron en Cuba y en México. Carrillo intervino la Universidad. Obligó a Jesús a entregar copias mecanografiadas de sus clases para su aprobación previa. Todo comenzó a derrumbarse [...] Jesús tuvo veinticuatro horas para abandonar la isla. Se fue a Estados Unidos, a la Universidad de Columbia (pág. 118).

Todo comenzó cuando el chileno, Waldo Roth, dio una charla en Columbia donde argüía que Carrillo había “desarrollado un pensamiento político nuevo en América hispana” (pág. 119), comparándolo con Heidegger, Ortega y Gasset. Un gran “trasformador espiritual de América”, así también publicó un folleto titulado “Nietzsche y Carrillo”. Este lo fue desplazando lentamente de “sus cargos e influencias”. Antenor, el compañero de celda de Galíndez, expone:

“Me dijiste, Jesús, que nosotros vivíamos negándonos, arrepintiéndonos, sin heroísmo, sin verdadera humildad, sin inocencia, con cierta astucia primitiva, elemental, cierta voracidad, cierta avidez vegetativa”... (pág. 120).

Cuando le pregunta a la mujer sobre un método de aniquilamiento que no deje huella y sea doloroso, ésta le aconseja que se arroje al individuo a la caldera de un buque (ya sabemos que las versiones sobre la suerte que realmente corrió Galíndez son innumerables). Los Estados Unidos presionan, y la colonia vasca también se moviliza. Los dos, “Deducen, con razón, que puede estar implicado Carrillo. El vasco era profesor en Columbia. Desapareció de una estación del metro. No se supo más de él” (págs. 161-162).

Carrillo desea fervientemente el cara a cara con Galíndez, aunque “Temía los ojos de su víctima” (pág. 227) y cuando lo ve: “Entre el ruido del vapor de la caldera y el crepitar del carbón ardiendo adentro, llegaba el rumor de la boca entreabierta, sonriente, del vasco” (pág. 228). Le levantan la cabeza para que antes de morir, lo último que vea sea Carrillo. Galíndez le dirá que si conoce la historia del Rey Acab y Carrillo ordena entonces, colérico, que lo echen a la caldera y “El rostro del vasco se encendió lleno de luz violenta. Comenzaron a chisporrotear y retorcerse cejas, pestañas, cabellos” (pág. 229). Quiere que le pida perdón, pero Galíndez sonríe y reza sin regalarle siquiera una mirada. Carrillo, transido de furia, dice odiar a Galíndez “por su valor, por no haberse humillado” en los instantes de la muerte:

¡Era valiente ese diablo! Ahora, a esa distancia cuando sólo quedaba un humo celeste perdido en el océano, Carrillo reconocía el valor de ese hombre. Digno enemigo. Se le opuso y lo aplastó. ¿Por qué tenía que atravesarse en su camino? Nadie podía enfrentarlo impunemente. Y ese tono para hablar... Ese desdén... Esa perfección (pág. 310).

Piensa entonces que sería oportuno enviarle algunos dólares a la familia de Galíndez, para alabar al profesor, con una cartita, pues “Siempre era conveniente dejar testimonio de las buenas acciones” y Jesús, “Murió como un valiente” (pág. 311).

En cuanto al otro hilo argumental, la gestación de un complot para derrocar al tirano, viene precedido por una descripción exhaustiva de los métodos de control y falta de libertad en la isla. En su mano se encontraba la mayoría de empresas del país, minado por las delaciones, la corrupción y el crimen:

Nadie en la isla se atreve a oponerse a Carrillo. La Guardia Nacional era implacable. La prensa controlada. La radio, los partidos políticos, deshechos. Sólo existía el Partido de Carrillo. Se acordó el diputado Arellano. Le fueron a pedir ayuda para salvar a los detenidos. Se excusó. Tenía miedo. Cinco hijos. No podía hacer nada. Y si ahora triunfaban, ¿quién tomaría el mando? Cosme no les habló de esto (pág. 74).

Los conjurados actúan únicamente para acabar con el tirano, no poseen un plan preconcebido de alternativa política ni se amparan en motivos ideológicos. El movimiento es liderado por Cosme, que sí tiene ínfulas de grandeza y quiere tener el poder. No obstante, el movimiento ha de andar con muchas precauciones, puesto que “Este es el país de las delaciones” (pág. 77).

Nosotros sí estamos organizados. En cuanto a la lealtad..., siempre hay un porcentaje de riesgo... Siempre falla alguien... Por eso he mantenido aislada a la gente. La muerte de Carrillo no sólo será la vida para Jesús, sino para todo el país, para la Universidad, para la prensa, para nosotros (pág. 79).

Relata la conspiración y los preparativos de esta, a la vez que el supuesto último día del dictador. Paulatinamente se va desenmascarando en la narración la hipocresía y falsedad de todos los que rodeaban a Carrillo, que son bosquejados como unos traidores que buscan solamente su propio beneficio. El panorama político internacional no estaba siendo favorable al régimen de Acab, y eso preocupa al dictador, sobre todo el hecho de no contar con la ayuda estadounidense, indispensable para su gobierno:

Cada dictador que llega a la isla con la cola entre las piernas hace tambalear el régimen. La prensa internacional está agresiva. Beligerante. Hay que sacarles el jugo. Vienen hinchados de dólares. Estos carajos tendrán que pagar su precio en oro... (pág. 123)

La lucha anticomunista, por parte de los Estados Unidos, era “un pretexto para mantener regímenes a cargo, por cierto, del poder vendedor, del comerciante” (pág. 210), para vender todo lo que les sobra a estos: “Los depósitos de armas, los cerros de fusiles, los campos de tanques y camiones, el excedente de material bélico que se enmohece en Kansas, en Fort Benning, en Omaha, en Miami...” (pág. 210). Por otra parte, sus relaciones con el resto de América se resentían cada cierto tiempo:

América, cada cierto tiempo, reclamaba contra su régimen, por la prensa, en congresos, en libros, en charlas, pero él sabía ubicar las cabezas, las cumbres, y les entregaba a puñados sus monedas. Gastaba una suma inmensa en mantener relaciones diplomáticas con todos los países. Enviaba delegaciones a todos los congresos; estaba, el primero, dispuesto a apoyar reformas, mociones revolucionarias, planes económicos de integración continental. Luego, las medallas afluían. Y su pecho se hinchaba, rico en homenajes, respetado por las naciones, principal y potente (pág. 216).

Cosme San Martín -“joven poeta-filósofo revolucionario”-, y el resto de estudiantes ponen entonces en marcha su plan, planean acabar con Carrillo, cuando se enteran de que raptaron de Nueva York a “Jesús”: “Hay que hacer algo. Ahora más que nunca. Hay que deshacerse de Carrillo. Causa demasiado daño. Es un bicho miserable y astuto. Tiene todo corrompido con el dinero” (pág. 70). Tienen previsto un perpetrar el atentado en el día de su cumpleaños, de tal forma que Rosita, una muchacha del grupo, le entregaría personalmente un ramo de flores a Carrillo, con una bomba:

Moriría por dar la libertad a su patria, esa isla caliente y lasciva, relajada, alucinante, con sus negros soñadores y sus mulatos traidores [...] Isla de tambores en el crepúsculo, de asesinos que reptan entre la hojarasca, bajo las caobas. Esa era su isla, cubierta por la selva, estremecida por la presencia de una raza sonámbula. Y de ello, de todo este mundo primitivo, vegetativo, ¿podría Cosme hacer una patria? ¿Iba a formar y dar un espíritu a esa inanimada y ciega potencia? (pág. 108).

Cosme mantenía relaciones con Susanne, a la que “controlaba” porque se había enamorado de él y que usaba para beneficiarse de la información que ésta poseía del

tirano, ya que era su amante. A medida que avanza la narración se desvela la ambición de Cosme: “Cosme sería el director, el hombre de voluntad insobornable. Así una mujer, el sexo, era un arma contra el poder. Planea dar el golpe sin el ejército. Él se sentía históricamente destinado a salvar su patria” (pág. 111):

Toda es isla era una fornicación permanente en nombre del amor. Por amor se perdía el alma. Por amor, Carrillo, el cerdo, allí mismo, desde el prostíbulo de Ursula, hizo asesinar a diez mil haitianos

[...]

Allí, en un dormitorio del prostíbulo de Ursula, para mostrar su poder a Emita Ríos; para exhibir su crueldad, su vil condición, hizo asesinar diez mil negros mansos, diez mil vidas dulces [...] Una noche de San Bartolomé, de la que aún había memoria en Ciudad Carrillo. En las afueras, en la desembocadura del río, estaban las gigantescas fosas comunes donde arrojaron los cadáveres, donde dilapidaron tanto sueño, tanta vieja costumbre, tanto antiguo y rítmico gesto, tanta raíz profunda (págs. 109-110).

Rosita, que es la muchacha que entregará las flores con el detonador camuflado a Carrillo, decide participar en la conjura no por un afán altruista sino por motivos personales, como dos años más tarde lo harían los conjurados de Trujillo: “Carrillo le había causado demasiados daños. Le mató a su familia. Todo lo que amaba en este mundo. Le asesinó a su novio” (pág. 183). Estaba dispuesta a inmolarsse con tal de conseguir eliminar al dictador: “Deseba morir para asegurar la muerte de Carrillo” (pág. 184).

Cosme le había indicado lo que podrían obtener cuando aniquilaran a Carrillo: educación y libertad. Respeto, tolerancia, integridad moral, económica. Los estudiantes podrían terminar sus carreras, podrían enseñar a su vez, enseñar a leer, a escribir. Enseñar historia. Transformar todos los cuarteles militares en escuelas. Hacer un país nuevo, digno (pág. 190).

La corrupción que genera el poder se pone de manifiesto en el momento que los complotados antes de asesinar al dictador comienzan el reparto de los futuros cargos del gobierno. Tenían todo controlado, si la bomba no estallaba o algo salía mal, estarían todos en su lugar dispuestos a actuar en caso de que no funcionase lo de la bomba de

Rosita, camuflada en el ramo de flores que la muchacha estaba dispuesta a entregarle. Eran lirios, y cuando Carrillo lo vio se enterneció, le parecía un gesto “delicado” y además hacía mucho tiempo que no le regalaban flores:

Tomó el ramo y lo mantuvo apretado contra su pecho, junto a las condecoraciones de oro, rubíes, perlas, diamantes... Estaba emocionado. Oía un latido fuerte, un tictac persistente. Era su corazón. Su viejo corazón de monarca. Estaba contento. ¡Podía oír su corazón! ¡Aún latía! (pág. 317).

Paradójicamente confundirá su corazón con el reloj de la bomba. Y es que había soñado que le perseguían unos perros, tal y como vaticinó su primera esposa haitiana:

Los perros eran sus enemigos, todos aquellos que se daban cuenta de su grandeza inmensa y le odiaban por eso. Su cuerpo, lo que los perros querían comer; la materia era su talento, su inteligencia. Los enemigos buscaban su inteligencia, su don de pensamiento que le había permitido formar una filosofía nueva, una concepción de la sociedad humana y diferenciada (pág. 226).

La tía de Rosita lee el libro de los Reyes, en este Jesazbel le dijo a Acab, “rey de Israel” que dispusiera de las tierras de Nabot. Y Jehová le dice: “En el mismo lugar donde lamieron los perros la sangre de Nabot, los perros lamerán tu sangre, la tuya misma...” (pág. 188). Y así sucedió.

I.7. EL ESPAÑOL ABANDONA LA ISLA EN ATAÚD: *LOS TRES SALEN POR EL OZAMA*⁴³⁹

Riera Llorca publica esta novela en 1946 en catalán, tras su estadía en Santo Domingo como exiliado español. La obra interesa únicamente porque es el testimonio de un exiliado español que vivió la férula trujillista en primera persona, aunque curiosamente no deja huella impresa de la brutalidad del régimen.

Sabemos que Trujillo permitió la entrada en el país –y de hecho, la facilitó- de miles de refugiados republicanos, aunque no advirtió que la mayoría de ellos eran de tendencia marxista. “Los refugiados”⁴⁴⁰, por su parte, desconocían la situación imperante en la República Dominicana y al enterarse, algunos permanecieron sólo días. Tal fue el caso del poeta español León Felipe”⁴⁴¹, o algunos pocos años, como Galíndez y Almoina. Galíndez consigna que las profesiones que ocupaban, “disfrazados de agricultores” eran muy disímiles: “desde generales regulares del ejército y catedráticos universitarios hasta mecánicos y pescadores”⁴⁴². Y de esto mismo se da habida cuenta en el texto que nos compete.

La novela comienza con la llegada de un barco a la República Dominicana. En él, Ramón y Miguel, exiliados españoles. Ramón procede de Barcelona y es un hombre que no estaba acostumbrado a trabajos pesados, precisamente porque se dedicaba al estudio y la lectura, como tantos otros intelectuales españoles aterrizados en la isla.

Llegan a “Ciudad Trujillo” y la primera impresión que tienen cuando ven las “casas de madera” y la ciudad es motivada por el desconocimiento –Ramón dice que sólo tenía “referencias vagas” del país- de la realidad quisqueyana: “Me parece que éstos no nadan en la abundancia” (pág. 13) y “todos son negros” (pág. 14). La descripción del pueblo “silencioso y triste”, puede ser interpretada como consecuencia del estado dictatorial en el que vivían.

⁴³⁹ Vicenç Riera Llorca, *Los tres salen por el Ozama*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989. La primera edición es de 1946 y aparece en catalán. En español saldrá en 1967.

⁴⁴⁰ Sobre el número de refugiados españoles no hay un acuerdo, pues el historiador Bernardo Vega sostiene que eran unos tres mil y Galíndez dice que entre cuatro mil y cinco mil.

⁴⁴¹ Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 19.

⁴⁴² Jesús de Galíndez, “Un reportaje sobre Santo Domingo” en *Cuadernos Americanos*, no. 2, 1955, pág. 37.

El texto recoge la impresión que los dominicanos tenían de la avalancha de refugiados que llegó a la isla, y por otro lado, las expectativas de los propios inmigrantes:

El pueblo dominicano no sabe qué podrán hacer aquí tantos extranjeros; ignora las posibilidades como las ignoran los mismos refugiados. Estos, mal informados, esperan normalizar aquí sus vidas, pero no saben en qué condiciones. Los dominicanos creen que llegan con dinero y que crearán nuevas industrias y habrá más trabajo; pero la creencia es vaga y no despierta mucho interés. La verdad es que casi todos los refugiados llegan sin dinero y sin más bienes que la ropa que llevan puesta. A la mayoría les ha pagado el pasaje un servicio de ayuda a los exiliados y se dice que este servicio ha pagado al gobierno dominicano cincuenta dólares por cada visado (Los tres salen por el Ozama, págs. 20-21).

Cuando llegan, el gobierno dominicano les entregaba unos cuantos dólares para instalarse y comprar lo necesario. Pero el problema llegó cuando el régimen intentó trasladarlos a las colonias para que trabajaran de agricultores, tal y como revelaba Galíndez: “Se coacciona a muchos de los refugiados para que vayan a trabajar en las colonias agrícolas que acaban de crearse. El gobierno dominicano ofrece tierras vírgenes y machetes para cortar árboles y arbustos” (pág. 28). El narrador nos dice que en estas zonas se veían incapacitados para trabajar debido a la dureza del clima tropical, y a falta de “condiciones de higiene necesarias”, además “Algunos caen enfermos y deben ser trasladados al hospital más próximo” (pág. 29), por lo que aquellos que se habían quedado en la ciudad se negaban a ir al campo.

Inmediatamente los refugiados reconocen que la isla no es el lugar más indicado para ellos y procurarán salir lo antes posible, pero su situación es adversa:

Hay muchos países en donde podrían ser útiles, pero, excepto México, que acoge un gran número de los que salen de Europa –y que acabará absorbiendo la mayoría de los que se encuentran en la Dominicana- aquellos países miran con recelo la inmigración de los desplazados europeos (Los tres salen por el Ozama, pág. 29).

.....
En pocos meses han llegado unos miles de inmigrantes europeos. Es un alud

que ha caído sobre el país, y nadie puede prever qué consecuencias tendrá la entrada de tantos extranjeros en la Dominicana. La mayoría son exiliados políticos de diversos países. Una situación de gobierno adversa los hace dejar la patria y se han encontrado con que en ninguna parte de Europa les era posible alcanzar una situación estable (Los tres salen por el Ozama, pág. 57).

El problema es que muchos países americanos ponen barreras y obstáculos para la inmigración, y aunque Dominicana hay abierto sus puertas, su economía “no puede absorber toda aquella gente” y menos reconducirlo al terreno de la agricultura, pues la mayoría son “intelectuales y políticos profesionales”. Se critica la situación en la que se encuentran en la isla: “La mayoría de los europeos venidos aquí han perdido su salud, para siempre, en las selvas y campos dominicanos, y alguno han dejado aquí la vida” (pág. 58). Las condiciones de trabajo son ominosas, y el europeo no las resiste.

La hospitalidad del dominicano es resaltada en la obra, junto con la pobreza y la extrema suciedad. Asimismo se ponen de manifiesto la relevancia que cobraba en la isla el color de la piel, y la ponderación de aquellos que eran de piel blanca, frente a los que de tez oscura:

Desde su llegada, Ramón observa que entre los dominicanos hay una gran preocupación por la cuestión racial, hasta tal punto que el más despreocupado de los extranjeros debe tenerla en cuenta, por indiferente que le sea. Los dominicanos negros o mulatos en su gran mayoría, están siempre en guardia contra los prejuicios raciales, en muchos casos inexistentes, de los extranjeros. La cuestión del color es tema continuo de conversación entre la gente del país. Para la mayoría de los refugiados que han llegado a la Dominicana, el color de las personas no tiene ninguna importancia y no lo tratarían si no lo obligasen los mismos dominicanos, con sus prejuicios los de color más claro, y con sus complejos los de color más oscuro (Los tres salen por el Ozama, págs. 36-37).

Por ejemplo, también se narra en la novela cómo Luis se valía de recursos taimados y del color de su piel para obtener favores sexuales o económicos:

Luis, encontrándose con una gente que lo entiende, y le ríe todas las chanzas, y que, por el hecho de verlo blanco, lo considera superior, cree que esta gente es la mejor gente del mundo. Las chicas del país se afanan por casarse con los blancos, y si tienen dinero siempre encuentran aventureros que se casan con ellas con la secreta intención de vivir sin trabajar (Los tres salen por el Ozama, pág. 75)

Pero las dominicanas desconfiaban de los maridos forasteros, porque algunos pretendían vivir “a costa de la mujer”⁴⁴³, como Luis que soñaba con casarse con una chica rica que le confiara su dinero y la administración de sus fincas:

Las sabe fáciles y se permite un aire indiferente y satisfecho. Si se decidiera, se podría casar, piensa él, con una de aquellas chicas, hijas de una clase media y se habrían acabado sus problemas. Pero la cosa tiene inconvenientes. Están muy escarmentadas y cuando cazan un blanco lo atan fuerte (Los tres salen por el Ozama, pág. 119).

La única vez que se menciona a Trujillo es cuando el narrador menciona que a su llegada el presidente de la República Dominicana era Jacinto Peynado, ante el cual observaron que el pueblo actuaba con indiferencia, y entonces “Ramón se pregunta si mostrarían la misma indiferencia si se sentara allí el generalísimo Trujillo” (pág. 27). Se da a entender que Trujillo era una figura trascendental para los dominicanos, ante la que no permanecían impasibles, pero no ahonda en las razones. De hecho, acto seguido se encarga de matizar que Ramón y sus amigos exiliados no tenían mucha idea sobre política dominicana, y que incluso preguntaron quiénes eran los hermanos Estrella Ureña. Señala que algunas preguntas de las que hacían eran contestadas con evasivas: “estuvieron reñidos con Trujillo durante algún tiempo y vivían en el extranjero, pero se han reconciliado y han regresado” (pág. 28). Es claro que el autor sabía que Trujillo era un dictador y tenía sometido al pueblo, pues lo deja entrever en el texto como habrá comprobado el lector, quizás no entra en mayores consideraciones precisamente por

⁴⁴³ Apenas encontramos referencias narrativas sobre esta supuesta intencionalidad de algunos españoles; tan sólo en *Los que falsificaron la firma de Dios*, novela incluida en el corpus de este estudio leemos: “A pescar dotes se dedicaba la mayoría de los inmigrantes españoles en Santo Domingo” (pág. 156).

conocer los recursos mancables del tirano: “Ramón afirma que su finalidad en la isla no es trabajar sino salir de ella con vida” (pág. 52).

Ramón es el único de sus compañeros que no va a los ingenios, se instala en Ciudad Trujillo y se dedica a leer en la biblioteca y sobre todo lee sobre el país y “cuando más lee más se convence de que esta isla no es para él” (pág. 31). Encontramos en este personaje ribetes de eurocentrismo, ya que trata en ocasiones de forma despectiva al pueblo dominicano, llegando a hollar su idiosincrasia: “un pueblo como éste es un pueblo inferior”:

“La economía dominicana –explicaba Miguel- está basada en la agricultura: pero en una agricultura primitiva y que, a causa del clima, nada más puede explotarse a base de nativos, acostumbrados al clima. No tienen industria... Fuera de la cervecería, de la fábrica de aceites y de la zapatería no tienen nada en que ocupar mano de obra. Y como la agricultura ya produce todo lo que pueden explotar de cacao, café, azúcar y bananas, algunos tienen que quedarse con una buena parte de la producción. Ha sido una mala jugada traer así, de golpe, en un año, a cinco mil inmigrantes, entre nosotros y los judíos... Todos saben que nos han dejado entrar por los cincuenta dólares que cada uno ha pagado” (Los tres salen por el Ozama, pág. 139).

Ciertamente, es increíble que durante la estancia de estos refugiados no se percataran del ambiente de terror y violencia en el que estaba envuelto la isla, y que apenas se vea pasar “un camión que lleva unos presos con sus vestidos de rayas” (pág. 49). En mi opinión, el autor conscientemente no quiere tomar partido ni por la denuncia ni por el apoyo del régimen trujillista, y por esta razón lo obvia incurriendo en una narración un tanto artificiosa y oronda.

El texto acaba con la muerte de los tres protagonistas: Luis aparece muerto en la orilla del río Ozama, las autoridades apuntaron a un suicidio por “contrariedades amorosas”. Se deja en el aire por tanto, si realmente se trató de un suicidio o de otra muestra más de la procacidad y del cinismo trujillista. Por otro lado, arrestan a Ramón por no tener la cédula y lo llevan a la Forteleza. Estando en la prisión se limite a describir el pésimo estado de ésta: “Allí hacía un calor insoportable y se olía una peste asfixiante” (pág. 198), pero no hace referencia a lo que allí pudo ver (torturas, vejaciones, abuso de poder, etc.). Finalmente lo ponen en libertad, sin darle explicación

alguna, aunque al poco tiempo, trabajando a orillas del río, “Se da un golpe en la cabeza en el tablón, y cae al agua” (pág. 201). Por último, Miguel después de la pérdida de sus dos amigos, resuelve marcharse como trabajador en un barco, aunque existía el peligro de lo hundieran los submarinos alemanes. Se va “a bordo de un *cargo* americano, por el Ozama, sale de aquella isla en donde durante mucho tiempo se ha sentido como en una prisión. Sale por el Ozama, como salieron sus amigos Ramón y Luis” (pág. 205). La sola cuestión que cabe hacerse es: ¿los refugiados eran los únicos que se sentían encarcelados, o la metáfora se puede hacer extensiva a todos los habitantes de la isla? No podemos conocer la intención real de Vicenç Riera Llorca, pero sí conocemos la respuesta.

Capítulo II:

ENTRE EL NACIONALISMO Y LA MODERNIDAD

(1961-1979)

II.1. PANORAMA POLÍTICO: BREVE TURBULENCIA REVOLUCIONARIA Y LARGO ORDEN REACCIONARIO

II.1.1. LA REVOLUCIÓN DEL 65⁴⁴⁴

Decapitada la tiranía, se pone en curso en la República Dominicana una crisis de hegemonía -esto es “de las capacidades de ascendencia del grupo dirigente sobre el conjunto de la sociedad”⁴⁴⁵- que causa inmediatamente la movilización de la sociedad civil. Se constituyen sindicatos obreros, clubes barriales, partidos, organizaciones campesinas, estudiantiles y de mujeres, etc., que se alzan como contra/ hegemonías y que debilitan las fuerzas del Estado, del Gobierno y de todas aquellas instituciones políticas tradicionalmente hegemónicas. De esta forma, se suceden gobiernos dispares e imperará el caos político: de Balaguer, a un Consejo de Estado, de Bosch, a los Triunviratos. Antonio Fiallo lo explica:

Balaguer y el Consejo de Estado fueron continuidad y conflicto y fractura crítica de burocracia trujillista y nueva burguesía emergente; Bosch populista que acentuó la crisis con un intento de democratización limitada que afectaba la nueva burguesía pro/ norteamericana pretendiendo ciertas reformas desde arriba y sin movilización social; los Triunviratos como muros de contención de la emergencia de la sociedad civil, armas de una facción burguesa contra otras y por lo tanto de profundización de la crisis de la sociedad política⁴⁴⁶.

En este clima surgen organizaciones políticas como el PRD, un partido de corte populista tradicional que tiene anclajes en la sociedad civil y que aspira, como formula Fiallo, al control de la sociedad política en armonía con “la hegemonía en la sociedad civil”. En otro bando tenemos a los militares constitucionalistas, asociados a la política armada y con Francisco Caamaño Deñó como líder, que ofrecen “una dimensión democrática y popular”; por último aparece el Movimiento Catorce de Junio con una

⁴⁴⁴En los textos dominicanos existen varias denominaciones para este episodio: guerra de abril, intervención del 65, insurrección de abril, etc., y por tanto me referiré a éste usando cualquiera de ellos indistintamente.

⁴⁴⁵ José Antonio Fiallo Bellini, “La revolución de abril: el ayer para el hoy y el mañana”, *op. cit.*, pág. 4.

⁴⁴⁶ *Ibid.*

“estrategia insurreccional”. La revolución se empieza a gestar cuando el militar se ve reflejado en el espejo político y el político vil en el de las armas militares -es decir, “se hace militar”-, y estas tomas de posición son las que irremediablemente llevan a la intervención norteamericana del 28 de abril de 1965.

En líneas generales esto fue lo que aconteció, pero creo conveniente retrotraer al lector a esta etapa caótica y escudriñar con detenimiento la oleada –más bien marejada- de sucesos: tras la muerte del “Benefactor de la Patria” se celebran por primera vez en mucho tiempo elecciones democráticas en la República Dominicana. En 1962 y contra pronóstico, gana uno de los intelectuales exiliados durante la dictadura de Trujillo de mayor renombre: Juan Bosch. El 25 de setiembre de 1963, siete meses después de su toma de posesión, se perpetra un golpe de estado y Bosch se ve avocado a abandonar el país y acogerse al exilio de nuevo, donde encontrará solaz. Entonces, asciende al gobierno un triunvirato civil auspiciado por las Fuerzas Armadas, la Policía y los Estados Unidos. A partir de ese momento los acontecimientos se precipitan: El 24 de Abril de 1965 se alzan dos guarniciones de las Fuerzas Armadas con la pretensión de restaurar el gobierno constitucionalista de Bosch, lo cual origina en el pueblo dominicano una escisión hercúlea que hizo que se confrontaran militarmente dos bandos: el “bando constitucionalista”, con el coronel Francisco Alberto Caamaño Deñó a la cabeza, que forma un gobierno -el Gobierno Constitucionalista- elegido provisionalmente por el Senado del depuesto Juan Bosch; y el “bando leal”, establecido por los militares que protagonizaron el golpe de estado y por la Embajada de los Estados Unidos y sus correligionarios, que instauraron el Gobierno de Reconstrucción Nacional, encabezado por el General Antonio Imbert Barreras. Pero esta confrontación no se limita a estos bandos, sino que causará el enfrentamiento entre amigos, e incluso entre padres e hijos -padres trujillistas con hijos revolucionarios- tal y como acaeció en la Guerra Civil española y que abrirá profundas heridas psíquicas, físicas y materiales en el ciudadano dominicano. Heridas que aún hoy, al igual que el trujillato, siguen sangrando.

El 28 de abril intervienen los Estados Unidos y desembarcan tropas norteamericanas en el país, violando impunemente los principios y reglas del Derecho Internacional, de la OEA y de Naciones Unidas. Los argumentos que esgrimen los norteamericanos para explicar y legitimar su intervención en la isla fueron: “la restauración de la ley y el orden, la protección de las vidas de los norteamericanos, y

que se evitase el posible triunfo de los comunistas⁴⁴⁷. También se barajó la posibilidad de que se utilizara Quisqueya como cortina de humo para propiciar la escalada militar de los norteamericanos en Vietnam⁴⁴⁸. La consecuencia directa de esta invasión será la construcción de una alambrada que dividirá la capital en dos mitades, en la que se agruparán cada uno de los bandos. Finalmente, la ocupación termina el 21 de setiembre de 1966, fecha en la que se retiran definitivamente las tropas de la Fuerza Interamericana de Paz⁴⁴⁹ y comienzan las negociaciones entre el Gobierno de Reconstrucción Nacional y el Gobierno Constitucionalista, resolviendo constituir un gobierno provisional que será presidido por Héctor García Godoy⁴⁵⁰.

Una vez finiquitada la ímproba Guerra Civil, muchos de los que participaron en ella optan por la vía de la emigración –paradójicamente, en su mayoría hacia los Estados Unidos- para serenar los ánimos y vivir en paz⁴⁵¹. El resto de dominicanos presenciara en primera persona la derrota de Juan Bosch en las elecciones y el triunfo de Balaguer; consecuencia de los estragos económicos, institucionales, ideológicos y sociales que produjo la Guerra Civil y que hizo que los campesinos –mayormente- que impetraban estabilidad en el país, lo vislumbraran como la opción más válida. A estos motivos hay que sumar la propaganda religiosa y anticomunista que envolvió el clima pre-electoral, y el hecho de que Balaguer era un candidato “no mancillado” por el

⁴⁴⁷ John Bartlow Martín, *El destino dominicano. La crisis dominicana desde la caída de Trujillo hasta la guerra civil*, Santo Domingo, Santo Domingo, 1975, pág. 617.

⁴⁴⁸ Frank Moya Pons, *Manual de historia dominicana*, Santo Domingo, Caribbean Publishers, 1997, pág. 535.

⁴⁴⁹ Franco Pichardo nos aclara la significación de esta denominación: “Así se denominó a los contingentes armados de Brasil, Honduras, Paraguay y Costa Rica que, por resolución de la Organización de Estados Americanos (OEA), se unieron a las tropas norteamericanas en territorio dominicano. La formación de dicha Fuerza Interamericana fue auspiciada por los Estados Unidos como medida para internacionalizar y dar visos de legalidad a la intervención unilateral norteamericana”, cit. en Rita María Tejada, *Análisis de tres novelas dominicanas de la postguerra: De abril en adelante, Currículum (el síndrome de la visa) y La otra Penélope*, Florida, The Florida State University, 2000, pág. 5.

⁴⁵⁰ “Pero una vez promulgado el cese de fuego entre el bando constitucionalista y el bando “leal”, integrantes de este último grupo, amparados en la impunidad velada concedida por las fuerzas de ocupación, iniciaron una cacería despiadada, cayendo en ella centenares de combatientes constitucionales” *Ibid.*, pág. 6.

⁴⁵¹ Cfr. Juan De Frank Canelo, *Dónde, por qué, de qué, cómo viven los dominicanos en el extranjero*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1982 y Bernardo Vega, *En la década perdida*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.

conflicto de abril del 65, con experiencia diplomática y como funcionario; además con excelentes y persuasivas dotes oratorias⁴⁵². Así, Balaguer gobernará hasta 1978.

Por último, y como mero observación, creo relevante subrayar el magno papel del intelectual dominicano en estas dos décadas, incluso hasta mediados de los ochenta, pues fueron un puntal imprescindible en la esfera política y en la producción de ideas. “De éstos, los de orientación de izquierda, por momentos, fueron puntos de referencia obligada para la interpretación de la realidad política, económica y social de la sociedad dominicana”⁴⁵³ y es que en estos años el pensamiento de izquierda fue el dominante en Ciencias Sociales, sobresaliendo despuntando sobre todo la teoría marxista.

II.1.2. BALAGUER: EL MISMO PERRO CON DISTINTO COLLAR

Cuando Balaguer alcanza el sillón presidencial, se registra un elevado número de muertes de jóvenes pertenecientes a la izquierda y al antiguo “bando contitucionalista”, principiándose –en palabras de Miguel Collado- “uno de los períodos más negros de nuestra historia, caracterizado por la violación constante de los derechos humanos y por la todavía impune malversación de los recursos del Estado”⁴⁵⁴. El gobierno de los doce años de Balaguer (1966-1978) -de corte autoritario y “con la “bendición” de la geopolítica imperialista norteamericana”⁴⁵⁵- se fraguó sobre la base de la personalización y la centralización del poder en el Presidente de la República, el fraude electoral, la descomunal potestad económica y política que alcanzó el sector militar, la precariedad salarial, etc. Se conoce como el “balaguerato”, usando el mismo sufijo atribuido al periodo de gobierno de Trujillo, y en palabras de Antinoe Fiallo, se trataría de “una forma de administración de la dictadura burguesa”⁴⁵⁶, una forma política que sigue los celajes de la dictadura trujillista, por lo que se pone en entredicho

⁴⁵² Tuvimos ocasión de comprobar esto mismo en el capítulo anterior, cuando se introdujo en el texto fragmentos de diferentes discursos escritos y pronunciados por Balaguer durante la Era.

⁴⁵³ César Pérez, “El retraimiento de los intelectuales y la pobreza del debate político” en www.cielonaranja.com/cesarperez2.htm, (26-08-2004).

⁴⁵⁴ *Apuntes bibliográficos sobre la literatura dominicana*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1993, pág. 58.

⁴⁵⁵ José Antinoe Fiallo, “Los intelectuales y el poder, para la construcción de las luchas populares” en www.cielonaranja.com/antinoeintelectuales.htm, (26-08-2004).

⁴⁵⁶ José Antinoe Fiallo Billini, “Los doce años: el poder balaguerista”, en *El Nuevo Diario*, Santo Domingo, (15-06-1986).

la consideración de un Balaguer “iniciador de la democracia”⁴⁵⁷. Para Fiallo, - interpretación que su suciribo- esto es:

*una mitificación, en la medida en que la transición post-trujillista será la concretización de la estrategia norteamericana, para lo cual la burguesía de los funcionarios balagueristas y la burguesía tradicional opositora, serían articuladas en un proceso de sucesión “pacífico y sin ruptura” para evitar las posibilidades de una guerra revolucionara o una insurrección popular democrática*⁴⁵⁸.

Los norteamericanos, a través de esta alianza con Balaguer garantizan su intervención y su seguridad en la República -una suerte de “estrategia regional”-, y por este motivo Fiallo habla del paso de una dictadura militar a una “dictadura norteamericana criolla” que encarnaría el régimen de Héctor García Godoy, que sentó las bases para la llegada al poder de Balaguer y su ideario conservador. Por lo tanto, su ascenso al poder es auspiciado por los norteamericanos y no por sus propias fuerzas, puesto que su gobierno era la única alternativa después de la insurrección popular de 1965. Ya contaba con el apoyo de cierto sector del pueblo, que lo veían como un gran estadista -con experiencia en el terreno como ya adelanté-, y además, “Su bondad, al distribuir cantidades de regalos, como si fuera Navidad, incluyendo hasta carros de concho, de las vastas propiedades de la familia Trujillo, le ganó no solamente elogios sino fieles seguidores por siempre”⁴⁵⁹.

Pero Rosario Espinal muy acertadamente matiza que durante este gobierno -y tras la transición de 1978- también se hallan “elementos facilitadores de la transición

⁴⁵⁷ Hipólito Mejía y su gobierno –que ocupó la anterior presidencia a la actual en la República Dominicana- apoyaban la idea de levantar un busto de Balaguer con la inscripción. “Doctor Joaquín Balaguer, Padre de la Patria”. Flavio Darío Espinal se aúna a las consideraciones de Antinoe Fiallo y expone: “Lo que no se puede decir es que Balaguer sea el padre de la democracia dominicana, al menos si su ejercicio de poder se evalúa con criterios universalmente aceptados sobre lo que significa una democracia, entre los cuales están la celebración de elecciones libres, la independencia de poderes, la funcionalidad del poder judicial y demás órganos autónomos del Estado, el respeto a la legalidad y la exclusión de los militares del activismo político” en *El Caribe*, Santo Domingo, (17-07-2003).

⁴⁵⁸ José Antinoe Fiallo Billini, “Los doce años: el poder balaguerista”, *op. cit.*

⁴⁵⁹ Bernard Diederich, “Balaguer o el caudillo camaleónico”, *El Caribe*, Santo Domingo, (18 -07-2002).

democrática” en el balaguerato⁴⁶⁰: permanencia de los poderes públicos, cierta tolerancia de la oposición política, “la política económica de incentivos al desarrollo del empresariado privado, lo cual facilitó no sólo el desarrollo de una nueva clase empresarial, sino también la expansión de las capas medias”⁴⁶¹, la mayor representación de la social democracia en América Latina, apoyo directo a los derechos humanos, etc. José Alcántara pone, por igual, el énfasis en ciertas medidas favorables y positivas que adoptó el mandato de Balaguer:

“lo más sobresaliente de sus ejecutorias como mandatario ha sido el programa de construcciones realizado en todo el territorio nacional, al que ha dotado de carreteras, puentes, presas, acueductos, escuelas, hospitales, así como una serie de obras que constituyen una magnífica base para proyectar la cultura nacional a diversos sectores sociales”⁴⁶².

La principal y más consolidada oposición al gobierno de Balaguer la ha constituido el PRD (Partido Revolucionario Dominicano) que dejó a un lado las tesis radicales y extremistas de los años sesenta y abrazó la social democracia europea, alzándose así como “una opción viable de poder a nivel electoral”⁴⁶³. Esto, unido a la reivindicación de una mayor democratización del ejercicio del poder por parte de la clase media, suscitó que en las elecciones de 1978 no se permitieran irregularidades electorales y por ello, Balaguer irrevocablemente deja la presidencia, aunque se asegura la mayoría en el senado. Con el PRD en el gobierno, comienza una nueva etapa política para la República Dominicana⁴⁶⁴ en 1978, y esta circunstancia política tendrá su correlato en las letras insulares.

⁴⁶⁰ Pienso que a Balaguer tampoco le quedaba otra opción, es decir, que se veía obligado a adaptarse a los nuevos tiempos y a la demanda popular. No obstante, a mi juicio, siempre adoleció de cierta “miopía democrática” que finalmente acabó en ceguera.

⁴⁶¹ Rosario Espinal, “El proceso democrático dominicano: avances, retrocesos y riesgos” en www.cielonaranja.com, (26/ 08/ 2004).

⁴⁶² José Alcántara Almánzar, *Panorama sociocultural de la República Dominicana*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1997, pág. 25.

⁴⁶³ Rosario Espinal, *op. cit.*, pág. 2.

⁴⁶⁴ Rosario Espinal, no obstante puntualiza que dicho “pacto implícito sellaría la modalidad política que caracterizaría en años subsiguientes la relación entre los líderes políticos”.

Pero la figura de Joaquín Balaguer, como baluarte del neotrujillismo y como una de las figuras referenciales en las novelas del trujillato, merece mayor atención. Y es que Joaquín Balaguer –tal y como consigna Juan Bolívar Díaz- pasará a la historia como “el más persistente amante del poder, por el que soportó iniquidades y humillaciones aunque luego de obtenerlo lo ejerció y disfrutó como un rey, hasta agotar su último aliento”⁴⁶⁵, un último aliento que le llegó a los noventa y seis años, ciego y paralítico. Su máxima: “el fin justifica los medios”, a pesar de que en un principio se le consideraba un hombre débil⁴⁶⁶ –“muñequito de papel” le llamaban-, aún a sabiendas de que permaneció impertérrito ante los crímenes espeluznantes de Trujillo y sus sicarios y que, como dice Bolívar Díaz, “energía y valor no le faltaban para la confrontación política y el ejercicio gubernamental”. Diederich indica que al escribir su libro *La muerte del dictador* no encontró “rastros de nada mal hecho de parte de Balaguer. Y él ayudó a salvarle la vida al obispo Thomas Reilly, quien había sido apresado por el ejército del Jefe en esa época”⁴⁶⁷. ¿Lo exculpa esto? Realmente no, pues como señala Bolívar Díaz este no hacía nada para evitar tanto asesinato y tanta masacre indiscriminada:

*En esos años hubo períodos de tantos crímenes y persecución que el país vivía casi en la dictadura. La diferencia fundamental fue la libertad de prensa sustentada en algunos medios periodísticos [...] Las libertades de reunión, manifestación, tránsito, organización política y sindical, estaban severamente militadas. Balaguer controlaba por completo la justicia, instrumentaba políticamente las fuerzas armadas y la policía, el sistema electoral, los mecanismos de control, y el Congreso Nacional. No compartía el poder con nadie. Ni siquiera con un organismo de su partido*⁴⁶⁸.

⁴⁶⁵ Juan Bolívar Díaz, “Modelo del éxito político. Balaguer, un gran constructor autócrata insaciable de poder”, *Hoy*, Santo Domingo, (20-07-2002).

⁴⁶⁶ Bernard Diederich, en su artículo “Balaguer o el caudillo camaleónico”, *op. cit.*, escribe: “Al conocer a Joaquín Balaguer cuando era vicepresidente y luego presidente nominal cuando “El Jefe”, me sentí, al principio, muy poco impresionado. Mi primera impresión fue: qué burócrata sumiso e incoloro. Ningún periodista, dominicano o extranjero, de los que yo conocía entonces pensaba que este modesto y callado dominicano, de baja estatura, tendría un futuro significativo después que un valiente grupo de dominicanos eventualmente diera prueba de que Trujillo era tan mortal como el que más”.

⁴⁶⁷ *Ibid.*

⁴⁶⁸ Juan Bolívar Díaz, *op. cit.*

Balaguer, como referente neotrujillista y como fiel continuador de la obra de su “padre” político, adopta el papel de figura “paternalista” para el pueblo -Diederich así lo expresa-, pues “Ejercía el poder de forma paternalista y recorría la isla, ciego ya del todo, repartiendo obsequios a diestro y siniestro para ganar votos. Su regalo favorito eran máquinas de coser para las mujeres y también bicicletas para los chicos”⁴⁶⁹. Era un patriarca para la ciudadanía, exactamente igual que su antecesor: “En lugar del plumaje de Trujillo, Balaguer alimentó el mito a su alrededor con una vida estoica, misteriosa, frugal, marcada por su devoción al trabajo, a sus familiares muertos y a conservar el poder”⁴⁷⁰.

Una buena caracterización de la ideología de Balaguer y de su modo de hacer, nos la brinda Ana Mitila Lora en su artículo “El enigma del poder”:

*En sus discursos y obras destacan los grandes temas de la ideología trujillista como el mesianismo, hispanismo, antihatianismo y su apego a nociones como el orden y la paz, por encima de otros valores. En su oratoria fue recurrente encontrar siempre dos caminos, en el que él encarnaba los valores positivos como el progreso y el bienestar, mientras los otros representaban el caos. Por ejemplo, uno de sus lemas de campaña apelaba a que “Balaguer es la paz” o “Un camino sin peligro”. Muy similar, por cierto, a “No hay peligro en seguirme”, utilizado por Trujillo en 1930*⁴⁷¹.

Y es que este “memorioso consumado”, como lo denomina José Alcántara Almánzar, se rigió por el ideal que encarnaba Nicolás de Ovando: “un mandatario que erige ciudades al mismo tiempo que impone el orden con mano férrea, enfrentándose a sus adversarios con una gélida e impasible actitud”⁴⁷². Pero no debe –según Alcántara Almánzar- restarle valor a su figura de intelectual y escritor⁴⁷³ –“con retórica

⁴⁶⁹ José Comas, “Balaguer o la erótica del poder” en *El País*, Madrid, (15-07-2002).

⁴⁷⁰ Ana Mitila Lora, “El enigma del poder”, *Listín Diario*, Santo Domingo, (01-08-2002).

⁴⁷¹ *Ibid.*

⁴⁷² José Alcántara Almánzar, “Reflejos de Joaquín Balaguer, el escritor” en *El Caribe*, Santo Domingo, (23-07-2002).

⁴⁷³ “La lectura de las obras de Joaquín Balaguer, al margen de cualquier consideración política, constituye una de las experiencias más aleccionadoras que podamos imaginar para un escritor dominicano contemporáneo. Ética, conciencia, responsabilidad histórica y vocación literaria confluyen en su obra como en un río embravecido, para enseñarnos el camino que podemos transitar y las asechanzas del poder que tenemos que eludir” en *Ibid.*

grandilocuente, cargada de epítetos y valoraciones”-, pues fue ignorado por los intelectuales de su época y quizás por esta razón -piensa Alcántara- él se comportó para con ellos con absoluta indiferencia.

II. 2. LA NOVELA DE LA REVOLUCIÓN Y LA REVOLUCIÓN EN LA NOVELA

La literatura queda relegada a un segundo plano durante estas dos décadas y en cambio, se cultiva profusamente el ensayo sociopolítico y las obras historiográficas. “Ello tiene su explicación: el análisis sociopolítico y la reevaluación histórica eran una necesidad después de la caída del régimen que había conseguido hacer tergiversar la historia a conveniencia de su propia práctica política”⁴⁷⁴. Así aparecen obras como: *Yo investigué la muerte de Trujillo* de Teodoro Tejeda Díaz (1963) *Así mataron a Trujillo* de Rafael Meyreles Soler (1965) *Trujillo: anatomía de un dictador*, de Arturo Espailant (1967) *¿Quiénes y por qué eliminaron a Trujillo?* (1975), *Anecdotario de una tiranía* de Eduardo Matos Díaz (1976), *Porfirio Rubirosa. El primer Play Boy del mundo* de Pablo Clase hijo (1978), *En la ruta de mi vida* de Víctor Garrido (1970), etc. Así, en los sesenta el cultivo del género novelístico ocupa un lugar menor en la República Dominicana⁴⁷⁵, y desde 1965 hasta 1969, la única novela que sobresale es *Los ángeles de hueso*. Ya en la década de los setenta, y sobre todo a partir de 1975⁴⁷⁶, el número de novelas se incrementa y adquiere un mayor protagonismo el trujillato: *De abril en*

⁴⁷⁴ José Alcántara Almánzar, *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*, op. cit., pág. 73.

⁴⁷⁵ “La novela es un género escaso, escasísimo en la República Dominicana” en Bruno Rosario Candelier, *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*, op.cit., pág. 66.

⁴⁷⁶ A partir de 1975 se iza otro núcleo temático fecundo, un discurso literario de raigambre filosófica que pretende expresar las angustias vividas durante el gobierno del neotrujillato, el de los doce años de Joaquín Balaguer. Destacan en este periodo: Josefina de la Cruz, Pedro Peix, Cayo Claudio Espinal, Odalis Pérez y Aquiles Julián entre otros. En este mismo momento –en 1974 exactamente- nace en el terreno poético “El pluralismo”, “como un intento de superación de la tradición literaria y no como una negación de ésta. El poeta Rueda planteaba la renovación de la práctica literaria a través de la liberación del escritor y del lector, pero no mediante la destrucción del lenguaje o de las formas poéticas, como en la antipoesía de Nicanor Parra, sino de una integración de recursos técnicos y procedimientos escriturales de vanguardia” en José Alcántara, op. cit., pág 152.

delante de Marcio Veloz Maggiolo (1975), *La ciudad herida* de Carlos Federico Pérez (1977), *Los algarrobos también sueñan* de Virgilio Díaz Grullón (1977), *Las tinieblas del dictador* de Haffe Serulle (1978) y *Pisar los dedos de Dios* de Andrés L. Mateo (1979). En la primera mitad, del 70 al 74, tenemos: *El escupido* de Manuel del Cabral (1970), *Papaján* de Francisco Nolasco Cordero (1973) y *El masacre se pasa a pie* de Freddy Prestol Castillo (1974)⁴⁷⁷.

En este bloque que comprende la década de los sesenta y los setenta, voy a distinguir dos períodos cronológicos: el primer período se extendería desde 1961 a 1964: reimpresión de novelas capitales como *Over* y *El Montero*, junto con la reedición de *La mañosa* y producción de obras de “tema bíblico”: *Judas* y *El buen ladrón* (1961) y *El prófugo* de Veloz Maggiolo (1962), *El testimonio* de Ramón Emilio Reyes y *Magdalena* de Carlos Esteban Deive. Y es que se trata de “un período tímido, a pesar de las publicaciones: años en los que se dan a conocer obras serias”⁴⁷⁸.

El segundo período, lo sitúo entre 1965 y 1979 -aunque Alcántara Almánzar concluye este período denominado “de lo social” en 1970- puesto que en lo que respecta al trujillato es pertinente esta prolongación cronológica al no darse un cambio en el enfoque o tratamiento del tema, y debido a que el gobierno de Balaguer se extiende hasta 1978, cuestión que pienso repercute en las letras del trujillato. En este lapso temporal asistimos a una revolución formal y a una vindicación de la revolución como temática literaria.

La muerte de Trujillo sirvió de revulsivo para el cambio estético en las letras dominicanas, lo que propicia que la seña de identidad de la actividad novelística de esta etapa se desarrolle conforme a las premisas de la literatura social, del compromiso con la historia -la revolución de Abril de 1965- y de la aproximación de la literatura a la vida, siguiendo la tesis sartreana de la novela comprometida; esa literatura social que entiende las palabras como actos y la participación del ser humano en la vida a través de la escritura. Y a esta vertiente, cuya realización expresiva se encauza en un realismo de alcance existencial en mucho de los casos, es a la que han de servir –en líneas

⁴⁷⁷ Esta novela se escribe en la década de los cuarenta, tal y como expliqué en el capítulo II, aunque no se publica hasta esta fecha. El análisis de la misma entonces, lo he realizado conforme a los moldes narrativos de este periodo, aunque la edición sea posterior pues el autor no participa de las características propias de la década de los setenta.

⁴⁷⁸ *Ibid.* pág. 71.

generales- las producciones novelísticas de los sesenta y los setenta. Pedro Peix lo expresa de la siguiente manera:

muchos poetas de la Generación⁴⁷⁹ de Post-Guerra firmaron su certificado de defunción creadora cuando no pudieron advenir intelectualmente a otro estadio o coyuntura de la realidad social dominicana auscultada por los parámetros de un Lukacs o un Goldman⁴⁸⁰.

Peix habla de poesía porque será el género excelso en este intervalo temporal, aunque eso no significa que se deje de cultivar la novela y el teatro. Precisamente es en este periodo cuando la novela recupera totalmente su autonomía y olvida la rémora ideológica del trujillismo⁴⁸¹ y el fantasma de la censura, revelándose a través del Discurso de la Guerra y de los Antagonistas. Este nuevo elenco de escritores -entre los que destacan: Miguel Alfonseco, Marcio Veloz Maggiolo, René del Risco Bermúdez, Ramón Lacay Polanco y otros- producen, y cito a Odalís G. Pérez, una cuentística y una novelística influida por un marco ontológico y generacional cuyas características son las siguientes: “rechazo a la realidad circundante, comprensión social de los acontecimientos, lenguaje del desgarramiento interior, negación de la figura histórica⁴⁸², actitud pesimista ante la vida, necesidad de transformación humana y social, desencadenamiento de la realidad vital y social”⁴⁸³. Testimonio y denuncia serán las claves de estos discursos literarios: tras el desengaño ideológico, tras el fervor

⁴⁷⁹ José Israel Cuello defiende que después de la “Generación perdida” de Peña Batlle, constituida en torno a un “programa positivo” de nacionalidad dominicana, “ninguna generación ha logrado siquiera definirse [...] Los intentos de definición posteriores (1947-59-65, ¿etc?) no han pasado de los primeros bocetos, que siempre son negativos: antitrujillismo, antinorteamericanismo... Sin que se hayan plasmado ni los liderazgos presumiblemente necesarios, ni mucho menos la cohesión de un conjunto de ideas que permitan definir una generación de pensamiento”, “Sobre las generaciones perdidas” en Soledad Álvarez et al., *El debate sobre las generaciones*, Santo Domingo, Taller, 1991, págs. 37-43. pág. 38. Suscribo lo expuesto por Cuello y por eso, me hago eco de la crítica dominicana y de sus diatribas acerca de las “generaciones”, pero pongo el término entrecomillado.

⁴⁸⁰ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág. 179.

⁴⁸¹ En esa conformación de la identidad cultural dominicana jugó un papel preponderante Pedro Henríquez Ureña, ya que ha sido un embajador y un crítico portense de la lengua y la cultura de Santo Domingo.

⁴⁸² Este es uno de los motivos por lo que la novela del trujillato no brilla en esta etapa con luz propia.

⁴⁸³ Odalís G. Pérez, *op. cit.*, pág. 190.

nacionalista, sólo queda para los escritores dominicanos el refugio en la literatura. Y es que, repito, “casi”⁴⁸⁴ toda la literatura escrita entre 1965 y 1975 tiene ese carácter testimonial, nacionalista, maniqueo, contestatario, instrumental que caracteriza a las letras de cualquier país en épocas de grandes conmociones sociales”⁴⁸⁵ y de esta forma nace lo que se ha conocido como “literatura de posguerra”. Una literatura que le debe mucho a las asociaciones culturales y agrupaciones que se sucedieron tras la revolución de abril. El primero -y uno de los más sobresalientes y de los que ha gozado de mayor proyección internacional- es “El Puño”⁴⁸⁶, fundado por René del Risco Bermúdez, Armando Almánzar, Iván García y Miguel Alfonseca. Se adhieren a éste con posterioridad: Marcio Veloz Maggiolo, Enriquillo Sánchez, Ramón Francisco y Antonio Lockward Artilles entre otros, los cuales publicarán en el suplemento cultural del periódico “El Nacional” y participarán en varios concursos literarios, algunos patrocinados por el grupo cultural “La Máscara”⁴⁸⁷. El segundo, surge de las desavenencias que se originan en el interior de “El Puño”: Antonio Lockward Artilles funda “La Isla”, grupo que entiende la literatura ligada al proceso social y que se inserta en el sector más revolucionario de la sociedad. Entre sus integrantes aparecen: Pedro Caro, José Ulises Rutinel, Norberto James Rawlings y Andrés L. Mateo entre otros. Y ya en 1967 se creará “La Antorcha”, que contó entre su membresía con Mateo Morrison, Alexis Gómez, Rafael Abreu Mejía y Soledad Álvarez. Estos grupos se irán disolviendo paulatinamente y no sobrevivirán a la década de los setenta debido a las luchas internas motivadas por diferencias políticas, estéticas, teóricas e ideológicas⁴⁸⁸.

⁴⁸⁴ También surgen, aunque en un número ínfimo, obras testimoniales como la de Víctor Garrido, *En la ruta de mi vida (1886-1966)*, Santo Domingo, Arte y Cine, 1970, que no tienen empacho en definir el régimen trujillista y detallar el papel que jugó en él con diversos altos cargos (lo relata en el capítulo VI “El régimen de Trujillo hasta su muerte”), a pesar del ambiente antitrujillista reinante.

⁴⁸⁵ José Alcántara Almánzar, *op. cit.*, pág. 149.

⁴⁸⁶ Hablando de “El Puño”, Enriquillo Sánchez dice: “No conozco otro caso de inconsciencia literaria –la literatura es consciencia o no lo es –más pasmoso, más desafiante, más descarnado. Aquella fue la indignancia absoluta. Nadie se pensó a sí mismo. Nadie –hubiese sido excesivo pedirlo- pensó la época. Nadie pensó la circunstancia dominicana, por un lado, y el universo, por otro. Nadie estableció la relación que urge establecer entre ambas entidades. Pero los fantasmas existen. Los fantasmas son. El Puño es un capítulo de la “literatura nacional” en “La vuelta al decenio de los ochenta a ochenta nudos” en Soledad Álvarez et al., *op. cit.*, págs. 163-172. págs. 166. Aquí da constancia de que en los sesenta el intelectual de las artes dominicano no se embarcó en el proyecto hispanoamericano de deshistorización; y se replegó hacia sus adentros, mirándose el ombligo histórico.

⁴⁸⁷ Organización que se encargó de fomentar los concursos de cuentos desde 1966 hasta 1971.

⁴⁸⁸ Véase, Pedro Peix, *La narrativa yugulada*, Santo Domingo, Taller, 1987, Vol. I.

Los escritores que formaban parte de estos grupos son también los que integran la discutida “generación del 60”⁴⁸⁹. Miguel Collado, siguiendo el criterio de clasificación histórico-literaria de Enrique Anderson Imbert, sostiene que a ésta pertenece la promoción literaria anterior a 1965 y la promoción de posguerra y que muchos de estos escritores comenzarán su labor de publicación en los setenta⁴⁹⁰, de tal manera que dicha “generación” se inscribiría en el periodo histórico que abarca desde 1960 a 1975. En ésta se incluyen los siguientes narradores: Marcio Veloz Maggiolo⁴⁹¹, Carlos Esteban Deive, Ramón Emilio Reyes, Ramón Francisco, Armando Almánzar, Efraim Castillo, Roberto Marcallé Abreu, Manuel Mora Serrano, Iván García y otros. Otro sector de la crítica dominicana, como Rosario Candelier y Peña Lebrón, sostiene que en esta década de los sesenta existen dos “generaciones”: la del 60 y la de posguerra⁴⁹² (de 1965 en adelante). Dicha clasificación tan sólo es válida para el ámbito de la poesía dominicana, no obstante en lo que a la novela se refiere, sí encuentro que existe un momento “bisagra” que marca un viraje fundamental en el discurso dominicano: la revolución de abril del 65. Esta fecha es la que se producen las primeras incursiones de la literatura dominicana en la estela de la modernidad literaria, dejando atrás los esquemas tradicionales de corte patriarcal y populista –en términos de Doris Sommer- que caracterizaron durante tantos años su literatura. Así, será Marcio Veloz Maggiolo el que introduzca en la isla la experimentación novelística con su obra *Los ángeles de hueso* (1965) y ese nuevo modo de hacer narrativo que es el que, en rigor, integra a la novela dominicana en el “boom” latinoamericano. Rosario Candelier marca como fecha de inicio de la nueva novela dominicana la de 1975⁴⁹³, año de publicación de *De abril en delante de* –también de Veloz Maggiolo-, pero como veremos en el análisis de las novelas de este período, esta innovación empieza a gestarse diez años antes y ya tiene uno de sus puntos álgidos en 1970 con *Escalera para electra* de Aída

⁴⁸⁹ Manuel Núñez, a propósito de esta “Generación del 60” menciona cinco rasgos que la caracterizan: la noción de compromiso, el rechazo del pasado, falta de liderazgo cuando muere Tavárez Justo, imitación, deseo de transformación. *Vid.* “Las generaciones fuera de juego” en Soledad Álvarez et al., *op. cit.*, págs-133-140. págs. 134-135.

⁴⁹⁰ *Op. cit.*, pág. 58.

⁴⁹¹ Este escritor se inicia en la actividad literaria en los cincuenta, haciendo sus primeras incursiones en el campo de la poesía.

⁴⁹² Las características de cada una de estas generaciones aparecen en Bruno Rosario Candelier y Alberto Peña Lebrón, *Tendencias y agrupaciones poéticas dominicanas*, Santiago, UCMM, 1986.

⁴⁹³ Véase Bruno Rosario Candelier, *Ensayos literarios*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.

Cartagena Portalín⁴⁹⁴. Igualmente, en esta nueva etapa literaria, se sustituye casi por completo el tema rural por la problemática urbana y adquiere todo el protagonismo la ciudad. ¿Por qué? Principalmente porque los nuevos escritores han crecido y viven en ésta, es lo que conocen en profundidad, y también por querer “sacudir la literatura de su regionalismo tradicional, que encauza torpemente lo artístico a consabidas situaciones: explotación, injusticia, y al uso de un lenguaje que, de no ser usado con destreza, suele resultar pueril, reiterativo y torpe”⁴⁹⁵. De otro lado, esta modernidad propicia la inclusión de la novela dominicana en la estela de la nueva novela hispanoamericana; la única diferencia, como señala Isabel Zakrewski Brown, es “su encarecida voluntad nacionalista de ser antes que nada una manifestación política. Su sistema constituyente máxime es la historia del país”⁴⁹⁶. Una voluntad que nace de la necesidad de producir un contra-discurso que desplazara la retórica nacionalista de Trujillo y de dar salida a la frustración –que se traduce en pesimismo- que supuso el estrepitoso fracaso de la revolución de abril.

En el plano formal, se comienzan a utilizar nuevas técnicas literarias⁴⁹⁷ como el monólogo interior, la combinación de voces narrativas en el texto, uso de superposiciones espaciales y temporales, dislocaciones sintácticas, etc. Pero hay que señalar que la renovación sociopolítica y el empaque de la revolución, no revierten con plenitud en la expresión estética, porque desconocían la especificidad de la literatura - aunque no el aparato crítico literario- y creyeron que justamente por la vía de la protesta “podían dar el salto cualitativo”⁴⁹⁸ que la literatura dominicana reclamaba.

⁴⁹⁴ Aída Cartagena Portalín, *Escalera para Electra*, Santo Domingo, Editora de la UASD, 1970. Resumir características.

⁴⁹⁵ José Alcántara Almánzar, *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*, Santo Domingo, Corripio, 1984, pág. 65.

⁴⁹⁶ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 12

⁴⁹⁷ Esta revolución estética, a juicio de Rosario Candelier, es la que verdaderamente define la “generación del sesenta” (y no tanto el carácter existencialista que también toma) y por eso acuña el término de “la generación mágico-realista de 1960”⁴⁹⁷. No se trata, desde mi punto de vista, de que una denominación excluya a la otra, al contrario, creo que en la década de los sesenta y en la de los setenta conviven no una sino varias tendencias: la existencialista (donde se combinan la nostalgia, con el testimonio vivencial, la denuncia social y la frustración que conlleva la revolución), la del realismo –mágico, la de la novela urbana, etc. Por tanto, es demasiado reduccionista hablar de la “generación mágico-realista del 60” y convendría no poner “apellidos”, puesto que otros integrantes de esa “generación del 60” no incursionaron en el terreno del realismo mágico, como Andrés L. Mateo o Carlos Federico Pérez.

⁴⁹⁸ José Alcántara, *op. cit.*, pág., 152.

II.2.1. LA NOVELA BÍBLICA Y LA DENUNCA DEL TRUJILLATO (1961-1964)

Antes de embarcarnos en una brevísima –pues no comporta nuestro objeto de estudio- caracterización de la novela bíblica, es ineludible prestar atención a la primera novela que publica Veloz Maggiolo sobre el trujillato en 1962: *El prófugo*. Se trata de una novela corta de esquema tradicional en la que se narra el asesinato de Trujillo, sin ambages, en el que participa Alberto, el cual se ve obligado a esconderse tras del tiranicidio para salvar la vida. Por otro lado, la historia de Ángel Hortón, un policía nacional que, arrepentido por las tropelías y asesinatos cometidos durante el régimen, quiere apartarse de ese mundo de violencia trujillista; pero, como se deja ver en el obra, es tarea ardua puesto que la violencia es inmanente a la nación dominicana. El trujillato es atacado en la narración sin contemplaciones, remarcando los efectos salvajes que causó en la población –por tanto, “novela de la dictadura”- y criticando el abuso del poder, la injusticia social, los métodos sangrientos y la falta de libertad.

Lo que sobresale del texto –a parte de ser la única narración del trujillato en este lustro- es que aparece retratado el magnicidio y lo que le sucede a uno de los participantes directos inmediatamente después de éste. Además, el trujillismo es abordado a través de la figura de un policía al servicio de Trujillo que cuestiona los métodos brutales del aparato del gobierno. El motivo del magnicidio no volverá a ser visitado hasta la década de los ochenta, y la reflexión sobre el sistema trujillista desde dentro, desde la óptica de uno de sus integrantes, tampoco. Es, sin dudar, un caso aislado que no se integra ni tiene relación con la escritura del trujillato a partir de 1965.

Pero por otra parte, encontramos otras dos novelas de Veloz Maggiolo, *El buen ladrón* y *Judas*, que junto con *El testimonio* de Ramón Emilio Reyes y *Magdalena* de Carlos Esteban Deive, integran lo que la crítica dominicana ha etiquetado de “novela bíblica”. Ciertamente, el asunto que las define, en rigor, es de aspecto bíblico, mas “había que leerlas no como obras de carácter religioso o existencial, como comúnmente se hace, sino político, ya que en sus contenidos la metáfora religiosa era una manera de encubrir la crítica que el autor hacía a la tiranía trujillista”⁴⁹⁹. Por este razón, he

⁴⁹⁹ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 61.

estimado dedicar unas líneas explicativas a estas obras: claro ejemplo de la presencia del trujillismo y del miedo que éste seguía causando aun enterrado el tirano (aunque *El buen ladrón* se publicó pocos meses antes de morir Trujillo). Algunos escritores dominicanos hallaron en esta veta temática la forma más adecuada –y más velada- de plasmar la denuncia del trujillato: “Por medio de alusiones alegóricas o críticas directas, los novelistas inician la indagación y el cuestionamiento de lo establecido, así como la crítica al régimen de Trujillo y sus remanentes”⁵⁰⁰.

Es evidente que no entran dentro de la categoría nominal de “novela del trujillato”, tal y como la entiendo y la he explicado, pero nos ayudan a comprender mejor el fenómeno del trujillato, la correlación existente entre la realidad política y el discurso literario, cuya única opción de escritura era el tratamiento alegórico de éste.

El buen ladrón fue publicada en 1961, pocos meses antes del tiranicidio y *Judas* en 1962, aunque fue escrita antes de la muerte del tirano, como su drama *Creonte*⁵⁰¹. En las dos novelas de Maggiolo se habla de la “inevitabilidad del cambio”, un cambio que viene simbolizado en la figura de Jesús: “Nosotros esperábamos que de un momento a otro Jesús se rebelaría y con la fuerza de la divinidad rompería las cadenas de terror a que lo habían sujetado los seguidores del cónsul romano”⁵⁰². En *El buen ladrón* también “hay un reflejo de la sociedad trujillista y es explicable porque en cada una de las escenas se puede identificar nítidamente a la policía secreta revisando casas”⁵⁰³; y es primordialmente es en dichas escenas donde aparece la alegoría a la satrapía, pues los romanos operan de la misma forma, con los mismos métodos, que la

⁵⁰⁰ Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 137.

⁵⁰¹ Vid. Marcio Veloz Maggiolo, *Creonte*, Santo Domingo, Editorial La Nación, 1963. *Creonte* es rey de Tebas, un tirano que osa desafiar la ley de los dioses –“los derrotados tienen derecho a sepultar sus muertos”- y lo pone al mismo nivel de los dioses. El pueblo y su propio hijo se sublevan en su contra. El narrador sugiere que para aplastar al tirano dos existen dos vías: “la fuerza y la persuasión” y tras morir su amada Antígona, su hijo Hámon se suicida también. Tebas –la República Dominicana- insta a Creonte a que abandone el poder y muestra su disconformidad con su modo de actuar. De este modo, Trujillo - como Creonte- se verá avocado a dejar el mandato, a sucumbir a la democracia.

⁵⁰² Marcio Veloz Maggiolo, “Judas” en *Judas. El buen ladrón*, Santo Domingo, Librería Dominicana Editora, 1962, pág. 92.

⁵⁰³ “Marcio Veloz Maggiolo” en Guillermo Piña Contreras, *Doce en la literatura dominicana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1982.(págs 193-213) pág. 197.

guardia trujillista, cuando irrumpen en la casa del “buen ladrón” y se encuentran con la madre de éste:

El corazón me dió (sic) un vuelco enorme... ¿Qué harían estos hombres, servidores del César, a esas horas en mi casa? ¿Cuáles eran sus propósitos? Nada bueno auguraban y muy pronto lo supe. El mayor de los tres, que parecía el jefe, me informó bruscamente de todo

[...]

-¡Registren todos los lugares de la casa y si lo encuentran le daremos a éstas una zurra que recordarán mientras vivan!

[...]

-No ha venido, es verdad –gruñó el más viejo, que tenía cara de cerdo-, pero cuando le agarremos perderá el pellejo tira a tira⁵⁰⁴.

Aunque no sólo en estos pasajes se esconde la alusión al trujillato, ya que el abuso en el poder por parte de los romanos, o de cualquiera que lo ostente, es objeto de crítica en la obra: “Sería igual, todos son iguales, prometen al principio, pero cuando se hacen cargo del poder olvidan todo lo prometido e imponen su criterio personal” (*El buen ladrón*, pág. 153). Se entrevé en esta afirmación del “buen ladrón” el pesimismo del dominicano ante el panorama político, y la desesperanza ante el cambio de gobierno, pues la República es una tierra “llena de pordioseros y tiranos”. No obstante, el pueblo judío –el pueblo dominicano- quiere derrocar al César –tirano, como Trujillo, que junto con los romanos, representan al cuerpo trujillista- y no está dispuesto a soportar por más tiempo una situación insufrible y sangrante⁵⁰⁵. La descripción que se hace del César es fácilmente asimilable al “Benefactor de la Patria”:

El César tiene derecho a decir todo lo que le viene en ganas; se ensalza a sí mismo, y ordena que Pilatos y los jueces organicen fiestas en su honor. Se da derechos él mismo y nadie puede protestar. ¡Debía caerle el palacio en la cabeza! (pág. 144).

⁵⁰⁴ Marcio Veloz Maggiolo, “El buen ladrón” en *Judas. El buen ladrón, op. cit.*, págs. 140-142. Recuérdese que la primera edición de *El buen ladrón* es de 1961.

⁵⁰⁵ Teniendo en cuenta que se publicó poco tiempo antes de morir el tirano, Maggiolo parece invitar a la movilización al pueblo, aunque eso sí, instalada en la desconfianza y el pesimismo.

Magdalena, publicada en 1963, sigue de modo similar la línea de escritura de Maggiolo - como *El testimonio*⁵⁰⁶ donde el modo de juzgar a Jesús es el mismo sigue los parámetros de la “justicia” trujillista, y como afirma Di Pietro, es “una novela de carácter político, ya que detrás de la metáfora bíblica se escondía una áspera denuncia de la tiranía trujillista”⁵⁰⁷. En la novela de Deive, Simón el fariseo es la alegoría del poder despiadado, cruel y despótico:

Dueño de un poder casi omnímodo, los habitantes de Magdala se encontraban prácticamente bajo la férula de ese tiranuelo ignominioso y cruel, a quien debían servir y de quien tenían que acatar cualquier orden o injusticia. Debido a ello, Simón era inmensamente rico.

[...]

*De ahí que lo consideraran un auténtico “fariseo Siquem”, un individuo ladino y tortuoso capaz de las mayores y más abominables tropelías con tal de satisfacer sus inícuos propósitos*⁵⁰⁸

Magdala encarna el sufrimiento y la pesadumbre del pueblo dominicano, la impotencia –pues toda rebelión era apagada- pero también la cobardía y la pusilanimidad ante el tirano: “¡Todo un pueblo sumiso ante las barbaridades de un solo hombre! ¡Qué bonito espectáculo!” (*Magdalena*, pág. 27). Claramente, el autor reprocha al pueblo su falta de decisión y de valentía, la cual viene expresada en la novela por Magdalena. La protagonista representa el arrojo, pues no se amedrenta ante el fariseo, que aunque la pretenda insistentemente y sepa el peligro que esto entraña –tenía “una insana vehemencia que le llevaba a desear a todas las mujeres ajenas”, como Trujillo- no sucumbe a sus deshonestos propósitos y utiliza sus armas femeninas para conseguir lo que quiere. La indómita Magdalena sólo flaqueará ante Jesucristo, que también en esta novela aparece como el gran salvador, como la esperanza del pueblo de Magadala, del pueblo dominicano.

⁵⁰⁶ Vid. Ramón Emilio Reyes, *El testimonio*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1961.

⁵⁰⁷ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993, pág. 109.

⁵⁰⁸ Carlos Esteban Deive, *Magdalena*, Santo Domingo, Imprensa de Arte y Cine, 1964, pág. 19-20.

En definitiva, todas ellas son novelas que habían de llenar ese vacío en la producción del trujillato –junto con las reediciones y reimpressiones citadas- de estos años de profunda inestabilidad política, en los que se hubiera esperado una mayor presencia del trujillato en la novela después de la desaparición física del “Jefe”, pero precisamente fue eso lo que pasó, lo que explica esta “tebaida” discursiva: se eliminó a Trujillo, pero no al trujillismo.

II.2.2. HACIA LA EXPERIMENTACIÓN ESTÉTICA Y LA INVECTIVA DEL TRUJILLATO (1965-1979)

“No habrá llanto,
porque ni siquiera a llorar nos atrevemos;
te alisarás el traje con las manos...
Y no tendremos tiempo suficiente
para saber que el tiempo nos acaba...
Si nos atrevemos a salir,
nos suicidamos...”
RENÉ DEL RISCO BERMÚDEZ⁵⁰⁹

En estos quince años la novela del trujillato opera con innovaciones técnicas en el plano estético y con los mismos enfoques y directrices a la hora de tratar literariamente el trujillato. Esto explica -incido en esta idea nuevamente- el hecho de que no sea pertinente en el caso del trujillato la distinción entre la narrativa de 1965 a 1975, y la que, según Miguel Collado, arrancarían del 75 y se sumergiría en los ochenta, denominada “narrativa de los ochenta”.

Un amplio espectro de novelas de temática de la revolución se despliega en este tramo histórico, y además, precisamente en 1965 hallamos el fundamento de la orientación estética –la novela experimental- que caracterizará el panorama literario dominicano del siglo XX: hablo de *Los ángeles de hueso*, novela del trujillato. Se sigue cultivando el realismo como he señalado, la narrativa con ribetes tradicionales y aparece por primera vez en la escena dominicana el “realismo mágico” –línea estética que será más trabajada en los ochenta- que en el trujillato viene de la mano de *Las*

⁵⁰⁹ Fragmento del poema “Si nos atrevemos a salir...” en *El viento frío y otros poemas*, Santo Domingo, Taller, 1985, pág. 48.

tinieblas del dictador, donde se vislumbra perfectamente la sombra tutelar de García Márquez y su Patriarca.

El interés que el trujillato va a suscitar en estas décadas es nimio comparado con lo que cabría esperar –una avalancha de denuncias y ataques tras la treintena de silencio y sumisión-, debido ciertamente a la revolución del 65, que acapara la atención de los escritores dominicanos. No obstante, la mayoría de estos discursos literarios hacen referencia ineluctable al trujillato –aunque se de forma tangencial- pues éste tuvo mucho que ver con la difícil situación política que padeció el pueblo dominicano tras la desaparición física del tirano.

Alcántara Almánzar sitúa como modos temáticos de este momento –junto a la guerrilla de 1963 y la revolución del 65- “El régimen de Trujillo”: “Los escritores que conocieron por experiencia propia los horrores de la dictadura son los que con más fuerza escriben acerca de acontecimientos cotidianos de entonces: la tortura, la delación, el espionaje, el crimen, la corrupción. La narrativa deviene eminentemente política”⁵¹⁰. Y ciertamente es así, pero atañe mayormente al campo de la narrativa corta, pues en la novela sólo encontramos dos publicaciones del trujillato desde 1965 a 1970: *Los ángeles de hueso* y *El escupido*. Será a partir de los setenta cuando aparezca el verdadero núcleo de germinación y fermentación de esta novela del trujillato, aunque ésta no comenzará a prodigarse hasta bien entrada el decenio. En estos años es cuando empieza a gestarse un “nuevo discurso nacionalista”⁵¹¹, que pretendía quebrantar el discurso nacionalista –claramente “manipulador”-que impuso el trujillato. Es entonces cuando nacen voces que protestan –la literatura se instala en las sirtes del

⁵¹⁰ en *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*, *op. cit.*, pág. 73. Para ejemplificar esta afirmación cita sólo a autores de narrativa corta: Alfonseca y “El coronel Buenrostro” de Maggiolo.

⁵¹¹ Cuando hablo de “discurso nacionalista” lo hago en el sentido que le imprime Gellner: “el nacionalismo es un principio político que sostiene que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política” en E. Gellner, “Definiciones” en E. Gellner, *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 12-21...pág. 11. Para una mayor comprensión del nacionalismo –término que puede llevar a equívocos o a apriorismo- véase también: W. Connor, “El caos terminológico” en W. Connor, *Etnonacionalismo*, Taurus, 1998, págs. 85-111; J. M. Apaolaza, “Etnicidad y nacionalismo” en J. M. Apaolaza, *Lengua, etnicidad y nacionalismo*, Barcelona, Anthropos, 1993, págs. 16-23 o el clásico: A. D. Smith, “La identidad nacional y otras identidades” en A. D. Smith, *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997, págs. 1-16. Henríquez Grateaux hace una excelente acotación de este término: “Nacionalismo es un vocablo que procede, como es obvio, de *nación*, y nación es la cristalización histórica y cultural sobre la que se asientan generalmente los *estados*” en Federico Henríquez Grateaux, *Identidad persistente y mutante*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 2004, pág. Este asentamiento del que habla Grateaux fue soslayado y manipulado –como hemos comprobado- por el trujillato, lo que revierte sin duda en el discurso literario.

“compromiso”⁵¹²- y someten a examen riguroso lo acontecido durante la Era, iniciándose así el proceso de catarsis dominicano. A esto se une la carrera de modernización económica que emprende el país, de tal forma que “La consiguiente dialéctica entre ambos movimientos rindió su mayor contribución a la cultura en general, especialmente durante la década de los setenta y la primera mitad de la década de los ochenta”⁵¹³. Esto a su vez propició un importante auge en la producción cultural:

*Autores y obras de indiscutible calidad hacen del decenio de los 70s uno de los períodos más ricos de la narrativa dominicana, que constituye la continuación de un valioso proceso de renovación iniciado en los años 60*⁵¹⁴

En definitiva, en este tramo histórico el lector se enfrentará en la mayoría de los casos con novelas cuya temática capitalmente pivota en torno a la revolución de abril⁵¹⁵, pero esto no significa –vuelvo a esta idea- que se excluya la referencia al trujillato de la trama literaria, como muestran las novelas escogidas conforme al criterio anunciado en la metodología y como ya he comentado. Diógenes Céspedes resume a la perfección esto mismo:

*“La insurrección de abril del 65 vino a atenuar esta literatura de denuncia del régimen trujillista y post-trujillista”*⁵¹⁶. *A partir de ese momento la referencia a*

⁵¹² Sobre “literatura comprometida” en los sesenta, *Vid.*, José Alcántara Almánzar, *Narrativa y Sociedad en Hispanoamérica*, *op. cit.*, págs. 64-64. Alcántara también incide en el carácter social de la literatura de esta época y la irrupción masiva del tema urbano.

⁵¹³ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 3.

⁵¹⁴ Miguel Collado, *op. cit.*, pág. 276.

⁵¹⁵ Pero también en las décadas sucesivas se escribe sobre la intervención norteamericana. El número de novelas sobre este tema es elevado: *Juego de dominó* de Manuel Mora Serrano, *Cuando amaban las tierras comuneras*, de Pedro Mir, *Tracaveto* de Francisco Nolasco Cordero, *Los acorralados* de Felipe Collado, *Vendaval* de alberto Vásquez Figueroa, *Las bodas de Rosaura con la primavera* de Tony Rafal. *Ritos de cabaret* de Veloz Maggiolo, etc. Este discurso de la revolución presenta como principales señas de identidad, y en esto coincido con Rita María Tejada, la condena a la intervención y una “valoración pesimista sobre la sociedad dominicana que han forjado un corpus de intelectuales dominicano” en *op. cit.*, pág. 17.

⁵¹⁶ Los textos del trujillato que más se publican en este período son los históricos, testimoniales o de carácter anecdótico. A estos primeros años de la década de los sesenta pertenecen las novelas que pertenecen al núcleo temático bíblico y que contienen una crítica subrepticia a los regímenes autoritarios como el del trujillato: *Magdalena* de Carlos Esteban Deive (1963), *Judas* y *El Buen Ladrón* de Marcio Veloz Maggiolo (1962). *El testimonio* de Ramón Emilio Reyes. Antes de 1965 también se publicó *El prófugo* de Marcio Veloz Maggiolo (1962), clasificada igualmente como novela del trujillato.

*ambos iba a ser episódica en la literatura que se estaba gestando en plena guerra. El componente de esta escritura, sin abandonar su “compromiso”, sería el de la denuncia directa del imperialismo y sus “cómplices nacionales e internacionales” como mancilladores de nuestra soberanía*⁵¹⁷.

II. 2.2.1. NOVELA DEL TRUJILLATO, NOVELA DE LA DICTADURA

La representación del trujillato en las novelas de esta quincena había de concentrarse en los derredores de los efectos de la dictadura en el pueblo, instalándose entonces en las directrices de la “novela de dictadura”. Los escritores dominicanos de este periodo escriben en tenor de una suerte de venganza contra la retórica trujillista, debido a la coerción ejercida, al sometimiento, los vejámenes y abusos padecidos. Así si Trujillo fue el Zeus de la vida de los dominicanos y su andamiaje ideológico el protagonista absoluto de la historia y la literatura durante tres décadas, ahora el novelista tiene la oportunidad de otorgarle al pueblo dominicano el papel principal en la obra, de devolverle la voz perdida en el mutismo del trujillato. Entonces, estas novelas recrearán escenas crudas, patibularias, productos de los mecanismos de abuso del poder ejercido por Trujillo y sus satélites. Ahora: estos asuntos serán proyectados desde dos frentes: los militares trujillistas -y los adeptos al gobierno-, y también desde la óptica de los disidentes, desde la oposición al régimen. La lógica de estos enfoques reside en varios hechos: por un lado, la cúpula militar es la que mejor define el implacable *modus operandi* dictatorial y la que después de muerto el tirano luchó contra los constitucionalistas por la parcela de poder; por el otro, el pueblo demanda vindicar su lucha anónima contra el trujillato y las distintas movilizaciones y conjuras urdidas en la clandestinidad. Esto es, los victimarios de Trujillo no son los únicos que ameritan del reconocimiento popular –hay que precisar que en estas décadas se publicaron muchas obras historiográficas sobre los conjurados que estaban completamente mitificados-, pues la ciudadanía estuvo combatiendo desde la sombra la tiranía y también merece un lugar en las letras. Además, estos fueron áulicos oficiales de Trujillo que, aunque también padecieron los efectos de su mano férrea, disfrutaron de ciertos favores que no compartió el resto de antagonistas. Finalmente, de lo que se trataba era de proyectar la

⁵¹⁷ Diógenes Céspedes, “Veinte años de literatura dominicana: la difícil alianza entre el “compromiso” y el arte”, en Diógenes Céspedes, *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*, San Pedro de Macorís, R.D. Ediciones de la Universidad Central del Este, 1983, págs 57-58.

imagen de un sector de la población que no permaneció impasible ante los atropellos trujillistas, que no compartía ese proceder carnicero.

Lo hasta aquí reseñado, revive la realidad de un pueblo dividido en dos grupos enfrentados, una realidad que aparece en varias de las novelas que analizaré: *Los ángeles de hueso*⁵¹⁸, *De abril en adelante*⁵¹⁹ y *Los algarrobos también sueñan*⁵²⁰. Hay que consignar que en esta última novela de Díaz Grullón el trujillismo es encarnado por un militar llamado Sención, pero su tratamiento es secundario, ya que el narrador detallará principalmente el discurrir de Alberto, un disidente al régimen. Otras, como *Papaján*⁵²¹, *El escupido*⁵²² o incluso *Pisar los dedos de dios*⁵²³ (en esta el trujillato constituye un motivo secundario), giran en torno al retrato de militares despiadados y no prestan atención a la oposición, donde precisamente se pone en evidencia las descarnadas actuaciones trujillistas. En cambio, en *Los algarrobos también sueñan* y en *La ciudad herida*⁵²⁴ prima la narración de la lucha armada y de la lucha ideológica, que sólo tiene dos salidas: la muerte o el martirio inhumano en cárceles.

Por tanto, la caracterización de la novela del trujillato de las décadas sesenta y setenta, pasa por retratar los efectos del trujillato y las diferentes formas de abuso del poder; por la caracterización de la crueldad de los sicarios trujillistas (militares, espías, etc) y por la descripción de la pugna de la izquierda anónima con la retórica trujillista.

⁵¹⁸ Marcio Veloz Maggiolo, *Los ángeles de hueso*, Santo Domingo, Editora Cole, 2002. La primera edición de la obra es de 1965. Las referencias a esta novela en la Tesis pertenecen a esta edición revisada por el autor en 2002.

⁵¹⁹ Marcio Veloz Maggiolo, *De abril en adelante*, Santo Domingo, Taller, 1984. La primera edición es de 1975, pero en las citas manejaré la aquí referida.

⁵²⁰ Virgilio Díaz Grullón, *Los algarrobos también sueñan*, Santo Domingo, Manatí, 2000. La novela se publica por primera vez en 1977. Las referencias a la novela se anotarán con el número de página y corresponden a la edición citada.

⁵²¹ Francisco Nolasco Cordero, *Papaján*, Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1973.

⁵²² Manuel del Cabral, *El escupido*, Buenos Aires, Editorial Quintaria, 1970.

⁵²³ Andrés L. Mateo, *Pisar los dedos de Dios*, Santo Domingo, Taller, 1979. Esta edición será la que siga en las referencias a la novela.

⁵²⁴ Carlos Federico Pérez, *La ciudad herida*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1977.

A) Los hacedores del trujillismo: militares, funcionarios, espías, criminales.

Estos “hacedores” pertenecen a las “viejas generaciones” que representan lo obsoleto, lo caduco y decrépito, como el mismo Trujillo. En cambio, como el lector comprobará en la delineación de la disidencia del régimen, ésta presenta los valores contrarios: la juventud, el cambio, la potencia y la esperanza.

En *Los ángeles de hueso* el padre del protagonista es un funcionario trujillista, uno de tantos que engrandecían al Jefe sobre la base de adulaciones vanas y lisonjas:

Puede que esté en Nueva York o leyendo sus discursos fantásticos en beneficio de Trujillo, insigne adalid de San Cristóbal, Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva, además de Generalísimo y Doctor. Primer traidor, puesto que era el primero en todo, según decía mi padre. Los muertos son un gran gerundio: ideas fijas (Los ángeles de hueso, pág. 105).

Veloz Maggiolo expresa la idea de la continuidad del trujillismo y sus espectros, palpable y latente en los sesenta, pues la tiranía –un gran cementerio- no se ha edificado únicamente sobre la base de una persona, sino que se ha alzado cimentada en la caterva de *ad láteres* que participaron activamente de ella y la perpetuaron: el contingente militar es uno de los ejemplos más vivos y así los describe:

Un ejército de tarántulas condecoradas; la cruz gamada, las órdenes del generalísimo Trujillo, las insignias de Mussolini, Salazar y Franco [...] cuerpos listos a sacrificar sus condecoraciones por una veleidad de potencias lejana; por potencias situadas en el norte, en el sur y en el oeste. Ellas dicen: ¡fusilen!, y sale el tiro mortal para los que tienen ideales. Ellas dicen ¡bombardeen!, y las tarántulas responden que sí, que harán todo lo que los señores rubios manden, con tal de que venga la ayuda económica, con tal de que los amigos rubios del norte, del oeste y del sur, tengan una buena impresión de que se asesina a bajo costo y sin ninguna propaganda (Los ángeles de hueso, pág. 73).

Esta miríada de “tarántulas” –la imagen no podía ser más sugestiva- está no sólo al servicio de la dictadura, sino que a su vez se encuentra supeditada a la voluntad de Estados Unidos, “amigos rubios del norte”, que aparecen como uno de los responsables

de que la historia política dominicana no haya escapado de las sirtes de la ponzoña y el martirologio.

En *El escupido* se narra también a este tipo de militar trujillista, Eliogábalo, que fungió de espía del “Jefe”⁵²⁵. Es descrito como un individuo despiadado que depreciaba los actos “aparentemente generosos” de Trujillo y disfrutaba con sus actos violentos –lo admira y venera-, pues fue el dictador quien enseñó a ser “corrupto, a ser ladrón, asesino y cínico”. Eliogábalo dice en un monólogo que aprendió a ser cruel por “los treinta años de sangre sin tregua” del trujillato, y narra cómo trabajó para el tirano de “garra caníbal e insaciable”. Así, los hacedores del trujillismo encarnan a Trujillo, e incluso se convierten en parte de él, pues el peor crimen de este “corruptor” de conciencias fue arrebatarle el juicio y la libertad a la población dominicana:

Soy un prisionero de confianza, tengo de todo pero nada es mío. Tengo mi esposa pero es la amante del Jefe. Tengo queridas pero son las espías del Jefe. Hablo muy fuerte pero son los elogios para el Jefe. Si me río es la risa del Jefe. Si pienso es lo que piensa el Jefe (El escupido, pág. 82).

Pero ni los acólitos de Trujillo se hallan a salvo e inmunes, ya que como refiere el protagonista de este capítulo de *El escupido*, aunque el “Jefe” le tuviera “cierto discreto respeto” sabía que su vida corría peligro en cada instante, porque en el momento que el Jefe no consideraba útil a alguno de sus servidores –o éstos habían presenciado crímenes importantes-, los liquidaba sin escrúpulos. Como ejemplo, Manuel del Cabral cita el caso del “profesor” –Galíndez- “en cuyo drama murió no sólo el aviador que condujo al secuestrado, sino también uno de los hombres más valientes de su confianza, simulando que se había ahorcado en su propia celda” (*El escupido*, pág. 75-76).

“Papaján” es otro militar trujillista, cuyas acciones inhumanas ocupan toda la narración de la novela. Esta novela de Nolasco recurre al universo simbólico para hacer un retrato del militar de la dictadura, que es definido desde la extrema maldad –parecía haber hecho un “pacto con el diablo”-, como un producto de la anormalidad y de la sangre. Marcado por el destino de su apellido, “Mata”, Papaján necesita la sangre y la tortura para sentirse realizado, “no parece humano”:

⁵²⁵ De nuevo, no hay una referencia al nombre propio de Trujillo y éste aparece como “El Jefe”, una de sus múltiples denominaciones.

[...] adonde no pueda doblagar la humanidad, me volvería loco en menos de quince días, me hace falta. Cuando me las manos con sangre humana siento un frescor como si las metiera en agua helada (Papaján, pág. 68).

.....
Carajo te voy a ahorcar, sin madre, te voy a estar apretando ese pescuecito hasta que botes sangre por la boca y nariz, como río, quiero ver sangre, sangre, sangre (Papaján, pág. 105).

Papaján Mata ingresa en el ejército como ordenanza, con la poca fortuna de que limpiando la pistola de su comandante, involuntariamente “mata” a un sargento que por allí pasaba. Ya se lo había advertido su madre:

Mi hijo recuerda que viniste al mundo sobre un suelo lleno de sangre. Cuidate de la sangre, que la sangre persigue (Papaján, pág. 75).

Y la sangre no tiene “tregua”, como afirmaba Eliogábalo. Papaján, aterrado, piensa que lo van a encarcelar de por vida en la penitenciaría de “La Soledad”, donde se pudrirá “del hambre y la porquería”. Lo curioso es que el narrador da a entender que no le hubiera ocurrido esta tragedia si se hubiera quedado viendo el discurso del “Generalísimo Tablazo” –Trujillo- por televisión. Es decir, que Trujillo lo podría haber “salvado”, y es que Papaján, como Eliogábalo, admira a Tablazo –que aparece dando un discurso en el que promete al pueblo la construcción de un acueducto- y lo alaba de forma desmedida, deseando que incluso muerto siga gobernando; deseo que se cumplió, pues en los setenta, Trujillo seguía en el poder con el nombre de Balaguer:

“La gente tiene razón en rendirle tributo y confiar en él, mira que hombre más sólito y alto, su cabeza resalta sobre los demás”. [...]
-¡Este hombre debe quedarse sentado en la silla para toda la vida!
-¡Cuando muera deberían embalsamarlo y que siga gobernando desde el más allá” (Papaján, págs. 19-20).

Finalmente, Papaján consigue conmutar la pena de cárcel con unas tareas – pintar las casas de los altos cargos del ejército- que le indica “El comandante

Campeche” quien “le enseñó todas las estrategias militares, le enseñó hasta a hablar mentiras” (*Papaján*, pág. 49). Para escalar puestos en la pirámide militar, Campeche le dice que “hay que partir pistones y pescuezos si fuere necesario, para ganar rangos y preferencias” (*Papaján*, pág. 50). La imagen del sistema militar trujillista que se quiere dar al lector no puede ser más negativa: la sangre es la que hace *grande*, por tanto se infiere que Trujillo, la cúspide de esa pirámide, es el máximo exponente del crimen, el asesinato y la violencia y la falta de sentimientos. A Papaján le aconsejan:

Si acaso un día le da un golpe mortal a uno, busque una cubeta de agua y échese la encima, cierra la celda y no se preocupe más por él. Si Ud. siente lástima fracasa, la conmiseración hay que dejársela a las mujeres (*Papaján*, pág. 52).

Papaján está dispuesto a conseguir un alto cargo militar a toda costa, y centrará su vida en alcanzar este objetivo, ya que al estar castrado y no poder tener relaciones con mujeres, se convierte en un desalmado- “de corazón blindado”- que actúa despiadadamente, frustrado por su castración, y cuya única forma de sentirse como un “macho” será vejando y maltratando a esos “ladrones” –los presos- que son como “animales” y por esto, se dirigirá siempre a ellos de forma despectiva y los llamará “sin madre”⁵²⁶⁵²⁷.

[...] ya la vida para mí no tiene valor, odio toda la humanidad. Me siento como si me hubiesen sacado el alma. Soy algo vacío inyectado de tristeza. Ya no seré feliz jamás en la vida, aunque consiga escalar el último rango en la carrera militar, aunque llegue a ser el hombre más rico del mundo. Yo soy una lacra humana (*Papaján*, pág. 51).

⁵²⁶ Papaján utiliza esta expresión como insulto, pues en su vida es muy relevante la figura de la madre, ya que en el transcurso de la obra se enterará de que la que él consideraba que lo fue y no era más que una enfermera que lo adoptó cuando sus padres murieron en un accidente. Precisamente, por esta razón, la madre adoptiva le dirá que nació de la sangre, como he referido líneas antes.

⁵²⁷ En *El Señor Presidente* encontrábamos a un loco - “*Pelele*”- que se desquiciaba y mataba sólo con oír la palabra “madre” y por ello, asesinó a un coronel. “*Pelele*” y Papaján enloquecían y mataban por su “madre”.

Hay que tener presente que uno de los valores fundamentales de la ideología del trujillismo –y de la sociedad dominicana en general- es la virilidad y la preconización de un Trujillo excesivamente sexualizado: paradigma de la masculinidad. Pero nuestro Papaján mata –ese es su sino- porque no es un “macho” y tiene poder suficiente para pagar su frustración con los presos exánimes, a los que incluso llegará a castrar también: “Voy a conseguir un par de quijadas de vaca para castrar como castran a los animales a todos los reclusos que pasen por mi mano” (pág. 56). El talante de Papaján no deja impávido al lector, el cual ve reflejado en él al militar trujillista que Nolasco contempla como un individuo “frustrado”, “poco macho” –entiéndase a modo de insulto- y cuya violencia inclemente va *in crescendo* a medida que se superan rangos militares.

De abril en adelante sigue también esta línea de presentación del militar trujillista como sumo exponente de la crueldad y la bestialidad. El padre de Paco, el Coronel Aguirre, encarna en esta novela el prototipo de coronel trujillista, que –como se vio en *Papaján*- “Sabía que los ascensos se consiguen así: cumpliendo órdenes sin chistar” (pág. 148), acatando las máximas trujillistas. Esto mismo lo dibuja Díaz Grullón en *Los algarrobos también sueñan*, donde el frente trujillista es simbolizado por el sargento Porfirio Sención que dispara contra Alberto -arquetipo del antitrujillista revolucionario y comunista- y que desde las primeras líneas del discurso concita en su persona las directrices -ya consabidas- de la carrera militar trujillista:

Cinco años de histéricas arengas en el patio del cuartel, doscientos sermones apocalípticos del capellán militar durante las obligadas misas dominicales, sesenta meses de diatriba anticomunistas repetidas hasta la náusea en la radio y la prensa, mil ochocientos días –en fin- de adoctrinamiento obsesionante y sistemático (Los algarrobos también sueñan, pág. 137).

De Aguirre se sigue diciendo en el texto, que “era casi analfabeto y si ascendió fue a base de crímenes” (pág. 159), exactamente igual que el ordenanza Papaján. El coronel es la única ligazón de la obra con el pasado dictatorial, pues la novela narra primeramente los acontecimientos previos a la revolución del 65 y el desarrollo de la misma. Paco dice de su padre:

me explicó cómo había exterminado a los presos en 1959, cuando la invasión de junio, cayeron en su poder al fracasar la invasión por el chivateo de un tal Carter, agente de la CIA. Me habló de la muerte de Manolo Tavárez en 1963. Sufría de un morbo horrible, era el derechismo absoluto [...] No justifiqué jamás su crueldad, pero supe entonces que el fanatismo era el que guiaba sus actos (De abril en adelante, pág. 16).

Las páginas que atienden al trujillato y su redacción vienen introducidas por la figura del Coronel Aguirre, de hecho, “Persio dice que tomando sus características se podría encarnar el típico militar de la dictadura” (pág. 159) y su narración corresponde a las cinco partes tituladas “Subcapítulo”. Se confunde y confluye con otro coronel, el “coronel Paz”, de tal forma que Maggiolo crea un juego de espejos: “Aguirre sufría de un morbo terrible: la violencia. Paz sufría de un morbo terrible: la criminosidad. En el fondo, pensó, si se mezclan los hechos nadie podrá ya conocer jamás sus vidas” (pág. 280). “Criminosidad” y “violencia”, sin duda dos cara de una misma moneda, que se va convirtiendo en lugar común de la caracterización del militar trujillista.

El coronel Aguirre, como Eliogábalo, es uno de los satélites de Trujillo que cabalmente cumple sus órdenes directas y que también es consciente de la inestabilidad de su situación, por lo que se ve obligado -preso “en la mirada del Jefe, en el capricho del Jefe”- a pasar por las extrañas pruebas de lealtad a las que le somete Trujillo. El narrador ilustra este asunto contando un episodio de la vida de Aguirre: el Generalísimo ve a la amante de este coronel y desea tener relaciones con ella – ciertamente un rasgo característico de Trujillo que ya hemos visto simbolizado en el personaje del “Fariseo” en *Magdalena* y seguiremos viendo en otras novelas:

Comprendió que el viejo quería también tenerla y, desde luego, allí mismo se entregó. Guardó el secreto hasta que el propio Generalísimo burlándose contó el episodio. El coronel manifestó que era honroso para él la distinción del Generalísimo y que estaba dispuesto a cedérsela. El Generalísimo se rió a carcajadas y dijo que sólo había querido probar si todavía era hombre en quien se podía tener confianza. El coronel también rió a carcajadas, dijo sentir un cariño de hijo por el Generalísimo y que un hijo como él jamás se resentiría contra su padre (De abril en adelante, pág. 47).

El coronel Aguirre demuestra ser un “hombre fiel”, “ruin”, “que sólo vive para sí mismo y para el Jefe” que al modo de Eliogábalo, forma parte de su *cuerpo*. Como el resto de sicarios, “perros de la dictadura” –“tarántulas” en *Los ángeles de hueso*- el cabo Ramírez también es “sádico, estúpido, perfecto para la técnica de la tortura, de gran oficio en el uso del bastón eléctrico” (pág. 49). En síntesis:

Voces de un pueblo ignorante, engañado, que admiraba tus insignias, tu uniforme, tu porte, pero que ignoraba que eras tú precisamente tu asesino (De abril en adelante, pág. 246).

.....
Aquel del cual dicen que es un bandido y un sinvergüenza y un descarado y un buscador de mujeres para el Generalísimo y un buscador de mujeres para el Capitán ¿es, era el coronel Aguirre? (De abril en adelante, pág. 264).

La suerte del Coronel Aguirre está sujeta a diferentes versiones en la novela: “su muerte admite muchas variantes” de dos troncos principales: la sublevación contra el tirano, y por tanto, el heroísmo del Coronel, o la subyugación y la posterior muerte en mano de los trujillistas que optaban al poder una vez decapitada la dictadura. La opción de la salvación de Aguirre a través de su oposición al sátrapa es la que más variantes alberga: en una de ellas, éste se rebela y enfrenta al Generalísimo, lo encarcelaron “y lo degollaron un buen día porque quiso levantar los presos y romperles la cara a dos carceleros” (pág. 73); también se comenta que lo mataron “por gritar vivas a un enemigo del régimen” (pág. 183), e incluso que formó parte de un grupo revolucionario que fue descubierto, por lo que terminaría suicidándose. La otra opción le evita un final nefasto y seguiría el vector de actuación de muchos militares tras el magnicidio: “un enorme baúl cargado de secretos. Los enemigos del Generalísimo hoy no eran otros que sus amigos de ayer” (pág. 152) y eso le confería un enorme poder y privilegio, pues estos no querían que hablase y compraban su silencio. No sabemos por tanto, qué es lo que le ocurrió a Aguirre, las dos posibilidades son factibles en la “novela” de la realidad dominicana.

B) La venganza del pueblo: la narración de los rebeldes

El personaje novelístico que resume cabalmente el papel de la oposición y de la lucha contra el trujillato es Alberto, el protagonista de *Los algarrobos también sueñan*,

de Díaz Grullón presenta una novela corta con briznas del más puro realismo-mágico garciamarquiano que se acerca al fenómeno del trujillato a través del relato de uno de los enfrentamientos entre el bando militar del gobierno y el bando de guerrilleros comunistas. Desde los comienzos de la novela el narrador presenta la muerte del revolucionario Alberto, que es sorprendido por la bala del sargento Sención (del que ya he hablado) en lo alto de un algarrobo, representando así *-pars pro parte-* la victoria final de los trujillistas. Cuando Alberto es alcanzado por el proyectil se precipita hacia las raíces del árbol y paralelamente, la narración –mediante la técnica del “flash back”- también irá adentrándose retrospectivamente en las “raíces” de su memoria, de tal forma que a medida que vaya cayendo y esté más cerca de la tierra -el “origen”, “la raíz”-, sus recuerdos estarán más próximos a sus “orígenes”: la infancia. El narrador lo explicita y así pone en antecedentes al lector:

Alberto [...] rumbo a las raíces invisibles del algarrobo, mientras su mente, iluminada por el resplandor de la agonía, buscaba febrilmente sus propias y recónditas raíces reordenando los episodios claves de su vida en otro plano simultáneo dentro de inéditas nociones del tiempo y del espacio (Los algarrobos, pág. 138).

Desde este momento, Alberto pasa a ser el protagonista de la novela y nos revela a un individuo que formará parte de una organización comunista clandestina –U R D- que aunque en un principio se opuso a la lucha armada, opta por el alzamiento. El motivo que provoca esta decisión en el comité central no aparece totalmente esclarecido en el texto, mas se apuntan diversas causas posibles:

No sé, tal vez el temor a una revuelta triunfante en la que ellos no hubiesen participado. O, quizás, alguna información que hayan recibido sobre algún apoyo exterior al que ellos atribuyen mucha importancia...

¿Los yankis?

Pudiera ser. O tal vez un desembarco de exiliados. Sabes que la U R D tiene ciertas relaciones a las que las otras organizaciones no tienen acceso (Los algarrobos, pág. 149).

El primer aserto que se colige de este diálogo, es que se trata de un movimiento de peso que ocupa un lugar privilegiado en el solar de la oposición, no obstante, este párrafo da constancia de la falta de centralización y cohesión en el grupo, de organización y de un ideario común sólido. Este ha sido precisamente el mal endémico enraizado en los partidos comunistas de la República, y el discurso novelístico dominicano se hace eco de ello mayoritariamente a partir de la Guerra del 65 –sobre todo por los cauces de la llamada “novela de la revolución”-, pues se atribuye la pérdida electoral a escisiones en el seno del comunismo y a la presencia de estas mismas grietas que como vemos, ya aparecen durante el trujillato y continúan sobre todo en el primer lustro de la década de los sesenta, cuando la izquierda está enfrentada y dividida en vez de hacer un frente común y luchar contra el enemigo: el bando leal. Esta problemática –la falta de cohesión en la izquierda en las postrimerías de la Era- también la pone de manifiesto Marcio Veloz en *De abril en adelante*:

Los asesinatos de Constanza habían rebozado la copa. Aún no había izquierda. Eramos un grupo homogéneo, sin ideología, sin verdadero sentido político –treinta años de antibióticos políticos no habían purificado, nos habían convertido en seres sin defensas morales- no conocíamos los libros revolucionarios y se nos censuraba hasta la respiración. Eramos simplemente antigubernistas [...] la unidad del objetivo: eliminación de la dictadura. Dentro de esa unidad luchábamos sin conocer el sentido de lo ideológico (De abril en adelante, pág. 39-49).

No obstante, Rafael, uno de los miembros de la organización de Alberto, tiene una fe ciega en sus dirigentes y en el acierto de sus decisiones –aunque el lector conoce el descalabro de ésta-, al igual que en el respaldo del pueblo, hecho que a decir de Alberto es falso. Su idealismo es manifiesto y lo expresa de esta manera:

Nuestro pueblo tiene ahora una conciencia política que antes no tenía y contamos ya con una organización de militantes conscientes y decididos, con un alto espíritu combativo y bien entrenados... (Los algarrobos, pág. 150).

Alberto le recuerda a su compañero el sinfín de levantamientos e invasiones infructuosas que se han registrado a lo largo de la dictadura, las cuales han sido

inexorablemente aplastadas por el aparato trujillista. También le hace ver que su pensamiento es profundamente quijotesco y señala las deficiencias que han propiciado la desventura del resto de tentativas de abatir al gobierno:

Desgraciadamente las revoluciones no las hacen los idealistas. Las revoluciones las hacen aquéllos que saben interpretar con frialdad las condiciones que los rodean y escogen correctamente el momento adecuado para dar cada paso [...] una organización que pretende ser la vanguardia de la revolución no puede aislarse de las masas. Debe estar al frente de ellas, pero no demasiado lejos. Tiene que tener dos caras, una mirando al futuro y la otra vuelta hacia el pueblo para asegurarse de conservar en todo momento una distancia mínima con éste (Los algarrobos, pág. 151).

Esta disertación jugosa nos da las claves de la personalidad de Alberto y de su rol en la trama novelística: el escepticismo en la consecución exitosa de las líneas de actuación de la organización, el pragmatismo que augura el fracaso de ésta y la valentía y consecuencia del protagonista, que aún así y contrario a la violencia, decide ir al campo de batalla:

La decisión ha sido adoptada por el comité central y por el frente interno y es inapelable. Yo la acato y subiré a las lomas con ustedes. Pero, óyeme bien [...] voy a ir convencido de que ninguno de nosotros bajará por sus propios pies, porque nos van a matar a todos, y ojalá sea allá, porque aquí abajo, en las celdas de tortura, será mucho peor... (Los algarrobos, págs. 152-153).

Y más adelante dirá:

Lo haré por dos razones: una formal, cumplimiento del deber puedes llamarla si quieres y otra íntima que sólo a ti confiaré: entre tú y yo, Rafael, odio la violencia, aunque comprendo que es necesaria en ciertas circunstancias. Ahora bien, existen dos maneras de ejercer la violencia: matando violentamente o muriendo violentamente, y yo estoy dispuesto a seguir este último camino (Los algarrobos, pág. 153).

Obsérvese que en esta intervención de Alberto se imbrican su alto sentido del deber y de la inmolación en pos de unos ideales, con su concepción heroica de la muerte. De hecho, piensa que ésta los proyectará hacia el futuro otorgando una significación ejemplar a sus actos que será aprovechada por otros grupos que se alcen contra el tirano. El sacrificio de uno de los eslabones de la cadena de la oposición es necesario para seguir luchando contra el avasallamiento de Rafael Leonidas Trujillo y lograr el desmantelamiento de su régimen. Para alcanzar esta meta, el objetivo no ha de ser el “atentado personal contra trujillo” sino que se ha de forjar un programa político bien desarrollado que sienta “las bases, militares y políticas, para un intento de toma de poder. Lo demás es terrorismo puro y simple que no conduciría a ninguna parte” (pág. 156). La visión de Alberto tendrá su concreción en la realidad, pues como los acontecimientos históricos demostrarán a posteriori, el tiranicidio no supuso el establecimiento de un gobierno democrático estable. Díaz Grullón aprovecha así la voz de Alberto para bucear en las entrañas de la historia política dominicana y denunciar, tal y como hacen la mayoría de sus compañeros de pluma, los errores cometidos que producen una suerte de isquemia en el funcionamiento del organismo político insular⁵²⁸.

Esta célula disidente, cuya estructura y proceder es minuciosamente relatado en el texto, nace en las paredes de la Universidad dominicana –algo que no nos extraña pues sabemos que la mayoría de estos movimientos surgían en el ámbito estudiantil- y en el momento que Alberto tiene conocimiento de esta se adhiere a su programa, como lo hace Paco en *De abril en adelante*. Es interesante poner atención en la conversación que sostiene nuestro protagonista con Rafael en sus primeras andanadas políticas:

Creo firmemente que los estudiantes universitarios tenemos que hacer algo frente a la tiranía que nos oprime.[...]

No se trata solamente de los estudiantes, Alberto. Ni es tampoco la tiranía la única cosa que es preciso destruir...[...]

¿Qué quieres decir?, inquirió sorprendido.

La tiranía es sólo un instrumento. El verdadero enemigo está detrás de ella.

⁵²⁸ “La caída metafóricamente expuesta en *Los algarrobos también sueñan* y la alusión reiterada a la muerte de Juan en *Los ángeles de hueso* simbolizan el fracaso de la violencia como herramienta para derrocar sistemas corruptos e ineficaces” en Lancelotte Cowie, “Denuncia e innovación artística en *Los ángeles de hueso* y *Los algarrobos también sueñan*” en Ramonina Brea, Rosario Espinal y Fernando Valerio-Holguín (eds.), Santo Domingo, PUCMM, 1999, pág. 178.

¿Trujillo un instrumento? No me hagas reír (Los algarrobos, pág. 167).

El lado seráfico de Alberto es palpable, al igual que su nítida predisposición a darle fin a la dictadura opresora. El “enemigo que está detrás” -en la sombra- es el gobierno Estadounidense, el cual propició la incursión de Trujillo –formado en sus filas durante la intervención de 1916- en el poder y que más tarde dio el beneplácito y la aquiescencia a su modo de gobernar, arrogándose el tirano su apoyo en muchas decisiones. Aunque no es una acusación directa y no hay ninguna otra alusión en la novela, cualquier lector atento sabe descifrar lo que se esconde detrás de esta enunciación: un nuevo dardo lanzado contra la pantalla norteamericana, que es otro de los “demonios” culpables de la precaria evolución – involución- política de la República cuya denuncia se convierte en un *lugar común* en la novelística del trujillato, ya sea directamente o subrepticamente como en este caso.

Esta bisoñez del rebelde, también es tratada en la narración de *La ciudad herida*, en la que el ciclón de San Zenón sirve de telón de fondo de la historia de Cosme -hijo de un semi-héroe abanderado de la justicia y que había realizado hazañas épicas en el pueblo- que es un médico –la profesión frustrada de su padre- contrario al gobierno de Batisterio Ocampo –Trujillo- y a la idea del poder ilimitado que éste ejercía. Después de mucho cavilar y sopesar los perjuicios para cuantos le rodean –familia, amigos y su novia-, concluye rehusar una oferta del tirano –organizarle un homenaje- y preservar de esta forma su dignidad, a sabiendas de que “Batisterio presume [...] que cuando uno preserva su dignidad está incriminando sus métodos de gobierno” (pág. 111).

Como personaje secundario, Don Julio, amigo íntimo de Batisterio y padre de Regina –la novia de Cosme- que personifica el prototipo trujillista de clase alta, el cual hace las siguientes afirmaciones en un diálogo que mantiene con Cosme:

¿Qué me dice del renacimiento de la ciudad? ¿No ve por todas partes mejorías, disciplina, orden y limpieza? [...] Con toda seguridad que usted es que los que sueña con que nos gobernemos democráticamente. Eso es un anhelo ilusorio dentro de nuestras condiciones [...] En el momento que vive el mundo, el ejemplo nos lo están dando pueblos europeos que enfrentan sus problemas con regímenes autoritarios (La ciudad herida, pág. 94).

Don Julio, como vemos, increpa a Cosme por su proceder y como el Alberto de Díaz Grullón, es tratado de iluso, de idealista. El padre de su novia había de hacer todo lo posible por convencer a su futuro yerno de que aceptara la proposición del dictador, mas Cosme pertinaz, permanecerá impertérrito ante su peroración. Batisterio a la sazón, desencadena su típico mecanismo de desprestigio público –sobre la base de insultos y vituperios- de cualquier opositor -en este caso por la vía de la prensa- y lo somete a una vigilancia estrecha. Esto provoca que se quede sin pacientes –nadie quiere ser relacionado con un desafecto por miedo a represalias- en la consulta y que un incipiente movimiento de oposición al gobierno lo invite a formar parte de sus filas. Cosme aceptará e irá a varias reuniones de un movimiento clandestino que se está organizando, por lo que más tarde será apresado, torturado y encarcelado. Pues como señale, estos son los dos finales del “disidente”: la muerte, como Alberto, o la cárcel, como Cosme.

C) Retratos del desmesurado abuso de poder del trujillato

Los ángeles de hueso orienta la narración del trujillato hacia la denuncia de los efectos devastadores que ocasionó en la población⁵²⁹ y en la psique de nuestro narrador que, aunque no ha vivido en carne propia las delaciones trujillistas -pues no hay referencias de actividad política subversiva alguna en el texto por parte del protagonista, sí ha observado de cerca el cáncer de la dictadura, pues como ya he anunciado, su padre era trujillista. De este modo, los cimientos del régimen trujillista aparecen fielmente retratados: la megalomanía, el gusto por la pompa y el crimen:

*Y decidí crear el viento [...] Un viento traicionó a mi hermano en las montañas. Un viento con charreteras, con medallas ganadas a base de delación y crimen, con botas de guardacampestre y corazón de general trujillista. Decidí no crearlo. No quería ver mi selva traicionada. Era entonces –luego de mi decisión- una selva abierta al infinito, donde nada se movía, todo era estable, todo tenía esa estabilidad profunda de las cosas inmóviles. Todo era paz allí (*Los ángeles de hueso*, pág. 66).*

La propensión de Trujillo al oropel, la pompa y la grandilocuencia, es otro de los lugares comunes de las novelas del trujillato, de la que igualmente se hace eco

⁵²⁹ Pertenería por tanto a la tercera distinción que propuso Manuel Rueda en su artículo sobre el dictador: “Novelas o narraciones que tratan de los efectos de la dictadura en el pueblo”, *cit.*, pág. 141.

Manuel del Cabral, la “megalomanía del Jefe, su delirio de grandeza, lo colocan siempre en un plano trágicamente ridículo” (*El escupido*, pág. 93)

Pero también Maggiolo narra la pérdida de la libertad de expresión e incluso de pensamiento, el miedo atroz a hablar, a actuar, a la noche -escenario de las desapariciones y los asesinatos-, a Trujillo:

La dictadura. La voz de la dictadura. La voz de Trujillo convertida en la voz de nuestros padres. La voz de la noche convertida en la de Trujillo. La voz de los petardos convertida en la de los padres miedosos (Los ángeles de hueso, pág. 76).

Manuel del Cabral en *El escupido* también describe esa atmósfera de represión y de control despótico -todo estaba en sus manos: “la industria”, “las tierras”, “el comercio” las “vidas”, tiene “todos los poderes materiales”- que creó el dictador:

[...] todo hombre con fortuna, aun sus parientes, era considerado su enemigo, pues no concebía que en sus dominios hubiese otro ser humano que disfrutara de un bien material cuyo límite rebasara lo necesario para vivir; todos tenían que ser esclavos; la esclavitud o el exilio, la humillación o la paz del sepulcro; la adulación o el honroso hospedaje del manicomio” (pág. 71).

Francisco Nolasco Cordero en *Papaján* hace una caracterización desde las sirtes del realismo mágico de esto que vengo exponiendo:

Cinco tíos del generalísimo Tablazo Pérez dominaban la ciudad y hacían de ella lo que se le (sic) antojara. Por ello todas las casas de una calle estaban pintadas de un solo color, sin ribetes en las franjas ni los salientes. Así uno iba por una calle roja, doblaba hacia una azul y de allí a una color negro (esta era la que conducía al cementerio) [...] En Ciudad Pérez todas las calles llevaban nombres de los Tablazos y los Pérez (Papaján, pág. 36).

El asfixiante régimen deja a la población exánime pocas salidas: la huida, la muerte, la claudicación o la locura, a la que se acoge el protagonista de *Los ángeles de hueso*. Eliogábalo continúa describiendo la “animalidad sensual” del “Jefe”, su

proclividad a las aventuras –tenía múltiples amantes a las que no se podía ni saludar so pena de arresto-, el terror que domina la sociedad, el peligro de acercarse al familiar de algún desafecto, pues “tal era el terror de la sociedad de aquellos días en que la vida se medía por una mirada o por una inesperada sonrisa” (pág. 72). También en *Papaján* aparece retratada la represión ejercida por el gobierno de Tablazo Pérez:

[...] los ladrones es de ley que hay que tratarlos con mano recia y todo quien esté en contra del generalísimo Tablazo Pérez y el Partido Negro, no se le puede andar con risitas (Papaján, pág. 106).

El escupido en pocas páginas despliega los acontecimientos cardinales de la Era: el cruento episodio de la matanza de “quince mil haitianos”, donde algunos de los verdugos de estos “se suicidaban de arrepentimiento”, enloquecían o eran “eliminados por el régimen”, es recogido en este capítulo. Trujillo, un monstruo inmisericorde en esta novela que no guarda un ápice de humanidad, dijo con respecto a ésta: “Anoche ha nacido una de las fechas más gloriosas de mi obra de gobierno” (pág. 79). El “predestinado” –él lo pensaba así- resolvió a base de talonario –al presidente de turno de la República de Haití- el “problema” de la masacre.

Eliogábalo también relata otro de los crímenes más horribles y más representados literariamente del trujillato: el caso de Galíndez, un “profesor” secuestrado en “una gran ciudad norteamericana” y traído a la isla en presencia del dictador. Frente a frente, el protagonista de este capítulo recrea un diálogo entre Trujillo y Galíndez, en el que el “sangriento” déspota le pregunta por su última voluntad y Galíndez dice: “mi último deseo era escupirle la cara al Presidente” (pág. 73). Entonces Trujillo arranca varias páginas de la tesis de Galíndez y “con sus propias manos el tirano iba embutiéndole hoja por hoja hasta llegar al límite, hasta dejarlo encinta de su propia obra, y para despedirse, le descarga en el vientre cuatro tiros” (pág. 73). A pesar de esto, Galíndez, alcanzó a lanzarle un escupitajo al uniforme del Jefe. Esta versión de la muerte de Galíndez no coincide con la que da Lafourcade, que recordamos contaba que el vasco murió en quemado en las calderas de un buque.

El pueblo se pervirtió con él, se denigró, pues Trujillo consiguió “la corrupción de la conciencia de tres generaciones de un pueblo inerme” (pág. 74) e hizo común en la sociedad dominicana la hipocresía, el “sarcasmo”, la “humillación” –cómo deshonra

a niñas de buenas familias que luego casaba-, la “abyección”. Trujillo no daba alternativas, pues de él dice Eliogáballo:

cuyo sutil y sensual placer consiste en una constante y vengativa crueldad desenfrenada provocando en sus víctimas dos inevitables alternativas: o servidor incondicional, humillado, despojado, enriquecido, corrompido, difunto vertical con todos los síntomas de un desterrado en su propio país o definitivo cadáver bajo la tierra sin otra esperanza que una reencarnación para vengarse (El escupido, pág. 78).

Esta ambición desmedida de Trujillo y la monstruosidad de las acciones de Trujillo y sus satélites, las hallamos de igual forma en *La ciudad herida*:

Joaquín Dolores Batisterio se empeñaba en afirmarse como caudillo exclusivo en lo político, en lo económico y en lo social, hasta el punto de extender su acción más allá de los límites de la vida y la actividad privadas. Cualquier recurso era valedero y muchas veces se hermanaba su supuesta filantropía con la crueldad más despiadada. El uso sin discriminación de la fuerza era un vicio antiguo del juego político, pero ahora se le unía como factor en gran parte novedoso y desde luego sumamente efectivo, el valerse de los recursos del poder para la acumulación de gajes succulentos de la actividad económica.

.....
...el terror, pareció confirmar su continuidad tenebrosa cuando corrió la versión de que opositores políticos todavía con vida fueron incluidos entre los millares de cadáveres que se hizo necesario cremar por la imposibilidad de darles sepultura a tiempo.

.....
Iba haciéndose costumbre la diaria aparición del nombre de Batisterio por cualquier motivo. [...] el calificativo de Unico que era común en todo testimonio de adhesión política y en las multiplicadas iniciativas de homenajes mientras el capitán Rigoberto, el sabueso Látigo, el sargento Tiembla Pronto⁵³⁰ eran figuras que surgían como islas del mal en medio de las ondas que agitaban la sospecha, la delación y el temor... (La ciudad herida, págs. 75,76 y 77).

⁵³⁰ La simbología de los nombres –emanada del campo semántico de la tiranía- es obvia y será un recurso común en todo el texto.

Pero este elenco de execrables rasgos de la personalidad del dictador, se hace extensivo a otros miembros de su familia. *De abril en adelante* contiene una escena espeluznante, en la que aparece un hermano de Trujillo –que comparte con Trujillo un odio acérrimo a la alta sociedad dominicana- que para denigrar a lo más granado de la República Dominicana, convierte a dos indigentes en muchachos limpios y los introduce en uno de los clubes más aristocráticos de la ciudad, para posteriormente obligar a dos chicas de alta alcurnia a casarse con ellos. No acaba aquí la tropelía, pues el hermano del dictador abusará de una de estas chicas delante de todos los asistentes a la boda. Ramfís, uno de los hijos de Trujillo, también protagoniza escenas similares, puesto que había heredado la simpatía del padre por la iniquidad:

Era así, juguetón hasta el sadismo. Visitaba con sus amigos las cámaras de tortura del kilómetro 9 y de la calle 40 y se entretenía en apagar cigarrillos sobre las espaldas de los enemigos de su padre [...] Sus compañeros le imitaban. Unos para no perder su favor, otros porque sí. Después de cada noche de sociedad –y luego de haberse acostado con hijas de ministros y embajadores, de directores y diputados- el Capitán, nunca saciado, calmaba su sadismo observando torturas (De abril en adelante, págs. 50-51).

El mismo Ramis facilitó ideas para la “reinvención de una silla eléctrica que proporcionó interesantes resultados para la subsistencia del régimen” (*De abril en adelante*, pág. 51). A éste también se le antojó una amante del Coronel Aguirre –recuérdese la escena relata en el epígrafe anterior-, Brunilda, por lo invitará a la pareja a una fiesta para beneficiarse a la mujer. La fiesta es descrita como una asombrosa bacanal, donde el sexo y el alcohol eran los protagonistas: “El sexo y el desenfreno quebraban el sentido de la propiedad privada en aquellos que se decían sus mejores defensores” (*De abril en adelante*, pág. 53).

Y el pueblo no consigue vengarse, porque el pueblo está aterido. En *El escupido* leemos: “La gente del pueblo dice que las hojas de los árboles parecen orejas...por eso cuando vivía el Jefe la gente no hablaba bajo los árboles. Los pájaros lo sabían y sólo cantaban sobre los palos de las goletas foráneas” (págs. 94-95). La falta de libertad y de intimidad, la imposibilidad de despertar de un pueblo paralizado por el horror: “Pobre

pueblo/ dormido a palos/ sin pan. / No despiertes.../ no despiertes.../ porque más palos/ te dan... (*El escupido*, pág. 81).

El pueblo es por igual esbozado en *La ciudad herida*: tras la irrupción del ciclón, comienzan las labores de recomposición de la ciudad y en ellas participa activamente Batisterio Ocampo. Esta intervención no es contemplada con buenos ojos por los personajes de la novela y hacen declaraciones explícitas de desprecio al tirano. Algunos incluso piensan que la llegada del ciclón es una maldición divina –un modo de anatematizar al pueblo- por haber permitido que lucifer en persona –Trujillo- accediera al poder tras una carrera repleta de vejámenes:

Estos pendejos creen, doctor, que con plegarias de beatas van a tumbar a Batisterio. Todo lo que está ocurriendo no es más que un castigo porque hemos dejado que con sus abusos y crímenes llegara a la presidencia. Yo sabía que la cosa no podía terminar así.... (*La ciudad herida*, pág. 25).

O haciendo alusión al cultivo de víctimas del tirano, ya en 1930, cuando acababa de empezar su gobierno, brota el siguiente comentario de labios de un ciudadano:

¡Uf! ¡Magnífico remate, caballeros, este turpén de Batisterio Ocampo no puede quejarse! Le han multiplicado los muertos por ciento en una coronación mortífera muy a tono con su campaña electoral... (*La ciudad herida*, pág. 49).

El sarcasmo se hace presente –y este párrafo da buena prueba de ello- regularmente en el texto. Aún hay cierta libertad, pero más tarde será censurado y perseguida cualquier reacción o comentario que tenga visos de crítica o protesta contra el régimen.

Marcio Veloz Maggiolo en *De abril en adelante* incide mayormente en la crueldad de los métodos del régimen y en las torturas de las ergástulas trujillistas. Cuando narra uno de los acontecimientos históricos más reseñados del trujillato, los desembarcos de Maimón, Estero Hondo y Constanza, desde la óptica de los

guerrilleros, pone la nota en los abusos que el Coronel Aguirre –Trujillo lo llamó personalmente para que se hiciese cargo- efectuó en las cárceles con los combatientes:

Dejaron desembarcar el primer grupo y ahí mismo comenzó el bombardeo... nos esperaban... Era fuego líquido. De alta mar vimos arder las poblaciones de la costa y hasta las montañas. Los más valientes decían que debíamos seguir hacia la tierra, los cobardes pensamos que aquello era el suicidio. Habíamos sido denunciados. Se apoderó de nosotros la inconformidad, el miedo (De abril en adelante, pág. 62).

Se detallan los martirios a los que fueron sometidos y cómo los altos militares obligaron a los cadetes, engañándolos, a que dieran muerte a los que participaron en las invasiones:

A muchos de ellos les habían arrancado o cortado las orejas con navajas de afeitar. Otros, con los párpados hinchados y purulentos, acusaban el efecto de las pinzas con que les arrancaron de cuajo las pestañas. Otros iban como bultos, atados dentro de unos sacos, sólo la cabeza fuera. En suma, habían sido tratados con una saña primitiva y brutal (De abril en adelante, pág. 111).

Asimismo, en *Los algarrobos también sueñan* también hallamos una descripción profusa del *modus operandi* del sátrapa y de los goznes que mueven su maquinaria coercitiva y que en el texto brota a colación de los impedimentos y vicisitudes por las que pasa la organización de Alberto. Así, se presenta consignado en el texto el momento en el que Trujillo decide dar carta blanca a los movimientos enemigos -que se movían anteriormente en la clandestinidad- obligado por la presión gubernamental exterior. Ese espejismo de libertad política será más tarde reprimido y cercenado por el conjunto de policías a las órdenes del dictador:

La etapa de lucha abierta, de movilización de masas, de mítines y publicación de periódicos había terminado. El mínimo de libertades que el tirano se había visto forzado a conceder por presión externa había sido barrido de un plumazo, como lo demostraban las presentes actuaciones del gobierno (Los algarrobos, pág. 154).

La U R D supo aprovechar esta coyuntura y emprendió “una labor de concientización (sic) del pueblo que no hubiese sido posible dentro del marco de una lucha puramente clandestina” (*Los algarrobos*, pág.155) poniendo en marcha un dispositivo propagandístico que consistía en la celebración de manifestaciones, mítines, reparto de octavillas casa por casa, reuniones, etc., que en ocasiones fueron mutiladas violentamente por los agentes trujillistas:

unos doscientos agentes policiales de uniforme asumían la actitud de guardianes del orden prestos a intervenir ante cualquier incidente que pretendiese alterarlo [...] era obvio que los agentes aprovecharían cualquier pretexto para reprimir la concentración [...] Tan pronto los miembros de la brigada de orden atraparon al provocador para entregarlo a las autoridades, los agentes policiales cargaron sobre la multitud disparando sus armas de fuego y repartiendo macanazos indiscriminados (*Los algarrobos*, pág. 160).

El narrador no sólo se da cuenta del sistema represor con el que operaba Trujillo, sino que da paso a una reflexión sobre el carácter falaz de este tipo de medidas y la frustración desgarradora que provoca en sus adversarios. El “Jefe” era plenamente consciente de ello y por eso repartía estas “pitanzas” de esperanza en sus contrincantes, para hacer mermar sus esperanzas, sus intenciones. También, y con ocasión del encarcelamiento de Alberto por realizar acciones subversivas en contra del gobierno, se reproduce la típica escena de interrogatorios y torturas en una presión trujillista:

Cuatro sesiones similares se realizaron los días siguientes en las cuales los golpes de los agentes policiales, disciplinadamente distribuidos en diversas zonas del cuerpo (comunista de mierda, maricón, hijo de puta), se alternaban con los interrogatorios conducidos por el Coronel con modales pausados y voz atiplada en lo que la boquilla de marfil jugaba un destacado papel (*Los algarrobos*, pág. 163).

Estas torturas también son el objeto de buena parte de la narración de *La ciudad herida*, pues Cosme las sufre de primera mano en “La Ablandadora”⁵³¹:

Era la prisión próxima a la ciudad, destinada a los presos políticos de cuidado. Para muchos había sido la antesala del cementerio, para otros de la invalidez física o mental, y los pocos que al salir de ella conservaban su integridad la pintaban en voz baja –cual si no quisieran oírse ellos mismos– como una cámara de horrores (La ciudad herida, pág. 166).

El texto de Carlos Federico Pérez llega a convertirse en una amalgama de descripciones de castigos, torturas y ejecuciones varias, cuya nota común es la barbarie: “animalidad” de los carceleros genera la “animalización” de los presos. Cosme en cambio, se sigue manteniendo incólume y no se amedrenta ante ninguna de las condenas inhumanas a las que le sometían, es más, se encara e insulta a los guardianes trujillistas. Después de trabajos forzados e interrogatorios tortuosos, es trasladado a una cárcel de mejores condiciones donde le dan un trato más humanitario y donde se somete a un juicio amañado y es inculgado, pero “Poco tiempo transcurrió entre la condena a quince años de trabajos públicos y el indulto de Batisterio” (pág. 229). Vuelve pues a ser libre y resuelve huir de esa “ciudad herida” –sobre todo empujado por el miedo que le infundó el intento de secuestro de Regina por parte del hijo de Batisterio- con su novia, ayudados por Don Julio que, tras su conversación con Batisterio, toma conciencia del atroz régimen en el que se están subsumidos. Así logran escapar los enamorados en una barca a media noche⁵³², sin embargo Don Julio no correrá igual suerte, pues es asesinado –aunque el gobierno habla de “accidente”- por haberles socorrido.

⁵³¹ Carlos Federico Pérez “speaks of the *ablandadora*, instead of *aplanadora*, the word used to mean the invisible force that left people unemployed during Trujillo’s regime” en Estrella Betances de Pujadas, *The influence of Rafael Trujillo in Dominican literature*, New York, Columbia University, 1991, (Dissertation), págs. 124-125.

⁵³² Esta historia de amor nos recuerda a la de Miguel Cara de Ángel y Camila en *El Señor Presidente*, pues ambas se constituyen como única arma contra la tiranía. El amor que se procesa es algo que tanto el Señor Presidente como Batisterio Ocampo no pueden destruir ni sojuzgar. Cosme y Regina consiguen escapar, mas el final de Asturias es mucho más trágico: muere Cara de Ángel en la cárcel; aunque seguirá vivo en el interior de Camila y el hijo de ambos.

La voluntad narrativa de Virgilio Díaz Grullón también pasa por el tamiz de la crueldad trujillista, y su objeto no es relatar exclusivamente la actividad interna de un movimiento guerrillero, su relación con el régimen trujillista y el combate en las montañas, sino que se trata de una denuncia y crítica abierta a cualquier tipo de abuso de poder y corruptela. El narrador cargará también sus tintas contra la Iglesia, otro instrumento de poder, y lo hará sirviéndose de un episodio de la vida de Alberto, cuando estudiaba en un colegio religioso:

Creo padre Anselmo –dijo- que cumplí con un deber al denunciar una cosa que está mal hecha. No estaba tratando de perjudicar al colegio cuando le dije lo que hacía el padre Damián. Cómo perseguía a los alumnos en los pasillos y los manoseaba en los rincones cuando tenía la oportunidad... (Los algarrobos, pág. 171).

[...]

Pero padre Anselmo –osó decir Alberto [...] Sólo le hablé del padre Damián y de las cosas malas que hace. ¿No es mejor para el colegio saber que esas cosas pasan y corregirlas que cerrar simplemente los ojos y dejar que todo siga como está? (Los algarrobos, pág. 172).

El diálogo de Alberto con el padre Anselmo deja entrever la inocencia de un niño que cree ciegamente en la justicia y en el “buen obrar” para alcanzarla. El padre Anselmo no sólo hace oídos sordos al abuso que el niño le cuenta, sino que lo acusa de “desacreditar a [...] profesores y trastornar el orden establecido del colegio” (pág. 172) y lo termina expulsando del mismo. Lo importante es no “desestabilizar” la autoridad aunque sea amoral y no permitir que cimbreen los cimientos, en este caso, de la jerarquía eclesiástica. Esta actuación es la que ha llevado a cabo la “jerarquía” política de Trujillo, y Alberto ante ésta ha “predicado” con el ejemplo: no ha “cerrado los ojos” y ha dejado “que todo siga como está”, sino que ha luchado de la única forma que podía, ya que cuando niño le fue imposible luchar. La corrupción y la injusticia despiadada calan en todas las instituciones y Alberto tomó conciencia de esta realidad desde muy joven y de ahí emergen los pensamientos y su línea de actuación en la célula comunista, tal y como hemos visto en este análisis. Para el alma aguerrida de Alberto, la lucha por el cambio para lograr instalar la justicia es un dogma de fe, y cuando se ve impelido a disparar –recordemos que odiaba la violencia- en la guerra contra los

trujillistas, lo hace porque es lo que “debe hacer” por sus compañeros, aunque no crea en el triunfo de la campaña. Justamente cuando el narrador está detallándonos esta anécdota, se intercala en el texto la imagen de la última fase –como adelanté a medida que se iba precipitando desde el algarrobo hacia el suelo el narrador iba retratando los frescos que marcaron su vida- de la caída del Alberto guerrillero:

En la etapa final de su largo viaje hacia la tierra, cuando la crecida maleza que rodeaba el algarrobo comenzaba a acariciarle la frente, un segundo antes de que todo su cuerpo se aplastase como una masa informe sobre las raíces del árbol (Los algarrobos, pág. 173).

A continuación se abre paso en la trama narrativa lo que será la última escena de la vida de Alberto: cuando niño unas navidades los Reyes le traen un tambor de latón, unos soldaditos de plomo y un sistema ferroviario con locomotoras. Juega con cada uno de ellos –resulta paradójica la descripción del niño recreando “una batalla campal”- y se casa al poco rato. Entonces coge una caja del armario donde guarda su mejor tesoro: semillas de flamboyán que le fascinaba acariciar. Le pide a la madre permiso para ir a jugar con su amigo Luisito, pero la madre le dice que no es buen compañero para él: “Recuerda que no es más que el hijo de una negra cocinera que está a nuestro servicio” y le aconseja que se entretenga con su amigo José Ernesto, de su misma clase social y etnia. Alberto no entiende la apreciación de su madre y se niega a irse con José Ernesto porque éste le pegó a Luisito. Continúa la madre con su arenga:

Mira, mi hijo, el mundo ha sido creado en esa forma y tenemos que aceptarlo como es. No es cierto que todos los que lo habitan son iguales y nosotros, los que somos mejores, debemos agradecer a Dios que nos haya colocado en este lado de la raya. Aunque ahora pueda parecerte injusta esa situación, cuando crezcas y madures te convencerás de que es inevitable y nada podemos hacer para cambiarla (Los algarrobos, pág. 177).

Alberto no concibe a un Dios “injusto” ni que éste pueda castigar a Luisito sin Reyes cuando se ha portado bien. Aparece de nuevo la crítica a la falta de equidad y a la inmovilidad del orden impuesto y la perpetuación de este por la falta de actuación, de cambio. La respuesta de Alberto y su compartimiento sigue el patrón que hemos visto

hasta ahora: impotencia, desconcierto y apuesta por la justicia y la movilidad, única vía para conseguir el “cambio”:

Sin medir la importancia de la acción que se proponía realizar, ajeno por completo a la idea de que aquel acto pueril marcaría para siempre la trayectoria de su vida y sería la raíz de donde crecería todo lo demás, Alberto colocó bajo su brazo la caja y salió en busca de su amiguito porque había decidido que la colección de semillas de flamboyán iba a ser el regalo de Reyes de Luisito (Los algarrobos, págs. 179-180).

Desde el instante en que Alberto toma esta generosa decisión se convierte en héroe sin saberlo, en el adalid de la justicia, en la clase de hombre que necesita la sociedad dominicana para arrancar de “raíz” su maleficio histórico *in perpétuum*. Pero la esperanza muere y la novela se tiñe de pesimismo, aunque lo hace envuelta en la áurea mágica⁵³³ de la regresión a la niñez, la época más feliz de su vida porque pudo interceder por Luisito y enfrentarse a la voluntad estática y clasista de la madre operando una transformación nimia en el infierno de las “injusticias”. Así pues, el Sargento Sención cuando se acerca al algarrobo a ver a su víctima se encuentra con un niño de ocho años “rodeado de un mar de semillas, dispersas de flamboyán, (que) le sonreía con la sonrisa petrificada y final de los muertos” (pág. 183). La estructura de la novela por tanto, es doblemente circular: en el plano narrativo- empieza y acaba con la figura del sargento trujillista- y en el plano emotivo: la muerte del Alberto adulto –tras un proceso paulatino de retrospección existencial- lo convierte en el niño y lo hace reencontrarse con sus semillas de flamboyán. El tesoro que vuelve: su recompensa.

De otra parte, y en la misma dirección, *La ciudad herida* en la que desde las primeras líneas se describe una “multitud” abigarrada que asiste a un mitin, embebida en paroxismo, descontento y “repudio”, y que responde a “una clara explosión de protesta frente al intento puesto en práctica sin disimulo de hacerse del poder a cualquier precio” (pág. 5). Entonces, aparecen *in promptu* fuerzas del orden público –

⁵³³ Al final del texto el Sargento Sención, arquetipo del militar trujillista, recuerda ciertos comentarios sobre los comunistas que los tildaban de brujos y que cuanto menos, estaban aliados con el diablo, con lo paranormal. El narrador de esta forma prepara al lector para el hecho sobrenatural de las últimas líneas y no lo presenta como un suceso aislado, sino como algo inherente al comunismo que había de estar por encima del trujillato, pues a ellos les rebotaban las balas en el cuerpo y se esfumaban sus cuerpos cuando los bombardeaban.

exactamente igual que el párrafo anterior de *Los algarrobos también sueñan*- a sofrenar impetuosamente el libre proceder de esta masa enervada:

[...] irrumpían grupos de individuos con aspecto de facinerosos, enarbolando armas de fuego y blandiendo garrotes al tiempo que gritaban toda suerte de vituperios. No tardaron en escucharse disparos y voces desesperadas de los que caían y de los que eran lesionados. Los disparos alternaban con los garrotazos y las palabras insultantes. La masa compacta fue cuarteándose, y al fin se disgregó, como un cuerpo sólido hecho añicos por los rotundos golpes de un martillo (La ciudad herida, pág. 5).

Esta imagen, que hallamos en la primera página de la obra, concita las arterias principales por las que va a discurrir el discurso novelístico: el abuso de poder, la oposición del pueblo al gobierno establecido, el horror de la represión y la falta de libertad, ya que “Mientras el temor y la violencia juegan su parte, la dádiva y el soborno compran conciencias” (pág. 147). Todo ello desemboca en la disolución del órgano popular, que acarreará a la larga la pérdida de identidad. Este tipo de acciones y retratos actúan como un lugar común también en las magnas “novelas de dictador” hispanoamericanas, ya que es una constante de las dictaduras de este hemisferio. La similitud con una de las escenas de *Tirano Banderas*, por ejemplo, es evidente:

Apretábase la plebe vocinglera frente a las puertas, en el guiño de los arcos voltaicos. Parejas de caballería estaban de cantón en las bocacalles, y mezclados entre los grupos, huroneaban los espías del Tirano. Aplausos y vítores acogieron la aparición de los oradores: Venían en grupo, rodeados de estudiantes con banderas: Saludaban agitando los sombreros, pálidos teatrales, heroicos.

.....
El Casino Español –floripondios, doradas lámparas, rimbombantes moldurones- estallaba rubicundo y bronco, resonante de bravatas. La Junta Directiva clausuraba una breve sesión, sin acta, con acuerdos verbales y secretos. Por los salones, al sesgo de la farra valentona, comenzaban solapados murmullos. Pronto corrió, sin recato, el complot para salir en falange y deshacer el mitin a estacazos⁵³⁴

⁵³⁴ Ramón del Valle-Inclán, *Tirano Banderas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993, págs. 67-68.

Por último: *Pisar los dedos de Dios*, en la que Andrés L. Mateo se encarga también de inmortalizar los abusos trujillistas. El último capítulo de la novela narra una escena en la que varios guardias trujillistas se presentan en el colegio de Bernardo Puig y los suyos, al día siguiente de la vista al caserón de la vieja:

-Lo hemos traído para escarmentar –dijo-, para enseñarles. Estuvo a punto de asesinar a la hermana del Señor Presidente, penetrando a su casa en horas de la noche. Pero la guardia no duerme, carajo (levantó el brazo), ¡Abajo la conjura! (se dio en el pecho) ¡Viva el padre de la patria (se le inundaron los ojos de lágrimas) (Pisar los dedos de Dios, pág. 114).

Entonces el militar “de galones bruñidos” se lleva a Bernardo Puig -al que no volvieron a ver sus compañeros- se da la vuelta y tras macerar los dedos de Dios exclama: “sabemos que hay más, carajo, pero estaremos al acecho” (pág. 115). El militar está convencido de la existencia de una célula antitrujillista o de una conjura dentro del colegio y, de este modo, ese mero juego juvenil es pensado por el régimen como un intento de atentar contra su integridad, que es la de la “vieja pintarrajeada” en camisión que veían en caserón los chicos y que resultó ser la hermana de Trujillo. Esta anécdota ilustra patentemente la ausencia de libertad de los dominicanos que por cualquier cuestión, por la simple voluntad de Trujillo, sentían peligrar su vida. El azar, Trujillo, el “dedo de Dios” la omnipotencia divina, el mismo Dios:

Y yo lo miré pensando que el azar también tiene su azar, que es como mirar al azar por la espalda; y ahora me daba cuenta de que al mismo tiempo yo le estaba contestando desde esa otra zona de la que siempre estaba de vuelta con una musiquita zumbona que lo apartaba con violencia, y esto era como el azar del azar (Pisar los dedos de Dios, pág. 27).

Y ya se sabe, que quien pisa un “dedo de Dios” infringe el código y es castigado, sometido a la voluntad del grupo; como quien vulnera alguna norma del gobierno. La omnipotencia deriva en omnipresencia y la inexistencia de autonomía en

la República es explicada por el intrépido Bernardo, que afirma aludiendo indirectamente a Trujillo:

Sí, nos miran –dijo Bernardo Puig-, en este país hay siempre un ojo que nos está mirando, no es sólo en el colegio.

-Como esa imagen de la Omnipotencia que abre un párpado entre las nubes y mira en lo recóndito del hombre - le dijo el curro (Pisar los dedos de Dios, pág. 57).

La carencia de libertad y ese dominio absoluto de los pensamientos y conductas de los dominicanos que cultiva el “Jefe” – o cualquier tipo de suma autoridad, como en el caso del Colegio, la que ejercía el padre Director, tal y como se retrata asimismo en *Los algarrobos también sueñan* – es puesta de manifiesto:

-Un país de cristal con hombres de cristal.

-Y pensamiento transparente.

-La maquinaria del aire sin que puedas ocultar el más leve resentimiento.

-Imagínate que odiaras al padre Vicente, estarías perdido, hay una parte de tu pensamiento que debe estar siempre a la intemperie; sin duda, te denunciarías (Pisar los dedos de Dios, pág. 58).

La autoridad en el aula la ostenta el padre Vicente que golpea a los alumnos y acto seguido, solía romper en sollozos; momento que llenaba de refocilación a todo el alumnado que se complacía en la visión de su sufrimiento. Se denuncia por tanto, el despotismo del poder a través de esta escena que recuerda a la experiencia escolar del protagonista de *Los algarrobos también sueñan*, sólo que en este caso el clero no funge de colectivo despiadado y corrupto –el Padre Director tildará la golpiza de injusta, aunque censure la rebeldía- al igual que los protagonistas de la novela de Andrés L. Mateo, no poseen la moral acrisolada del personaje de Díaz Grullón.

Por otra parte, la referencia al trujillato y el ejercicio inicuo del mando no es sólo metafórica en novela, pues se referirá explícitamente a Trujillo y a uno de los acontecimientos históricos claves de aquellos últimos años de dictadura:

Dijo que habían invadido el país por Constanza, y que vivíamos tiempos difíciles –explicó Mayía.

-Sí eso fue lo que dijo.

-¿Pero qué significa? Es extraño, nunca se había interesado por ofrecernos noticias del mundo que está más allá de estas sacrosantas paredes.

-¡El tiempo, siempre el tiempo! – remedó Mayía (Pisar los dedos de Dios, pág. 90).

.....
-¿Y Trujillo? –oímos todos con claridad – si invadieron, debe haber muerto.

Primero, fue un cosquilleo; después, mirar hacia un punto perdido. Luego, la claridad del vacío, la cofia tendida sobre el espacio neblinoso en que se abría el miedo como un pavo real; y el silencio en su origen, el más puro esqueleto del silencio golpeteando la nada, la incertidumbre de no se sabe qué certeza del tiempo, la llave del arcón donde se guardan infinitas respuestas prometidas (Pisar los dedos de Dios, pág. 91).

Parece que el padre Director les da esta noticia porque se avecina el cambio y al igual que dicho comentario del exterior irrumpe repentinamente en el interior del grupo, éste opta por el movimiento inverso: desde el interior, invaden el exterior. Observamos de nuevo ese conflicto fuera / dentro, que se novelaba en *Los ángeles de hueso* y que encontraremos también en *La telaraña* de Diógenes Valdez. Un binomio que se corresponde con el enfrentamiento entre el mundo imaginario y el mundo real, el cual desemboca en la incomunicación, el aislamiento y el refugio en la interioridad de los personajes de las novelas citadas. Veloz Maggiolo lo señala en el proemio de la novela de Mateo: “lo fundamental es la incomunicación de los otros con su propio mundo, y la difícil relación del yo consigo mismo” (pág. 6), y por ese motivo en el texto los personajes se buscan a sí mismos, para encontrar el camino a seguir: “Nada, Bernardo Puig, que tampoco tú sabes tu camino”. Y es cierto, no lo sabe, pero lo quiere y por eso actúa –aún a riesgo de ser cazado- para encontrarlo. De este modo obraron los opositores de la Era y más tarde los revolucionarios del 65: ambos fracasaron. La esperanza para el dominicano se convierte en un hilo transparente, fino, casi inexistente. Así, la narrativa de esta década de los setenta da habida cuenta de la crisis axiológica que ha sufrido la sociedad dominicana y que aún arrastra, debido al pesimismo y la frustración que conlleva el reestablecimiento de una política neutrujillista, con efluvios continuos de violencia y corrupción. La lucha contra el flujo

de la historia dominicana repetitiva e incisiva, es una batalla perdida; y la verdad se halla dentro de uno mismo:

Saltar hacia su anverso y ya está; la verdad bien vale tres piruetas mortales. Avanzar sigiloso por la barra tendida; abajo el espacio con los fríos del miedo; castaño, el redoble se va apagando, se va haciendo lánguido, cuando ya todos están de pie inconscientemente, contraídos, y ¡Zas! Al espacio, hacia el pozo insondable de uno mismo (Pisar los dedos de Dios, pág. 73).

D) El discurso pesimista de la historia dominicana: *sin esperanza, con convicción*

La imagen que proyecta Veloz Maggiolo del dominicano en *Los ángeles de hueso*, es la de un sujeto que intenta solazarse en el individualismo y en el *carpe diem*, ya que quiere borrar el pasado, cruento y sanguinolento, –recordemos que Balaguer participa activamente en la consecución de este objetivo, sobre todo en lo concerniente al trujillato- y los intentos esperanzadores de optar por un futuro diferente –la revolución de abril es el ejemplo más claro- fracasaron estrepitosamente. Este pulso de fuerzas que mantienen los dominicanos con su historia, y que está estrechamente relacionado con su carácter pesimista, se manifiesta en la mayor parte de su producción literaria, y como comprobaremos, principalmente en la novela del trujillato.

En la urdimbre de *Los ángeles de hueso* se entretrejen entonces dos hilos argumentales: la descripción de la tremebunda situación política en la que se ve sumido el país tras golpe de Estado de 1963 y ascenso al poder de Balaguer dos años más tarde. Un Balaguer que cuenta con el beneplácito del Gobierno de los Estados Unidos y que como éste es ferozmente criticado en la novela:

Hay hombres que emergen desde el fondo de la insalubridad para instalarse en el poder. El caso del actual presidente. ¿Quién lo dudaría? Los americanos dijeron que él, el actual presidente, tendría que ser el presidente luego de un golpe de estado. Y lo fue. ¿Quién puede mas (sic) que los americanos? (Los ángeles de hueso, pág. 75).

Late en el texto un pesimismo que nace de la constatación por parte del narrador de que todos los gobiernos y gobernantes en la República Dominicana son iguales y que la política insular sigue un circuito heraclitano:

Desde la tarima veo al hombre diciendo su discurso. Podría ser mi padre. Hace años decía discursos a favor de Trujillo [...] Juan le echaba en cara su trujillismo, su colaboración con la dictadura. Él decía –me parece recordar que sí he tenido padre- que Trujillo era un dios, un rey, un hombre magnánimo. Juan se fue a las montañas a pelear contra el gobierno posterior a Trujillo, contra uno de los gobiernos posteriores, Juan se fue a pelear porque estos gobiernos de muchos hombres o de un hombre solo, seguían haciendo lo mismo que habían hecho los dictadores de la tierra (Los ángeles de hueso, pág. 83).

De esta manera, Balaguer, que anteriormente se izaba como uno de los bastiones del trujillismo más exacerbado, ahora es “político demócrata” y será Presidente de la República por largo tiempo. No obstante, el protagonista afirma que esté quien esté gobernando, se continuarán reproduciendo los mismos patrones de conducta: la violencia, la injusticia, el robo, la vejación, el terror, el silencio, etc. Este pesimismo y esta concepción histórica aparecerán de una forma u otra en todas las novelas de Maggiolo –no se corresponde tan sólo a este período de decepción posrevolucionaria- tal y como tendremos ocasión de comprobar. Y es que con este texto, Maggiolo nos invita a la desoladora constatación de que la opresión, la violencia y el miedo definen la realidad dominicana que avoca al ciudadano a afrontarla sólo de dos modos: luchando contra el gobierno como Juan o suicidándose como Farina. Muestras de ello afloran continuamente en la novela: “Santo Domingo es una ciudad podrida. Caminan por ella cadáveres y esqueletos que nunca han protestado, que jamás han sentido el deber de protestar” (pág. 87). Y es que tal y como sostiene Keefe Ugalde, “el autor no ofrece ningún sistema alternativo, ni siquiera un posible fin al sufrimiento”, se niega la posibilidad del cambio y se llega al corolario de que no existe una puerta de salida dentro de ese laberinto circular que es la historia política dominicana. Es un espacio cerrado como la isla (recuérdese que es la misma concepción de *Trementina*, *clerén* y *bongo*), como el cuarto del protagonista de la novela, como el hospital en el que se interna, como sus propios pensamientos. Y esa

cerrazón se acentúa en el caso de nuestro demente, que estrecha sus círculos y se decide por el ensimismamiento total porque ni siquiera merece la pena participar del minúsculo espacio social común donde “hay policías, y niñas estropeadas, y amigos de mi padre que se suicidan, y mujeres destrozadas por los tiburones” (pág. 20). Por esta razón necesita del silencio: “Un silencio es una manera de acomodar la mente a la anti-palabra. Durante este momento de silencio me voy sintiendo mejor” (pág. 46), de una vida silente que no puede encontrar “fuera”, que ya sólo es posible “dentro”, aún más “dentro”.

Sin lugar a dudas, Maggiolo consigue -en el tratamiento del tema y en su concreción estética- transmitir al lector los engranajes del sistema político dominicano y el sentir social de la década de los sesenta: desgana, desesperanza y desconcierto. Pero no hay que olvidar, y quizás sea ésta la única forma de lucha, que sumergida en este caos “hay una belleza que sólo el desorden es capaz de crear” (pág. 23), la belleza “narrativa”, la de *Los ángeles de hueso*.

La misma idea se refleja en *De abril en adelante*, donde en la parte que concierne a los “Anticapítulos” asistimos a una reflexión sobre la historia oficial dominicana, que también es presentada como un círculo cerrado y repetitivo del que no se puede salir. La novela está igualmente cargada de pesimismo, el cual llega incluso a contagiar a la literatura, a la evaluación de la literatura dominicana y su falta de trascendencia. Se trata de una de las obras maestras de Veloz Maggiolo, en la que por primera vez aborda el problema de la escritura –que más tarde retomará en *Materia prima*- y los problemas con los que se enfrenta el escritor ante un material: orden, secuencias, personajes, etc. Veloz Maggiolo discute la veracidad de la escritura y de los hechos y los pone en tela de juicio: “Has perdido el rumbo y no sabes dónde empieza la verdad y donde la mentira. Deberías escribir una novela con ese material, pero seguro no concordaría, no podrías hacerla coherente” (pág. 204), y es que recordemos que la novela dominicana necesitaba construir un contra-discurso que generara un proceso de re-historización de la República, debido al cercenamiento producto del trujillismo.

Hay que recordar que el acicate que insta a Paco a escribir una novela, es el hecho de que Zinia, escritora y amiga del grupo, quede finalista de un importante premio internacional literario. Entonces Paco pide ayuda a sus amigos para acometer este proyecto, pero el único que se ofrece a hacerlo es Persio. Este personaje –

“con su crítica puritana, perfeccionista, minuciosa. Todo le parece mal, excepto lo que él escribe” (pág. 105) ya aparece en esta novela como el alterego de Veloz Maggiolo, pues se dice que escribió una novela sobre Manaclas –uno de los motivos temáticos de *Los ángeles de hueso-* y que de un “capítulo soñoliento” extrajo quince o veinte palabras y “empezó cada capítulo con base en una de esas palabras, dejándose llevar por lo que la palabra sugería” (pág. 34). Se refiere claramente a Maggiolo, que como Persio también “extrae sus temas de la realidad”. Así tenemos que el esquema literario de Paco engloba la escritura de tres episodios históricos dominicanos cardinales: el 28 de abril de 1605 (la rebelión y lucha de Montoro), el 28 de abril de 1865 (guerra de Restauración: combate contra los españoles) y el 29 de abril de 1965 (revolución del 65 contra ocupación norteamericana, a la cual se pasa revista a través del relato de la rebelión de tuberculosos en un hospital). El protagonista deseaba redactar, por tanto, una novela “cuyo material fuera puramente criollo” (pág. 25) y buscar “el denominador común” de estos temas históricos:

Son a fin de cuentas, tres capítulos de una misma tragedia: la intervención armada en Santo Domingo, la violencia, la represión contra los débiles, su aplastamiento, porque afectan el poderío de los malvados de dentro y de fuera (De abril en adelante, pág. 63).

La novela la van escribiendo las diferentes plumas del grupo, contando sus pensamientos, historias y avatares; tal y como la “novela del trujillato”, que está siendo escrita por las manos de distintos escritores dominicanos. Aunque “Paco no se da cuenta de que sus amigos lo quieren sólo por conveniencia”, pues resuelven expulsarlo del grupo porque “ni es escritor ni es revolucionario” (pág. 171). En aquella época, pertenecer a uno de estos grupos literarios era “el único modo de sobresalir, de ser alguien” (pág. 154). El grupo de Paco pretende llevar a cabo, lo que todos los escritores dominicanos de este periodo: una “literatura revolucionaria con materiales nuevos, con materia nacional” (pág. 161):

Todos dizque teníamos obras inéditas. Eramos genios sin descubrir. En el fondo lo que había era un juego snob que no nos permitía concentrarnos. La literatura es una especie de masturbación encerrada en títulos que no existen y en capítulos que jamás aparecerán, lo sé (De abril en adelante, pág. 25).

La mayoría de los miembros del grupo habían participado en política y defendían una clara posición ideológica:

Lo único claro de todo esto es nuestra participación en la guerra de abril, nuestro comunismo a medias y nuestro afán de ampliar un revolucionarismo que no nos atrevemos a llevar a cabo. Además, no están obligados a dejar que nadie entre a su esfera por el solo hecho de haber estado en la revolución constitucionalista y porque fusilaras con tu 45 a varios ladrones (De abril en adelante, pág. 155).

De hecho, sostienen que “la mejor literatura era la nacida de la tragedia de los pueblos” (pág. 282), y por este motivo es necesario re-escribir los episodios oscuros de la historia dominicana, y entre ellos, evidentemente, se encuentra el trujillato. Macio Veloz Maggiolo lo explica sin ambages: “toda literatura es en el fondo, política” (pág. 37), y por eso hay que tomar partido y escribir una literatura que cuestione al *establishment* oficial, que en estas décadas era representado por Balaguer y el neotrujillismo. El narrador deja entrever que ciertamente, Trujillo sigue vivo cuando describe una escena en la que –como el pueblo del *Otoño del Patriarca*- la sociedad dominicana se cuestiona la muerte real del tirano: “aquel no era el cadáver del Generalísimo, lo sabemos, el que llevaron a San Cristóbal no era el mismo que luego fue embarcado hacia París, lo sabemos” (pág. 78). La situación política tras el magnicidio era desoladora, y se produce en el pueblo una crisis axiológica que deviene en frustración, pues los “trujillistas” del ayer, se convirtieron en “demócratas” del hoy:

Si vamos a ser francos, casi todos los que firmamos el documento contra la dictadura, ya muerto el Jefe, fuimos unos cobardes. No fue arrepentimiento sino oportunismo. Muerto el Generalísimo sabíamos que, tarde o temprano, el poder quedaría en la calle. Por eso nos apresuramos en la lucha contra los herederos; era el único modo de limpiarnos, aunque en el fondo sabíamos que eso no borraba nuestro pasado (De abril adelante, pág. 83).

Manuel del Cabral en *El escupido*, también cuenta de lo que aconteció después de Trujillo y lo resume en la siguiente estrofa: “Treinta año y en ninguno / pudo hablar

la isla esclava. / Hoy dando lo que guardaba, / quiere dar los treinta en uno...” (págs. 79-80). Y es que “muchos también de los que combatieron en el exilio, han demostrado tanta ambición y corrupción como los que colaboraron con él y fueron sus más abyectos servidores” (pág. 80). La esperanza del cambio murió, y la política de los sesenta vino a ser una continuación meliflua del trujillismo. En esta línea, el narrador afirma: “los que lo lloraron fueron sus parásitos, los que viven de los vivos y de los muertos. Esos no son el pueblo” (pág. 93).

A estos problemas de la escritura de la historia y el pesimismo, fruto del escenario político inmediatamente posterior al tiranicidio, suma Marcio la difícil situación de los escritores insulares, que tampoco ha cambiado tanto:

en un país donde no existen editores y donde cada autor tiene que pagar la edición de sus libros, venderlos y hasta leérselos a los demás si es preciso. Donde cada uno es su propio agente de relaciones públicas (De abril en adelante, pág. 37).

Por otra parte, en *La ciudad herida* también se suceden las cavilaciones entorno a la historia política dominicana –“inveterada frustración política”-, los cimientos necesarios para la instalación de un sistema democrático, los entresijos del poder, el primitivismo de la nación, etc. Buena parte de estas deliberaciones –que presentan al pueblo dominicano como culpable de la instauración de la dictadura- se concentran en los capítulos VII y VIII:

Estoy convencido de que la conducta de los hombres es la que hace la historia y que no hay circunstancias que puedan sobreponerse a su voluntad cuando ésta es firme y decidida...El encumbramiento de este hombre es la culminación de un largo proceso de acomodamiento, y acomodarse es carecer de voluntad y convicción.

.....
[..] no es que Batisterio esté justificado en proceder como lo hace, ni que debemos aceptarlo, sino que en gran parte él es producto de circunstancias históricas y sociales de nuestro medio. Creo que el modo más eficaz de combatirlo es luchando para que esas circunstancias se modifiquen y entonces

carecerían él y los iguales a él del ambiente vital que los origina y alimenta (La ciudad herida, págs. 55-56).

La solución pues reside en la voluntad de los dominicanos, tanto para finiquitar la dictadura o cualquier otro gobierno. Carlos Federico Pérez en esta novela también hace hincapié en la relevancia del conocimiento de su historia para la “salud” política de un pueblo, mas no sólo de esa historia oficial, suma de acontecimientos fechados, sino de la “íntima”, de la intrahistoria. Igualmente esboza una crítica a la actitud despreocupada de la juventud sobre estos menesteres: “Es falta común en los jóvenes enjuiciar el presente sin conocer el pasado. Tienen la vista puesta en el porvenir” (pág. 59). Lo que esos jóvenes no calibraron es que su futuro sería una consecuencia ineluctable de ciertos hechos del ayer. Asimismo, en *Los ángeles de hueso* aparece una reflexión sobre la desmemoria del dominicano: “Él murió por los suyos y ya nadie lo recuerda” (pág. 24). Ese olvido del pueblo dominicano que denuncia el protagonista, es real y no sólo atañe al episodio de Manaclas, sino a barbaridades y masacres anteriores como las perpetradas por Trujillo y sus secuaces, o más tarde por Balaguer y sus correligionarios

Por otro lado, la denuncia de la intervención norteamericana y de la nefasta influencia que ha ejercido este Estado en la isla no podía dejar de asomar en *La ciudad herida* –ésta se repite en la mayoría de novelas- aunque Pérez se prodiga más en juicios de valor:

Los americanos nos descubrieron de manera ostensible el sentido utilitarista de la vida [...] El factor económico, que con el imperio de la miseria y el desorden jugaba un papel más bien pasivo, se convierte en elemento dinámico. La aspiración de servirse de él arroja en brazos del utilitarismo, entendido no como doctrina político-social sino como recurso para el diario vivir, para la satisfacción de mezquinos intereses inmediatos. En un medio sin desarrollo como el nuestro, el Estado, es la principal fuente de recursos. La política, por tanto, quedó teñida de un subido color utilitario. Ya no se inquirirá por la valentía sino por el tener y la posibilidad de dar. Quiere decir que al propio tiempo que el Estado se ha erigido en depositario único de la fuerza, continúa siendo el distribuidor de los atractivos de la buena vida (La ciudad herida, pág. 66).

De este análisis político-social se infiere el daño irreparable infligido por la política exterior de Estados Unidos: Batisterio es consecuencia directa de ella. Con la ascensión al gobierno de Batisterio se pone en marcha, tal y como augura el Doctor Lima -compañero de consulta y mentor de Cosme-, “la más terrible tiranía de nuestra historia” que herirá “gravemente” a la ciudad.

II.2.2.2. TRATAMIENTO EPISÓDICO DEL TRUJILLATO: EL ESCUPIDO, DE ABRIL EN ADELANTE Y PISAR LOS DEDOS DE DIOS

Entre estas siete novelas, encontramos tres que narran el trujillato de forma episódica y no en su totalidad: *El escupido*, *De abril en adelante* y *Pisar los dedos de dios* y que por tanto no pertenecen a la categoría de “novelas del trujillato” propiamente dicha, aunque como representan esta temática comportan objeto indefectible de este estudio: sólo de esta forma podremos entender el trujillato en esencia.

En *De abril en adelante*, se recrea el ambiente intelectual y literario que envolvió a la revolución del 65: algunos de los amigos de Paco participaron activamente en ésta -que será uno de los grandes hilos argumentales de la novela- y para narrarla, Marcio utiliza la primera persona del plural en este relato de los acontecimientos que conformaron dicha etapa histórica: la lucha contra la ocupación norteamericana, el movimiento liderado por Francisco Caamaño Deñó –“Y pensar que en abril hasta el mar fue dividido por los yanquis” (pág. 33). Y es que en su lucha, los dominicanos tenían “un doble enemigo el yanqui invasor y los traidores dominicanos que pidieron su intervención y apoyaron su sangrienta presencia en nuestro territorio” (pág. 89). En estos pasaje, la crítica ácida a la política estadounidense es reiterativa: “los americanos seguirán poniendo y quitando gobiernos a su antojo, siempre, eternamente” (pág. 158). Incluso se dice que los norteamericanos intervinieron la isla porque “vienen a probar esas armas aquí. Luego irán a Viet-Nam mejor entrenados” (pág. 193). La guerra estaba perdida, pero aún guardaban un resquicio de esperanza, que poco a poco se fue minando, y terminó diluyéndose la ilusión de la revolución: se les “metió en el corazón el miedo a la muerte” (pág. 93). Pues “Muerto el Generalísimo no había otra salida que la del bombazo y el atentado dinamitero” (pág. 101). El pueblo entero es el que lucha, junto con “los militares constitucionalistas luchan hombre con hombro” (pág. 145).

La guerra nos ha hecho uña y carne; se ha producido un acto de cicatrización colectiva en la que yo he pasado a ser tu brazo, tú, mis dientes; Persio tu saliva; tú, las pestañas de Persio; Raúl el brazo de Russo y Russo un poco la Melissa; Melissa el pie derecho de Ramón, y así, el infinito. La guerra nos ha herido uno a uno, pero al cicatrizarlos nos dejó unidos, siameses para siempre (De abril en adelante, pág. 215).

Veloz Maggiolo también pasa por el tamiz del análisis los años inmediatamente posteriores a la muerte de Trujillo, enunciando que la Unión Cívica estaba formada por un conjunto de corruptos e interesados. En *Los ángeles de hueso* Veloz Maggiolo da cabida igualmente a otro episodio histórico posterior al magnicidio: la brutal matanza de Manaclas. Su hermano era un guerrillero comunista que pretendía “salvar el honor del país” y que luchaba contra las fuerzas del gobierno: “Eran “los comunistas” los que se rebelaron contra el golpe de Estado que hacía añicos al gobierno del pueblo” (pág. 102). Este bando fue apoyado en un principio por los militares –sector progresista- que le prometieron ayuda y que luego los traicionó: “las armas que llevaban no eran armas reales. Las dañaron los vendedores y los suplidores para que fracasaran”. Cuando fueron sorprendidos en Manaclas, decidieron entregarse y dar sus armas, pero aún así los fusilaron –en el texto aparece explicitado cómo Juan muere acribillado a balazos- razón por la cual el protagonista considera que merece un lugar privilegiado en el panteón de los héroes nacionales: “él es un héroe pero nadie parece acordarse de eso” (pág. 12)

Pero, como ya he descrito, será la muerte del hermano del protagonista la que ocupe el lugar central y primordial en este conglomerado de injusticias, y la responsable de su desazón, de su sentimiento de culpabilidad –el hermano lo animó a que se uniera a la guerrilla- y de su sed de venganza: quiere matar a los locutores de radio que tergiversaron la información de lo acaecido en Manaclas. El narrador ilustra todo lo expuesto en el siguiente párrafo:

Cuando Juan mi hermano se fue a las montañas, a pelear contra el gobierno, el viento lo traicionó. El viento vestía uniforme verde olivo igual que él. Cuando lo trajeron tenía el pecho reventado y los dientes afuera. Lo fusilaron con gas kerosene y balas grandes. Lo enterraron y cuando logramos sacarlos

vi sus cuencas vacías y creía que todo aquello era agua, desperdicios y sangre
(*Los ángeles de hueso*, pág. 11).

Pienso que Veloz Maggiolo relaciona los sucesos de Manaclas y de la revolución de abril con el trujillato, porque la extinción raigal de la dictadura fracasó y finalmente todo formó parte de un *continuum* que se ha prolongado hasta los noventa. El poder corrompe y la moral ideológica es un bien poco apreciado en Quisqueya. Prestemos atención a lo que afirma con respecto al exilio dominicano:

Pudo entonces verse que la mayoría del grupo antigubernista en el exilio estaba podrida, que su afán por derrocar a la dictadura no era sino un deseo de arribar a un puesto que envidiaban. Algunos, nacionalistas, mantuvieron sus posturas y no cedieron ni a presiones ni a prebendas, pero los más se convirtieron en empleados del Estado, grupos con nominación que exigían todo (*De abril en adelante*, pág. 198).

Desmitifica al exiliado⁵³⁵ y sigue ahondando en este panorama político desolado:

Y nosotros, lo más jóvenes, que habíamos escuchado durante años la voz de los líderes y luchadores verdaderos en la radio extranjera, identificábamos todo exilio con la honestidad y valor y comparábamos a todo exiliado con Mauricio Báez o Andrés Requena, sin comprender el engaño (*De abril en adelante*, pág. 199).

La presencia del trujillato es también episódica⁵³⁶ en *Pisar los dedos de Dios*, como el lector habrá comprobado en el epígrafe dedicado a los abusos del poder, y se ocupa exclusivamente de los efectos y consecuencias del poder ilimitado en cualquier

⁵³⁵ Para un acercamiento a la mitificación de la figura del “exiliado” durante el trujillato, véase *Fantasma de una lejana fantasía*; novela del trujillato de los noventa que analizaré en el último capítulo de este estudio.

⁵³⁶ Manuel Rueda la incluye dentro de su cuarta clasificación: “Novelas o narraciones que no se ocupan del dictador o de la dictadura, pero que los tratan episódicamente”, en “Presencia del dictador”, *op. cit.*, pág. 141.

ámbito: pérdida de libertad, miedo, represión extrema e injusticia. Andrés L. Mateo teje en este relato una urdimbre compuesta por dos esferas que se relacionan osmóticamente: la de un colegio católico en las postrimerías de la Era de Trujillo, y la de una realidad “exterior” -completamente ajena al ambiente del colegio- y que es representada por el “caserón de la vieja” que está a la vuelta de la esquina desde donde se oyen voces y músicas que seducen a unos escolares en busca de su mismidad.

El texto desarrolla una historia que es contada en primera persona por los diferentes miembros de ese grupo de estudiantes, de tal manera que cada capítulo anuncia el nombre propio del narrador y ofrece una perspectiva distinta de los hechos narrados. La suma de cada uno de ellos –Mayia, Tuto Zabala, El Curro, Bernardo Puig y Jacinto Crespo- desde la particularidad y especificidad de la otredad, genera identidad: un YO plural. Así desde el primer capítulo se expresa esta idea: “En la infatigable red de sucederes que somos, al azar de otros que no somos y acontecidos, pasaron, pasan, inmemorables Yo(s).” (pág. 15). La construcción de esa identificación se hace principalmente sobre la base del conocimiento de un código compartido sólo por ellos: no pueden pisar “los dedos de Dios” –planta de un brezal del colegio- so pena de cumplir un castigo:

-Creo que no debí venir –ripostó-. Un corredor no arranca de su punto de partida sin que le digan previamente cuál es el lugar de arribo.

-No hay arribo – volví a decir- el vino es dulce, éste es amargo, lo robamos, y al que no le guste su parte la confunde con la tierra, es todo.

-¿Y por qué yo? –dijo.

-Quien pisa un dedo de Dios baja a las bodegas –explicó Mayía (Pisar los dedos de Dios, págs. 25-26).

El reto consistía en burlar la seguridad del recinto y si Bernardo Puig –el alumno “nuevo” que pisó un dedo de Dios- quiere granjearse la amistad de sus compañeros, tendrá que robar el vino con el cual se oficiaba la misma -guardado en el sótano- y sortear la vigilancia de Colorado, haitiano que nunca duerme. “El nuevo” alega estar “fuera de juego”, pero ellos son conscientes -como lo es el tirano- de que “la inocencia es una mentira” y de que sólo existe el desconocimiento que no es *peccata minuta* y que tiene sus bemoles. El valiente muchacho realiza con éxito el periplo y

supera la prueba impuesta. Entonces Bernardo –que ya deja de ser “el otro”- propone un nuevo desafío: ir al “Caserón de la vieja”, también conocido como “la guarida de Orfeo”, una casa de alterne muy próxima al Colegio, envuelta por los chicos en un hálito de misterio, “reinas nocturnas” y melopeas. Resuelven que se lanzarán todos a esa nueva aventura -menos El curro que vigilará desde la habitación- a ese juego verdadero en el que no se violaba un código interno y se sustraía un poco de vino de las bodegas, si no que se infringían *in extremis* las leyes del colegio. Los adolescentes, conscientes de esto, dicen: “que sería nuestra, de nosotros, los que durante tanto tiempo habíamos apredido (sic) a esconder, desde el final del sueño, la ínfima, inapreciable, necesidad de conocer la culpa” (pág. 85). La verdadera culpa.

Decididos y con el pánico instalado muy dentro –aunque saben que el miedo es la “suprema ignorancia”, saltan la valla del colegio y alcanzan a su objetivo: “Caminamos resueltos, con una sensación de libertad que era también la arrogancia de lo infringido, y en poco minutos la tuvimos delante” (pág. 104). Ahí estaba la ventana por la cual Bernardo se asomó y espió a tres reinas y dos hombres -“todos desnudos” aunque no lo podían asegurar-, pero no les duraría mucho el divertimento pues acto seguido salta la voz de alarma. Salen todos corriendo y capturan a Bernardo Puig, suceso que le sirve a Mateo para introducir el trujillato, como hemos ya analizado, en la novela.

II.2.2.3. PRESENCIA DE TRUJILLO EN EL DISCRUSO LITERARIO

Pero se incluye otra novela más en este bloque, que aún no he mencionado: *Las tinieblas del dictador* del dominicano Haffe Serulle, la cual se inscribe en la senda garciamarquiana del “dictador total” y presenta a un tirano que resume todas las peculiaridades y características de la historia de los dictadores dominicanos. Evidentemente, la obra condensa una alta dosis de rasgos personales de Trujillo y por esta razón, es interesante analizarla y desentrañar el uso que hace el escritor de esta temática, de esta gran fuente de inspiración literaria. Es sin el menor atisbo de duda, la única “novela de dictador” de estos años y curiosamente no se alude a Trujillo directamente –ni a ningún otro dictador-, cuyos rasgos se confunden en una manigua de tópicos de la dictadura. No es extraño que las letras dominicanas aún no se lancen a darle voz al tirano –y mucho menos a adentrarse en su conciencia y humanizarlo-, las heridas aún no estaba restañadas y Trujillo siguen siendo un monstruo mefistofélico al

que como mucho, se le regalan unas cuantas líneas y sin hacer mención explícita a su nombre; en *La ciudad herida* (Batisterio Ocampo) y en *Papaján* (Tablazo Pérez) donde ostenta un papel minúsculo. En estas dos últimas novelas, se ofrecen estampas de Trujillo donde el dictador es descrito a la manera del *Señor Presidente* de Asturias: sin ribetes de humanidad, como una figura diabólica e indolente y que infunde absoluto temor. Un temor que incluso puede llegar a explicar por qué se evita el apellido “Trujillo” en estas novelas, y se usa en su lugar, una lexía con claros matices sugestivos: Batisterio –como el dictador cubano “Batista”-, -La ciudad herida: -----Ver ironía y referencia contenida en *La ciudad herida* o en *La fiesta del rey Acab* (como tenemos al dictador “Santos Bandera” en *Tirano Banderas*, donde además se dibuja un dictador títere de un “teatro mundi” muy parecido al de Miguel Ángel Asturias en su *El Señor Presidente* y que más tarde veremos en *Las tinieblas del dictador*, do dan alusiones históricas, bíblicas, míticas y literarias como en ésta).

En esta ocasión nos encontramos ante un discurso que se incluye dentro del marbete crítico de “novela urbana”, cuestión que subraya Carlos Federico Pérez, su autor, en una nota introductoria de la novela. En ésta también se apunta el carácter histórico de la producción –“En el fondo de toda obra narrativa palpita la Historia” (pág. 3)- y especifica que tanto los personajes que se suceden en ella como la trama, son “sustancialmente ficticios”. El porqué de esta aclaración tiene explicaciones disímiles: puede ser que el artífice del escrito no quiere que el lector piense que se adentra en una narración testimonial o basada en hechos reales –tan común por otra parte, en la escena dominicana-, o bien porque éste desea parapetarse en el terreno insondable de la ficción. ¿Los motivos? De orden político: posible represalia por parte del gobierno neotrujillista de Balaguer, aunque no tendría mucho sentido ya que escritores coetáneos han publicado novelas del trujillato, como hemos tenido ocasión de comprobar, incisivas; o por motivos emocionales: para no levantar ampollas - excesivamente cercanas en el tiempo- en la resentida sociedad dominicana que aún condensa rencor, miedo y vergüenza; o bien, como registra Manuel Rueda, por la “responsabilidad que como artista y testigo le correspondería en la correcta valoración de una sociedad y de un grupo privilegiado al que de hecho se siente pertenecer”⁵³⁷.

⁵³⁷ Manuel Rueda, “Presencia...”, *op. cit.*, pág. 139. Afirma Rueda líneas antes, que el autor ha pasado gran parte de su vida, “considerando los pro y los contra que tendría para él, como autor y como individuo, un material demasiado inmediato en el espacio” (pág. 138). Este crítico dominicano descarta la

La ciudad herida, y ya para concluir, aborda de manera harto más directa y desarrollada que las anteriores novelas el fenómeno del trujillato y sigue los planteamientos estéticos y tradicionales de la novela histórica decimonónica. Este hecho es tanto más notable si tenemos en cuenta que “osa” darle voz al dictador, aunque su presencia en el texto es nimia y rehuye usar su verdadero nombre propio: Trujillo, y por esta razón Manuel Rueda la catalogó como “Novela o narración sobre la dictadura que tienen al dictador como personaje secundario o que narran escenas donde interviene el dictador”⁵³⁸. Ahora: el tirano de Carlos Federico Pérez se dibuja como un ser mefistofélico, grotesco, sin ningún atisbo de humanidad y como dominador displicente y absoluto de la ciudad y sus habitantes. Está más cerca de Tirano Banderas y del Señor Presidente que de la cosecha de novelas del dictador de los setenta, donde la profundización en la personalidad de los dictadores es total y se internan en el proceso de desmitificación de los mismos.

A mi juicio, esta producción se halla más cerca de la “novela de la dictadura” que de la de “dictador”, pues el peso de éste en el texto no es digno de tener en consideración. Además es una de las pocas obras que penetra y abarca gran número de las aristas del trujillato: desde el raído tema del abuso del poder, los mecanismos de coacción de la tiranía, la violencia en las cárceles, la oposición, etc., hasta el universo de los trujillistas y su inestable situación con el sátrapa, el peligro que corren las familias de los desafectos y la idea de la mujer como “moneda de cambio” de la que dispone el Jefe y su familia cuando placen. En definitiva, esta narración es la única que aborda con detalle el ciclón de San Zenón –acontecimiento histórico exclusivo de la novela- y de las pocas que abarcan los primeros meses de la Era (Juro qué sabre vengarme, Bienvenida...). Le interesa exhibir las costras morales que se van formando en el colectivo dominicano y que son el resultado de esa herida abierta, aún no cicatrizada.

En *Papaján* se omite también la referencia explícita a la República Dominicana –sería “Republica de Canoabo”- pero como veremos con respecto a *La ciudad herida*,

posibilidad de que esto se deba al temor de Federico Pérez “de quedar irremediabilmente comprometido y señalado”.

⁵³⁸ *Ibid.*, pág. 126.

las referencias a acontecimientos capitales de la historia dominicana no dejan resquicio de duda: en los dos casos se apunta al ciclón de setiembre de 1930 que atacó impiamente y con gran virulencia la ciudad de Santo Domingo, conocido como “ciclón de San Zenón”. En *La ciudad herida*, el eje temporal y el espacial remiten a esta fecha y este lugar –aunque no aparecen nombres de calles, plazas o edificios- y son más que suficientes las pistas que nos da Carlos Federico Pérez para que ubiquemos el escenario de la obra, pues habla de “la insularidad, el aislamiento tan pronunciado del resto del mundo” (pág. 60) y de un “vecino extraño y hostil”, refiriéndose a Haití.

Por otro lado, tenemos a Batisterio Ocampo, el “Único”, el “Predestinado” que se yergue como el salvador omnipotente de la catastrófica situación en la que se sume la ciudad una vez franqueado el ciclón. Este bienhechor, protector de ánimas, es ni más ni menos que Rafael Leónidas Trujillo. El autor así sigue la estela anunciada en el exordio y no usa el nombre verdadero del dictador, aunque no existen dudas acerca de la figura que se esconde detrás de este eufemismo: se habla de una “Ciudad Batisterio Ocampo” – que equivale a Ciudad Trujillo-, o “de los alardes de su origen popular, que Batisterio exhibía como arma política, se colaban vanas y hasta risibles preocupaciones de estirpe” (pág. 198) y que por eso se agregó el apellido “Ocampo”, atraído por el “retintín eufónico”, poniendo en serios apuros a sus biógrafos. Exactamente igual que Trujillo: sobran pues los comentarios.

Batisterio Ocampo aparece en sólo tres⁵³⁹ escenas de la novela. En éstas se pone de manifiesto el gusto exacerbado por la pantomima y la teatralidad de Trujillo y su régimen, el soborno a través del reparto de dádivas que son aceptadas por un pueblo abnegado –“¿No lo demuestra Batisterio al hacerse dueño de todo por la pasividad de los otros?” (pág. 57) y corrupto, la violencia física ejercida por el mando trujillista, y la necesidad megalómana y egotista de Trujillo de ser venerado a cada paso:

Los vehículos se detuvieron poco antes de llegar al centro de socorros. Al descender los ocupantes rápidamente pudieron reconocer sin dificultad a Batisterio acompañado de varios civiles y un numeroso séquito militar. Vestía uniforme muy ceñido, con condecoraciones y era notorio su acicalamiento como si las huellas de desorden y destrucción de los alrededores nada tuvieran que ver con él.

⁵³⁹ Cfr. *Ibid.*, pág. 137. En este texto Rueda que tan sólo aparece Batisterio en “dos únicas escenas”, pero en realidad lo hace en tres.

.....
Los soldados abrieron paso a la comitiva. Su misión, al parecer incluía también exigir demostraciones de acatamiento y compostura, porque al avanzar unos pasos y advertir que un hombre sentado al borde de la acera, la cabeza entre las manos, se mantenía inmóvil y ajeno a lo que ocurría, el que comandaba la patrulla voceó imperativamente:

-Eh, tú, levántate, pónte (sic) en pie, que viene El Unico, el Presidente de la República...

*El individuo permaneció tal cual estaba, como si no perteneciera a este mundo. Entonces el jefe del pelotón, irascible, se adelantó, lo empuñó violentamente por la camisa a la altura del pecho y alzándolo en vilo, le aplicó tremenda bofetada, al tiempo que decía - ¡Despiértate, imbécil!...[...]
Entonces Batisterio extrajo del maletín, en manos de uno de sus acompañantes, tamaño fajo de billetes y tomando uno de ellos lo puso en la mano ya extendida del infeliz. Luego siguió su camino imperturbable. No prestó la menor atención al grito ahogado de “¡viva El Unico, viva el Presidente!” que lanzó el individuo para que apenas se percibiera confundido con el taconeo de las botas de los oficiales (La ciudad herida, págs. 51-52).*

En *Papaján* se relata una escena muy similar, en la que el narrador describe a un Generalísimo Tablazo abrigado por “un coro de vivas al presidente, abrazos, brincos” que lo aclaman, y que sugieren un rosario de actos muy comunes en el trujillato:

Los guardias apartan dando patadas y empujones a dicha gente. Se borra esa imagen y aparece el presidente sacando de un bulto de fajos de billetes de a peso y echándolos a volar desde el balcón de una casa. Una ola humana se deshace manoteando imprecisa los billetes entre vivas al presidente (Papaján, pág. 20).

En la novela de Federico Pérez, más adelante el autor vuelve a darle voz a Batisterio, el cual habla para recriminarle al Director de la Cruz Roja, el Doctor Valenzuela, el no haberle mencionado en el llamamiento que hizo la Cruz Roja para distintos centros de Socorro. Esta “afrenta” a su persona es el detonante de la destitución del cargo de Valenzuela. Batisterio hace y deshace a su gusto, pues es Señor y dueño del destino de sus súbditos –hay que recordar que Trujillo “dispone de una

carta de renuncia de cada un diputado, firmada pero sin fecha, a fin de tener libertad para sustituirlos cuando lo considere necesario” (pág. 93).

La segunda escena en la que aparece y habla Batisterio, es cuando se reúne con Don Julio y comenta la “frustrada” admiración y amor de su hijo Polo por Regina burlándose de su vástago:

-“Ha sido siempre un tonto de capirote. Yo lo llamo bobito Polo. No sé por qué misterio es mi hijo. Ahí le he hecho que le pongan un uniforme a ver si al fin se endurece y no me desacredita el apellido”...Todo lo rubricó, como era frecuente, con una carcajada, en la cual, no sabía por qué, pese a su significación humorística, creía advertir cada vez más un indicio del fondo frutal de su personalidad (La ciudad herida, pág. 205).

La última y tercera circunstancia en la que interviene Batisterio, vuelve a enfrentarlo en un diálogo con Don Julio y su conversación versa sobre el tema anterior: Polo y su intento de secuestrar a Regina por amor. Esta vez hace gala de su falta de escrúpulos y su voluntad de poder, que es contenida por Don Julio y la amistad que les une:

- “Qué le parece, don Julio –dijo riendo- por fin hizo algo de hombre el bobito de Polo. Es pasión lo que siente por su hija. No le queda más remedio que dársela y convertirse en su suegro” [...] –“Bien, don Julio, castigaré al muchacho, pero no lo eche a tragedia, recíbalo como una broma; siento que no pueda reirse pero como lo evito yo imaginándome a doña Rita amarrada en su sillón de arzobispa, porque yo antes que el Papa la he hecho ya arzobispa, créamelo...” (La ciudad herida, pág. 257).

III. 2. 3. LAS TINIEBLAS DEL PATRIARCA

En *Las tinieblas del dictador*⁵⁴⁰ no enfrentamos a la transgresión de la linealidad histórica en un intento de globalizar la historia de América Latina –deshistorización-, al modo de *El otoño del patriarca*, novela del dictador. Pero estas novelas no se han sido muy prolíferas en las letras dominicanas –aunque la presencia

⁵⁴⁰ Haffe Serulle, *Las tinieblas del dictador*, Santo Domingo, Casagrande Editores, 1978.

del realismo mágico en la novela moderna latinoamericana es una apuesta por la búsqueda de lo regional, de un proyecto nacional-, porque: Trujillo los condensa a todos los escrituras a la búsqueda de identidad y a una catarsis histórica, debido necesidad de historización –crear un contra-discurso de la nacionalidad- como *Yo el Supremo*.

No permite la “concentración histórica, en el sentido de una periodización estricta; en cambio, *globalizan la historia* Latinoamérica en su sentido contextual de tiempos y espacios que coexisten en el universo narrativo, pero difieren más allá de él”⁵⁴¹, como en *El recurso del método* y *El otoño del patriarca*. Pero sí se tratará la narración con los recursos estéticos característicos de éstas: concepción del tiempo circular, ausencia de puntuación, hipérbole, esperpentización, ausencia de identidad del tirano, animalización del dictador, etc.

Serulle nos presenta una novela escrita al más puro estilo garciamarquiano, arraigada en la plataforma estética del realismo mágico, en la cual despliega un juego técnico amplísimo que va desde la ausencia de puntuación a lo largo de toda la novela, a la superposición de diferentes narradores que en primera persona exponen sentimientos y hechos relacionados con una dictadura perpetua, a la manera del Patriarca del colombiano, ponen en evidencia los entresijos del poder, la historia de la colonización española (incluso imita la escritura de las crónicas en una suerte de juego intertextual), la etapa concerniente a la esclavitud en América y la desesperanzadora situación política y económica del continente, ligada ineluctablemente a Los Estados Unidos.

Uno de los motivos de la obra, como adelanté, es el de la colonización española, donde la figura del “Almirante” –como en la novela del Premio Nóbel colombiano- ocupa un espacio nuclear, y se juzga su actuación y su objetivo:

[...] en cuanto desembarquemos sembraremos nuestras cruces y haremos palpitar la bandera bendita de nuestros reyes y que además harían hablar el filo de sus espadas-balletas-espigardas para que estos habitantes salvajes comprendan que somos superiores a ellos y nos traten con más veneración que a sus dioses güeros e infecundos (pág. 7).

.....

⁵⁴¹ Domingo Miliani, *op. cit.*, pág. 220.

[...] hombres intrusos-impíos-perversos-avaros necesitaban expandirse por nuestro continente para fortalecer sus aspiraciones expansionistas y asegurar de esta manera un orden económico que les garantizara el mantenimiento de sus armadas en las guerras continentales (pág. 8).

Describe la barbarie de “los hombres blancos” con los indios, que preferían matar a sus hijos y suicidarse, para no soportar la carnicería que estos llevaban a cabo.

Nos encontramos entonces con una novela del dictador en la que el personaje central –el “Presidente”-, que no aparece con nombre propio y que se erige como una amalgama de dictadores latinoamericanos. Tampoco se localiza la acción, no se sabe dónde transcurren los hechos, pero sí que es un lugar caribeño, que guarda estrecha relación con República Dominicana.

El dictador es descrito como un niño sensible y caprichoso, extremadamente subyugado por los padres y dependiente de ellos –“el Presidente era incapaz de elegir su futuro por su propia cuenta” (pág. 21). Sus reflexiones van dirigidas a estos, y el uso de vocativos –“papaíto mío”, “mamaíta mía”- es continuo en el discurso. Él encarna el sueño frustrado de su padre de ser presidente, y tanto él como su madre lo consideran un predestinado. La madre piensa que “sin lugar a dudas su nombre figurará en los anales de la historia como el de Jesús” (pág. 14). Le gusta tener juguetes, porque no los tuvo en la infancia (parecida a imagen de *La fiesta del rey Acab*, cuando está con el hijo jugando):

[...] todos los juguetes habidos y por haber porque como en su infancia sus padres no le regalaron un solo juguete ahora me daré el gusto de desahogar mis ilusiones infantiles y se encerraba en la casa y ponía a funcionar todos los juguetes al mismo tiempo (pág. 13).

Está perdiendo la vista, la vejez y la decrepitud suponen un importante obstáculo para su ejercicio del poder. Inmerso en un mundo de tinieblas, y tras él una vida dedicada a perpetuar su poder, esas tinieblas habían de ser anunciadoras de imágenes y visiones del pasado y del futuro; la vía por la cual el narrador mantiene una relación con el pasado latinoamericano y sus injusticias. Por supuesto, el retrato

populista es reiterativo en la narración, al modo de *El recurso del método* y *El otoño del patriarca*:

[...] el griterío de la gente que lo aclamaba y pedía con histerismo relíjase señol Presidente uté e' nuetra salbasión nuetro bienetal la encalnsión de tó losanto juntitico la lú divina que alumbra nuetro polbenil y la multitud gritaba con tal enardecimiento que yo quieo que utede sepan que toító elepasio se nubló dizque de salivas con alas de cucarachas hambrientas y enfermizas (pág. 22).

.....
[...] yo creo ilustrísimo general que el Presidente es un santo un santo un santo santo santo y le pidió de rodillas que le permitiera seguir tocando las campanas hasta que Su Santidad el Papa comprenda que debe santificarlo (pág. 36).

Esta idea se repite a lo largo del texto, pues el pueblo volverá a pedir al papa que lo santifique. Parece estar relacionado directamente con Dios, y él es el único que puede poner fin a los malos momentos por los que pasa el pueblo, como una sequía. Y cuando el Presidente rezó y lo pidió “empezó a llover así es que vean con qué facilidad el Presidente hace Milagros” (pág. 58). Hallamos otra imagen interesante que ilustra el grado de sumisión del pueblo y el marco de realismo mágico en el que se inserta la novela:

[...] el Gobernador [...] ordenándonos que levantemos y unamos nuestros brazos porque en caso de que el helicóptero tenga alguna pieza dañada y el piloto no pueda evitar la desgracia nosotros debemos estar preparados para aguantar compactados el peso del aparato y salvar la vida de nuestro venerado Presidente aun cuando tengamos que poner en peligro nuestro pellejo (pág. 53).

A diferencia de Trujillo, el dictador de Serulle es letrado y ha estudiado en una de las más prestigiosas universidades del mundo:

[...] porque su padre tenía la convicción de haber descubierto que su hijo desde muy temprana edad tenía excepcionales dotes de mando para gobernar este pueblo durante el resto de tus años (pág. 18).

Él quería haber estudiado filosofía pero esa materia, en opinión del padre era “para débiles de mente” y le aconseja la elección de una “profesión futurista cuya práctica se compadezca con la vida turbulenta de nuestro siglo” (pág. 20), por lo que hizo ciencias económicas y políticas. Después recorrerá el país, porque es importante conocerlo a fondo –idea que comparte el Supremo de Roa Bastos- para luego adentrarse en el análisis de otras civilizaciones: “aquel que conozca su patria es capaz de dominarla con una venda en los ojos” (pág. 22). Y ciertamente sucederá así, porque el Presidente se va quedando ciego. Su madre cuando es Presidente le aconseja visitar a otros mandatarios y gobernantes para aprender cómo “el orden la paz” y ver cómo el primer presupuesto que estos elaboran es el de “las Fuerzas Armadas”. Además eso le serviría para estrechar lazos políticos con ellos y “demostrarle al mundo que tú sigues en el poder porque realmente eres una necesidad para tu pueblo” (pág. 24). Él es una prolongación de la voluntad de sus padres. La madre le dice:

[...] te diré siempre que nadie debe saberlo mi hijito y que aguantara el dolor de los ojos con el valor de los negros porque este es un pueblo que se encabrona de nada y si llega a enterarse de tu enfermedad será el indicio final de nuestro reino y tras decir eso tantos los padres como el hijo vieron los cartones del bingo incendiados- manos peludas rompiendo la hendedura dela alcancía- bocas de cocodrilos devorando las monedas- hombres hambrientos destruyendo lámparas de sus residencias (pág. 63).

Los padres del Presidente son “símbolos de la eternidad para el pueblo”, que los adora y que llegaron a ignorarlo cuando estaban con ellos. La madre al finalizar la obra se da cuenta de la mediocridad de su vástago y que el hijo grandioso que pensaban tener no lo era:

[...] reconociendo con un sentimiento de amargura hirviente que su hijo no es tan grande como yo creía y que en nada se le podía compara con Jesucristo y con el rostro desencajado porque he comprendido la verdad demasiado tarde le hizo saber que no eres el hombre que mi vientre soñó parir (pág. 230).

En cuanto a su política con ese otro que es el negro, toma la medida de traer negros de islas vecinas (como Lilís) para aumentar las ganancias en el negocio de la caña. Les pagaba sueldos ínfimos, y procuraba que las relaciones fueran endogámicas, para que pariesen niños negros:

[..] arrebatarnos las criaturas al cabo de cinco o siete años y venderles los niños a los dueños de los ingenios [...] las obligaban a fornicar todas las noches con los guardias más negros a cambio de un plato de arroz con arenque en procura de que los futuros ejemplares sean de pura raza (pág. 70).

Estos trabajadores negros vivían en condiciones infrahumanas, y de ello da cuenta un periodista que se infiltra en los ingenios azucareros y vive con ellos. Éste será encarcelado y juzgado por “conspirar contra el orden y la paz y por tergiversar la realidad del país para favorecer al comunismo internacional” (pág. 72). El Presidente acababa con cualquier tipo de problema o crítica, relacionando el conflicto con las redes del comunismo, que suponían un auténtico peligro para el “Embajador”, que es el representante del gobierno estadounidense. Con el fin de que lo acaecido no volviera a suceder, decide seleccionar a miles de trabajadores para que espieran a sus propios compañeros –“el caliesaje”-, los cuales si intentaban sublevarse eran asesinados, sin que ningún medio de comunicación se hiciera eco del acontecimiento:

[...] los comunistas se dedicaron a constituir en los barracones en los ingenios y en los cañaverales la Unión de Trabajadores Explotados algo parecido a un sindicato de donde exigen que se nos aumente el salario –que nos saquen de los barracones y para que nuestros hijos se eduquen exigimos que se levanten escuelas en toda la zona cañera y que cese la represión y que si un trabajador volvía a morir por culpa del trabajo del hambre o del crimen ellos harían temblar la tierra (pág. 74).

Para resolver esta cuestión se encierra en palacio tres días con el objeto de buscar en los libros la solución adecuada: a lo negros, aunque deban tener los mismos derechos que los blancos, había que manejarlos “igual que a las bestias” y para lavar su imagen y dar impresión de gobierno tolerante y libre, les construye escuelas –de baja

calidad- casas, va a darles de comer –con todo un aparato mediático a sus espaldas para que difundiera la noticia- y toda una serie de obras de caridad. Les pide arrepentimiento por sus acciones pasadas y que no se dejen llevar por la propaganda comunista “que solamente persigue la destrucción económica de la nación y el hundimiento moral de la patria” (pág. 84). La persecución de los comunistas comporta una de los motivos más repetidos de la obra. El contingente de los estudiantes es un certero peligro para la política del Presidente. De la población piensa: “nuestra seguridad exige que mantengamos a la población en la más profunda ignorancia” (pág. 80). Se ilustra la escisión entre anarquistas y comunistas.

La etnicidad y sus contradicciones es uno de los ejes transversales que traspasa la obra. El conflicto con los “negros” es continuo y parece ser uno de los traumas del Presidente: “los generales blancos masacrando a los negros porque los negros quieren dominarnos carajo y eso no podrán lograrlo nunca” (pág. 15). El Presidente y sus padres son racistas, y así explícitamente consta en la obra. También falsea la historia – “él quería encontrar algo que deformara la verdad histórica” (pág. 18)- y que para la celebración de su trigésimo quinto aniversario como “Héroe de la República”, buscó entre las obras que se habían publicado algún párrafo “para que la gente crea que yo abrigo en mi alma un sentimiento de amor extremadamente profundo hacia la raza negra” (pág. 18). El negro es el enemigo:

[...] los ciegos odian a los negros precisamente porque todo lo ven negro de manera que cuando florecieron los frampoyanes (sic) no quedó un solo general negro en la escolta del Presidente y seleccionó a los coroneles más blancos y los ascendió de golpe a generales y para que los generales negros no tuvieran ni siquiera tiempo para conspirar (pág. 39).

Se queda ciego como castigo: lo que él odia es lo único que ve.

El retrato de sus acólitos, de los generales, que aparecen como individuos impíos, egoístas y movidos sólo por los resortes de su continuación en el poder, sus medallas y propiedades:

que siguiera tratándolos como perritos falderos y alimentándolos con latifundios – contrabandos –contratas- carros despampanantes –residencias

ostentosas y tú verás que ninguna de ellos querrá convertirse en héroe (pág. 33).

Importante la figura de su leal Teniente Coronel, que le salvó la vida en “más de quince ocasiones”. Los amenazaba y gozaba asustándolos, recordándoles que “la avaricia es un mal que todos debemos combatir” (pág. 44) y que debe imperar en ellos un espíritu de sacrificio (igual que Trujillo). De hecho, cuando el Presidente manda al Teniente Coronel a buscar a un médico que le había dado una pócima para ralentizar el proceso de pérdida de la vista y como no lo encuentra, se suicida para no llevarle esa mala noticia a Su Excelencia.

Uno de los grandes negocios del gobierno era el bingo, pues a los padres del presidente les encantaba y aumentó de modo desorbitante el número de miembros y por tanto las ganancias del Estado, es decir, del Presidente.

Adopta medidas como las de Trujillo, además de la megalomanía explícita, para conquistar a los caciques que aún existían, va a los campos a apadrinar a todos los niños –de hecho, cuando nacía un niño se le daba a la madre una dotación económica, que le comprometía a que fuera apadrinado por el Presidente- y así lo hizo. La madre le dice: “en nuestro países el conspirar contra su compadre está considerado como una cosa maligna” (pág. 93), por lo que se convertirá en el compadre más amado y querido de la humanidad.

En cuanto a su relación con la Iglesia será muy buena en un principio, e incluso el Papa le concederá la “la orden de San Gregoria Magno”, máximo galardón de la Iglesia:

[...] el Papa conmovido y agradecido por las múltiples obras cristianas tanto morales como materiales que Su Excelencia ha hecho en el país y por la prioridad que usted le ha dado a nuestro templos y por la garantía que usted le ofrece a la expansión de la religión cristiana en este continente tan dado a las revoluciones me ha enviado donde usted para invitarlo a que asista mañana a una ceremonia que el Santo Padre celebrará en el Vaticano en su honor (pág. 123).

Y él se ve en sus visiones como Jesucristo: “se vio clavado en una cruz más larga que la tierra” (pág. 147). Más tarde, tal y como pasa con Trujillo, le retira el apoyo: “nuestra Iglesia ve con pena el trato despiadado e inhumano que está recibiendo la población cristiana” (pág. 191) y le pide que finalicen las persecuciones políticas y que el sistema carcelario fuera menos cruento. El Presidente reacciona impetuosamente y se propone encontrar “las debilidades de los sacerdotes para ponerlos en su sitio” (pág. 192). Atenta contra un avión que trasladaba a gran cantidad de curas y estalla. El Presidente negará su intervención en el acto y ante la prensa y su pueblo se lamentará del incidente, decreta tres días de duelo nacional, hace un monumento a las víctimas y manda construir “noventa iglesias más con campanas de oro”.

También se presenta como un aficionado al esoterismo y a los “métodos nigrománticos”: presiente que su enfermedad, “las tinieblas lo acompañarían eternamente y que esto no es cuestión de médicos ni de enfermedades de la vista sino de algo misterioso cuyas raíces sólo podrá encontrarlas algún sabio hechicero” (pág. 133-134). En uno de los pasajes, manda a buscar una gitana para que lo ayude y ésta le dice que el problema que tiene en la vista es porque hay enterrado en Palacio “un muñeco enorme con dos alfileres clavados en los ojos”. Un muñeco de color negro que puso el presidente que él derrocó, ordenó que encontraran de cualquier forma el objeto de su desidia, y al no hacerlo, llegó a pensar que la madre está en connivencia con esa gitana “para lograr fines malévolos”.

La relación con los Estados Unidos viene simbolizada en la figura del Embajador, al que El Presidente pide ayuda en momentos claves y al que le debe todo y actúa como vasallo: “si el gobierno del señor Embajador se entera de que la vista vuelve a fallarme es capaz de retirarme su apoyo económico- militar- técnico” (pág. 135). Le pide ayuda para evitar una guerra civil y que les envíen “tanques-bombas-aviones y los soldados de su ejército invencible”. El Embajador pone ciertos reparos, pues arguye que “el mundo ha fustigado nuestras intervenciones en las guerras anteriores” (pág. 146). El Presidente le implora y habla de la política norteamericana en los siguientes términos: “hablar de paz de democracia de justicia y de las acciones caritativas que hace su país en los pueblos que como el nuestro anhelan verse arropados por su hermosa bandera” (pág. 146). Le ofrece entonces acciones en empresas estatales y compran varias playas para fines turísticos; la famosa “venta del mar” a la que alude García Márquez y que fue llevada a cabo por Lilís:

[...] el Presidente estaba en la mejor disposición de hacer lo indecible con tal de complacer al señor Embajador porque si ellos se van de nuestro país no podremos seguir recibiendo los frutos incomparables de su prestigiosa técnica ni la garantía de nuestro status quo (pág. 219).

Una de las escenas recuerda especialmente a la trama y al tratamiento del realismo mágico de *Otoño del Patriarca*: el Presidente “tras mirar el cielo abre la boca y empieza a triturar el agua con sus dientes embotados porque para que el agua del cielo alimente hay que triturarla bien” (pág. 97) y piensa “que este es el momento en que la lluvia vendrá preñada de leche para pintar los cuerpos de los negros –mulatos-mestizos” (pág. 98) y sale volando. Durante este diluvio, el pueblo ve la oportunidad de ver el palacio por dentro, movido por la curiosidad de acceder a un recinto mitificado, como la mansión del Patriarca:

Porque tó nojotro queríamos ver el Palasio por dentro y que esta era su único oportunidad de conocerlo bien y contemplar las vajillas de oro los sillones acolchados de zafiros las lámparas celestiales los pasillos pulidos con cera vegetal las alfombras centenarias (pág. 103).

La mitificación y la sobrenaturalidad del Presidente es un hecho:

ahora haré la proeza más grande de mi vida y que de esa forma le demostraré a Tarzán el hombre que yo soy y que cruzará la ciudad caminando sobre este cable sin pértiga ni nada desnudo como Adonis [...] el Teniente Coronel oyó el bullicio fanático de las multitudes cristianas aplaudiendo al Presidente y asegurando que él era el mejor equilibrista del mundo (pág. 109).

Domina la Naturaleza como más tarde lo hará Sombra Castañeda y Mandinga: “el primer mandatario de la nación permitió que el viento meciera su cuerpo y le cantara duerme duerme duerme Presidente duerme que yo te quiero que yo te amo que yo te cuido” (pág. 179).

La “soledad” es otro rasgo de “El Presidente también” que arranca desde su infancia, cuando su padre le elegía los amigos, y ésta va recrudeciendo su carácter y convirtiéndole en un ser mefistofélico, que llega incluso a matar al médico que ha de

operarle porque no quiere y, con un cinismo atronador, más tarde “puso la bandera a media asta y le ordenó al Congreso que decretara tres días de duelo nacional” (pág. 49). Y es que nuestro dictador afirma que la culpa de sus males y las penurias de su gobierno es del pueblo:

[...] ellos eran malos y pecaban más que Satanás y que el egoísmo los aplastará a todos ustedes porque solamente piensan en el hambre en las enfermedades en buscar trabajo y se olvidan del Presidente a quien deben glorificar más que a todos los santos y que debían de (sic) tener presente que él es el hijo del tiempo infinito la encarnación de los césares el representante continental de los milagros auríferos (pág. 167).

Cuando el pueblo en cambio, le ayuda y se pone de su parte, decreta una “semana de descanso y de regocijo nacional”, en la que nadie trabajaría: “la prensa internacional se hizo eco de estas fascinantes medidas y todos los periódicos del anillo democrático comentaron que nunca antes había un pueblo gozado de tanta libertad” (pag. 184).

Por último es conveniente hacer hincapié en la descripción física del Presidente: extremadamente delgado, con ciertos gestos femeninos y una “voz de chivo”. Nació raquítico y por ello tenía una obsesión con Tarzán – grita como él-y su fortaleza, porque era débil, “flaquito –chiquito”; y aquí reside la razón de una de sus grandes frustraciones:

[...] un ser tan diminuto y débil que todavía siendo un hombrecito se orinaba y hacía cacá en la cama y yo tenía que limpiarte tres veces al día y lo hacía con amor porque su esposo la había convencido de que él nació para que la humanidad lo limpie lo adule lo idolatre y que no importaba que siguiera haciéndose cacá porque esa cacá es símbolo de la fecundidad de su inteligencia (pág. 232).

En las últimas líneas de la novela -que no tiene un final cerrado que ha de responder a una concepción cíclica de las dictaduras) se apunta su “muerte definitiva”:

[..]las tinieblas le concedieron al Presidente treinta segundos de vista para que viera por última vez a sus padres y al señor Embajador colgados de la torre del Panteón Nacional y a los generales-coroneles-capitanes-etcétera-etcétera de su ejército republicano abrasados por las llamas ya que los trabajadores le prendieron fuego al país (pág. 239).

El anacronismo vertebró la obra y es el que estructura y da sentido al texto: no sólo referido a la mezcla indiscriminada de alusiones culturales o referencias a diferentes momentos históricos, sino los mismos personajes históricos, que se desplazan a contextos que no les corresponden o utilizan un lenguaje que no se adecua a su categoría histórica. También utiliza características de la novela histórica contemporánea, pues pone en tela de juicio los mecanismos de escritura (no existe la puntuación), es hipertextual (reescribe textos anteriores: crónicas, etc), continúa irrupción de la trama con digresiones informativas, discurso descriptivo, distorsión de citas; anulación de la distancia entre presente y pasado, etc.

III.2.4. LA EXPERIMENTACIÓN LITERARIA AL SERVICIO DEL TRUJILLATO

Una buena porción de los escritores del trujillato del sesenta y del setenta, se valdrán de las posibilidades de la experimentación estética y de los parámetros de la novela psicológica para darle forma al trujillato y reflejar también en el plano formal, los efectos de la tiranía. Por ejemplo, el proceder literario de Veloz Maggiolo recuerda a esa prosa irracional de raigambre experimental, con multiplicación de “planos mentales bajando estadios desde la oscuridad del subconsciente hasta la cegadora luz del conocimiento”⁵⁴². El trujillato deviene en locura, en escritura irracional e ilógica:

Yo digo que mi almohada tiene sentimientos socialistas, sí, es una almohada justa, una almohada que sufre cuando alguien se cae al mar, cuando alguien es asesinado o muere en las montañas peleando contra el gobierno. El dolor suave de sus plumas también habla, dice que siente las palabras pronunciadas por el bacín que vive debajo de mi cama. En él escupo y orino, pero no sabía que protestase de mis actos hasta que el rumor de la almohada me penetró haciéndomelo saber (Los ángeles de hueso, pág. 13).

Los ángeles de hueso, como ya quedó anunciado con anterioridad, encarna la primera incursión, los primeros escauceos del novelista y por ende, del panorama literario dominicano, en el terreno de la experimentación y la modernidad literaria. El narrador-protagonista de la obra, un estudiante joven en el Santo Domingo del post-trujillato, nos relata en primera persona la tragedia que supone perder a su hermano Juan en Manaclas, que le llevará a la locura, y una serie de episodios aislados que sellan indefectiblemente su aciaga existencia. Asistimos a la introspección novelística – precipitada, rauda y vertiginosa- en el universo psicológico de un individuo desequilibrado que tiene su correlato en una narración de esta misma índole: es decir, demente, rápida, abigarrada, repetitiva -en ocasiones incluso con ausencia de puntuación- y cargada de frases inconexas o incomprensibles. Para lograrlo, Maggiolo se vale de varias herramientas literarias que consiguen esta precipitación de imágenes, pensamientos y acciones; y una de ellas es la que Sharron Keefe Ugalde había de

⁵⁴² Manuel Rueda, “La presencia del dictador...”, *op. cit.*, pág. 140.

reconocer en uno de los pocos espacios que la crítica le ha dedicado a esta no desdeñable novela del dominicano, al margen de alguna que otra reseña o mención aislada: “La técnica de *stream of consciousness* (que) permite la entrada al mundo de la locura, donde no existen divisiones entre el pasado y el presente ni entre lo real y lo imaginario”⁵⁴³. De hecho el narrador es “consciente” de su locura y de que ésta hace mella en la escritura del texto: “mi locura es una larga carcajada que termina en el colofón” (pág. 7)⁵⁴⁴. Incluso va más allá, pues da constancia en reiteradas ocasiones de que esa locura no es tal y de que en realidad el único cuerdo es él, tal y como señala Keefe Ugalde en el texto citado: “No comprenden que soy un ser más normal que los demás y que por eso parezco anormal” (pág. 59), o nos encontramos también con la siguiente afirmación: “Dicen que está loco y no es cierto, está sano, como yo, que no tengo más alternativa que sufrir”. De esta forma, en la novela el “loco” es un ser acendrado, es el “normal” y por tanto, el que verdaderamente sufre y padece porque es el único que percibe la fatua realidad.

Igualmente, hay que advertir la presencia de *leitmotifs*⁵⁴⁵ en el texto, la cual otorga cierta unidad, coherencia y significación al discurso, salvando al lector de ser devorado por una turbonada de imágenes, sinestesias, símbolos, repeticiones, a veces arbitrarias, otras no, de palabras etc. Así: la historia de Farina – la cual pierde a su hijo estando embarazada, secuestra a un recién nacido y se suicida en el mar- sería uno de esos *leitmotifs* y simbolizaría la injusticia humana; *Nexus 16*; el cáncer de su profesor; la descomposición del cuerpo de su hermano Juan y la imagen recurrente del águila dibujada en los helicópteros estadounidenses: “alrededor vuelan helicópteros norteamericanos con un sello en forma de águila” (pág. 40) y continúa más adelante: “la majestuosa figura del águila fue símbolo del poder y de la fuerza” (pág. 42). Este

⁵⁴³ “Veloz Maggiolo y la narrativa de dictador/dicatura: perspectivas dominicanas e innovaciones”, *cit.*, pág. 135.

⁵⁴⁴ Más adelante aparece la misma idea más desarrollada: “Mis memorias son una gran carcajada que se inicia en la primera línea y que termina en el colofón. Podrán comenzar esta novela por la mitad, podrán comenzarla por la página final, no importa, lo importante es que alguien diga algo que refleje el sufrimiento de los demás” (pág. 36). Veloz Maggiolo equipara los términos “locura” y “memorias” y así sus memorias son producto de su locura y son una larga “carcajada” porque el protagonista dice reirse de los lectores. Esta llamada de atención al lector y este hacerle partícipe del proceso de escritura es un lugar común en la novelística de Veloz Maggiolo, como tendremos ocasión de comprobar en las obras incluidas en este estudio.

⁵⁴⁵ En este punto suscribo parte de las ideas expuestas por Sharon Keefe Ugalde en el artículo citado, aunque mi enfoque es distinto.

último *Leitmotiv* encierra a su vez una crítica cerval a la presencia estadounidense en la isla y a su política exterior, no sólo en lo que atañe a la República Dominicana, sino al resto de naciones latinoamericanas. Una irracionalidad que viene a simbolizar la herida profunda, indeleble, que el gobierno trujillista y sus abusos han producido no sólo en el colectivo dominicano, sino en la mente zaherida del protagonista. Esta lesión se extiende a los objetos inertes que le rodean, que también son lacerados por estas causas y por otras “injusticias” ecuménicas: Colón y su tránsito por la isla, la intervención de 1916 de Estados Unidos en el país, etc.

Otra novela de Maggiolo, *De abril en adelante*, introduce una importante renovación técnica en el panorama literario dominicano del momento: monólogo interior, uso de segunda persona, palabras escritas al revés “¡Al arreug!”, etc. La novela es presentada al lector como un compendio de páginas escritas sin razón; un material que existía “porque sí”, compuesto por “antitemas”, que son el reflejo de la “antivida”, esquemas de los capítulos, e incluso hallamos diferente numeración de páginas en varias de las partes tituladas: “Infracapítulo”. De forma Marcio, como he señalado, se cuestiona el procedimiento escritural.

Pisar los dedos de Dios se enmarca también en el cerco de la experimentación y de la estética del “boom” latinoamericano, amén del uso de un abanico de técnicas literarias y paraliterarias: inserción de diálogos en la narración sin la distinción formal característica de estos, uso de mayúsculas –como en *De abril en adelante*–, monólogos interiores, introducción de dibujos y notas que se escribían los estudiantes: por ejemplo en un capítulo titulado “Escrito en la pared”, leemos: “Fórmula: si vuelas, Paloma, te rompo un ala, y si no vuelas, también” (pág. 41), etc. Hay que reseñar que el discurso de Mateo está cargado de lirismo: “Me sorprendí mirando un caballito que trotaba muy cerca de la lucha, hecho de jirones de nubes” y que el análisis formal de ésta orilla en la incursión de la misma en lo que se conoce como “novela psicológica” y, como apunta Maggiolo, se yergue como “la primera novela dominicana hecha desde un punto de vista totalmente psicológico” (*Pisar los dedos de Dios*, pág. 6). Este tratamiento en el texto literario ya aparecía en *Los ángeles de hueso* y aún más elaborado en *Los algarrobos también sueñan*, aunque el desarrollo completo llega con esta producción, a la que seguirá *La telaraña* de Valdez.

Capítulo III:

DEL SENTIMIENTO PESIMISTA DE LA VIDA

(1980-1989)

III.1. SINOPSIS DE LA REALIDAD POLÍTICA DOMINICANA DE LOS OCHENTA

El PRD gobernará durante buena parte de la década de los ochenta. Sus dos gobiernos fueron sucesivos, de 1978 a 1982 –Antonio Guzmán como Presidente- y de 1982 a 1986, con Jorge Blanco a la cabeza: logró crear un clima político donde primaba la tolerancia, la libertad y la defensa de los derechos políticos básicos. No obstante, esta década se va a caracterizar principalmente por la profunda crisis económica que asola al país en los primeros años de la misma, que impidió que el gobierno perredeísta pudiese llevar a cabo su promesa de redistribución de la riqueza. Así lo expresa Rosario Espinal: “En el contexto de deterioro económico de la época, la percepción en incremento de la corrupción gubernamental y las luchas faccionalistas en el PRD, produjeron desconcierto y descontento en la población dominicana”⁵⁴⁶. Pero también se producirá la corrupción.

*Estas inestabilidades políticas y el fracaso económico que incluye la derregularización de la moneda nacional, que hasta la presidencia de Blanco se equiparaba con el valor del dólar, la reducción del precio mundial del azúcar, la pérdida de favorecimiento durante el gobierno de Reagan, han contribuido al a incertidumbre e inseguridad económica*⁵⁴⁷

Esto provocó que el PRD fuera perdiendo el apoyo popular a lo largo de sus dos mandatos, lo que finalmente desembocó en el triunfo electoral de Balaguer en 1986, líder del Partido Reformista –PR- que pasó a llamarse Partido Reformista Social Cristiano –PRSC- a partir de esta fecha. De esta manera, y tal como CONSIGNA en su artículo Espinal, el panorama político dominicano quedó dividido en tres bloques: el PRD, con Peña Gómez a la cabeza, Balaguer y su PRSC y el PLD con Juan Bosch como figura central. Rosario Espinal sostiene que “A pesar del peso del liderazgo personalista, estos partidos se constituyeron en entidades políticas fuertes y estables, que han contribuido a mantener el régimen democrático”⁵⁴⁸. No obstante, dicho personalismo en

⁵⁴⁶ Rosario Espinal, *op. cit.*, pág. 2.

⁵⁴⁷ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 32.

⁵⁴⁸ *Ibid.*, pág. 3.

el liderazgo, sigue diciendo la autora, ha mermado y quebrantado el proceso democrático dominicano, al igual que la práctica del clientelismo que en un principio era vinculada con el PRSC y que luego fue adoptada paulatinamente por el PRD y el PLD.

La llegada al gobierno de Balaguer de nuevo originó ciertas inseguridades en la población, temerosa de un nuevo estadio político autoritario y de la consiguiente pérdida de las libertades públicas que se habían conquistado en los doce años anteriores. No fue así, y Balaguer propició y conservó estas libertades –demostrando su capacidad camaleónica de adaptación a los nuevos tiempos- aunque el fraude electoral volvió a ser un hecho en la cúpula política de la República Dominicana. Los dos últimos años de esta década se caracterizaron por la aparición constante de movilizaciones populares por cuestiones políticas y sociales, pues “La corrupción se multiplicó y concluyó quebrando todo el patrimonio empresarial del Estado, hasta la Lotería Nacional, en dos ocasiones”⁵⁴⁹ ya en la década de los noventa.

III.2. EL HORIZONTE LITERARIO: ANCLAJES PASADOS Y NUEVAS PERSPECTIVAS DE FUTURO

A partir de la década de los setenta vimos que se produjo una revelación literaria que modificará de forma sustancial la literatura dominicana tanto el plano formal, como en el plano del contenido. Uno de los puntos álgidos de este nuevo camino que emprende las letras quisqueyanas se alcanza en los años ochenta. Aparecen nuevos escritores que intentan hacerse un lugar en el panorama literario nacional, dominado por figuras consagradas dominicanas tanto en la esfera de la poesía como en la de la narrativa. A mediados de los setenta, aparece un grupo de poetas y cuentistas que consolidarán su carrera sobre todo en los ochenta, fecha de publicación de sus textos. Así tenemos a algunos que conformaron el Colectivo de Escritores “...Y Punto”, todos relacionados con el ámbito de la publicidad: como Raúl Bartolomé, René Rodríguez Soriano y Pedro Pablo Fernández, entre otros. La narrativa corta seguirá siendo uno de

⁵⁴⁹ Juan Bolívar Díaz, *op. cit.*

los géneros más cultivados y encontrará un basamento importante en el concurso de cuentos de “Casa de Teatro” –se venía celebrando desde mediados de 1974- que servirá de plataforma de lanzamiento para muchos narradores. Desde esta fecha, mediados de los setenta, asistiremos a un “boom” de la narrativa corta dominicana que se mantendrá estable hasta la década de los noventa. De esto modo, en los ochenta surgen cuentistas de la talla de Reynaldo Disla, Miguel D. Mena, Juan Manuel Prida Busto, etc. No obstante hay que precisar que el género que más se cultiva en este decenio es el lírico, surgiendo una nueva generación de escritores donde ocupan un lugar preeminente las mujeres. Sus postulados son opuestos a los de la década anterior y abogan por una mirada intimista: destaca José Mármol, Adrián Javier, Tomás Castro, Ángela Hernández, Carmen Sánchez, Martha Rivera, etc.

Pero este decenio “fue escenario en el que también surgieron narradores, ensayistas y dramaturgos de apreciable calidad”⁵⁵⁰, por lo que –a decir de Miguel Collado- no sólo se ha de resaltar la vertiente poética. Collado habla de una suerte de “literatura dominicana ochentista” que sitúa entre 1975 y 1990, es decir, cinco años antes de lo que yo lo he hecho, como continuación del periodo histórico que aglutina a la Generación del 60 (1960-1975). Yo no considero esta cronología pertinente para el caso específico del trujillato, y creo que el fenómeno del trujillato como discurso literario en los ochenta comienza ese mismo año de la mano de una novela magna: *Sólo cenizas hallarás (Bolero)* de Pedro Vergés, en la que el discurso novelístico dominicano experimenta un importante salto cualitativo; además de que el cambio de gobierno a finales de los setenta, con Balaguer desbancado del sillón presidencial, propicia un nuevo enfoque del trujillato: la vuelta de la “novela trujillista”. Y es que en los ochenta se editan las novelas que catapultarán la narrativa dominicana hacia el siglo XX –tal y como expresa Doris Sommer con respecto a *Cuando amaban las tierras comuneras* de Pedro Mir- y hacia el círculo de la producción narrativa del continente hispanoamericano. La inserción comenzó con *De abril en delante* de Veloz Maggiolo ya en 1975 como hemos enunciado, pero en 1980 la obra mencionada de Vergés recibirá el premio de la crítica, y en 1981 *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, de Veloz Maggiolo y *Currículum (El síndrome de la visa)* de Efraím Castillo, serán las que terminarán de aquilatar el discurso novelístico dominicano: ambas recibirán sendos premios. Rei Berroa también resalta la importancia de la novela de Mir, por encima de

⁵⁵⁰ Miguel Collado, *op. cit.*, pág. 80.

todas, y señala que su éxito reside “en haber indicado el camino para la narrativa de los años ochenta”⁵⁵¹ y en presentar el pasado sin rechazar el presente, haciendo de la historia “un paradigma para el presente”.

De todos modos, aunque el rechazo al presente no sea radical, sí existe un posicionamiento crítico por parte de algunos escritores con respecto al imperialismo estadounidense –y la situación neocolonial que vive la isla tras la implementación del capitalismo como modelo económico⁵⁵². Esta crítica incisiva al presente inmediato, es consecuencia de la profunda crisis que vive la República Dominicana: tras la retórica de la revolución o el cambio, la retórica de la crisis. Entonces, “El intelectual de los 80, resiste a la uniformidad, a toda forma de corporativización, sin izquierda ni derechas, afortunadamente exiliado, por voluntad o por obligación, de los centros del poder, se enfrenta desencantado a la cotidianidad, único espacio desde donde podrá realizar su obra, sin adjetivos ni grandilocuencias, y desde donde podrá mirarse a sí mismo y a lo otro”⁵⁵³.

En 1985 los intelectuales dominicanos realizaron una evaluación del estado de la cultura, donde el pesimismo ante la situación literaria fue la tónica general, pues “En la mayoría de los casos la literatura de esos veinticinco años ha respondido concomitantemente a la realidad político-histórica”⁵⁵⁴. Se llegó a la conclusión de que el esfuerzo “emancipativo” que la novela dominicana hizo en ese último cuarto de siglo fue fallido. En los ochenta se hace latente el decaimiento de la producción cultural, que “estuvo ligado a una acrecentada incertidumbre en cuanto a la dirección política del país junto con una economía sumamente endeudada y debilitada”⁵⁵⁵, como he adelantado en la breve recensión histórica. A esto se suma la “falta de identidad” y otras carencias que habían de definir al dominicano como un ser profundamente colonizado, enajenado, desposeído de su “conciencia” de dominicano.

⁵⁵¹ Rei Berroa, “Recordar para vivir: historia, alegoría y dialéctica en la crónica de Pedro Mir” en *Revista Iberoamericana*, 142, 1988, págs. 27-51., pág. 30.

⁵⁵² Una crítica a esta situación la encontramos ya en las páginas de *Over*.

⁵⁵³ Soledad Álvarez, “A propósito de un diálogo sobre las generaciones” en *Debate sobre las generaciones*, *op. cit.*, pág. 105.

⁵⁵⁴ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 1.

⁵⁵⁵ *Ibid.*, pág. 3.

Una vez introducido el resumen del contexto histórico y de las circunstancias paraliterarias que envolvieron la novelística de los ochenta, pasaré a analizar la magnitud o intensidad de la presencia del fenómeno del trujillato en el discurso literario producido en esta década. Así, este decenio constituye la segunda fase del fenómeno de invocación del trujillato y su análisis político, en el que se observa un índice de giro hacia la dirección testimonial, que no aloja sentido estético y se instala más bien en la proclama; que desde 1965 se venía gestando. De este modo, hay que consignar en este capítulo la existencias de “novelas de testimonio”, en las que el autor –caso, por ejemplo de *Anónimos contra el jefe*⁵⁵⁶, para salvaguardar su inteligibilidad y efectividad receptiva, asumirá una escritura objetiva donde prevalece la claridad conceptual y la sencillez expositiva a través de un “yo-personaje narrador”.

En la década de los ochenta el cartapacio de novelas del trujillato no se revela compacto, y es cuando encontramos mayor divergencia en los planteamientos estéticos abordados para enfrentar la dictadura: por un lado, tenemos la militancia de dos novelistas en los supuestos del “realismo mágico” (Veloz Maggiolo con *La biografía difusa de Sombra Castañeda*⁵⁵⁷ y Rivera Aybar con *El reino de Mandinga*⁵⁵⁸) y de la Nueva Novela Histórica; otros invocan el trujillato en la misma línea estética y temática que prodigaban los novelistas de la década de los setenta: *La telaraña*⁵⁵⁹ es la consolidación de la novela psicológica –ya antes puesta en práctica en este tipo de discurso por Veloz Maggiolo con *Los ángeles de hueso-*, Andrés L. Mateo con *Pisar los dedos de Dios* y Virgilio Díaz Grullón con *Los algarrobos también sueñan-* en la que Diógenes Valdez sigue cabalmente los parámetros de este tipo de discurso: acción mínima, largos períodos dedicados a la introspección y el discurrir del pensamiento –materializados en extensos monólogos interiores- de un protagonista que se asemeja a los personajes atormentados y destruidos de Mauriac⁵⁶⁰.

⁵⁵⁶ Jaime Lucero Vásquez, *Anónimos contra el jefe*, Santo Domingo, Taller, 1987.

⁵⁵⁷ Marcio Veloz Maggiolo, *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Santo Domingo, Taller, 1984.

⁵⁵⁸ Ricardo Rivera Aybar, *El reino de Mandinga*, Santo Domingo, Ediciones Librería La Trinitaria, 1999. La primera edición es de 1985.

⁵⁵⁹ Diógenes Valdez, *La telaraña*, Santo Domingo, Taller, 1980. Las citas extraídas de la novela corresponden a esta edición y se anotarán únicamente con el número de página.

⁵⁶⁰ “Yo quiero poder hacer un análisis tranquilo de la pena. Hacerle una autopsia. Definirla patológicamente, pero la pena no tiene cuerpo. Es apenas un fuego pequeñito que se enciende en el estómago, cuyo calor no sube a la garganta quemando el aire que encuentra a su paso. Entonces no podemos respirar y todo se nos vuelve una operación difícil. Este fuego oscurece la vista. No es posible

Por otro lado, el vector creativo de Maggiolo resurge con fuerza en el panorama novelístico tras el *impasse* de *Biografía difusa de Sombra Castañeda*, con *Materia Prima*⁵⁶¹ donde el autor ilustra el proceso de gestación de una novela a varias manos, como ya vimos en *De abril en adelante*. Veloz Maggiolo en esta novela suscribe sin reservas un planteamiento del proceso de creación literaria que se plantea desde el mismo subtítulo de la obra: “Protonovela”: algo anterior –un conjunto de materiales, de “materia prima”- a la novela, una serie de “notas” tomadas durante largo tiempo. Ramón Francisco lo explica: “*Materia prima* es, en primer lugar, un relato acerca de las inquietudes de un escritor cuando está frente a sus materiales. Inquietudes éticas, estéticas, morales, sociales, políticas, etc.”⁵⁶², cuya escritura exige la participación activa del lector, que ha de terminar la novela.

*Sólo cenizas hallarás*⁵⁶³ y *Currículum (El síndrome de la visa)*⁵⁶⁴ tratan episódicamente el trujillato y se concentran en el plasmación del pesimismo imperante en la isla, el cuestionamiento de la trayectoria política dominicana y el debate sobre el sentimiento anti-imperialista, producto de la búsqueda de la conformación sólida de la identidad dominicana y de su nación. Es decir, en palabras de Leopoldo Zea, se trataría de un nacionalismo “defensivo”:

*El imperialismo como expresión de intereses económicos que se niegan a detener la expansión para permitir el desarrollo de otros pueblos. Frente a este imperialismo surge el nacionalismo de los pueblos latinoamericanos que ponen barreras a esa expansión y buscan su propio desarrollo. El anti-imperialismo es por lo tanto símbolo de esa resistencia y de la lucha que realizan los pueblos latinoamericanos para ser semejantes a las grandes naciones occidentales*⁵⁶⁵.

ver lo que hay afuera ni lo que existe dentro. Hay que volver la mirada. Sólo la claridad pare sombras. La oscuridad es una sola sombra [...] La oscuridad es triste y ella lo sabe.” (pág. 51)

⁵⁶¹ Marcio Veloz Maggiolo, *Materia Prima. Protonovela*, Santo Domingo, Taller, 1988.

⁵⁶² Ramón Francisco, “*Materia Prima*” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras*, op. cit., pág. 100.

⁵⁶³ Pedro Vergés, *Sólo cenizas hallarás (bolero)*, Barcelona, Ediciones Destino, 1981. La primera edición es de 1980, aunque manejaré esta otra y seguiré el mismo patrón de citas usado hasta ahora.

⁵⁶⁴ Efraim Castillo, *Currículum (El síndrome de la visa)*, Santo Domingo, Taller, 1982. Las anotaciones del texto corresponden a esta edición, y el sistema de citas será el utilizado hasta el momento.

⁵⁶⁵ Leopoldo Zea, *La esencia de lo americano*, Buenos Aires, Pleamar, 1971, pág. 168.

Una apuesta por el análisis histórico desde otro enfoque es la escritura del binomio: *La biografía difusa de Sombra Castañeda* y *El Reino de Mandinga*. Ambas se erigen como los ejemplos más nítidos en la historia de las letras dominicanas de la puesta en práctica de la “novela del dictador” y de las premisas de la Nueva Novela Histórica. En ellas, también se emboza una actitud pesimista, una idea de la historia dominicana circular, repetitiva que produce una frustración hercúlea en el quisqueyano.

Por último, estudiaré una tríada de novelas trujillistas que se publican en el primer lustro de la década y que comparten la reproducción nítida de la retórica trujillista al igual que la reivindicación del pasado dictatorial.

III. 2. 1. LA VINDICACIÓN DEL TRUJILLISMO

En el primer lustro de los ochenta, tal y como he anunciado, van a aparecer novelas de innegable ascendencia trujillista, cuyo firme posicionamiento ideológico quizás tiene su más conspicua explicación en la profunda crisis social y política del país.

Se trata de las únicas “novelas trujillistas” –del corpus que he seleccionado– publicadas después del tiranicidio. No es casual que precisamente éstas se editen tras la finalización del gobierno de Balaguer y durante el mandato del PRD, pues esta lectura positiva del trujillato que proponen comportan la nota disonante dentro uniformidad de publicaciones de estas décadas, basada en el desdén sobre la tiranía y en el señalamiento de los efectos ultranegativos de ésta. Pienso que dichas redacciones responden a una vindicación necesaria del trujillismo, que ha perdido a su principal baluarte, Balaguer, de la escena política, poniendo en peligro la pervivencia del neotrujillismo y la representación en el poder de una porción de peso de la sociedad dominicana. De esta forma, vendrían a rescatar la imagen de Trujillo a veinte años de su desaparición física, incidiendo en los valores positivos de su mandato que pone en evidencia la precaria situación económica y política que vive en esos momentos la República Dominicana. Así, esa “retórica de la crisis” de la que he hablado adopta diferentes formas: la crítica ácida al presente, como consecuencia del pasado trujillista; y también la reclamación del pasado dictatorial como evidente mejor modo de gobierno: menos índice de criminalidad, mayor seguridad, bienestar económico, etc. Estas novelas van a reproducir

la ideología trujillista con sus consabidos antihaitianismo, hispanismo y anticomunismo y van a sacar al dictador a la palestra, dándole voz y sumergiéndose –muy superficialmente- en las sirtes de su consciencia, ya que se pretende humanizar al tirano y devolverle el protagonismo literario que se le había negado las décadas anteriores.

Pero vayamos por partes, pues las tres novelas que representan positivamente el trujillismo son muy dispares: por un lado tenemos *Medalaganario*⁵⁶⁶, que es la presentación de una suerte de biografía del padre del autor, Bienvenido Gimbernard, un impresor que estuvo poco tiempo al servicio de Trujillo y obtuvo favores del tirano, aunque no participó de los crímenes y torturas típicas del régimen. Por otro, *La noche que Trujillo volvió*⁵⁶⁷, escrita por el hijo de un afamado trujillista que devuelve a la vida a Trujillo para poner de manifiesto la hipocresía de los que renegaron de él tras su muerte. Y por último, *La noche de Trujillo. Relato de un magnicidio*⁵⁶⁸, escrita por Emilio de la Cruz Hermosilla, un español que visitó Ciudad Trujillo durante la dictadura y apoyó el régimen. La intención del autor es desmitificar a los conjurados –que son presentados como una caterva de “traidores” que gozaron de la generosidad del jefe y que más tarde participaron en su asesinato movidos por el rencor personal- y resaltar la participación activa de los Estados Unidos y de Betancourt en el tiranicidio. No obstante, en las tres aparece Trujillo en la narración, aunque en *Medalaganario* de un modo secundario, pues apenas entra a escena en dos ocasiones.

III.2.1.1. MEDALAGANARIO O LA PASIÓN POR UN DICTADOR

Bienvenido Gimbernard es descrito como una persona excéntrica que amó hasta la extenuación su oficio, de talante monolítico -no aceptaba “interrupciones ni contradicciones”, y con cierta intuición para las tragedias. El narrador va haciendo un análisis de los episodios de historia política dominicana que vivió el protagonista: la dictadura de Ulises Heureaux –“un mulato de finos modales para unos y un negro

⁵⁶⁶ Jacinto Gimbernard, *Medalaganario*, Santo Domingo, Taller, 1995. La primera edición es de 1980 y esta última está aumentada. Las referencias al texto las anotaré con el número de página correspondiente a la citada edición.

⁵⁶⁷ Aliro Paulino Hijo, *La noche que Trujillo volvió*, Santo Domingo, Corripio, 1982.

⁵⁶⁸ Emilio de la Cruz Hermosilla, *La noche de Trujillo. Relato de un magnicidio*, Barcelona, Planeta, 1980.

endemoniado para otros”- que se valía de la práctica del fusilamiento para lograr la solidez y la vigencia de su gobierno, pero esos martirios y ejecuciones no eran experiencias inéditas en la isla, sólo lo era la condición pérfida de ese dictador. La imagen pesimista de la trayectoria política de la República Dominicana se vuelve a repetir en esta obra, pero se despliega como contraste con el trujillato, incurriendo así en la exaltación de etapa histórica. Por ejemplo, tras pasar una temporada en Puerto Rico y en Cuba, Bienvenido regresa a su patria y describe el estado en el que se encuentra la isla, antes de Trujillo:

Todo estaba igual. Pero oprimía el pecho el descubrimiento de que Santo Domingo era una pobre aldea. Los vestigios coloniales estaban deprimentemente llenos de basura y miseria. El gran Palacio colonial era el Alcázar de Colón, una ruina asquerosa con el suelo hediondo a orina y excremento. Las iglesias, qué pobres y pequeñas. La gente, qué floja y desnutrida.-¡ Dios mío, qué pobres somos, qué inválidos! (pág. 71).

La delineación socio-económica del país, viene seguida de la alusión a la política imperante en ese momento, hondamente caótica: disputas entre jimenistas, velazquistas y horacistas, la vigencia del lastre de guerras civiles, extremado clima de violencia y un recién instalado presidente Bordas, etc. A partir de este momento, Bienvenido Gimbernard comienza a interesarse más por la política –“que enloquecía a los dominicanos” y –“era, por tradición, un desastre” (pág. 26) y llega a afirmar:

-Sólo un gobierno fuerte, un jefe con cojones, puede enderezar el rumbo del país –decía Bienvenido-. Se necesita disciplina cívica y con palabritas y exhortaciones pendejas no se consigue nada. ¿Qué nos vendrá arriba por este camino? ¿Qué acaben con el país como acabaron con el Cine Vargas? (pág. 76).

Ese autoritarismo vendrá con Trujillo, porque para el protagonista es lo que le hacía falta al pueblo. Durante su estancia en Puerto Rico, le comentan:

Es que los dominicanos sois indomables, indomables, sí señor. ¡Esa es la indómita! No hay gobernante que os refrene esos impulsos violentos. Me gusta, estuve allí quince días... (pág. 48).

O más adelante, en una conversación que mantiene con Jacinto R. De Castro -abogado y político acrisolado- que le ayuda en la instalación de la imprenta, el cual apela a la necesidad de educación y civilización en la media isla; un discurso que sigue la línea del anterior:

Sí, pero la educación hay que hacerla entrar forzando una disciplina cívica, y forzar es hacer fuerza, y para hacer fuerza hay que tenerla, y para tenerla es necesario un líder, y un líder no puede ser ni lucir flojo. Se admira la fuerza, en una forma o en otra, pero siempre la fuerza. En el estado en que se encuentra nuestro país se necesita fuerza primitiva comprensible. Por no entender esa fuerza o por no poderla dar fue que Duarte fracasó en aspectos esenciales para él y para las necesidades del momento. No estábamos ni estamos listos para el tipo de fuerza que él tenía, al cual quiere usted apelar (pág. 87).

El perfil de gobierno que siluetea Bienvenido es el que ha de capitanear un hombre conservador de moral férrea, un hombre que claramente tiene las características de Trujillo.

Poco después sobreviene un periodo de “Inquietud y muertes” que desemboca en la invasión norteamericana de 1916, que tenían intereses en la república. Los ánimos se serenar con la ocupación y el sentimiento patriótico parece dormitar, pues desarmar a la población e implantan sus sistemas, algo que escuece a Bienvenido, en el que aflora su sentir “Antinorteamericano hasta la insolencia comedida que aconsejaba la necesidad de preservar la vida o los huesos en su sitio” (pág. 77). Ese sentimiento aparece ya en las primeras páginas de la novela:

También elaboraba planes fantásticos para destruir la flota de los yankees. Un barreno. Un cañón con un resorte formidable.
Tal vez –pensaba- una hélice del tamaño del parque, movida por muchos molinos de viento pudiera, girando bajo el agua, crear una corriente tan enorme que llevara para arriba, más al Norte, a los Estados Unidos, ¿Podría empujarse a Norteamérica? (pág. 18).

Paralelamente, Bienvenido va enriqueciéndose con la imprenta y alcanzando gran fama, no sólo como dibujante sino por sus varias excentricidades: extraño sistema de trabajo sin horarios regulares, “intransigencia en la aceptación de muchos convencionalismo sociales, lo cual lo movía a desechar sistemática y amablemente la invitaciones de la sociedad que lo respetaba y valoraba, abriéndole unas puertas que nunca quiso cruzar”, su terquedad, etc. El narrador describe las múltiples cualidades de Bienvenido y su atractivo y éxito con las mujeres, el cual termina casándose con Conchita Pellerano. A ésta le será infiel, porque hacía suyo la famosa frase de George Gershwin, “La mujer es cosa para un momento” y su concepto del matrimonio pasaba por la consigna: “Paz, obediencia y cariño”, en este orden. Bienvenido es un claro reflejo del hombre dominicano de la primera mitad de la centuria pasada, pues sus valores primordiales son: la virginidad, la clase social, la etnia –todos los personajes que aparecen en la novela son descritos sobre la base de sus rasgos fenotípicos- y el papel tradicional que debe ocupar la mujer ligado a la familia y a las labores del hogar.

También se nos cuenta que Bienvenido incluso simpatizaba con Hitler –“antes de conocerse las crueldades nazis”-, lo que le acarreó la denuncia por parte de los servicios secretos de Estados Unidos, puesto que pensaban que colaboraba y mantenía contacto con los submarinos nazis en el Caribe. Trujillo, azuzado por los norteamericanos, lo manda llamar –y aquí aparece por primera vez el nombre de Trujillo y su intervención-, y aunque no lo recibe, escuchó su voz desde otro habitáculo: “Esa denuncia es falsa. ¡Que se vaya tranquilo!” (pág. 95). A partir de este punto se empiezan a suceder la relación de hechos históricos de la Era, como “el fastuoso reinado de Lina, la favorita del presidente Trujillo, en 1937” (pág. 137); pero será en el capítulo once de la novela donde el “Jefe” adquiere el protagonismo absoluto, haciéndose dueño de éste, como fue “dueño de la República Dominicana”, pues en él se narra la vinculación del Generalísimo con el protagonista. Bienvenido había de conocerlo cuando era Jefe del Ejército en el gobierno de Horacio Vásquez y desde entonces parecía profesarle gran admiración:

Trujillo era un apuesto y arrogante mestizo claro, tan empeñado en ser blanco que finalmente lo parecía a base de un excelente y discreto maquillaje que daba un hermoso tono rosado a su piel. Hombre determinado a escalar

cúspides y cimas sin que importasen los precios ni las características de los precios a par por tan tenaz propósito [...] Admiraba la fuerte determinación y la altivez controlada que este joven de marciales poses e impecable uniforme, mostraba tener y saber usar (págs. 142-143).

La descripción se deshace en halagos, tal y como era de prever en virtud del ideario político de Bienvenido, el cual se explicitará cuando recibe la visita del mismo Trujillo, al que de viva voz le dice que el país necesitaba de un hombre de su talante: eficiente y ambicioso. El Benefactor de la patria, agradecido, le pide el favor de publicarle en su revista “Cosmopolita” una foto de Bienvenida, su mujer. Bienvenido acepta y le dice que le enviará también la suya. Trujillo se sorprende de la actitud de nuestro protagonista, pues su revista gozaba de gran popularidad y respeto en la sociedad dominicana y él era “rechazado ácidamente” por ella; por esta razón le ofrecerá su ayuda incondicional:

-Cuando usted necesite de los servicios de un amigo, no importa cuándo ni cómo, prefíerame a mí. Nunca saldrá defraudado (pág. 143).

“Cosmopolita” se convirtió en la primera revista que publicaba una foto de Trujillo, entre 1927 y 1928. “La reacción fue catastrófica” y el público indignado procedió a cancelar suscripciones, y muchos arrancaron la foto del general y “algunas páginas con la activa imagen fueron introducidas con cautela bajo la puerta de la imprenta con indignados comentarios escritos al margen” (pág. 150). Pero tal y como nos anticipó el narrador, Bienvenido estaba al margen de convencionalismos sociales y no le importó en absoluto, pues hacía “lo que le daba la gana”.

Este primer contacto crea ciertos lazos entre ambos personajes y Bienvenido le tomó la palabra: cuando se vio apurado económicamente le pidió ayuda y éste se la estuvo dando “a lo largo de 32 años”. Así, volverá a visitarlo el futuro tirano y mantendrá otra conversación con Bienvenido, el cual le aconseja que tenga cuidado, pues acababan de despedir a un alto militar:

Trujillo repuso con absoluta certidumbre y calma:

-A mí no me lo hacen.

-A cualquiera le parten el culo, general.

-A mí no. Ya lo verá, amigo mío.

En agosto de 1930 Trujillo prestaba juramento como Presidente de la República, a consecuencia de una serie de estrategias maquiavélicas y maquiavélicas que pintaban chapuceramente de legal lo ilegal⁵⁶⁹ (pág. 152).

Vemos retratada la confianza de Trujillo en sí mismo, una actitud y una voluntad invulnerable, el comportamiento de una persona que se siente “predestinada”, o dueña de su destino. A Bienvenido le alegrará profundamente esta noticia pues sigue sustentando la idea de que la isla –“caótica, indisciplinada, conspirativa e inválida”- requiere un gobernante con las aptitudes de Rafael Leonidas Trujillo, que ya se vislumbran en el discurso inaugural que pronuncia como presidente:

...me considero irrefractablemente obligado, frente al porvenir, a dedicar todo mi esfuerzo al afianzamiento de la paz, aún cuando para ello sea necesario castigar, con toda la severidad prescrita por la ley, a los perturbadores del orden público (pág. 152).

La elección de este párrafo por parte del autor no es azarosa, porque contiene la simiente de la conducta de Trujillo y sus acólitos. Su concepto de paz se asimila a su voluntad, a su idea de orden, la cual defenderá a toda costa castigando severamente a los que osen perturbarla.

El siguiente episodio histórico que encontramos, atañe al ciclón de San Zenón – 1930- y supone para Bienvenido una razón más para seguir idolatrando y admirando a Rafael Leonidas Trujillo⁵⁷⁰ que demostró “energía, eficiencia y celeridad accional”. Cuestiones que no pasaron desapercibidas para el pueblo, que a raíz de estas actuaciones empieza a mirar con menor displicencia y mayor agrado al gobernante, que capta gran número de adeptos⁵⁷¹.

Con el tiempo Trujillo decide designar a Bienvenido “Diputado al Congreso Nacional”, el cual en un principio aceptará el cargo con agrado, pero se negará en

⁵⁶⁹ Se refiere al engaño de Horacio Vásquez y Estrella Sadhalá.

⁵⁷⁰ Tal y como manifiesta Estrella Betances de Pujadas: “The writing reveals Bienvenido’s admiration for Trujillo because of his help after the hurricane of 1930” en *op. cit.*, págs. 111-112.

⁵⁷¹ Esto lo conseguirá Trujillo con sobornos y dádivas, tal y como se describía en *La ciudad herida*, aunque en esta novela, evidentemente, se omite los “detalles”.

rotundo a firmar la renuncia antes de firmar el cargo, *sine qua non* para Trujillo, amén de preservar su poder omnímodo, garantizar su total albedrío y la sumisión de los trabajadores. Aunque se decía que era “testimonio de lealtad al Partido omnipotente gobernante, al partido único, al partido obligatorio: al Partido Dominicano” (pág. 154). Trujillo, contra todo pronóstico, muestra condescendencia y un considerable trato de favor con Bienvenido y no pone mayor objeción, al igual que con el hecho de no estar afiliado al Partido Dominicano y carecer del “distintivo de La Palmita”, una obligatoriedad para el ciudadano dominicano. Norberto James hace alusión – remitiéndose a un artículo publicado por Galíndez- a esta curiosa anécdota:

Cuenta Jesús de Galíndez que un periodista dominicano, de apellido Gimbernard, “se jactaba de ser el único diputado que había renunciado ‘de palabra’”. Lo que inicialmente le pareció jerga indescifrable al joven abogado español algún tiempo después entendería, así como la razón del énfasis puesto por su interlocutor en resaltar que había renunciado “de palabra””⁵⁷².

En mayo de 1939 Bienvenido resuelve abandonar el cargo, molesto e inconforme con el ambiente “borreguil”, sumiso y rastrero en el que se mueven sus compañeros del congreso –haciendo gala de la consecuencia de sus actos- no sin antes pronunciar una extensa arenga en la que reiteraba su reconocimiento hacia el “Jefe Unico”. Vuelve a la imprenta, y ranscurrido un tiempo, el hijo –Jacinto- se va percatando de que existe un “descenso de la calidad tradicional de la impresión”, que va mermando paulatinamente y cuya causa es una progresiva ceguera del padre, que llevaba ocultado tiempo y que necesitaba de una operación urgente. A Bienvenido no “le da la gana” de operarse y aunque Trujillo –al cabo de la calle de cuanto “acontecía en el país que pudiera serle importante, interesante o simplemente divertirlo”- se ofrece para cubrirle los gastos de una intervención en la Clínica Barraquer de Barcelona, la mejor en esta especialidad y le adjunta dinero “para las deudas”. Bienvenido se lo agradece y le comunica que ya le hará saber cuando dispone operarse. Evidentemente, pasa el tiempo y nuestro protagonista sigue manteniendo su resolución de no operarse, aunque Trujillo vuelve a insistirle:

⁵⁷² Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 119.

-¿Y Gimbernard?

-Vive allí mismo, Jefe, y sigue ciego.

Trujillo, siempre bien apertrechado de dinero efectivo, sacó tres rígidos billetes de mil pesos y los entregó al Secretario con la encomienda de llevarlos de inmediato a Bienvenido para que se operara.

-Dile al Jefe que él mandará en el país, pero que en mis ojos mando yo. Que necesito el dinero pero no para operarme. Si no es para usarlo como me dé la gana, se lo devuelvo.

Trujillo le dejó el dinero (págs. 171-172).

El narrador, deja constancia en el texto de que pasaron muchos años hasta que Bienvenido se enteró de los entresijos del régimen, de las múltiples torturas, asesinatos y la violencia encarnizada que llevaba a cabo el trujillato. Su firme amistad con el “jefe” le impelía realizar murmuraciones e informarse de lo que verdaderamente ocurría, tanto es así que “la comprobación del sistema represivo de El Jefe fue aplastante para Bienvenido”. Aún así no permitía las críticas a la dictadura, y “Cuando mataron a Trujillo, lo lloró”; de hecho, argumentaba que todo lo sucedido obedecía a lo que denominaba “la monstruolización de Trujillo”:

-Primero lo destruyeron con adulonería, lo hundieron en todas las aberraciones, luego lo mataron... y no fueron unos pocos quienes lo mataron...lo mató la condición humana; el veneno del hombre...-comentaba abrumado- el veneno del hombre...decía Verlaine que el gusano está en la fruta (págs. 179-180).

Es decir, que Trujillo era un producto de sus circunstancias, del pueblo dominicano; una tesis ya sostenida con anterioridad en otras novelas, pero con menos virulencia. En conclusión, la novela es una caracterización de Trujillo a través de los ojos –“ciegos”- de Bienvenido Gimbernard y apenas trata de los efectos la dictadura, tan sólo se cuenta que a un amigo del protagonista lo asesinaron por su “indiscreción”. Es la mirada “miope” de un trujillista excéntrico que ensalza y concibe a un Trujillo heroico, aunque la imagen del protagonista también es entronizada por el narrador: es un individuo que hace lo que quiere y al que nadie –ni siquiera el mismísimo Trujillo- le pone cortapisas. Finalmente, hay que destacar que la visión positiva del régimen a la que asiste el lector, no está cerca de esa literatura panfletaria y propagandística con la

que nos hemos encontrado hasta el momento, pues la evidente calidad literaria y estética de la obra es un hecho irrefutable.

III. 2. 1. 2. LA NOCHE QUE TRUJILLO VOLVIÓ MENOS “TRUJILLO” QUE NUNCA

La semblanza positiva, humana, de Trujillo aparece desde la misma introducción a la novela:

Trujillo, es ya un personaje de leyendas que más bien pertenece a la historia contemporánea de las últimas dictaduras de nuestra América. En torno suyo se han tejido las más inverosímiles anécdotas y se le han regalado todo tipo de acusaciones a favor y en contra. Trujillo, no fue “una blanca paloma”, ni un dechado de pureza gubernamental. Trujillo, fue un dictador de cuerpo entero, un dictador de buena talla (pág. 9).

Ciertamente, lo primero que llama la atención al lector de esta obra es que el narrador dibuja a un Trujillo -que vuelve a Santo Domingo tras veinte años, el 30 de mayo de 1981- que no tiene nada que ver con las caracterizaciones que hemos leído hasta el momento. El dictador ya no es un esperpento de cartón piedra, sino que es un ser humano bondadoso, comprensivo, que sabe perdonar a los allegados que le traicionaron y de reconocer sus errores y las mejoras que se han operado en la ciudad. Un Trujillo, que no se corresponde con las descripciones que historiadores, novelistas y ciudadanos que lo conocieron han realizado; y es que una cosa es “humanizar” al tirano, y otra muy distinta es hacerlo pasar por un *dechado* de virtudes.

Cuando Trujillo llega a la capital, el narrador da constancia de una realidad incontestable: la juventud dominicana no conoce a Trujillo, no la ha visto ni en fotografías, pues cuando irrumpe en el mundo de los vivos, sólo lo reconocen los más viejos, y “Para los demás no pasó de ser uno de los tantos generales que abundan en nuestro país” (pág. 10). Balaguer, efectivamente, se encargó de borrar de los manuales de educación las referencias a la etapa más trágica de la historia dominicana, por lo que no parece extraña a la escena descrita.

Trujillo acapara todas las páginas de la novela -como adelanté, se trata de una “novela de dictador”- visitando con la ayuda de Zacarías, su chofer, toda esa noche a

sus pretéritos amigos y colaboradores. A medida que avanza la narración, el dictador se va sorprendiendo con los muchos cambios que ha experimentado la prístina Ciudad Trujillo, novedades –como la demolición y la transformación de gran parte de su patrimonio, como el parque “Ramis”, convertido en “un estadio para boxeo y lucha libre”- que va asimilando, sorprendentemente, con mucha tranquilidad y naturalidad.

Este recorrido es aprovechado por el narrador para comparar al país trujillista y al ahora perredeísta. Trujillo hará gala de sus grandes “conquistas”, como es el pago de la deuda externa:

Ningún gobernante después de mí ha pagado nada, lo que ha hecho es cogerle prestado a los americanos miles de millones, lo que prácticamente hace que el país esté endeudado hasta que aparezca otro Trujillo y pague todas esas deudas (pág. 13).

Por este motivo no entiende que el pueblo dominicano le impute las ingentes deudas que produjo y el reguero de sangre que dejó tras de sí, y que no sepa apreciar todo lo que él hizo: la immaculada limpieza de la ciudad (ahora dice que hay “una pestilencia que hace el aire irrespirable” y la seguridad ciudadana: “¿Qué fui duro para mantener a raya el desorden? Todos los dictadores tienen que ser así” (pág. 20). El autor justifica los abusos y tropelías cometidas por el dictador, del mismo modo que hemos visto en *Medalaganario, id est*, el pueblo –salvaje, indomable- requería de un brazo de poder implacable:

Así era que había que gobernar con mano dura, sobre todo en un pueblo indómito y amigo del desorden (sic) y de la destrucción. No recuerdas lo que tuve que hacer con los vagos y los homosexuales (pág. 83).

La desconsideración de los dominicanos para con su persona, se convierte en un *leitmotiv* en la novela: “Así es generalísimo, nuestros pueblos olvidan a quien les da y recuerdan a quien les quita” (pág. 42). Al hablar de la suerte que ha corrido su tumba, hallamos apreciaciones similares; mas Trujillo espera volver a su patria, que el pueblo recapacite y le honre como se merece, tal y como sucedió con Napoleón.

A la par va a encontrarse con sus antiguos amigos y enemigos y de todas las citas que mantiene, son especialmente interesante dos: la de Balaguer y la de Juan Bosch. Uno de los que visita inicialmente es Balaguer -del que dice que “Quiere y odia al mismo tiempo”- y en el careo que mantienen, pone el énfasis en el cambio de actitud del cortesano: de la cascada de ditirambos en el discurso que leyó ante su féretro -“Todo cuanto dijo en aquella oportunidad fue la pura verdad”-, al rosario de ataques que le hizo ante las Naciones Unidas, comparándolo con Santana. Trujillo se lo reprocha, pero no le guarda rencor: “La verdad es que Balaguer trató de superar mi obra de progreso y lo logró” (pág. 19), aunque le acusa de estar “empecinado en borrar todo lo que recuerde la “Era de Trujillo” (pág. 26). Balaguer, inmediatamente se excusa ante el “Jefe”, explicándole que debía ganarse la confianza del pueblo⁵⁷³:

[...] para poder consolidar el poder era necesario acabar no solamente con su memoria, sino con todo lo que representaba su “ERA” (pág. 30).

Lo que se traduce en que no lo hizo desde la convicción absoluta, sino por conveniencia y por asentarse en el poder: le dio al pueblo lo que quería. Trujillo lo entiende y se convence, pues el “misterioso” Balaguer fue “su heredero político”, tal y como él mismo reconoce: “con el remanente de un trujillismo militante fue que fundé el Partido Reformista”; “yo he sido un dictador sin uniforme, generalísimo” (pág. 32). No hay que olvidar que esto lo enuncia Balaguer en 1981, con el PRD en gobierno. Trujillo suscribe esta autodefinición del antiguo presidente títere, y le recuerda que él también tiene a sus espaldas “muchos crímenes comparables a los de mi Era, y otros que nunca se supieron y que quedarán sólo en los archivos secretos de cada uno de nosotros (pág. 33). La escena, se convierte en un cuadro de verdadera vileza y dislate; seguirán hablando de los crímenes perpetrados por los esbirros de uno y otro. Es entonces cuando Balaguer reconoce que los suyos eran una chapuceros, y que los tiempos habían cambiado y por eso tenía que emplear otros métodos; en cambio, los de Trujillo eran “verdaderos maestros, sobre todo los del SIM” (pág. 33). Y el “Jefe” apostilla:

⁵⁷³ Balaguer era un buen gobernante, que seguía la máxima de “Gobernar es conocer la realidad sobre la que ha de gobernarse. No es querer cambiar esta realidad por algo que no existe”⁵⁷³ en Leopoldo Zea, *Filosofía de la Historia Americana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, pág. 291.

Doctor usted sabe que muchos de esos crímenes que se cometieron durante los treinta y un años de mi Era, no fueron ordenados por mí, ni siquiera sugeridos, sino, cometidos por personas ligadas a mi régimen que luego yo tenía que apoyarlas por su lealtad a mi persona y a mi obra de Gobierno (pág. 34).

Con respecto a la matanza de haitianos de 1937 sostiene un razonamiento – dirigido a los que tildaron el hecho de “genocidio”, que cuanto menos, es espeluznante: “Lo que hice fue evitar que sus hijas salieran preñadas de los haitianos y que luego estos se fueran y las dejaran con sus crías” (pág. 34).

Prosigue su circuito de visitas (Manuel de Moya Alonso, Felix W., etc), aunque un buen número de sus amigos ya están muertos. Irá incluso a ver a una de sus amantes, “Moni” –el lector comprueba así que Trujillo sigue siendo un macho”- pero está casada y lo rechaza. El “Benefactor de la Patria”, aquel que no aceptaba una negativa por respuesta, veinte años después no se altera lo más mínimo y, comprensivamente atiende a las razones de su interlocutora⁵⁷⁴. En el texto, Trujillo sigue siendo tan generoso como antaño, y en la escena en la que un ciudadano se le acerca -porque la “cosa está difícil”- para pedirle “unos pesitos” y así comprobar –en la dictadura acostumbraba a dar dádivas por doquier- si realmente era o no el tirano, éste le da dinero y reparte los billetes que le quedan entre todos los que allí estaban.

Asimismo se interesa por los conjurados, y remarca su actitud desprendida con ellos y la traición posterior, y se lamenta inclusive de no poder dialogar con Imbert e interrogarle sobre quién le dio el “tiro de gracia”, aunque sabe que Antonio de la Maza se ensañó con su cuerpo. Detalla a este propósito, la manera en que vivió la noche de su muerte y resalta que Zacarías, cuando los alcanzaron los disparos, quiso huir en el coche, pero él prefirió “pelear”. Concluye este pasaje, reprochando a los dominicanos su actitud tras el magnicidio:

⁵⁷⁴ “Paulino makes fun of the attitudes of the different ex-collaborators of the regime, upon meeting Trujillo once more. Of course, the author is criticizing the fact that after the death of the dictator, those people began speaking horrors about him and his family, when before, they they (sic) had been his closest friend and had benefited greatly from that friendship” en Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, págs. 111-112.

Al pueblo dominicano no hay quien le comprenda. Primero querían matar a todos los que dispararon contra mí, después me lloraron hasta caer en el histerismo, en este mismo lugar me hicieron también un monumento para recordarse y para repudiar a los que me asesinaron [...] y ahora resulta que ese mismo pueblo es el que construye un monumento a mis matadores (pág. 78).

En lo referente a la deslealtad de sus colaboradores –algunos como, valientes, Felix W. prefirieron ir a la cárcel que al exilio- no parece sorprenderse: lo esperaba. Tanto es así que por esta causa, en vida disfrutó cuanto pudo de “homenajes, estatuas, mujeres, pleitesías, dinero y todo cuanto estuvo al alcance de mis manos, porque estaba consciente de que cuando desapareciera todo esto iba a suceder” (pág. 52).

Por último, la entrevista con Juan Bosch: en este *tête a tête*, Bosch repasa sus intentos frustrados de acabar con el gobierno de Trujillo, pero éste le trae a la memoria que lo felicitó cuando iban a cambiarle el nombre a la capital, acto del que se arrepiente, y achaca al poder que “embriaga y deshumaniza”, a los sus acólitos aduladores y fabricantes de títulos. Este comunicado de Bosch se adjunta –con el mismo propósito de desprestigiar al líder del exilio- también en *La noche de Trujillo*, convirtiéndose en lo que podríamos llamar uno de los *lugares comunes* de la novela trujillista, decapitada la tiranía. Obsérvese por igual, que esta es la misma idea que esgrime Jacinto Gimbernard: el culpable sigue sin ser Trujillo, sino su medio. También se pone de nuevo de manifiesto la hipocresía de toda sociedad dominicana, incluido Bosch, que se justifica y le reitera su odio. Además le informa de que el país está dividido: entre los que le odian y los que no “es mucha la gente que aún le defiende y le sigue queriendo”.

Antes de irse de nuevo al más allá, declarará: “Todavía los dominicanos creen que con cambiar los nombres de las cosas van a borrar la historia de Santo Domingo tal y como fue” (pág. 60), y en eso Trujillo llevaba la razón, pues ha sido incapaz de soltar ese lastre.

III. 2. 1. 3. LA NOCHE DE TRUJILLO. RELATO DE UN MAGNICIDIO

Emilio de la Cruz Herмосilla narra en esta novela los últimos treinta días de Trujillo y la gestación de la conjura que lo sepultará, desmitificando, como adelanté, a

los que participaron en ella: “*todos y cada uno de aquéllos le debían su bienestar y posición*” (pág. 9). Y como Aliro Paulino hijo, desde la “nota al lector”, el autor español deja entrever su filiación trujillista, describiendo a Trujillo -“*fabuloso y desconcertante*”- al que conoció durante su estancia en la isla, en los siguientes términos:

Rafael Leónidas Trujillo Molina [...] encontrar el final de su agitada y prodigiosa biografía en una emboscada que iba a poner de relieve su valor hasta la muerte y su desprecio por el peligro (pág. 9).

Incurre en los mismos tópicos que hemos encontrado en las dos novelas anteriores: Trujillo y sus métodos eran imprescindibles para hacer prosperar una isla que estaba anclada en el medievo, y por eso “*hubo de actuar como lo hizo*”. Nótese de nuevo la justificación de la severidad de sus actos y la atemporalidad de la regia obra del tirano que sigue presenta en la República, que le hace seguir vivo entre los dominicanos: “*ya entró en la Historia y porque buena parte de sus obras están vivas, guste o no guste*” (pág. 10).

En la novela abundan los diálogos, la referencia a fuentes y documentos históricos y las continuas digresiones que sirven de pretexto al narrador para llevar a cabo un ceñido repaso por la vida y hazañas de Trujillo. Desde el 1 de mayo, cada capítulo se dedica a recordar un día, hasta llegar al fatídico 30 de mayo, sucediéndose en la trama dos líneas argumentales imbricadas: la de Trujillo los últimos días de su vida -“novela de dictador”- y la de los conjurados y los preparativos del atentado.

A medida que avanza la narración, el lector comprueba que se van desgranando paulatinamente varios motivos. Uno de ellos es el inventario de logros categóricos del tirano; como por ejemplo en torno a la prosperidad económica que alcanza el país cuando llega Trujillo: “Ciudad Trujillo se había convertido en una de las poblaciones más prósperas y progresistas de la cuenca del Caribe. Con el ciclón había desaparecido una villa provinciana” (pág. 22).

En cuanto a la trama de los conjurados, hay que consignar que se describe detalladamente la participación de la CIA en la organización del atentado. Por esta razón, la cúpula estadounidense resolvió enviar a la isla a un agente -“Berry”- para que supervisara la misión y se encargara de la efectiva “supresión de Rafael Leónidas

Trujillo Molina”. En la misma medida, colabora el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, movido por los resortes del rencor y la envidia y promotor de la imposición de sanciones económicas por parte de la OEA:

Rómulo está impaciente. Después de sus tres intentos fallidos, ha llegado a la conclusión de que a Trujillo no se le puede vencer desde el exterior, sino que es preciso fomentar la subversión dentro de la República Dominicana (pág. 110).

En el texto es retratado como un “desagradecido” –como los conjurados-, puesto que Trujillo lo recibió amablemente en 1940 –“A pesar de su virulento comunismo”- y “le dispensó una cordial acogida e incluso se asoció con él en una empresa de exportación de frutas a los Estados Unidos que rindió muy buenos beneficios” (pág. 36). Pero entre los socios surgirá una disputa por cuestiones económicas en la que Trujillo llegó a las manos y expulsó del país a Betancourt. Asistimos al desarrollo del mismo planteamiento que hallamos en *La noche que Trujillo volvió*: la ponderación del tirano de moral acrisolada, en aras de retratar sus magnas virtudes y desacreditar a todos aquellos que lo combatieron, que mordieron la mano del que les dio de comer. Éste es también el caso de la Iglesia, otra malagradecida, porque el dictador durante treinta años “había dispensado una protección a la Iglesia que podía calificarse de extraordinariamente generosa” (pág. 49), y en los momentos agonizantes de su mandato, le atacó (con la famosa pastoral del sesenta) y le retiró su bendición.

Las virtudes de Trujillo continúan siendo innumerables, y en el texto se apela al mismo perfil de individuo –la práctica de dádivas- que se describía en la novela de Aliro Paulino hijo:

[...] el “jefe” era desprendido y no le daba un gran valor al dinero. En sus viajes por el interior del país, llevaba siempre un maletín repleto de billetes de banco para repartir entre los pedigüeños, y regresaba a la capital sin un centavo (pág. 37).

La descripción física del tirano en el año de su muerte, tampoco deja impávido al lector, que es conocedor del desmejoramiento que había sufrido la salud del Jefe en los

últimos tiempos (problemas de próstata, alcoholismo, etc) y contempla estupefacto en la narración el retrato de un dictador intachable (sano, vigoroso y cómo no, activo sexualmente):

A sus 69 años de edad, Trujillo conservaba una apostura marcial y una rapidez de movimientos que sobraban a quienes le trataban de cerca. La equitación y la gimnasia, así como la prolongada caminata diaria, junto a su desprecio por el tabaco y la bebida, formaban parte del secreto de su excelente aspecto, en lo que también influía su forma frugal de comer. Según decían, a esa edad continuaba ejercitando una vida sexual activa y, precisamente, en aquel mes de mayor de 1961, visitaba con frecuencia una linda muchacha residente en San Cristóbal (pág. 85).

A su vez, el narrador va explicando la “verdad” que se esconde tras los consabidos reproches que el pueblo le hace a Rafael Leonidas:

En realidad, Trujillo no le había quitado nada a nadie para amasar su inmensa fortuna por la sencilla razón de que, al asumir el poder, no existía la menor riqueza en la República. Había tenido que crearla con imaginación y con esfuerzo, abriendo con su iniciativa el camino para que otros se decidieran a promover negocios, al convencerse de que aquellos que ponía en marcha el “jefe” siempre resultaban rentables (pág. 38).

Por su puesto se alude al episodio más oscuro de la tiranía, el de la masacre de haitianos, que recorre el camino explicativo de la obra anterior: Trujillo dio una orden para que los haitianos de la frontera se retirasen, y como estos no acataron la orden, llega al “límite de la paciencia” y ordena que los expulsaran a “viva fuerza”. Designó para la misión a Fausto Caamaño que actuó de forma impía y que es presentado como el auténtico culpable de los hechos:

[...] cuando la masa convulsa se arremolinó en el puesto fronteriza, negándose a dar un paso, se produjo un momento de desconcierto que cogió por sorpresa a los soldados dominicanos que vigilaban la escena. En aquel maremágnum, millares de haitianos volvieron al territorio, donde se sentían felices, y fue cuando comenzó la cacería (pág. 55).

Trujillo ya lo anunció de viva la “noche que volvió”: la mayoría de los crímenes que le habían imputado eran obra de sus acólitos y no obedecían a su voluntad. Uno de estos sicarios era el temido Johnny Abbes:

el hombre más odiado del país y causante del bloqueo internacional a que estaba sometida la República Dominicana, como cerebro del atentado contra el presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt [...] el coronel tenía en su haber numerosas “desapariciones” y “accidentes de automóvil”, así como rencores contra Trujillo que, en la inmensa mayoría de los casos, éste no era culpable de haberlos provocado” (pág. 23).

La desfachatez llega a su punto más álgido cuando cuenta el capítulo de las hermanas Mirabal: el promotor fue Pupo Román –“casualmente” uno de sus victimarios- quien decidió la muerte de Minerva: “¡Que las maten!”. Ordenó que las sacaran del coche cuando volvían de visitar a sus maridos para aniquilarlas: “las mataron a golpes”. Sentaron seguidamente los cadáveres en el interior del “concho”, y lo precipitaron por un barranco. La versión del autor apunta a que Trujillo no estaba al tanto de las intenciones de Pupo, y que cuando éste le informó de los hechos, “Trujillo, que habitualmente se contenía en sus expresiones, lanzó un torrente de improperios, y cuando el secretario de Estado salió del despacho de aquél, parecía más abatido que nunca” (pág. 62).

Tampoco se obvia el episodio del asesinato de Galíndez, el cual –como al parecer todos los que le rodearon- cuando llegó a la isla escribió palabras de agradecimiento y de encomio a la República dominicana por el tratado recibido. En cuanto a su muerte, el narrador enuncia cómo ciertamente lo trasladaron desde Nueva York anestesiado a la isla, donde “el propio Trujillo le recriminó su conducta y ordenó que le dieran muerte” (pág. 29). A Trujillo le afectó la redacción de Galíndez, únicamente por los improperios dedicados a su madre: “Le había perdonado la ofensa personal, la crítica despiadada e incluso injusta a sus sistema político, pero nunca la injuria a aquella anciana a la que idolatraba” (pág. 30).

La segunda línea argumental que se trata en estas páginas, es la referente a la germinación de la conjura y el ambiente previo al magnicidio. Un ambiente, el que se

rumoreaba que Trujillo corría seriamente peligro, e incluso a Petán le notifican que el presidente Balaguer conspiraba contra Trujillo. Evidentemente, éste no dará crédito a estos comentarios. La novela perfila a un Balaguer incólume, cuyo único pecado era tener por esas fechas un mal presentimiento sobre Trujillo:

Tenía la sospecha de que algo se estaba fraguando contra él, pero quería ignorarlo. Bajo ningún concepto estaba dispuesto a conocer detalle alguno de lo que estuviera cociéndose en algún cenáculo, aunque había una cosa cierta: en Washintong y en Caracas no se encontraban cruzados de brazos quienes le odiaban hasta la muerte. Tanto en Casa Blanca como en Miraflores –sin olvidar a La Fortaleza de San Juan de Puerto Rico- había un plan en marcha y, naturalmente, la máquina era manejada por Rómulo Betancour, el hombre más rencoroso que había conocido en su vida, el hombre que no tenía capacidad de perdón (pág. 197).

En estas dos “novelas trujillistas” –*La noche que Trujillo volvió* y *La noche de Trujillo*- Balaguer sale muy bien parado, haciéndose hincapié en la simpatía que le profesaba el tirano: “más que Balaguer fuera trujillista, Trujillo era balaguerista” (pág. 192). Quizás más que trujillistas, estas novelas también sean “balagueristas”.

Hay que determinar también, que Trujillo no interviene demasiado en la narración y no se abordan las intimidades y pensamientos del dictador. Lo que interesa en esta obra y en la anterior, es rescatar el episodio del tiranicidio para desmitificar a los conjurados –De la Maza en la anterior y Pupo en ésta- y mitificar a Trujillo, que realmente es delineado como un héroe, un patriota que gobernó desde el encarnizamiento en pos del “indómito” pueblo dominicano, era la única forma de llevar a buen puerto la República. La muerte del tirano aparece de este modo, como “injusta” y sus ejecutores como salvajes sanguinarios: el último capítulo de la obra de Hermsilla, dedicado al 30 de mayo, Trujillo –tal y como se relata en la novela de Aliro- tras los primeros impactos de bala, opta audazmente por el cuerpo a cuerpo: “vamos a pelear”, le dijo a Zacarías. Recibió “diecisiete impactos de bala” de unos conjurados que son descritos como una cuadrilla de descerebrados violentos, y no como los libertadores que el pueblo encumbró:

Se desarrolló entonces una escena macabra: dando por muerto al conductor también, los conjurados se abalanzaron al cadáver del generalísimo y le destrozaron la cabeza a culateados en medio de gritos histéricos. Antonio de la maza le aplastó el rostro mientras chilaba como un poseso: ¡Hijo ‘e puta, ya no asesinarás a nadie más!’” (pág. 223).

III. 2. 2. NOVELAS DE LA DICTADURA: CONTINÚA LA LUCHA A CUERPO CONTRA EL TRUJILLISMO

En este bloque, *Anónimos contra el jefe* de Jaime Lucero es la novela que concita casi la totalidad de motivos literarios que se tratan con profusión en los ochenta. Pertenería a la categoría “novela de la dictadura” que ilustra a la sazón los “efectos de la dictadura en el pueblo”⁵⁷⁵. El profundo contenido autobiográfico de la novela, da señas nítidas del desgarró existencial fruto de la tiranía, de tal forma que la escritura autobiográfica se convierte en una forma privilegiada de “terapia psicológica”, es decir, dicha escritura tendría unas propiedades curativas que ayudarían a eliminar las experiencias negativas mediante el proceso de comunicación literaria con que se expresa libremente una conciencia. Jaime Lucero –como le sucede a muchos otros autores, valga poner el ejemplo de Veloz Maggiolo- parece tener como obligación moral autoescribirse y escribir a sus compañeros “anónimos”, héroes –Marcio también habría de vindicar en *Materia prima* la voz de los “héroes anónimos”- que han sufrido y han muerto por la causa antitrujillista y que no han tenido suficiente cabida ni proyección en el discurso histórico dominicano. Por este motivo elige la obra literaria como trampolín, al lector y al mundo como destinatarios de este mensaje. Y es que *Anónimos contra el jefe* pretende ser el testimonio de esta etapa conflictiva y turbulenta de la historia dominicana –concretamente de los últimos años- y consigue narrar con plena autenticidad la realidad de un país azotado por la tiranía, aunque la veracidad histórica y las vivencias del autor son las que impone las determinaciones fundamentales de la obra.

Nos enfrentamos pues a un discurso que sigue el modelo tradicional de novela histórica, y a pesar de la declaración de intenciones del preludio –incluir a muchos

⁵⁷⁵ Manuel Rueda, “Presencia del dictador...”, *op. cit.*, pág. 141.

anónimos en el cartapacio antitrujillista- en el plano del contenido, como “novela de la dictadura” que es, no se produce la humanización del tirano –que no interviene sino a través de la inserción de frases históricas que pronunció- y que sigue mitificado en estas páginas, caricaturizado de modo grotesco. Es cierto que estos “anónimos” aparecen en el texto, pero curiosamente, en menor medida que el elenco de acontecimientos históricos capilares de la dictadura y las anécdotas consabidas del trujillato. Si hubiera hollado en la mentalidad y la psicología de estos “anónimos” se hubiera creado un nuevo eje temático en el universo de la novela del trujillato, pero la obra no llega a aportar lo suficiente en este sentido.

De otro lado, *Materia prima* de Marcio Veloz Maggiolo vuelve, como nos tiene acostumbrados el autor, a mirar “hacia esos años de la dictadura trujillista para explicarse el presente”⁵⁷⁶, invitando a la sociedad dominicana al recuerdo perpetuo. Como la memoria, “*Materia Prima* está cimentada en incertidumbres”⁵⁷⁷ que cuestionan la veracidad del transcurso de aquellos inveterados hechos históricos y pretende describir el cuerpo mancado del trujillato: sus contradicciones, sus miserias, sus consecuencias devastadoras. Tal y como apunta Carlos Esteban Deive:

*Su narrativa reproduce, recreándola, la historia de la República, especialmente la más inmediata y dramática. No es una narrativa de héroes, sino de víctimas, de personajes generalmente marginales y sufrientes, perseguidos por la tiranía o atormentados por un destino incierto y evasivo, derrotados y amargos*⁵⁷⁸.

En la novela se van hilando pasajes de la historia dominicana, de la historia de la ciudad de Santo Domingo y en concreto, del barrio de Villa Francisca, que tejen una urdimbre intrahistórica donde los cambios y transformaciones conforman el bordado principal. Es por esto que Pedro Delgado Malagón describe a Marcio como “el auténtico

⁵⁷⁶ Soledad Álvarez, “Oposición y similitudes en los personajes de *Materia Prima* e Marcio Veloz Maggiolo” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras*, op. cit., pág. 29.

⁵⁷⁷ *Ibid.*, pág. 27.

⁵⁷⁸ Carlos Esteban Deive, “Marcio Veloz Maggiolo o la pasión por el saber” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras*, op. cit., pág. 67.

biógrafo de la ciudad de Santo Domingo”⁵⁷⁹. Pero todos estos hilos, todo este material es “Materia Prima” –así se llama la novela de Persio-, es una amalgama de historias y escrituras, de enfoques, reflexiones y vivencias que vienen a poner en tela de juicio el proceso literario y por ende, el proceso de construcción una/ la historia.

Persio “Vive inmerso en un mundo interior lleno de fantasmas”, como Marcio Veloz y como el mismo escritor dominicano; esos son los fantasmas del trujillato y de su pasado prístino indeleble y pergeñado para la cirugía escritural. La reconstrucción lúcida sólo es alcanzada a través de singulares puntos de vista, de un trabajo conjunto a varias manos, tal y como vimos en *De Abril en adelante*: “Deberíamos mezclar nuestros recuerdos e inventar una narración en la que aparecían todos” (pág. 12). Esta es la única vía de representación cabal de la historia dictatorial dominicana, la que más se acerca a la *verdad* a la que se quiere retrotraer al lector y que ha sido objeto de innumerables escrituras: “escritores de todas partes que han encontrado en ella un filón para sus relatos” (pág. 13). Pero Marcio sabe de las aporías que su empresa entraña, por ese motivo presenta el bosquejo de una novela, la materia prima de ésta, dejando el trabajo de re-construcción de su texto y de la historia dominicana al lector, que ha de ser el que finalmente tenga la última palabra sobre su presente, puesto que “el futuro es consecuencia del gerundio que busca convertirse en participio” (pág.15). Asistimos pues a la llamada a la lucha del dominicano contra las asechanzas de la desmemoria y al cuestionamiento de la *verdad* del discurso historiográfico canonizado; hay que abogar por el testimonio individual que impregna de “sentido de importancia” al discurso literario y cimienta –como el lector debe hacer- la colectividad, la historia de Villa Francisca, que es la Historia de la República Dominicana y del continente americano: “La historia del mundo es la de Villa Francisca” (pág. 119). El silenciamiento y las lagunas de la historia también son apuntadas desde el discurso de Diógenes Valdez en *La telaraña*:

Comprendo que la sinceridad ha muerto. La hipocresía le ha sucedido en el trono. Sólo existe la mitificación del ego. Somos dioses que bailan al compás de la música que otros tocan. Yo soy un dios diferente [...] El mundo está poblado de mentiras y yo quiero decir la verdad [...] aquella que se lleva dentro y que se oculta para no disgustar a los demás (La telaraña, pág. 31).

⁵⁷⁹ Pedro Delgado Malagón, “Presentación de la novela *Ritos de cabaret*” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras, op. cit.*, pág73.

En este sentido, en *Materia prima* brotarán personajes que han vivido de diferente forma la tiranía, pero siempre activamente. Como Patricia –patria- Rosado, que se casó con Persio y que “había luchado en las filas del Movimiento Clandestino 14 de Junio contra la dictadura. Sufrió torturas y vejaciones en las cárceles” (pág. 25). El material de Persio se va convirtiendo en una miscelánea de recuerdos, con personajes inventados y reales que confunden al lector, porque lo que ocurrió es ciertamente confuso. Así los personajes establecen un diálogo con los distintos narradores en el que se opina sobre la edificación de la misma narración; y por ejemplo se advierte sobre la omisión del levantamiento de Tavárez, las invasiones del 14 de junio de 1959, “que iniciaron el proceso de caída de la dictadura” (pág. 148) y también la lucha clandestino que produjo tantos “mártires” en las cárceles; aunque a la par se va poniendo el énfasis como adelante, en esos “héroes anónimos”.

Y es que todo lo expuesto guía la siguiente afirmación: “Hace ya tiempo que reniego de esas historias lineales que comienzan y terminan. La vida no es lineal, sino multiescénica, se manifiesta en un tiempo y espacio cargado de hechos simultáneos, no lineales, no argumentales” (pág.19). La escritura de la dictadura es la escritura de la vida dominicana de ayer y de hoy: inacabada, heterogénea, colectiva y condenada a la invocación *ad infinitum*:

Podría decir que durante años he escrito diversos capítulos de realidades mínimas que nunca serán parte de una novela. Los llamaba materia prima, estaban y están ahí como una fuente de la cual puede el novelista nutrirse e inventar. Sin embargo cansado como estoy para ordenar biografías e inventarme personajes, prefiero que comiencen a salir tal y como surgieron de la realidad (Materia prima, pág. 21).

Persio-Ariel, Persio-Manolo, Persio-Marcio, Persio-todos los escritores que necesitan exorcizar sus fantasmas a través de la escritura - el novelista “es incapaz de deshacerse de los recuerdos sin convertirlos en arte, en nueva vida” (pág.147- de unas vivencias que los zahiere y que ineluctablemente les conduce al suicidio para ser “consecuentes con el recuerdo” de una tiranía de la que sólo se podía escapar con la muerte o con el exilio. El horror de la dictadura se empoza en el alma dominicana y por eso Persio habría de morir “con sus fantasmas dentro” jaspeado por el cadalso trujillista

que no deja tregua a la vida ni a la escritura que “es una manera de vencer la soledad”. En *Sólo cenizas hallarás*, Altagracia Valle nos explica esto mismo: “toda la gente del país, le había ido perdiendo respeto al fantasma de la dictadura, que ya no era más que eso: un fantasma” (pág. 67). Pero la presencia de ese fantasma es la constatación de un aserto que pone de manifiesto el escritor: el dominicano no está solo, los fantasmas cohabitan con él, de ahí la imposibilidad de una escritura acabada.

El contrapunto lo encontramos en Beto, el protagonista de *Currículum* de Efraim Castillo, el cual ante esa misma realidad es incapaz de actuar con la valentía de Persio, porque “No todos pueden suicidarse”:

NUNCA PENSE QUE Beto lograría salir del país. Su único viaje fue la deportación del Consejo de Estado. El era como parte de esta tierra. Un raro, sí. Pero parte de esta tierra. El mixturizaba todo: mulato, cobarte, valiente, mujeriego, no-jugador pero creyente de las cábalas: la escalera, el número trece, echar el primer trago a los espíritus. No, sabía que jamás saldría del país (Currículum, pág. 323).

O en Freddy, uno de los protagonistas de *Sólo cenizas hallarás* en que se enuncian las únicas opciones del dominicano:

Y los que eran como él no tenían más remedio que largarse o joderse o pegarse un plomazo en la cabeza. Eso o tomar conciencia, como decía Paolo, con su cara de iluminado moralista (Sólo cenizas hallarás, pág. 15).

Porque, como se repite más adelante en la novela, “aquí sólo hay tres formas de ser: o cínico o suicida o fugitivo” (pág. 184). No existen otras posibilidades ante semejante estado social, porque como digo, el advenimiento del cambio es una quimera: “allí el jodido vive siempre jodido por más que él dijera esas cosas tan lindas de igualdad y confraternidad y de vivir juntos como buenos hermanos” (pág. 247). Y la del exilio es un camino sin retorno: “Yo creo que uno no entiende este país hasta que no se aleja de él [...] Lo malo es que después lo comprende tan bien que ya no hay quien te haga regresar” (pág. 260).

En esta novela de Castillo y en la de Pedro Vergés, la historia también es una pesada losa que asfixia el texto dando impresión de inmovilidad: el pasado dominicano

es el lastre del que no se puede librar la sociedad insular, que no le da la oportunidad de avanzar, orillando en ese pesimismo que lancina al dominicano de modo especial en este decenio de crisis económica y social: “Todo lo que un pueblo pasa se debe a una consecuencia histórica” (*Currículum*, pág. 157) y esta consecuencia es el trujillato que deviene en “frustración”.

Es cuestión del tiempo. ¿Del tiempo? Sí, estoy viviendo pasado, presente y futuro en un solo tiempo. ¿Cómo así?, ¡pensé que estábamos en 1980! Sí, pero también estamos en 1964 y en 1965 [...] ¿El tiempo? Sí, el tiempo! Entonces, ¿qué es hoy? Hoy es hoy. ¿y (sic) mañana? Mañana será mañana. ¿Y ayer? Ayer fue ayer ¿Fue? Sí, ¡fue! Entonces, ¿crees que lo que fue no es? ¡Exacto! (Currículum, pág. 49).

El narrador prioriza la relación de fracasos históricos y de los episodios que acremente han mellado la sociedad dominicana y ha irrogado un malestar inmutable:

Ahí, en El Conde, estaba un gran pedazo de sí mismo y ahora era refugio, asilo, calvario, no del estilo lumpenescos de antaño, los lúmpenes pedidores de cafés y cigarrillos, pero útiles a la hora de la revolución, sino de lúmpenes llenos de vicios y frustraciones, residuos de los malentendidos históricos; lúmpenes pedidores de tragos y fumadores de marihuana. La CIA, el sistema había podido, al fin, sacar al Conde de Circulación, la había convertido en copia al carbón, casi exacta, de la 42 newyorkina [...] antes de que todo el aparato oficial descuartizara las aspiraciones, las jóvenes aspiraciones de los hombres con esperanzas. 1975, a doce años de distancia de Las Manacles, a diez años de Abril, a dos años de Caracoles (Currículum, pág. 59)

Por otro lado, Freddy Noguera se bate en una lucha continua consigo mismo, debido a su cobardía y apocamiento, “amargado” y “pesimista”, “delicado, tristón, de poco empuje”:

A nadie excepto a él, que se encontraba ahora lleno de incertidumbre, temiendo que por cualquier motivo alguien realizara una desafortunada relación y ordenara su inmediata captura (Sólo cenizas hallarás, Pág. 13)

.....

Freddy no llevaba una idea preconcebida, no sabía si su miedo (su sugestión, más bien) se basaba en algo real o era sencillamente el resultado de un sentimiento de culpa [...] y de la tensión enfermiza en que vivía desde que el yanki aquel comenzara a pedirle papeles y a retrasar la fecha de la visa. Paolo le diría lo que siempre decía, que el miedo se elimina con la lucha, adoptando posturas responsables (Sólo cenizas hallarás, págs. 20-21)

La búsqueda de una salida se materializa, como en el caso de Beto, en la obtención de una visa, de un pasaporte hacia otra realidad menos lancinante. Pero el narrador dibuja a un Freddy, como digo, que por su actitud es responsable y co-partícipe de esa problemática económica y social dominicana, fraguada al socaire de una crisis axiológica fruto de esa caterva de perdedores, de los no luchadores, de los conformistas. Y esta actitud de Freddy se pone más aún en evidencia con la aparición en la escena literaria de su amigo Paolo: el revolucionario, el hombre de acción. Este binomio de opuestos se presenta desde el primer capítulo de la novela. Así Freddy llegará a decir:

Y en más de una ocasión llegó a desear con rabia, con ilusión incluso, que tal cosa ocurriera, que el país estallara en pedazos y que se deshiciera de una maldita vez esa especie de falso regocijo que lo inundaba todo de una manera amarga y melancólica [...] Eso o tomar conciencia, como decía Paolo con su cara de iluminado moralista: más iluminado cuanto más obtuso, persistente y cerrado se iba haciendo el absentismo político de Freddy (Sólo cenizas hallarás, pág. 15)

El Ejercicio dialéctico con el pasado, con el tiempo y la historia dominicana echa raíces en la mayoría de novelas dominicanas amén de impetrar las razones de esta infausta suerte. El pueblo tiene su parte de culpa, como ya vimos reflejado en las novelas de los setenta, pero también el imperialismo estadounidense, que nuevamente es criticado en las páginas dominicanas. Así el ojo avizor del norteamericano emerge en las últimas líneas de *Anónimos contra el jefe*, dando habida cuenta de la participación activa de éste en la política dominicana:

Los norteamericanos observan frente al Malecón el peligroso rejuego de las movilizaciones sociales frente a un régimen hundido en el descrédito, y ordenaron ya, los norteamericanos, el 19 de noviembre de 1961, al general Rafael Rodríguez Echavarría, fingir un Golpe de Estado y fungir de Mandamás

[...]

Balaguer también siguió hilando los mantos que tapizarían las escalinatas del Palacio Nacional para sus propios pasos y fines (Anónimos contra el jefe, pág. 216)

Asimismo, se revela en *La telaraña* donde en el universo animalizado que erige Valdez los norteamericanos se presenta como una legión de hormigas:

Sólo pido que no sea una diarrea cerebral. Las diarreas se han industrializado y han traído al mundo muchos problemas Hitler, Mussolini, Nicolás II y el jefe, murieron a causa de una de estas diarreas. Los norteamericanos están enfermo (sic) de lo mismo por esa condenada costumbre de querer industrializarlo todo. Ya el olor de su diarrea comienza a apestar en todo el mundo (La telaraña, pág. 86).

En conclusión, estas novelas de los ochenta habían de pretender con su narración la indicación de las prístinas razones por las cuales el pueblo dominicano seguía en búsqueda de su identidad y de una nación que la contenga; meditación que se subsume en lo que ya empieza a ser un *lugar común* en las novelas del trujillato: la reflexión y repaso de los acontecimientos históricos medulares de la República Dominicana, cuya suma equivale a la precaria situación de la política dominicana del momento:

Mire, compai, para las primeras décadas de este siglo, no obstante haber logrado la categoría, en el siglo pasado, de República, en dos ocasiones y haber tenido una caterva de gobiernos y urnas y manigua, no éramos una nación. No habíamos alcanzado esa categoría al arribar al siglo XX, sencillamente porque la institucionalización de los elementos que componen el Estado, no había sido establecida (Anónimos contra el jefe, pág. 27).

.....
El centauro Gregorio Luperón, Primera Espada de la República, con la enorme ventaja, sobre la primera, de obedecer a un movimiento popular y verdaderamente patriótico, que daba pie para la instauración de un sólido régimen de paz y justicia, evitando, de paso, la caterva de gobiernos y gobiernitos de urnas y manigua, que a fin de cuentas debilitaron la República y dio paso al a paz sin justicia de Lilís, la ocupación norteamericana de 1916 y la larga tortuosa noche del trujillato. Los héroes son héroes y no santos (Anónimos contra el jefe, pág. 33).

Precisamente en este párrafo también vemos reflejado el segundo propósito de Jaime Lucero: junto a Luperón, la historia ha erigido a los héroes del ajusticiamiento, los cuales no son “santos” ni son los únicos artífices del derrocamiento de Trujillo y sus correligionarios, pues su extinción ya se venía fraguando a través de la acción de diferentes movimientos de oposición. En el panteón de la heroicidad dominicana faltan muchos “anónimos”. De esta forma, la trayectoria política de la República Dominicana parece ser condensada en el sintagma “caterva de gobiernos, urnas y manigua”, el cual nos da la idea del desorden, discontinuidad y caos gubernativo que caracteriza a la isla. De nuevo en estos discursos del trujillato se apuesta por la recuperación del pasado histórico y sus tropiezos para construir a la sazón la identidad dominicana,

La primera novela que llama la atención en este sentido es *La telaraña* de Diógenes Valdez, que recurre a las sirtes inescrutables de la demencia para explicar los efectos nefastos de la dictadura. Esta metáfora ya fue utilizada en la narración del trujillato con anterioridad por González-Herrera y por Veloz Maggiolo en *Los ángeles de hueso*. Valdez se vale de este recurso para poner en evidencia la delgadísima frontera que separa la verdad de la mentira, lo que realmente pasó durante la dictadura y lo que no; pero no se puede dilucidar dónde comienza una y termina la otra porque todo lo que ocurrió en la tiranía es ciertamente demencial, una locura atroz. Así el protagonista dirá: “Yo mismo soy una contradicción” (pág. 12) y cuestiona la veracidad de su discurso, la veracidad de la historia: “Miento. Es verdad lo que digo. Miento. Todo lo que he dicho es cierto. Soy un gran mentiroso, el más grande que ha habido en todos los tiempos” (pág. 51). El protagonista irá a visitar al Psiquiatra, el “doctor Tiresias” que sienta las bases del posible problema del paciente, que es el problema de todos los dominicanos que padecieron la sórdida dictadura de Trujillo:

Hay ciertos hechos que suceden en la infancia que se graban en el subconsciente de las personas y que pueden permanecer allí durante toda la vida si no se tratan a tiempo y se expulsan. Son como un veneno de efecto lento. Sí, hombre, son como un veneno y todo veneno hay que vomitarlo si no queremos que nos mate (La telaraña, pág. 12).

De este modo, y como expuse al comienzo de este epígrafe, el escritor dominicano entiende la escritura como una catarsis, como una vía para expulsar el veneno que dejó la dictadura en el colectivo dominicano:

El propósito es vengarme de todos aquellos que me han robado la felicidad. Con estos datos pienso escribir un libro. Una novela en donde les daré vida eternamente. Los obligaré a vivir en contra de su voluntad. Mi novela será algo así como una inmensa telaraña formada con hilos de palabras (La telaraña, pág. 82).

Plantea la mismo traba que Veloz Maggiolo en *De Abril en adelante* y en el resto de sus novelas: la escritura de la realidad, el modo de intentar dar “forma exacta” a un material que, como reflejo de la historia insular, deviene en una enorme telaraña, “Una maraña de verdades y de hechos en la cual los personajes queden presos hasta que mueran” (*La telaraña*, pág. 87). Exactamente como sucede con el ciudadano de Quisqueya, preso en la urdimbre del trujillato y más tarde del balaguerato, inmóvil y a la espera de que la araña de turno siga tejiendo sobre ellos. Por esta razón el protagonista de Valdez quiere ser una araña y construir su propia trampa:

[...] ¿qué tiene de malo que uno desee convertirse en una araña? Una enorme araña que teja una enorme tela en la que cada hijo sea una historia y atrapar en ella a toda la humanidad. Y devorarlos lentamente. Uno a uno, sin excepción alguna. Torturarlos, anestésiarlos y así alargas sus agonías (La telaraña, pág. 16).

.....
Sí, nada hay más importante en el mundo que una araña, porque yo soy de su especie, un animal taciturno y silencioso que devora a quien le da la vida. Soy una araña y no puedo escapar a mi destino (La telaraña, pág. 22).

III. 2. 2. 1. LA NARRACIÓN DE LA OPOSICIÓN

Nuevamente se retrata el motivo de la oposición popular y los movimientos subversivos en aras también se devolver el protagonismo a un pueblo vejado que no permaneció impasible ante la férula trujillista. En *Anónimos contra el jefe* se presenta a

un contingente de la sociedad dominicana que, motivado por el triunfo de la Revolución Cubana, el repudio internacional al régimen trujillista y la acción del “exilio dominicano”, empieza a abrirse a varios frentes con la intención inmediata de derrocarlo, “mientras la hiena que desgobernaba el país se estremecía y rugía y desplegaba su aparato de terror por doquier” (pág. 88). Uno de ellos será el ALAT – acción liberal antitrujillista- que es el marbete del movimiento del protagonista, y que emprende una lucha abierta contra el dictador: reparten panfletos, se reúnen a escondidas, urden y traman, buscan dinero porque “Para tumbar un Gobierno o para matar a un hombre como Trujillo se necesita dinero⁵⁸⁰” (pág. 115), etc. Y como no, por esto mismo muchos de ellos son apresados y cruelmente torturados en las famosas cárceles de “La 40”, “El 9”, o “en la Fortaleza Ozama”.

El protagonista tras contar cómo se fue gestando este movimiento con Manuel Tavárez a la cabeza, dilucida el porqué del naufragio del proyecto, demostrando que Lucero Vásquez no reproduce un discurso descriptivo meramente, sino analítico y valorativo que le otorga un significado concreto a los hechos.

Me sumí en meditación, allá, en Rincón y me envolví en análisis y ví que de nada valían las armas y el coraje, porque ningún movimiento militar derrocó a una tiranía sin el apoyo del pueblo (*Anónimos contra el jefe, pág. 147*)

Este tipo de valoraciones coincide en cierta forma con las expresadas por el protagonista de Los algarrobos también sueñan que consideraba la colaboración popular y civil sine qua non para la aniquilación de la dictadura. El merengue se asoma en este pasaje, y su función será –tal y como ocurría en la Era- la de prodigar entre el pueblo dominicano la ideología trujillista y esa retórica de terror que impone:

⁵⁸⁰ En el texto aparecen en cursiva todas las intervenciones dialécticas de los compañeros del protagonista.

NO VUELVAN A EQUIVOCARSE
A MANDAR OTRA INVASIÓN
LAS PRIMERAS QUE MANDARON
RECIBIERON SU LECCIÓN.

[...]

CON TRUJILLO NO SE JUEGA
ESE HOMBRE SE RESPETA
FIDEL QUITATE ESA BARBA
SI NO HAY NAVAJA CHAVETA (pág. 143).

No hay que olvidar que:

El jefe es buen merengero y va a Bonao a las fiestas patronales en honor a San José, a bailar con esas hembritas de las hortensias, que ningún padre prudente se atreve a negarle⁵⁸¹. Trujillo llevó el merengue a los salones después de sudarlo entre ron y gallos, en la manigua (pág. 153).

A este respecto, me parece interesante señalar que en el capítulo quinto se condensa una serie de merengues –melodía predilecta del Benefactor de la patria- que cantan los sucesos claves de la Era, ya sea a favor o en contra –lo menos y cantados subrepticamente- de la misma:

*YO ME VOY PA' LA MANIGUA
CON MI MACHETE A PELEAR
A DEFENDER EL GOBIERNO
DE MI ILUSTRE GENERAL.*

⁵⁸¹ En la inmensa mayoría de las novelas del trujillato, como hemos visto y seguiremos viendo, se alude al “poder sexual” de Trujillo: su mandato se basaba en su supremacía sexual que le permitía disponer de todas las mujeres dominicanas.

*YO NO QUIERO QUE OTRO GALLO CANTE
CON AGUAJE SENTADO EN EL BANQUILLO*

QUEREMOS QUE CANTE PARA SIEMPRE

*ESE GALLO*⁵⁸² *QUE LE LLAMAN TRUJILLO* (Anónimos contra el jefe, págs. 56-55).

III. 2. 2. 2. ABUSO DE PODER SOBRE EL PUEBLO

El *La telaraña* se vuelve a la metáfora de la locura como la consecuencia más nociva del arraigo dictatorial trujillista en la sociedad dominicana. El protagonista vive con unos “muñecos” a los que trata como personas y que le “cuentan cosas realmente interesantes”, a la manera del protagonista de *Los ángeles de hueso*. Ninguno de los dos posee identidad en el texto, porque esa enajenación es colectiva y tiene demasiados nombres propios. Pero el protagonista de Valdez, a diferencia del de Maggiolo, como he adelantado, quiere ser una araña –como Trujillo o el propio Balaguer- y crear su propio estado de dominación, por lo que es víctima y victimario. Cuenta por otro lado, con una serie de muñecos con los que habla; pero con el que mantiene una relación más estrecha es con Orestedipo, que es una suerte de *alter ego*:

-¡Todos somos muñecos. Yo soy un muñeco. Tú también eres un muñeco!

-¡Un muñeco yo! ¿Estás bromeando?- atiné a decirle.

Parecía que hablaba en serio. No me agradaba la perspectiva de que aquello fuera cierto. Sin lugar a dudas Orestedipo se está volviendo loco.

-Así es, aunque no quieras eres un muñeco. Eres la proyección de mi tristeza.

La transubstanciación de mi materia en algo más mutable y corrompible. Sólo que vivimos en dimensiones diferentes, pero nuestras esencias son idénticas.

Esto es lo que permite que tú me escuches y comprendas (La telaraña, pág. 21).

⁵⁸² Recordamos que el lenguaje dominicano se vale del campo semántico de la zoología para referirse a tipos humanos. Así Trujillo será un “gallo” para unos, “tíguere” para otros, “perro”, “pájaro” y tras su muerte “chivo” para todos.

La alegoría es clara: los dominicanos también fueron muñecos de Trujillo, que éste manejaba a su antojo, que inertes, no pensaban ni actuaban: sólo se dejaban hacer. Por esta razón se le tilda de loco, como hubo de hacer Maggiolo en *Los ángeles de hueso* o González-Herrera en *Trementina, clerén y bongo* y nuevamente, los dementes son los otros, los trujillistas:

Yo sé que estoy en mi juicio, pero ellos no se cansan de gritarme lo contrario. Por eso es que no salgo a las calles. Me quedo aquí en esta habitación cuyo balcón da a la avenida Independencia. Me quedo solo. Solo con el jefe. Solo con Orestedipo (La telaraña, pág. 107).

La situación familiar del protagonista es un reflejo del sufrimiento que padecieron muchas otras durante la dictadura, pues se llevan al tío de Orestedipo, detenido por hablar mal del gobierno y entonces “Les escuché hablar de una carta al generalísimo para suplicarle por la vida de su hermano. Pedirle que otro fuese el castigo y no la muerte” (pág. 36). El tirano accede a las súplicas –“este tipo de perdón es fruta escasa”- y le conmuta la pena de muerte por la cadena perpetua. Por otro lado, el padre –Layo- no lo quiere porque es un “accidente”, “un escupitajo de su sexo incontrolado”, está casado con otra, tiene un “negocio de provisiones” y reniega de él.

Cuando el padre va a su casa y se entera de lo sucedido con el tío, le dice que no se acercará por allí ni les ayudará:

Compréndelo, el gobierno ha hecho una redada a todo los desafectos y a los sospechosos de no querer cooperar con el régimen, todos los que tienen tratos con ellos son puestos bajo observación (La telaraña, pág. 38).

El dolor de la traición del padre, la pérdida del universo patriarcal –universo perpetuado por Trujillo, universo-Trujillo- y el abismo al que arroja a la familia, pues “Tiene en sus manos las llaves que llenan muchos estómagos y que iluminan muchos hogares cuando la luz se va” (pág. 30), instala en el protagonista odio acérrimo hacia él: “Imaginé que layo era mi padre, que Clitemnestra era mi madre y que aquel muñeco diminuto era yo. Desde aquel momento comenzó mi odio hacia Layo”. Narra como se va quedando completamente solo porque el miedo –que retrató ya Requena en las primeras escenas de su novela- impide que se acerquen familiares, amigos, y sus

compañeros de colegio. El abandono y la cobardía de Layo conllevan la hambruna, la desesperación y la pena de la madre, que es lo que más le duele a Orestedipo. Le suplica su progenitora a su padre un poco de gas para iluminar el hogar y cuando se lo niega Orestedipo dice quedarse ciego y jura venganza. Desde ese momento, resuelve apuntarlo todo en un diario para no olvidar nada de lo que le está pasando y donde revierte la soledad que experimenta por causa de Trujillo, el “Jefe” condena a su pueblo al ostracismo y erige un universo, “Onirosocosmos”, en el que él es el “amo y señor”, el demiurgo del poder:

Tanta obediencia me trastorna y a veces me incomoda. Pero es que aún no me he acostumbrado a que en este mundo soy el jefe, soy el dios de todas mis criaturas y en virtud de mi omnipotencia un deseo mío es una orden. Pero yo no soy un tirano con mis súbditos. Yo no los amenazo con el infierno. Todo lo que hay en mi mundo es de ellos. Solamente les pido a cambio de todas mis indulgencias y todas mis bondades, que hablen, para así romper este silencio (La telaraña, págs. 73-74).

El dictador no puede acceder a su mundo interior, a su psique en la que él es el verdadero amo de su locura, el jefe de sus actos y de sus pensamientos.

Más tarde el protagonista entra a trabajar y se encuentra con otro contexto de sumisión y ponzoña, de trabajadores corrugados por el autoritarismo y el rendimiento de parias al Jefe:

El jefe es omnipotente y omnipresente. Es todo poderoso y no acepta que nadie le lleve la contraria. Tiene ojos incrustados en todos los hogares y hasta las paredes tienen miedo de callarse los secretos que a él podrían afectarlo. Es un hombre sin corazón y maneja sin piedad alguna esta oficina tan grande que va desde un mar hasta un océano y en la cual hasta los que no trabajan son sus empleados (La telaraña, pág. 48).

La similitud con Trujillo es evidente, y él se verá abocado a ser otro muñeco más en su trabajo: “me puse la careta y decidí ser un actor más.” No obstante, afirma que el Jefe lo trata bien, pero la inquina se apodera de él por culpa de una mujer de la que se enamora, y que como muchas otras allí, es propiedad del Jefe, es su amante. El

protagonista condena la actitud retrechera de la muchacha –y por ende la de muchos dominicanos y dominicanas- la cual se mueve por los resortes del materialismo y el favor económico.

Sabemos de la ubicación temporal de la novela a través de hechos externos, además de las múltiples referencias “internas”. El narrador nos sitúa en los años de la segunda Guerra Mundial, pues habla de que “Alemania había capitulado ante el empuje de los rusos. Un tal Zhukov, que es mariscal o algo parecido, fue el primero que puso los pies en Berlín” (pág. 22). Más adelante, también incurre en apreciaciones que nos trasladan a este periodo: “Es horrible. Desde hoy los japoneses tienen sabor de bomba atómica” (pág. 63). La isla no permanece inmune al cataclismo mundial y comienza a sufrir restricciones y a subsumirse en el muladar de la pobreza:

Se acabarán las noches oscuras a las que tanto temo. Quizás ahora la energía eléctrica no sea racionada, porque el petróleo puede que nos llegue en abundancia y menos caro. También es posible que no tengamos que dejar nuestros estómagos vacíos para llenar los vientres de los que pelean (La telaraña, pág. 23).

A Orestedipo no le importa que haya finalizado la guerra porque su batalla interior no ha concluido, y porque la dictadura sigue conminando la vida dominicana: “todo alrededor de mí es horror, sangre, muerte, hambre y desolación” (pág. 60):

Presiento muchas cosas. Presiento las protestas y los arrestos. Siempre ha habido protestas y ha habido arrestos. Después vienen las desapariciones y sólo queda el murmullo detrás de las pareces y la lágrima oculta. (La telaraña, pág. 29)

El texto transmite al lector la angustia y el padecimiento de los dominicanos, prisioneros del egotismo del sátrapa, del requerimiento de la adulación constante, ya que Trujillo representa el papel de un director de orquesta y el resto de dominicanos tocan los instrumentos que él decida. La ignominia deviene en escepticismo: “Dios no puede existir, en nombre de la razón yo le quito ese derecho” (pág. 65) y en la descripción de un cuadro grotesco y esperpéntico:

El jefe dispone que no haya luz y sencillamente el sol deja de salir. Si dispone que haya hambre a uno no le quedan otras alternativas que morir. El lo dispone todo. Todos bailan al compás de la música que él toca. Si quiere a una mujer, se acerca al jardín y mira los rosales. Observa detenidamente todos los capullos y escoge el más tierno. Lo abre, rompe su inocencia, aspira un poco de perfume y cuando se cansa, lo arroja y lo pisotea. Así es él. Cuando ordena morir, hay que hacerlo aunque uno no hubiese comenzado a vivir. Cuando se le ocurre que hay que buscarle un muerto, aparece una docena, si son cien lo que desea, le traemos mil, para que escoja. Yo me imagino que un día se le va ocurrir que mueran cuatro millones y entonces se llevará un gran disgusto, porque no va a encontrar a nadie quien se los traiga. El jefe es así de caprichoso (La telaraña, pág. 66).

Por esta retahíla de razones manifestará abiertamente su deseo de acabar con el Jefe:

Yo quiero su cabeza. La cabeza del jefe. Es una rara obsesión pero la quiero. Sin embargo no estoy loco del todo para intentarlo solo. Sé que jamás lo intentaré aunque encuentre compañía. Eso sí, un día le dejaré la oficina sola y no volveré más, entonces se quedará sin su más eficiente y antiguo empleado (La telaraña, pág. 78).

Finalmente deja el trabajo, aunque sabe que Trujillo seguirá montando en el caballo de la traición y el crimen, en un caballo de Troya muy singular: “Una bestia con piel de madera y corazas y espadas en sus intestinos” (pág. 89). El final de los personajes no puede ser otro en el marco de la narración: Orestedipo ordena matar a su padre, a su madre, hermano y familia, todo “muñecos”. Pero también le clava un cuchillo a Orestedipo –él es consciente de que ese era su destino- y lo coloca junto al resto de cuerpos encima de la telaraña. La carta elegida esta vez ha sido la del suicidio, Orestedipo sí ha sido valiente.

*Chapeo*⁵⁸³, otra de las novelas seleccionadas en este bloque, es un texto muy diferente. En él se habla explícitamente de la repulsa del pueblo dominicano “por los métodos de terror y barbarie” y adjunta datos de jóvenes asesinados por el balaguerato.

“El chapeo” consistía en propinar tremebundas en la cárcel, realmente, “corte de pequeños arbusto o maleza o golpe de las ropas que lavan en los ríos”. Ferreras compara lo que ocurrió en las cárceles tras la muerte de Trujillo y los siguientes gobierno (especialmente el de Balaguer), con lo que acontecía durante el mandato trujillista. Es curioso, porque el libro se escribe cuando Balaguer no está en el gobierno, “is sacastically dedicated to Balaguer on account of the genocida tha, according to Ferreras, was committed in the years of his government”⁵⁸⁴.

Lo que interesa de esta obra es el la relación detallada del trato dado a los presos por parte de la policía trujillista en La Victoria:

El régimen de Trujillo estaba sentado sobre un barril de pólvora y sobre un montón de cadáveres, por lo que estaba dispuesto a seguir bañándose en sangre de pies a cabeza, como lo establecían internacionalmente frases del mismo Trujillo, como aquella de que ‘sesos y barbas volarán como mariposas’ si se producía una invasión a este país (Chapeo, pág. 24).

Anónimos contra el jefe, en cambio, nos ofrece una visión panorámica de las tropelías trujillistas y una descripción detallada de los goznes y cadenas que pone en marcha la maquinaria del Servicio Militar Obligatorio (S. M. O), el cual sobresale por su disciplina férrea, rigurosa y severa:

El Servicio Militar Obligatorio era, sí, una tenaza psicológica que al apretar mostraba la razón básica del status del momento, a la vez que estampaba en el cerebro, como hechizo, el terror que imponía el régimen a militares y a civiles. (Anónimos contra el jefe, pág. 25)

⁵⁸³ Ramón Alberto Ferreras, *Media isla (1): Chapeo*, Santo Domingo, Editorial del Nordeste, 1982.

⁵⁸⁴ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 123.

Nuevamente asistimos a la narración novelística de la política del miedo como uno de los vectores de la fuerza motriz del aparato trujillista. La trama argumental primera de esta novela es la que relata las vicisitudes de un “grupo de anónimos contra el jefe” y sus frustrados intentos de acabar con Trujillo, como el siguiente:

[...] levantar la alcantarilla del centro de la Máximo Gómez con cualquiera de sus esquinas y preparar un explosivo que volara el carro del Jefe una noche de las tantas en que él salía a recorrer esa avenida (Anónimos contra el jefe, pág. 86).

Muchos de ellos serán encarcelados, y en esta parte de la trama el narrador procede a la delineación de algunas escenas de torturas, habituales en los cadalsos del trujillato:

El cigarrillo del verdugo apagado en las orejas del detenido; los voltios intensos de la silla quemando las infles y el corazón latiendo a toda milla, desbocado; los ojos desorbitados del infeliz confundidos en un beso nauseabundo con la baba brotada de una boca enorme (Anónimos contra el jefe, pág. 114).

El capítulo XVI que concierne a la “invasión del 14 de junio”, el desembarco y el fracaso ulterior, procede a la narración de la ira mefistofélica que desató este hecho y que produjo un martirologio inaudito y una represión aún mayor por parte del gobierno que conminaba al pueblo y minaba sus esperanzas.

Efraim Castillo en *Currículum* hace un fiel retrato del ambiente dictatorial, que propició la sucesión de este tipo de atrocidades:

Trujillo el grande por aquí Trujillo el grande por allá Trujillo es todo en la Patria desfiles todos con uniformes caqui almidonados y zapatos lustrosos bien recortado el pelo y con paso firme uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro marcha alto que en su lugar descansen (Currículum, pág. 213).

.....

Trujillo. Siempre Trujillo. Al orinar Trujillo. Al cagar Trujillo. Al comer Trujillo. En el polvo donde la China Prieta Trujillo. Tú tienes todo; yo no tengo nada (Currículum, pág. 223).

La dictadura produce una cicatriz en el dominicano física y moral, cuya profundidad depende del papel jugado en el tablero amañado de Trujillo: las reglas y los dados los pone, evidentemente, él. Por eso, la sutura de los comunistas que luchaban por ideales, “un partido de resistentes antitrujillistas, formado por una gruesa capa pequeñoburguesa” (pág. 31), está hecha con puntos de acero. Beto será arrestado por realizar actividades subversivas en contra del gobierno y encarcelado en la Victoria. La reproducción de lo que allí sucedió es la siguiente:

Marcas de identidad y penetró, sin ruidos, en el pasado Trujillo post mortem, cuando las cicatrices representaban como barras, estrellas y rayas para aupar el heroísmo: ¿cuántas cicatrices tienes tú? A ver, veinte, treinta, que me quemaron cigarrillos por las ingles y me metieron los dedos por el culo; fijate, mi frente, esta frente llena de golpes y serruchos, de martillos y cinceles; no es posible avanzar más en ese pasado de martirio, de fanatismo y retrocesos; a ver, a ver, enséñame lo que puedas, tu puesto es detrás del mío (Currículum, pág. 24).

.....
Se vio llevado por dos policías del servicio secreto hacia la perrera; sintió como ésta arrancaba y tomaba, veloz, rumbo al palacio policial. Sintió cómo le dolieron los golpes propinados por la espalda con cachiporras y le dolió, más aún, cuando a la media hora vio aparecer a su padre, sonriente y abrazando al mayor López, quien le había golpeado (Currículum, pág. 38)

Lo liberan pronto debido a que su padre es guardia de Trujillo; este hecho produce desconfianza en los demás: “¡No podía salir de la cárcel, debía permanecer allí porque soy una ficha quemada y si la policía me suelta, ¡pues claro!, es para atrapar a todos!” (pág. 33). La alusión al clima de desconfianza y “paranoia” que generó el trujillato es continua: el caliesaje embozado en cualquier ciudadano, amigo o familiar no da tregua alguna. Vicente da una posible explicación a la difidencia imperante:

¿Desde cuándo viene todo? ¿Desde Sánchez Ramírez? ¡No, desde más atrás! Tiene que ver con el exterminio de los indios, con el cruce con los negros, con los ataques piratas, con los ciclones y terremotos, con el crecimiento de la parte francesa, con la independencia efímera, con la dominación haitiana, con las cuitas de Duarte, con la anexión de Santana, con los líos de Luperón, con Báez, con Lilís, con Mon Cáceres, con la intervención norteamericana del 16, con la autonecesidad de Horacio, con la subida de Trujillo, con los desembarcos fallidos, con el propio ajusticiamiento de Trujillo que la CIA piloteó [...] no es una cuestión de acechar a quién, sino de quién acecha a uno. (Currículum, pág. 91).

En *Materia prima* el *horror vacui* que instaló la dictadura es representado por varios individuos que vivieron de primera mano el acoso de “los esbirros de la tiranía”, y principalmente por Persio; el cual llegará a aseverar: “todo pueblo para desarrollarse ha necesitado de las dictaduras” (pág. 11). Así, el sistema educativo del trujillato es retratado con pinceladas positivas y negativas:

El Liceo era un hervidero de ignorantes. Los programas de estudio de la dictadura eran relativamente buenos, los profesores excelentes, pero el cerco de la información y el temor de sobrepasar los límites de las conversaciones hacían imposible que todos desarrollaran la curiosidad necesaria como para ver más allá de sus narices (Materia prima, págs. 11-12).

Sobre la educación trujillista, faceta que no ha sido lo suficientemente atendida en la parcela literaria del trujillato, volverá en páginas posteriores haciendo hincapié en la huella indeleble que ha dejado ésta en el dominicano:

*Has dónde las “obligaciones” establecidas por el régimen nos deformaron el alma es algo que ha sido estudiado con poca profundidad. Ciertamente [...] muchos de los que torturaron, mataron y delataron, pudieron regresar; están entre nosotros en este 1987 que termina. Otros, los que juraron muerte contra los invasores debieron huir, paradójicamente, e insertarse como niguas en el territorio que les hizo la guerra
[...]*

¿Pero hasta dónde tales modelos nos deformaron, nos hicieron ver la vida tal y como la dictadura lo programó? Rebelarse era un camino sano, ¿pero cuántos teníamos suficiente formación política como para darnos cuenta de que aquello que se decía en el corral de la dictadura era mentira? (Materia prima, pág. 165).

Y es que, efectivamente como dice el narrador, todos los jóvenes, personajes y protagonistas de esta novela, bebieron leche de la Hacienda Fundación, que se repartía gratuitamente en el famoso “Desayuno Escolar”, un programa de ayuda a los necesitados y todo un negocio para Trujillo. Habían crecido en una ciudad que llevaba el nombre del dictador y de su familia grabado en la mayoría de sus esquinas y rincones. Un mundo de actos públicos, homenajes y alabanzas continuas a la figura de un hombre mítico, pues “En ese mundo haber conocido al Jefe personalmente tenía mucho de egipcio o de hitita. Tocar el Faraón era llevar para siempre la impronta de la divinidad” (pág. 166).

Se suceden las anécdotas trujillistas, los modos represivos del régimen de Trujillo, la propagación de su retórica imbricada en los merengues que se oían en la radio, y en frases exultantes que rezaban en los locales de Partido Dominicano: “Mis mejores amigos son los hombres de trabajo” (pág. 33). En cuanto a los martirios típicos de la tiranía, aparece la figura de un boxeador, “Kid Chapeo”, que era el encargado de propinar tamañas palizas y autor de semejantes vejaciones:

Chapeo actuaba como un autómeta. Miraba de vez en cuando los genitales de Manolo y antes de golpearlo con el foete le pasaba las manos por las nalgas mojadas, como para asegurarse de que podía eyacular aún sin penetrar el trasero de su víctima sexual a la vez que política (Materia prima, pág. 35).

Después de las golpizas y de haber sido sodomizado por Chapeo, Manolo decide hacerse calié, presionado por la amenaza de la publicación de fotos que se hacían de estos flagrantes fastos. De esta guisa son los cimientos del edificio sanguinario de la dictadura, que en Villa Francisca toma un cariz especial:

Bailes, tragos, puñaladas, borrachos y patadas propinadas por las patrullas del Generalísimo cuando pedían la identificación, se mezclaban en un gordo

amasijo de muerte y sonos, de guarachas y política, de filosofía beoda y contribuciones forzadas para los integrantes de “la patrulla” (Materia prima, pág. 40).

También se da cabida al episodio de la masacre haitiana de 1937, ordenado por un Trujillo “característicamente antinegro”:

[...] había ordenado una horrible matanza de haitianos en 1937, cuando aduciendo violación de fronteras hizo pasar por las armas, a fuego y cuchillo, a millares de habitantes de la vecina nación (Materia prima, pág. 42).

Ulteriormente ante la crisis de 1942 Trujillo defenderá que la sólo existe un modo de salvar al país, y es que él tomara las riendas de la ganadería, y por eso “la Hacienda Fundación, la más grande del Caribe, se incrementó con la crisis y llegó a ser [...] el conjunto productivo más importante y capaz de la República” (pág. 42). Todo en la isla es propiedad del tirano:

Los comités de barrios que controlaban políticamente a los más jóvenes, los que deberían siempre asistir a los actos y reuniones con carácter obligatorio. Y en aquellas reuniones del único partido del país, los coros, las danzas, los himnos, las loas a Trujillo, los letreros diciendo “Salve Padre de la Patria, Viva el Benefactor y Primer Maestro, las fotografías del Jefe, de sus familiares (Materia prima, pág. 82).

.....
[...] este gobierno no era bueno, ni eficaz, ni cristiano, ni decente, que desde hacía muchos años una sola familia usufructuaba hasta a las niñas del país, se repartía las vacas, las industrias, las tierras (Materia prima, pág. 124).

Y es que en tiempos de Trujillo –“Todo se llamaba Trujillo”- y la ciudadanía vivía a expensas de las veleidades de su mandatario, porque eran las “obligaciones políticas incompatibles con la propia biografía” (pág. 86).

Mil novecientos cuarenta y nueve fue un año difícil. Por las costas de Luperón desembarcó un grupo de exiliados que intentaron iniciar la lucha contra el

Generalísimo desde dentro. Fueron en parte acribillados, en parte traicionados, en parte presentados los sobrevivientes como rémoras, cucarachas. El fiscal pidió treinta años para ellos y el olvido eterno para los muertos [...] En las casas el silencio fue la respuesta al hecho [...] La prensa hizo gala de la valentía de los soldados dominicanos (Materia prima, pág. 100).

La esperanza cercenada y el barrio sumido en un silencio sepulcral; la única voz, el único latido era el de Trujillo y sus edecanos:

El barrio de Villa Francisca se desvivía en silencios dictatoriales. La voz del jefe único, la voz del dictador, colgaba en las paredes de las casas familiares en fotografías del Generalísimo portando medallas y gorras al estilo Charles De Gaulle; colgaba convertida en letreros que rezaban: “En esta casa el Generalísimo es el Jefe” (Materia prima, pág. 113).

Como colofón del análisis de este motivo literario, tenemos *Sólo cenizas hallarás*. El remanente trujillista y la ligación con los avatares infaustos de la Era es representado por Altagracia Valle, “viuda de Nogueras”, del capitán Nogueras. “En su habla se resume la angustia, la duda y la confusión sufridas por el pueblo dominicano tanto durante la Era de Trujillo como después de su muerte”⁵⁸⁵. Se trata de la madre de Freddy y, como había de explicar Isabel Zakrewski Brown, “Su presencia textual significa lo materno, el buen juicio y una nostalgia por la Edad de Oro”⁵⁸⁶, y está claramente marcada por la voz de la primera persona, pues el resto de la narración es omnisciente. Deja Macorís en tiempo de la dictadura para irse a la capital, “ciudad del diablo, la soledad, la muerte” y de “amargura” y disfrutar de los privilegios de ser la esposa de un secuaz del tirano. La opinión que le merecía la realidad dictatorial era:

Lo que pasa es que entonces, en los años a los que me refiero, la vida aquí era tan diferente, uno estaba tan al margen de todo, vivía tan alelado y como tan pendiente de lo de cada día, que con llenar las horas, ver crecer a los hijos y

⁵⁸⁵ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 63.

⁵⁸⁶ *Ibid.*, pág. 44.

estar bien con el hombre que nos había elegido, ya se tenía bastante. Y a mí esas cosas me sobraban, francamente [...] yo me sentía contenta de que así fuera (Sólo cenizas hallarás, pág. 118).

Tras la muerte de su marido, el capitán Julián Noguerras en 1951 su vida experimenta un viraje tremendo que no sólo afecta a ella sino a su hijo, empeñado en conocer la verdad de lo que aconteció con su padre. Cuando la desentraña, lo que hace es “encerrarse en un silencio”, como el pueblo dominicano tras la verdad atroz del trujillato. Freddy entonces se introduce en las sirtes de los movimientos clandestinos que luchan por derrocar a Trujillo. Así:

El movimiento clandestino se plantea la desmitificación del dictador militar, del jefe, las indagaciones de Freddy conducen a la desmitificación de la imagen heroica del padre. A partir de este parricidio ideológico, parricidio que se corresponde con el que, en esos momentos, efectúa la clandestinidad en relación con Trujillo, Freddy comienza participar en el movimiento de oposición al régimen⁵⁸⁷.

Freddy empieza a frecuentar a Paolo, impregnado de un hálito de idealismo acezante, y Altagracia a su vez emprende un camino empedrado de preocupaciones por la suerte de su hijo, pues sabía de los modos de los sicarios trujillista y cómo afectaría su encarcelamiento a los suyos: “la familia sobre la que caía una desgracia como esa no tenía más remedio que quedarse sola, como si en vez de seres normales y corrientes se hubieran convertido en leprosos o tísicos” (pág. 228).

Freddy no será apresado, a Paolo se lo llevan los del SIM:

[...] a patadas, trompones y galletas lo sacaron de su propia casa y lo metieron en un cepillo de esos que usaban ellos. Y no hasta el día de hoy, como ocurrió con otros, pero sí que lo encerraron durante más de un año (Sólo cenizas hallarás, pág. 227).

⁵⁸⁷ Arnaldo Cruz Malavet, *op. cit.*, págs. 66-67.

El momento álgido del soliloquio de Altragacia Valle llega con el bosquejo de los últimos meses de la convaleciente dictadura, cuando se vivía “con el temor de que en cualquier momento el país estallara en mil pedazos” (pág. 229). Altragacia asegura que el pueblo era consciente de que la situación era insostenible, y se asía a los mensajes de aliento que se prodigaban por la radio:

Y es que había que tener, en serio se lo digo, mucha fe y mucha esperanza en que esto se iba a solucionar de un momento a otro (o estar sencillamente paralizados por el miedo, que ésa era otra) para aguantar sin reventar por dentro aquellas largas noches encerrados, noches en las que no se oía un solo ruido por la calle (la ciudad como envuelta en un toque de queda voluntario) a no ser el murmullo de los Volkswagen del SIM [...] Uno los oía venir y ya estaba pensando que se iban a parar en nuestra propia puerta para llevarse a alguien de la casa (Sólo cenizas hallarás, pág. 299).

Nuevamente se hace alusión a la desconfianza de la que hablaba Veloz Maggiolo, a la delación y a la falta absoluta de libertad de expresión:

[...] decir que todo estaba caro, o quejarse en voz alta de no tener trabajo o de no hallar qué hacer, o simplemente por cometer la pifia de caer en un gancho e irse de la lengua, hablar mal del Gobierno, con un chivato que parecía que no, pero lo era (Sólo cenizas hallarás, pág. 299).

Y finalmente llega la tan ansiada muerte del tirano, aunque el pueblo dominicano no puede creerlo, sigue pensando con la lógica de la retórica trujillista y teme que todo sea una gran trampa-telaraña del tirano para atrapar insurrectos y opositores, como hubo de hacer el Primer Magistrado de *El recurso del método* de Alejo Carpentier:

Porque era el caso, coño, que lo habíamos estado esperando con auténtica ansiedad, pero nadie, en el fondo, creía que pudiera ocurrir, nadie creía que pudiera ser cierto. Tanto es así que durante unas horas, y aun después de que el radio diera la noticia, aquel inusitado 31 de mayo, la gente continuaba metida en su casa-madriguera, en su casa-cueva, en su casa-escondite, convencida de que se trataba de una broma, de una trampa gigantesca para

atrapar a todos los enemigos que aún permanecían sueltos y que (creyendo en ese bulo del asesinato) se lanzarían a la calle, se quitarían ellos solos la máscara que no habían podido quitarles los del SIM (Sólo cenizas hallarás, pág. 300).

La represión de los sistemas totalitarios alcanza cotas de inverosimilitud que fueron perfectamente captadas por García Márquez en el *Otoño del patriarca*, que en sus páginas coincide con la descripción que de la realidad *post mortem* dominicana:

[...] no lo creíamos ahora que era cierto, y no porque en realidad no lo creyéramos sino porque ya no queríamos que fuera cierto, habíamos terminado por no entender cómo seríamos sin él, qué sería de nuestras vidas después de él, no podía concebir el mundo⁵⁸⁸.

Tras el magnicidio, Altagracia que se eliminaría el miedo y ese eterno silencio: “Una vez muerto el Jefe el país cambiaría definitivamente, y aquel desasosiego, aquel miedo a que vinieran a buscarlo para llevárselo a yo no sabía dónde, desaparecerían también. Equivocada, completamente equivocada” (pág. 189). El pesimismo en el discurso literario en el decenio de los ochenta, encuentra uno de sus principales anclajes en la frustrada transición a la democracia y la imposible erradicación de la rémora trujillista del país.

III. 2. 2. 3. EL MILITAR: SÍMBOLO ORONDO DE LA VIOLENCIA DEL RÉGIMEN

El arquetipo militar del trujillato no ocupa el lugar central que ostentaba en el bloque de los sesenta y setenta, pasando a un segundo plano. No obstante, también aparecen militares en *La telaraña*, que son descritos como “perros”; hay que recordar que en *Los ángeles de hueso* Veloz Maggiolo también recurría al campo semántico de la zoología para referirse a los militares trujillistas: para él se trataba de una pléyade de tarántulas. El protagonista de Valdez, que recordemos quería ser también Jefe, tenía un perro que bautiza como “Extraño”, con el “pecho cuajado de medallas”, debiendo llamarle así para diferenciarlo de los muchos perros que como él habitaban la ciudad: “Le llamaron Coronel, sin embargo para mí seguía siendo Extraño. Únicamente

⁵⁸⁸ Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, op. cit., pág. 244.

Extraño.” (pág. 77) y fue el que se llevó preso al tío de Orestedipo. Ilustra el cometido de los edecanes militares del tirano, recreando la celebración de un mitin, donde asistieron “más de mil cucarachas” y donde acechaban iracundos los “perros” del “Señor”:

Ya el sindicato de dientes ha emitido un comunicado en el cual protesta en contra de los canazos. Tenemos que salir en una manifestación para pedir al tío de la galera que no nos deje sin nuestra diaria ración de atropellos a la cual ya nos tiene acostumbrados. Que no deje de seguirnos explotando. Que no desampare a los poderosos y que les suministre más gases lacrimógenos, más fusiles y más balas. Que nos sigan vendiendo caros sus productos. Que sigan disfrutando con nuestra hambre y nuestra desnudez. Que se lleven el cielo y el mar, para no poder distraernos; o que los pinten de negro... (La telaraña, pág. 106).

A continuación, describe una escena escabrosa de antropofagia, en la que Orestedipo piensa:

Como tengo buenos dientes pude arrancarme todo el dedo grande. Sentí un sabor a sangre y a carne fresca. Comencé a masticar y a tragar. Los huesitos parecían de cartón [...] La sangre comenzó a salir en abundancia por los dedos mutilados. La herida no me dolía (La telaraña, pág. 95).

Entonces llega “Extraño”, o su fantasma, no queda claro, o él “en persona” y lame toda la sangre derramada: “Yo pienso que así me vengaré de Extraño, pues lo ahogaré en mi sangre. Cuando Extraño ladra muchos hombres se ponen en atención” (pág. 96). La idea es muy similar a la que propone *Los Ángeles de hueso*, cuyo protagonista pretendía comerse su cabeza para acabar con los gritos y pensamientos. Finalmente se come a “Extraño”, al contingente militar, que nada en su sangre, aún sabiendo que vendrán a por él y le “romperán la boca a culatazos”.

En *Currículum* los militares son las extremidades del cuerpo de Trujillo, el brazo ejecutor, y a su vez, el tirano es dibujado como la amalgama de los vicios y defectos del dominicano:

¿Sería Trujillo una síntesis dialéctica? Trujillo resumía todos los vicios y virtudes de nuestro país. Mujeriego, parrandero, amante de los caballos y bebedor. Se acostaba temprano y se levantaba al alba. Buen amigo de los amigos y enemiguísimo de los enemigos. ¿Qué hubiese sido de Trujillo de haber nacido en una sociedad más avanzada? En la alemana, por ejemplo. ¿Hubiese sido igual que Hitler, que Mussolini? De Trujillo estar vivo, en buena salud, joven, habría dado un golpe de estado con la situación actual (Currículum, pág. 141).

Materia prima, sin embargo, no centra su narración en ningún prototipo de militar de la Era, sino que es Manolo el que encarna la el cieno del pozo trujillista:

[...] opositor del régimen que obligado por el (sic) mismo a permanecer dentro del barrio de Villa Francisca, comenzó el intento de recuperar su libertad con simples soplos al servicio secreto, quedando apresado luego en las redes de la delación y de la muerte (Materia prima, pág.31).

A Marcio le interesa más esta arista del andamiaje de Trujillo: la del caliesaje, íntimamente imbricada con la militar: “El caliesaje era entonces la primera forma de pluri-empleo conocida por la sociedad dominicana” y muchos lo eran, de ahí el ambiente de suspicacia que envolvía a la población.

III.2.3. EL TRATAMIENTO EPISÓDICO DEL TRUJILLATO: SÓLO CENIZAS HALLARÁS Y CURRÍCULUM

Estas dos novelas como ya he señalado, remiten al trujillato como explicación de la situación política nefasta que ha caracterizado a la República tras el tiranicidio. En ellas, por tanto, encontraremos alusiones a la revolución de abril y al balaguerato, retratado como una variante impresionista de la dictadura de Trujillo. En *Currículum*, por ejemplo, se menciona la transición fallida, el gobierno de Bosch y el tripartito, que respondían a la voluntad encontrada de una sociedad dividida: “Por un lado los sectores económicos tradicionales, los que habían salido de Trujillo y deseaban para sí esa

heredad de poder de decisión, mamar solo las tetas de la sagrada vaca paisana” junto con una burguesía nacionalista que adquiere “conciencia” con el gobierno de Bosch. Y seguidamente se zambulle en el oleaje de la revolución del sesenta y cinco, atendiendo a las razones de la invasión estadounidense de 1965:

PERO los americanos no sólo habían invadido República Dominicana para abrir el cordón ni para, como ellos hicieron creer al mundo, “salvar vidas americanas”. Lo habían hecho para defender su capital y el capital en manos privadas, que era también suyo (Currículum, pág. 180).

El gobierno de Balaguer, “tren militar corrupto” sigue la estela de Trujillo sólo que en virtud de un barniz democrático que le permitiera continuar en el sillón presidencial. Todos estos episodios históricos son enfocados desde la práctica de un realismo inmerso en la esfera de lo cotidiano y cuyos rasgos más sobresalientes son la ambigüedad, la ironía y el sexo. Castillo se instala en la crítica ácida a la irrupción de lo norteamericana en la isla. Abril era la “esperanza” y con ese fracaso llega la desilusión. La búsqueda de la obtención de la visa para salir del país e ir a Norteamérica (el caso también de Freddy Noguera y un denominador común: la cobardía, la necesidad de huir, la poesía, ambos eran poetas) son los hilos que mueve la trama de la novela y a su protagonista: Beto. Su vida es un “currículum constante y caminaba pensando en su vida pasada”. O “La nada se convirtió en un juego y ya vivía en el pasadopresentefuturo al mismo tiempo; de noche soñaba con la revolución y con la visa y con todos sus compañeros muertos”, eso decía Elena, su esposa. En el folleto para obtener la visa se lee: “DESCUBRA UN NUEVO MUNDO, visite los Estados Unidos de América” (pág. 19).

Hay “trescientos mil dominicanos en los EE.UU” y los requisitos para obtenerla son innumerables. Tras la muerte de Trujillo es cuando, según el narrador, se produce el “descubrimiento popular mayor: los yankis” y cuando paulatinamente se va norteamericanizando la ciudadanía insular:

Trujillo estancó la politización de nuestro país; retrancó, siguiendo las más inflexibles leyes físicas, todo vestigio de pluralismo político. Y cuando digo “Trujillo” estoy diciendo Estados Unidos de Norteamérica (Currículum, pág. 282)

La influencia del imperialismo estadounidense se respira en ambas novelas; así en *Sólo cenizas hallarás*, los dominicanos hablan de “Pepsicola”, de los refrescos “Old Colony”. En definitiva, se trata de “la asimilación ecuaníme de la cultura estadounidense dentro de la dominicana”⁵⁸⁹. Y por este motivo, los comunistas de entonces, como Beto y como Freddy, son los traidores del presente, los que reniegan de la podredumbre dominicana en aras del sueño imperialista:

¡Increíble! –siguió diciéndose Julia-. ¡Nada más y nada menos que el señor comunista deseando irse a yankilandia! –y le disparó como un latigazo:- ¡Estás acabado! (Currículum, pág. 23).

.....
Así creció en el cerebro de Beto la idea de que aquel que no usaba una caro de los de a nueva producción era un atrasado (y entonces se podía agregar el término “campesino”, no como para hacer notar que era oriundo del campo o agricultor, sino para hacer notar lo atrasado que se estaba en el uso de las cosas modernas. Así también, Beto diagnosticó que urbanizarse es lo que busca el campesino que emigra a la ciudad, subiendo así su categoría social. De ahí a que emigrar era una moda, un estilo de vida entre los habitantes rurales, tal y como los que viven en zonas urbanas o semiurbanas emigran hacia New York u otras ciudades norteamericanas (Currículum, pág. 140)

Este pasaje ilustra a la perfección la dicotomía campo / ciudad y describe a ese tipo de campesinado, como lo era la sirvienta Lucila en *Sólo cenizas hallarás*, que quieren subirse al carro de la modernidad. En esta premiada novela, Pedro Vergés ubica de la trama en el periodo de año y medio posterior a la muerte de Trujillo, que va a siluetear las directrices que tomó el pueblo dominicano en esta época: la búsqueda de una estabilidad política que no llega, el caos político y el pulso de fuerzas entre trujillistas y antitrujillistas. La familia de Trujillo no logrará, como sabemos, hacerse con el poder y su único subterfugio será el exilio. Este hecho impregna de esperanza el ánimo y la voluntad de los dominicanos, que verán en las elecciones constitucionales que se celebraron en diciembre de 1962 la constatación de una nueva fase política basada en la democracia y la libertad.

⁵⁸⁹ Isabel Zakrewski Brown, *op. cit.*, pág. 42.

El autor se mueve magistralmente en las sirtes del realismo y logra producir un discurso de gran calidad literaria -lo que hace que sobresalga por encima del resto de novelas de esta época- donde múltiples personajes se mueven en una trama que los irá entrelazando. Así tenemos a Lucila (la sirvienta), que representa a ese campesinado transido de modernidad, el Teniente Sotero, que también representa el paradigma de la tradición frente al desarrollo urbano, Yolanda Martínez que personaliza la corrupción que en este caso proviene del exterior: New York, símbolo a su vez de modernidad y progreso, pero con un matiz peyorativo en la obra. Tras su estancia en la gran manzana y con la vergüenza de la pérdida de su virginidad, decide volver a la República Dominicana, donde intentará entrar en el círculo cerrado y recalcitrante de la burguesía insular. Yolanda pierde la virginidad “de la manera más pendeja del mundo” en Nueva York, y por ello se siente deshonrada, porque para ella y la cultura dominicana –de corte patriarcal- ésta es un valor primordial. Y cuando regresa a Santo Domingo, piensa:

A ella le parecía muy bien que el país, su país, al fin hubiera despertado de la pesadilla de la tiranía que siempre le resultó abominable y criminal. Pero no se explicaba por qué en lugar de protestar por todo, por qué en lugar de estar organizando huelgas todo el santo día, no se ponga la gente a trabajar para salir de aquel atolladero (Sólo cenizas hallarás, págs. 26-27).

Cuando Yolanda regresa al país se produce en ella una sensación de extrañamiento y se encuentra con una ciudad decrepita, con un muladar en el que sobreviven lémores y dominicanos adustos, incomparable con el cónclave de *las entrañas del monstruo*:

Mucha suciedad, mucha miseria, mucha incultura, muchos pordioseros, mucha porquería, mucha vagancia, mucha mala educación, muchos guardias, muchos ladrones, muchos políticos era lo que había (Sólo cenizas hallarás, pág. 37).

.....
[...] espeso olor de la basura y de la suciedad, por el agua fangosa que la desidia municipal había ido dejando acumular en los agujeros de la calle, por el fuerte vaho salitroso del mar, por la humedad, en fin, de unas noches distintas, vacías, silenciosas (Sólo cenizas hallarás, pág. 61).

Pero como habíamos de leer en *Currículum* y como ya he adelantado, el peso de la historia arrastra a la mayor parte de la narración. Así, se relatan los acontecimientos posteriores al magnicidio: la primera represión por parte de los herederos de la dictadura, la llegada de los exiliados con su nuevo ideario y la impetrada salida de los trujillistas. El teniente Sotero de los Santos, percibe un clima enrarecido y de desconfianza, “pues como militar la gente lo miraba de una manera extraña, con algo de rencor y en algún caso de odio” (pág. 59). Y es que la dictadura de Trujillo caló hondo, pues Sotero de los Santos “estaba plenamente convencido de que, con el asesinato del epónimo varón de San Cristóbal, se había abierto un abismo insalvable y ya definitivo entre el bien y el mal, los malos y los buenos, los culpables y los inocentes, como en una película de tiros” (pág. 59). La esperanza se ha enterrado, y todos los dominicanos asisten a la crónica de una muerte anunciada:

Hubo un tiempo en que nadie hubiera sido capaz de negar que tras el Jefe, tras sus iniciativas, se hallaba, de buena voluntad, el país entero. Pero ya no, ya hacía unos años que nadie respaldaba una política que se había desbocado en gran parte por causa precisamente de esos mismos que ahora pretendían lo que pretendían (*Sólo cenizas hallarás*, págs. 59-60).

La situación del país es catastrófica: inestabilidad política, bandalismo, muertes violentas, huelgas de sindicatos y “el diálogo político se había convertido en una serie de frases demagógicas cuyo sentido último nadie lograba descifrar con claridad” (pág. 135). Y a esto se sumaba los “acuartelamientos” y los “toques de queda”.

Y es que el pueblo dominicano se instaló en una encrucijada de la que aún hoy día no ha podido escapar, un engranaje social fragmentado y una moral minada, un escepticismo ideológico y una desazón ínsita. Pero dejo paso a la narración de Vergés, cuya escritura de los hechos habla por sí sola:

[...] un escándalo de risas y de fiestas [...] Todo lo negativo imaginable quedaba relegado, por arte y magia de no se sabe qué espontáneo maniqueísmo, al período histórico que acaba de morir, en tanto que los valores contrarios se pensaban como una consecuencia natural de esa muerte, como una especie de substancia mágica que surgiría del aire para llenar las casas,

el corazón, la mente de gobernantes y gobernados (Sólo cenizas hallarás, pág. 69).

.....
[...] nosotros hemos envejecido en un país donde las cosas se nos daban hechas o no se nos daban, pero en definitiva en un país donde había ciertas reglas dentro de las que, por muy jodanas que fueran, uno se acostumbró a vivir, mientras que ellos (re refiere a los jóvenes), que creyeron romper el molde de esa inmoralidad, se encuentran de repente con que no han roto nada, se encuentran con los mismos perros y casi con los mismos collares” (Sólo cenizas hallarás, pág. 183).

III. 2. 4. NOVELAS DEL DICTADOR REALMENTE MÁGICAS

III.2. 4. 1. LA BIOGRAFÍA DIFUSA DE SOMBRA CASTAÑEDA

Esta novela de Maggiolo fue galardonada con el Premio Nacional y supone un giro importante en su narrativa y por ende en la novela del trujillato: incursiona en los fueros del realismo-mágico penetrando desde diferentes ángulos, técnicas, épocas y planos en la esencia de la dictadura y en la del dictador. A su vez, como había de señalar Valerio-Holguín, representa una de las primeras muestras de la Nueva Novela Histórica en las letras dominicanas, junto con *El reino de Mandinga*. Se instala pues, en un espacio de carácter excéntrico dotado de una animación onírica y mitológica singular, que infunde una dimensión de extrañamiento ajena al espíritu de la novela del trujillato que hemos visto hasta ahora. Aunque no pretendo realizar una definición de esta categoría crítica –el realismo mágico⁵⁹⁰–, me parece oportuno esbozar algunas premisas teóricas para determinar las implicaciones que le corresponden en oposición al realismo del resto de las novelas analizadas hasta el momento. La discontinuidad es una de las marcas de esta obra de Maggiolo al igual que la combinación de motivos ordinarios y

⁵⁹⁰ La discusión en torno a este concepto y al de lo “real maravilloso” ha sido, como sabemos, una de las más prolíficas en el sector crítico hispanoamericano. Recordamos que Carpentier fue uno de los primeros en realizar una exposición teórica de éste e su prólogo a *El reino de este mundo*, otorgándole un sentido ontológico y dotándolo de una dimensión fundamentalmente espacial, sin dejar de lado el plano temporal.

extraordinarios con un tratamiento que los integra dentro de una misma realidad ficticia (creando una sensación de universo “naturalmente fantástico”), lo que constituyó un espacio de excepción en la nueva novela hispanoamericana: la estética de lo real maravilloso. En *La biografía difusa de Sombra Castañeda* lo fantástico, la dimensión extraordinaria, adquiere un sentido metafórico que pretende ser densamente significativo, como por ejemplo:

Por eso el Barrero es el sitio ideal para un plan como el mío. Allí está toda la realidad que se han tragado los siglos. Allí nada es más anormal que la vida misma. Allí el indio Miguel puede decir los años que tiene, Curibamgó puede decir que vive en el fondo del arroyo, y Antonio el bacá puede convertir en sapo delante de las gentes, sin que nadie lo ponga en dudas, sin que nadie se aterrorice (Sombra Castañeda, pág. 37).

Lo que llama la atención de este pasaje es que Sombra Castañeda es consciente de su dimensión mágica, fantástica, en contraposición directa con el “mundo real”, que se equipara a la dictadura de Trujillo, al “soborno y la violencia”. En cambio el patriarca y el discurso de García Marquez no plantean su condición de “anormalidad” sino que crea un mundo verosímil en el que todo es posible. Esto le resta fuerza al texto de Veloz Maggiolo. También es curioso observar cómo se privilegian los sentidos del “tacto y del oído”⁵⁹¹ en la novela, en contraposición con la vista de las tinieblas del dictador.

*Veloz Maggiolo denuncia la dictadura de Trujillo, frecuentemente con imágenes escatológicas reveladas principalmente en los sueños de Serapio Rendón, no sólo por su infame crueldad e injusticia sino también por las terribles consecuencias para la psique del pueblo*⁵⁹²

Se intercala en el texto a modo de “tema” el discurso que pronunció Balaguer en las exequias de Trujillo, y ya desde la primera página se apunta el motivo de la obra:

Conspiró contra su propia y fina bestialidad:

⁵⁹¹ Vid., Isabel Zakrezewski Brown, “El proceso de transculturación en *La biografía difusa de Sombra Castañeda*” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras*, op. cit., pág. 259.

⁵⁹² *Ibid.*, pág. 262.

*un día se envió una carta diciéndose, no habrá paz
manos canallas, las tuyas te quieren estercolar;
averiguó –al fin- su letra cansada, y como duro afán
clamó al pueblo –sombra suya- y se mandó a fusilar (pág. 7)*

.....
*Gobernó, azul de retóricas,
cual sombra de su heredad (pág. 8)*

Resulta evidente que esa alusión histórica al discurso del cortesano de Trujillo en un espacio marcado por la irracionalidad, es demasiado estridente para no ser significativa, al igual que algunos textos históricos. Está castrado, por lo que no tiene poder. Su desgracia es que “morirá en el silencio profundo del final de los dictadores” y mientras en la radio se oye el discurso del presidente, “Sombras gigantescas llenas de medallas caminan por las crestas del horizonte enfebrecido” (pág. 68).

La imagen del pueblo como sombra del dictador, el propio dictador como sombra de su herencia, de la historia de su pueblo. Y es que Sombra Castañeda –que encarna la primera persona y la figura del dictador omnipotente- construye un mundo fantástico, mágico y mítico en el que su ombligo se le borra a los siete años de edad⁵⁹³, comienza su gobierno fusilando lagartijas⁵⁹⁴; un contexto regido por la consigna “dominar el medio para mejorar al hombre”, “Ordenar el medio para reordenar el hombre”. Es el “líder” de su bosque y de “todo”, es un “maldito blanco” –arquetipo de todos los dictadores dominicanos- que subyuga a negros y a indios.

El dictador se retrata en esta novela como un individuo condenado a la soledad – tal y como le ocurría al “Patriarca” de García Márquez-, y como decía García Márquez de su patriarca con un “inmenso vivo de mandar” que le arrogaba la posibilidad de ser destructivo e implacable con sus enemigos o aquellos que pretendan usurparle el poder. Lleva siglos ejerciéndolo, porque como el Patriarca era “más viejo que todos los hombres y todos los animales de la tierra y del agua”⁵⁹⁵ viene “caminando desde el pasado”, por lo que conoce al pueblo, por lo que puede dominar al pueblo. Tiene

⁵⁹³ El número siete también es entendido como un signo ominoso en *El otoño del patriarca*: el patriarca estaba condenado a tener hijos sietemesinos.

⁵⁹⁴ Alberto Moravia en *El inconformista* presenta a su cruel protagonista como un individuo que descubre el placer de la muerte y el deleite de la sangre ajena matando lagartijas.

⁵⁹⁵ Gabriel García Márquez, *El otoño del Patriarca*, *op. cit.*, pág. 10. En esta misma página se habla de la “larguísima vida de déspota solitario”.

poderes que le permiten “crear seres imaginarios y hacerlos desaparecer”. El primero que lo apoya en su gobierno del “Barrero” -alegoría de la República Dominicana “tierra cerrada”, “Cercada por muros blancos levantados por la sal marina, y el talco de los caminos” (pág. 101)- es el indio Miguel que “sabe hablar lengua de cerdos y palabra de canes” y el cual tiene unos testículos ingentes que “topaban con el suelo”, como el ingente testículo herniado del patriarca. Sombra Castañeda prefiere tener de su lado al indio Miguel, pues lo ve como un posible enemigo que puede formar su propio gobierno. En una escena, el indio Miguel declara no conocer “la era de Trujillo” y Sombra se la describe de la siguiente guisa:

[...] era algo así como el gobierno de don Diego Colón, y que había reinas, y carnavales, y poesía en la corte; y que colgaban a las gentes como se colgaba en aquella ocasión a los esclavos (pág. 18)

La animalización es extrema –recordemos que este rasgo de la novela del dictador fue magistralmente descrito por Subercaseaux en el artículo citado- y Sombra enuncia:

Lo mío era vencer la naturaleza, organizar los grillos, dar órdenes precisas al viento y a la lluvia, atemorizar lagartijas, condecorar todos los ruiseñores y asimilar las garzas a las nubes de la región (pág. 18).

En ese universo, “nada es más anormal que la vida misma”, donde Sombra tiene como colaboradores a Antonio el bacá, Curimbangó y a Mimilo. En el reparto de poderes él se hace con “el control del sueño de todos los habitantes del Barrero”, como Trujillo.

Por otro lado, tenemos a Esculapio que encarna en esta novela de Maggiolo al “opositor”, cuyo único defecto era “que odiaba a Trujillo”. Tras su muerte viene a parar al universo de Sombra Castañeda, pero Esculapio Ramírez será ahora Serapio Rendón y en el lecho de muerte se vaticina esta transición: “Y es como si estuviese en los límites del delirio, en las fronteras de un mundo diferente al que ha vivido” (pág. 68). Allí se olvida de la política y se dedica a la alfabetización de los niños, a curarlos y a protegerlos, y también a velar por las mujeres. Con sus curaciones empieza a ir ganando

fama y poder, e incluso le arrebatará sus poderes a Mimilo. Sombra Castañeda afirmará que Rendón ha politizado el pueblo, a pesar de que él había enunciado que no quería involucrarse en política.

Serapio Rendón parece aglutinar en su persona todas las características que conforman al dominicano:

[...] sonrisa afable, valor silencioso, modestia, amor por la naturaleza, cariño por varias mujeres al mismo tiempo, temblor en la voz cuando se violaba la justicia, delirio por los amaneceres brillantes y predilección por el trago puro, fuerte, sin dulces ni mermeladas dentro. Congruían en Rendón la fidelidad por todo lo que amaba, el deseo de servir, la afición por violentar la violencia, el deseo por quebrar cadenas, la necesidad de abrir brechas y romper cerrazones (pág. 102).

Esta descripción del dominicano contrasta violentamente con la expuesta por Pedro Vergés y Efraím Castillo, teñida de pesimismo.

Cuando Serapio Rendón llega al Barrero, se encuentra con el andamiaje autoritario creado por Sombra Castañeda y los suyos, al cual pronto se opone arguyendo que Sombra Castañeda ostentaba tamaño poder por su vejez, y esto “no le daba derecho a ejercer el poder de manera omnimoda”. Por lo tanto, propone al pueblo una “rebelión de los sentidos” y alude a la retórica que construye la dictadura para sí misma, que se adueña del lenguaje raptando palabras y desvirtuándolas, y de este modo se forman el “diccionario agotado de toda dictadura”, glosarios desgastados “a fuerza de elogios desiguales, de inusados títulos”. Rendón, en cambio propone crear un lenguaje nuevo, “Palabras nuevas para nuevos contenidos”. Sombra Castañeda es consciente de su desintegración y califica a Rendón de “buen traidor”, sabe que todos le han ido abandonando, como le sucediera al “Primer magistrado” o al propio “Patriarca”.

Su sentido es prácticamente unívoco: porque así lo ha querido el autor, y la ambigüedad sugerida por lo excéntrico del tratamiento no establece relación directa con la plurivocidad o la diversidad de significados, como habrían de hacer otras novelas del dictador. Esto se hace evidente en el uso de espacio y tiempo narrativos, que sufren una negación lógica y cronológica en la narración, puesto que como *El otoño del patriarca*:

*[...] el significado funciona a través de la estructura desmesurada, reiterativa, monótona y lírica; porque el tiempo incontable de nuestras tiranías es repetitivamente monótono, porque las vejaciones son hiperbólicas y sólo por el humor y la poesía conservamos la dimensión humana en medio de tanta angustiada soledad*⁵⁹⁶.

La soledad del dictador, esa “soledad ignota”, también tiene efluvios del Señor Presidente: “cabe mencionar más que las técnicas la forma peculiar al captar lo mitológico o las creencias arraigadas y hechas carne a nivel popular a través de un nombre: Miguel Ángel Asturias”⁵⁹⁷. Así, leemos:

Encontrar a estos amigos fue para mí algo desconcertante, en un inicio, porque mi proyecto estaba concebido en la soledad, pero poco a poco me di (sic) cuenta de que la soledad continúa siendo la misma soledad si logramos convencer a los otros de que estamos realmente solos, aunque estemos juntos. Hacer sentir solos a los demás es el camino más plácido para llegar al poder y mantenerlo (pág. 28).

Su idea del poder y del gobierno absoluto está en el conocimiento del pueblo, en comprenderlo para eliminarlo y someterlo, como le recomendaba el padre al Presidente de *Las tinieblas del dictador* y como expone Roa Bastos a propósito de su bosquejo del Doctor Francia: “La mayor fuerza de un gobernante reside en el perfecto conocimiento de sus gobernados”⁵⁹⁸:

[...] mi ejemplo de dominio de la naturaleza se produciría sólo si lograba entender lo que exterminaba. No es una forma común entre los dictadores. Trujillo, allá, en la sombría cúpula de su capital, no sabe lo que mata. No tiene conciencia de lo que extermina; no ha estudiado lo que destruye. La dictadura es una ciencia, no un arte (págs. 28-29).

⁵⁹⁶ Graciela Palau de Nemes, “Gabriel García Márquez, **El otoño del Patriarca**, Barcelona, Plaza & Janes, 1975” en *Hispanamérica*, no. 11-12, 1975, pág. 183.

⁵⁹⁷ María del C. Prosdocimi, “Lo maravilloso y lo real se amalgaman en *Biografía difusa de Sombra Castañeda*” en Fernando Valerio-Holguín, *Arqueología de las sombras*, *op. cit.*, pág. 158.

⁵⁹⁸ Augusto Roa Bastos, *op. cit.*, pág. 262.

La idea del poder eterno del dictador, de la concepción de que es inmortal, tal y como explicó Altagracia Valle en *Sólo cenizas hallarás* también es elaborada en este texto de Veloz Maggiolo:

Nadie cree en la muerte de los dictadores; nadie cree que los dictadores pueden morir, así, de un día para otro (pág. 41).

.....
Eres poderoso en tu más abyecta soledad, pero te hace falta comprender eso, que eres poderoso (pág. 172).

Pero a todos estos dictadores les llega la hora y todos son traicionados por sus edecanes y acólitos, no sólo Sombra Castañeda por Serapio Rendón que es una miscelánea de todos los conjurados que han intentado infructuosamente aniquilar al tirano. Al primer magistrado lo traicionó su Ministro de Guerra y más tarde el General Hoffman; el Patriarca recibe la puñalada moral de Rodrigo de Aguilar:

Hay muchos malagradecidos, hay gentes difíciles, hay serapios y rendones que tronchan cualquier obra de buen gobierno...Es necesario sobrevivir para ver la supervivencia de los demás (pág. 157).

También hace una disquisición sobre la desconfianza, empieza a “dudar de todos y de todo a su alrededor” en una carta que se escribe a sí mismo. En ella relata que cuando llegó Serapio Rendón, “el político” todo empezó a resquebrajarse y porque estos “Son perversos, desintegradores, terribles; no tienen otra alternativa que la traición”, por eso hay que desconfiar de ellos. Se dice a sí mismo:

No puedes ser un gobierno suave cuando te rodea un mundo intransigente. La sombra de tu sombra te traiciona; te traciona (sic) el color verde de las cotorras; te traiciona la bruja que cae derribada por un escopetazo y que llama sin encontrar ayuda; te traicionan los sueños en las grandes avenidas en donde se te ve rodeado de gentes que te adulan, y que esperan que visites a Dorotea, para llorar tu salida del predio (pág. 173).

Un párrafo de *El otoño del patriarca* refleja asimismo esta sensación que experimenta Sombra Castañeda:

[...] había sabido desde sus orígenes que lo engañaban para complacerlo, que le cobraban por adularlo, que reclutaban por la fuerza de las armas a las muchedumbres concentradas a su paso con gritos de júbilo [...] a medida que descubría en el transcurso de sus años incontables que la mentira es más cómoda que la duda, más útil que el amor, más perdurable que la verdad, había llegado sin asombro a la ficción de ignominia de mandar sin poder, de ser exaltado sin gloria y de ser obedecido sin autoridad cuando se convenció en el reguero de hojas amarillas de su otoño que nunca había de ser el dueño de todo su poder⁵⁹⁹.

A medida que se va precipitando su final se va descomponiendo, se va diluyendo, difuminando su imagen. Se hace agua y “una muerte así no deja sombras y ahora la sombra de Sombra comenzaba a deshilacharse” (pág. 206). Así Mimilo piensa que “Sombra Castañeda no era otra cosa que la imagen misma de Esculapio Ramírez”, porque éste era el padre de toda sombra.

Abajo y arriba está el enemigo. Toda sombra es la parte irreductible de un pensamiento. Si has de esperarlo, no lo hagas pensando en un mundo novedoso. Eres Sombra Castañeda, somos Sombra Castañeda, y sólo venceremos si aplastamos para siempre al enemigo (pág. 175).

Por otro lado, hay que consignar que los relatos míticos y el ambiente onírico desborda el texto, como las historias de Antonio el bacá y de Mimilo; reproduciendo las técnicas propias de la Nueva Novela Histórica. La estructura reproduce el esquema de las crónicas de indias: cuando Sombra Castañeda cuenta su historia en cada capítulo aparece un subtítulo que resume el contenido del mismo en varias líneas. También, como en el Patriarca de García Márquez y en *Las tinieblas del dictador* hay ausencia de puntuación en algunos párrafos. Por último, destacar que el lenguaje es uno de los

⁵⁹⁹ Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, op. cit., pág. 297-298.

protagonistas de esta obra: es fiel al carácter mestizo de los personajes. El caso más ilustrativo es el de Curimbambó:

Yo dice a ti muera le enemí, y enemí se va pa la merde; yo son duro, son petró, son Don Pedro; yo diciendo la amore buen a pa ti, y la amore buena. Yo mirá pal másallá, y decí to cuán pué pasá...Yo tiene mis amí, muchas samí, gente de mi gremia, que hacié lo que yo pedí (pág. 32).

III. 2.4.2. EL REINO DE MANDINGA

El libro está dividido en dos partes muy disímiles, que ciertamente aparentan ser dos novelas diferentes. Aquella que condensa claras alusiones a Trujillo y su gobierno es la segunda parte, la que correspondería a la clasificación de “novela del dictador”, pues de nuevo se entiende como una síntesis de dictadores dominicanos, aunque el aporte trujillista es el de más peso. El “Jefe” es el “general Adriano Mandarria”, aclamado por una caterva de esos “aduladores impávidos” de los que habla García Márquez:

[...] las voces laudatorias que se alzan, ni de los epítetos alabanceros ni de los estrepitosos desenfrenos de las multitudes dándose cita en los actos públicos adonde él acude para prestigiarlos con su presencia (pág. 150).

La escena recuerda a otra de *El recurso del método* de Alejo Carpentier:

Cuando el Primer Magistrado apareció en el balcón de honor, fue saludado por aclamaciones que levantaron un gran revuelo de palomas sobre los tejados y azoteas que, en blanco y rojo, ajedrezaban el valle, entre sus treinta y dos campanarios de mayor o menor ambición⁶⁰⁰.

Mandarria no es el tipo de dictador asexuado que encontramos en gran parte de este tipo de narraciones, sino que como Trujillo, gustaba de encuentros sexuales y de los caprichos con las jovencitas. Así en la novela, Mandarria aguarda con expectación una cita con una doncella, Victoria, a la que Mandinga pretende, por lo que manda (ese

⁶⁰⁰ Alejo Carpentier, *El recurso del método*, op. cit., pág. 53.

parece ser su sino) a “Grano de Oro” –su “celestino”, como Manuel de Moya para Trujillo- para que le abone el terreno. Es la hija de Doña Hortensia que perteneció a un círculo social influyente, de la que se enamoró Mandarria cuando era cabo, prometiéndole casamiento cuando creciera. Los padres se negaron –como había de sucederle al propio Trujillo- y la casaron con el hijo heredero de uno de los hombres más influyentes y ricos en “Lucanoria”. No obstante, él no cesó en su empeño movido por los resortes de la frustración de clase y la venganza. La madre se percata de las intenciones del Presidente y resuelve que su hija se vaya a Nueva York. Pero Victoria sale con Fernando –“estudiante de ingeniería civil”, también un opositor al régimen que está involucrado en una conspiración contra el Jefe, por lo que es reacia a la partida.

El narrador escudriña las sirtes de la conciencia de Mandarria, presentando a un dictador enamorado, que refleja sus sentimientos en soliloquios sempiternos: *“Llevo sed de ternuras en mi alma abierta y una cantera enorme de sentimientos nuevos que quiero ofrecerte en un rasgo inusitado y noble de amor”* (pág. 214). En estos capítulos dedicados a la profundidad humana del tirano, asistimos a una ausencia de puntuación y al uso de la cursiva –como en la novela anterior- al estilo de García Márquez que desvelan el espíritu de Mandinga:

Yo soy el paladín de los destinos patrios, un titán designado por la providencia para establecer de modo categórico y concluyente el imperio de la ley y el orden necesarios al progreso de esta nación (pág. 167)

.....
Yo soy el gran arquitecto de la Nueva Patria, el artesano de los santuarios excrementicios, el pacificador de los desafíos y las discordias fraternas, el redentor de la noble raza (pág. 173).

Los discursos del supremo también habían de expresar esta concepción mesiánica y redentora del gobernante:

Del mismo modo el Poder Absoluto está hecho de pequeños poderes. Puedo hacer por medio de otros lo que esos otros no pueden hacer por sí mismos. Puedo decir a otros lo que no puede decirme a mí. Los demás son lentes a través de los cuales leemos en nuestras propias mentes. El supremo es aquel

*que lo es por su naturaleza. Nunca nos recuerda a otros salvo a la imagen del Estado, de la Nación, del pueblo de la Patria*⁶⁰¹.

También recreará la situación nefasta en la que se encontró el país cuando arribó a la presidencia del Estado, ensalzando así su poder mesiánico. Se dirige continuamente a un “*mister Brennan*” –una suerte de “Señor Embajador” de *Las tinieblas del dictador*– y nuevamente es una metáfora de la sumisión insular ante el imperialismo norteamericano.

La mitificación y el esperpento alcanzan cotas extremas en el retrato de las reacciones y modos de actuar del pueblo ante la figura del dictador:

[...]rodeado siempre de acólitos y de aristócratas arribistas que nunca se lavaban la mano el día en que lo saludaban, para retener lo más posible el olor de su palma fragante a esencias de Paría, y admirado hasta la veneración por los visitantes estupefactos y aturullados del Palacio de Gobierno, adonde acudían para solicitarle el padrino del hijo menor, una máquina de coser o una prensión digna, y no podían soportar el aura de su presencia irresistible, quedándose sin habla frente a él con una sonrisa estúpida. Los largos años del poder lo han vuelto insociable y taciturno, su calidad y su fama han decaído sensiblemente, pero se mantiene aún vigente en el ejercicio de ese poder omnívoto (pág. 272).

Por otro lado tenemos a Ventura, su secretario, “persona de fríos nervios” e “imperturbable”, que encarna la figura del hombre de confianza, el conspirador oculto, el oportunista, como lo eran Patiño o Peralta. Aunque dice no confiar en nadie “sólo un ingenuo puede tragarse la historia de que los “hombres de confianza” son absolutamente leales e incapaces de un acto de traición” (pág. 286). Asimismo el Patriarca garciamarquiano era consciente de que “lo engañaban por hábito, que le mentían por miedo”⁶⁰².

Los rasgos de su personalidad nos remiten ineluctablemente a Balaguer:

⁶⁰¹ Augusto Roa Bastos, *op. cit.*, pág. 163.

⁶⁰² Gabriel García Márquez, *El otoño del patriarca*, *op. cit.*, pág. 29.

[...] su naturaleza letárgica y sombría y su carácter austero, al que añade él una autodisciplina férrea y una resistencia extraordinaria a las efusiones del sentimiento, acabaron por predisponerlo favorablemente a aceptar con resignación sus funciones (pág. 156).

Él será quien le aconseje que al pueblo hay que darle “pan y circo”, aquella famosa frase de Julio César, también recreado por Valle-Inclán en *Tirano Banderas*: “No puede negársele al pueblo pan y circo”⁶⁰³. Precisamente ese mismo pueblo es el que le ha puesto otro “sobrenombre”, “Mandinga”:

Los enemigos de mi meritoria y patriótica obra de gobierno –dice ahora jactancioso y resuelto-, me han adjudicado un nuevo sobrenombre, un mote feísimo y ultrajante, lo cual constituye una grave injuria que debe sancionarse con la mayor severidad (pág. 182).

Mandarria tras algunas elucubraciones llega a la conclusión de que ese sobrenombre tuvo que propagarlo una persona “instruida”, por lo que indefectiblemente piensa en el “padre Reguera”, al que finalmente apresarán por “comunista” y confabular contra el gobierno”, pues hizo circular en tiempo prístinos que entre los parientes del Presidente se encontraba “Enrique Mandarria”, que fue excomulgado “por presuntas componendas con el diablo”. Pero Mandarria comprueba en el diccionario que “Mandinga” “es también un individuo de raza negra del Africa” y se pregunta si lo dirán por eso, pues duda de que ese sea su color de piel: se niega a ver su realidad y crea un reino “ficticio”.

En la oposición tenemos al profesor Briceño, que fue encarcelado y tortura por haber empleado la palabra “mandinga” en un artículo de prensa. Participa en un “movimiento clandestino que busca poner fin a tantos años de oprobio. El plan ha ganado muchos adeptos: jóvenes dispuestos a ofrendar sus vidas si fuere necesario, persuadidos de que el compromiso ahora es una cuestión vital, sobre todo dada la presente coyuntura de estarse orquestando desde el exterior una gigantesca ola de repudio contra la tiranía” (pág. 188). Este profesor se adscribe el tipo de individuo

⁶⁰³ Ramón del Valle-Inclán, *op. cit.*, pág. 241.

idealista – a la manera de Freddy y de Paco en sus años de activistas- que lucha en contra de la dictadura no por intereses propios ni por poder, sino por altruismo.

Se produce una redada contra el grupo de conjurados al que pertenecía Fernando, el novio de Victoria, pero éste logra salvarse, aunque hay –“patriotas que han caído en garras del tirano y serán sin duda sometidos a torturas” (pág. 290). Se asila entonces con Victoria en la embajada de Brasil para refugiarse. Allí se encuentran con Angel Briceño que también pidió asilo porque fue el autor del acróstico contra Mandarria. El amor triunfa, como en *La ciudad herida*, no como en el *Señor Presidente*, pues aún se reproduce en las letras dominicanas el esquema del *romance*.

Después de los intentos de atentado contra el mandatario, al modo del trujillato, sobreviene el terror y la represión atroz:

La noche del domingo, tras ser implantado el toque de queda, se acrecentaron el aturdimiento y el espanto de las familias, que no han visto en la imposición de tales actos de fuerza sino la maniobra desesperada de un régimen que agoniza bajo el avance incontenible de las ansias libertarias (pág. 305).

.....
[...] la crueldad llega a alcanzar matices insospechados, pero es manifiesto que esta antigua y férrea estructura de poder se tambalea, se halla en la etapa declinante de su historia (pág. 307).

La última escena de la narración retrata al dictador ebrio, transido de venganza, iracundo, que piensa en arrestar a los familiares de todos sus enemigos y torturarlos. Ventura, que contempla la irrisoria escena (como la de *La fiesta del rey Acab*) le dice que no tiene por qué sentirse “frustrado e impotente”. Pero entonces, es un acto grotesco, el dictador muere, y lo último que dice antes de caer redondo al suelo es un insulto a Ventura: “En el fondo no eres más que una mierda, igual que yo... ¡Una buena mierda!” (pág. 313). Ventura, desprevenido, piensa en cómo repartir el poder, aunque por otra parte teme la reacción exacerbada y descontrolada de la multitud y por eso decide retrasar la noticia de su muerte y anunciar que está descompuesto.

Ventura descubre que con esa delegación del poder, que llega por un “oscuro y siniestro designio, compromisario del sostenimiento de un dominio despótico cuya permanencia se fundamenta en el atropello de los derechos individuales y en el escarnio

de los valores consagrados que repugna a la conciencia de todos los seres libres” (pág. 320).

En definitiva, la imagen que ofrece el narrador es la de una tierra predestinada a gobiernos que sojuzgan la libertad, aunque no pierde la esperanza en la juventud:

[...] siquiera las futuras generaciones, más severas en sus juicios, no arrojen el anatema de su vergüenza y de su ensañamiento sobre la memoria de los hombres que, uno tras otro, vienen heredando la sucesión infinita del reino de Mandinga, y para que no encuentren algún día desaprovechada en los trillos de la historia la oportunidad de sacudirse definitivamente de los espectros del pasado, de convertir a la Patria en el ave Fénix de los escombros de los tiempos infaustos, y de hacerla renacer gallarda y triunfante de las cenizas de su implacable fatalidad (págs. 320-321).

Esta novela y la de Sombra Castañeda, son según Holguín-Veras “reconstrucciones totalizadoras de la historia dominicana desde la conquista” amén de la presencia perspicua de la mitología y la nítida intertextualidad. Y es que “Rivera Aybar parece proponer la hipótesis de que las dictaduras latinoamericanas son el resultado del asentamiento del patriarca español en la naturaleza americana”⁶⁰⁴.

III. 2. 5. LOS PERROS DEL SEÑOR BERNARDO VEGA: UN CASO ESPECIAL

En el “Prefacio”, de *Domini canes. Los perros del señor*⁶⁰⁵ Bernardo Vega nos explica los propósitos que le condujeron a escribir esta novela, pues de todos es sabido que el historiador es la primera vez que incursiona en estas lides. Se trata como él dice de una “parodia o sátira sobre ciertos aspectos de nuestra historia” (pág. 9), ya que, como el escritor del trujillato de este decenio, quiere “poner a los dominicanos a pensar sobre sí mismos” (pág. 10), imbricando historia y mito. Nos anuncia que los textos en

⁶⁰⁴ Fernando Valerio-Holguín, “Mito y Otredad en la Nueva Novela Histórica dominicana”, *op. cit.*, pág. 105. En el mismo artículo el autor nos dice que “Mandarria, corruptela de “Mande, Arias””.

⁶⁰⁵ Bernardo Vega, *Domini Canes. Los perros del Señor*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1997. La primera edición es del año 1989, pero en el estudio seguiré la aquí citada.

cursiva corresponden a documentos historiográficos dominicanos y extranjeros y el resto es “fruto de la imaginación del autor”.

Se hace difícil catalogar el texto, debido precisamente al gran peso que la historia tiene en el mismo, no obstante y aunque la calidad literaria no sea ingente⁶⁰⁶, supone un hito en la trayectoria del discurso del trujillato, pues enfrenta a los dos dictadores por antonomasia dominicanos: Lilís y Trujillo, los cuales harán un repaso a sus mandatos y en primera persona se recriminarán y alabarán las decisiones y actitudes tomadas por uno y otro. Sobre todo sirve para revelar concomitancias y diferencias entre uno y otros y vislumbrar cómo opera el poder en la isla.

En el primer capítulo, “Presentación de Credenciales”, Lilís da a conocer su orígenes “*un negro muy aseado*”, su linaje –“nacido en pobre cuna”- y su carrera política hasta la toma de gobierno. Dice que introdujo el capitalismo en la patria: “Yo soy el que pacificó a los dominicanos, el que los puso en cintura y donde nunca habían existido ferrocarriles, yo los inauguré” (pág. 17) y va contando sus múltiples logros y hazañas, sus acuerdos con cubanos, puertorriqueños y norteamericanos. También se presenta como megalómano:

[...] mis compatriotas, en reconocimiento, me otorgaron títulos y condecoraciones y me colocaron bicornios en la cabeza y espadas de oro [...] y le pusieron mi nombre a provincias, calles, parques y puentes y mi retrato en productos comerciales (págs. 20-21).

Trujillo se describe de igual forma, haciendo un repaso a su árbol genealógico y adentrándose en los vericuetos de su ascenso al poder. Afirma que ante todo, su “sagrado deber” era “preservar la Patria y su institucionalidad” y luego, pasa a enumerar todo sus logros, que fueron beneficios para la República:

Y como un país sin moneda ni papeletas propias no es realmente un país, yo a mi Patria se las di. Y como un país sin Bancos el Estado no es realmente un

⁶⁰⁶ Di Pietro escribe: “En *Domini Canes*, Vega no nos cuenta nada, a menos que no se una historia dominicana. Ausente la dramatización, ausentes los personajes y cualquier trama, lo que debería ser una novela, lo que debería contarnos algo y de una determinada manera, simplemente nunca logra existir” en Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana, op. cit.*, pág. 69. también apunta a la similitud con otras novelas dominicanas: *Los despojos del cóndor* de Pedro Peix y *La noche en que Trujillo volvió* de Aliro Paulino hijo (una apología clara del trujillato: nostalgia de tiempos pasados).

país, yo los instituí. Y como un país que no sabe dónde están sus propias fronteras no es realmente un país, yo las definí [...] Y como un país que debe millones a poderosos intereses foráneos no es realmente un país, yo todas las deudas pagué y abolí (pág. 23-24).

Consiguió acabar con los “caciques locales”, con los haitianos; modernizó el país y le dio al país el “merengue”, “la Cartilla Cívica”, el “Penetro” y grandes construcciones y beneficios económicos. Recibió a “colegas derrocados por pueblos malagradecidos” y a refugiados españoles y judíos “que resultaron ser luego también malagradecidos” (pág. 27), como Almoína o Galíndez. También destaca su megalomanía y usa la misma fórmula que Lilís:

[...] mis compatriotas, en reconocimiento, me colocaron bicornios en la cabeza y el gran collar de la democracia con piedras preciosas en el cuello y le pusieron mi nombre a provincias, calles, parques y puentes y mi rostro adornando todos los hogares del país (pág. 27).

Ya en el segundo capítulo, intercambian “Experiencias” y un narrador omnisciente nos relata su encuentro en la Casa de Las Caobas –una “residencia íntima”- y la incomodidad de ambos, al hallarse frente a frente, pues “no sabían cómo tratarse”. Para Lilís “la mayor debilidad en el carácter de Rafael” era “su falta de educación” (pág. 31), a lo que suma su “repugnante mal gusto”. Comienza entonces el diálogo entre ambos y señalan sus coincidencias, acompañados por una botella de *Carlos I* y champán: nacidos bajo el mismo signo del zodiaco en Octubre: sagitario, de “cuna humilde”, se metieron en la Guardia.

Pero Lilís, aclaró que él no se siente frustrado ni incómodo con su pasado haitiano, al contrario que Trujillo que trata de ocultarlo, él se siente orgulloso de ello y recrimina a Trujillo:

[...] desde chiquito comenzó a utilizar pomadas para enderezar las pasas de su pelo y cosméticos para que su piel se emblanqueciera. Sus fotografías muestran esa metamorfosis (pág. 36).

Trujillo le contesta y evidencia el prejuicio racial tan arraigado en la República Dominicana:

[...] yo logré blanquearme gracias al progreso de la ciencia, lo que tú también hubieras hechos si hubieras podido, y aun así lo intentaste pues todos sabemos que muchas veces dormías al aire libre buscando ponerte blanco [...] Además, fueron los intelectuales que me rodearon [...] quienes me explicaron que era un imperativo nacional mejorar nuestra raza para que mi Patria sobreviviera y conservara sus raíces occidentales (pág. 38).

Trujillo se fue emblanqueciendo a medida que lo hacía el país y le echa en cara que tratase mal a los negros en su ejército, pues “todos los soldados rasos tenían que ser prietos” (pág. 38).

Posteriormente abordan el tema de las “mujeres” y se vanaglorian de todas las que tuvieron. Trujillo apunta: “Pero al final ninguna de los dos podíamos y fue cuando me dio por las muchachitas, las niñitas” (pág. 42). Hace acopio de sus esposas: Aminta, Bienvenida –“necesitaba una esposa de más categoría” (pág. 43)- y María –la española que más quiso. Luego su affaire con Lina Lovatón, y los celos continuos de María, que “eran una vaina”. Le gustaban las mujeres gordas, “que bailaran sabroso el merengue y que aguantaran bien su Carlos I” (pág. 44).

A continuación se tocarán los arpegios familiares: Trujillo tenía una relación estrechísima con su madre, pero a Lilís nunca lo quiso la suya. Lilís se encontraba solo y Trujillo demasiado acompañado de familiares que le molestaban pidiéndole dinero y “buscando poder”. Ahora; compartían el mismo cáncer: sus hijos varones, que no se interesaron por la política.

Hablan también de los intelectuales que les rodearon y de la importancia capital de estos en un gobierno –también “a extranjeros que escriban bien de uno”- y por esta razón Lilís tuvo cancilleres a Manuel de Jesús Galván y a Enrique Henríquez. Trujillo dice que cuando entró al gobierno, tuvo la suerte de que “la gran mayoría de intelectuales estaba bien jodida” (pág. 52) y él les proporcionó su “alpiste” y a muchos los mandó al extranjero como “diplomáticos” y los de dentro le reescribieron la historia:

El problema con los intelectuales dominicanos es que terminan escribiéndole la historia a uno [...] y como todos son unos mediocres, le han echado la culpa de su propia mediocridad a mi gobierno [...] alegan que yo los reprimí, que el ambiente reinante durante mi gobierno no les dejaba inspirarse y que por eso la cultura dominicana sufrió mucho durante mi régimen (pág. 55).

El Jefe piensa que estos intelectuales escribieron mejor durante su gobierno que posteriormente, y pone el ejemplo de Freddy Prestol Castillo, Spencer, Pedro Mir, Juan Bosch, etc., y otros que cayeron en desgracia por ser “desafectos” o “indiferentes”, pero ese “sufrimiento fue precisamente lo que los inspiró” (pág. 58). Aunque también le hicieron mucho daño los dominicanos en el exilio con la propaganda antitrujillista, sobre todo Requena y Galíndez, “los que escribieron más inconveniencias de la cuenta” (pág. 61) y dice de él:

[...] este fallo de Quisqueya, de pura calidad, que siempre pica bueno-bueno y la cola nunca dá (sic), seguiría a caballo por un camino donde de aquí p'allá era igual de allá p'acá, o de lo contrario volarían sesos como mariposas (pág. 62).

En cuanto a los métodos de represión, tenemos por un lado a Lilís: “*Tuve que fusilar, sin formación de causa, a esos bandidos que quisieron hacer de la política una profesión*” (pág. 63). Y dependía de la lealtad de sus “caciques regionales”, a los que tenía que mantener a raya e inspirar temor, pues en la República Dominicana, “*cada hombre es un candidato a la Presidencia y casi todos quieren gobernar a la vez*” (pág. 68). Rafael Leonidas, por otro lado, mantiene que él en esos menesteres fue más eficiente: tenía a Johnny Abbes y a espías que encarcelaban a los comunistas y libraron de este mal al país. También enuncia cómo lo apoyaron en un principio los Estados Unidos y luego “me traicionaron y apoyaron a mis asesinos, porque ya en ese momento dizque yo representaba un estorbo para sus planes de tumbar a Fidel Castro” (pág. 69).

En lo referente a su relación con la Iglesia, Lilís dice que le atacaron porque era masón y Trujillo, que inicialmente no tuvo problemas y que se apoyaban mutuamente: prohibió a los Testigos de Jehová y divorcio y le construyó iglesias, pero cuando vino el Nuncio Apostólico Zanini “las cosas cambiaron” y entró un nuevo Papá que atacaba las dictaduras y dice: “la muy desagradecida Iglesia me atacó con Pastorales” (pág. 70).

Pero también eran presionados por fuerzas extranjeras: Trujillo por los Estados Unidos y Lilís sobre todo por los europeos y “ese derecho de apretar lo querían los norteamericanos sólo para ellos” (pág. 79). No entienden, por otra parte, por qué les han criticado tanto a los dos por los múltiples títulos, cuando lo que hicieron fue “seguir una tradición bien establecida entre nosotros los dominicanos” (pág. 80). Rafael hace gala del “*conocimiento profundo que tenía de la psicología de las masas, para sugestionar a la multitud y para influir sobre la imaginación de los hombres con todo el prestigio de mi fuerte y desconcertante personalidad*” (pág. 82).

Trujillo comentará su problema haitiano, el gran número de estos que había en el país y su imposibilidad de echarlos, pues los norteamericanos no querían que se tocara a sus braceros y al “Presidente de Haití no le interesaba que su gente volviera a su parte de la isla” (pág. 87), que tenía problemas con Cuba, que estaba devolviendo sus braceros. La solución viene a ser la masacre de 1937:

Ordené el corte, eso sí, un corte con machete, para que luego no dijeran que los responsables habían sido mis soldados, pues esos sólo matan con balas. Con ese corte reduje en algo la presencia de haitianos (pág. 88).

Pero como eso no fue suficiente para blanquear la “raza”, decide optar por traer inmigrantes: los americanos se negaron a llevar puertorriqueños, pues el gobierno de Trujillo no daba suficientes garantías para estos y cuando vinieron los judíos se fueron pronto; sólo servían para “ir a la ópera y al ballet”, no para ordeñar vacas. Con los españoles que derrotó Franco, sucedió lo mismo:

Luego me llegaron los españoles que derrotó Franco. Esos eran muy cultos pero muchos eran comunistas que se pusieron a meterles pendejadas en las cabezas a nuestros muchachos y por eso tuve que enviarlos a colonias agrícolas bien alejadas [...] entonces me vi obligado a despacharlos en goletas hacia Cuba y México para no tener que trancar a gente tan blanca como ésa (pág. 89).

Los japoneses sí sabían de agricultura, pero no se mezclaban con los dominicanos, por lo que fue otro intento fallido.

El tercer capítulo: “Juicio entre Iguales”, se divide a su vez en epígrafes en los que se señalan si se disponen a alabar al contrario, a recriminarle o a la defensa pertinente. Primero, Trujillo compara su gobierno con el de Lilís –“Tirano Bancarrotero” y repite argumentos anteriores: acaba con deuda externa, moneda nacional, no permite que se enriquezcan los generales, y lo más importante: “yo duré treinta y un años en el poder, él apenas diez y siete (sic)” (pág. 99).

Lilís se defiende arguyendo que tenía “buenos modales, bien educado, no fumaba ni bebía y hasta hablaba francés e inglés” (pág. 99). Y sostiene que Trujillo que llevó la megalomanía a extremos inauditos, como en el tiempo de los césares, que mató a mucha más gente y cuando lo hacía “fingía no ser responsable de ellas”:

El, por el contrario, era arrogante, cruel, inhumano, vulgar, de mal gusto, inculto, prepotente, irónico, mal educado, malagradecido y, en su juventud, hasta ladrón de vas. El, a pesar de haber sido entrenado por los militares norteamericanos, ni siquiera hablaba inglés, pero sí le puso nombres de norteamericanos a nuestros aeropuertos y malecones (pág. 100).

Él llegó al poder a través de elecciones libres, no como Trujillo, y era querido por el pueblo, pues andaba sin escolta. Murió pobre ni no le dio asilo a “asesinos” como “los Machados, Policarpo Soleres y Arsenio Ortizes” (pág. 103)

En el cuarto capítulo, narra cada uno de ellos su “Camino a la Tumba” y describen cómo fueron asesinados. Trujillo confiesa que él sabía que uno de sus adláteres lo iba a “vender” y relata su conversación con Zacarías cuando los interceptaron los tiranicidas: “*Para ahora, tenemos que pelear*” y como le metieron seis balas y de la Maza le dijo: “*Ese guaraguao ya no va a matar pollitos*” (pág. 112).

Después le sigue otro dedicado a los cortejos fúnebres, donde ambos se lamentan de su trágico destino: Lilís se queja de los pocos asistentes a su sepelio y aparece un merengue, parecido al que se compuso tras la muerte de Trujillo: “*El día de Santa Ana / a un gallo viejo y matón / se lo ganó, tiro a tiro, / un pollito de botón...*” (pág. 117). Trujillo en cambio, observa que los presentes en su entierro son “Gente humilde” y los ricos que lo apoyaron no asistieron. Entonces, observa cómo quitan su

nombre y sus estatuas, lo denuncian y su familia se ve obligada a huir del país. También se adjunta el merengue famoso que celebra su muerte: “*Mataron al chivo / y no me lo dejaron ver./ El pueblo celebra / con gran entusiasmo / la fiesta del chivo / el 30 de mayo.*” (pág. 121).

Tras este capítulo, llega “La Soledad”, la contemplación desoladora de unas cenizas y unos restos de los que el pueblo reniega. Lilís descansará en el “Panteón Nacional” y luego lo volverán a trasladar. Trujillo correrá peor suerte, pues aunque su deseo fuese “descansar en San Cristóbal”, lo dejarán en París y de ahí lo transportarán al “Cementerio de El Pardo” y, aunque gobernaba su gran amigo Franco, lo enterraron “como el más humilde pordiosero, sin pompas, sin publicidad” (pág. 133). Aprovechará para dar un repaso a la situación política dominicana del momento, y acentúa el hecho de que todos roban en el gobierno –y antes sólo lo hacía él-, la americanización de la nación –fielmente retratada en las novelas de los ochenta- y la fuerte oleada de emigración.

En el Último capítulo: “Los Perros del Señor” los dos dictadores maldicen en pueblo dominicanos, porque como expone Lilís:

[...] los pueblos que olvidan a sus líderes muertos y no honran su memoria como la justicia demanda, están condenados a sufrir las consecuencias de los yerros de esos mismos dirigentes (pág. 148).

Y Trujillo apostilla:

¿Es que no recuerdan que vivían sin angustias porque nosotros se lo resolvíamos todo? En su vida idílica ellos sólo tenían que obedecer ciegamente, como cachorros falderos, y cumplir las órdenes de nosotros, sus señores, los que establecimos la “Disciplina para Perros” [...] que los dominicanos, los Domini Canes, eran los perros del Señor (pág. 154).

Lo más interesante de la novela, a decir de Giovanni di Pietro, “es la manera que Vega tiene de presentar el problema de la posición del intelectual dominicano

frente a la crisis actual”⁶⁰⁷, los partidos políticos, -“tan caudillistas como antes”, la economía y la labor del intelectual dominicano, la mirada conciliadora al pasado:

*En el fracaso del presente, he ahí que el pasado –apropiadamente manipulado- se les presenta como un paraíso perdido que quizás sería bueno reconquistar. Esta opinión ha sido propia de un largo sector popular de la sociedad dominicana desde 1961 en adelante*⁶⁰⁸

⁶⁰⁷ Giovanni di Pietro, *Temas de literatura y de cultura dominicana, op. cit.*, , pág. 72.

⁶⁰⁸ *Ibid.*, pág. 75.

CAPÍTULO IV:

LOS NOVENTA: EL BOOM DE LA NOVELA DEL TRUJILLATO (1990-2000)

IV. 1. SITUACIÓN POLÍTICA: EL ADIÓS DEFINITIVO DE BALAGUER

La singular coyuntura política que atraviesa el país en este decenio, como en los anteriores, imprime su huella en la producción novelística del país. Los noventa se inauguran con una nueva convocatoria de elecciones que nuevamente ganó Balaguer sobre la base del timo electoral. Se presentaron los tres partidos de peso en la isla: el PRD –que perdió gran cantidad de votos por la mala imagen que dieron sus dos gobiernos anteriores y las luchas internas posteriores-, el PLD, que obtuvo un porcentaje de votos muy igualado al de Balaguer y el PRSC, que se hizo con la victoria por un estrecho margen de votaciones. Aunque Bosch denunció al partido de Balaguer por fraude, éste no fue suficientemente insistente y como consecuencia Balaguer, retomó la presidencia de la República Dominicana. Rosario Espinal lo describe de esta forma:

La sensación de fraude que dejó la experiencia electoral de 1990 motivó, sin embargo, un proceso de organización social y luchas por las reformas democráticas. Surgieron nuevas organizaciones cívicas con una base de apoyo importante en las capas medias (el caso más notorio es el del movimiento cívico de Participación Ciudadana). La asistencia internacional, sobre todo de Estados Unidos, se hizo presente en los esfuerzos por democratizar el proceso electoral⁶⁰⁹

Todo ello propició que en las elecciones de 1994 fuesen transparentes y limpias. De nuevo se presentaron los tres partidos y en esta ocasión la disputa del Estado se lidió entre el PRD y el PRSC, cuya diferencia de votos fue nimia. Como expone Espinal, la presión que ejerció el PRD para el recuento de los votos, los esfuerzos de Estados Unidos por mejorar el procedimiento electoral y la exigencia por parte de la sociedad civil de unas elecciones regulares, impulsó la negociación entre los líderes de

⁶⁰⁹Rosario Espinal, “El proceso democrático dominicano: avances, retrocesos y riesgos”, *op. cit.*, págs. 3-4.

los tres partidos mayoritarios. Dichas negociaciones fueron mediadas por un representante de la OEA y concluyeron con la firma del “Pacto por la Democracia”, poco antes de que Balaguer asumiera de nuevo el poder en la República. Este pacto consistía básicamente en una serie de reformas constitucionales –incluido el sistema judicial-, la prohibición de la reelección y algunas otras cuestiones referentes al modo y proceso electoral.

Es evidente que, todas estas medidas y logros, desembocaron en la consolidación de la democracia dominicana –junto al nombramiento de una nueva Suprema Corte de Justicia en 1997- y en la legitimidad y claridad de las elecciones siguientes del noventa y seis y del dos mil. El lado negativo “fue que las reformas se adoptaron precipitadamente, en función de lo que le convenía en el momento a los principales partidos políticos, sin incorporar otras perspectivas, y sin pensar cuidadosamente en el impacto de las reformas electorales para el funcionamiento del sistema democrático”⁶¹⁰.

En las elecciones de 1996 se presenta Peña Gómez de nuevo por el PRD –morirá en 1998 y le sucederá en el liderazgo Hipólito Mejía-, Leonel Fernández como candidato del PLD, pues Bosch decidió a finales de 1994 retirarse de la escena política, y Jacinto Peynado por el PRSC, ya que con el pacto del noventa y cuatro se prohibía la reelección y no se pudo presentar Balaguer (que no apoyó al candidato de su partido). El partido político de Balaguer quedó muy distanciado de los otros dos, pero en la segunda vuelta, el cortesano de Trujillo le ofrece pactar a Leonel para evitar que Peña Gómez consiga la presidencia, pues éste había sacado mayor número de votos en la primera vuelta: “No dudó en sacrificar a su propio partido en 1996 en aras de su gloria personal, para que el PLD le debiera el haber alcanzado el poder”⁶¹¹. Esta coalición se denominó “Frente Patriótico” y dejó a la población dominicana perpleja, pues ambos partidos siempre habían sido muy opuestos: el PLD se inclinaba a la izquierda y ya conocemos el contrario modo de proceder de Balaguer. De este modo, en 1996 el PLD asciende al gobierno de la República. En los cuatro años sucesivos, el PRD se yergue como el partido de la oposición y el PRSC se queda estancado, aunque Balaguer sigue luchando por “una cuota de poder en el escenario nacional, a pesar de su avanzada edad y deteriorado estado de salud”⁶¹².

⁶¹⁰ *Ibid.* pág. 4.

⁶¹¹ Juan Bolívar Díaz, *op. cit.*

⁶¹² Rosario Espinal, “El proceso democrático dominicano: avances, retrocesos y riesgos”, *op. cit.*, pág. 5.

*El Frente Patriótico fue la máxima maniobra política de Balaguer y uno de sus mayores éxitos, pues a partir de entonces sería reivindicado absolutamente por sus contradictores de los otros dos partidos, incluyendo al profesor Juan Bosch y al doctor José Francisco Peña Gómez, pero sobre todo a Leonel Fernández y a Hipólito Mejía y sus colaboradores, que se disputarían su gracia hasta el día de su muerte*⁶¹³

La valoración y ponderación de las acciones del PLD en el gobierno son de carácter más negativo que positivo. En el terreno de lo positivo tenemos la mejora económica que experimentó el país, inversiones en obras públicas y mejoramiento de la administración también pública y conservación de las libertades. Lo más nocivo de estos cuatro años pasa por el tinte conservador que da al gobierno la alianza con Balaguer, el fracaso del prometido diálogo nacional entre sociedad civil y Estado, y la escasa dedicación a la política social a pesar del crecimiento económico.⁶¹⁴ Este cúmulo de actuaciones, o ausencia de ellas, es lo que genera el declive del PLD que comienza en los dos últimos años de mandato y que tiene como lance final la pérdida de las elecciones presidenciales de 2000 y la victoria consiguiente del PRD con Hipólito Mejía a la cabeza.

*Es incuestionable que Balaguer jugó un papel central en las alianzas políticas y las cuotas de poder que se establecieron entre 1996 y 2002. Lo hizo con frecuencia a expensas de su partido y de los intereses de muchos de sus líderes, con el propósito de retener su posición de líder indiscutible. Esta actitud anduvo rezagado al PRSC durante esos años en que los otros dos partidos se dinamizaban [...] Fue solo con la muerte de Balaguer en julio del 2002 que el PRSC comenzó su proceso de transformación y conformación de un nuevo liderazgo político, proceso que está aún en desenlace*⁶¹⁵

⁶¹³ Juan Bolívar Díaz, *op. cit.*

⁶¹⁴ Véase. *Ibid.* pág. 6.

⁶¹⁵ *Ibid.* pág. 7.

A principios de los noventa, la mayoría de los dominicanos apoyaban la democracia como la mejor forma de gobierno y la población estaba considerablemente involucrada en el desarrollo político de su Estado: el nivel de participación electoral había sido muy elevado en los primeros cuatro años de ésta. De 1994 a 2001 se produce una menor participación ciudadana y un sentimiento de desencanto con respecto al modo democrático.

La misma Rosario Espinal en un artículo publicado en el periódico *Hoy* enuncia:

*Muchas veces he escuchado decir que el pueblo dominicano es autoritario, que sufre del síndrome trujillista, y a pesar de las formas democráticas que ha tomado la política en las últimas décadas, la cultura autoritaria prevalece en la sociedad dominicana*⁶¹⁶.

A decir de ella, y suscribo su tesis, existe algo de verdad en esta afirmación que se hace tanto dentro como fuera de la isla. Efectivamente, son muchos los años de dominación autoritaria, violencia y represión que han sufrido los dominicanos, pues a los treinta y un años de Trujillo hay que sumarle los veintidós del Balaguer en el gobierno. Es por tanto viable esta presunción, al igual que la desilusión que ha generado en el pueblo el modo de hacer de los partidos democráticos – pues en ocasiones sus acciones no lo eran- en sus años de mandato: corrupción, inflación, crisis económicas, etc. Se trata de una de las sociedades más pobres del país –Espinal menciona que “la cuarta parte de la población dominicana vive bajo la línea nacional de la pobreza”- y alarmantemente, ninguno de estos partidos ha brindado una posible solución para paliar el hambre en la isla y apoyar un desarrollo igualitario. Además, a esto hay que sumar el hecho de que en todos los casos presidenciales se ha contado con la participación del poder imperialista estadounidense⁶¹⁷. No obstante, la República Dominicana ha demostrado “tener una cierta vocación democrática” y las encuestas muestran un claro apoyo a este sistema político.

También se denuncia la falta de participación de los intelectuales en la escena política, que habrían de defender una práctica social dirigida a las demandas populares, dejando a un lado las posiciones favorables al servicio del poder de turno de algunos o

⁶¹⁶ Rosario Espinal, “El autócrata electo” en *Hoy* (25 de marzo de 2004).

⁶¹⁷ Véase. José Antonio Fiallo Billini, “Los intelectuales y el poder, para la construcción de las luchas populares”, *op. cit.*, pág. 2.

la crítica ácida de otros⁶¹⁸. Muchos de los intelectuales dominicanos huyeron del país debido a la crisis económica y política que se inició en los noventa y que se prolongó hasta el ecuador del decenio. Esto ha revertido en la falta de participación de los intelectuales, que están pues en el exilio, en el “debate político” y en el languidecimiento de la producción en Ciencias Sociales. César Pérez hace hincapié en la ausencia de un ideario y de un grupo de intelectuales que acicateen al pueblo, apuntando al peso del autoritarismo en la política dominicana, tal y como dejaba entrever Rosario Espinal:

Varios factores podrían ser la causa de este retraimiento, ese silencio y miedo de mucho de nuestros intelectuales. Entre otros podríamos citar el peso de la tradición autoritaria de nuestra clase política, el canibalismo político de esta, lo cual la inhabilita para valorar las opiniones independientes, la tenue separación de las instancias económicas y políticas en el sistema político dominicano⁶¹⁹

IV. 2. LA EXPLOSIÓN EDITORIAL DE LA NOVELA DEL TRUJILLATO

En el primer año de este decenio de los noventa no se publicó ninguna novela de autor dominicano; las causas las registra Miguel Collado:

Indudablemente que la crisis –más bien el caos- que azotó a nuestro país durante casi todo el año de 1990 fue un factor determinante en el descenso significativo de las publicaciones, pues el elevado costo de impresión de los libros generado por dicha crisis, constituyó una barrera insalvable; en términos económicos, para los autores que tradicionalmente financian sus propias obras, que son los más⁶²⁰.

⁶¹⁸ Véase. César Pérez, “El retraimiento de los intelectuales y la pobreza del debate político” en www.cielonaranja.com/cesarperez2.htm, (26-08-2004).

⁶¹⁹ *Ibid.* pág. 4.

⁶²⁰ Miguel Collado, *op. cit.*, pág. 301.

A pesar de este interregno baldío y de que, como ya he mencionado, la novelística es un género tardío y poco cultivado en la literatura dominicana, este género literario experimenta un auténtico “boom” en los noventa y aparecen obras de la talla de: *He olvidado tu nombre* de Martha Rivera, *Distinguida Señora* de Carmen Imbert Brugal o *Catedral de la Libido* de Avelino Stanley, además de todas las que estudiaremos del trujillato. De estos novelistas, Marcio es el único que pertenece a la generación del 60 y algunos como Enriquillo Sánchez y Andrés L. Mateo a la generación del 65. Y es que como Andrés L. Mateo consigna: “en los años noventa hay una gran producción literaria. El mundo editorial dominicano es muy fluido”⁶²¹.

En lo que respecta a la novela del trujillato, en este decenio no aparecen síntomas de agotamiento de este núcleo temático, sino todo lo contrario, aparece una amplísima nómina de autores que se deciden a re-escribir la dictadura de Trujillo: “Trujillo no deja de ser un tema de actualidad y de apasionados debates, lo mismo el de la migración haitiana hacia este país”⁶²². La novela se impregna de actualidad y circunstancialidad en esta etapa, pero se sigue optando por el compromiso con el pasado histórico, desdeñando una actitud evasiva. Y es que el fervor del trujillato como fenómeno de masas irrumpe con fuerza en los noventa y a medida que avanzamos en su escala, irá *in crescendo*. El trujillato así, ejercerá de discurso preponderante, avalado por la brillantez que se logra en esta década de novelas de dentro y de fuera de la isla. A ello contribuyen autores ya consolidados como Diógenes Valdez, Veloz Maggiolo y Efraim Castillo en el campo de la novelística, y en el poético Manuel Rueda y Enriquillo Sánchez darán el salto al género narrativo.

La avalancha de novelas del trujillato que se publican en los noventa, viene a responder a distintas realidades. Por un lado, el poder cultiva el olvido, y el Balaguerato ha hecho suya esta consigna, pretendiendo ocultar la tiranía tras una capa de amnesia. Esto ha provocado que la juventud dominicana no conozca apenas la cruda realidad dictatorial trujillista –silenciada por el sistema educativo y por el propio pueblo- por lo que el escritor a través de la pluma vindicará el conocimiento de este pasado en esta etapa más que en ninguna otra, amparado en la ingente distancia cronológica que separa

⁶²¹ Eugenio García Cuevas, *op. cit.*, pág. 42.

⁶²² César Pérez, *op. cit.*, pág. 3.

al dominicano del trujillato. Por otro lado, precisamente esa lejanía temporal hace que el escritor dominicano “pierda el respeto” al trujillato, y sobre todo al dictador.....Por último cabría hablar del trujillato como “moda literaria”, una moda que viene auspiciada, a mi juicio, por el interés que este tema ha suscitado fuera de las fronteras dominicanas. Vázquez Montalbán publica en 1990 *Galíndez*, Julia Álvarez saca a la luz en 1995 la edición española de *In the time of the butterflies* y Mario Vargas Llosa comienza en 1997 a pasar largas temporadas en la isla para escribir *La fiesta del Chivo*, noticia que conmocionó a la sociedad dominicana. De esta forma, el dominicano es más consciente que nunca del puntal temático del trujillato y de su capacidad literaria, lo que producirá que varios autores noveles emprendan una carrera novelística, que en la mayoría de los casos, concluirá con la misma publicación de la novela; de ahí que la calidad literaria de muchas de éstas brille por su ausencia.

El objeto de este capítulo es, como vengo haciendo, dilucidar cuáles son los diferentes enfoques y las aportaciones de la novela del trujillato de la última década del siglo XX. La principal aportación es la desmitificación del dictador y su presentación desde un punto de vista humano, lo que se traducirá en la presencia notable de “novelas de dictador”. Por otro lado, sigue siendo mayoritaria la adscripción de las novelas del trujillato a la categoría de “novela de dictadura”, pero se operan cambios importantes en el tratamiento de la tiranía: observo una nítida comunidad de intenciones e intereses, una proximidad del sentido de las apelaciones al trujillato y cada vez con más fuerza, comienza a arraigar una tendencia novelística donde el motivo del ajusticiamiento del tirano ocupa un lugar privilegiado. Ciertamente, las novelas de este período recalcan con más frecuencia en el tópico del ajusticiamiento de Trujillo: “In a way, the need for vengeance is satisfied throughout the readings describing the end of the regime. The people also feel rewarded by the action of those who eliminated the dictator”⁶²³.

Aparecen también por vez primera protagonistas femeninas: Melba, Alfonsina Bairán, Doña María, junto con la profusa atención a la recreación literaria de las esposas de Trujillo y de su relación de poder con las mujeres dominicanas, incursionando de este modo en el inframundo de las violaciones y estupro, desvirgamiento y amplia caterva de amantes, que fue soslayado en decenios anteriores. Asimismo se presta especial atención a la figura del personero y su relación con la

⁶²³ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 9.

retórica trujillista, e incluso se acercará al lector al engranaje, a la sala de máquinas del mundo cultural y artístico de la Era, que hasta este momento no había sido retratado en novela alguna. Los últimos años de la dictadura, el tiranicidio, el caso Galíndez y el de las hermanas Mirabal serán los motivos más recurrentes en este bloque, que sigue apostando por la novela de la dictadura, aunque ya se interna en las sirtes del dictador.

Por último, procederé al estudio de las novelas del trujillato escritas por autores no dominicanos, que irrumpen en este decenio de modo acentuado. Así, analizaré los principales rasgos de *Galíndez*, *En el tiempo de las mariposas*, *Cosecha de huesos*, *El españolito y el espía* y *La fiesta del Chivo*, rastreando las diferencias y similitudes que pudieran existir entre estas y el resto de novelas dominicas de la época.

IV. 2. 1. TRATAMIENTO DEL PESIMISMO DOMINICANO

Lo expuesto anteriormente no significa que no se aborden los motivos literarios anteriores, que como veremos, siguen estando presentes en la representación literaria de este fenómeno, al igual que la imagen pesimista de la historia dominicana que se forjó en los ochenta:

Decía él que el tiempo aquí estaba como paralizado, que permanentemente se respiraba el mismo aire viciado, que era una sociedad estancada, donde el valor del hombre se medía por la cantidad de tierra que poseyera o por su capacidad para matarse con otro (Retrato de dinosaurios, pág. 42)

Incluso se llega a señalar que los tiempos de la dictadura eran menos perniciosos que los del balaguerato:

Las ancianas y ancianos de la ciudad sabían que estos tiempos eran mucho, mucho más difíciles y angustiosos que los de principios de siglo, que los de fines del siglo anterior. Sabían que esta miseria de hoy era más temible y menos llevadera que cualquier miseria registrada en la memoria de los hombres (Los que falsificaron la firma de Dios⁶²⁴, pág. 201).

Así se sucederán el pesimismo, la falta de ideologías y de convicción, la venta al mejor postor, la corrupción de la política dominicana y la pervivencia de la violencia y

⁶²⁴ Viriato Sención, *Los que falsificaron la firma de Dios*, Santo Domingo, Taller, 1992.

represión. Las cárceles del doctor Ramos de Viriato Sención “son peores que las cárceles de la época de Tirano”. Eran tiempos:

de sangre derramada, de crímenes atroces, y la siempre indiferencia, la duplicidad de este doctor Ramos, coronado unas veces con el aura de la mansedumbre, de un semblante altagraciano y otras, de repente, con el látigo de la muerte, en sus manos (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 223).

La viuda de *El personero* coincide con estas apreciaciones y expone que durante el mandato de Trujillo, eran más felices que en ese momento. Ella representa la nostalgia de la Era: “Hoy, con el *Jefe*, tendríamos menos libertad y más pan”, porque ese Santo Domingo de Balaguer estaba peor que nunca:

El trujillismo no sólo fue sangre y dolor, también hubo pasión, brillo, atrevimiento, paseos dominicales bordeando un estricto orden social, imperturbable aún para aquellos que odiaban la dictadura. Todo era asunto de respetar las reglas de un juego cuyas bases la tenía Trujillo. El resto, entonces, resultaba fácil (El personero, pág. 95).

El Trepador incide sobre lo mismo:

Ciudad Trujillo es la ciudad más segura del continente: aquel que respeta al Jefe es respetado por el Jefe y aquel que no respeta al Jefe, El Jefe, en el peor de los casos, lo liquida (El personero, pág. 123).

En este sentido, *El personero*⁶²⁵ merece una atención especial: “Dentro de la extensa narrativa publicada sobre la Era del dictador dominicano Rabel Leonidas Trujillo (1930-1961), y en especial la del último decenio, *El personaero*, se distingue como una novela coral⁶²⁶ – presente (neotrujillismo), pasado y futuro. Nina Bruni,

⁶²⁵ Efraím Castillo, *El personero*, Santo Domingo, Taller, 1999.

⁶²⁶ Nina Bruni, “El rol del intelectual en la Era de Trujillo en *El personero* de Efraím Castillo” en www.cielonaranja.com/ninabruni.htm (26-08-2004).

efectivamente analiza la figura de Alberto Monegal, como “representación del intelectual del régimen trujillista”, cuya actuación en el régimen nos llega por sus recuerdos durante su exilio interior y por su viuda. Como ideólogo del régimen construyó el andamiaje de la hispanofilia, construcción de la nacionalidad dominicana, y del antihaitianismo. Hace comprender a Trujillo –como Ventura a Mandarria y Santo Banderas- que “el circo es parte esencial de los pueblos”.

Es interesante reseñar que en la novela sobran las alusiones irónicas a la literatura actual publicada sobre el trujillismo”, y, en palabras de Nina Bruni, “El oportunismo se asocia al dinero y al sensacionalismo” “o simplemente a lo que parecería ser una moda que se confunde con las intenciones honestas de quienes desean abrir un verdadero espacio de reflexión sobre Trujillo y su época”⁶²⁷. Pues ciertamente se alude a la necesidad de saber de la juventud y al ansia del público por anécdotas cruentas y chascarrillos.

Se reclama por tanto, la necesidad de la memoria histórica, pero hay que contar con el peligro de reconocer sus virtudes. Ésta es la única forma de diagnosticar los errores del presente, consecuencias de los del pasado.

La estructura de la novela se compone de catorce capítulos que se van alternando desarrollando cada uno las historias de “El gordo y el flaco”, “Monegal”, “El trepador”, “La viuda”, “La muchacha” –Marta- de forma autónoma. Se vale de la técnica del salto cualitativo vargallosiano y despliega de forma autónoma cada uno de estos hilos argumentales que irán confluyendo a medida que avance la novela.

El gordo y el flaco son dos individuos que pertenecen a la Biblioteca Nacional de los años noventa balagueristas y que vienen a ordenar y tasar la extensa biblioteca de un ex – personero de Trujillo, con el permiso de “la viuda” de éste que llevaba lustros sin ser tocada. Entre el polvo, la mugre, la basura y las ratas que envuelven los anaqueles repletos de libros, encuentran la correspondencia de Monegal con sus amantes y la expresión de su más íntimo ideario. Esto servirá de excusa para adentrar al lector en el ambiente del trujillato y en la persona de Monegal, el arquetipo que condensa las características de todos los personeros de Trujillo. Piensan que con todo ese material podrían escribir un buen libro, pues como dicen:

⁶²⁷ *Ibid.*

Estamos en una época en que todo lo que huele a Trujillo es noticia que interesa a la gente.

-Tienes razón, Gordo, hay una generación y media que desea leer...saber más de Trujillo...no obstante todo lo que se ha publicado.

-Es que sólo han escuchado la campana del antitrujillismo, de los vencedores. Los muchachos desean conocer otras facetas del Jefe [...]

Los jóvenes desean saber si la desgracia del trujillismo es peor que la desgracia de la democracia [...] cómo actuaban sus personeros y, más que todo, qué temores sentían del miso régimen al que servían (El personero, pág. 49).

Y es que:

La mayoría de los nuevos historiadores sólo profundizan en los chismes y la razón de ello es que la famosa Era los estelarizó más allá de la anécdota trivial [...] el chisme se incrustó en el corazón, en el tejido mismo de su estructura. El trujillismo, así, se mueve en la historia como un chiste cruel, como un (sic) anécdota de terror e intriga (El personero, pág. 167).

Aparece explícitamente en la novela el proceso de mitificación novelística e histórica de Trujillo:

Acerca de Trujillo sólo se ha narrado lo que mucha gente ha inducido que se narre. Ha sido una historia inducida, en donde se han dejado huellas, huellas profundas sin repisar, sin remarcar; son huellas que se han abandonado para premiar, o deserciones, traiciones, abandonos y otros; o para silenciar complicidades en bienes que aunque debieron pasar al patrimonio público, se quedaron en manos de ciertos e influyentes personeros del régimen (El personero, pág. 215).

.....
Todo lo de Trujillo ha girado en torno a sus bufones, sus crímenes (muchos, por cierto), sus mujeres (también muchas, por cierto), sus compras compulsivas, sus otras cosas que aparecen como malas, muy malas...Pero ¿qué se ha dicho de sus muchas cosas buenas? Usted lo sabe, señora, que para que un hombre atravesara la historia de un país durante casi cincuenta años, en donde los primeros quince jugaron un papel más o menos trascendente, y los

dieciséis restante un rol de suma importancia, se tendría que contar su historia de manera clara y concisa, por lo que deber ser muchas las cosas malas, pero también muchas las cosas buenas que poseyó (El personero, pág. 216).

Y es que en el régimen participó de una forma u otra toda la población, que se veía involucrada, porque como dice Martínez: “Trujillo somos todos nosotros” (pág. 284). El sentido de la “supervivencia” es el factor clave que produce que “se sucedan las burocracias de un régimen a otro, aunque no se correspondan ideológicamente” (pág. 221), nutriéndose la novela del plano histórico:

Ese nexo, ese paso objetivo del mitin trujillista y lloriqueo frene al cadáver del dictador, al abucheo y endemoniado fervor antitrujillista, constituye el factor clave, sustancial de la supervivencia (El personero, pág. 221).

.....
En las dictaduras, Martínez, la paranoia es parte de la acción. El dictador persigue, pero se siente perseguido; amenaza, pero se siente amenazado; odia, pero se siente odiado. La dictadura es pura contradicción: se retuerce de placer y dolor, se oprime e la duda y la respuesta, se vanagloria en el yerro y en la acción. Supervivir es saber deslizarse entre la migaja y el pan, entre el vinagre y el vino, entre la satisfacción y el hambre. La primera lección es saber ignorar... ¡conociendo! (El personero, pág. 258).

Entonces estos le pedirán a un escritor “de mala monta” que redacte el manuscrito, a “Efraim Castillo”, el autor de esta novela:

-Sí, Efraím Castillo. Ese es, prácticamente, un escritor desconocido, uno de esos tipos que abundan en el país y que escriben por escribir, construyendo, si se le puede llamar así, una literatura con claras tendencias a lo pornográfico (El personero, pág. 214).

Este se dedicará a hacer varias entrevistas: a la viuda, a la esposa de Martínez, a la amante de Monegal, a la hija de ambos: Marta etc. Se hace un esbozo y una clasificación del producto final: será una “novela histórica sobre los últimos diecisiete años del trujillismo” (pág. 209) y Trujillo aparecerá en la narración pero no como protagonista; ahorrándole así trabajo a la crítica. En definitiva, es una novela hace

hincapié en la nostalgia trujillista que está aflorando en la sociedad dominicana y que toma la forma de lo que se viene conociendo como “neotrujillismo”:

¡Mire, señor Castillo, le puedo decir en alta voz que Trujillo murió a destiempo! ¿Debió durar unos cuantos años más –veinte años por lo menos- a fin de que su plan educativo nacional llegara a todo el pueblo, tal y como lo habían planificado Balaguer y Monegal (El personero, pág. 131).

.....
Lo que ha venido después del trujillismo no ha sido más que el neotrujillismo despotricado, vagabundo, mucho más ladrón y enfermizo que la matriz copiada (El personero, pág. 422).

IV. 2. 2. LAS TRES VOCES DEL DICTADOR

IV. 2. 2. 1. LA VOZ DE TRUJILLO

En *Bienvenida y la noche*⁶²⁸, Manuel Rueda nos describe a un Trujillo sumamente teatral que hechiza a la multitud, resaltando tal y como enuncia Valerio-Holguín, sus “aspectos de seducción y fascinación”: “sugiere algo que muy pocos dominicanos se atreven a confesar y es la fascinación y la seducción de la nación por parte del dictador”⁶²⁹. De este modo, Rueda nos sumerge en la presentación de un dictador de carne y hueso, con sus correspondientes virtudes

La trama gira entorno a la boda de Trujillo con Bienvenida Ricardo en 1927, periodo que se ha denominado “prototrujillato”⁶³⁰, celebrada en Monte Cristi, de ahí que, tal y como enuncia José Alcántara Almánzar en el prólogo de esta edición, “el propio autor bautizara su escrito como “crónica montecristeña””. El punto de vista narrativo se instala en la primera persona, en los ojos y en la memoria del Rueda de seis

⁶²⁸ Manuel Rueda, *Bienvenida y la noche*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1994.

⁶²⁹ Fernando Valerio-Holguín, “Trujillo en una escena de seducción...” en *op. cit.*, pág. 26.

⁶³⁰ Valerio-Holguín en el artículo citado dice que se trata de uno de las pocas novelas que “exploran la genealogía del trujillato”, pero esta etapa aparece descrita en varias novelas de los noventa: *Juro que sabré vengarme...*, *Al cruzar el viaducto*, *Papá y Trujillo*.

años de edad, que con bisonñez y perplejidad observa y cuenta los hechos que presencié. La “memoria colectiva” –la del pueblo, su abuela y sus tías- junto con sus recuerdos, construyen una narración que apunta a un Trujillo “apuesto” y “elegante”, de atuendo impecable, pero también “codicioso” y deseoso de formar parte de la vida social de la alta alcurnia de Monte Cristi. Ésta se lo pondrá difícil, pues era considerado un “advenedizo” en ese ambiente tradicional y provinciano que no veía con buenos ojos y despreciaba su “origen social”, los métodos de ascenso del coronel y su *modus operandi*. El autor lo señala en las primeras líneas de la novela: “Por años se hablaría en Monte Cristi de aquellos acontecimientos”, ya que habían originado “desacuerdos” dentro de la sociedad de la época, pues se pensaba que era “un atropello a la dignidad de sus instituciones”. Su figura estaba envuelta de un “halo de cosas inconfesables”, y es presentado como un hombre enigmático y atractivo, que tenía perdidamente enamorada a Bienvenida:

[...] le bastaba con que acercara su rostro al suyo con esa sonrisa bien calculada que raras veces se le decolgaba de la comisura de los labios en una risotada y cuya secuela era siempre un rictus de autosuficiencia (Bienvenida y la noche, págs. 50-51).

El autor-narrador expone que la descripción que hace del futuro dictador es la suma de “los retratos posteriores”, que lo definen como “imperturbable e inaccesible”, de una “elegancia innata” y de “inegables atractivos físicos”. Y es que la caracterización positiva de Trujillo pasa por perfilarlo como un “esclavo de su apariencia” y como un “emperador”.

Aquel perfil, repito, inmovilizado por su propia fuerza interna, era el de un hombre que se distinguía a simple vista de sus compañeros, aunque la edad y el rango fueran los mismos. Era imposible no verlo o confundirlo con el que le quedaba al lado (Bienvenida y la noche, pág. 80).

Miguel Holguín-Veras en *Juro que sabré vengarme...* hace un retrato de la entrada a Monte Cristo del que sería el Jefe de los dominicanos con motivo de esa boda, y ésta se halla en la misma línea de fascinación, expectación y atracción que ya describió Rueda:

el coronel hizo su entrada al escenario, con soporte gallardo, su traje impecable y su rostro maquillado, adornado por un bigote escrupulosamente recortado y el pelo bien peinado, con gomina, que no permitía que una sola hebra estuviera fuera de lugar (Juro que sabré vengarme, pág. 28).

En *Los amores del Dios*⁶³¹, Aquino se hace eco del encumbramiento de Trujillo que había de cubrirse con un halo de divinidad –es conocido que “Dios y Trujillo” “eran la misma cosa”- que hacía pensar que ciertamente se trataba de un individuo sobrenatural, un predestinado, “una fuerza cósmica de arrastre universal” :

Todo revolvería alrededor de su genio predestinado y para asegurar el control del país en todos los órdenes ejercería todos los medios de coerción incluyendo por supuesto el asesinato político. El país todo terminaría siendo con el tiempo, una empresa de su propiedad. Sometida la gente a una sistemática campaña de adulación y subordinación a la dictadura (Los amores del Dios, pág. 31).

También Rueda lo perfila como un “personaje mítico”:

En él se veía al predestinado; el mundo parecía pertenecerle y si no volvía el rostro para mirar lo que estaba sucediendo a su paso, más que por altanería era por el interno convencimiento de conocerlo todo, de que nada nuevo había para él en un pueblo como el nuestro (Bienvenida y la noche, pág. 79).

Diógenes Valdez en cambio, en *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*⁶³² pone en entredicho el magnetismo y la fuerza telúrica del dictador y señala que detrás de toda esa imagen que se le había querido dar al pueblo, no residía un ápice de realidad. El mundo cultural y literario giraba en torno al “Jefe” era el que se encargaba de su endiosamiento, de propagar alabanzas y dedicatorias a su persona:

⁶³¹ Miguel Aquino García, *Los Amores Del Dios*, Santo Domingo, Taller, 1998.

⁶³² Diógenes Valdez, *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Edita-libros, 1997.

[...] y es que cuando se piensa en la familia Trujillo, todo el mundo se siente iluminado, cada quien puede inventar y realizar prodigiosas hazañas, que en la realidad no pasan de ser descomunales mentiras: “Trujillo es el astro que que (sic) dirige los destinos de nuestra nación, para bien de todos los dominicanos iluminando nuestro presente y futuro. Su esposa es la luna que refleja la luz del Sol, y sus hijos, relucientes planetas que habrán de continuar la senda pautada por el Padre” (Retrato de dinosaurios, págs. 57-58).

El pueblo cree en la divinidad de Trujillo, en su poder y fuerza ilimitados:

¿Viva el jefe!, ¡viva el jefe! gritaban a su paso los lugareños generando ecos de adulación que se estrellaban contra las cortinas de las ventanas y parabrisas posteriores del vehículo blindado (Retrato de dinosaurios, pág. 63).

Pero en ese afán del dominicano de los noventa de dulcificar al tirano, Rueda tampoco podía pasar por alto el nido de defectos que se alojaba en la personalidad mórbida de Trujillo: es inhumano, despiadado, frío y sumamente codicioso:

Había realizado un despliegue de poder en el pueblo movilizando los batallones armados con fines de servicio doméstico, lo que fue considerado de mal gusto, además de constituir un reto a la jerarquía establecida [...] Trujillo sentía que todo le estaba permitido, que su gloria era algo incuestionable e inminente (Bienvenida y la noche, , pág. 113).

La supremacía del Jefe, ávido de poder y del control extremo de la ciudad y sus ciudadanos, llegó a cotas insólitas. Este hecho se refleja en todas las novelas del trujillato, como hemos comprobado, y también aparece en los noventa. Por ejemplo, en *Papá y Trujillo*⁶³³ leemos:

⁶³³ Carlos Fernández Casanova, *Papá y Trujillo*, Santo Domingo, Imprenta Hnos. Portes, 1999.

Eso es, aquí en este país, nadie, ni siquiera Fidel Castro con su podrido comunismo y sus traidoras organizaciones de tropas, me harán perder el dominio que tengo sobre esta nación (Papá y Trujillo, pág. 100).

Aparecen claramente explicitados los motivos que llevan a Trujillo a querer casarse con Bienvenida: “un medio de forzar su entrada a una clase superior que parecía resistírsele”. De hecho, cuando él llega al pueblo, demuestra que su prioridad es su carrera –“visita a los cuarteles”- y no la novia. La ambición de Trujillo, su megalomanía y su resentimiento impregnan todo un texto que rebosa lirismo y que alcanza sus momentos cumbres en las descripciones de Trujillo.

La alta sociedad montecristeña le niega la disponibilidad del “Club” para celebrar el banquete de boda; es entonces cuando Bienvenida le pide a la familia de Manuel Rueda su casa nueva para “realizar allí ese baile”. Este rechazo provoca en Trujillo una única reacción: la sed de venganza.

Se trata de algo esencial para Rafael Leonidas, algo que atañe a su honor. Será su respuesta a quienes desean ultrajarlo (Bienvenida y la noche, pág. 87).

.....
Pero ese baile del día siguiente sería un sarcasmo al drama de las familias que deseaban luchar por sus principios, no importa lo equivocadas que estuvieran (Bienvenida y la noche, pág. 90).

Rueda le da voz a Trujillo –una “voz aflautada”- y lo hace para ilustrar una de las características de su personalidad: recompensar a los que lo ayudan y apoyan⁶³⁴ en un momento, sobre todo si éste corresponde a la etapa previa a su llegada a la Presidencia del país; motivo que ya vimos narrado en *Medalaganario*:

Estimo en lo que vale el gesto que ha tenido al prestarnos su casa para el baile de anoche. Si, en cambio, puedo hacer algo por usted, no tiene más que decírmelo. Yo sabré corresponderle (Bienvenida y la noche, pág. 145).

⁶³⁴ Lo mismo lo encontramos en *Medalaganario*.

La abuela del autor no pasa por alto el tono jactancioso del mensaje de Trujillo y le agradece la propuesta, pero no la acepta. La descripción que hace es la siguiente:

[...] notaba en él algo falso, solapado, algo que exigía atención sin darla, parapetado en una inconmensurable vanidad. Su personalidad era excluyente: no daba cabida más que a sí mismo, a sus atildamientos tanto como a sus imposiciones verbales. No le importaba lo que sucedía a su alrededor, aunque nada tampoco se le escapaba. Convertía a los hombres en objetos, a las situaciones en coyunturas, ventajosas o no, que podía manejar con sólo quererlo (Bienvenida y la noche, pág. 147).

Bienvenida es presentada como una mujer que no tenía “fama de hermosa”, pero con un “atractivo fuera de lo común” y unas impresionantes dotes de bailarina. Trujillo saca una espada de oro para cortar el pastel de boda y con éste rompe un espejo, lo que se entiende como un mal presagio para ella: “No era supersticiosa pero los espejos la asustaban”, por lo que tuvo un mal presentimiento que se materializará en su fracaso matrimonial. Acaba siendo desplazada por María Martínez, residió en Noreamérica y finalmente le dio una hija: Odette.

Bienvenida y Trujillo alcanzaban una “perfecta sincronía” bailando –hay que recordar la afición de Trujillo al merengue (de “procedencia dominicana”) y cómo lo impuso en las altas esferas-, de tal manera que iba a ser en un futuro su principal vínculo de unión. Esta afición también aparece reflejada en la obra de Holguín-Veras, y en otras de forma anecdótica. Precisamente, esta escena del baile será interpretada en la novela de Rueda como otra señal de mal augurio, pues como dice el apotegma popular, “Boda bailada, boda llorada”

Volverá a intervenir Trujillo en otra ocasión, de nuevo para mostrar su carácter:

Me llevo la más bella flor de Monte Cristi. Este pueblo no se la merece. Juro que sabré vengarme de todas las afrentas que me han hecho (Bienvenida y la noche, pág. 154).

La amenaza hizo temblar al pueblo. Las funestas premoniciones continúan inundando el discurso, pues cuando el futuro dictador se marcha del pueblo, era una

“noche” de tormenta: el niño Manuel Rueda presiente la “negritud” del futuro que le espera a Bienvenida.

El rencor y la frustración que generaba en el sátrapa la negativa y repulsa que la alta alcurnia le profesaba, también es recogido en *Los amores del Dios*, donde Aquino relata una anécdota que había llegado a los oídos de la propia Eleonor Roosevelt: un padre le narró el drama que ha vivido con su hija –perteneciente a la alta sociedad-, acosada y violada por Trujillo, pues se sintió humillado por ésta y su familia, rechazado por el “aristocrático club social” al que pertenecían. Por esta razón, Trujillo transido de venganza (como en el caso de “Muñequita” en *El reino de Mandinga*) planea la forma de perpetrarla: la violación de la hija. En este momento, y tras la descripción del estupro, el narrador recalca en las profundidades del pensamiento de Trujillo tras el acto criminal: “por primera vez siente temor y rabia, temor de sentirse culpable, rabia de estar atemorizado” (*Los amores del Dios*, pág. 12). Trujillo en por fin es humanizado, sus debilidades tienen cabida literaria en la novela del trujillato:

[...] advierte que está profusamente sudado, la respiración es rápida y profunda, y gruesa gotas de sudor van labrando surcos que serpentinean por toda la extensión de la cara y el cuello, siente los latidos del corazón, acelerados (*Los amores del Dios*, pág. 12).

Precisamente, esa afamada frase de Rafael Leonidas Trujillo da título a otra novela que versa sobre este mismo asunto: *Juro que sabré vengarme...*⁶³⁵. Los cuarenta y un capítulos y el epílogo que conforman esta novela, detallan todo lo que acontece en el “prototrujillato”: la descripción del gobierno de Horacio Vásquez –“hombre de escasas luces y debilidad”- y la línea de ascensión militar de Rafael Leonidas Trujillo.

La narración de Miguel Holguín-Veras se detiene en los casamientos de Trujillo: primero con Aminta, con la que tiene un hija, Flor de Oro; y posteriormente con Bienvenida Ricardo, perteneciente a lo más granado de la sociedad montecristeña, y que le servirá de pasaporte para acceder a los círculos de la clase alta dominicana. El autor relata lo que allí acontece –lo que ya hemos leído en *Bienvenida y la noche*, e incide en la frase que a voz en cuello pronunció Trujillo: “Juro que sabré vengarme de la afrenta que me hicieron” (pág. 29).

⁶³⁵ Miguel Holguín-Veras, *Juro que sabré vengarme...*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1998.

La caracterización del futuro “Benefactor de la Patria” en esta novela, también incide en los aspectos positivos de su personalidad, haciendo hincapié de nuevo en la admiración que provocaba:

En el cuartel destacó por sus dotes de mando y por su rectitud, cualidades que no dejaban de ganarle enemigos, pero también admiradores incondicionales que no dudaban un instante en sacrificarse por él (Juro que sabré vengarme, págs. 11-12)

Pero predominan en el texto las alusiones negativas a la actitud y forma de ser del tirano:

[...] se iniciaba así lo que sería una táctica constante, que luego Trujillo se encargaría de refinar y perfeccionar: expresar dolor a los familiares de aquellos a quienes él mataba, mandaba a matar o contribuía de alguna manera a que mataran (Juro que sabré vengarme, pág. 22).

Lo que el narrador transmite al lector es la ambición desmesurada de Rafael Leonidas por ascender y conseguir el poder, a costo de todo y de todos: “Trujillo era, aparte de todo lo dicho o dejado ver, celoso, muy celoso del poder” (pág. 160). Asimismo, es esbozado como un individuo, de nuevo, frío, calculador, que recurre a tretas inhumanas para lograr sus objetivos. Por ejemplo, en el texto se cuenta cómo Trujillo apoya una huelga de chóferes (por la subida del precio de la gasolina) para presionar y desestabilizar al gobierno, e incluso provocará que haya un buen número de muertos en este acto para aumentar la gravedad del asunto.

Finalmente, en el epílogo es donde se concentra el mayor conjunto de información sobre las actitudes del tirano, ciertamente propicias para llevar a cabo un gobierno despótico, y además se manifiesta la crítica a la condición sumisa y permisiva del pueblo dominicano. Esta opinión ya aparece en novelas de los setenta, como en *La ciudad herida* o en *Los algarrobos también sueñan*.

Su ascenso al poder y su consolidación en el mismo se debieron a muchos factores, que incluyen, aparte de su enorme talento y don de mando (que los tenía de sobra) su ambición, su capacidad de simulación, su decisión, la falta de escrúpulos para lograr sus propósitos y la gran sumisión del pueblo

dominicano, una de cuyas características es endiosar a los hombres de gobierno (Juro que sabré vengarme, págs. 153-154).

Es interesante comprobar cómo en este decenio el dominicano es capaz de dibujar a un Trujillo sensible, sufriente, consciente en el sesenta –los EE.UU le habían retirado el apoyo y la Iglesia le hizo frente- de que su fin estaba cerca: “El dictador se sentía solo y deprimido. Muchas veces se le veía caminar por los pasillos del palacio, cabizbajo y pensativo” (*Papá y Trujillo, pág. 99*).

Trujillo presagiaba su fin, él sabía que ningún dictador en la nación había terminado su despotismo en lecho de rosas y recordaría la horrenda muerte que dieron a Ulises Heureaux (Lilis) (Papá y Trujillo, pág. 131).

Rafael Leonidas Trujillo, un hombre temperamental, en algunos momentos podía ser sereno y comprensivo, pero cuando se encolerizaba, era el ser más peligroso y sanguinario, tan peligroso y sanguinario que podía calificarsele (sic) con todo el sentido de la palabra bestia (sic) (Papá y Trujillo, págs. 131-132).

A todo esta manigua de adversidades, el “cáncer en la próstata que lo estaba inutilizando cada vez más” (*Papá y Trujillo, pág. 169*). Fernández Casanova narra la frustración y la aflicción del tirano en las postrimerías de la Era, y describe la magna y ampulosa celebración de su sesenta y nueve cumpleaños, intercalando en el texto partes del discurso que con este motivo pronunció el dictador:

Las palabras de Trujillo, producidas después de las 1:15 de la tarde de aquel lunes 24 de octubre evidenciaban la frustración y el remordimiento que sentía el tirano al saber que sus principales enemigos estaban dentro de su gobierno, como lo habían demostrado las detenciones de los jóvenes del 14 de junio, la mayoría de los cuales procedían de familias ligadas a la satrapía (Papá y Trujillo, pág. 170).

En *Al cruzar el viaducto*⁶³⁶ También aparecerá en otros diálogos, destituyendo a su antojo y siendo con su voz “aflautada” mantendrá una conversación con su chofer Isaías al salir de misa:

-Isaías, algún día me enterrarán ahí, en los sótanos de esa Iglesia.

El manso chofer le contestó:

-No diga eso, mi jefe, pues bien sabe Dios que usted nunca se puede morir.

El dictador se puso la mano derecha en el bajo vientre al sentir el pinchazo de la próstata y nada respondió (Al cruzar el viaducto, pág. 155).

IV. 2. 2. 2. LA VOZ DE LA MUJER: DE LA SEDUCCIÓN A LA VIOLACIÓN

Los amores del Dios de Miguel Aquino García es el texto que, junto con *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*, más páginas dedica a la relación detallada del César Caribeño con sus mujeres y amantes. La proyección del Trujillo firme, autoritario y monolítico se desmorona en tenor de la desmitificación de la que es objeto el tirano en buen número de novelas de este decenio. Así en esta primera obra, comienza el itinerario de féminas que estuvieron cerca del dictador de una u otra forma: la madre de su primera hija, Amina, apenas sí se menciona –pues “parecían haber sido tragadas por la tierra”-, y Bienvenida es tratada someramente. De nuevo se repite que su matrimonio con Bienvenida –“pasiva”, “no muy agraciada”, “noble”- era de conveniencia, puesto que con él pretendía entrar en los círculos aristocráticos. En esta obra es donde aparece con más nitidez:

[...] su matrimonio había proveído a Trujillo con la representación social que este consideraba absolutamente fundamental para su estabilidad mental, le era tan importante como el aire mismo que respiraba, y ella no había vacilado en asociarlo a su aristocrático linaje por encima de la voluntad de sus propios familiares [...]

⁶³⁶ Artagnán Pérez Méndez, *Al cruzar el viaducto*, Santo Domingo, Taller, 1997.

Bienvenida representaba su consagración como miembro de una casta social cuya estructura había sobrevivido por siglos (Los amores del Dios, pág. 25).

Será su tercera esposa, Doña María, la que acapara la atención del narrador. Sabemos que es ella quien le da el primer hijo varón a Trujillo –Ramfis-, lo que le colocó en “una posición de ventaja”. María era de “espíritu dominante” y había creado “lazos de dependencia emocional con Trujillo” (pág. 24), y paulatinamente su influencia en él iba siendo cada vez mayor, pues el tirano llegaba a compartir con ella incluso cuestiones políticas.

La personalidad de María, de “carácter agresivo y extravagante”, “atractiva”, estaba más en consonancia con la personalidad del dictador. Al poco tiempo de conocerse, Trujillo la instaló en “casa propia”, pues le demostró “que ella podía sustituir todas las deficiencias de Bienvenida dentro y fuera de la cama” (pág. 23).

Pero lo más interesante de la aparición en la escena literaria de Doña María, es que hace aparecer a Trujillo como nunca antes lo habíamos visto descrito (exceptuando las “novelas del dictador” y en *Cementerio sin cruces*): un títere, pusilánime y extremadamente sumiso a la voluntad de su esposa⁶³⁷. Pero también en esta nueva faceta de Trujillo es tierno y comprensivo:

A veces me pregunto que hubiera sido de mí, sino te hubiera encontrado, le dijo, mientras le acariciaba las mejillas con un dedo [...]
La afinidad entre ambos era palpable, detectable y la sincronización de ideas natural y espontánea (Los amores del Dios, pág. 28).

María había de ser la única persona capaz de insultar y vejar al tirano, de amenazarlo y contrariar su voluntad: le llamaba “pendejo” y le montaba “escenitas”, tirándole platos y ninguneándolo. En la escena que relata Requena, Trujillo le planta cara a su mujer y la llama “¡mujer del diablo!”, pues ella lo llamaba “Chapita”.

Valdez en esta novela de los noventa muestra también a una María Martínez cruel, sin escrúpulos, visceral, fría, obsesiva, igual que su marido; haciendo honor así a

⁶³⁷ Manuel de Jesús Javier García escribe: “La esposa del dictador, María Martínez de Trujillo, para lograr muchas cosas que deseaba, se valía de hábiles argucias que sacaban a éste de quicio, lo ponían a rabiar y, en muchos casos, a dar palos a ciegas” en *op. cit.*, págs. 113-114.

ese famoso refrán popular: “Dios los cría y ellos se juntan”. Es decir, que de nuevo se reitera la idea de la “afinidad” entre ambos, de la crueldad que los unía.

Doña María, ambiciosa como el tirano, lo apremia a casarse con ella so pena de no volver a verla y dejar de tener relaciones sexuales. Trujillo, contrariado y presionado, decide probarle su amor a la “española” a su hijo: a los cinco años Ramfís es nombrado “coronel del Ejército Nacional” y él se divorcia de Bienvenida –alegando que ella era infértil- para contraer matrimonio con María. La relación de estos hechos, también aparece detallada en *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*. No obstante, el tirano, como apunta Aquino, siguió manteniendo relaciones con Bienvenida y “Con el tiempo y aunque muy tarde, Bienvenida también terminaría dando hijos a Trujillo” (pág. 48).

Ya comenté en el capítulo primero de esta Tesis que uno de los pilares sobre los que se cimentaba el poder de Trujillo era el sexo: el sometimiento y la dominación a través de la virilidad. Como afirma Efraim Castillo en *El personero*: “En el sexo hay un sometimiento y Trujillo sabía que al pueblo se le podía someter a través de él”⁶³⁸ (pág. 172), porque Trujillo era el “pene de la patria”. Y es que cuando se señalaba a una de sus *queridas*, como dice Castillo: “nos estábamos señalando a nosotros mismos y gritándonos que estábamos sometidos a su pene, a su bastón” (pág. 172).

Pues bien, por primera vez en toda esta trayectoria de la novela del trujillato claramente se alude a la costumbre de Trujillo de desvirgar a niñas, acostarse con las mujeres de sus ministros y tener relaciones con quien quisiera. En *Al cruzar el viaducto* se retrata a una pléyade de madres que iban a ofrecer al jefe sus muchachita para que las desflorara, *motu proprio*:

En esta, la explotación de la mujer como mujer ocuparía un papel prioritario y relevante, sería un sello distintivo e inseparable de su persona (Los amores del Dios, pág. 32).

⁶³⁸ El narrador de *El personero* denuncia que Balaguer actuaba de forma contraria a Trujillo: *Balaguer jugaba a ser otro tipo de Dios. Su jugarreta consistió en una estrategia del toma y daca (sic), donde las dádivas se otorgaban con el propósito determinado de obtener las complicidades. Balaguer, contrario a Trujillo, no sometía con el peso absoluto del poder, del dominio del sexo y la fuerza, sino a través de unos terceros a los que avisaba cuándo debían actuar y cuándo debían detenerse. Mientras Trujillo no dejaba filtrar signos de debilidades internas, Balaguer jugaba con ellas a fin de obtener partido* (pág. 173).

La novela de Diógenes Valdez que nos ocupa, *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* hace asimismo una apreciación en este sentido, pero va más allá en la plasmación de esta realidad del trujillato:

“Las mujeres de Trujillo”, como se les llamaba en voz baja a las amantes del Jefe, eran incontables. Nadie podía precisar su número, pero posiblemente pasaban del centenar, diseminadas por toda la geografía nacional. Aquellas mujeres del disperso harem del Jefe, eran seres infelices, que tenían que someterse a la voluntad del amo. Ellas no podían hacer ningún tipo de vida social, sino, estar en la casa que le habían asignado, esperando el día en que él se acordara y las fuese a visitar (Retrato de dinosaurios, pág. 77).

En *El personero* se ofrece al lector otra arista más de esta realidad: la opinión que al pueblo le merecían estas amantes de Trujillo, que ya se recogía en *Cementerio sin cruces*: eran “segundas damas de la república”:

Las queridas de Trujillo eran respetadas en el tejido social, señor Castillo, pero también odiadas y criticadas; eran vistas, más o menos, como cueros de salón, como prostitutas de cortina, esas que se venden clandestinamente ocultándose en los barrios de clase alta o desarrollando actividades muy ajenas a los verdaderos fundamentos de su economía (El personero, pág. 170).

También por vez primera en *Los amores del Dios* se da cabida en la narración a los roles que jugaban los “celestinos” del dictador: Manuel de Moya y Ricardo Pérez, los cuales reclutaban “mujeres en todo el país, para el uso personal de Trujillo” (pág. 33), y es que esta cuestión para el dictador era “asunto de Estado”. Se trataba de “la desvirginación (sic) y sometimiento por un solo hombre, de toda una nación” (pág. 38). Las víctimas “eran observadas en actos sociales, oficiales o no, casuales encuentros de negocios incluso entre familiares de funcionarios mismo del gobierno” (pág. 34). Esto mismo lo expresa Castillo en *El personero*: Trujillo tenía tres pasiones “el poder, las mujeres y los caballos”, y es que ¡No hay virgen que se le escape a ese toro!”, pues “el desvirgamiento después del terror era su deporte favorito”.

Por una parte, en *Los amores del Dios*, nos encontramos con Manuel de Moya – “atractivo como una mujer, traidor como un Iscariote”- conocido como el “superministro” porque contaba con la confianza de Trujillo⁶³⁹. Iba siempre en un Cadillac negro, “fácilmente reconocible” y, por ende, temido por las familias. Ese temor es relatado por Maggiolo en *Ritos de Cabaret*: Trujillo baila merengue en la celebración de una boda mientras sonríe y coquetea con las jovencitas que allí estaban, lo que genera preocupación en los padres de las muchachas vírgenes –“a las cuales el Generalísimo sonreía con mirada ardiente” (pág. 42), porque si Trujillo elegía a su vástago tendría que ofrecérsela si no quería poner en peligro su vida y la de los suyos

No obstante, otros padres consideraban un “gran privilegio” que Manuel de Moya, o quien fuese, tocara a su puerta, pues era sinónimo de prosperidad y de riqueza. En *El personero* aparece narrada una de estas “entregas” a Trujillo: “El trepador” es el padre de “la muchacha”, que se la ofrece –no sin remordimientos- a Trujillo a cambio de una buena suma de dinero y de un buen puesto de trabajo e irá ascendiendo vertiginosamente en la escala profesional. Martínez, que es el nombre del padre, representa a los miles de padres que hicieron lo mismo durante esa época, ya que “¡En aquellos tiempos todos los padres del país soñaban con entregar sus hijas a Trujillo!” (pág. 213). Aunque Castillo apunta que no se puede generalizar, y pone los ejemplos de “Mirabal” “Lambertus” los “Perozo”, etc. El diálogo que Martínez mantiene con su hija es francamente increíble:

Además Trujillo no te tendrá para toda la vida. Cuando se canse de ti, te casará... como hace siempre con sus mujeres. Te unirá a algún oficial joven que se sentirá feliz de tener una mujer que perteneció a Trujillo (El personero, pág. 35).

Esta costumbre de ofrecer hijas a los dictadores, la encontramos ya en *El señor Presidente*: “ofreció a su hija a un amigo del Señor Presidente, quien a su vez debía ofrecerla al propio Presidente, el cual, como es natural y lógico pensar, rechazó propuesta tan abyecta”⁶⁴⁰

⁶³⁹ Nos recuerda al Miguel Cara de Ángel de Asturias: “Era bello y malo como Satán”, otro celestino del Señor Presidente.

⁶⁴⁰ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 215.

En *Los amores del Dios*, De Moya llegaba incluso a reunir a varias mujeres y Trujillo “pasaba revista” para escoger “a aquellas que a su entender reunían las cualidades apropiadas para compartir su lecho” (pág. 36). Evidentemente, la resistencia de las muchachas significaba una caída en desgracia para toda la familia -“perdían empleos, sufrían persecución, incluso cárcel” (pág. 37), por lo que muchas de ellas en inmolaban. Pero este “Miguel Cara de Ángel” también puede llegar a apiadarse de las víctimas del “Jefe”:

Había logrado con éxitos evitar la posesión por Trujillo de algunas mujeres, sin éste nunca saberlo por supuesto. Ello le daba una sensación de control, hasta cierto punto, en sus acciones (Los amores del Dios, pág. 147).

Ricardo Pérez, por otro lado, se dedicaba a los reclutamientos de “materia prima” en provincias, valiéndose de los “recursos” de El Partido Dominicano. Un buen día Manuel le informa de la noticia más aciaga que habría de escuchar: Trujillo quiere acostarse con su mujer, Isabel. De este modo, “la desgracia que a tantas puertas él había llevado, a sus puertas ahora había llegado” (pág. 154); el destino le pagaba con su misma moneda. Descubrió que “la voluntad de Trujillo, su satisfacción personal se alimentaba directamente del infinito dolor ajeno sin reconocer fronteras” (pág. 155); una afirmación que ya vio reflejada el lector en el capítulo primero de este estudio.

había soportado incluso el dolor de saber que la posesión de Isabel por este hombre era de conocimiento en los corrillos de palacio, pues había la presunción que la difusión de este tipo de información le halagaba sobre manera al jefe, y había una clara actitud de tolerancia hacia esta degradación en cadena (Los amores del Dios, pág. 157).

.....
Ricardo ahora se da cuenta de que esa necesidad de doblegar, de torcer el pulso y pisotear aquello que él advierte esta de manera natural y legítima por encima de su persona, es la fuerza que lo ha impulsado a Isabel, como a tantas otras de su clase, a humillarlo a él, como a tantos otros de su clase, sino ¿por qué ellos?, cuando tiene todo un mundo de cautivas a sus pies. Ellos dos, de sólido bagaje cultural, él un historiador, los dos de reconocidas familias (Los amores del Dios, págs. 163-164).

Algo parecido leíamos en *Cementerio sin cruces*: la necesidad de humillación. E incluso María del Carmen, antes que entregar su virginidad a Trujillo pensó en matarlo ella misma, como Ricardo Pérez:

Algunos habían llegado a ocupar cargos que en otros tiempos fueron ilustres, valiéndose de las más bajas adulaciones; hasta se contaba que uno de ellos había visto pisotear el honor de una hermana y otro el de su mujer, por halagar al dictador. El primero tuvo que seguir admitiendo a Trujillo en su casa, tolerando que el dictador se acostara con su mujer mientras él tenía que quedarse haciéndole compañía a los oficiales que esperaban a la puerta (Cementerio sin cruces, pág. 204).

Así, los resortes que mueven al Trujillo de Aquino son los del resentimiento y la frustración; la necesidad de humillar como a él lo habían humillado. El “Benefactor de la Patria” con el sarcasmo y la maledicencia en los labios, se dirige a Ricardo, para probar su lealtad y abnegación, con estas palabras:

[...] por la magnitud de la responsabilidad que llevo en los hombros yo agradezco el desprendimiento de los hombres que me rodean, los que como tú se sacrifican en todos los sentidos, para ayudarme a mantener el marco mental, ¿entiendes?, el desahogo necesario para yo cumplir, y producir el bienestar de todo el mundo (Los amores del Dios, pág. 159).

En la novela de Miguel Ángel Aquino, también se cuenta la historia de Adriana, una dominicana de “legendaria belleza”, casada con Pablo y codiciada por el tirano. Muy a pesar de la joven pareja de recién casados y movidos por el miedo, deciden aceptar la voluntad del Jefe, pero imponiendo una serie de condiciones la joven: “Si he de ser humillada que sea en el santuario de nuestro lecho” (pág. 55). Pablo tenía que cumplir con “su deber de ciudadano” el día de la consumición del acto, y por eso espera contrariado la llegada del Presidente del País, que despiadado e insensible, se divierte haciéndolos esperar:

Él podía adivinar la tortura de la espera el no saber ellos si al final el vendría y si lo hacía a tenebrosas horas, se preguntarían cuáles eran sus reales intenciones (Los amores del Dios, pág. 67).

Este tipo de “violaciones” aparecen ya en el currículum del tirano desde sus años de militar –en *Juro que sabré vengarme...* se narra cómo Trujillo viola a una muchacha medio demente- y posteriormente, como se cuenta en *Los amores del Dios* en esa escena entre el padre de la joven y Eleoner Roosevelt. Tras el estupro designan como cadete del ejército a Pablo, a modo de recompensa. Más tarde lo destinan a España para un “programa de entrenamiento”, pero en realidad lo encierran en un calabozo para alejarlo de Adriana y darle vía libre a Trujillo: “hombre-dios que tenía la potestad de jugar con la dignidad de las gentes como si fueran dados” (pág. 77). Una escena similar aparece *El Señor Presidente*, cuando Cara de Ángel es enviado a una falsa misión, pues el Señor Presidente quiere alejarlo de Camila (aunque con ésta no había tenido relaciones el Presidente); finalmente lo arrestan, lo golpean y lo llevan a la cárcel donde morirá amando aún a Camila. La crueldad de Trujillo, en cambio, llega más allá, pues obligará a Pablo a que se acueste con una mujer –Elvira, cuyo marido había sido asesinado por oficiales trujillistas por oponerse a que el dictador tuviese relaciones con su esposa- en la cárcel so pena de muerte. Pablo claudica y acata las órdenes del tirano; tras ello, lo mandan junto con Elvira para que emprendieran una vida en común en un pueblo, que era una suerte de “campo de concentración”, donde todos eran “disidentes del gobierno” y habían sido enviados allí para “pagar sus pecados políticos”. Era un “limbo político”, “una prisión sin barras” donde Pablo y Elvira se vieron impelidos a olvidar el pasado y vivir una vida impuesta, una vida sin ellos. Trujillo, entonces, juega a ser Dios, a cambiar los sentimientos y los designios del corazón: aunque ninguna de las dos parejas pudieron vencer al tirano. El Señor Presidente no consiguió arrebatarse a Cara de Ángel el amor que sentía por Camila, en cambio Trujillo sí, pues lo aleja de su amada y le obliga a amar a otra.

En *Los amores del Dios* se dedican profusas líneas a la historia de amor de Trujillo con Lina Lovatón, de la cual dirá el sátrapa: “daba apariencia de vulnerabilidad, de un ser en urgente necesidad de afecto y cariño” (pág. 96). La niña se queda extasiada ante la figura y el poder que emana Trujillo, pero aún más cuando le ofrece ser la reina del carnaval: esto de “regocijo” a la criatura, pero embarga de un sentimiento de fatalidad a la familia Lovatón. Rafael Leonidas, para comprar el beneplácito de los padres, incurre en una de sus prácticas: ofrecer dinero y suculentos puestos de trabajo. Esto es representado por Castillo en el personaje de Martínez, que a

cambio de la inmolación de su hija, recibe un sobre con una buena suma de dinero y un puesto de trabajo.

En el texto de Aquino, Trujillo es retratado como un auténtico enamorado (en *Retrato de dinosaurios* se dice que incluso le escribía poemas de amor), como ella de él, aunque no abandona al resto de sus amantes y sigue con sus habituales escarceos :

habían terminado por crear lazos distintivamente emocionales entre ambos, había ahora una atracción personal y real que sólo habría de aumentar con los años (Los amores del Dios, pág. 107).

.....
También conozco al jefe y le aseguro que no lo había visto nunca tan satisfecho y deseoso de procurar el bien, genuinamente contento con la oportunidad de hacer verdaderamente feliz a Lina (Los amores del Dios, pág. 103).

La narración de García Aquino llega a un momento crítico cuando María se entera de que Lina está embarazada de marido y va a tener el hijo: “La preocupación de María emanaba naturalmente de su propia experiencia con Trujillo” (pág. 110). Su respuesta, implacable:

Con diecisiete añitos y dizque anoche mismo comenzó dolores de parto, dicen que de un sietemesino, casi no se le ve barriga, que Dios me perdone pero ojalá se le muera el muchacho (Los amores del Dios, pág. 112).

Consumida de ira y de enfurecimiento, la mujer del tirano coge un arma y va en busca de Lina para acabar con ella: no está dispuesta a perder ni uno sólo de sus privilegios. Pero el Trujillo, informado de las intenciones de su esposa, ordenó el desplazamiento de Lina a Miami. La furia de Doña María salpica a su marido, al que increpa por todo lo acontecido –lo llama “Rafaelito” – y éste temeroso de la reacción de su cónyuge, pasa una semana fuera de la Residencia Presidencial, en espera de que las aguas volvieran a su cauce.

La versión de Valdez de este mismo episodio difiere ligeramente, pues no menciona la intención de María de matar a Lina y cuenta que fue la propia esposa del

tirano la que le ordena que la chica salga del país: “¡Coño!...¡Sino sacas a Lina del país, la mando a matar” (*Retrato de dinosaurios*, pág. 79). Trujillo ante esta reacción de su esposa, “rojo de ira”, sabía que le había dejado muy “mal parado” pues “en su propio hogar, su autoridad se veía disminuida” (pág. 80) y no podía “permitir un cuestionamiento a su condición de jefe absoluto, aunque éste proviniese de su esposa”. Pero no se enfrenta a ella –sigue siendo el pusilánime que retrata Aquino- sino que la pagará con los subordinados que habían presenciado la escena.

En *Retrato de dinosaurios*, encontramos una anécdota que contrasta con unas líneas que Aquino García pone en boca de María. En la novela de Valdez se nos cuenta un caso en el que una de las amantes de Trujillo se queda embarazada y la Primera Dama, completamente desquiciada, soborna a un médico para que mate al hijo y a la mujer. En cambio, la María de *Los amores del Dios* es más segura, más tranquila porque sabe que el poder está en sus manos:

[...] *el hijo de la Lina esa no debe ser el primero, deben haber docenas de mal nacidos como ese por todos los rincones de este país, y para que lo sepas, eso a mí me tiene sin cuidado, problema de las pendejas que se dejan joder de ti, no mío* (*Los amores del Dios*, pág. 119).

Pero en las dos novelas, María es una mujer envidiosa que no consiente que le hagan sombra, que pongan en peligro su supremacía incuestionable. Por ejemplo, Diógenes Valdez en *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* nos cuenta la historia de Melba, una joven poetisa que accede a los círculos literarios del trujillato, en los que sobresale la figura de Tartufo, crítico de gran valía y prestigio, que la consagra como escritora. Melba empieza a publicar libros que le costea el marido y a ser famosa, da conferencias –siempre venerando al Jefe- e incluso enamora al Rey de Egipto. Todo ello llegará a oídos de la Primera Dama que, cegada por esa envidia que la caracteriza y el odio, la emprende contra ella. Más tarde se dedica a describir las dotes literarias de la Primera dama, como poeta y dramaturga, por lo que la aversión hacia Melba va creciendo cada vez más. Recordemos que en *Cementerio sin cruces*: Se comenta que un sacerdote, el “Padre Pino” escribía artículos sobre cuestiones de fe, que doña María firmaba como propios y se publicaban en los periódicos, e incluso llegó a firmar una obra teatral.

La esposa del tirano, parece ostentar en estas novelas un gran poder, pues sus órdenes eran ejecutadas como si del mismo Trujillo se tratase. En Cementerio sin cruces se explicitaba: “representaba una de las influencias más poderosas en la vida diaria de la República” Por eso, cuando ésta llama a Tartufo y le ordena que acabe con Melba públicamente y que la ridiculice, él no puede negarse –sabe a lo que se expone- e ineluctablemente acata sus deseos. A partir de entonces se sucede un intercambio de artículos entre Tartufo y Melba, uno escribe para atacarla, la otra para defenderse. Sale victoriosa Melba de la contienda, produciendo el enfurecimiento supino de Doña María, que planea la destrucción de la artista. Ésta finalmente muere de un cáncer de piel, por lo que Doña María no verá satisfecha su ansia de venganza.

Por último, en esta novela de Valdéz también se hace alusión a los hijos de Trujillo, Ramfis y Radhames, que por igual heredaron el gusto de su padre y de su tío Petán -que por la edad tenía que desvirgar con los dedos, según se cuenta en la narración- de desflorar jovencitas:

Los varones de doña María y del Generalísimo Trujillo, Ramfis y Radhamés, llegarían a ser dignos alumnos de su padre y recorrerían el país desflorando vírgenes a las que después abandonarían como marchita flores inútiles. Para nadie llegó a ser un secreto, que Ramfis trataba de superar las hazañas eróticas de su ex – cuñado Porfirio Rubirosa, un play boy cuyo falo descomunal hizo estragos en Europa y Norteamérica [...] La competencia entre esos dos ilustres varones estuvo de lo más interesante, mientras el dinero del pueblo se iba en parrandas internacionales (Retrato de dinosaurios, pág. 112).

Por último, lo que más llama la atención en este nuevo “motivo” en la narración del trujillato –“Trujillo y las mujeres”- es que las amantes del tirano adquieren voz, no sólo la Primera Dama, y en *El personero*, Marta, que fue amante de Trujillo durante largo tiempo, habla del dictador como un hombre con “atributos eminentemente espartanos”. Ella, al contrario de la Urania de *La fiesta del Chivo*, se muestra conforme con el desvirgamiento al que la sometió Trujillo, previo consentimiento de su padre, y se siente una privilegiada por ello y por haber seguido siendo su amante, pues se trataba de “el hombre más poderoso del país”. Marta llega inclusive a comentar lo buen amante

que era el tirano y lo mucho que disfrutaba con él, aunque piensa que de ese tema ninguna amante debiera hablar. La mitificación del Trujillo “macho”⁶⁴¹ debe seguir impostada en la sociedad dominicana:

De ahí que sus genitales eran sello, prisión, tumbal del misterio de sus actos y todas las bocas –de hablar y de lo otro- deberán permanecer calladas eternamente (El personero, pág. 255).

Aunque seguidamente ella misma se encargará de desmitificarlo y de mostrar al lector un Trujillo sensible, preocupado *in extremis* por el bienestar de su familia, por su madre, y la hizo partícipe de la frustración que sentía con su hijo Ramfis, llegando incluso a las lágrimas. Esta imagen de Trujillo llorando es la primera vez que se inserta en una novela del trujillato, exceptuando las “novelas del dictador” y es un claro ejemplo de la entrada en el nuevo estadio –la humanización del dictador- de la novela del trujillato:

No estaría demás que le confesara que cuando me contó todo aquello, fue la primera vez que vi sus ojitos medio aguados, como si las lágrimas, a punto de salir, fueran contenidas por el dique de su orgullo (El personero, pág. 376).

IV. 2. 2. 2. LA VOZ DEL PERSONERO

El primero de los personeros que entra en la escena literaria del discurso del trujillato es el Doctor Ramos –Balaguer- de *Los que falsificaron la firma de Dios*, que había estado veintiocho años al servicio de Tirano –esta es la denominación de Trujillo en la obra- ; el cual “nunca había abrigado la menor duda acerca de su fidelidad”: era su “mejor consejero”. Lo describe a través de los ojos de Tirano como un ser “solitario”, sin amigos, tardígrado, de pasos “lentos e invariables”, pero reconoce que hay algo que se le escapaba de él, un “misterio”. Esta idea del Balaguer misterioso e indescifrable ya la encontramos en las novelas del trujillato de los ochenta: *La noche que Trujillo volvió*

⁶⁴¹ Aunque en *Papá y Trujillo* el narrador señala cierta inclinación homosexual, como Julio César, del tirano: “Los hombres bueno mozos, fueron siempre del especial agrado del dictador Dominicano (sic)” (pág. 137)

y *El reino de Mandinga*. O en *Papá y Trujillo*, que es retratado positivamente: “Un hombre tímido y de una sensibilidad humana extraordinaria” (pág. 132).

Ya en la primera parte de la novela de Viriato Sención, el narrador se prodiga en las descripciones del físico, la personalidad y la actitud de Mario Ramos, dedicándole un acentuado lugar en el discurrir de la trama, apuntando en varias ocasiones sus oscuros propósitos: “Sus actos obedecían maquinalmente, a un rígido programa, cuyo propósito sólo él conocía” (pág. 105); e incidiendo en su oratoria florida, retórica culta plagada de referencias bíblicas y literarias.

La segunda parte pasa por un recorrido por los gobiernos de Balaguer situándose en los años finales de su vida, cuando éste presentaba una ceguera y una sordera parcial. En éste el doctor Ramos sigue apareciendo como el “arquetipo de lo indescifrable”, de la mitificación, un verdadero enigma.

El motivo del personero también se recoge en una novela de título homónimo: *El personero* de Efraim Castillo, donde Monegal es el “arquetipo” del cortesano trujillista, pues era “el personero, el hombre de extrema confianza de Trujillo” que estuvo a su servicio dieciséis años. Pero la carrera de Monegal se complica cuando se enamora de una amante del dictador –Marta- y con la que éste se encariñó especialmente. Esto le hace tener que elegir entre la idolatría que siente por su amante y la que le procesa al *Jefe*.

Monegal tenía una posición privilegiada dentro de la cúpula trujillista, puesto que el Tirano lo respetaba, y por ello “Él podía decirle todo cara a cara, sin rubor, sin esa pátina de miedo que acorralaba a los otros personeros” (págs. 241-242). Y es que Monegal destilaba profunda veneración por el Jefe, se dirige a él como “amado mío” y pensaba que poco a poco él y el pueblo se estaban convirtiendo en Trujillo. Aunque “todos lo personeros de Trujillo sentían un amor irremediable y un odio también irremediable por su líder” (pág. 397). El personero está convencido de la grandeza de la labor de Trujillo:

No tema, Jefe: su obra pertenecerá a la historia; sí, a la historia, no al mañana que sucederá a este hoy, ni al pasado mañana que sucederá al día que suplantará este. La historia que se olvidará será la de los que atentaron contra usted sólo apoyados en resquemores, envidias, apetitos desordenados de poder y suplantaciones sociales (El personero, pág. 20).

Monegal es uno de los ideólogos más importantes de la Era y defenderá ante Trujillo su pensamiento acerca de la conformación de la identidad dominicana, que había de construirse sobre la base del sincretismo y la simbiosis. A través de la educación se tendría que abogar por la hispanidad y acabar con la “agresión *áfricohaitiana*” y en contra de la influencia estadounidense:

*[...] le plantea al Jefe la necesidad de construir un país decididamente diferenciado de Haití, no sólo por el idioma, sino también por la raza [...] Ese reciclaje se deberá construir a través de un movimiento intermigratorio que lleve la sangre española pura*⁶⁴² (*El personero*, pág. 136).

.....
El mulataje deberá ser la raza del país en cinco generaciones. Sin embargo, queridísimo Jefe, para establecer un patrón racial adecuado, será preciso atender a dos variables fundamentales: a) Se deberá implementar una política migratoria con Europa [...] b) Todo esto sería imposible sin una vigilancia constante y perpetua de nuestra frontera con Haití [...] Estas dos variables enriquecerán robustamente la política intramigratoria y fortalecerán los dos poderosos signos de nuestra nacionalidad: el mulataje y la lengua (*El personero*, págs. 137-138).

Monegal fue el promotor de la demarcación de la frontera con Haití y el que puso freno a la dominación de esta sangre. Pero no siente recompensada su labor, porque sabe que será Balaguer, quien “más tarde o más temprano, se alzarán con el santo y la limosna” (pág.150). La labor de Balaguer como personero de Trujillo, apenas es esbozada, más bien aparece como el rival de Monegal que es descrito en los mismos términos que la novela anterior: “austero y discreto” –mientras Trujillo era “rimbombante y ampuloso”- y de nuevo como un individuo que inspiraba desconfianza:

Total, estoy aquí con setenta y cuatro años, viendo desfilar otro gobierno y ofertando una biblioteca que debí haber vendido a Balaguer, a quien mi difunto esposo tenía algo de desconfianza y a quien Balaguer, desde luego, tenía mucha ojeriza por la profundidad de sus investigaciones y, también desde

⁶⁴² La negrita pertenece a la novela.

luego, por la extraordinaria inventiva con que se levantaba cuantas faldas le cruzaran por su camino (El personero, pág. 25).

En efecto, los idearios de los dos personeros chocaban, sobre todo en lo concerniente a la opinión sobre qué tipo de crecimiento económico era el más idóneo para la ciudad. Balaguer apostaba por un crecimiento horizontal que a la larga “acarrearía problemas estructurales y logísticos”; en cambio Monegal defendía un modelo de crecimiento vertical, manteniendo el ritmo de desarrollo de la capital. Monegal no apoyaba la dependencia del turismo y defendía la autosuficiencia en materia económica. También asesora a Trujillo en sus inversiones y le advertirá del peligro del negocio de la caña, haciéndole recomendaciones para mejorar y aumentar su ganadería.

Por otro lado, Monegal presenta a Trujillo como “el Dios de las naciones”, como el que operó la verdadera transformación en el pueblo dominicano, el que extirpó el cáncer del caudillismo poniendo a circular en la esfera universal a la República Dominicana. Asimismo, este personero se caracterizaba por su apego a la hispanidad, al cristianismo y “a la vida recta y casi simple”. Era un nacionalista acérrimo, profundo intelectual seguidor de Spinoza y de Ortega y Gasset que amaba los libros más que a nada en el mundo. A pesar de ser el regidor de una “política fina y trascendente” Trujillo lo destruyó por estar con una de sus queridas. Y es que en aquella época “Las *queridas*, más que una moda, representaban cierta obligación y, con excepciones, todo hombre que pudiera mantener una lo hacía”. No obstante, Monegal fue valiente y antepuso el amor a su carrera política, porque:

¿Sabe usted lo que era Ciudad Trujillo en ese tiempo? ¡Una habitación rodeada, eso era! Todo lo que se respiraba, se movía o se petrificaba lo sabía El Jefe (El personero, pág. 89).

Y esto, a decir de la esposa de Monegal, le pesó al dictador, ya que su esposo era imprescindible en los quehaceres políticos:

[...] ahí está el desastre de la Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo libre; ahí está el descalabro del azúcar; ahí está su enfriamiento con los yanquis; ahí está el affaire de Ramfis en Washintong; ahí está la expedición de

*Junio del 59; ahí está lo burdo e increíble de Betancourt, ahí está, mucho antes, lo de Galíndez, ahí está lo de las Mirabal; ahí está, en fin, su muerte (El personero, pág. 27)*⁶⁴³.

Parece que a raíz de la caída en desgracia de Monegal y de que Trujillo prescindiera de sus servicios, éste comienza una carrera vertiginosa hacia su perdición y la de su andamiaje político, ya que se sucedieron una serie de hechos que le llevan finalmente a la muerte. Ciertamente, Monegal estaba en contra de la realización de la *Feria de la Paz y Confraternidad del Mundo Libre*, ya que pensaba que se trataba de una utopía y que Trujillo no debía temer “apretar el látigo”, tener mano dura y disciplina; aunque no está de acuerdo con la eliminación física de los opositores.

Monegal, presagia que “las intrigas que se tejen alrededor de sus huellas (las de Trujillo), terminarán por hacerlo estallar como un cohete de poco alcance” (pág. 74) y vaticina la nostalgia que sentirá el pueblo dominicano cuando Trujillo desaparezca: “Entonces, añorarán lo bueno de Trujillo y recordarán con respeto sus excesos” (pág. 64).

IV. 2. 3. NOVELAS DE DICTADURA, NOVELAS CORALES

IV. 2. 3. 1. LA DENUNCIA DE LA REPRESIÓN Y EL ABUSO

Para ilustrar este motivo literario comenzaré con *Los que falsificaron la firma de Dios*, la cual se divide en dos partes nítidamente diferenciadas: la primera de ellas recrea el ambiente opresivo que construyó Trujillo y su dictadura sanguinaria, por tanto la más pertinente para mi objeto de indagación, puesto que la segunda se centra en la descripción del balaguerato. Pues bien, de nuevo la narración se sitúa en un seminario – como en *Pisar los dedos de Dios* y de forma tangencial en *Los algarrobos también*

⁶⁴³ Estas mismas sucesiones de causas que llevan a Trujillo al descalabro se repiten en las páginas 222 y 223 y se añaden: la “Política azucarera errada”, “Asesoramiento en truculencias por parte de Johnny Abbas”, el “Distanciamiento con la iglesia católica” y el “mal manejo de la política económica del país”.

sueñan- cuyas reglas autoritarias, abusos cometidos y severos castigos impuestos cuando se infringían las normas, viene a simbolizar la represión y despotismo del trujillato. Así el “Padre Espiritual” era la máxima autoridad en esa suerte de prisión que domeñaba la voluntad de los estudiantes:

Era el terror de los estudiantes, una especie de trapiche, en cuyos molinos se trituraba al seminarista hasta dejarlo convertido en un animalito manso y temeroso (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 27).

La idea es la misma que se ha venido expresando en esta trayectoria literaria del fenómeno del trujillato: la cerrazón, la falta de libertad de una cárcel-isla que deja exánimes a sus presos y sin posibilidad alguna de escape, de subterfugio, de una vida propia:

Niños acorralados: autómatas cuyas voluntades estaban siendo manejadas por cerebros entrenados para la manipulación del espíritu (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 46).

Como en el trujillato, la extrema subordinación a la que estaban sometidos los seminaristas y el exhaustivo control de sus actos conduce indefectiblemente a la mentira, a negar la verdad como única opción de supervivencia. Por eso, el seráfico Gonzalo se plantea la existencia de Dios –como el protagonista de *Los algarrobos también sueñan*- porque no podía concebir que éste permitiera esa injusticia, ese sojuzgamiento tremendo. Estaba completamente prohibido hablar de política y se deja entrever el papel que jugaba la Iglesia con el régimen:

[...] exigirles, obligarlos a que, como parte activa de la Iglesia que eran, acataran todos y cada uno de sus principios, incluido, entre éstos, el de la lealtad absoluta y sin cortapisas al régimen de Tirano, de quien tantos favores habían recibido, a quien se debía la construcción y el sustento del Seminario (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 97).

Vemos que Trujillo aparece en la novela bajo el calificativo de “Tirano” - “con su uniforme de Generalísimo, con cada una de sus medallas”- omitiendo su nombre propio y reduciéndolo a la condición que le caracterizó.

Parte de la trama se sitúa en 1950, cuando apresan a Cástulo Bell –padre de uno de los protagonistas, Antonio Bell- porque su padre Santiago había ganado en una riña de gallos a Cocolo Cantera, ex Teniente de Trujillo y “antiguo manejador de presos en la cárcel de Nigua. El gallo “Juanito”, poseído por el espíritu de hombre –el de Cástulo-, no sólo masacró al animal sino a su dueño. La familia –sobre todo la madre- no quiere contarle la historia a Antonio para que no se deje guiar por el rencor y corra peligro⁶⁴⁴, pues la muerte del padre fue producto “del rencor de un infame, e hija bastada de la barbarie de este país”.

Cuando Antonio llega al Seminario se hace amigo de Arturo Gonzalo, el cual contemplará con dolor e impotencia el encierro de Bell -por sus actividades subversivas-, “las iniquidades a las que estaba siendo sometido por los curas”, su deterioro físico y mental producto de éste y de su paso por la cárcel y las torturas recibidas. El estado de Antonio Bell va empeorando, al borde de la demencia, entre alucinaciones intentará repetidas veces suicidarse⁶⁴⁵ para poder escapar esa tiranía inmundada. Entonces Gonzalo y su nuevo amigo Frank Bolaño –con la ayuda de su tía Amelia- planearán su fuga para evitar su muerte inminente. Bolaño era de buena posición, familia de la alta burguesía dominicana, y se dedicaba a interceptar teléfonos y a ir a los prostíbulos, por ello los padres deciden internarlo en el Seminario. No quedan claras las motivaciones que llevan a Frank a ayudar a Antonio, parece ser que es su “naturaleza inclinada a la aventura”, pero la fuga terminará consumándose y todo sale conforme a lo acordado: cuando escapa del seminario, Amelia lo esconde en su casa y velará por él. El doctor Ramos –Balaguer- será informado de esta huída, pero propone a las autoridades eclesiásticas silenciarla para así evitar las represalias de Tirano: “Se establecía de ese modo una especie de alianza secreta entre él y la Iglesia” (pág. 191). La trama se desarrolla en las postrimerías de la Era, cuando Tirano y la Iglesia habían iniciado un proceso de guerra fría; pues ya la Iglesia había sido objeto de acusaciones por parte de Trujillo y temerosa de la ira impetuosa de “Tirano”, se encarga de rendirle parias al dictador reiterando su

⁶⁴⁴ Este modo de actuar era común entre las familias dominicanas, que silenciaban el crimen de sus miembros ante los hijos para protegerlos, tal y como se refleja en *Sólo cenizas hallarás* y en *Los amores del Dios*.

⁶⁴⁵ Recordamos que esta opción era una de las más viables, además del exilio o el cinismo, en la dictadura. *Vid. Sólo cenizas hallarás, Materia prima o La telaraña*.

adhesión a la política trujillista y declarando que Antonio Bell no era más que un “loco”. Un loco como el protagonista de *Los ángeles de hueso* o el de *La telaraña*. El Padre Espiritual le pide entonces al Doctor Ramos:

[...] que haga llegar hasta el Generalísimo nuestro respeto y la seguridad de que los templos de la Iglesia no serán jamás centro de conspiración, sino fuente de paz, de luz y de concordia para este pueblo (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 114).

En *Juro que sabré vengarme* el motivo del abuso del poder se presenta mediante el arquetipo de militar trujillista que encarna Ernesto Pérez, hombre de confianza de Trujillo en Monte Cristi, el cual se encapricha de Ozema Petit, una muchacha de alta alcurnia. Ozema hace un viaje a Santiago y allí conoce a José Francisco Franco, alias Pepe, de quien se enamora locamente, y tras un tiempo de cortejo, se prometerán en matrimonio. Ernesto, desesperado por la indiferencia que rezumaba Ozema, le pedirá ayuda a Trujillo que resuelve enviar a los padres de la chica una carta. El padre, le contesta cortésmente, pero le aclara que su hija no está interesada en Pérez. El militar, como Trujillo, no acepta una negativa por respuesta y secuestra a Ozema junto con sus tres hermanas. Al final las hermanas podrán volver a casa, pero Ozema es ultrajada, desvirgada, violada impunemente por Ernesto Pérez. A partir de este punto, la narración despliega las habilidades del Trujillo más retrechero que hará lo indecible –obviará incluso la palabra del propio Horacio Vásquez- para que su hombre salga airoso del asunto y no mancille su honor; como habrían de hacer con él tras el estupro cometido con una muchacha en una iglesia. De este modo, el futuro dictador iniciará una campaña a través de la prensa y la radio (muestra de su exorbitante control) para lavar la imagen de Ernesto Pérez, “uno de los hombres con que contaba para alcanzar el poder y consolidarlo una vez lo hubiera obtenido” (pág. 125). Esta estrategia será asidua en su gobierno, tanto para acabar con el prestigio de alguien como para ensalzarlo.

Tras el golpe de Estado de Trujillo, Pérez le pide matrimonio a Ozema y ella, asustada, acepta. La humillación de la familia ante el hecho es tal que no tiene más opción que abandonar Monte Cristi, consumándose así la venganza de Pérez y del mismo Trujillo sobre la sociedad montecristeña, como sucedería con su matrimonio

con Bienvenida. En *Náufragos del odio*⁶⁴⁶, el aporte novelístico de la obra, viene precisamente de la mano de una historia parecida. Otro sargento del ejército, en este caso, Manuel Antonio Paula “se acercó a María José Revueltas”, también de buena posición social, y a pesar de que la familia lo rechazó, consiguió casarse con ella:

El ahora capitán Paula, dirigía una banda de rufianes que montados a caballo indiscriminadamente golpeaban y maltrataban a cuantos transeúntes encontraban a su paso (Náufragos del odio, pág. 66).

Capitaneaba la famosa patrulla “42” y era conocido en la capital como “Capitán Veneno”, y llevó a convertirse en uno de los acólitos de más confianza de Trujillo, encargado de realizar “servicios especiales”.

En *Ritos de cabaret* encontramos otro prototipo del militar trujillista: el Vizcaíno, un militar de bajo rango que se encargaba de hacer el trabajo sucio del gobierno, esos “servicios especiales” de los que hablaba Aquino. Pero de todos, es Ernesto Pérez el que mejor representa ese personaje-tipo de los militares trujillistas, secuaces desalmados sin escrúpulos y obstinados que trabajaron para Trujillo. A través de él, el lector asiste a los múltiples crímenes perpetrados por Trujillo y sus edecanes, que sembraban el temor por donde pasaban: “Trujillo sembró el terror como forma de consolidarse en el poder” (pág. 158).

Y no hablemos de la campaña de terror desatada antes de alcanzar la Presidencia de la República, con la formación de La 42, pandilla de facinerosos, asesinos y ladrones que “invadió” la Corte de Apelación de Santo Domingo para borrar evidencias de culpabilidad de Trujillo en algunos procesos, y que apaleaba sin misericordia a cualquiera por una simple sospecha de no simpatizar con el Dictador (Juro que sabré vengarme, págs. 157-158).

Pero las apreciaciones de este tipo se suceden en buena parte de las novelas del trujillato, como por ejemplo, en *Papá y Trujillo* podemos leer:

⁶⁴⁶ Frank J. Piñeyro, *Náufragos del odio*, Santo Domingo, Taller, 1995.

[...] uno de los dictadores, más sanguinarios (sic) que haya engendrado (sic) un vientre de mujer (Papá y Trujillo, pág. 10).

.....
En las calles, en cada barrio, la fuerza al servicio de Trujillo, mantenía el terror, el crimen días y noches (Papá y Trujillo, pág. 17).

.....
Lo único real en ese entonces era que Trujillo gobernaba con corazón de chacal y sagacidad de víbora (Papá y Trujillo, pág. 91).

El miedo de la sociedad dominicana también se bosqueja en *El personero*, pues la viuda de Monegal describirá escenas protagonizadas por una población dominada – incluso la alta alcurnia- por el tirano, avasallada, alabeada y postrada ante la magnanimidad de Trujillo: “cuando el *Jefe* reía así, tan espontáneamente, todos le imitamos con risotadas casi automáticas” (pág. 158). Así en las grandes fiestas que solía hacer el dictador, llovían ditirambos, vítores y agasajos ante la figura de un Trujillo que tenía cierta propensión al alcoholismo de Trujillo y que cuando estaba ebrio reaccionaba de dos formas: “a carcajadas o a malas palabras”. Sea como fuere, siempre había que replegarse a su voluntad, serle fiel y venerarlo: “Para Trujillo esa era la gran virtud: la fidelidad” (pág. 95); aunque esto no garantizaba la total impunidad ante las veleidades del Jefe:

Pero las cosas del Jefe son así: se puede amanecer un día preso, en la pura olla, y al día siguiente levantarse rico y al borde de la felicidad total, si es que existe (El personero, pág. 83).

La justicia no existe, únicamente la voluntad del dictador, igual que recoge Asturias en el universo de su Señor Presidente, en el que leemos una apreciación similar:

¡No se pregunte, general, si es culpable o inocente: pregúntese si cuenta o no con el favor del amor, que un inocente a mal con el gobierno, es peor que si fuera culpable!⁶⁴⁷.

⁶⁴⁷ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 173.

La voz aislada de “Monegalito”, el hijo de Monegal, aparece en dos capítulos al final de la novela y da cuenta de los métodos de coacción y tortura puestos en práctica por los secuaces trujillistas, como los *cepillos* y *La 40*:

[...] una casa de torturas creada por el Servicio de Inteligencia Militar, en donde se aplicaban las más sofisticadas torturas del mundo: los métodos los había importado Abbes a través de viejos criminales nazis, de lugartenientes peronistas, perezjimenistas, rojaspinillistas y batistianos irredentos. En La 40, el perfil psicológico del detenido se obviaba para que la tortura se dirigiera únicamente hacia lo aparente (El personero, pág. 369).

Relata su experiencia en una de las ergástulas trujillistas, en la que por ser homosexual le introdujeron “garrotes, plátanos barahoneros y tubos oxidados por el ano”. Pero estas cárceles se fueron llenando de arrojo, de esperanza y de lucha en el sesenta, con esa “juventud hija del trujillismo”, con líderes de movimientos clandestinos dispuestos a arrogarse el derecho de todo ser humano a la libertad, a la vida:

Latinoamérica comprendió que las dictaduras no sólo podían derribarse desde los mismos cuarteles que las engendraron, sino también desde las montañas, desde las aulas universitarias y desde los centros obreros (El personero, pág. 371).

Todos estos motivos se convierten en *lugares comunes* también en la década de los noventa, principalmente en novelas de la dictadura como *Papá y Trujillo*⁶⁴⁸ o *Al cruzar el viaducto*. En la primera, el autor expone que la “obra más que una novela, es una introducción histórica de sucesos ocurridos durante la era de Trujillo” (pág. 5). En efecto, la obra está mucho más cercana al documento histórico que al novelístico, pero el elemento de ficción –aunque con reseñables faltas de ortografía y errores de coherencia interna del texto- recorre una obra en la que el dictador sigue siendo caricaturizado y consignado como una bestia sanguinaria: “Por la demostración de fuerza que dió (sic) ayer el Generalísimo aquí vamos a tener trujillo (sic), por muchos años” (pág. 11).

⁶⁴⁸ Carlos Fernández Casanova, *Papá y Trujillo*, Santo Domingo, Imprenta Hnos. Portes, 1999.

El texto de Fernández Casanova nos narra la historia de María y su hijo Manolo, cuyo padre se ha ido a la guerrilla a luchar con Desiderio Arias. Con el tiempo y por falta de organización muchos de los hombres empezaron a desertar, por temor de ser abatidos y por las represalias trujillistas, y así Florentino cayó pocos días después que Desiderio Arias. Manolo no podrá olvidar la muerte del padre y, como ya se ha relatado en otras novelas, manifestará su necesidad de vengar al padre: “Trujillo caerá aunque para eso tengan que morir todas las gentes de este país” (pág. 47).

La satrapía dominicana es comparada con la de Juan Vicente Gómez, “sanguinaria y corrupta”, y su baluarte con el mismo diablo: “el diablo andaba suelto en la patria, indicando que era por eso que Trujillo gobernaba” (pág. 147); de la misma forma que aparece en *Tirano Banderas*, *El Señor Presidente* o *El Otoño del patriarca*.

Podrá ser cierto que Trujillo no ha terminado de ser juzgado por completo por la historia, pero de algo ningún tribunal podrá descargarle: de la tanta sangre dominicana que derramó durante su mandato, para satisfacer sus ambiciones desmedidas, y de los tantos despojos que hizo para colmar su sed de nefasto poder (Papá y Trujillo, pág. 23).

.....
Practicó la corrupción con gran habilidad y maestría. Todas sus obras, desde la creación de grandes empresas hasta la construcción de algunas carreteras y puentes fueron (sic) con el objeto de saquear el patrimonio nacional, lo cual le permitió amasar una fortuna cuyo montón aún no ha sido precisado (Papá y Trujillo, pág. 39).

No obstante, el texto se ubica en la línea de escrituras de las novela de dictadura de la primera mitad del siglo pasado, ya que no sólo asistimos al dibujo de un cuadro mefistofélico cuyo eje es el tirano, sino a una mitificación del pueblo dominicano cuyas principales virtudes habrían de ser:

A pesar de la amarga represión Trujillista, en el Corazón (sic) de los dominicanos no imperaban las diferencias políticas, ni eran tan marcadas las distinciones de clases sociales (pág. 139).

Para Fernández Casanova entonces, la sociedad dominicana no es cómplice ni culpable del asentamiento y continuación de la inmunda dictadura tal y como expresaba el escritor dominicano de los setenta y ochenta. El autor parece entender la llegada de Trujillo al sillón presidencial como un fasto inevitable, debido a que se trataba de un individuo imparable, impetuoso, “hombre de instintos y de inteligencia natural extraordinaria”, “hombre sagaz, de engaño, pero de indiscutible valor” (pág. 110). Trujillo interviene de viva voz en la obra, pero tan sólo en dos ocasiones. En una de ellas comenta con suma frialdad y reciedumbre la desaparición de Martínez Reyna:

Alfonseca se largó de aquí, empero Martínez Reyna, ese incauto, permaneció en su residencia de San José de las Matas y la noche del 1 de Junio del. (sic) año 1930, fueron brutalmente asesinados, él y su esposa, la cual se encontraba en estado de gravidez (Papá y Trujillo, pág. 111).

Trujillo, maestro del cinismo y la sordina, aseguraba que el gobierno no “tuvo nada que ver con esta muerte” (pág. 111) e inculpaba a José Estrella, pues podía moverse impulsado por el “rencor de aquella conspiración en su pecho” (pág. 112). A continuación Trujillo declara que la isla es su coto privado y que el pueblo habrá de plegarse a su voluntad:

“Este país es mi propia hacienda, en la cual sólo yo mando y nadie más, y quien trate de contrarestarme (sic), lo pagará muy caro quien sea (sic).

[...]

Estas palabras eran extrañas en los labios de Trujillo, pues nunca acostumbraba a hablar de esa forma y mucho menos cuando estaba entre amigos.

Rafael Leonidas Trujillo no parecía ser el mismo hombre que se había mantenido siempre al frente de la dictadura.

Se le veía triste y pensativo, como si algo le estuviese pasando. En las conversaciones familiares a veces decía cosas que no tenían sentido (Papá y Trujillo, pág. 113).

No estamos acostumbrados a ver este tipo de apreciaciones, ni a pensar en un Trujillo cariacontecido, preocupado porque la narración –que abarca todo su periodo de gobierno- se sitúa en los años finales de la Era, cuando el Jefe se instala en la

desconfianza –excepto con Johnny Abbes que le imprime total seguridad- y comienza a perder apoyo dentro y fuera de la isla:

Entre los subalternos del dictador, corría el rumor de que este (sic) estaba enfermo; otros decían que las cosas entre Trujillo y los americanos (sic) no marchaban sobre ruedas, mientras que otros sectores, se mantenían en silencio, a pesar de su descontento con el régimen, como era el caso de la iglesia dominicana (Papá y Trujillo, pág. 114).

También el narrador dedica unas líneas al aciago conflicto dominico-haitiano y a la postrera matanza de 1937. La relación de motivos y hechos adquiere un cariz ambiguo que no incurre en la justificación absoluta, pero tampoco en la condena explícita:

Trujillo sabe en 1937 que él no puede enfrentar los intereses económicos norteamericanos existentes en el país por la fuerza, por eso opta lamentablemente por destruir la fuente de riqueza extranjera en el país: la mano de obra ilegal haitiana.

En Octubre del año 1937, ocurre la trágica matanza, el dictador dominicano, de un tiro eliminó dos poderosas fuerzas dentro del territorio dominicano: La Norte Americana (sic) y la haitiana (Papá y Trujillo, pág. 155).

La versión que de este episodio se da es muy diferente en *Los amores del Dios*, donde se apunta primordialmente a una explicación que reside en la personalidad iracunda y soberbia del tirano:

[...] en Dajabón, Trujillo recibió informes acerca de supuestas depredaciones cometidas por nacionales haitianos en territorio dominicano adjunto a la frontera. Pero la información que particularmente desató su ira, fue que dos de sus agentes encubiertos en Haití habían sido descubiertos y asesinados (Los amores del Dios, pág. 51).

El narrador nos dice que la decisión que tomó Trujillo la hizo bajo los efectos del alcohol –esta tesis se recoge en varias historiografías, como la de Manuel de Jesús Javier Galván- dando la orden “más terrible de toda su carrera”:

“...Curse intrucciones para que se proceda, desde ésta misma noche, a exterminar sin contemplaciones a toda persona de nacionalidad haitiana que se halle ilegalmente en territorio dominicano...” (*Los amores del Dios*, pág. 52).

Durante diez días sobrevinieron –de forma inopinada para los haitianos- auténticas atrocidades –machete en mano cercenando cabezas-, sobre todo en la zona más cercana a la frontera, y en el Cibao, en la que las víctimas “tuvieron que ser incineradas y sepultadas en fosas comunes” (pág. 52).

No se sabe a ciencia cierta el número de víctimas de ese dantesco carnaval de sangre que superó con creces a otros hechos similares cometidos por los haitianos durante las sucesivas invasiones de Santo Domingo a lo largo del siglo XIX (Los amores del Dios, pág. 53).

Trujillo se ve obligado a sobornar a las autoridades haitianas que, en un marco de la ilegalidad y desconsideración, publicará un comunicado firmado por las dos cancillerías en el que se confirma que las buenas relaciones entre ambos no se han roto y el Gobierno Dominicano condena los hechos cometidos prometiendo realizar las pertinentes investigaciones al respecto. Estados Unidos manifiesta su preocupación por los fastos acaecidos y propone realizar junto con México y Cuba una investigación paralela (al modo de la investigación por los niños perdidos de *El Otoño del patriarca*). Finalmente, la presión internacional termina conminando a Trujillo a compensar económicamente al pueblo haitiano:

El informe de la comisión internacional integrada para investigar la matanza especuló que el número de masacrados podría llegar a 35,000. Y con el humor negro que a veces exhiben los dominicanos, se dijo entonces en Santo Domingo que Trujillo finalmente pagó los haitianos muertos a razón de más o menos 15 dólares por cabeza (Los amores del Dios, pág. 57).

Seguidamente, Estados Unidos olvida milagrosamente la masacre haitiana y retoma las negociaciones con Trujillo para saldar la deuda externa, que se

materializarán en el “Acuerdo Trujillo-Hull”, consiguiendo otro título el dictador: “Restaurador de la Independencia Financiera”.

Dos lecciones que Trujillo nunca olvidó de sus mentores norteamericanos fueron: 1) Que para consolidar el poder era preciso establecer un estricto control sobre las finanzas del Estado. 2) Que para conseguir dicho control era indispensable el apoyo de Washington (*Los amores del Dios*, pág. 57).

Pues bien, tras este inciso, retomaré el hilo de la narración de *Papá y Trujillo* que describe el intento por parte de la cúpula trujillista de aniquilar las fuerzas del 14 de Junio del año 1959, expedición que “costó la vida a un brillante grupo de jóvenes”, pero que “inició el principio del fin de la dictadura” (pág. 99). En esas fechas, el protagonista de la novela, Manolo, estaba en prisión, puesto que fue arrestado por los sicarios del tirano por haberle propinado una paliza a un policía “en honor de la memoria de su padre”. Es encerrado en “La Victoria”. La madre presa de la desesperación acude a un amigo para que interceda por su hijo ante Petan, el cual sentenciará: “Todo el que esté en contra de los Trujillo en este país debe estar muerto o preso” (pág. 53). En la cárcel es torturado como muchos otros y cuenta su experiencia con otros convictos, describe los abusos y vejaciones -“Las torturas en todas las cárceles se habían incrementado”- que padecían, a lo que se sumaba la desconfianza entre los reclusos -la suspicacia envolvía toda la isla- pues “Había un calié que delataba a todos aquellos que planeaban fugas o hablaban en contra de Trujillo” (pág. 70).

Finalmente Manolo consigue escapar con su amigo Persio, aunque serán implacablemente perseguidos por el incansable esbirro Ventura, al que darán muerte.

Persio también fallecerá y Manolo habrá de continuar su andadura solo, con la ayuda del fantasma de su padre, que no le permite estar tranquilo, sino que necesita – como le sucede al pueblo dominicano tras la muerte del tirano- exorcizar sus demonios en forma de rabia y de impotencia. Y es que, como vimos en los ochenta, los enemigos de Trujillo sólo tenían tres opciones: “El anonimato, el exilio o la muerte” (pág. 49). Manolo decide huir en “yola” a Puerto Rico, pero no será presentado por ello en la narración como un cobarde –como Beto en *Currículum*- sino como un luchador –que

asesinó al ominoso Ventura- al que no le queda otra opción: ni a él ni al pueblo, que la verdadera víctima de Trujillo:

No hubo una sola familia dominicana que no fuera herida de una u otra forma, por la tiranía Trujillista [...] Nadie poseía paz en su hogar, y los padres de familia no tenían garantizadas sus vidas, salir a las calles en las mañanas, en las tardes o en las noches era quizás no volver jamás al seno de su familia (Papá y Trujillo, pág. 39).

Los que estaban en contra de su gobierno sólo podía optar por el exilio o por “claudicar aceptando tentadoras posiciones en el gobierno a cambio de rendir su dignidad frente a las humillaciones a que frecuentemente eran sometidos” (*Náufragos del odio*, pág. 49), y pongo por caso el de Ricardo Pérez en *Los amores del Dios*. De esta forma, la tiranía va dejando su impronta carnícera en un pueblo preso de un Trujillo que ha desahuciado a los dominicanos de su conciencia, de sus propiedades, de sus mujeres; plagando la sociedad de sicofantes embozados:

Ahogados como estaban por un estado policial en el que omitir una reverencia a su benefactor en el momento apropiado era tan peligroso como insinuar crítica alguna contra el gobierno, por benigna que esta fuera (Los amores del Dios, pág. 63).

.....
Cuando el jefe quería algo no mandaba a pedir favores, simplemente lo robaba, así fueran lechos ajenos, sueños, esperanzas, ilusiones, dignidad, la vida misma, todo al mando de su voluntad, como si no fuera nada (Los amores del Dios, pág. 83).

Debido a este modo de actuar, en novelas y textos históricos se le ha comparado con varios emperadores romanos. Por ejemplo, en *Fantasma de una lejana fantasía*⁶⁴⁹ encontramos un párrafo muy jugoso en el que se parangona a “El César del Caribe” con Calígula, reconocido megalómano:

⁶⁴⁹ Guillermo Piña-Contreras, *Fantasma de una lejana fantasía*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1995.

Su parecido es tal que enamoraba y seducía a las esposas de sus más íntimos colaboradores. Es tal, repitió, que la gente de tu amigo se place en llamarle el “Chivo” sin darse cuenta de que hacen alusión al mote que le habían atribuido al emperador romano: “la Chiva”. Durante los 31 años nadie se atrevió a llamarle así porque arriesgaba su vida, como en los tiempos de Calígula (Fantasma de una lejana fantasía, pág. 74).

El dictador de *Las tinieblas* de Haffe Serulle también es comparado con Calígula, y en otras novelas igualmente se alude a este binomio. Y es que el parecido entre ambas figuras era tal que, cuando se representó *Calígula*, la pieza de Camus, en Ciudad Trujillo, sólo “permitieron dos representaciones porque el símil con nuestro ilustre Jefe era demasiado evidente” (*Fantasma de una lejana fantasía*, pág. 75). Porque, como Calígula, Trujillo:

Tenía uno de los defectos de los megalómanos, el de humillar en público a sus colaboradores [...] A su sobrino político y jefe de las Fuerzas Armadas, le trató siempre peor que a un perro [...] el general ya estaba en el complot. Un cúmulo de circunstancias impidió que diera el golpe de Estado previsto para la madrugada que seguía al magnicidio (Fantasma de una lejana fantasía, págs. 75-76).

El tirano dominicana era capaz de todo, incluso de simular su muerte: “No creas, ese hombre era capaz de simular no sólo un complot sino hasta su propia muerte” (pág. 76), a la manera del Patriarca de García Márquez o del Primer Magistrado de Carpentier. De ahí, las actitudes y decisiones de muchos dominicanos:

Hubo quienes escribieron artículos elogiosos, se inscribieron en el partido único, atacaron públicamente a los opositores al régimen y hasta firmaron peticiones para que encarcelaran a los más sobresalientes. Humillaciones con el único fin de conseguir el permiso de salida (Fantasma de una lejana fantasía, pág. 76).

Pero la viabilidad del “exilio” igualmente estaba en manos del gobierno corrupto, ya que había que tener buenos contactos con hermano de Trujillo para poder tener pasaporte. En *Ritos de cabaret* se enuncia:

[...] la dictadura no entregaba pasaportes con facilidad; había que hacer contacto con el caballero Romeo, hermano del Generalísimo, quien tenía acuerdos con la oficina de pasaportes y quien además solicitaba de los solicitantes trescientos pesos por un pasaporte nuevo (Ritos de cabaret, pág. 14).

Otra opción seguía siendo el suicidio; *Al cruzar el viaducto* también se hace eco de esta contrita realidad insular y de esta funesta elección:

Hevica tuvo una época en la cual abundaban los suicidios. No era para menos: recesión, quiebra de negocios, sequía y, principalmente, el martillo del dictador (Al cruzar el viaducto, pág. 64).

Esta novela de Pérez Méndez es la delineación de un retrato del lugar de Hevica –Villa de Moca- desde 1920 hasta la década de los noventa, deteniéndose sobre todo en los años de la dictadura trujillista. Adriano Miguel Tejada en el prólogo a la novela: “retrata personajes, amoríos, infidelidades, pasiones, apetitos primarios y temores, particularmente esos miedos de la Era de Trujillo” (pág. 9) y cuyo propósito es dar “una lección moral” y ofrecer un cuadro económico y social de la isla en aquella época. Así, del decenio de los cuarenta, se dice:

El dinero abundaba, por dos razones: primero porque el dictador emprendió en toda la República una serie de obras materiales para la conmemoración del Centenario y segundo, porque no había en qué gastarlos. La gasolina estaba racionalizada. Los neumáticos de los vehículos por igual. No venía la medicina patentizada de otros países (Al cruzar el viaducto, pág. 52).

Y de Trujillo y la opinión que le merecía al pueblo:

De Molina ganó a la brava las elecciones del '38, pero comenzaron a intensificarse las críticas sobre su perpetuación [...] el poder pasó a las manos

temporeras de un Presidente títere que no tardó en fallecer, sucediéndole otro de la misma clase (Al cruzar el viaducto, pág. 53).

El tirano contaba con una serie de correligionarios adulescentes, intelectuales y filósofos que le escribían la propaganda para su régimen y construían el aparato ideológico de la dictadura. El protagonista lee un libro que envió Trujillo sobre “los fundamentos y política del régimen” (pág. 79) y se extraen párrafos como:

No es que De Molina sea cruel y sanguinario, como en el extranjero divulgan sus enemigos, sino que la necesaria profilaxis social que durante estos doce primeros años de gobierno ha sido necesario implantar, ha salvado la nación, hasta colocarla en el sitio que hoy tiene y cuyo proceso de recuperación económica no ha culminado aún (Al cruzar el viaducto, pág. 80).

D’ Argente, el protagonista, puntualiza: “He observado que en este libro la paz se justifica cueste lo que cueste, como condición indispensable del progreso” (pág. 81); es decir que era necesaria la mano férrea del tirano para enderezar al país; cuestión que se tratamos a propósito de las novelas trujillistas y en relación con las novelas del dictador de la primera mitad de la pasada centuria. En un diálogo que mantiene con la vieja Elisa, ésta compara el gobierno trujillista con el romano:

[...] la prolongada paz de Augusto César trajo la peor de las corrupciones de Roma, a extremo que se llegó a decir una vez: “Cesar (sic) es el marido de todas las mujeres y la mujer de todos los maridos” (Al cruzar el viaducto, pág. 82).

Nuevamente se hace alusión a la corrupción, como en *Papá y Trujillo* y a que el tirano era ciertamente el dueño y señor de todo lo que en la isla existía, incluso las almas, los sueños, las personas. Trujillo, –que es nombrado siempre en el texto por su apellido “De Molina”– visitó Hevica y “Todo el pueblo esperaba al Jefe Amado con patriótico entusiasmo” (pág. 61), y como en *El Señor Presidente*, “¡El pueblo lo reclama en el balcón, Señor Presidente!”⁶⁵⁰. El protagonista que lo ve por primera vez dice que “jamás pudo olvidar su rostro” (pág. 62), dando fe del carisma y la irradiación

⁶⁵⁰ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 207.

atrayente que emanaba el dictador. Por estas razones, en los actos públicos, la muchedumbre se arremolinaba en torno al dictador, para ver de cerca las caléndulas de Trujillo y su fastuoso aparato político. Por ejemplo, en *La balada de Alfonsina Bairán*⁶⁵¹, Mateo describe con minuciosidad el desfile patrio del 27 de febrero de 1960:

Los pequeños grupos de familia moviéndose hacia la parte baja de la ciudad, en dirección al malecón. Si encendía la radio: un solo mensaje. El periódico “El Caribe”, él único, dedicaba casi toda la atención al “Desfile de reconocimiento y apoyo a la obra del Benefactor de la Patria (La balada de Alfonsina Bairán, págs. 61-62).

En esta celebración se reunió un millón de personas con pancartas y fotos de Trujillo que aclamaban al dictador. Mateo apunta directamente al pueblo como culpable y cómplice de las fechorías del dictador, como en las novelas del trujillato de los setenta e incluso algunas de los ochenta.

Nos retrotraemos a los cincuenta y al hilo argumental de *Al cruzar el viaducto*, donde se nos relata el surgimiento de las primeras aproximaciones comunistas y los primeros conatos de rebeldía por parte de la juventud dominicana, pues “El férreo sistema de la dictadura impedía a la juventud volcar sus sentimientos de rebeldía. La mordaza era total” (pág. 115). Y porque, como señala el hermano de D’Argente, en el país nadie podía “hablar ni manifestar sus aspiraciones y donde todo tiene que ser un himno de alabanza y adulación al dictador” (pág. 193), pues ya lo constatamos en la intervención anterior en *Papá y Trujillo*, cuando manifiesta que no consentirá disidencia ni derogación de su poder. Trujillo en este capítulo tiene una pequeña intervención: de camino a Ciudad trujillo se para a ver una zanja en la carretera y un sereno que la guardaba le recriminó por el acto, llamándolo “hijo de puta”. El dictador, contrariamente a lo esperado, no monta en cólera y resuelve subirle el sueldo por estar “cumpliendo cabalmente” con su deber.

La situación política empeora en este lustro y se precipitan las cascadas de críticas a la dictadura en el texto: “Nadie ha acrecentado con mayor rapidez nuestros

⁶⁵¹ Andrés L. Mateo., *La balada de Alfonsina Bairán*, Madrid, Alianza, 1999.

cementerios como el maldito dictador” (pág. 219), conectado de este modo con la idea que imprimió Requena en su *Cementerio sin cruces*:

La situación política era difícil. El déspota sentía sus fuerzas flaquear. La nación estaba pacificada, pero ahogada. La juventud debía ser vigilada más estrictamente (Al cruzar el viaducto, pág. 198).

La segunda parte de la novela comienza situada en la década de los sesenta. El narrador nos da paso a la lucha armada del pueblo, a la búsqueda de la paz, para “Mantenerla a toda costa”, pues eso es “servir a la Patria”:

La situación empeoraba. Locos de patriotismo, comienza un grupo la lucha armada en contra de la dictadura. La empresa se veía como la obra de ilusos, tontos y locos. Nadie pensaba, por el momento, que la tierra dura lo que necesitaba era ablandarse con sangre para que el patriotismo sembrara en ella sus mártires y de cada uno de ellos naciera un héroe (Al cruzar el viaducto, pág. 232).

Trujillo presiente y huele los humos de una oposición cada vez más decidida a inmolarse y combatir sus sistema dictatorial, pero se muestra impasible ante la llegada de las invasiones, ya que imprimía seguridad en su talante el apoyo de sus militares y porque en su opinión: “esta invasión no ha obedecido a un sentimiento patriótico, sino más bien al egoísmo y rivalidad de algunos de mis enemigos” (pág. 234). Es interesante reparar en una entrevista que un corresponsal extranjero le hace a Trujillo. Y cuando éste le pregunta el porqué de tanta seguridad en sí mismo, el tirano responde:

[...] no le debemos a nadie un solo centavo, ni dentro ni fuera del país, el peso oro nacional está a la par que el dólar [...] Además ahí está la paz [...] Sin los soldados también los hubiera derrotado, pues el mejor ejército con que cuento, es mi propio pueblo (Al cruzar el viaducto, pág. 234).

.....
Se gobierna para que el pueblo tenga escuelas, hospitales, trabajo, campos de recreación y la administración pública sea pura, es decir, libre de corrupción (Al cruzar el viaducto, pág. 235).

De todas formas, ese martirologio de héroes que se inmolaron en las costas, “trajo como consecuencia un despertar en un amplio sector de la juventud” (pág. 236). Así, D’ Argentre junto con otros muchos jóvenes comenzaron a escuchar la radio - cubana- clandestinamente. Trujillo recrudesció las medidas y el caliesaje y los *soplones* se reproducen –recordemos la frase de Valle: “Tirano Banderas os hace a todos espías”⁶⁵²- y los jóvenes son enviados a “casa de torturas” donde “John” –entrenado en servicios de espionaje- imponía todo tipo de suplicios a los presos.

Nunca se supo el número exacto de personas, principalmente del sector de la juventud, que fue apresado, vejado, torturado y hasta los que murieron en las cámaras de “escarmientos” quedaron en silencio.

Cuando los agentes de seguridad apresaba a uno cualquiera, la familia se encerraba y guardaba silencio. Se comenzaban a mover las influencias, pero casi nadie se atrevía a intervenir, por miedo a quedar complicado (Al cruzar el viaducto, pág. 241).

La desconfianza, el terror, la tortura y el silencio, se adocenaron en la voluntad y los sentimientos de la sociedad dominicana y a la par se va fraguando la actitud desesperanzada ante la visión de un Trujillo que galvaniza sus fuerzas con cada embate:

Las dictaduras entienden que es suficiente el terror y a medida que se fortalece la oposición, se hace más fuerte la represión y se prepara la caída estrepitosa de un régimen de extrema (Al cruzar el viaducto, pág. 246).

Y “Poco a poco, el clero fue tomando conciencia de los sufrimientos del pueblo” (pág. 242) y se movilizan para derrocar la férula trujillista, escribiéndole personalmente al dictador y solicitando una “audiencia privada”. Esta de Pérez Méndez es una de las pocas –quizás otra que se zambulle en estas lides es la de Viriato Sención- que más atención dedica a la narración de la relación de la Iglesia con el dictador; pues la mayoría apunta meras anécdotas o hechos precisos. Trujillo se pone nervioso y ordena extremar la vigilancia para cada uno de los curas, y como medida paliativa, el jactancioso Trujillo emprende trámites para procurar que le otorgaran el título de

⁶⁵² Ramón del Valle-Inclán, *op. cit.*, pág. 139.

“Bienhechor de la iglesia”. La iglesia entonces opta por “enfrentarse a la dictadura” y redacta y lee la famosa carta pastoral del sesenta :

Que sería abierta en medio de la misa pro populo del domingo y en lugar de la homilía, se leería por el celebrante, en todas las iglesias, al mismo tiempo, en la misa de las ocho de la mañana (Al cruzar el viaducto, pág. 254).

Y es que en *Náufragos del odio* también se aclara que fue la ignominia continúa lo que provocó que la iglesia católica tomara cartas en el asunto y leyera en todas los templos esta famosa carta pastoral de enero del sesenta y “Por primera vez en treinta años, se oyó públicamente una voz disidente del gobierno” (*Náufragos del odio*, pág. 206). El dictador, aunque le pilló de sorpresa, sabe que “con la Iglesia no se puede pelear” y tuvo que mascullar su rabia cuando en una iglesia se pronunció en su presencia un discurso –el “*Sermón de las Avispas*”- , informando de las atrocidades y torturas a las que acostumbraba el tirano.

Asimismo, Pérez Méndez nos cuenta que irrumpen en la vida dominicana las penurias económicas, “El país estaba en bancarrota” (pág. 269), por las sanciones internacionales impuestas a la República a causa de las acciones trujillistas. Asimismo lo hace Piña-Contreras en *Fantasma de una lejana fantasía* que alude también a las dificultades que derivaron de las sanciones impuestas por la OAC, “mi abuelo me decía que hasta que no levantaran las severas sanciones económicas a las que estaba sometido el país no tendríamos juguetes ni nada que viniera del extranjero” (*Fantasma de una lejana fantasía*, pág. 26).

El Trujillo de Artagnán Pérez, como el histórico, atenaza a la población tras la invasión de Cuba: “Si quieren ver sesos y barbas volando como mariposas, que se acerquen a estas playas” (pág. 265); la afamada frase que pretender extirpar de raíz cualquier amago de oposición en el dominicano. Trujillo ciertamente tiene miedo – aparece como un individuo supersticioso y nuevamente comprobamos que más humanizado en este decenio- y lo revela los monólogos interiores de la narración el día mismo día en que lo matan:

No creo que nadie se atreva a atentar contra mi vida, pues sería un suicidio. También moriría toda su familia. Es imposible que haya un loco de tal magnitud en este país.

Si me matan, ¿qué pasará? Sé bien que ninguno de mis familiares seguirá mi obra (Al cruzar el viaducto, pág. 271).

El Jefe vaticina el futuro que le espera al país: un futuro donde “Vendrá el despilfarro económico y administrativo”, no habrá paz y de nuevo “Deberán dinero en las cuatro esquinas del mundo”, no habrá respeto por los oficiales y la justicia será corrupta, volverán los negros “con su carga de prejuicios, de vicios, superticiones, enfermedades y odio recóndito”. También augura la emigración masiva a *Rasca-York* y el turismo masivo de la “sociedad norteña” con su “drogas, bailes y músicas exóticas” (pág. 272).

-Que me maten, que se joderán todos y entonces sabrán si el Jefe valía la pena o no. Creo que me llorarán como niños de tetas (Al cruzar el viaducto, pág. 273).

Estas últimas líneas son susceptibles de ser interpretadas desde la óptica del pro trujillismo, pues efectivamente, el país ha pasado por todo lo que augura Trujillo y, tal y como leímos en las novelas trujillistas de los ochenta, en cierta forma viene a vindicar las facetas “positivas” del régimen e inciden en las negativas de la política posterior.

Náufragos del odio es otra de estas novelas de la dictadura que ofrece una vista panorámica de la totalidad de la dictadura, resaltando aquellos momentos más truculentos, los acontecimientos hercúleos que han hollado en la sociedad y la denuncia de los atropellos trujillistas. En el retrato de las elecciones, a guisa de ejemplo, aparece en escena un Trujillo, que asume “una actitud teatral que luego usaría repetidas veces” (pág. 17), que mantiene conversaciones con la cúpula estadounidense, que prefería que el este militar no se involucrase en la política partidista, “a fin de preservar sus servicios como organizador y líder del recién creado Ejército Nacional” (pág. 17). Se presenta a los comicios con Estrella Ureña y, tras una de sus consabidas campañas de terror, ganan las “elecciones” del 16 de mayo de 1930, prácticamente sin oposición.

Las denuncias de estas irregularidades por parte del Lic. Martínez Reyna, provocarán un “Horrendo Crimen”:

Al marido lo cosieron a balazos; a la infeliz joven esposa, en avanzado estado de gestación, la desgarraron a puñaladas y machetazos hasta segar las vidas de las dos inocentes criaturas (Náufragos del odio, pág. 19).

Estrella Ureña resuelve llevar a cabo ciertas investigaciones para desvelar al culpable del doble asesinato, investigaciones infructuosas que precipitarán su salida del gobierno, “acusado por Trujillo de desarrollar actividades “subversivas” en connivencia con el cacique rural Desiderio Arias” (pág. 19). Y después de esto, el devastador huracán de San Zenón asolará la ciudad de Santo Domingo:

La inesperada tragedia le brindó al joven gobernante la oportunidad de mostrar su capacidad de reaccionar pronta y eficazmente frente a la más adversa circunstancia (Náufragos del odio, pág. 21).

Entonces el Jefe acomete las labores de reconstrucción de la ciudad con la ayuda del gobierno norteamericano, aprovechando estas infaustas circunstancias para “eliminar a los que él presumía eran actuales o potenciales enemigos políticos” (pág. 21): los hermanos Perozo, Desiderio Arias, Arévalo Cedeño, etc. En uno de los discursos que pronuncia en ese momento proclamó: “...*La palabra cementerio es muy antigua y realmente quiere decir. Paz a los muertos y advertencia a los que quedan vivos...*” (pág. 22). El ciclón de San Zenón saca a la luz el lado más “generoso” de Trujillo, que comienza en este setiembre su reparto de dádivas y sobornos, a la manera descrita en *La ciudad herida* o en *Papaján*:

Trujillo dio por terminado el interrogatorio mientras abría el maletín de cuero que siempre llevaba consigo. Sacó un puñado de billetes de cien dólares pasándolo al capitán “Larguito” para que lo entregara al turbado denunciante (Náufragos del odio, pág. 25).

La novela responde a un entramado de conspiraciones que se fraguan desde los prístinos años de su gobierno. Se narra así el atentado abortado del Coronel Blanco y la

persecución implacable que emprende el “Benefactor de la Patria” a la caza furtiva de todos los que participaron en el complot. En este epígrafe se apuntala el *modus operandi* de los militares trujillistas en el transcurso de los interrogatorios: coacción, martirios, crímenes en los cadalsos más sombríos. Uno de los brazos ejecutores será “Esteban de la Pampa”, encargado de hacer “servicios especiales” relacionados con estas torturas, que se consumaban sobre todo en la prisión de Nigua:

Un insalubre paraje localizado en una zona pantanosa cerca de la desembocadura del río Nigua [...] había adquirido justa fama de ergástula vil en la que encerraban casi exclusivamente a elementos acusados de graves delitos políticos [...] una celda solitaria con poco más de cuatro metros cuadrados de área, sin ventilación ni iluminación, permanentemente anegada en más o menos un pie de agua pestilente, contaminada de orina y heces fecales (Náufragos del odio, pág. 31).

A continuación el narrador emprende el detalle pormenorizado –y estremecedor- de los métodos represivos, de los sempiternos castigos impuestos a los opositores o delincuentes:

Esteban de la Pampa y dos de sus secuaces se alternaban en turnos de aproximadamente tres horas, golpeando a la víctima suspendida por los brazos de una cadena colgada en el techo. Al instrumento de tortura lo llamaban “cantaclaro”: un haz de cables eléctricos atado a un mango de madera utilizado a veces como látigo y otras veces para infligir choques eléctricos (Náufragos del odio, pág. 32).

Estas descripciones se repiten con ligeras variables en una inmensa porción de las novelas del trujillato. En *Los amores del Dios*, a guisa de ejemplo, leemos:

El sufrimiento era el pan nuestro de cada día, los hombres, después de quebrada su voluntad y su fortaleza física mediante las más refinadas torturas, quedaban metamorfoseados en remedos de sí mismo, las golpeaduras con bastones de caucho y con finas varillas de acero en la planta de los pies, resultaba habitual, pero el recurso más cruel era la inyección de trementina en las rótulas de los presidiarios, y ya las celdas dejaban de ser tales para

convertirse en serpentarios pues ninguno de los infelices podía mantenerse en pie, teniendo que reptar [...] se les obligaba a tragar polvo y sus propias heces fecales (Los amores del Dios, págs. 14-15).

O en *Toda la vida*, su protagonista, Chuchú, hará partícipe al lector de la fruición de los torturadores en ver sufrir a los presos, que no conoce de límites ni de contemplaciones. Las aberraciones cometidas son incommensurables:

Chuchú sentía la quemazón en la piel por las torturas que sufrió, desnudo, lacerado, sangrante, expuesto al escarnio y al empecinamiento de aquellos hombres deslamados. Para él, ese sentimiento no iba a ser distinto por mucho tiempo. En eso Chuchú entendía a los cívicos y a los catorcistas (Toda la vida, pág. 114).

En su segundo período de gobierno, vuelvo de nuevo a la línea narrativa de *Náufragos del odio*, sigue utilizando las mismas armas y procedimientos, pero tenemos una nueva incorporación en este “museo de los horrores”: la “patrulla 42”, que se encargaba de sembrar el terror en la población. A esto se suma, como consecuencia, “la corriente de rastrera adulación que comenzaba a cobrar cuerpo en la sociedad dominicana” (pág. 40). Los que permanecían en silencio – como se comprueba en *Los amores del Dios*- eran acusados de ser “desafectos al régimen”. En esta etapa brotarán nuevos movimientos subversivos, clandestinos, que veían los visos despóticos que llevaban el gobierno y el “grave peligro para la democracia” que suponía Trujillo. Algunos opinaban que la única vía era “cortar de un tajo la cabeza de la serpiente”, otros que había que combatirlo “*con la ley en la mano y con fe inquebrantable en nuestras instituciones*” (pág. 42). Pero no contaban con que el servicio de espionaje de Trujillo ya era fuerte y vigilaban todas las logias de la ciudad.

La relación de los incidentes descarnados del trujillato llegan a la Casa Blanca – con Roosevelt en la presidencia-, dando constancia de los “inhumanos métodos de Trujillo para neutralizar la oposición política” (pág. 48). En *Los amores del Dios* se recrea una escena en la que el presidente estadounidense Franklin Roosevelt y su esposa Eleanor se ven avocados a recibir a Trujillo en el verano de 1939 en la Casa Blanca, “con todos los honores de un jefe de Estado al dictador dominicano Rafael

Trujillo” (*Los amores del Dios*, pág. 2). Ya habían descubierto los servicios de inteligencia militar de Estados Unidos una “secreta conexión” entre Trujillo y Adolfo Hitler y el matrimonio, con motivo de esta ocasión, repasa las atrocidades cometidas por el dictador: la matanza de haitianos, “genocidio” con el que acabó con “más de veinte mil personas, incluyendo mujeres y niños”. Ellos apuntan como razones: “el amedrantamiento político del vecino gobierno de Haití” y un “trasfondo racial” (pág. 3). En esta escena Miguel Ángel Aquino hace hablar al presidente norteamericano en los siguientes términos: “este hijo de puta es también una creación nuestra” (pág. 3), y por eso había establecido “una tiranía sin precedentes en el hemisferio occidental” (pág. 4). Pero a Trujillo le interesaba la conexión con la Casa Blanca, “para garantizar su poder absoluto en la sometida nación caribeña” (pág. 20).

Si a esto añadimos la mala prensa internacional y la presión que ésta ejercía en este cóctel explosivo, a Trujillo no le queda otra alternativa que barnizar de democracia su dictadura y abstenerse en las elecciones de 1938, en las que se presenta a la presidencia Jacinto B. Peynado, el primer presidente fantoche. Le sigue en las posteriores presidencias “Negro Trujillo”:

[...] descolorido sujeto de retrasada mentalidad pero con las mismas características de esta singular familia, que parecía extraída de los más truculentos episodios del lejano oeste norteamericano (Náufragos del odio, págs. 61-62).

No le interesaban los asuntos de Estado y se pasaba la mayor parte del tiempo escuchando conversaciones de personas conocidas, cuyos teléfonos tenía intervenidos el gobierno.

A partir de este punto, la novela se va adentrando en los años que precipitaron la debacle de Trujillo: 1955-1956. Se menciona indudablemente la construcción desatinada del recinto de la Feria de la Paz y la Confraternidad del Mundo Libre, para celebrar las bodas de plata del poder trujillista. Para lograr su edificación a tiempo, tuvieron que trabajar los contratistas veinticuatro horas diarias. La feria no tuvo el éxito esperado y resultó ser “el principio del fin”, puesto que Trujillo había invertido cincuenta millones de dólares, “casi la mitad del presupuesto fiscal del año” (pág. 131). A esto se une otros detonantes de su descalabro: el aumento de los precios de los alimentos, “una implacable sequía” y problemas de “exportación”.

Después de la Feria, era cada vez más evidente la declinación física y mental del autócrata que durante veinticinco años venía manejando con puño de hierro todo el aparato del Estado Dominicano. Ello, sumado a la creciente denuncia contra el régimen en todo el hemisferio, estimuló la proliferación de actividades conspirativas a nivel nacional, principalmente en el seno de la juventud (Náufragos del odio, pág. 132).

Rafael Leonidas tendrá que fortalecer el Servicio de Inteligencia Militar –y en él empieza a despuntar Johnny Abbes García- “con capacidad para operar dentro y fuera del país, sin limitación alguna para cometer los más horrendos crímenes” (pág. 132), para no perder las riendas del control absoluto del poder. Pero el final de su dictadura se acelera cuando ordena el terrible asesinato de Galíndez.

Las páginas finales del texto se dedican a los tres últimos años de Trujillo y su aparato político ya exánime:

Después de las invasiones de junio, Trujillo se dedicó a visitar las diversas regiones del país para personalmente oír, en multitudinarias concentraciones, los principales reclamos de la gente (Náufragos del odio, pág. 193).

Se narran los acontecimientos del 14 de Junio, el triple desembarco, y aunque el régimen trujillista lo calificó de “aplastante derrota de los enemigos del Jefe” (pág. 203), los hechos tuvieron gran resonancia política:

La inhumana cacería de los guerrilleros sobrevivientes de ambos desembarcos y la represión desatada contra la resistencia interna gestada en apoyo a las invasiones, contribuyeron a consolidar la unidad del pueblo dominicano frente a la decadente tiranía de Trujillo (Náufragos del odio, pág. 203).

El régimen cimbrea y las torturas se recrudecen, y el perverso Abbes va creciendo en importancia junto con la barbarie: los capturados eran amarrados con alambres de púas y lanzados desde los aviones. “las prisiones de “la Cuarenta” y “el

Nueve”, fueron escenario del trato más inhumano imaginable, contra lo mejor de la juventud dominicana” (pág. 205).

La tortura de la silla eléctrica, de terrible efecto al aplicar descargas en los cuerpos de los prisioneros; las torturas “clínicas” consistentes en extraerles dientes y uñas a sangre fría; el inenarrable martirio de aplastar lentamente con un torniquete los testículos hasta hacer desfallecer de dolor a la víctima, eran solamente parte de un endemoniado repertorio de los más crueles y sofisticados medios (Náufragos del odio, pág. 205).

Concluiré esta suerte de epígrafe ilustrativo de la recreación literaria del abuso de poder trujillista en la década de los noventa recalando en una novela harto sugestiva por el tratamiento de una franja de la realidad del trujillato que apenas ha sido narrada en las novelas estudiadas: la figura del exiliado y sus allegados. Hablo de *Fantasma de una lejana fantasía* cuyo núcleo temático se centra en la figura del exiliado en la época de Trujillo. En efecto, el novelista pone la ficción al servicio de la historia para relatarnos los meses que siguieron a la muerte del dictador. La perspectiva nos hace ver cómo la juventud de aquella época, sin apenas tener una concepción clara, era consciente en cierta medida del desconcierto que vivía el pueblo dominicano en aquellos momentos (hay que recordar que el narrador es un niño de 11 años) y de cómo se posaban todas las miradas en el posible regreso de los exiliados. En la narración se explica de forma conspicua lo que es un “desafecto”, dando una definición política y social: no podían encontrar empleo en ninguna parte y estaban en un peligro constante, por eso la mayoría de la sociedad huía de ellos o, como ya he descrito páginas antes, se suicidaban en la mayoría de los casos:

Los desafectos eran vistos como leprosos ultra contagiosos. Todo el mundo les sacaba los pies; se les negaba el saludo y nadie sentía lástima por la miseria en que vivían ni tomaban en cuenta que exponían sus vidas a cada instante por el simple hecho de que manifestaban públicamente sus ideas. La única salvación posible era el exilio, pero la vigilancia infatigable de los agraciados les cerraba las puertas de ese privilegiado lugar (Fantasma de una lejana fantasía, pág. 40).

Sin embargo, era más fácil “conquistar el amor del Ilustre Varón de San Cristóbal cuando se era desafecto que cuando se estaba en desgracia” (pág. 40), pues el gabinete gubernamental estaba plagado de antiguos desafectos. “No hay mejor amigo que un ex amigo” (pág. 40). Ya comenté en capítulos anteriores, las “rarezas” de Trujillo en cuanto a la lealtad, la amistad y la fiabilidad.

La situación de las esposas de los exiliados que se quedaban en el país, como Ángela en la novela, es explicitada por Mateo: el gobierno les ofrecía dinero y villas para que se divorciaran de los exiliados y en los casos que se negaban –como Ángela– comenzaba el rosario de vejaciones y la ignominia: en el periódico aparecían oprobios del tipo: “se acostaba con su cuñado, con su sirvienta”, para avergonzarla y hacer se doblegue, para combar la posición férrea de Ángela, por ejemplo.

Por otro lado, el narrador describe también cómo viven los exiliados y el “peligro constante” en el que se encontraban, puesto que eran conocidos varios secuestros y asesinatos en América cometidos por el Servicio Secreto del dictador; tal y como sucedió con Almoina:

[...] trágico final que tuvo en México un escritor español que había sido secretario del Primer Escritor y amanuense de su esposa [...] por haber publicada una obra en la que decía horrores del régimen y de sus funcionarios. De nada le sirvió el seudónimo ni un libro posterior con su propio nombre recordado que había sido su secretatio (sic); se escondió, pero dieron con él (Fantasma de una lejana fantasía, págs. 60-61).

IV. 2. 3. 2. LAS MIRABAL Y GALÍNDEZ: UN DÚO DE ÉXITO

En esta urdimbre de delaciones de abusos y descripciones de torturas y crímenes, los dos episodios históricos que adquieren mayor protagonismo en este decenio son los de las hermanas Mirabal y el de Galíndez, puesto que son considerados como los nefastos errores de la política trujillista, que se precipitó al vacío después de la consecución de dichos asesinatos. El enfoque y las variantes históricas son diferentes

en cada novela y por tanto atenderé de forma individual a cada una de ellas, para analizar la presencia de este motivo en el proceso literario de la novela del trujillato.

En *Náufragos del odio* no se detalla los hechos que llevaron a la muerte a Galíndez ni cómo se produjo el asesinato. La narración se ha instalado en las pésimas consecuencias que le sobrevienen a Trujillo tras de la desaparición del vasco. Así se nos cuenta que el exilio dominicano y el FBI apuntan a Trujillo, y los servicios norteamericanos comienzan una investigación a fondo cuando desaparece el piloto estadounidense “Murphy”, “piloto de la CDA, residente en la República Dominicana” (pág. 134), el cual le había comentado a su novia que el gobierno dominicano le encargaba “*servicios confidenciales*”. Se incluye el informe del FBI sobre el desarrollo de los hechos y se enuncian los nombres de algunos involucrados en el crimen Félix W. Bernardino y Arturo R. Espaillat. Trujillo, desesperado, resuelve acusar a Octavio de la Maza de haber matado a Murphy para librarse del asedio estadounidense. Casualmente, más tarde Octavio aparecerá ahorcado en su celda:

Los agentes del FBI consiguieron permiso para examinar la celda y rápidamente observaron que la cañería de la ducha donde el “suicida” amarró la soga, estaba a una distancia tan corta del piso, que sería imposible para un hombre colgarse de ella hasta la muerte (Náufragos del odio, pág. 139).

También se descubre la farsa cuando los investigadores norteamericanos piden al Procurador la nota de suicidio que dejó de la Maza; y entonces comprueban que ésta era diferente a la que entregaron a la embajada el día de su muerte. Todo ello provoca que se deterioren aún más las relaciones internacionales del régimen. Era el peor momento que pasaba Trujillo, después de la matanza haitiana.

En *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*, en cambio, el asunto es enfocado a través de los ojos del propio dictador. Trujillo piensa que el homicidio es “bien merecido por ingrato” (pág. 248), puesto que escribió una tesis plagada de “mentiras e iniquidades”, donde su persona salía muy mal parada y donde le atribuían auténticas barbaridades, “atrocidades” y “crímenes”. Dice Trujillo:

Y hasta una historia han inventado con relación a la lamentada desaparición, y claro, me lo endosan a mí –se lamenta Trujillo-, diciendo que lo obligué a comerse el condenado libro, y que le di muerte sumergiendo su cuerpo pulgada por pulgada dentro de un atina de agua hirviendo, y que para que no quedara ningún rastro, ordené tirar su cuerpo al mar para que fuera pasto de los tiburones (Retrato de dinosaurios, pág. 248).

En cuanto a la representación literaria del triple crimen de las Mirabal, empezaré aludiendo a *Los amores del Dios*. Hay que consignar ya antes había escrito una obra historiográfica sobre las Mirabal, razón por la cual –a mi juicio- le confiere varios párrafos al hecho y se remonta a los prístinos motivos del enfrentamiento entre Minerva Mirabal y Trujillo. Ya uno de los hermanos de Trujillo, Virgilio Trujillo, reparó en Minerva y en su actitud, pues “parecía rechazar lo que él significaba. El hombre no olvidaría jamás esta imagen (sic) de Minerva” (pág. 186). Aparece también la conocida escena en que Trujillo invita a Minerva a una fiesta con intenciones sexuales y ella lo rechazó, lo empujó porque sintió su “franca erección”:

En ella, Minerva no había cedido a las insinuaciones sexuales del dictador, lo que se añadía al hecho de que este conocía la asociación de Minerva con reconocidos enemigos del régimen (Los amores del Dios, pág. 190).

Más tarde le negará la licencia de abogado a Minerva por su carácter indómito y por sus actividades subversivas. Pero el fin de la joven llega cuando, después de la invasión de exiliados, Johnny Abbes le trae una grabación a Trujillo en la que se desvela que Manuel Tavárez es el cabecilla de un movimiento de oposición al régimen y se oye la voz de Minerva participando en éste. “El dictador la recordaba bella, radiante, alta y esbelta, con una imponente personalidad” (pág. 197). Piensa que si la hubiera poseído, hubiera dejado la oposición, es decir, la hubiera domeñado con su sexo, como sometía a la población. La creación de este movimiento clandestino le afectó mucho más que la retirada del “apoyo logístico de la C.I.A y el gobierno americano” (pág. 197) y termina encarcelando a los maridos de María Teresa, Patria y Minerva. Aún conscientes del riesgo que corrían –se musitaba que Trujillo decía que “tenía dos problemas por resolver, las hermanas Mirabal y los curas” las tres hermanas visitaban a sus maridos y en una de ellas encontrarán la muerte.

Diógenes Valdez en su “retrato de dinosaurios” este hecho capital de la historia dominicana dándole voz a Minerva y centrándose principalmente en la muerte violenta de las hermanas Mirabal.

Se comentaba que gran parte de la inquina que Trujillo sentía por ellas, se debía a que en una ocasión Minerva le había puesto fin a las intimaciones amorosas del Jefe, propinándole una bofetada (Retrato de dinosaurios, pág. 285).

Incluye el poema de Mir “Amén de las mariposas” y vuelve a relatar, cómo trasladaron a sus maridos a otra cárcel, para darle muerte a las féminas. A pesar de las recomendaciones y advertencias que les hacía su familia y amigos, ellas iban a visitarlo. Minerva decía: “Trujillo no va a hacer nada. El no es más que una bestia acorralada [...] Su nombre apesta, y está sucio de sangre. Fuera de nuestro país él no vale una guayaba podrida” (pág. 286). Cuando regresaban de visitar a sus maridos, y unos calieses interceptaron el coche en el que viajaban las Mirabal y se las llevaron en un “carro del SIM”. Las bajaron en un cañaveral y parecen que las van a “matar a garrotazos”, y cómo se despiden unas de otras, y María Teresa dirá: “¡Están tratando de violarme!” (pág. 290), pero parece que no se comete el estupro finalmente:

*Los cuerpos ensangrentados y sin vida de las Mirabal fueron sacados a rastras del cañaveral y arrojados en el “yip”. El vehículo fue empujado poco a poco hasta el borde de la carretera, desde donde fue lanzado a lo más profundo de un precipicio. El sargento de la Rosa, al ver el “yip” despeñarse y a los cadáveres salir despedidos violentamente, comentó:
-¡Mira, flotan como si fueran pedacitos de papel! (Retrato de dinosaurios, pág. 290).*

Papá y Trujillo asimismo incide en la importancia de este episodio, pues el colmo de la impopularidad del gobierno trujillista llega con el triple asesinato de las hermanas Mirabal el 25 de noviembre de 1960. Las Mirabal aparecen en la novela,

porque allí las conoce su protagonista, que compartía cadalso con Manolo Tavárez en “la fortaleza San Felipe”. El asesinato es delineado de esta guisa:

Luego de haberlas matado, presuntamente a palos, se colocaron sus cuerpos en el vehículo en que viajaban para lanzarlo por una barranca y de ese modo simular un accidente.

Los cadáveres de las hermanas Mirabal, fueron llevados al hospital en modestas camillas, cubiertos totalmente con sábanas blancas ensangrentadas (Papá y Trujillo, pág. 165-166).

Trujillo, tal y como hizo con el caso de Martínez Reyna, con sumo sarcasmo, cuando se entera de la noticia ordena que se investigue el crimen “para que no vayan a ahora a pegárselo al gobierno” (pág. 166).

El narrador se detiene en la reacción del marido de Minerva, inusual en las novelas del trujillato: cuando Manuel Tavárez Justo se entera de la noticia en prisión Manuel Fernández, el protagonista de la obra, está a su lado y aunque lo insta a llorar, éste permanece en un “estoico silencio”. Concluya reseñando la trayectoria posterior de Tavárez Justo, que “llevaría su tenaz lucha por la libertad de los dominicanos hasta el año 1963” (pág. 167).

IV. 2. 3. 3. CONJURAS Y CONJURADOS

A. Conjuradas

Una de las primeras novelas de este decenio en la que figura la descripción de conspiradores en contra de la tiranía es *Los que falsificaron la firma de Dios*: Antonio Bell –un seminarista de catorce años de edad- es encarcelado por haber llevado a cabo actividades sediciosas en contra del gobierno y se le acusa de haber sido “instruido por los propios curas del Seminario en la confección de bombas y en actos de sabotaje para llevar el terror al país” (pág. 9). Fabricio Paula y Céspedes, terrorista cubano que luchó contra Batista, ingresa en el Seminario aunque “mantenía criterios independientes” de los postulados jesuitas y pronto se granjea la admiración y el apoyo de los estudiantes. Su ideología revolucionaria hará mella sobre todo en Antonio Bell, al que entrenará en las sirtes del terrorismo, por lo que será ferozmente castigado por el Padre Espiritual, a su vez instigado por los sicarios trujillistas.

En *El personero* de Efraim Castillo también se retrata a un disidente, Gómez, amigo de Martínez –el padre de Marta, que pensaba que Trujillo “era lo más grande, después de Dios”- que le propone participar en un atentado contra el tirano. Para Gómez existen tres diferentes opciones viables para acabar con el dictador: mientras monta a caballo, de muerte natural, o a manos de una de sus mujeres (modo que se baraja igualmente en *Náufragos del odio*). Éste le pide ayuda a Martínez para conseguir instalar un bomba cerca de Trujillo, pues ha llegado a la conclusión, tras los infructuosos fracasos desde el exilio, que la única forma de tumbarlo es “desde dentro”. Gómez –que pertenece al “*Partido Socialista Popular*”- expondrá una serie de argumentaciones y motivos para asesinar a trujillo amén de convencer a Martínez: explica que el Jefe está imponiendo “el modelo hitleriano” que deviene en la máxima de que todo pensamiento nacional gira en torno al pensamiento de Trujillo. Esta enunciación revive aquella famosa frase que habría de pensar Cara de Ángel en *El Señor Presidente*: “pienso con la cabeza del Señor Presidente, luego existo; pienso con la cabeza del Señor Presidente, luego existo...”⁶⁵³

Por otro lado, Gómez hace hincapié en el descomunal poder económico que detenta Trujillo, lo que le ha permitido construir un país/finca, un país/prisión, un país en propiedad, un país controlado. Las contra-argumentaciones de Martínez reproducen los *lugares comunes* de las novelas trujillistas ya estudiadas: las empresas han corrido mejor suerte en manos de Trujillo que en la de esa “oligarquía”, de los terratenientes de antaño, ya dibujados en *La cacica* o *Revolución*. Exalta la generosidad del Benefactor – como lo hiciera *La noche que Trujillo volvió*- que reparte medicamentos y comida a las clases pudientes y a los indigentes. El país, así, necesitaba a Trujillo y su “mano dura” –nuevamente la idea de la necesidad de disciplina y acres castigos- porque vivían en un estado de apatía y desilusión, porque no poseían identidad y el dictador se la devolvió y extirpó “ese desprecio que sentíamos hacia nosotros mismos” (pág. 350). Con él llegó la industrialización y la modernización del país y un largo etcétera que vemos condensado en las siguientes palabras de Martínez:

¡Bueno, Trujillo no es Superman, Gómez, pero se le parece! Superman vuela, Trujillo vuela; Superman levanta edificios y montañas, Trujillo levanta edificios y montañas; Superman oye y observa a través de las paredes y

⁶⁵³ Miguel Ángel Asturias, *op. cit.*, pág. 378.

distancias, Trujillo oye y observa a través de las paredes y distancias...(El personero, pág. 386).

Al final los dos –Gómez y Martínez- delatarán a Marchena, uno de los conjurados y al resto de los conspiradores. El texto por tanto, pone en evidencia la falta de consecuencia ideológica y de ausencia moral en aras del beneficio propio. Martínez es un cobarde, pero un cobarde trujillista que vive engañado el teatro de la dictadura, pero que no se ha cuestionado la posibilidad del cambio, pero Gómez es simplemente un cobarde. Un cobarde y un traidor. Sin más calificativos.

Náufragos del odio atiende de modo pormenorizado el esqueleto sobre el que se sustentan los movimientos de oposición. La intención no es denunciar la carestía ideológica o la crisis axiológica, sino todo lo contrario: el autor muestra a una juventud dominicana rebelde, descontenta y dispuesta a combatir el trujillato, aunque les cueste la vida. Para Piñeyro los movimientos clandestinos fracasan por “el exterior”, por el duro y monolítico aparato de represión trujillista; en cambio para Castillo el fracaso se explica desde “el interior”. En la novela, se da cuenta del plan –que incluye a una mujer, por ende, se adscribe a una de los cauces propuestos por Gómez- que había trazado una de estas logias para acabar con el dictador y en el que participa, como digo, “una dama de noble alcurnia”:

El rol de la dama era acercarse a Trujillo aprovechando la conocida pasión del tirano por las mujeres y lo vulnerable de su vanidosa personalidad cuando se presumía seductor de una mujer de la alta sociedad (Náufragos del odio, pág. 44).

Se trataba de aprovechar las debilidades del tirano –su frustración de clase- para atraerlo a una discreta residencia y accionar en el dormitorio un “disimulado detonador de una carga de dinamita”. El plan naufragó y parte de los conjurados fueron capturados y trasladados a la prisión de Nigua. La dama se quedó con la dinamita, se trasladó a un sitio seguro y se la sujetó a su cuerpo, de tal forma que si la venían a arrestar accionaría el detonador para “volar con ellos en mil pedazos”.

Como ya he explicado, esta novela es un entramado de conspiraciones e intentos de derrocar al tirano, por lo que también se narrará el episodio de Cayo Confites –que

no ha sido motivo de narración literaria profusa- de 1947, en el que los exiliados dominicanos encontraron “apoyo tanto en Cuba como en Venezuela” y pudieron ir almacenando armamento en esta isleta cubana. Pero la “Presión diplomática y dineros generosamente repartidos por el gobierno de Trujillo frustraron las esperanzas de los exiliados dominicanos” (pág. 72).

De otra parte tenemos a la familia Almeida, cuyo hijo Vickey está enredado en movimientos subversivos, que -a raíz de lo acontecido en Cayo Confites- comienza a ser perseguida y acusada de tener contactos con el gobierno cubano. Esto precipita la marcha de Vickey de la República Dominicana y se traslada con su familia a La Habana. Entonces la novela da paso a la historia de la política cubana desde 1951 a 1955. Batista asalta el gobierno y comienza un periodo de dictadura, al que se oponía la juventud cubana y en la que empezaba a despuntar Fidel Castro. Vickey Almeida formará parte de estos grupos insurrectos que planean junto con Castro un levantamiento popular que acabara con el “odiado régimen de batistiano”, pero la operación fracasó. Vickey pudo escapar de la redada, pero describe las torturas a las que fueron sometidos sus compañeros; muy parecidas a las que llevaban a cabo los secuaces de Trujillo. El paralelismo que traza el narrador entre las dos islas no tiene ambages, y es que además se cuenta que intervino la Iglesia, amén de que se “detuviera la orgía de sangre desatada”, leyendo una carta pastoral en todos los templos. Para proteger su vida nuevamente, Vickey tendrá que regresar a Santo Domingo.

Allí, se percata de que el pueblo dominicano se mantenía informado por “Radio Bemba”, sistema clandestino de comunicación que los notificaba a pesar de la censura.

No obstante los fracasos de las invasiones de Luperón y Cayo Confites, el pueblo no concebía otra forma de quitarse a Trujillo de encima sino por medio de una invasión del exilio antitrujillista, en coordinación con un levantamiento de la resistencia interna a la tiranía (Náufragos del odio, pág. 161).

Ciertamente, la sociedad dominicana pensaba que esa era la única forma de librarse del caudillo y no contempla la posibilidad del derrocamiento “desde dentro” – como defendía Gómez- por miedo, por los fracasos anteriores y porque se había mitificado el poder trujillista que alcanzó dimensiones sobrehumanas; era indestructible. Pero cuando se enteran por la radio del desembarco de Fidel en el cincuenta y seis, se abre un haz de esperanzas para los dominicanos. A Sierra Maestra

sólo llegaron dieciséis guerrilleros y allí Castro es entrevistado por un afamado editor del New York Times. El narrador nos cuenta detalladamente la lucha de Castro y los suyos contra Batista, las desavenencias con el “Che” y cómo se hizo con el gobierno cubano en el cincuenta y nueve. Hace incluso una valoración del gobierno castrista hasta hoy y afirma “su más grave pecado: la degradación de la democracia y la mutilación de las libertades del pueblo cubano” (pág. 175).

Por otro lado, en *Ritos de cabaret*⁶⁵⁴ se narra la historia del Papo Torres, un regente de cabarets de Villa Francisca, antitrujillista al que le apasionan las prostitutas y los boleros y que decide un día reencontrarse con las quince amantes pasadas más relevantes en su vida. Paralelamente se narra la historia de Emencia, antigua amante de Papo e hijo de Ernesto, antitrujillista declarado que el régimen consideraba como un loco y al que matan de un disparo, aunque con el tiempo se comprobará que no realmente no estaba loco:

[...] don Ernesto Vargas era un antitrujillista, “profesión” que para la época no daba buenos dividendos. Había sido prisionero del régimen durante tres años [...] razón por la cual cuando escuchaba la palabra Trujillo se volvía como loco [...] señalaba los males ciclónicos de un régimen requete cagado, incapaz de comprender los verdaderos valores del pueblo (Ritos de cabaret, pág. 30).

La novela *Toda la vida*⁶⁵⁵ relata “toda la vida” del personaje protagonista, “Chuchú”, a través de siete capítulos señalados cronológicamente. Describirá los avatares históricos que se van sucediendo y van marcando su existencia y la de su familia. De nuevo leemos el típico hogar de familia de clase alta trujillista y católica (el padre del protagonista es un importante cirujano). La vida de Chuchú y sus hermanos, tras una adolescencia loca de cabarets, empezará a estar pronto ligada al mundo de la política, sobre todo a partir de la llegada a su casa de una prima universitaria: Hortensia, que está metida en el Partido Demócrata revolucionario dominicano. Chuchú guiado por un enamoramiento adolescente decide seguir los pasos de su prima y empieza a tener los primeros contactos con la oposición trujillista a través del Partido de Juventud

⁶⁵⁴ Marcio Veloz Maggiolo., *Ritos de cabaret*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.

⁶⁵⁵ Manuel Salvador Gautier, *Toda la vida*, Santo Domingo, Corripio, 1995.

democrática. Entre las fiestas del Hotel Jaragua, las aspiraciones de Chuchú de ser Ingeniero por una promesa que le hizo a su abuela, conoce a Adriana la que sería la mujer de su vida y la madre de sus hijos. Ella con quince años se enamora perdidamente de él y él termina sucumbiendo a sus encantos de niña dorada. Los padres quieren que se vaya a Estados Unidos a estudiar allí pero el régimen no le permite marcharse por sus idas y venidas en la oposición. Terminará estudiando la carrera de Ingeniería en Santo Domingo. El padre habla con Trujillo y éste le consigue un puesto en el ayuntamiento, como en *El viaje*, pues Trujillo todo lo puede:

Este le recomendó que hablara con Trujillo porque había buenas contratas pendientes por ahí mismo. Papá Nicolás tragó duro y consiguió la cita con el Generalísimo, que lo oyó, aseguró que le conseguiría al hijo lo que el doctor Serra le pedía y nombró a Chuchú Ingeniero Encargado del Departamento de Mantenimiento de la Administración de Bienes Nacionales (Toda la vida, pág. 65).

Se va a hacer el doctorado a Conell (Ithaca), donde pasa dos años. Se casa con Adriana, retoma el mundo de la política y le encarcelan por el complot del 14 de Junio contra Trujillo en los sesenta. Matan a “El benefactor”. Tras su estancia en la cárcel le prometió a su padre que iba a abandonar el activismo, pero con el regreso de su hermano, el “Niño” participará en la lucha por la instauración de la democracia en Santo Domingo.

La ligazón de Chuchú con Trujillo es muy estrecha, ya no tan sólo porque le marcara su forma de gobierno sino porque él nació el día 16 de Agosto de 1930, cuando Trujillo se juramentó presidente de la República por primera vez. Al parecer en su escuela le decían: “¡Tú fuiste el que nos trajiste a Trujillo!” (pág. 15), y a él le molestaba porque “sabía que Trujillo era un problema, que mataba gente y que había hecho que muchos salieran del país” (pág. 16) porque “Los abusos de Trujillo salían por donde uno menos los esperaba” (pág. 34). No obstante, la trama se centra en el partido opositor revolucionario de Hortensia y en las tensiones en la Universidad por las destituciones y las manifestaciones antitrujillistas en la Plaza de Colón, las revueltas y los asilos en las embajadas:

Las consecuencias del mitin se manifestaron enseguida con asesinatos, asilamientos, persecuciones y vigilancias de veinticuatro horas en los lugares donde vivían o se escondían los opositores. Un mes más tarde, el mitin de la JD en la plaza Rubén Darío del Malecón fue abortado por la Policía, con intimidaciones de todo tipo, aunque después se le permitió uno en Santiago [...] la dictadura era implacable y podía tener influencias devastadoras sobre la mente de cualquiera (Toda la vida, pág. 47).

También se declaran ilegales los partidos, los comunistas y antidominicanos, por ley. Los que formaban parte de estos o se asilaban o caían presos. De nuevo una muestra más de la política implacable de Trujillo, el cual no dejaba espacio alguno a ningún tipo de disensión: “En Cuba se empezó a gestar la expedición de Cayo Confites y vino la persecución definitiva. Los comunistas fueron declarados antidominicanos por ley” (pág. 49). Aún así surgirán movimientos como el 14 de Junio y otro de oposición al trujillato:

El movimiento subversivo contra Trujillo lo inició Minerva Mirabal, junto con su esposo Manolo Tavárez Justo y un grupo de amigos, en los primeros días de 1959, entusiasmada con la victoria de Fidel Castro contra la dictadura de Batista, en Cuba, y convencida de que con las nuevas alineaciones políticas en el Caribe se presentaba otra oportunidad para que los dominicanos hicieran lo mismo contra la dictadura local. Así ocurrió. El exilio dominicano se organizó en territorio cubano y formó el Ejército de Liberación, que vino y fue rápidamente aniquilado (Toda la vida, págs. 87-88).

En *La balada de Alfonsina Bairán* en antitrujillismo también constituye la trama principal de la novela. La historia gira entorno a la mujer que da título a la obra: Alfonsina Bairán, de padre libanés aficionado a amaestrar perros. Se casa en 1937 con un maestro español, recién llegado: Alberto Cuadra y a los pocos meses muere su padre. Poco a poco se va adivinando en la novela, que Alfonsina ve truncada su felicidad enamorada a raíz del asesinato de su marido, en 1958 de un balazo en la cabeza. Antes él había estado manteniendo contacto con otros inmigrantes españoles en el “Centro Democrático Español”. Los españoles se irían en 1944 por que el gobierno no los quería en el país. A partir de ese momento, Alfonsina empezará a tejer su venganza. Se encierra en su casa con dos perros y se viste de luto. En un principio apenas salía de su

hogar, hasta que decide convertir su casa en un prostíbulo, denominado “La turca”. , al que habían de acudir con asiduidad funcionarios y militares del servicio de seguridad del régimen.

La narración da un giro y el narrador nos cuenta su historia. En 1959 entra a formar parte del “Movimiento” para luchar contra el crimen y la falta de libertad:

Nosotros no teníamos experiencia de lucha, la misma tijera abusiva que cortaba tantas vidas en esos momentos, nos había privado de pensar. Pero nos organizamos en grupos de cinco personas, y nos reuníamos y distribuíamos literatura contra el régimen. Trujillo no era cualquier régimen, y todo el resto innoble de lo que se vivió es superior a mi propia capacidad de fabulación (Ritos de cabaret, pág. 44).

Por este motivo empieza a frecuentar el “Bar de la turca” para vigilar a los “secretas”. Así es como se va interesando en Alfonsina y en su historia secreta. Un cura, que después será arrestado por el régimen, le cuenta que la muerte de su marido fue un crimen político. El día del cumpleaños del narrador establece el primer contacto con Alfonsina, él salva a Nelson de morir en manos de un militar trujillista, a partir de entonces mantienen un contacto extraño, que se guía por las melopeas que toca Alfonsina. Entonces matan a Trujillo y aparece muerto, destrozado por los perros, el militar trujillista con el que se peleó el narrador:

De modo que me lancé a la calle sin penarlo, quizás sepultado por mi propia confusión, y aunque aquello era la vestidura de mi voluntad, en la calle, mirando a las gentes, sentí un incipiente y doloroso asombro. “¡Coño!”, me dije, aterrorizado “¡están adoloridos! ¡Por la muerte de esa bestia están adoloridos! (Ritos de cabaret, pág. 121).

El narrador se entera más tarde por un amigo de Alfonsina, a quien también el régimen le había matado a un hijo, que ella pensaba que éste era el que había matado a su marido (por andar con exiliados, o porque un día el hijo de este señor en el colegio le escuchó decir un comentario negativo del régimen) y se había estado todo ese tiempo preparando para su venganza.

B. Conjurados: el tiranicidio

En la novela de Viriato Sención se comenta someramente la muerte de Tirano a manos de sus “viejos camaradas”, algo que sorprenderá a los protagonistas de la novela. El narrador señala que el doctor Ramos –Balaguer- estaba al tanto de la conspiración:

Uno de los secretos mejor guardados refiere que uno de los cabecillas se entrevistó en privado con el doctor Mario Ramos, cuatro o cinco meses antes de ejecutar su plan. El conspirador puso al doctor Ramos al tanto de los proyectos de asesinar a Tirano y a su vez le invitó a que, tan pronto se concretara la eliminación, él se hiciera cargo de las riendas del poder (Los que falsificaron la firma de Dios, págs. 180-181).

En la reunión que mantiene Ramos con uno de los conjurados, éste le exige que guarde el secreto de ese encuentro a cambio de su silencio. Ramos pensó:

“Cargaré las ardientes cenizas de Tirano sobre mis hombros y luego las esparciré como talco volcánico por el aire para que siempre se respire su presencia letal” (Los que falsificaron la firma de Dios, pág. 181).

Ramos quiere que Tirano esté presente en la vida dominicana, como efectivamente lo siguió estando y lo está. Se introduce al completo en el discurso el panegírico le leyó Balaguer a la nación ante las exequias de su dictador.

La respuesta del pueblo, es la del miedo, ya no saben estar sin él como en *Otoño del patriarca*: La idea del padre protector y del pueblo como niños ingenuos –“Esta es una sociedad infantil y buena”- e ignorantes que necesitan que los guíen:

Los más pobres entre los pobres lloraban a raudales la muerte de su Amado Jefe. El pueblo, repentinamente, se sentía huérfano de la mano protectora de su Amado Padre. Un enorme vacío se abría en el, hasta entonces, compacto territorio nacional (pág. 181).

Pero tras los funerales, el pueblo toma conciencia de la realidad de la muerte de Tirano y “una esperanza secreta se fue adueñando del espíritu de las gentes”. Antonio no comparte este estado y pronunciará una frase que será la que da título al libro y la que horada la trama argumental de la novela: “Entierran al demonio, pero, a cambio, emergen de sus tumbas los dioses falsificados. Bell, aunque recuperado físicamente, seguía acusando “síntomas de delirio de persecución”. En este final de la primera parte del escrito, aparece Frank como un individuo excesivamente ambicioso que se movía en un mundo de apariencias y que sentía cierta fascinación por el doctor Ramos y será más tarde “un notorio espía” al servicio de éste, “uno de los hombres más temidos del gobierno”.

En *Papá y Trujillo* el magnicidio se describe detalladamente y las persecuciones a las que se vieron sometidos los conjurados. Entonces comienza la República Dominicana a “envolverse lentamente con el glorioso manto de la paz y la libertad” y Balaguer junto con Ramfís Trujillo “emprendió el proceso de democratización del régimen, proceso malogrado, tanto por lo reaccionarios como por algunos opositores” (págs. 174-175). Incluye a modo de apéndice fragmentos de la famosa carta que manda Bosch desde el exilio:

Si usted admite que la atmósfera política de la América Latina ha cambiado, que en el nuevo ambiente no hay aire para usted y emigra a aguas más seguras para su naturaleza individual, nuestro país puede recibir el 27 de febrero de 1962 en paz y con optimismo. Si usted no lo admite y se empeña en seguir tiranizando, el próximo aniversario de la república será caótico y sangriento (Papá y Trujillo, pág. 180).

Al cruzar el viaducto también se detiene en este episodio, sobre todo en el momento en que los conjurados interceptan el vehículo de Trujillo y el tirano dice la consabida frase: “Parémonos a pelear”. “Anthony” tras un diálogo duro con el tirano, le dispara un tira en la boca y entonces “tomaron el cuerpo del dictador y lo colocaron en el baúl del auto” (pág. 274).

También aparece la escena en que “Vic” –Espaillat- está en un restaurante cerca y ve pasar el coche del Jefe sin escolta y a continuación escucha los disparos y decide

avisar a su “Jefe” y echar un vistazo en la zona del atentado: “por la cantidad de agujeros que presentaba el vehículo, no le quedaba la menor duda que se había efectuado un tremendo atentado” (pág. 276). John –“jefe del S.S”- intercepta en el hospital a uno de los conjurados heridos y lo acusa y tortura para que diga lo que ha ocurrido:

Los conjurados cometieron algunos graves errores. El primero fue dejar vivo al herido y llevarlo a una clínica privada. Lo procedente era rematarlo. Pudieron ocultar el auto en el cual viajaba el dictador o lanzarlo por los arrecifes a las aguas del mar. También dejaron caer una pistola fácilmente reconocible, como la de un ex militar al servicio de las Fuerzas (Al cruzar el viaducto, pág. 279).

El resto de conjurados esperan al general para mostrarle el cadáver e iniciar el cambio político, pero éste ya se sentía acorralado. Mientras “La población no estaba alegre. Ni triste tampoco. Se sentía la angustia de que algo grande podía venir” (pág. 281). Narra cómo van capturando y cayendo cada uno de los participantes en el tiranicidio. Balaguer, “el doctor Lespiert”, cuando se enteró del asesinato de Trujillo, dijo para sí: “Por fin, cayó el mando de la mata” (pág. 282), el cual “se había preparado para tomar a todo el pueblo y con los años, sería él quien agarraría los hilos para poner a bailar burlescamente a la población” (pág. 283). Crítica a Balaguer, su *modus operandi* sibilino: su conversación con Ramfís Trujillo y los acuerdos a los que llegan, sus intenciones de comprar las propiedades de estos para el Estado y las medidas “liberales” que toma, como permitir la entrada de todos los exiliados políticos del país porque como él mismo dice:

El país vive un momento de angustia, debido a las presiones económicas y sólo podríamos subsistir creando la imagen de las libertades. Eso determinará que el dólar vuelva y luego haremos lo que haya que hacer (Al cruzar el viaducto, pág. 286).

Comienzan ciertos aires de libertad en el país, “el pueblo por primera vez hablaba libremente. Se había roto la mordaza que por tres décadas estaba oprimiendo

los labios de cada ciudadano” (pág. 306), y se podían hacer críticas en los medios de comunicación abiertamente, aunque la familia del dictador finalmente escapa de la isla:

Ramsés mandó a abrir las arcas nacionales y llenó el yate de su padre extinto, con los barrotes de oro que se guardaban en el Tesoro Nacional y después de reunirse en un festín de sangre con sus más íntimos, mandó a que le trajesen a los implicados en el magnicidio y con sus propias manos y las de sus amigos, los ametralló y lanzó sus cadáveres al mar (Al cruzar el viaducto, pág. 299).

En *Náufragos del odio* leemos en la dedicatoria de la novela, “*Al Mayor General Antonio Imbert Barrera*”, el cual participó activamente en la narración de la novela desvelando “*detalles hasta hoy no revelados del ajusticiamiento del tirano*” (pág. 7). Durante un años los cabecillas de la que sería “la última conspiración”, venían urdiendo su plan: Imbert Barrera, Antonio de la Maza, Estrella Sadhalá, Huáscar Tejeda y “Fifi” Pastoriza, Pedro Livio Cedeño y Amado García Guerrero, que “tenían cada uno razones personales contra el tirano” (pág. 209), pero el narrador matiza y dice que lo que les movió principalmente fue “el vehemente deseo de acabar con una situación que cada día se tornaba más intolerable” (pág. 209). Posteriormente se unió a ellos el llamado “grupo político”, encabezado por Juan Tomás Díaz. Cuenta el cometido que tenía cada uno y el apoyo necesario de “Pupo” Román para evitar un levantamiento militar, el cual exigía “que le mostraran el cadáver de Trujillo”.

Momentos antes del ajusticiamiento le dijo Trujillo a su hija Angelita, como una suerte de presentimiento: “*Mis amigos me están abandonando. Me siento solo*”. Según el autor el tirano iba desprotegido en su Chevrolet Sedán azul a una cita amorosa (no venía de ella) y la labor que cada uno de ellos tenía. Describe el momento, pero no el apoyo estadounidense a los conjurados y no comenta la supuesta participación de Balaguer en la trama. Trujillo dijo: “*¡Apúrate coño, nos están atacando, coge la ametralladora!*” (pág. 214). Imbert le dio en la cara “el disparo final”. El golpe de Estado se frustró porque Espailat, estaba en las cercanías, salía de cenar en “El Pony” y vio pasar a Trujillo sin escolta, oyó el tiroteo y se acercó a la escena del crimen. Se dirigió al secretario de las Fuerzas Armadas, “Pupo”, el cual se mostró “visiblemente nervioso” y se temían que había sido acribillado. Al día siguiente por la ciudad corrían los rumores de su muerte, pero, tal y como se refleja en *El Otoño del Patriarca*:

Los oficiales más viejos, no obstante, conocedores de las diabólicas tretas que era capaz de jugar el tirano, íntimamente no descartaban la idea de que todo fuera un enorme “gancho” de Trujillo, para medir el grado de lealtad de sus asustados allegados (Náufragos del odio, pág. 218).

Zacarías de la Cruz, el chófer, seguía vivo, fue al hospital y allí lo interrogó el Jefe del SIM antes de morir. Éste transmitió un telegrama con los nombres de los posibles conjurados, que fungió de “licencia para matar”. Los tiranicidas no pensaron que una vez perpetrado el asesinato, fallara la toma del poder, por lo que estaban intranquilos y sin saber qué hacer. Llevaron al hospital a Pedro Livio Cedeño, donde levantó sospechas y llegó Abbes con los suyos para torturarlo, entonces fue cuando mencionó a Pupo. Se narra cómo mataron y actuaron cada uno de los conjurados detalladamente (compararlo con *La fiesta del Chivo*). Las peores torturas para Pupo. Cuenta cómo Ramfís pretendía reproducir los hechos del tiranicidio con los conjurados presos y lo que posteriormente hizo con ellos:

Armados de fusiles y ametralladoras, en una amplia galería de la segunda planta, Ramfís y sus secuaces tomaban tragos, mientras dos potentes reflectores iluminaban el área [...] Aparearon primero a Pedro Livio Cedeño, lo amarraron a un cocotero con las manos esposadas alrededor del tronco de la mata [...] Entre carcajadas, sonaron los primeros disparos [...] Seis veces se repitió la misma macabra escena, a medida que aumentaba el vocerío de los verdugos, ebrios de alcohol y sangre (Náufragos del odio, pág. 229).

La versión oficial que se dio apuntaba que cuando los conjurados eran trasladados, fueron asaltados y emprendieron la fuga. “Ramfís Trujillo abandonó el país para nunca más regresar, cargando en su conciencia el último de los horrendos crímenes de los Trujillo” (pág. 230). Y poco después hicieron los mismos el resto de familiares.

Los amores del Dios, en cambio, hace hincapié en los motivos personales que movían a los conjurados y en las reuniones de Antonio y Amado con un miembro del consulado estadounidense, que les prometió ayuda y armas para acabar con Trujillo.

Hay que resaltar que es de las pocas novelas en las que se narra la intervención norteamericana en el magnicidio:

[...] la C.I.A. les va a proporcionar las armas, el cónsul me dijo que se había hablado de enviarlas a través mío (¿?), escondidas entre los productos que yo traigo importados para el supermercado (Los amores del Dios, pág. 207).

La noche del asesinato de Trujillo, venía de la casa de Isabel, la mujer de Ricardo en su “Chevrolet Belair azul”, comentando el episodio sexual anterior, siempre demostrando su “sentimiento de superioridad” y su necesidad de “sentirse halagado”. Zacarías sabe que lo que quiere oír y dice: “usted es lo que se llama un gallo de verdad” (pág. 225). Por esta razón, después de su muerte, las mujeres dominicanas se sienten liberadas, pues como dijo Antonio, “este gavilán ya no mata más gallinas”:

[...] docenas, centenares, miles de mujeres por todo el país se han llevado la mano al vientre, en pueblos pequeños, en grandes ciudades, mujeres de distintas edades, todas de repente se sienten libres, todas quieren volar, todas se sienten liberadas (Los amores del Dios, pág. 228).

Manuel Salvador Gautier en *Toda la vida* hace un somero bosquejo del complot y del ajusticiamiento, incidiendo en el fracaso del plan preconcebido:

Lo atraparon en la autopista hacia Haina, más allá de la Feria Ganadera. Lo asecharon, lo siguieron, le tiraron, le dieron, se defendió, lo rodearon y le pegaron el tiro de gracia. El país debió amanecer con un nuevo gobierno, pero la cosa no funcionó como se planeó y dio cabida a que el SIM actuara y persiguiera a los implicados (Toda la vida, pág. 90).

En los días siguientes, debido a esta confusión, “pocos salieron de sus casas, excepto para ir al Palacio Nacional, donde se agolpó una muchedumbre enorme que hizo fila para pasar ante el féretro con el cadáver momificado de Trujillo” (92). Se cuenta a este respecto, que algunos ciudadanos se acercaban sólo para comprobar que había muerto. Y que la persecución a los conjurados eran “implacable”, quedando con

vida solo Luis Amiama y Antonio Imbert, y es que “Los Trujillo seguían dominando el país” (pág. 93).

Asimismo narra el atentado –frustrado- que la CIA iba a cometer en contra Trujillo:

Disla fue el que le dijo a Chuchú del atentado de la CIA contra Trujillo. Se organizó con varios de los exiliados del Catorce en Campo Choroní, Venezuela, pero no cuajó porque los dominicanos se negaron a seguir adelante con el proyecto al saber que la jugada era llegar al país, formar un gobierno de facto y solicitar las tropas yanquis para que vinieran a sacar a Trujillo. Era otra ocupación norteamericana, encubierta (Toda la vida, pág. 93).

Pero *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo* tampoco deja a un lado el momento de la salvación de los dominicanos, el momento de la muerte de Trujillo. De este modo, las últimas páginas están dedicadas a la descripción exhaustiva del ajusticiamiento, en la que el narrador repasa en la valiente reacción de Trujillo y en el presentimiento de su final:

El Jefe anda siempre bien provisionado de dinero y de balas. Lo que no puede ser solucionado con dinero, entonces sólo puede ser resuelto con balas. Esto es una parte fundamental de su credo y a esta fe le debe, hasta ahora, el haberse mantenido en el poder por más de treinta años (Retrato de dinosaurios, pág. 298).

Con Zacarías El Chófer, no suele hablar, porque sabe que al Jefe no le gusta, versión contraria a la que nos han dado otras novelas, como *Los amores del Dios*. Va en su Belair “azul pálido”, que era su color de la suerte, pues tenía un sentimiento ominoso: “En estos días el rostro de Trujillo ha sufrido una gran transformación, las huellas de tantos años de afanes y luchas han dejado amplios surcos en su frente” (pág. 297). Cuando le asaltan los conjurados y es consciente de que está sufriendo un atentado, da muestras de su arrojo y exclama: “¡Pendejos!...¡Cojan sus malditos revólveres y vamos a pelear como hombres!... ¿Por que (sic) no dan la cara, coño?”

(pág. 300). Y de nuevo, la frase que pronuncia Antonio de la maza cuando le da el tiro de gracia: “¡Este guaraguo ya no comerá más pollitos!” (pág. 301).

Por último, tenemos *Fantasma de una lejana fantasía* que nos acerca al atentado del 30 de mayo a través de los ojos de un niño. El narrador se sorprende porque sucede en la Carretera de San Cristóbal “a pocos kilómetros de la residencia de la madre, a quien, antes de que se acostara, tenía la costumbre de pedirle la bendición” (pág. 18). También dice que “en casa, al día siguiente, nadie se atrevió a comentar el acontecimiento” (pág. 18).

Los primeros días de Junio parecían un prolongado Viernes Santo: radio y televisión suspendieron programas para transmitir música sacra en señal de duelo. No había lugar en La Nación y El Caribe para las esquelas mortuorias de los demás difuntos, porque varias páginas de ambos periódicos reproducían cada día cientos de invitaciones a misa y a horas santas para que Dios acogiera en su seno el alma del benemérito nativo de San Cristóbal (Fantasma de una lejana fantasía, págs. 19-20).

El niño da constancia de que seguía arraigado el miedo en la población, “el único derecho que se podía ejercer con plenitud” (pág. 20). A pesar de ello, se incitaba a denunciar el magnicidio pero nadie se atrevía ni “a poner un pie en la acera desde la prima noche” (pág. 20). Es interesante la descripción que hace de cómo vivieron este clima los niños:

Los niños, víctimas inconscientes del terror de los adultos, sufrían el enclaustramiento de manera más rigurosa: no podían salir solos a ninguna hora (Fantasma de una lejana fantasía, pág. 20).

Los detalles del asesinato se los dará su compañero de juegos, Nelson: “Fue una emboscada perfecta: dos carros en los que iban nueve hombres lo interceptaron y lo acribillaron a balazos” (pág. 35). Y dice nuestro narrador-protagonista, aludiendo a la mitificación de los conjurados por parte no sólo de niños sino de todo el pueblo dominicano:

Entonces el episodio se convertía en una suerte de novela en la que nueve super héroes sin edad cuyas proezas les agigantaban a nuestros ojos, expertos en tiro y sin miedo, se precipitaban contra el carro del que gracias a la complicidad de un oficial de la escolta, precisaba Nelson, conocían la ruta y sabían que no era el blindado y le daban muerte al hombre que además de horroroso y malo nos parecía un anciano (Fantasma de una lejana fantasía, págs. 35-36)

IV. 2. 4. NOVELA DEL DICTADOR: MUSIQUITO

Lo primero que destacaré es el innegable el aire de familia de *Musiquito* con *El otoño del patriarca*. A guisa de ejemplo, el dictador de Enriquillo Sánchez repartía las bebidas para oler bien y cambiar el color de la piel: “*El Patriarca* es –en eso nos recuerda a Maximiliano Hernández Martínez, quien además de ser teósofo y vegetariano, repartía frascos de colores a la población para curarla de sus males- un hierbatero que parado en las escalinatas de palacio, reparte sales de la salud”⁶⁵⁶. Pero también nos recuerda al tirano de *Las tinieblas del dictador*.

De nuevo se retrata un dictador sincrético, arquetipo de todos los tiranos dominicanos, proyectado a su vez a todo el continente hispanoamericano. La dictadura de Trujillo es esta novela para Valerio-Holguín es tratada tangencialmente (posible mezcla de Porfirio Díaz y Funes el memorioso⁶⁵⁷), pero he de aclarar que ciertamente la “mayorías de las alusiones remiten a Trujillo”: Tratado Funes-Hull, la Feria de la Paz y la Confraternidad: Dice holguín “El propósito fundamental de Sánchez no lo constituye la narración del “trujillato” [...] sino un dictado mítico mucho más cerca del patriarca de García Márquez”⁶⁵⁸. Efectivamente, pero se vale de esa narración del

⁶⁵⁶ Conrado Zuluaga, *Novelas del dictador. Dictadores de novela*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977, pág. 66.

⁶⁵⁷ Vid. Fernando Valerio-Holguín, “La historia y el bolero en la narrativa dominicana” en *op. cit.*, pág. 193.

⁶⁵⁸ *Ibid.*, , pág. 194.

trujillato y de su reconstrucción para crear ese dictador mítico que está constituido mayormente por la retórica trujillista.

Ya desde el subtítulo de la obra de Enriquillo Sánchez se apunta el argumento central de la novela: “Anales de un déspota y de un boquerista”. La historia está contada en primera persona por el hijo del famoso boquerista: Jacinto Aguasvivas, el cual estuvo unido al dictador “por una relación avasalladora que duró más de un tercio de siglo” (pág. 10). Trujillo es “Porfirio Funes” -“El poblador”- que “gobernó la república durante cuarenta y cuatro años” (pág. 9). Como Trujillo siente inclinación hacia las “vírgenes” -“era el desvirgador oficial”- y provocaba la “pasión del amor público” irrefrenable que provocaba que todos declamaban: “¡Es el Eros de la patria, la alada patria del erotismo!” (pág. 11):

El Poblador no las hacía mujer con su órgano divino. Las hacía mujeres con el meñique. Primero les acariciaba el pubis intacto y eterno con la mano derecha, sumergida en lociones de tocador y perfumada con lavanda francesa y, ora con el meñique, ora a veces con el índice, cargados ambos de anillos rituales [...] les horadaba el himen [...] cuando la proeza había sido consumada, una salva de veintiún cañonazos bajo los acordes estremecidos del himno nacional (págs. 12-13).

Los padres, guiados por “el servilismo y por el desprecio”, aceptaban esta traición a cambio de prebendas y luego de haberla disfrutado escogía “un marido entre los cadetes de la fuerza aérea” (pág. 12). Ellas, las muchachas, esperaban ansiosas y gustosas ese momento. Antes de poseerlas, “El Poblador” hacía una especie de rito, de cortejo, y “les ofrecía una arrolladora serenata con los mejores intérpretes del país” (pág. 16). Las mujeres eran “el verdadero e inquebrantable apoyo del régimen y el sustento perpetuo de su dorada folía” (pág. 54).

La novela se mueve en los celajes del realismo-mágico, al más puro estilo garciamarguiano. Como en otras novelas del dictador latinoamericanas, la ironía, el humor, la parodia y la hipérbole se suceden en el texto: “Funes celebraba cada año el aniversario del nacimiento de la democracia” (pág. 10). La urticaria que le salía a Porfirio desde que las tropas haitianas casi invadieron “Villa Altagracia”. Descripción física del tirano:

Porfirio Funes no alcanzaba los cinco pies de estatura. Tenía ojos verdes, el pelo canoso y era altivo y arrogante, abusador y sagaz. Los cachetes le caían sobre el cuello y exhibía manos quizá de violinista virtuoso. Era de tez blanca, rollizo y se llenaba el pecho de insignias que había negociado por café y cacao, tabaco y azúcar (pág. 13).

También es dado a los títulos y las pompas y muestra una devoción desorbitada por la madre, “Beatífica y Benemérita Madre de Todos”, a la que como el Patriarca de García Márquez, canoniza “para que se despidiera a tiempo de este mundo en olor de santidad” (pág. 18). Y es que hay que consignar que la intertextualidad es continua a lo largo de toda la obra, no sólo estableciendo juegos diálogos con las canónicas novelas del dictador hispanoamericanas sino con varias novelas del trujillato como *Los algarrobos también sueñan* o *De abril en adelante*.

Por otro lado, las torturas y excentricidades abominables del tirano ocupan buena parte de la narración, siempre dirigidas hacia aquellos que osaban atacarle o cuestionar su gobierno. Por ejemplo, el caso de Pedro Altolaguirre, que tenía la receta que le aliviaba su urticaria, que le “echó una bacinilla con orines y otras menudencias” cuando éste rondaba a una muchacha:

Murió, frito en su propios orines y en sus cacas ofensivas, Pedro Altolaguirre. Cayeron en el paredón de fusilamiento sus hijos mayores. Sus dos hijas, pecosas y altaneras, fueron violadas por el Quinto Regimiento [...] Su mujer [...] tuvo que acostarse con todos los pretendientes de cuarenta años atrás y fue obligada a atizar el fuego de la olla descomunal que dispusieron para freír al boticario, su marido. La dejaron viva. La dejaron viva para que diera testimonio elocuente del destino de la familia (pág. 17).

Las conjuras y atentados se suceden continuamente, pero en la mayoría aparece “Musiquito” y Funes sale airoso, por eso sacraliza su guitarra y al bolerista, como le había de ocurrirle al Primer Magistrado de Carpentier:

La patria agradecida conservaba al jefe ilustre, que había salido ileso del complot alevé. Su destino estaba escrito. Era un caballero de la gloria y un heraldo del progreso, eximio pedestal del bienestar colectivo. No tenía

enemigos. Algunas ratas insignificantes conspiraban contra la paz y el orden, contra la justicia y la decencia, contra la armonía y el progreso, pero la Democracia Tropical era invencible (pág. 75).

Porfirio tremendamente supersticioso mandó fusilar a todos los que presenciaron aquella funesta noche de Altolaguirre, entre ellos Aguasvivas – “Musiquito”-, ya que eran “los músicos de la mala suerte”. Pero este logró salvarse pues tenía que interpretar ante Funes “los antiquísimos boleros de la desgracia” y entonces el dictador “lloró en público” –como lo volverá a hacer cuando tiene una televisión frente a sus ojos, la “modernidad, el “progreso”, que sólo transmitía el “Canal de la Patria” cuando había transcurrido mucho tiempo desde que no lo hacía, entonces, una imagen grotesca:

Alzó los brazos al cielo, pronunció unas palabras ininteligibles [...], convocó a los espíritus antiguos y pérficos de Ogún y Damballáh Queddó, sacó el falo en público y lo roció con agua helada de alcanfor, mientras lo bendecía con las lágrimas que aún corrían sin detenerse por sus mejillas y por su pecho [...] perdonó con un gesto grandilocuente y abrumador a Jacinto Aguasvivas [...] Esa noche, [...] fue el autor de diecinueves vírgenes, sometidas sin ñoñerías a las inquisiciones del meñique (pág. 22).

Musiquito recibió la orden de ser fusilado en varias ocasiones, pero siempre arrancará las lágrimas de soldados, capitanes y generales y sobrevivía a los proyectiles, pero “Funes no se inmutó. Manejaba la realidad tanto como la irrealdad” (pág. 28). Transcurrieron treinta y cuatro años de abyección al dictador y lo nombró “Cantor Vitalicio de la Patricia”. Lo sometió más tarde a un régimen militar y le otorgó el rango de “mayor Bolerista”, se dedicó toda su vida a escribir boleros –para él y para distraer al pueblo, como en los momentos de la devaluación- y a estar a su lado siempre, incluso en los momentos más íntimos. Estaba a su entero servicio y poco a poco empieza a convertirse en él, a tener sus mismo gustos, incluso acabó “deseando las mujeres que Funes deseaba” (pág. 64). Tenían telepatía, y cuando Musiquito quiere comerse a una mujer, “una mujer que fuera china”, Funes manda que una amante de Aguasvivas, sea adobada y se la sirvan en bandeja a éste para que se la comiera: “antropofagia del bolerista”, que llegará incluso a comerse “un tanque de guerra”. Se

convierte así, en una suerte de Patricio Aragonés, o de Cara de Ángel: “pienso con la cabeza del Señor Presidente, luego existo”.

Funess, como el Primer Magistrado, convoca un concurso de arquitectos (en *El recurso del método* eran escultores) para vanagloriarse del ingente número de construcciones que se habían realizado durante su mandato y para que construyeran su definitiva mansión presidencial:

La levantaron en tres semanas febriles, porque venía lista para armar, con las instrucciones escritas en rumano [...] Ordenó que sembraran de cisnes los lagos y de estatuas de Darío todos los prados de ese edén oriental en el corazón mismo del Caribe. Así fue que Rubén Darío fue esculpido en todas las circunstancias imaginables (pág. 51).

Otro suceso de la novela recuerda a *El recurso del método*: cuando una tropa de *boy scouts* descubre en las montaña “una horda de salvajes”, “cimarrones inmortales” que llevaban cuatro siglos sobreviviendo y como Funess “era alérgico a la rebeldía”, fueron enviados a Haití donde murieron de nostalgia. El hallazgo es parecido al de las momias del Primer Magistrado.

Con Funess se firma el “Acta de Nacimiento de la Nación”, “ante el asombro de la comunidad internacional y con el auspicio entusiasta de la Sociedad de las Naciones y el voto favorable de los Reyes Magos” (pág. 29). Quería una “república imperial” y se hizo con los islotes adyacentes, que se convirtieron en “provincias ultramarinas”. Debido a su misión salvadora y redentora, intenta acabar con la desnutrición e inventa “la nueva gaseosa *Sweet Nation*”, cuya industria como tantas otras, estaba a su nombre, de tres sabores: “frambuesa, uva y merengue”. También resultó ser un afrodisíaco, y lo nombraron el “Primer Nutricionista de América”. También obligará a la población a usar el desodorante “Respeto Mutuo” para que oliera bien la ciudadanía, pero resultó provocar “una saranana infecciosa que no tenía cura”, la gente dejó de bañarse y se extendió la pestilencia, Funess entonces “Prohibió por decreto la saranana” (pág. 155) y enfermarse.

La gente les pedía milagros y maravillas a voz en cuello y los milagros y las maravillas se cumplían y el poder se afianzaba cada día más en los corazones agradecidos (pág. 33).

También ordena que se invente una loción para “modificar en seis meses el pigmento racial de la colectividad insular” (pág. 38), blanquear a un pueblo de negros y mestizos, que verdaderamente es la obsesión de todos los dictadores dominicanos. La loción “Albor” despertó la oposición de la Iglesia, puesto que “era contrariar los designios del Señor” (pág. 41) y como Funes no dio marcha atrás se negó a bautizar a hijos blancos de padre negros. Pero en verano, con la playa y las olas se diluía el color blanco, del ungüento y para paliar la desazón popular pronuncia un discurso sin desperdicio:

Era decididamente, un enamorado de la blancura, un estadista de la pureza y un jefe de las claridades meridianas. Amaba enloquecidamente la integridad racial (pág. 38).

.....
Porfirio Funes detestaba a los negros. Los gobernaba, pero los detestaba. O los gobernaba porque los detestaba: nadie había podido establecerlo científicamente (pág. 39).

Funes necesitaba gobernar el pretérito para gobernar el presente, por eso decide re-escribir la historia, como Trujillo:

Los amanuenses tenían que consultarle el final de cada episodio para que los asuntos de la república ocurrieran por fin según su imaginación de aedo y su sobrecogedora inspiración de visionario. Todo cambió. Los intelectuales no protestaron porque a todos los envió como agregados culturales a las principales capitales de Europa y del mundo (pág. 78).

Así, hizo que en la historia nacional no existiera Haití. Esto le vino por una “crisis de amnesia” –el Patriarca guardaba papelitos por toda la mansión porque notaba

la pérdida de memoria y eso lo consumía- y por este motivo resuelve escribir las “Memorias de Porfirio Funes”:

[.] que había previsto el final de su propia vida y la conclusión inmortal de su propio régimen. El dictaría, palabra por palabra, los momentos finales de su biografía a la sarta de retóricos a sueldo que le complacían el oído y la imaginación mintiendo por disciplina y hasta por placer cada vez que era necesario e incluso cuando era absolutamente innecesario (pág. 82).

Para Funes era fundamental la técnica del olvido, pues sabía “que los hombres eran poderosos no por lo que recordaban sino por lo que olvidaban” (pág. 132). Y desgraciadamente, “Funes no olvidaba nada, absolutamente nada, pero sólo se reunía con su memoria cuando sentía en su sangre apremios de amante o de asesino” (pág. 158).

Finalmente, el narrador en las últimas páginas hace una serie de reflexiones nada desdeñables, pues comportan una afirmación válida para la explicación del fenómeno literario del trujillato: “Hemos hecho de la locura una rutina y, al igual que siempre, no sabemos cómo salir de la locura, en tanto que no sabemos salir de la rutina” (pág. 103). Enriquillo Sánchez entiende la “escribanía” como una venganza, como una afrente en este caso a Trujillo y toda la caterva de dictadores insulares e hispanoamericanos. Una venganza contra el “fantasma” de Trujillo: “Pero uno no puede arrastrar fantasmas más allá de su tumba y yo estoy hasta aquí de fantasmas cagados” (págs. 112-113).

IV. 3. NOVELAS DEL TRUJILLATO ESCRITAS POR PLUMAS FORÁNEAS

En este capítulo procederemos a desentrañar las cinco novelas que ya enunciadas: *La fiesta del chivo*, *Galíndez*, *En el tiempo de las mariposas*, *Cosecha de huesos* y *El españolito y el espía*. Para ello no nos vamos a valer de un esquema metodológico tan rígido como el que hemos usado en la narración del trujillato por autores dominicanos. Esto no significa que me vaya a apartar de la metodología

planteada hasta el momento sino que voy a establecer una relación dialógica entre ellas que enriquecerá el conocimiento de estas novelas y ayudará a dilucidar las concomitancias y diferencias que presentan con respecto a las dominicanas. Es claro que voy a utilizar las mismas herramientas analíticas, pero de una forma mucho más distendida (no procederé, por ejemplo, una descripción tan detallada del argumento, puesto que son obras conocidas en Occidente) y teniendo en cuenta la aportación científica al respecto, ya que al tratarse de obras de mayor divulgación internacional, cuentan con innumerables estudios críticos.

Este quinteto de novelas del trujillato se han escrito “desde fuera”, desde la óptica de autores no dominicanos⁶⁵⁹ que pretenden una construcción histórica que conlleva una parcial re-escritura de la misma historia, respondiendo a unos intereses concretos, empíricamente verificables y por lo tanto de-construibles. Esta historia es subjetiva, privilegia ciertos hechos mientras condena a otros al silencio y al olvido, por lo tanto planteo de-construir los discursos narrativos para así poder establecer las bases de una comparación.

La primera conexión entre cuatro de los novelistas (Montalbán, Vargas Llosa, Álvarez y Matilla Rivas) reside en la elección de los temas: todos ellos son crímenes y se ubican en las postrimerías de la Era propiciando, como ya he adelantado, la caída del régimen. Manuel Vázquez Montalbán, Julia Álvarez y Mario Vargas Llosa cristalizan en el título el nombre propio o el sobrenombre del eje protagónico de cada texto: “Galíndez”, “Mariposas”, que es el “nombre de batalla” de las hermanas Mirabal, y “Chivo”, que alude a Trujillo. El título de un libro siempre merece un análisis particular, porque como enuncia Carlos Reis: “Si en el título de un texto literario están normalmente sintetizados rumbos semánticos cruciales, es competencia sin embargo, del análisis e interpretación explotarlos de forma minuciosa”⁶⁶⁰ Y el título que conlleva mayores connotaciones y que es más dado al debate es el de *La fiesta del chivo*. Lo primero que nos llama la atención es el vocablo “chivo” ¿Por qué Chivo? La elección podría deberse a varios motivos: porque el chivo es el plato básico de la comida dominicana, porque es el apodo de Trujillo tras su muerte: el cual, como sabemos, está

⁶⁵⁹ Aunque Julia Álvarez lo sea, su perspectiva no es la de un dominicano, pues desde los cinco años vive en EE.UU y su lengua nativa no es el español sino el inglés. La obra de hecho, se escribió en lengua anglosajona y Julia pidió ayuda y consejo para su versión española.

⁶⁶⁰ Carlos Reis, *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Madrid, Gredos, 1989, pág. 103.

cargado de una fuerte significación sexual: este animal posee unos ingentes testículos que simbolizan la virilidad⁶⁶¹. Esta denominación del dictador aparece en un famoso merengue caribeño que el pueblo dominicano hizo suyo tras la desaparición física del dictador, acomodando la letra a lo acontecido el 30 de Mayo.⁶⁶² Bernard Diederich también utilizó este sobrenombre en la versión inglesa de su obra “La muerte del dictador”: “The death of the Goad”, que bien le pudo valer de inspiración a Vargas Llosa. Y, ¿Por qué fiesta? Puede deberse a que el sustantivo aparece en la categoría sintagmática que canta el merengue, o bien se ha escogido en honor a las que hacía el dictador en las cuales seleccionaba a sus víctimas-amantes a las que iba a poseer esa misma noche⁶⁶³. Pero por otro lado, la lexía “fiesta” se ha vinculado a otras narraciones del dictador donde aparece también en el título: “La fiesta del monstruo” (1947) el relato de Borges y Bioy Casares, que tal y como expone el profesor Kristal comparte con *La fiesta del chivo* (“monstruo que nunca sudaba”) la narración de la violencia ponzoñosa propia de las dictaduras. *La fiesta del rey Acab*⁶⁶⁴, novela publicada en 1959 por el chileno Enrique Lafourcade y que precisamente recrea el ambiente adusto del trujillato, centrándose en el episodio truculento del asesinato de Galíndez.

En cambio, *El españolito y el espía* versa sobre la posición intelectual de los exiliados españoles en República Dominicana, atendiendo primordialmente al caso de Galíndez. Pero el escritor, refleja en el título los rasgos que marcan ineluctablemente a Galíndez fuera y dentro de la novela: su condición de español y la de agente doble.

Cosecha de huesos se erige como un caso especial, que se aleja de los cauces temáticos del resto de novelas, centrándose en la masacre de haitianos de 1937. No

⁶⁶¹ De ahí la expresión española “es un macho cabrío” que alude a la potencia sexual masculina.

⁶⁶² De hecho, la obra comienza con la cita de dicho merengue en el que Trujillo aparecía con este apodo: “el pueblo celebra con gran entusiasmo la fiesta del chivo el 30 de mayo”. Pero he de aclarar, debido a la contumacia de algunos sectores de la crítica, que, aunque la sociedad dominicana es bastante proclive a servirse del extenso campo semántico de la zoología (Trujillo también aparece como un “gallo” en *Domini canes* o como un “tíguere” en obras históricas o artículos científicos), Rafael Leonidas nunca fue llamado “chivo” por el pueblo hasta el momento de su muerte. Tan sólo lo hacían los conjurados, según el testimonio de Vargas Llosa: “Chivo era el sobrenombre que utilizan los participantes en el complot para referirse al Generalísimo y el mote se extendió a principios de los 60 gracias al merengue dominicano *Mataron al chivo*”.

⁶⁶³ Recordemos la “fiesta” que “el chivo” planeó para Urania.

⁶⁶⁴ El rey Acab en la biblia también está asociado con la maldad, es sinónimo de maldición. Se cuenta en las sagradas escrituras que fue el “rey malo de Israel”, otros “monstruo” perverso que se alejó de Dios por completo.

obstante, también se une a ese proceso desmitificador que emprenden estas novelas, pues por primera vez asistimos a la perspectiva de una haitiana en la narración.

Por otro lado, la tríada de novelas afamadas se embarca en una tarea investigadora holística con visos de ser exhaustiva y rigurosa. Vázquez Montalbán es sorprendido por el enigma histórico de Galíndez y esto le lleva a documentarse y realizar una importante y ardua tarea empresa indagadora⁶⁶⁵. Este vasto trabajo de compilación ha propiciado un dechado de críticas tales como las de Javier Goñi: “A Vázquez Montalbán le ha salido un denso y detallado reportaje, un estupendo reportaje, que se lee con estremecimiento; pero no es *Galíndez* la novela que pretende ser. Ahí no hay literatura”⁶⁶⁶. Lo mismo sucedió con *La fiesta del chivo*. No comparto esta opinión, ya que el componente ficticio y estético es palpable en el texto narrativo y los efluvios de intertextualidad que emana la novelan, no proyectan tanto exponer la “verdad”, como las motivaciones subjetivas de cada una de esas supuestas verdades⁶⁶⁷. Es decir, que ya no nos encontramos con una “hagiografía”, como en muchos libros históricos se ha pretendido, sino con un héroe ambiguo, con un ser humano y en este sentido, la obra de Vázquez Montalbán se mueve en los celajes de es nueva novela histórica que he esbozado lacónicamente, pues visión distinta de la historia, una visión desde dentro, no la “oficial pública”, sino la personal y privada⁶⁶⁸. Estas sucesiones de fragmentación de lo histórico y de la narrativa, inserta el discurso en las sirtes de la postmodernidad, al igual que el aprovechamiento y el reciclaje de materiales previos. En oposición de una

⁶⁶⁵ “Su autor tuvo acceso a archivos y bibliotecas españolas, norteamericanas y dominicanas en las que localizó informaciones inéditas en torno al hecho que costó la vida al refugiado español y profesor universitario Jesús De Galíndez”. “Viajó dos veces a Santo Domingo, visitó Nueva York, conversó largas horas con protagonistas vivos de los hechos y consultó todo lo escrito sobre el tema” en *Listín Diario*, 1 de Mayo de 1990. Contó con la estimable ayuda y colaboración del editor José Israel Cuello y su esposa Lourdes, al igual que Vargas Llosa, los cuales aparecen con sus nombres reales en la obra.

⁶⁶⁶ “Espejo de la crítica: *Galíndez*” en *Quimera: revista de literatura*, Barcelona, 108, 1991, pág. 63.

⁶⁶⁷ “Debemos reconocer que la verdad literaria es verdad artística; ficción, y que el término opuesto a ficción no es el término verdad, sino el término hecho concreto, es decir existencia entre los límites del espacio y el tiempo” en Camila Henríquez Ureña, *Invitación a la lectura*, Taller, Santo Domingo, 1985, pág. 38.

⁶⁶⁸ En una entrevista que se le hace al autor podemos leer: “Se trata de un género muy frecuente a partir de los años 80, de manera que se ha dado a las obras de esta clase el rótulo de ‘nueva novela histórica’. Es evidente que la literatura, además de la función señalada, puede hacer cosas que no corresponden al papel tradicional de la historiografía: reinsertar la dimensión de la subjetividad en la historia, restituir la percepción por los sentidos, suprimir la distancia entre los actores de la historia y los lectores...” en Ingrid Galster, “Entrevista con Manuel Vázquez Montalbán. A propósito de su novel *Galíndez*” en *Revista Iberoamericana-lateinamerika-Spanien-Portual*, 20,1996, pág. 77.

narrativa singular y una historia unívoca se nos propone una historia que es una relación de historias.

Y esto mismo es lo que hace Vargas Llosa en *La fiesta del chivo*, reciclar y aprovechar materiales previos. El peruano también quedó fascinado por los comentarios y anécdotas que escuchó acerca de la figura invetera de Trujillo, cuando fue a Santo Domingo en 1975 con motivo del rodaje de *Pantaleón y las visitadoras*. Desde entonces va rumiando el proyecto y enriqueciéndolo. A finales de los noventa decide *in promptu* a embarcarse de lleno en ese pasado indeleble dominicano. Para lograrlo, invirtió tres años y medio leyendo y documentándose, viajó en varias ocasiones a la República y entrevistó a diversas personas (tanto con detractores como con defensores). De toda la extensa bibliografía que manejó, le marcaron e influyeron sobre todo dos obras, tal y como expone Armas Marcelo en su ensayo⁶⁶⁹ y el propio Vargas Llosa: la biografía de Trujillo escrita por Crassweller: *Trujillo, la trágica aventura del poder personal* y *The dead of the goat*, de Bernard Diederich. Precisamente este “apego” a dichas crónicas ha levantado una turbonada de críticas que denuncian que este hecho pone en peligro la narración en algunos momentos, pues parece una versión novelada sobre todo de “La muerte del dictador” de Diederich⁶⁷⁰. Geweeké coincide con esta opinión y enuncia que “hay que desmentir al autor, cuando afirma, incansablemente, que en su obra “prevalece mucho más la invención que la historia (Demicheli, 3-3-2000), puesto que en la elaboración de las partes centrales, que tratan de Trujillo, de su muerte y de los sucesos ulteriores, Vargas Llosa apostó menos por su fantasía que por sus fuentes”⁶⁷¹. Pero también se han sucedido las críticas contrarias, es decir, aquellas que le achacan a la obra del peruano la falta de rigor y apego a la “verdad”⁶⁷² e incluso a la deformación de la historia. Como dice Pedro Conde: “*La fiesta del chivo* es novela y no es historia, y no se puede descalificar a una novela por su falta de apego a la realidad. Quienes proceden

⁶⁶⁹ Vid. J.J. Armas Marcelo, *Vargas Llosa. El vicio de escribir*, Madrid, Alfaguara, 2002.

⁶⁷⁰ Pedro Conde: “Numerosos personajes que figuran con, rangos, apodos, nombres y apellidos provienen directamente de las páginas de Diederich, arrancadas de cuajo, sin mediación del estro novelesco, para decirlo así, en forma pedante”. No incluyo la referencia bibliográfica puesto que este conjunto de artículos del periodista no ha sido publicada por motivos de censura, aunque se los mandó por email a un grupo de conocidos, entre ellos José Israel Cuello, quien me los hizo llegar.

⁶⁷¹ Frank Geweeké, . “*La fiesta del chivo*, de Mario Vargas Llosa: perspectivas de recepción de una novela de éxito” en *Iberoamericana...*, pág. 158.

⁶⁷² “Debemos reconocer que la verdad literaria es verdad artística; ficción, y que el término opuesto a ficción no es el término verdad, sino el término hecho concreto, es decir existencia entre los límites del espacio y el tiempo” en Camila Henríquez Ureña, *op. cit.*, pág. 38.

de esta manera se sitúan en una perspectiva falsa: analizan o juzgan la obra de arte por lo que debería ser y no por lo que es”. Es decir, el valor estético de una obra literaria no se puede medir por el grado de apego a la realidad, lo único relevante es que hechos y personajes sean verosímiles en el contexto de la narración. Me remito en este punto a Aristóteles que afirmaba que la historia nos presenta lo que ha pasado, y la literatura lo que puede pasar, lo que es general y probable, en los aspectos esenciales que el tiempo no puede alterar. Ante la literatura nos hallamos, pues, ante la *eternidad de lo probable*. Por esto la novela histórica representa lo que pudo haber pasado. Y es que quizás deberíamos tener más presentes aquello que expresa Ricardo Güiraldes, haciendo suya la técnica de Proust, en *Don Segundo Sombra*: “Los reflejos de las cosas en la superficie serena (de las aguas) tenían más realidad que las cosas mismas”.

Mario Vargas Llosa siempre trabajó teniendo presente que la novela no iba a ser un libro de historia ni un reportaje, sino simplemente eso, una novela. Se documenta para “mentir con conocimiento de causa”, como repite hasta la saciedad, para familiarizarse con el medio social, geográfico y cultural de la época. Aunque fue verdadero en lo esencial, él dice que ningún hecho primordial de la dictadura ha sido soslayado en el libro y que las libertades que se ha tomado hubieran sido perfectamente posibles. Ha respetado los hechos capitales de la dictadura de Trujillo: los episodios relativos a su muerte, a la violencia y al caos de después, que son los que mejor dibujan estas dos obras magnas (la de Crassweller y la de Diederich), por lo que él maneja estos materiales en su obra en aras de reflejar una narración óptima de estos acontecimientos

No obstante, he de destacar que una de las diferencias más visibles que mantiene a este respecto con la obra de Vázquez Montalbán, es que aunque el escrito de Vargas Llosa sí adopta esas técnicas narrativas propias de la nueva novela histórica, no son alterados “ni el orden cronológico de los hechos históricos narrados ni la concatenación interna de los mismos; y la pluralidad de las voces narrativas no provoca una pluralidad de visiones que estarían en competencia o en franca oposición, sino que corresponde a una yuxtaposición de visiones convergentes que le proporcionan al lector una imagen coherente y contundente de lo que fuera, según el autor, la Era de Trujillo”⁶⁷³. Y esto mismo, ciertamente coincide con la tradición de la novela histórica decimonónica, pero

⁶⁷³ Frank Gewecke, *op. cit.*, pág. 161.

no de esa “historia monumental” que mistifica al dictador⁶⁷⁴, pues él, como veremos, contribuye activamente a la desmitificación del mismo.

Por otro lado las cinco reproducen acontecimientos ancilares mitificados por la sociedad dominicana: el asesinato de Galíndez, la masacre de haitianos, las hermanas Mirabal⁶⁷⁵ y el propio Trujillo. Nuestros autores elaboran en sus novelas la cabal desmitificación de estos personajes destacando su verdadero lugar y contribución indiscutible en la cultura dominicana y universal, respondiendo así a los presupuestos de esa nueva novela histórica. Pero, ¿qué entendemos por desmitificación? Se trata de un recurso frecuente en la literatura caribeña contemporánea que organiza la estructura ideológica de una obra literaria. Umberto Eco lo define de la siguiente forma: “En realidad, cuando se habla de *desmitificación*, con referencia a nuestro tiempo, asociando el concepto a una crisis de lo sagrado y a un empobrecimiento simbólico de aquellas imágenes que toda una tradición iconológica nos había acostumbrado a considerar como cargadas de significados sacros, lo que se pretende indicar es el proceso de disolución de un repertorio simbólico institucionalizado”⁶⁷⁶. Así por ejemplo para lograr este propósito desmitificador, Vázquez Montalbán y Alfredo Matilla Rivas retratan a un Galíndez ambiguo, con una doble moral ya que también es agente secreto y Edwidge Danticat introduce la variable haitiana desestabilizando la retórica ideológica trujillista. Julia Álvarez presenta a unas hermanas Mirabal de carne y hueso, que viven su sexualidad como cualquier mujer⁶⁷⁷ y explora sus experiencias diarias humanizándolas, “en vez de escribir una historia hagiográfica de sus vidas”⁶⁷⁸. Bernardo Vega señala esto mismo en un artículo en *El Caribe* (22 de Enero, 1996): “en la novela, las hermanas Mirabal abandonan el espacio sagrado en que las sitúa la memoria colectiva para crecer como personajes de la ficción, como hijas de la imaginación de una novelista que ha hecho suya las vidas, pasiones, virtudes y flaquezas de esas tres mujeres, las de sus

⁶⁷⁴ Cfr. *Ibidem*

⁶⁷⁵ Las hermanas Mirabal “se yerguen como los símbolos más altos de la tragedia de la mujer dominicana en aquel tiempo de silencio opresivo” (*El Caribe*, 22 de Enero de 1996).

⁶⁷⁶ Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Lumen, 1985, pág. 249.

⁶⁷⁷ Un sector de la crítica en Santo Domingo no veían con agrado que aparecieran las hermanas Mirabal masturbándose (de hecho es algo que varios de los escritores que entrevisté me mencionaron como hecho relevante, cuando yo ni siquiera había reparado en ese asunto tras varias lecturas profundas de la obra).

⁶⁷⁸ Vid. *El Caribe* 6 de Mayo de 1995.

padres, esposos, hijos y demás seres queridos”. Anteriormente se habían publicado obras sobre las heroínas que perpetuaban la leyenda, y donde aparecían cargadas de superlativos que las elevaban a esa categoría de “mitos”. Tenemos por ejemplo a *Tres heroínas y un tirano* de Miguel Ángel Aquino, o *Minerva, Patria y María Teresa, heroínas y mártires* de Gómez Sánchez, donde leemos: “Este sacrificio de las tres hermanas no fue en vano. Gracias a ellas, y a los héroes y mártires que se inmolaron en aras de la libertad y la justicia, hoy gozamos de unas libertades y una democracia que debemos preservar. Llor a quien llorar merece. ¡Salve! Minerva, Patria y María Teresa Mirabal están vivas en el corazón de la patria”⁶⁷⁹.

Así pues, a través de los goznes de la desmitificación se produce un movimiento centrífugo que provoca que estas imágenes se proyecten transformadas hacia un espacio universal, al contrario del efecto centrípeto que provoca la mitificación. Este efecto precisamente, es el que provoca que los lectores dominicanos se hayan acercado a estas obras con claros prejuicios. No obstante la recepción de las mismas en Santo Domingo fue desigual. De *Cosecha de huesos* y de *El españolito y el espía* no he encontrado ninguna referencia crítica en revistas o periódicos dominicanos. *Galíndez*, aunque aparece en 1990 respaldada por un éxito tremendo con un gran número de ediciones y galardonada con varios premios, tuvo más bien una acogida aséptica entre los dominicanos, la mayoría de referencias son meramente descriptivas, y a pesar de que la editora que puso en circulación el libro anunció que “en la obra se revelan nombres de reputadas figuras dominicanas vinculadas de alguna manera y en distintos grados a esos hechos nunca esclarecidos”⁶⁸⁰ no tuvo demasiada resonancia. Puede deberse a varios motivos: al más obvio, que Vázquez Montalbán no es un escritor demasiado conocido por los insulares, bien a que el asesinato de Galíndez no es tan “sentido” por los dominicanos por tratarse de un emigrante español, bien a que se puso a la venta días antes de la reelección de Balaguer, el cual sale bastante mal parado en la obra y pudo poner en marcha un mecanismo de silenciamiento de la misma⁶⁸¹.

⁶⁷⁹ F. Gómez Sánchez, *Minerva, Patria y María Teresa, heroínas y mártires*, Santo Domingo, Búho, 1999.

⁶⁸⁰ Quizás se puede apreciar esta nota como mera estrategia de marketing, aunque realmente corresponde con la realidad textual de la obra.

⁶⁸¹ En una conversación que mantuve con el editor José Israel Cuello este me comentó que Balaguer no se pronunció públicamente sobre la obra pero sí lo hizo políticamente ya que en un mismo decreto promovió hacia cargos más elevados a dos de los participantes en el asesinato de Galíndez. Prueba palpable de que su trujillismo se revitalizaba con el paso de los años.

En el tiempo de las mariposas también fue precedido por un reconocido éxito de librería y crítica, ya que fue nominado por la crítica norteamericana como “el libro notable del año 1995” y mantuvo en Argentina, “país donde vio la luz la primera edición en español, un puesto en los primeros lugares de venta por más de diez semanas, aparte de una gran profusión de crítica y reportajes en todos los periódicos y revistas de ese país”⁶⁸². La crítica de la novela de Julia Álvarez fue en su mayoría positiva⁶⁸³ y los movimientos feministas la utilizaron como baluarte de sus consignas.

El éxito también se arracimó entorno a *La fiesta del chivo*, rotundo *in extremis*, “la acogida por parte de la crítica fue unánimemente entusiasta, calificada la novela de “magistral” y “espléndida” o, para citar a Miguel García-Posada de *El País* (11-3-2000), de “narración poderosa” escrita por Vargas Llosa “con su instinto de novelista nato”⁶⁸⁴. Sin embargo en Santo Domingo, la polémica estaba servida y sorprende “tanto por la vehemencia con la que fue sostenida como por algunas de las censuras que fueron formuladas”⁶⁸⁵ y por el sinfín de argumentos fatuos y gratuitos en contra de la obra. En cierta manera era esperable, ya que los dominicanos eran conscientes de que la novela de Vargas Llosa iba a proyectar internacionalmente la realidad histórica y actual de la República Dominicana⁶⁸⁶. Por otro lado, no sólo eran latentes los prejuicios instigados por la mitificación del tiranicidio, ya sean por las versiones oficiales o por las del imaginario colectivo, sino también por el hecho de que en una obra de ficción se retratasen hechos y personas reales, algunos de ellos o sus familias aún vivas y conocidos por todos los dominicanos⁶⁸⁷. Frauke Geweeke, en su artículo sobre la recepción de la obra en Santo Domingo, pone de manifiesto la imposibilidad del

⁶⁸² Vid. *Listín Diario*, 18 de Enero de 1996.

⁶⁸³ Registramos sólo una crítica más incisiva en *El Caribe*, 6 de Mayo de 1995.

⁶⁸⁴ Frauke Geweeke, *op. cit.*, pág. 151.

⁶⁸⁵ *Ibidem*.

⁶⁸⁶ Estos sentimientos fueron alimentados por comentarios de Vargas Llosa el cual dejaba traslucir que salían mal parados en su textos tanto el dictador como sus correligionarios y el mismo pueblo entero que había sucumbido ante Trujillo.

⁶⁸⁷ El mismo Vargas Llosa es consciente de ello y declara: “Es lógico que haya mucha gente que no va a sentirse encantada, gentes que participaron en el *trujillismo*, se beneficiaron, cometieron crímenes y andan sueltos por el mundo. Me sentiría muy preocupado si se sintieran contentas, los antiguos asesinos, imagínese” en *Tiempo de hoy*, 13 de Marzo de 2000.

dominicano de acercarse a la obra desde un “estado de inocencia”⁶⁸⁸ sólo posible para aquellos que no conozcan en absoluto o no hayan vivido el trujillato. Como consecuencia, no se hicieron esperar la algazara de críticas, y corrieron ríos de tinta (casi literalmente)⁶⁸⁹ tanto la de aquellos que preconizaban la novela como las de los que la anatemizaron⁶⁹⁰: aparecen denuncias de falsificación de hechos y datos históricos⁶⁹¹, de plagio⁶⁹², de trujillistas⁶⁹³ y familiares de los conjurados, en efecto fuertemente mitificados por la población⁶⁹⁴ que sostenían que Vargas Llosa había tratado desconsiderablemente a los “héroes del 30 de Mayo”⁶⁹⁵. Pero el proceso de desmitificación más importante que llevó a cabo el genio peruano-español es el del dictador, que aparece totalmente humanizado en la obra, sobre todo a través de su

⁶⁸⁸ Geweeke cita las palabras de Tomás Eloy Martínez (15-4-2000): “Hay que acercarse a *La fiesta del chivo* en estado de inocencia: es decir, dejándose llevar por el autor sin preguntarle a cada paso qué es mentira y qué es verdad o por qué aquel o este personaje, inspirado en algún bufón o en alguna víctima del trujillismo, difiere de la figura real” en *op. cit.*, pág. 152.

⁶⁸⁹ “De la novela se habló y se escribió antes de ser escrita, y antes de ser novela se novelaba sobre ella, pobre criatura. Se la concibió como infamia antes de ser concebida, y durante el proceso de gestación corrieron rumores perversos. Antes de nacer enfrentó resistencia, y el parto, ya se sabe, fue seguido con morbosa curiosidad” enuncia Pedro Conde.

⁶⁹⁰ “*La fiesta del chivo* ahonda en las trivialidades como reflejo de su concepción individualista neoliberal” o “Vargas Llosa calla sobre monopolios, gobiernos yankis e Iglesia Católica como los grandes beneficiarios de aquella tiranía” en *¡Despertar!* 30 de Abril de 2000. Esto lo suscribe también Antinof Fiallo que en un congreso llegó a hacer una comparación ideológica entre Balaguer y Vargas Llosa, donde presentaba más concomitancias que disimilitudes.

⁶⁹¹ Caso de Urania Cabral, que no se conoce caso de violación de hija de ministro. Detalles de poca relevancia (como dice Bernardo Vega en la presentación) que han sido hiperbolizados o falsas atribuciones de responsabilidades criminales a personas histórica que son “innecesarias, porque desmienten la “verdad histórica” en lo que atañe a la integridad moral de estas mismas personas” no obstante añade que en conjunto “sigue muy de cerca la realidad histórica” en *El Siglo*, 30 de Abril de 2000. Pero a Vargas Llosa sí le parecieron importante para la verdad narrativa de la obra.

⁶⁹² Como el caso de Lipe Collado, su obra “Después del viento”, dice: “que resulta que ni antes ni ahora le he imputado haberme plagiado sino haber saqueado intelectualmente y haberse apropiado de la atmósfera y de la ideología de mi novela.....” en *El Siglo*, 23 de Septiembre de 2000. Resulta que acusa a Vargas Llosa de haberle robado el personaje de Urania, tema “transido” como dice Geweeke y manido. Al cual en este artículo se le califica de “ávido de publicidad”.

⁶⁹³ Es el caso de Fon Bernard que declara a propósito de la obra del peruano: “Es un catálogo de salacidades, un vertedero de inmundicias, colectadas por alguien poseedor de un olfato resistente a los malos olores. Es el final –porque el tema del dictador latinoamericano ya está agotado-, del boom novelístico de los años sesenta del pasado siglo. Trujillo es su némesis” en *Hoy* 15 de Abril de 2000

⁶⁹⁴ Particularmente la familia de Antonio de la Maza, o el hijo del general Félix Hermida: “Solicito públicamente al señor Mario Vargas Llosa se retracte sobre la notoria equivocación y/o confusión contenida en su libro, refiriéndose a mi padre ya fallecido, el general E.N. Félix Hermida, o al mío propio” en *La Nación*, 1 de Junio de 2000.

⁶⁹⁵ Vargas Llosa repitió hasta la saciedad que su propósito no era escribir una hagiografía.

cáncer de próstata y su apego a la familia e inclusive aparece llorando⁶⁹⁶. Igualmente se sucedieron las valoraciones negativas de la calidad estética y literaria de la obra, sobre todo de la mano del crítico Diógenes Céspedes y las referencias a las deficiencias en el lenguaje. Esta caterva de impropiedades me trae a la memoria esas palabras de Virginia Wolf que afirmaba que damos por sentado “que la novela debe ser verdad, que la lírica debe ser mentira, que la biografía debe ser elogio y que la historia debe estar de acuerdo con nuestros más caros prejuicios”. Y el lector, y sobre todo el que funge de crítico literario, debe dejar todos esos prejuicios a un lado y no olvidar lo que su compatriota dominicana Camila Henríquez Ureña sostenía: “El buen lector aspira a comprender. Para lograrlo deja a un lado, al empezar, sus opiniones y prejuicios y trata de seguir al autor cuya obra lee; no de dictarle lo que debe decir, sino de identificarse con el libro (si no) no sacará provecho alguno de lo que lee”⁶⁹⁷.

Pero también tuvieron cabida en esta vorágine periodística la crítica positiva de la obra. Y es que sin lugar a dudas, Vargas Llosa consiguió levantar heridas que aún no estaban restañadas. “Apunta, en tono burlón el periodista Carlos Francisco Elías (15-4-2000) (que Vargas Llosa) se atrevió, siendo además extranjero, a romper el velo insular de acero que desde décadas nos cubre y a mirar por la rendija de ese amasijo de sangre e infamia que todavía implica para nosotros la Era de Trujillo”⁶⁹⁸. En esto coincide José Israel Cuello: Vargas Llosa ha contribuido “al inicio impostergable de la contemplación de nuestras intimidades, a la ventilación necesaria de las partes dañadas que tiene el alma dominicana, pendientes de un curetaje que sólo el oxígeno de su conocimiento es capaz de secar”⁶⁹⁹ y será la novela que persevere en la mente de todos. Así Pedro Conde llega a sostener que “*La fiesta del Chivo* es el acontecimiento sociológico literario más importante ocurrido en el país desde la muerte de Trujillo (...) Vargas Llosa, en fin, expone a los trujillistas a su propio asco, a su propia vergüenza, rememora actualiza sus crímenes y cobardías. Por eso gritan algunos –y han gritado- como chivos”. Buena parte del elenco de escritores y críticos que he entrevistado en Octubre de este año han

⁶⁹⁶ Esto provocó un debate fortísimo en Santo Domingo acerca de si estaba documentado históricamente este dato. Se negaba la posibilidad de que el mito en extremo virilizado de Trujillo hubiera lacrimado en algún momento. Vargas Llosa se defendió alegando que lo hizo para humanizar al dictador y hacerlo más verosímil.

⁶⁹⁷ Camila Henríquez Ureña, *op. cit.*, pág. 43.

⁶⁹⁸ Frank Gewecke, *op. cit.*, pág. 154.

⁶⁹⁹ En *El Caribe*, 2 de Mayo de 2000.

descalificado gratuitamente la obra⁷⁰⁰, sobre todo haciendo hincapié en el hecho de que no es un escritor dominicano. Y me pregunto ¿en qué momento anunció Vargas Llosa que pretendía serlo o hacerse pasar por uno? Es simplemente un escritor peruano que ha escrito sobre un tema dominicano.

Otro nexo importante de unión entre las novelas lo encarna la presencia en la estructura de los textos de un personaje protagonista femenino, haitiano en el caso de *Danticat* y con raíces norteamericanas “gringas” o “medio gringas”, que se interesan por la materia trujillista y realizan una labor investigadora que las lleva a viajar al país en *Galíndez*, *La fiesta del Chivo* y *En el tiempo de las mariposas*. Muriel Colbert, en *Galíndez*, una “gringa” universitaria que intenta resolver un crimen e investiga para esclarecer la desaparición del nacionalista vasco Jesús de Galíndez⁷⁰¹. También tenemos a la “gringa dominicana” de *En el tiempo de las mariposas*, reportera que viaja a Santo Domingo para entrevistar a Dedé la única hermana Mirabal viva que no participó en la actividad política⁷⁰². Por último nos queda hablar del personaje femenino de Vargas Llosa: Urania Cabral, que también podríamos calificar de “gringa dominicana”, la cual regresa a los 49 años desde Nueva York a Santo Domingo (se fue a los 14 años); desde fuera, ha tenido éxito en la vida: es abogada, ha trabajado para el Banco mundial y ahora lo hace en un importante bufete de Nueva York⁷⁰³. Pero desde dentro, sabemos que Urania está obsesionada con el régimen trujillista y no cesa de leer libros que versen

⁷⁰⁰ Ramón Francisco dice que es mala virtud de los dominicanos el “no reconocer o reconocer a regañadientes las excelencias artísticas del otro” en *op. cit.*, pág. 17.

⁷⁰¹ Emigra al final de la guerra civil a Santo Domingo en 1939 donde residió durante seis años, como profesor, escritor, periodista especializado en política internacional y defensor de la causa vasca; allí conoció de primera mano los entresijos de la dictadura de Rafael Leonidas Trujillo. En 1946 pasó a Nueva York como delegado del Partido Nacionalista Vasco y representante del Gobierno Vasco en el exilio. Desaparecido en 1956 de Nueva York después de haber defendido una tesis de doctorado sobre la dictadura de Trujillo en la República Dominicana.

⁷⁰² Patria, Minerva y Teresa (Mate), las otras tres hermanas Mirabal, asumen un compromiso político para tratar de acabar el régimen dictatorial, junto con sus maridos. Como enemigas del régimen, son acosadas y perseguidas por los esbirros trujillistas que finalmente las encarcelarán con los otros tantos opositores a la dictadura. La familia Mirabal sufre en carne viva la desgracia de las tres hermanas a causa del acoso y las represalias por parte del Servicio de Inteligencia Militar. La novela llega a su clímax con la descripción del asesinato de las tres hermanas Mirabal, acaecido el 25 de Noviembre de 1960, faltando tan sólo unos meses para el derrocamiento de Trujillo.

⁷⁰³ Puede tener este hecho una alusión dantiana ya que supone descender del monte de la salvación a la selva oscura para exhortizar el infierno de la experiencia dominicana.

sobre él. Refleja por tanto, la propia experiencia investigadora de Vargas Llosa⁷⁰⁴, como Muriel la de Vázquez Montalbán y Álvarez la de la “gringa dominicana”.

Montalbán decide crear la figura de Muriel como elemento distanciador. Es ella la que va a proponer la mirada sobre Galíndez. Se trata de un personaje tipo. El autor nos dice que la recuperación de un personaje como Galíndez la suelen hacer becarias norteamericanas de universidades que tienen mucho dinero para investigar esa clase de asuntos. Representa por tanto un prototipo. El hecho de que sea norteamericana viene dado porque los hechos acaecieron en Estados Unidos, por lo tanto ella podría tener cierta motivación y curiosidad. La elección del género también viene predeterminada: “En esta caso, era además relacionado con una cuestión de investigación sobre la ética de la conducta política. Y luego había la necesidad de una relación de cariño, de afecto por lo investigado que, normalmente, un historiador masculino no hubiera puesto. Hubiera investigado a Galíndez como si hubiera sido un insecto, como un entomólogo que estudia un insecto. En cambio, en este caso, hay un enamoramiento con respecto al personaje y una voluntad de protegerlo después de la muerte, como es la relación casi muchas veces materno-filial con respecto a Galíndez”⁷⁰⁵.

El caso de la elección femenina en *El tiempo de las mariposas* corresponde a que el asesinato de la hermanas Mirabal, en el contexto de la dictadura de Trujillo como trauma histórico, constituye una trama ideal para una novela feminista⁷⁰⁶. Y esto es así porque Trujillo constituye la máxima expresión del patriarcado y del machismo hispanoamericano. Tanto Trujillo, que se izaría como superpatriarca, como Don Enrique, el padre de las hermanas, representan al típico macho (recordemos que por esta razón apodaron a Trujillo “el chivo”). Por otro lado, en el marco de la cultura patriarcal, los nombres de por los menos dos de las tres hermanas Mirabal resultan paradójicos: “Minerva” remite a la Diosa grecorromana de la sabiduría y especialmente “Patria” que significa “tierra del padre”. De esta forma, el título que se le da a Trujillo, “Padre de la Patria”, alude simbólicamente a Trujillo como padre de Patria Mirabal y teniendo en cuenta el significado de “Patria”, el “Benefactor” vendría a ser “el padre de la tierra del

⁷⁰⁴ El peruano presentó el libro en Santo Domingo en el mismo hotel en el que se alojaba Urania: Hotel Jaragua, donde se alojó siempre que visitaba la isla. Este hotel también fue escenario, como se ha podido comprobar en las anteriores novelas, de muchas de las sonadas “fiestas” de Trujillo.

⁷⁰⁵ En “Entrevista a Manuel Vázquez Montalbán...” *op. cit.*, pág. 76.

⁷⁰⁶ F. Valerio-Holguín, “En el tiempo de las mariposas...”, *op. cit.*, . pág. 94.

padre” es decir, el Superpatriarca⁷⁰⁷. Pero, a pesar de la relevancia que tiene Trujillo en el seno de la discusión acerca del patriarcado, como personaje, éste resulta relegado a un segundo plano con respecto a las Hermanas Mirabal y a su historia.

Este machismo ha reverberado en la novela del trujillato. ”The novels of the “Trujillato” present a masculinism/nationalism revisited, revolutionary in intent but suspiciously familiar and patriarchal in content and form”⁷⁰⁸. Y es que tradicionalmente han sido los escritores y no las escritoras, quienes se han dedicado a narrar desde un punto de vista masculino los avatares de la dictadura trujillista. “En dichas narraciones, se encuentra elaborada una cierta épica a través de la cual los escritores magnifican una gesta que en la mayoría de los casos sólo se llevó a cabo en su imaginario narrativo. Además Trujillo, como superpatriarca, simbolizaba una castración para los individuos de su mismo sexo. Pero a pesar de esto, Trujillo era el padre que los dominicanos debían matar, como muy bien señala Cruz-Malavé en su artículo “La historia y el bolero en *Sólo cenizas hallarás*”⁷⁰⁹. La actitud de estos autores es ambivalente: por un lado odian a ese padre severo y castrante de Trujillo, que los ahoga, pero por otro, no pueden escapar a la fascinación fantasmagórica que ese patriarca ejerce y aún ejerce entre los dominicanos, de ese carisma irrefrenable, después de más de cuarenta años.

Pero la novela de Julia Álvarez contiene una fuerte carga alegórica residente en la feminidad de las protagonistas. La dimensión alegórica del cuerpo de las Mirabal que se manifiesta en diferentes momentos como cuerpo político. En el capítulo dos, estando Minerva en el colegio, su mejor amiga Sinita le revela su secreto: Trujillo es el responsable de los crímenes políticos del país. Esa misma noche Minerva tiene su primera menstruación. De esa manera el acceso a la conciencia política coincide con la transformación de su cuerpo; así la sangre queda vinculada con la violencia como crítica feminista al patriarcado de Trujillo. En esta línea, la menstruación de las mujeres, encarceladas es también una menstruación política en tanto alegoría de la situación política del movimiento clandestino. Allí casi todas han cesado de menstruar, lo que

⁷⁰⁷ *Ibidem*. Esto entronca también con las ideas expresadas por Doris Sommer.

⁷⁰⁸ C. Bados Ciria, “In the time of Butterflies, by Julia Alvarez history, fiction, testimonio and the dominican republic” en *Mographic Review*, Lubbock, 13, 1997, pág. 407.

⁷⁰⁹ *Ibid.*, pág. 93.

significa que han cesado las actividades políticas del movimiento a causa de su menstruación⁷¹⁰:

Me detengo en este hecho, porque me resultó curioso que esta misma metáfora de la sangre aparezca en *La fiesta del chivo*. Trujillo un día cuando iba hacia San Cristóbal, es víctima de su nostalgia sexual. Al pasar frente a la casa de una antigua amante, la bella Moni, se detiene para hacerle el amor, pese que ella se encuentra con su marido. Pero los designios de la sangre son inescrutables: Moni le dice que no puede atenderlo por estar con el período menstrual. Trujillo se va enfurecido. Esta imagen de la sangre como violencia se repite en la cruenta escena en la que Urania está con Trujillo. El dictador frustrado, decide borrar la humillación con sangre: la sangre que sus furiosos dedos desataron la lastimada vuelta de la niña y luego mas tarde, la muerte de la incómoda doncella. La sangre llama a la sangre.

De esta forma enlazamos con el tercer personaje protagónico de la tríada “foránea” que asimila a *La fiesta del chivo*: Urania, la cual representa a las mujeres vejadas durante el trujillato⁷¹¹ y vive hasta el extremo su trauma sexual que le marca toda la vida. Lo primero que nos dice Vargas Llosa de ella es que no le gusta su nombre porque da idea de un mineral, de un planeta. Se trata de un guiño del autor ya que no se refiere a esto sino a una de las musas del Olimpo griego, hija Mnemosyne, la diosa de la memoria y como consecuencia, de la historia⁷¹². Y este es precisamente el papel que representa Urania en el discurso narrativo: la memoria. Helena Araujo⁷¹³ la compara con Ifigenia, nacida en Grecia que debe ser conducida por su padrea a Aulide y allí inmolada en un ritual propiciatorio. Antes del sacrificio la diosa Artemisa se apiada y la rescata transportándola a un templo donde se consagra como sacerdotisa. Vemos que el correlato es un hecho, Urania también es sacrificada por su padre. El papel de Artemisa lo representaría la hermana María.

⁷¹⁰ “Vinimos por nuestra menstruación-empecé a decir, mirando la pared para detectar el micrófono...Hasta que pregunté en forma metafórica: ¿Habrá quedado alguna actividad en nuestras viejas células?-Quedan unas pocas vivas, claro. Pero lo más importante es que están surgiendo otras nuevas. Deben dar un descanso a su cuerpo. Verán que la actividad menstrual vuelve a comenzar el año próximo.” (265)

⁷¹¹ Vargas Llosa quería que la protagonista fuera un personaje femenino, porque la dictadura de Trujillo fue especialmente cruel con las féminas. Urania se convierte así en el símbolo de lo que fue la mujer durante el régimen, de ahí su calidad de personaje-tipo como hemos anunciado.

⁷¹² Minerva y Urania por tanto, comparten ese acervo grecolatino.

⁷¹³ Roland Forgues., *Mario Vargas Llosa: escritor, político y ciudadano*, Perú, 2001.

Urania Cabral “es el personaje femenino más complejo y mejor logrado en toda la narrativa de Vargas Llosa....En la novela en la cual lo personal está íntimamente imbricado con lo político la humillación de Urania representa el ultraje de la sociedad dominicana por la dictadura”⁷¹⁴. “La historia de Uranita o Urania, en cambio no convence ni por la psicología del personaje ni por la estructura de la narración ni tampoco por la función que le corresponden”⁷¹⁵, es un personaje falto de identidad movido por resortes que no termina de convencer al lector. Y aunque Vargas Llosa anuncie que la ha introducido en la obra para darle una perspectiva contemporánea, no lo aprovecha para presentar los remantes del trujillismo en la sociedad dominicana actual, y se limita a constatar el “ruido atronador” de Santo Domingo y la actitud “machista” de los dominicanos.

Pero el resto de personajes si alcanzan una dimensión total que coloca a la obra entre las más grandes de la literatura Hispanoamérica de los últimos años. A grandes rasgos, los personajes de *La fiesta del chivo* se dividen en dos tipos: lo que no participan del envilecimiento, que tienen redención y se redimen y otros para los que no hay redención posible: los cortesanos son los que reciben la peor parte en la obra, para los que está reservado la pena máxima en el último círculo del infierno dantesco. Calificados de advenedizos a los que “les gustaba ensuciarse”, a los que parecería que “Trujillo les sacó del fondo del alma una vocación masoquista, de seres que necesitaban ser escupidos, maltratados, que sintiéndose abyectos se realizaban”. Tenemos como prueba de esto mismo a Henry Chirinos, con nombre y apellidos inventados que encarna un personaje-tipo del cortesano, es una mezcla de indignidad que bien podría ser también identificada con otros personajes de países diferentes. Y por supuesto a Balaguer que ocupa un núcleo central en la novela y que es descrito como un solterón silencioso que se mantiene como uno de los brazos derechos de Trujillo, pero siempre rodeado con una aureola de misterio⁷¹⁶. Cuando muere éste se proclama demócrata y respetuoso del estado de derecho y se iza más tarde como presidente del país y se iza como uno de los vestigios más fulgurantes del trujillismo. Algunos críticos, entre ellos Armas Marcelo, consideran que es el verdadero protagonista de la novela.

⁷¹⁴ Efraín Kristal., *op. cit.*, pág. 192.

⁷¹⁵ Frank Gewecke, *op. cit.*, pág. 156.

⁷¹⁶ Así también lo dibuja Viriato Sención en su novela *Los que falsificaron la firma de Dios*, sólo que mucho más acremente que Vargas Llosa.

También merecen atención a parte la estructura y la forma del relato ya que vemos en la obra un doble retorno:

- a) el de Urania Cabral, desde el presente.
- b) se vuela a 1961, que es cuando ocurre el atentado

En definitiva, esta dualidad construye en la novela tres ejes narrativos que se van sucediendo capítulo a capítulo, siempre marcados por la técnica vargallosiana del “salto cualitativo”:

1. Historia de Urania.- que ocurre en el presente, en 1996 pero sirve de pretexto para evocar el pasado.
2. Momentos previos al asesinato de Trujillo.- hace posible la caracterización de los conjurados a través de un ágil manejo del “flashback” y del contrapunto, donde por momentos “parece que nos hallamos inmersos en las páginas memorables de ciertos pasajes de *Conversación en la catedral* y en estos instantes la prosa de Vargas Llosa brilla como el gran novelista que es”⁷¹⁷. El momento en que los conjurados esperan a que el coche de Trujillo aparezca por esa carretera solitaria y el del último día de la vida del dictador, son lo mejor logrados en la obra.
3. Incidentes posteriores a la muerte del dictador.- persecución de conjurados y poder de Balaguer.

Un sector de la crítica, como el catedrático Efraín Kristal, sostienen no tres, sino cuatro líneas argumentales: la de Urania, la de los últimos meses de la vida de Trujillo, la del momento del asesinato y la que “narra la transición a la democracia de la República Dominicana gracias a las astucias de Balaguer”⁷¹⁸.

En definitiva nos encontramos ante una novela de dictador y no de dictadura, situada en la línea de novelas como *La guerra del fin del mundo* y *Conversación en la Catedral*, que también versa sobre una dictadura, la de Odría, y sus efectos en el individuo. En *La fiesta del chivo* emplea un recurso explotado magistralmente en *Conversación en la catedral*: Vargas Llosa se vale de un diálogo (Urania conversa con su padre envejecido) como punto de partida para entrar en la historia total con sus múltiples niveles temporales y espaciales, como ya hemos anunciado. Así el lector puede contemplar la experiencia de la dictadura, su ocaso y lo que acontece

⁷¹⁷ Juan Ángel Juristo, “En cuerpo y alma” en *La razón: El caballo verde*, 3 de Marzo de 2000.

⁷¹⁸ Efraín Kristal., *op. cit.*, pág. 193.

posteriormente, desde numerosas perspectivas. En ambas se trata de una novela de truculencia no sólo política sino sexual. Y como en la mayoría de las novelas del autor, lo que genera o cataliza muchas de las anécdotas no es la política o el poder, sino los deseos sexuales de los individuos⁷¹⁹. De esta forma, lo que Vargas Llosa llamaría los “cráteres” (momentos inolvidables de mayor tensión) de la novela que nos compete, se asocian principalmente con el mantenimiento del poder político y sexual del dictador. Mas no navega en el universo de las excrecencias caricaturesca de óptica fabuladora alimentada por lo real-maravilloso, como sucede en otras novelas del dictador, sino que se mueve en los ejes del realismo. El mismo autor asegura que cuando comenzó a escribirla, no pensó en la larga tradición de novelas sobre dictaduras en América Latina. “Human agency matters in this novel, as it did in the novels of de 1980s, but it is no longer the agency of those fanatic and utopians who undermine social stability: it is the agency, first and foremost, of a individual, the dictator who is directly responsible for the corruption of his nation; and secondly, of the individuals who can not live with themselves for having participated in a corrupt social regime”⁷²⁰.

Por último, he de destacar la diferencia del enfoque en *El españolito y el espía*, pues la narración se construye desde los ojos masculinos de un niño español en el exilio dominicano y desde su experiencia posterior con Galíndez, gran amigo del padre. En la novela se detalla el papel intelectual del profesor vasco en Quisqueya y el grupo literario que formó en la isla con Segundo Serrano Poncela, Almoina, el padre del protagonista, etc. Más adelante el personaje que nos cuenta los avatares de Galíndez se va a estudiar a Puerto Rico y desde allí mantendrá una conexión exánime con el vasco. No obstante, estará al tanto de su desaparición y expone su versión de los hechos, en la línea de Vázquez-Montalbán.

Sea como fuere, estos autores van más allá, ya que el Trujillo, el Galíndez y Las Mirabal que permanecerán en la memoria de Hispanoamérica serán los de su novelas y no los de las biografías. Vargas Llosa afirma: “a veces hay más verdad en las mentiras

⁷¹⁹ Vid. Raymond I. Williams., *Vargas Llosa: otra historia de un deicidio*, México, Taurus, 2001, pág. 268.

⁷²⁰ Ideas extraídas de una conferencia del profesor Efrain Kristal en la Universidad de UCLA titulada “The feast of the goat”.

de la ficción que en las verdades aparentes de la realidad”, y es que la novela del trujillato rompe los esquemas y al igual que Dante en el Canto final de *El paraíso*:

“Aquí ya la alta fantasía no pudo alcanzar más;
pero mi deseo y mi voluntad se movían,
como ruedas de igual giro,
al impulso del amor que mueve el sol y las
otras estrellas”, aunque la culpa no está en estas estrellas”

CONCLUSIONES

La literatura refleja los pensamientos y sentimientos del ser humano, es una proyección de su alma. Por su parte, las letras dominicanas han nacido y crecido bajo una pléyade de circunstancias políticas, económicas, sociales y culturales lancinantes. Se trata de una isla que ha vivido en una continua inestabilidad política desde sus comienzos como colonia, y estas desafortunanzas se reflejan indefectiblemente en la literatura: han sufrido otras dictaduras, muchas revoluciones, una guerra civil, dos intervenciones extranjeras, varios huracanes, terremotos y muchas más calamidades. El trujillato es una de las etapas más oscuras, y el imaginario dominicano no olvida, sino que Trujillo sigue vivo “as a ghost after his death”⁷²¹. Si en el comienzo de la dictadura trujillista él se valía de la literatura para hacer propaganda de su ideología, tras su muerte, el pueblo dominicano usó la literatura para acabar con su ideología y matarlo sucesivas veces, cada novela habría de simbolizar una nueva muerte de Trujillo. El número de obras publicadas a su favor durante la tiranía no es parangonable con el número de obras escritas tras su muerte: la venganza está servida, en plato frío, por eso había que dejarlo reposar tres décadas, para en los noventa acometerla de la mejor forma posible: “desde dentro”, desde la desmitificación y la pérdida del pavor de humanizar a un tirano execrable.

Norberto Pedro James afirma que “Aunque marcada por el influjo de sus predecesoras, la novela contemporánea dominicana se diferencia de ellas por el hecho de ser una literatura de búsqueda, de análisis, de disección y diagnóstico de la realidad histórica”⁷²². Ciertamente, no se han producido obras de gran calidad, pero sí se logra entroncar con la tendencia narrativa hispanoamericana contemporánea, esa “literatura de derrotados” de la que habla Ángel Rama. Por ejemplo, hemos asistido al tratamiento de la Nueva Novela histórica en los ochenta y los noventa, o del cultivo literario de la “novela del dictador” instalada en los celajes del realismo-mágico. No obstante, las tendencias literarias dominicanas siempre han ido descompasadas al resto de literaturas

⁷²¹ Estrella Betances de Pujadas, *op. cit.*, pág. 137.

⁷²² Norberto Pedro James, *op. cit.*, pág. 38.

del continente. Quizás porque la dirección de la mirada no se ha orientado hacia fuera, sino hacia adentro. Los novelistas dominicanos quisieron poner su voz a disposición de un análisis histórico del trujillato, del rescate de un pasado anatomizado, que quiere subrayar la voluntad del dominicano de exorcizar sus demonios. Toda escritura viene determinada por unos intereses específicos y por eso hemos contemplado una inevitable selección de facetas del fenómeno del trujillato, y esto es natural y legítimo mientras no se presente como lo único y verdadero. La actitud del novelista dominicano ante el trujillato conoce, como hemos tenido ocasión de comprobar, momentos diferenciados en lo que se refiere al enfoque utilizado en la escritura del mismo y experimenta una evolución que varía sustancialmente de un bloque a otro. De esta forma, hay que decir, haciendo balance, que se ha atendido en demasía a los a la novela de dictadura y a los efectos de ésta en el pueblo. Las decantaciones novelísticas de los autores, conducen a al aserto de que “la novela de dictadura” es el tratamiento literario más recurrente en la trayectoria de la novela del trujillato. Y por esta razón, hay formulaciones del este fenómeno que se han repetido hasta la saciedad en todas estas décadas: la denuncia de los abusos de poder, las torturas, la existencia de una oposición popular anónima, el aparato militar, etc.

Muchos de los textos (sobre todo en el decenio de los ochenta) aparecen alumbrados por la plena asunción de la imposibilidad de un futuro feliz para los dominicanos. La situación nacional se recrudece en los ochenta, y las distintas paráfrasis realizadas de las novelas de este bloque, así nos lo confirman, pues en ellas se revierte la concepción pesimista de la historia dominicana, la búsqueda de la identidad nacional, la frustración del escritor y la inviabilidad del cambio. La historia insular así se ve avocada a la repetición de las mismas escenas sojuzgadoras con diferentes actores principales. Esta idea se encuentra magníficamente consignada por Carpentier, en *El recurso del método*:

La Historia, que era la suya puesto que en ella desempeñaba un papel, era historia que se repetía, se mordía la cola, se tragaba a sí misma, se inmovilizaba cada vez [...] era un mismo desfile de uniformes y levitas, de altas chisteras a la inglesa alternando con cascos emplumados a la boliviana, como ocurre en los teatros de poca figuración donde se hacen cortejos triunfales con treinta hombres que pasan y vuelven a pasar frente la mismo telón, corriendo, cuando están detrás de él, para volver a entrar a tiempo en el escenario

*gritando, por quinta vez: “¡Victoria! ¡Victoria! ¡Viva el orden! ¡Viva la libertad*⁷²³

Y es que:

*Las especiales circunstancias en que han trabajado siempre los escritores de Hispanoamérica también contribuyen a la superficial caracterización del personaje dictatorial. En estas tierras el valor político está hipertrofiado y prima sobre otros valores, a lo que debería estar subordinado*⁷²⁴.

El escritor hispanoamericano de esta forma, y el dominicano especialmente, se ve arrojado al compromiso y a la exigencia de una definición política por parte del público, por este motivo estos se mantenían al margen de la conciencia y de la intimidad del dictador desde los sesenta hasta los ochenta, sin hacerle ningún tipo de concesión y sin humanizarlo, so pena de ser tildado de antidemocrático: “Hasta la década del setenta (el caso dominicano es más tardío) todos los dictadores de novelas son personajes chatos, sin relieve propio, sin vibración íntima. Son monstruos de maldad, dragones selváticos, fuerzas ciegas, telúricas, unilaterales. O, si no, son meros muñecos, títeres de un tablado guñolesco”⁷²⁵. Acercarse a la intimidad del tirano, a sus vidas y entenderlo, ver su faceta humana puede llevar a simpatizar con él, llegando a provocar “la suspensión del juicio moral”. Demasiado riesgo para los escritores y por eso lo evitaron; pues ya vimos lo que la turbonada de críticas que suscitó *La fiesta del Chivo*.

Así y conforme habrá ido comprobando el lector, la novela del trujillato experimenta una evolución que responde a diferentes etapas en tanto que novela de dictador/ dictadura. La primera etapa se caracteriza por la simultaneidad de su proceso de producción con el régimen de Trujillo, funcionando como su “directo correlato referencial”, y como sostiene Pacheco con respecto a la narrativa de la dictadura decimonónica (también el primer escalón de esta narrativa de la dictadura, y por tanto coincidiría en rasgos con ella), el objetivo es “derrocar al tirano, para despertar, acrecentar y galvanizar una fuerza de oposición contra él. La novela es concebida y

⁷²³ Alejo Carpentier, *El recurso del método*, *op. cit.*, pág. 147.

⁷²⁴ Jorge Castellanos y Miguel A. Martínez, *op. cit.*, pág. 86.

⁷²⁵ *Ibid.*, pág. 87.

utilizada como un arma política e ideológica y su autor resulta obviamente afectado por la violencia represiva del régimen”⁷²⁶ (como Requena) o bien como panfleto propagandístico del régimen (que no son consideradas novelas de dictadura propiamente dicha). En ésta hallamos a un narrador omnisciente o de alguno de los personajes, que comenta diversas acciones, incidencias y actitudes de un personaje, sentido de su decisión, descripción del régimen, vislumbrándose con nitidez el punto de vista ideológico del autor y su posicionamiento político con respecto al dictador. Tienen un claro propósito proselitista, un “intervencionismo” que hace que, como dice Pacheco, “la obra se aproxime mucho en ocasiones al panfleto, a la narración histórica o al ensayo político y que a menudo manifieste una inflexible actitud maniquea”⁷²⁷. Este enfoque del narrador omnisciente presenta a la figura del tirano de forma distanciada, externa, “desde arriba”, deformándolo y presentándolo como un monstruo temido, despreciado, inhumano. En ocasiones aparecen héroes, que son antítesis absolutas del dictador: valientes, nobles, honestos, capaces de grandes sacrificios por amor y por la patria (como en *La ciudad herida*, *Los algarrobos también sueñan*, etc.)

Estas novelas, cuyo rasgo más definitorio es su carácter instrumental, presentan grandes debilidades por su maniqueísmo, su falta de valía estética, etc. El escaso número de éstas se debe a los métodos de coerción trujillistas, que provoca que buena parte de los intelectuales y escritores no se atrevan a escribir denunciando la dictadura o de publicar sus obras (caso de *El masacre se pasa a pie*) o que la mayoría quedasen incardinados en las esferas del poder y en la defensa de la tiranía. La novela del trujillato está muy marcada por el utilitarismo político en esta época, caracterizándose por “el instrumentalismo literario y el maniqueísmo propios del momento romántico, como el silencio, la evasión y la eventual glosa adulatoria del tirano que presenciamos en el momento modernista”⁷²⁸.

Tras este momento, la narrativa de la dictadura, seguimos de nuevo a Carlos Pacheco, experimenta un cambio debido a la revolución estética propia de la vanguardia y el uso de un procedimiento sincrético en la construcción de un país ficticio – concepción de América Latina como una unidad cultural- ligado al interés en esta realidad de autores norteamericanos y europeos. Como máximo exponente de este

⁷²⁶ C. Pacheco, *op. cit.*, pág. 56.

⁷²⁷ *Ibid.*

⁷²⁸ *Ibid.*, pág. 60.

nuevo camino tenemos el *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, compendio de elementos históricos, geográficos, lingüísticos, biográficos y culturales pertenecientes a diferentes países del continente latinoamericano y que desempeña un papel representativo y simbólico de la realidad de éste. No obstante, esta transformación en las obras narrativas de la dictadura no cala en profundidad en la literatura latinoamericana y “una buena parte de las obras del sistema permanece ignorante o indiferente ante estos fenómenos, puesto que su interés se centra de manera casi exclusiva en objetivos de protesta, denuncia, testimonio y lucha política, dejando la escritura literaria el cumplimiento de una mera función ancilar para todos estos fines”⁷²⁹. En el caso dominicano, tan sólo se adscribirían a esta línea *La fiesta del rey Acab* y *Las tinieblas del dictador*.

Será en la década de los sesenta y setenta cuando nos encontremos una novela del trujillato con “una mayor atención al lenguaje, una mayor conciencia de la libertad creativa y de la independencia de los convencionalismos, un trabajo más cuidadoso sobre las estructuras y recursos narrativos” que hacen que la obra literaria posea una “mayor riqueza semántica, perdurabilidad y efectividad política”⁷³⁰. Fenómeno literario que ya tiene su punto álgido en la narrativa de la dictadura con *El Señor Presidente* y que comenzó con *Tirano Banderas*. Ya comienza un acercamiento a la figura del dictador “desde abajo” aunque sigue siendo un enfoque externo, sigue siendo una mitificación del mal.

En los años sesenta la literatura latinoamericana experimenta un giro radical con el “boom” y deja de ser un producto nacional para tener una mayor proyección internacional y profesionalismo, en cambio la literatura dominicana no experimenta esta madurez y sigue en una adolescencia perpetua. Pero será en los setenta cuando este sistema literario de la dictadura logre sus cotas más elevadas tanto en sus planteamientos estéticos como en el tratamiento del tema, aunque esta madurez llegará a la literatura del trujillato dominicana en los ochenta y culminará en la década de los noventa. Carlos Pacheco habla de una serie de rasgos que caracterizan a estas narraciones y que son perfectamente aplicables a las novelas del trujillato del último periodo:

1. El “máximo distanciamiento entre la representación estética y la realidad representada” ya que atienden a un pasado remoto que se proyecta desde una

⁷²⁹ *Ibid.*, pág. 64.

⁷³⁰ *Ibid.*, pág. 65.

situación contemporánea y que pretenden aludir a una situación dictatorial contemporánea. Esto lo explica aduciendo la dificultad que entraña novelar las dictaduras que en ese momento se suceden en América Latina –es más fácil acudir al dictador de la primera mitad de siglo que parece encarnar el prototipo de dictador dominicano- y “la necesidad de los narradores de un distanciamiento cronológico de su referente histórico. El tiempo y las numerosas expresiones culturales que se han referido ya a ese objeto más alejado, lo han depurado, lo han codificado, lo han digerido, haciéndolo un objeto más apto para la elaboración estética que la cruda, inmediata y compleja realidad presente”⁷³¹. Esta forma de entender la dictadura y de acercarse a ella desde la literatura dominará las letras dominicanas en los ochenta y los noventa, una década más tarde que en resto del continente americano, como ya he apuntado.

2. También se da “un acercamiento y una internalización de la perspectiva de narración en el personaje dictatorial y una mayor complejización del punto de vista narrativo”, sobre todo la década de los noventa, pero ya vemos las primeras incursiones con *La Biografía difusa de Sombra Castañeda* y *El reino de Mandinga* en los ochenta. Hay una mayor inclinación a la “novela del dictador” (antes se tendía a la “novela de la dictadura”) y el escritor dominicano se adentra por primera vez en la conciencia del dictador, ofreciéndose un amplio abanico de versiones de la historia a través de diferentes enfoques narrativos -“dialogía textual”⁷³²-, como en *El recurso del método*, donde observamos la nítida oposición entre el Primer Magistrado y sus opositores o *adláteres*. Esto lleva a la relativización de los “contenidos semánticos e ideológicos de la novela”, como dice Pacheco y entronca con la tendencia de la nueva novela histórica de poner en entredicho el discurso oficial.
3. Se piensa la creación literaria “como búsqueda de conocimiento y comprensión de la realidad” que es multifacética y difícil de juzgar y comparte ahora el escritor con el lector la “responsabilidad crítica”, dejando a un lado el antiguo proselitismo y la diatriba fácil y presentación maniquea.

⁷³¹ *Ibid.*, pág. 68.

⁷³² Rodríguez Pérez sostiene que esta práctica “en el caso de la novela de la dictadura pone en juego todas las posibilidades del discurso narrativo (estilo directo, indirecto e indirecto libre) para carnavalizar, en el entramado polifónico, la voz petrificada del dictador” en *op. cit.*, pág. 44.

4. Presencia de “libertad creativa” extrema: madurez de narradores. Se conjugan: la intertextualidad, con complejidad de estructuras narrativas y acrobacias lingüísticas, diversas perspectivas de narración, heterodoxia con relación a géneros literarios, etc.

En los noventa se materializan todas estas premisas, pero hay que precisar que, hemos visto, la validez de algunas novelas, ha quedado peligrosamente determinado por la oportunidad de su tema –ese boom del trujillato- con el consiguiente detrimento del soporte estético, pues se han lanzado varios autores a escribir sin tener relación con la literatura.

Pero ya aparece con más peso la figura del dictador en la novela, y se acometen nuevos motivos literarios como la descripción de la truculenta vida sexual del tirano y su relación con las mujeres, el papel de los personeros en el andamiaje ideológico trujillista, el caso Galíndez⁷³³, el asesinato de las hermanas Mirabal y sobre todo el episodio del tiranicidio y el transcurso de los últimos meses de la Era. Principalmente recrean los últimos cinco años del régimen trujillista, cuando comienzan los problemas internacionales y empieza a tambalearse la ideología y los fundamentos del “Padre de la Patria”: estos episodios junto al rechazo explícito de la Iglesia al gobierno⁷³⁴ y las tensiones con EE.UU, son los detonantes de la caída en picado de Rafael Leonidas Trujillo. Otro motivo recurrente en los escritos, es el referido a la boda de “el jefe” con Bienvenida, a su rencor de clase y su frustración transida de venganza, cuando éste aún no ostentaba el poder político, aunque sí militar y el rechazo de la alta Aristocracia a dicho himeneo ya que se negaba en redondo a que un personaje de baja alcurnia e ínfulas cosmopolitas como Trujillo, pasase a pertenecer a su distinguido círculo, donde se seguía perpetuando la sacralización de la sangre. Trujillo iracundo, movido por los resortes del rencor, nunca olvidaría este hecho y juró venganza. Este episodio lo recrean *Juro que sabré vengarme...* de Miguel Holguín-Veras y *Bienvenida y la noche*, de Manuel Rueda, una de las novelas excelsas que ha parido el trujillato. No obstante,

⁷³³ Aunque siempre de soslayo y sin un ofrecer una visión nítida y extensa del asunto. José Israel Cuello, intelectual y editor que ayudó a Manuel Vázquez Montalbán en sus investigaciones, dijo en una entrevista: “no vacilé en enviarle copia del archivo de Galíndez que había acumulado al paso de los años y que había entregado a otros autores dominicanos, a los cuales el tema nunca les sedujo”, Iberoamericana, pág 172.

⁷³⁴ Aparece en varias obras mencionado, sobre todo en *La balada e Alfonsina Bairán, Papa y Trujillo, Al cruzar el viaducto, Los que falsificaron la firma de Dios*.

como habrá observado el lector, se han seguido cultivando los motivos literarios de las décadas anteriores.

Las novelas que se publican en este decenio fuera de las fronteras dominicanas también han elegido estos motivos temáticos: el tiranicidio, las hermanas Mirabal, Galíndez, etc. La diferencia estriba en el proceso centrífugo de desmitificación de estos acontecimientos ancilares de la historia dominicana que estos inician, poniendo en tela de juicio los valores canonizados atribuidos a las personas que participaron en dichos episodios. Este enfoque “objetivo” despliega un rosario de perspectivas y puntos de vista que difieren de la historiografía oficial y que enriquecen el discurso literario dominicano abriendo una veda dialógica en el binomio dentro/fuera.

Lo que sí suelen manifestar todo este tipo de novelas relacionadas con el poder personal y con las dictaduras, es la postura crítica de los intelectuales ante su realidad, la de ellos, la de su sociedad, la de todo el hemisferio latinoamericano. Muchas de las obras objeto de estudio, han sido escritas por autores que conocen la sociedad en una etapa dictatorial, su obra es producto de una realidad experimentada⁷³⁵. Otras tantas son obras que denuncian esa situación dictatorial de anulación, de control total de una población, utilizando entonces la obra literaria como arma de combate e invitando a la reflexión, para que no exista el peligro de una revitalización política de este pasado indeleble. Por esta razón, a mi juicio, algunos escritores dominicanos han optado por un adoctrinamiento eficaz, susceptible de ser decodificado sin dificultad por el destinatario colectivo y popular: así el instrumento lingüístico utilizado, cae a menudo en lo prosaico para resultar familiar al lector común: busca la sencillez y el rasgo coloquial para no caer en el hermetismo; con un claro prurito de sencillez.

A mi juicio, lo esencialmente grave de esta tendencia novelística del trujillato no reside, en último término, en que haya sido ignorada por la crítica literaria fuera de las fronteras dominicanas, sino que inexplicablemente ha sido condenada al ostracismo científico por los propios dominicanos; tratándose de uno de los fenómenos literarios que mejor dan cuenta de los problemas que han hollado la identidad y el proceso político insular. Sharron Keefe Ugalde se preguntaba en 1988 el porqué de la dominación en la novelística dominicana en el énfasis en los efectos de la dictadura en

⁷³⁵ El caso más notable a este respecto es el de Marcio Veloz Maggiolo, que en todas sus obras atenta contra el trujillato de una u otra manera.

el pueblo. Aclara que es “campo de especulación” pero apunta varios posibles motivos: “que hay mucha sangre que no se ha secado todavía”, también “Es probable que los escritores hayan sentido una necesidad urgente de expresar la versión oprimida y callada de la historia inmediata, la realidad vivida, antes de destilarla, mitificando al dictador o dándole una voz principal. También es posible que exista cierto miedo de penetrar y comprender la psicología del dictador por temor a perdonarlo”⁷³⁶. Quizás los dominicanos se tengan que perdonar a sí mismos, quizás este es el mejor momento, cuando el balaguerato ha tocado fondo político y cuando el neotrujillismo empieza a cobrar fuerza en la población. Ha de emprenderse un proceso de intelección de la dimensión de la cicatriz que ha dejado el trujillato en la sociedad, pues si le preguntáramos al pueblo dominicano por Trujillo, probablemente nos responderían a la manera Flaubertiana: Trujillo c’est nous; porque el Jefe continúa vagando por la República Dominicana, buscando un sepulcro que el dominicano le ha negado, convirtiéndose así en una “presencia fantasmagórica”⁷³⁷.

⁷³⁶ Sharon Keefe Ugalde, *op. cit.*, págs. 132-133.

⁷³⁷ Fernando Valerio-Holguín, “Trujillo en una escena de seducción...”, *op. cit.*, pág. 27.

BIBLIOGRAFÍA

1. TEORÍA LITERARIA

ALBADALEJO, T., *Semántica de la narración: la ficción realista*, Madrid, Taurus, 1992.

----- *Teoría de los mundos posibles y macroestructura narrativa*, Alicante, Universidad de Alicante, 1998.

ALCINA FRANCH, J. y BLECUA, J. M., *Gramática española*, Barcelona, Ariel, 1980.

ALVAR EZQUERRA, Manuel, *La formación de palabras en español*, Arco-libros, Madrid, 1993.

ALVAR, M., Y POTTIER, B., *Morfología histórica del español*, Madrid, Gredos, 1993.

ASENSI, Manuel, *Literatura y filosofía*, Madrid, Síntesis, 1996.

AUERBACH, Erich, *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*, México, Fondo de Cultura Económica, 1950.

AZÚAR CARMEN, Rafael, *Teoría del personaje literario y otros estudios sobre la novela*, Alicante, Instituto de Estudios "Juan Gil-Albert", 1987.

BAJTÍN, Mijail, *Teoría y estética de la novela*, Madrid, Taurus, 1989.

----- *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI, 1982.

BARTHES, Roland, *Mitologías*, México, Siglo XXI Editores, 1980.

----- *El grado cero de la escritura*, México, Siglo XXI, 1987.

----- *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*, Barcelona, Paidós, 1987.

BLOOM, Harold, *El canon occidental*, Barcelona, Anagrama, 1995.

BOBES NAVES, M. Carmen, *El diálogo*, Madrid, Gredos, 1992.

----- *La novela*, Madrid, Síntesis, 1998.

BOURDIEU, Pierre, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1998.

CASTILLA DEL PINO, Carlos, *Teoría del personaje*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

DERRIDA, Jacques, *La escritura y la diferencia*, Barcelona, Anthropos, 1989.

DOMÍNGUEZ CAPARRÓS, J., *Hermeneútica*, Madrid, Arco-Libros, 1997.

ECO, Umberto, *Apocalípticos e integrados*, Barcelona, Tusquets, 2001.

FOUCAULT, Michel, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1988.

FRYE, Northrop, *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Ávila, 1977.

GARRIDO DOMÍNGUEZ, A., *Teorías de la ficción literaria*, Madrid, Arco Libros, 1997.

GUILLÉN, Claudio, *Múltiples Moradas. Ensayo de Literatura Comparada*, Barcelona, Tusquets, 1998.

MAINER, José-Carlos, *La escritura desatada. El mundo de las novelas*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

PRADO BIEZMA, J., *Análisis e interpretación de la novela. Cinco modos de leer un texto narrativo*, Madrid, Síntesis, 1999.

REIS, Carlos, *Fundamentos y técnicas del análisis literario*, Madrid, Gredos, 1989.

SÁBATO, Ernesto, *El escritor y sus fantasmas*, Barcelona, Seix Barral, 2002.

SULLÁ, Eric (ed) *Teoría de la novela. Antología de textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2001.

----- *El canon literario*, Madrid, Arco/Libros, 1998.

TACCA, Oscar, *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos, 1986.

1. 1. CRÍTICA LITERARIA HISPANOAMERICANA

ALEGRÍA, Fernando, *Historia de la novela hispanoamericana*, México, Ediciones de Andrea, 1974;

AINSA, Fernando, *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid, Gredos, 1986.

BENÍTEZ ROJO, A., *La isla que se repite*, Barcelona, Casiopea, 1998.

COLLAZOS, Óscar, CORTÁZAR, Julio, VARGAS LLOSA, Mario, *Literatura en la revolución y revolución en la literatura*, México, Siglo XXI, 1970.

CORNEJO POLAR, Antonio, *La formación de la tradición literaria en el Perú*, Lima, Centro de Estudios y publicaciones (CEP), 1989.

FERNÁNDEZ MORENO, César, *América Latina en su literatura*, México, Siglo XXI, 1976.

FERNÁNDEZ, Teodosio, “El problema de la escritura y la narrativa hispanoamericana contemporánea” en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, no. 14, 1985, págs. 167-173.

FRANCO, Jean, Jean Franco, *La cultura moderna en América Latina*, México, Editorial Grijalbo, 1985.

FUENTES, Carlos, *La nueva novela hispanoamericana*, México, Joaquín Mortiz, 1972.

HERRERO-OLAIZOLA, A., *Narrativas Híbridas: Parodia y posmodernismo en la ficción contemporánea de las Américas*, Madrid, Casiopea, 1998.

MADRIGAL Luis Íñigo, "Introducción a una posible Historia Social de la novela hispanoamericana", en *Actas del Simposio Internacional de Estudios Hispánicos*, Budapest, 1978.

OSORIO TEJEDA, Nelson, "La nueva narrativa y los problemas de la crítica hispanoamericana actual", *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, No. 5, 1977.

ORTEGA, Julio, *El principio radical de lo nuevo. Postmodernidad, identidad y novela en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1978.

RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1985.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, *El boom de la novela latinoamericana*, Caracas, Tiempo Nuevo, 1972.

ROY, Joaquín (comp.), *Narrativa y crítica de nuestra América*, Madrid, Castalia, 1978.

SALVADOR, A., Y RODRÍGUEZ J.C., *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana*, Madrid, Akal, 1994.

SHAW, Donald. L., *Nueva narrativa hispanoamericana. Boom, posboom y posmodernismo*, Madrid, Cátedra, 1999.

2. HISTORIA Y TEORÍA POLÍTICA

APAOLAZA, J. M., “Etnicidad y nacionalismo” en APAOLAZA, J. M., *Lengua, etnicidad y nacionalismo*, Barcelona, Anthropos, 1993, págs. 16-23.

COLLIER, David, *El nuevo autoritarismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

CONNOR, W., “El caos terminológico” en CONNOR, W., *Etnonacionalismo*, Taurus, 1998, págs. 85-111.

DÍAZ DÍAZ, Fernando, *Caudillos y caciques*, México, El Colegio de México, 1972.

GELLNER, E., “Definiciones” en GELLNER, E., *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza, 1988, pág. 12-21.

GONZÁLEZ ALCANTUD, J.A., *Antropología (y) política. Sobre la formación cultural del poder*, Barcelona, Anthropos, 1998.

HAMILL, Hugo M., (ed.), *Dictatorship in Spanish America*, New York, Alfred A. Knopf, 1965.

HENRÍQUEZ GRATEREAUX, Federico, *Identidad persistente y mutante*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 2004.

LIEUWEN, Edwin, (ed.), *Arms and Politics in Latin America*, New York, Frederick A. Praeger, 1961.

LINDHOLM, Charles, *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*, Barcelona, Gedisa, 2001.

POUNLANTZAS, Nicos *Fascismo y dictadura*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1984.

SMITH, A. D., “La identidad nacional y otras identidades” en SMITH, A. D., *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997, págs. 1-16.

TOURAINÉ, Alain, *América Latina. Política y sociedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989.

2.1. CRÍTICA SOBRE “NOVELA DE DICTADOR”

AMATE BLANCO, Juan José, “La novela del dictador en Hispanoamérica” en *Cuadernos Americanos*, no. 370, 1981, págs. 85-102.

BELLINI, Giuseppe, *El tema de la dictadura en la narrativa del mundo hispánico (Siglo XX)*, Bulzoni Editore, Roma, 2000.

CALVIÑO IGLESIAS, Juan, *La novela del dictador en Hispanoamérica*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.

CAMPA, Ricardo, “La idea del poder en la literatura latinoamericana” en *Cuadernos hispanoamericanos*, no. 357, 1980, págs. 616-631.

CASTELLANOS, Jorge y MARTÍNEZ Miguel A., “El dictador hispanoamericano como personaje literario” en *Latin American Research Review*, no. XVI, 1981, págs 79-105.

COMETTA MANZONI, Aída, “El dictador en la narrativa latinoamericana” en *Revista Nacional de Cultura*, no. 234, 1978, págs. 89-111.

DORFMAN, Ariel, “Entre Proust y la momia americana: siete notas y un epílogo sobre *El recurso del método*” en DORFMAN, Ariel, *Hacia la liberación del lector latinoamericano*, Hanover, Ediciones el Norte, 1984, págs. 89-146.

GARCÍA-NIETO ONRUBIA, María Luisa y GONZÁLEZ-COBOS DÁVILA, Carmen, “La figura y el ropaje del poder en la narrativa hispanoamericana contemporánea” en *Iris*, no. 2, 1984, págs. 105-134.

HAZERA, Lidia D., “La desmitificación del patriarca” en Ana María Hernández de López, *En el punto de mira: Gabriel García Márquez*, Madrid, Pliegos, 1994, págs. 199-206.

LISCANO, Juan, “Sobre *El Señor Presidente* y otros temas de la dictadura” en *Cuadernos Americanos*, No. 2, 1958, págs. 63-75.

MALLET, Brian J., "Dictadura e identidad en la novela latinoamericana" en *Arbor*, no. 393-394, 1978, págs. 59- 73.

MEJÍA RUÍZ, Carmen, *La figura del dictador en la novela moderna y contemporánea (Narrativa hispanoamericana)*, Madrid, Editora de la Universidad Complutense, 1982.

MILLIANI, Domingo, "El dictador, objeto narrativo en *El recurso del método*", *Revista Iberoamericana* vol. 47, no (114-115), 1981, págs. 189-225.

PACHECO, Carlos, *Narrativa de la dictadura y crítica literaria*, Caracas, Fundación Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1987.

PALAU DE NEMES, Graciela, "Gabriel García Márquez, **El otoño del Patriarca**, Barcelona, Plaza & Janes, 1975" en *Hispanamérica*, no. 11-12, 1975, págs. 173- 183. págs. 173-174.

PALLEY FRANCESCATO, Martha, "La novela de la dictadura: nuevas estructuras narrativas" en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 9, 1879, págs. 99-104.

RAMA, Ángel, *Los dictadores latinoamericanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.

RODRÍGUEZ PÉREZ, Osvaldo, "Dos modelos de la novela de la dictadura hispanoamericana: *Tirano Banderas* de Valle Inclán y *El Señor Presidente* de M. A. Asturias" en *Alpha*, no. 11, 1995, págs. 42. ¿???

SUBERCASEAUX, Bernardo, "Tirano Banderas" en la narrativa hispanoamericana (La novela del dictador 1926-1976)" en *Hispanamérica*, no. 14, 1976, págs. 45- 62.

ZULUAGA, Conrado, *Novelas del dictador. Dictadores de novela*, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1977.

2. 2. CRÍTICA SOBRE “NOVELA HISTÓRICA”

BARRIENTOS, Juan José, *Ficción-historia. La nueva novela histórica hispanoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001.

BINNS, Niall “La novela histórica hispanoamericana en el debate postmoderno” en ROMERA CASTILLO J., *et alt.*, *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996, págs. 154- 166.

CASTRO, Isabel de, “El cuestionamiento de la verdad histórica. Transgresión y fabulación” en ROMERA CASTILLO, J., *et alt.*, *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996, pág. 167-181.

CHARTIER, R., LE GOFF J., REVEL, J., *La nouvelle histoire*, París, 1978.

CONCHA, Ángeles de, “Otras voces, otra Historia”, en ROMERA CASTILLO, J., *et alt.*, *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996, págs. 182-196.

GRINBERG PLA, Valeria, “La novela histórica a finales del siglo XX y las nuevas corrientes historiográficas” en *V congreso centroamericano de historia*, El Salvador, 2000.

HERMANS, H. y STEENMEIJER, M., *La nueva novela histórica hispanoamericana*, Ámsterdam- Atlanta, Rodopi, 1991.

HERRERO-OLAIZOLA, Alejandro *Narrativas Híbridas: Parodia y posmodernismo en la ficción contemporánea de las Américas*, Madrid, Verbum, 2000.

KOHUT, K., *La invención del pasado. La novela histórica en el marco de la posmodernidad*, Frankfurt, 1997.

LEFERE, Robin, “Del pensar de la novela histórica” en *Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 643, 2004, págs. 45-56.

LUKÁCS, George, *La novela histórica*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

MENTON, Seymour, *La Nueva Novela Histórica de la América Latina 1979-1992*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

----- “Las últimas noticias de la nueva novela histórica” en *Alba de América*, no. 32, 1991, págs. 61-68.

MONTILLA, Claudia, “La novela histórica: ¿mito y archivo?”, *Texto y Contexto*, Uniandes, no. 28, 1995, págs. 47-65.

NOLLA, Olga, “La novela histórica, entre los datos comprobados y la imaginación que los define”, *Revista/ Review Inteamericana*, no. 1-4, 1997, págs. 131-137.

OLEZA SIMÓ, J., “El pasado, prehistoria literaria del presente” en ROMERA CASTILLO, *et alt.*, *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996, págs. 81-95.

PARKINSON ZAMORA, Lois, *The usable past. The imagination of History in Recent Fiction of the Americas*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

PULGARÍN, Amalia, *Metaficción historiográfica: la novela histórica en la narrativa hispánica posmodernista*, Madrid, Espiral Hispanoamericana, 1995.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir, “La novela histórica: otra perspectiva” en ECHEVARRÍA, R., *Historia y ficción en la narrativa hispanoamericana, op. cit.*, págs. 169-183.

ROMERA CASTILLO, J., *et alt.*, *La novela histórica a finales del s. XX*, Madrid, Visor, 1996.

SOUZA, Raymond, *La historia en la novela hispanoamericana moderna*, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1988.

VALDÉS, Joaquín, “Reflexiones sobre el concepto de novela histórica” en *Papeles de Son Armandan*, no. 54, 1969, págs. 105-111.

2.3. NOVELA DE DICTADOR/DICTADURA

AGUILERA MALTA, Demetrio, *Canal Zone*, México, Joaquín Mordíz, 1977.

ASTURIAS, Miguel Ángel, *El Señor Presidente*, Madrid, Cátedra, 1999, Edición de Alejandro Lanoël-d'Aussenac.

AYALA, Francisco, *Muertes de perro*, Barcelona, Vicens Vivens, 1993.

CARPENTIER, Alejo, *El recurso del método*, Madrid, Alianza, 1998.

----- *El reino de este mundo*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

CONRAD, Joseph, *Nostramo*, Madrid, Alianza, 1991.

ECHEVERRÍA, Esteban, *El matadero*, Madrid, Cátedra, 1986.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *El otoño del patriarca*, Barcelona, Random House Mondadori, 1999.

GUZMÁN, Martín Luis, *La sombra del caudillo*, Madrid, Castalia, 2002.

MARMOL, José, *Amalia*, Madrid, Editora Nacional, 1984.

ROA BASTOS, Augusto, *Yo el Supremo*, Madrid, Cátedra, 1987, Edición de Milagros Ezquerro.

USLAR PIETRI, Arturo, *Oficio de difuntos*, Madrid, Espasa Calpe, 1988.

VALLE-INCLÁN, Ramón del *Tirano Banderas*, Madrid, Espasa Calpe, 1993.

VARGAS LLOSA, *Conversación en la catedral*, Barcelona, Seix Barral, 1978.

ZALAMEA, Jorge, *El Gran Burundún Burundi ha muerto*, La Habana, Casa de las Américas, 1974.

4. HISTORIA, CULTURA Y SOCIEDAD DOMINICANA- HISTORIA DEL TRUJILLATO

ALCÁNTARA ALMÁNZAR, José, “Reflejos de Joaquín Balaguer, el escritor” en *El Caribe*, Santo Domingo, (23-07-2002).

ANDÚJAR, Carlos, *Identidad cultural y religiosidad popular*, Santo Domingo, Cole, 1999.

AQUINO GARCÍA, Miguel, *Tres heroínas y un tirano. La historia verídica de las Hermanas Mirabal y su asesinato por Rafael Leonidas Trujillo*, Santo Domingo, Corripio, 1996.

ARZENO RODRÍGUEZ, Luis, *Trujillo...Chapita no!*, Santo Domingo, República Dominicana, 1997.

BÁEZ, Etzel, *El crimen de las hermanas Mirabal y el ajusticiamiento de Trujillo*, Santo Domingo, Letra Gráfica, 2003.

BALAGUER, Joaquín, *Memorias de un cortesano de la “Era de Trujillo”*, Santo Domingo, Corripio, 1989.

----- *La palabra encadenada*, Santo Domingo, Corripio, 1993.

BARLOTLOW MARTIN, John, *El destino dominicano. La crisis dominicana desde la caída de Trujillo hasta la guerra civil*, Santo Domingo, Santo Domingo, 1975.

BISSIÉ, Miguel Ángel, *Trujillo y el 30 de Mayo. En honor a la verdad. Testimonio*, Santo Domingo, Susaeta Ediciones Dominicanas, 1999.

BOLÍVAR DÍAZ, Juan, “Modelo del éxito político. Balaguer, un gran constructor autócrata insaciable de poder”, *Hoy*, Santo Domingo, (20-07-2002).

BOSCH, Juan, *Trujillo: causas de una tiranía sin ejemplos*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1991.

----- *Las dictaduras dominicanas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1989.

CASSÁ, Roberto, “Algunos componentes del legado de Trujillo” en *Iberoamericana*, 3, 2001, págs. 113-127.

----- *Historia social y económica de la República Dominicana*, Santo Domingo, Editorial Alfa y Omega, 1996.

CLASE, Pablo hijo, *Porfirio Rubirosa. El primer Play Boy del mundo*, Santo Domingo, Taller, 2001.

CÉSPEDES, Diógenes, *Ideas Filosóficas, Discurso Sindical y Mitos Cotidianos en Santo Domingo*, Santo Domingo, Taller, 1984.

COLLADO, Lipe, *Anécdotas y crueldades de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Collado, 2002.

COMAS, José, “Balaguer o la erótica del poder” en *El País*, Madrid, (15-07-2002).

CORDERO MICHEL, José, *Análisis de la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Universitaria UASD, 1987.

CUELLO, José Israel, *¿Qué era la resistencia antitrujillista interna a la hora de la invasión de Constanza, Maimón y Estero Hondo, el 14 de junio de 1959?*, Santo Domingo, Taller, 1983.

----- CASSÁ, Roberto, SILIÉ Rubén, “50 años de historia dominicana” en GONZÁLEZ CASANOVA, PABLO, *América Latina: Historia de Medio siglo*, México, Siglo XXI Editores, 1984.

DERBY, Lauren, “La seducción del dictador: lo masculino y el espectáculo estatal durante la Era de Trujillo” en BREA, Ramona, ESPINAL, Rosario, VALERIO-HOLGUÍN Fernando (eds.), *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, política y cambio*, Santo Domingo, PUCMM, 1999, págs. 195-213.

DÍAZ GRULLÓN, Virgilio, *Antinostalgia de una Era*, Santo Domingo, Editora Corpio, 1989

DIEDERICH, Bernard, “Balaguer o el caudillo camaleónico”, *El Caribe*, Santo Domingo, (18 -07-2002).

----- *Trujillo. La muerte del dictador*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2002.

ESPAILLAT, Arturo, *Trujillo: anatomía de un dictador*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1963.

ESPINAL, Andrés J., *Antes Trujillo Después*, Santo Domingo, Taller, 1980.

ESTRELLA MUESES, Luis Salvador, *Salvador Estrella Sadhalá. Del complot a la gloria*, Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1998.

FENNEMA, Meindert y LOWENTHAL Troetje, *Construcción de raza y nación en República Dominicana*, Santo Domingo, Editora Universitaria UASD, 1987.

FERRERAS, Ramón Alberto, *Cuando la Era Era la Era*, Santo Domingo, Publicaciones América, 1980.

FIALLO BILLINI, José Antinoe, “La revolución de abril: el ayer para el hoy y el mañana” en *Caribe Soy*, Marzo-Abril de 1997.

----- “Los intelectuales y el poder, para la construcción de las luchas populares” en www.cielonaranja.com/antinoeintelectuales.htm, (26-08-2004).

----- “Los doce años: el poder balaguerista”, en *El Nuevo Diario*, Santo Domingo, (15-06-1986).

FRANCO PICHARDO, Franklin, *Cultura, política e ideología*, Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 1969

----- *Historia del pueblo dominicano*, Santo Domingo, Sociedad Editorial Dominicana, 1993.

FRANK CANELO, Juan de, *Dónde, por qué, de qué, cómo viven los dominicanos en el extranjero*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1982.

GALÍNDEZ, Jesús de, *La era de Trujillo (un estudio casuístico de dictadura latinoamericana)*, Bilbao, Rontegui, 1991.

----- “Un reportaje sobre Santo Domingo” en *Cuadernos Americanos*, no. 2, 1955, pág. 37-41.

GALLEGOS, Gerardo, *Trujillo. Cara y cruz de su dictadura*, Madrid, Ediciones Iberoamericanas, 1968.

----- *Trujillo en la historia*, Santo Domingo, Editorial del Caribe, 1956.

GARCÍA, Manuel de Jesús Javier, *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*, Santo Domingo, Taller, 1986, 2 volúmenes.

GARCÍA MICHEL, Eduardo, *30 de mayo. Trujillo ajusticiado*, Santo Domingo, Susaeta Ediciones Dominicanas, C. por A., 1999.

GIMBERNARD, Jacinto, *Trujillo*, Santo Domingo, Editora Cultural Dominicana, 1976.

GÓMEZ, Generoso, *Trujillo. La noche trágica. 30 de Mayo de 1961*, Santo Domingo, Editora El Nuevo Diario, 1996.

GÓMEZ SÁNCHEZ, Fiume, *Minerva, Patria y María Teresa, heroínas y mártires*, Santo Domingo, Búho, 1999.

JIMÉNEZ GRULLÓN, Juan Isidro, *Sociología política dominicana. 1844-1966*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1980, vol. III.

LANTIGUA, José R., *La conjura del tiempo. Memorias del hombre dominicano*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1994.

LLORENS, Vicente, *Memorias de una emigración. Santo Domingo, 1939-1945*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975.

LÓPEZ, José Ramón, *El gran pesimismo dominicano*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1975.

MARTÍNEZ, Julio César, *Quiénes y Por qué Mataron a Trujillo*, Santo Domingo, Revista & Ediciones Renovación, 1975.

MATEO, Andrés L., *Al filo de la dominicanidad*, Santo Domingo, Librería La Trinitaria, 1996.

----- *Mito y cultura en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1993.

MATOS DÍAZ, Eduardo, *Anecdotario de una tiranía*, Santo Domingo, Taller, 1976.

MEJÍA, Luis Felipe, *De Lilís a Trujillo*, Santo Domingo, Editora de Santo Domingo, 1976.

MITILA LORA, Ana, “El enigma del poder”, *Listín Diario*, Santo Domingo, (01-08-2002).

MOYA PONS, Frank, *Breve historia contemporánea de la República Dominicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

----- *Manual de historia dominicana*, Santiago, Universidad Católica y Maestra, 1981.

----- “Modernización y cambios en la República Dominicana” en VEGA, Bernardo (ed.), *Ensayos sobre cultura dominicana*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1981, págs. 211-245.

----- *...Y el mito habitó entre nosotros*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1993.

ORNES, Germán E., *Trujillo. Pequeño César del Caribe*, Caracas, Editorial Las Novedades, 1958.

PEÑA BATTLE, Manuel Arturo, *Ensayos históricos*, Santo Domingo, Fundación Peña Battle, 1989.

PEÑA RIVERA, Víctor A., *Los cadáveres salen a flote*, Puerto Rico, Cooperativa de Artes Gráficas, “Romualdo Real”, 1980.

PÉREZ, César, “El retraimiento de los intelectuales y la pobreza del debate político” en www.cielonaranja.com/cesarperez2.htm, (26-08-2004).

SÁEZ, José Luis, *Apuntes para la historia de la cultura dominicana*, Santo Domingo, Búho, 1997.

TEJEDA DÍAZ, Teodoro Tejeda, *Yo investigué la muerte de Trujillo*, Barcelona, Plaza & Janes, 1963.

UNANUE, Manuel de Dios, *El caso Galíndez. Los vascos en los servicios de inteligencia de EE. UU*, New York, Cupre, 1988.

VEGA. Bernardo, *Almoína, Galíndez y otros crímenes de Trujillo en el extranjero*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2001.

----- *Control y represión en la dictadura trujillista*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1986.

----- *En la década perdida*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.

----- et alt., *Ensayos de cultura dominicana*, Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1981.

----- *Los Estados Unidos y Trujillo. Los días finales: 1960-61. Colección de documentos del Departamento de Estado, la CIA y los archivos del Palacio Nacional Dominicano*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1999.

----- *La migración española de 1939 y los inicios del marxismo-leninismo en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1984.

----- *Nazismo, fascismo y falangismo en la República Dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1990.

----- *Unos desafectos y otros en desgracia*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1986.

VELOZ MAGGIOLO, Marcio, *Sobre cultura dominicana y otras culturas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1977.

WIARDA, Howard J., *Dictatorship and development. The methods of control in Trujillo's Dominican Republic*, Gainesville, University of Florida Press, 1968.

WIESE DELGADO, Hans Paul, *Trujillo. Amado por muchos, odiado por todos, temido por todos*, Santo Domingo, Editorial Letra Gráfica, 2000.

4. 1. LITERATURA DOMINICANA Y LITERATURA DEL TRUJILLATO.

ALCÁNTARA ALMÁNZAR, José, *Antología de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1972.

----- *Dos siglos de literatura dominicana (S. XIX-XX)*, Santo Domingo, Corripio, 1996. Vol. 10.

----- “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo” en *Revista/review Interamericana*, no. 21, 1991, págs. 97-109.

----- *Los escritores dominicanos y la cultura*, Santo Domingo, INTEC, 1990.

----- “Narrativa social dominicana: 1960-1970” en *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*, Santo Domingo, INTEC, 1984, págs. 61-86.

----- “Tres novelas dominicanas” en *Narrativa y sociedad en Hispanoamérica*, Santo Domingo, INTEC, 1984, págs. 87-101.

ÁLVAREZ, Soledad *et alt. El debate sobre las generaciones*, Santo Domingo, Taller, 1991.

AYUSO, Juan José, “La generación del 60 hacia la definición histórica del ser y la literatura dominicanos en *Más o menos*, Santo Domingo, Taller, 1996

BALAGUER, Joaquín, *Literatura dominicana*, Buenos Aires, Américalee, 1950.

----- *Historia de la Literatura Dominicana*, Buenos Aires, Gráfica Guadalupe, 1972.

BETANCES DE PUJADAS, Estrella, *The influence of Rafael Trujillo in dominican literatura*, Columbia University, 1991. Dissertation.

BERROA, Rei, “La literatura dominicana en el siglo XX” en *Revista Iberoamericana*, no. 142, 1988, págs. 5-357.

----- “Recordar para vivir: historia, alegoría y dialéctica en la crónica de Pedro Mir” en *Revista Iberoamericana*, 142, 1988, págs. 27-51.

CÉSPEDES, Diógenes, ÁLVAREZ, Soledad y VERGÉS, Pedro (eds.), *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1994.

----- “*Currículum (el síndrome de la visa)* o la carrera por la vida. La novela de Efraín Castillo” en *Estudios sobre literatura, cultura e ideologías*, Santo Domingo, Taller, 1983, págs. 137-148.

----- “El sentido de la responsabilidad social frente a la escritura: un estudio de *Jengibre*” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, no. 5, 1979, págs. 33-56.

----- *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*, Santo Domingo, Taller, 1993.

----- “Veinte años de literatura dominicana: la difícil alianza entre el “compromiso” y el arte”, en CÉSPEDES, Diógenes, *Estudios sobre Literatura, Cultura e Ideologías*, San Pedro de Macorís, R.D. Ediciones de la Universidad Central del Este, 1983, págs 57-68.

COCCO DE FILIPPIS, Daisy, “Enigmática transparencia”: Reflexiones acerca de la literatura dominicana en los ochenta” en *The Latino review of books*, vol. 3, no. 2, 1997, págs. 16-20.

COLLADO, Miguel, *Apuntes bibliográficos sobre la literatura dominicana*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1993.

CONDE, Pedro, *Antología informal*, Santo Domingo, Nacional, 1971.

----- *Notas sobre el “Enriquillo”*, Santo Domingo, Taller, 1978.

COWIE, Lancelotte Cowie, “Denuncia e innovación artística en *Los ángeles de hueso* y *Los algarrobos también sueñan*” en Ramonina Brea, Rosario Espinal y Fernando Valerio-Holguín (eds.), *La República Dominicana en el umbral del Siglo XXI*, Santo Domingo, PUCMM, 1999, págs. 177-191.

EMERETIO RENDÓN, Pura, *Ética y Estética en el Mito Literario (En República Dominicana y Haití)* Santo Domingo, SEE, 2000.

Encuesta sobre hábitos de lectura en República Dominicana, Fundación Global Democracia y Desarrollo, Santo Domingo, 2003.

FERNÁNDEZ-ROCHA, Carlos y DE LOS SANTOS, Danilo, *Lecturas Dominicanas*, Madrid, Playor, 1977.

FERNÁNDEZ OLMOS, Margarita, “La narrativa dominicana contemporánea: En busca de una salida” en *Revista Iberoamericana*, no. 142, 1988, págs. 73-87.

FRANCISCO, Ramón, *Literatura dominicana 60*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1969.

HERNÁNDEZ RUEDA, Lupo, “El pesimismo tradicional” en *La generación del 48 en la literatura dominicana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1981, págs. 126-146.

JAMES, Norberto Pedro, *Un estudio sociocultural de dos novelas dominicanas de la Era de Trujillo: Jengibre y Trementina, clerén y bongo*, Boston University, 1985. Dissertation.

LARSEN, Neil, “¿Cómo narrar el trujillato? En *Revista Iberoamericana*, no.142, 1988, págs. 89-98.

MAESENEER, Rita de, ““El Corte” en *El masacre se pasa pie del escritor dominicano Freddy Prestol Castillo*” en COLLAR, Patric (ed.), *La memoria histórica en las letras hispánicas contemporáneas*, Génève, Librairie DROZ, 1994, págs. 159-178.

MATEO, Andrés L., *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. Santo domingo, Librería la Trinitaria e Instituto del Libro, 1993

MENA, Miguel D., “Las letras saliendo del closet. Literatura homoerótica en República Dominicana” en www.cielonarajan.com/closet.htm, (26-08-2004).

MOYA PONS, Frank, *Bibliografía de la literatura dominicana*, Santo Domingo, Amigo del hogar, 1997.

PEIX, Pedro, *La narrativa yugulada*, Santo Domingo, Taller, 1987.

PÉREZ, Odalís, G., *Las ideas literarias en Santo Domingo*, Santo Domingo,

PIETRO, Giovanni Di, “La novela bíblica y el fin de la Era” en *Cuadernos de Poética*, no. 18, 1989, págs. 7-76.

----- “La novela trujillista” en Diógenes Céspedes *et al.*, *Ponencias del Congreso Crítico de Literatura Dominicana*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1994, págs. 205-218.

----- *Temas de literatura y de cultura dominicana*, Santo Domingo, Taller, 1993.

PIÑA CONTRERAS, Guillermo, *Doce en la literatura dominicana*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1982.

ROSARIO CANDERLIER, Bruno, *Coloquio Literario. Estudios y Entrevistas*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2000.

----- “Canon de la novela dominicana” en José Chez Checo, *Coloquios '98 en homenaje a Max Arturo Jiménez Sabater*, Comisión Permanente de la Feria del libro, Santo Domingo, 1999, págs. 19 y 20.

----- *Ensayos críticos. Análisis de textos dominicanos contemporáneos*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1982.

----- *Ensayos literarios*, Santo Domingo, Biblioteca Nacional, 1986.

----- *Tendencias de la novela dominicana*, Santiago, PUCMM, 1988.

----- y Alberto Peña Lebrón, *Tendencias y agrupaciones poéticas dominicanas*, Santiago, UCMM, 1986.

RUEDA, Manuel, “Presencia del dictador en la narrativa dominicana” en *El dictador en la novela latinoamericana*, Voluntariado de las Casas Reales, Santo Domingo, 1984, págs. 113-145.

SOMMER, Doris, “Good-Bye to Revolution and the Rest: Aspect of Dominican Narrative since 1965” en *Latin American Literary Review*. No. 8, 1980, págs. 223-228.

----- *One master for another. Populism as Patriarcal Rheroric in Dominican Novels*, Lanhan, University Press of America, 1983.

TEJADA, Rita María, *Análisis de tres novelas dominicanas de la postguerra: De abril en adelante, Currículum (el síndrome de la visa) y La otra Penélope*, Florida, The Florida State University, 2000.

VALERIO-HOLGUÍN, Fernando (ed.), *Arqueología de las sombras. La narrativa de Marcio Veloz Maggiolo*, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2000.

----- “Trujillo en una escena de seducción: *Bienvenida y la noche* de Manuel Rueda” en *Caribe: revista de cultura y literatura*, no. 2, 2002-2003, págs. 18-30

----- “La historia y el bolero en la narrativa dominicana” en *Revista de Estudios Hispánicos*, no. 23, 1996, págs. 191-198.

----- “Mito y Otredad en la Nueva Novela Histórica Dominicana” en COLLARD, Patrick Collard y MAESENEER, Rita de (eds), *Murales, figuras, fronteras. Narrativa e historia en el Caribe y en Centroamérica*, Madrid, Iberoamericana, 2003, págs. 93-108.

VELOZ MAGGIOLO, Marcio, *Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo*, Santiago, Universidad Católica Madre y Maestra, 1972.

ZAKREZEWSKI BROWN, Isabel, *La dialéctica entre la modernidad y el nacionalismo en tres novelas dominicanas*, Emory University, 1987. Dissertation.

4. 2. NOVELAS DEL TRUJILLATO DOMINICANAS

AMIAMA, Manuel A., *El viaje. Ensayo de novela de la vida capitaléña*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003.

AQUINO GARCÍA, Miguel, *Los Amores Del Dios*, Santo Domingo, Taller, 1998.

BOSCH, Juan, *La mañosa*, Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2001.

CABRAL, Manuel del, *El escupido*, Buenos Aires, Editorial Quintaria, 1970.

CASTILLO, Efraim, *Currículum (El síndrome de la visa)*, Santo Domingo, Taller, 1982.

----- *El personero*, Santo Domingo, Taller, 1999.

DAMIRÓN, Rafael, *¿¡Hello Jimmy!?*, Ciudad Trujillo, C. por A., 1945.

----- *La cacica*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983

----- *Revolución*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1983.

DÍAZ GRULLÓN, Virgilio, *Los algarrobos también sueñan*, Santo Domingo, Manatí, 2000.

FERNÁNDEZ CASANOVA, Carlos, *Papá y Trujillo*, Santo Domingo, Imprenta Hnos. Portes, 1999.

FERRERAS, Ramón Alberto, *Media isla (1): Chapeo*, Santo Domingo, Editorial del Nordeste, 1982.

GIMBERNARD, Jacinto, *Medalaganario*, Santo Domingo, Taller, 1995.

GONZÁLEZ HERRERA, Julio, *Trementina, clerén y bongó*, Santo Domingo, Taller, 1985.

HOLGUÍN-VERAS, Miguel, *Juro que sabré vengarme...*, Santo Domingo, Editora de Colores, 1998.

LACAY POLANCO, Ramón, *Antología*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1994.

LUCERO VÁSQUEZ, Jaime, *Anónimos contra el jefe*, Santo Domingo, Taller, 1987.

MATEO, Andrés L., *La balada de Alfonsina Bairán*, Madrid, Alianza, 1999.

----- *Pisar los dedos de Dios*, Santo Domingo, Taller, 1979.

MARRERO ARISTY, Ramón, *Over*, Santo Domingo, Taller, 1996.

MONCLÚS, Miguel Ángel, *Cachón. Una que vino y volvió*, Ciudad Trujillo, La opinión, 1944.

NOLASCO CORDERO, Francisco, *Papaján*, Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1973.

PAULINO, Aliro Hijo, *La noche que Trujillo volvió*, Santo Domingo, Corripio, 1982.

PÉREZ, Carlos Federico, *La ciudad herida*, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1977.

PÉREZ MÉNDEZ, Artagnan, *Al cruzar el viaducto*, Santo Domingo, Taller, 1997.

PIÑA-CONTRERAS, Guillermo, *Fantasma de una lejana fantasía*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1995.

PIÑEYRO, FRANK J., *Náufragos del odio*, Santo Domingo, Taller, 1995.

PRESTOL CASTILLO, Freddy, *El masacre se pasa a pie*, Santo Domingo, Taller, 1998.

REQUENA, Andrés, *Camino de fuego y Cementerio sin cruces*, Santo Domingo, Ediciones Ferilibro, 2001.

RIVERA AYBAR, Ricardo River Aybar, *El reino de Mandinga*, Santo Domingo, Ediciones Librería La Trinitaria, 1999.

SALVADOR GAUTIER, Manuel, *Toda la vida*, Santo Domingo, Corripio, 1995.

SANZ-LAJARA, J. M., *Caonex*, Buenos Aires, Editorial Américalee, 1949.

SENCIÓN, Viriato, *Los que falsificaron la firma de Dios*, Santo Domingo, Taller, 1992.

SERULLE, Haffe, *Las tinieblas del dictador*, Santo Domingo, Casagrande Editores, 1978.

VALDEZ, Diógenes, *La telaraña*, Santo Domingo, Taller, 1980.

----- *Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Edita-libros, 1997.

VEGA, Bernardo, *Domini Canes. Los perros del Señor*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1997.

VELOZ MAGGIOLO, Marcio, *Los ángeles de hueso*, Santo Domingo, Editora Cole, 2002.

- *De abril en adelante*, Santo Domingo, Taller, 1984.
- *La biografía difusa de Sombra Castañeda*, Santo Domingo, Taller, 1984.
- *Materia Prima. Protonovela*, Santo Domingo, Taller, 1988.
- *Ritos de cabaret*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.
- *Uña y carne. Memorias de la virilidad*, Santo Domingo, Editora Cole, 1999.

VERGÉS, Pedro, *Sólo cenizas hallarás (bolero)*, Barcelona, Ediciones Destino, 1981.

4.3. NOVELAS DEL TRUJILLATO ESCRITAS POR AUTORES NO DOMINICANOS:

ÁLVAREZ, Julia, *En el tiempo de las mariposas*, Madrid, Alfaguara, 2001

CRUZ HERMOSILLA, Emilio de la, *La noche de Trujillo. Relato de un magnicidio*, Barcelona, Planeta, 1980.

DANTICAT, Edwidge, *Cosecha de huesos*, Barcelona, Lumen, 2000.

LAFOURCADE, Enrique, *La fiesta del rey Acab*, Caracas, Monte Avila editores, 1959.

MATILLA RIVAS, Alfredo, *El españolito y el espía*, Santo Domingo, Isla Negra, 1999.

RIERA LLORCA, Vicenç, *Los tres salen por el Ozama*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1989.

VARGAS LLOSA, M., *La fiesta del chivo*, Madrid, Alfaguara, 2000.

VÁZQUEZ MONTALBÁN, M., *Galíndez*, Barcelona, Seix Barral, 1990.

4. 3. 1. CRÍTICA LITERARIA DE NOVELAS DEL TRUJILLATO ESCRITAS POR AUTORES NO DOMINICANOS.

ARMAS MARCELO ,J. J., *Vargas Llosa. El vicio de escribir*, Madrid, Alfaguara, 2002.

BADOS CIRIA,C., “In the time of Butterflies, by Julia Alvarez history, fiction, testimonio and the dominican republic” en *Mographic Review*,Lubbock,13,1997.

COLMEIRO, José F., “La verdad sobre el caso Galíndez o la re-escritura de la historia”, en *Papers from Acts Irvine of Asociación internacional de hispanistas* (V), University of California, 1992, págs. 211-222.

FORGUES, Roland, *Mario Vargas Llosa: escritor, político y ciudadano*, Perú, Librería Editorial “Minerva” Miraflores, 2001.

GALSTER Ingrid, “Entrevista con Manuel Vázquez Montalbán. A propósito de su novel Galíndez” en *Revista Iberoamericana-lateinamerika-Spanien-Portugal*, no.20, 1996, págs. 72-84.

GEWEEKE, Frauke, “*La fiesta del Chivo*, de Mario Vargas Llosa: perspectivas de recepción de una novela de éxito” en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, no. 3, 2001, págs. 151-165.

KOLLMANN, Sabine, “*La fiesta del Chivo*: cambio y continuidad en la obra de Mario Vargas Llosa” en *Iberoamericana. América Latina-España-Portugal*, no. 3, 2001, págs. 135-149.

KRISTAL, Efraín, “*La fiesta del Chivo*” en *Mester*, 29, 2000, pág. 194.

----- “La política y la crítica literaria. El caso Vargas Llosa” en *Perspectivas*, págs. 339-351.

MARBÁN, Jorge, “Voces narrativas y diseño novelístico en el *Galíndez* de Vázquez Montalbán” en *Explicación de textos literarios*, no. 26, 1997-1998, págs. 6-14.

MIRÓ QUESADA, Francisco, “El compromiso de Mario Vargas Llosa con la libertad y la democracia” en FORGUES, Roland (ed.), *Mario Vargas Llosa. Escritor, ensayista ciudadano y político*, Lima, Librería Editorial “Minerva” Miraflores, 2001, págs. 131-146,

PITTARELLO, Elide, "Contaminaciones: *Galíndez* de Manuel Vázquez Montalbán" en PRISCO, Rafael di y SCOCOZZA, Antonio (coord.), *Ideología y ficción en el siglo XX. II Congreso Internacional. Literatura y Política en América Latina* Caracas, Fundación La Casa de Bello, 1998, págs. 165-185.

STEFANKO, J., "New ways of Telling: Latina's Narratives of Exile and Return" en *Frontiers: A Journal of women studies*, 17, 1996.

VALERIO-HOLGUÍN, Fernando, "En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez: una reinterpretación de la historia" en *Chasqui: revista de literatura latinoamericana*, no. 27, 1998, pág. 92-102.

WILLIAMS, Raymond L., *Vargas Llosa: otra historia de un deicidio*, México, Taurus, 2001.

ZAKRZEWSKI BROWN, Isabel, "Historiographic Metafiction in *In the time of the butterflies*" *South Atlantic Review*, no. 64, 1999, págs. 98-112.

- "Conversación entre Mario Vargas Llosa y Enrique Krauze. La seducción del poder" en *Letras libres*, no. 2, 2000, págs. 22-26.

- "Conversación entre Álvaro y Mario Vargas Llosa. Las dictaduras hispanoamericanas" en *Letras libres*, no. 2, 2000, págs. 20-23.

- "Espejo de la crítica: *Galíndez*" en *Quimera: revista de literatura*, no. 108, 1991, págs. 62- 63.

4. 4. MEMORIAS, CRÓNICAS, TESTIMONIOS DEL TRUJILLATO

BÁEZ DE JIMÉNEZ, Mayra, *Si la mar fuera de tinta... Vivencias de una niña tras la caída de la dictadura trujillista*, Santo Domingo, Taller, 2001.

CUELLO, Rafael, *El sisal. Esclavitud y muerte en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Susaeta Ediciones Dominicanas, 2002.

GARRIDO, Víctor, *En la ruta de mi vida (1886-1966)*, Santo Domingo, Arte y Cine, 1970.

GAUTIER, Josefina, *Escondido. Mi 30 de Mayo*, Santo Domingo, Taller, 1993.

GUERRERO POU, Eugenio María, *Yo maté a su hijo. Testimonio de un cadete en la Era de Trujillo*, Santo Domingo, Taller, 1996.

JIMENES GRULLÓN, Juan Isidro, *Una Gestapo en América*, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003.

MOTA, Rafael, *40 años después. Cuando los hombres lloran*, Santo Domingo, Centro Arte Uribe, 2000.

RAMÍREZ Hijo, Jesús María, *Mis 43 años en La Descubierta*, Santo Domingo, Editoria Centenario, 2000.

5. LECTURA PASIVA

BRECHT, Bertolt, *Los negocios del señor Julio César*, Barcelona, Seix Barral, 1984.

CARTAGENA PORTALÍN, Aída, *Escalera para Electra*, Santo domingo, Taller, 1975.

DEIVE, Carlos Esteban, *Magdalena*, Santo Domingo, Imprensa de Arte y Cine, 1964.

ELÍADE, Mircea, *Aspectos del mito*, Barcelona, Paidós, 1998.

FERRERAS, Ramón Alberto, *Las Mirabal. Media Isla (III)*, Santo Domingo, Cosmos, 1976.

FRANCISCO, Ramón, *Sobre arte y literatura*, Santo Domingo, Taller, 1998.

GALÍNDEZ, Jesús de, *Cinco leyendas del trópico*, Santo Domingo, Taller, 1984.

GALVÁN, Manuel de Jesús, *Enriquillo*, Santo Domingo, Imprenta Amigo del Hogar, 1970.

HENRÍQUEZ GRATEREAUX, Federico, *La feria de las ideas*, Santo Domingo, Taller, 1988.

----- *Disparatario*, Santo Domingo, Alfa & Omega, 2002.

JIMÉNEZ, Ramón Emilio, *Al amor del bohío*, Santo Domingo, Editor Virgilio Montalvo, 1927.

MIRA, Pedro, *Cuando amaban las tierras comuneras*, México, Siglo XXI, 1978.

PÉREZ CABRAL, Pedro Andrés, *Jengibre*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1978.

REYES, Ramón Emilio, *El testimonio*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1961.

RODRÍGUEZ DEMORIZI, Emilio, *La tertulia de los solterones*, Madrid, Gráficas Halar, 1974.

SHAKESPEARE, William, *Macbeth. Otelo. Julio César*, Madrid, Edad, 1981.

VELOZ MAGGIOLO, Marcio, *Creonte*, Santo Domingo, Editorial La Nación, 1963.

----- “Judas” en *Judas. El buen ladrón*, Santo Domingo, Librería Dominicana Editora, 1962.

YOURCENAR, Marguerite, *Memorias de Adriano*, Barcelona, Opera Mundi, 2002.

APÉNDICE

1. UNA CRONOLOGÍA DEL TRUJILLATO⁷³⁸

1918 – La Fuerza de Ocupación del Cuerpo de Marina de los Estados Unidos en la República Dominicana recluta a Rafael Leónidas Trujillo Molina para la Guardia Nacional.

1924 – Los marinos se marchan. Trujillo está ahora al frente de las fuerzas armadas.

1930 – Trujillo encabeza un golpe contra el presidente Horacio Vásquez, y se instala como presidente.

1955 – El vicepresidente Nixon, en un gesto de buena voluntad, visita la República Dominicana. La CIA establece una base allí.

1956 – Jesús Galíndez es secuestrado en la ciudad de Nueva York y conducido en un avión piloteado por Gerald Murphy a la República Dominicana. Su compañero como piloto, Octavio de la Maza, es arrestado por el asesinato.

1957 – Octavio de la Maza es asesinado en la prisión, y su muerte se atribuye a suicidio. Antonio de la Maza, su hermano jura venganza.

1958 – El jefe de estación de la CIA, Lear B. Reed, ofrece ayuda a los dominicanos disidentes que comienzan a conspirar para asesinar a Trujillo.

1959 – Llega a la capital dominicana el presidente Fulgencio Batista, dictador de Cuba, quien ha huido antes de que las fuerzas de Fidel Castro tomen el poder allí.

- Exiliados dominicanos, lanzados desde Cuba como invasores, son muertos o capturados en la República Dominicana. Utilizando la fecha de su desembarco en la República Dominicana, las células domésticas de apoyo toman del nombre de “Catorce de Junio”, condensado como 1J4.

⁷³⁸ *Vid.*, Bernard Diederich, *Trujillo. La muerte del dictador*, *op. cit.*, págs. XV-XVII.

1960 – Centenares de miembros de 1J4 son capturados y torturados por el SIM, la policía secreta dominicana o “Servicio de Inteligencia Militar”. Los Estados Unidos consignan su desaprobación oficial.

-Trujillo expulsa del país al oficial de prensa de la embajada de los Estados Unidos, Carl Davis, El presidente Eisenhower aprueba un plan de contingencia para ayudar a un golpe doméstico contra Trujillo. Se produce la primera solicitud de armas de los disidentes dominicanos a la Embajada de los Estados Unidos.

-Trujillo dirige una tentativa de asesinato contra el presidente Rómulo Betancourt, de Venezuela, la cual falla.

-Los estados miembros de la OEA votan por la ruptura de las relaciones diplomáticas con la República Dominicana y la imposición a ese país de sanciones económicas. Los EEUU bajan de grado su representación, reduciéndola de embajada a consulado general. El Cónsul General Henry Dearborn también se convierte en jefe de estación de la CIA. Los EEUU se ponen en contacto con los disidentes cuyo núcleo está integrado por Antonio de la Maza y el general Juan Tomás Díaz.

-Los agentes de Trujillo asesinan a tres hermanas, Minerva, María Teresa, y Patria Mercedes Mirabal, que estaban casadas con líderes del Movimiento 14 de Junio.

1961 – El “Grupo Especial” de los Estados Unidos aprueba la entrega de armas a los dirigentes dominicanos.

-Toma posesión el presidente John F. Kennedy.

-El general Pupo Román, sobrino político de Trujillo, se enrola en el grupo político De la Maza.

-Falla la invasión de la Bahía de Cochinos, en Cuba, patrocinada por EEUU.

- Trujillo es muerto en una emboscada en las afueras de la capital.

-El hijo de Trujillo, Ramfis, asume el poder. Los conspiradores del tiranicidio permanecen ocultos. Huáscar Tejeda es el primero de ellos en ser capturado por los agentes del SIM.

-Capturan a Fifi Pastoriza. En la medianoche de esta fecha ya habían sido arrestadas doscientas once personas, las cuales fueron arrojadas en la prisión.

-Amado García Guerrero es muerto de bala por agentes del SIM.

-Tunti Cáceres se entrega. Capturan a Salvador Estrella. Juan Tomás Díaz y Antonio de la Maza son muertos a balazos por agentes del SIM.

-A la altura de esta fecha 400 mocanos, amigos y parientes de la familia De la Maza , han sido arrestados. El doctor Robert Reid se suicida.

-Se suceden los motines callejeros en ciudad Trujillo, y se producen huelgas financiadas por la antitrujillista Unión Cívica Nacional.

-Seis de los restantes matadores de Trujillo son masacrados en la Hacienda María. Ramfis Trujillo huye del país. Llega la flota del Atlántico de los EEUU.

-La familia Trujillo deja la República Dominicana y se dirige al exilio protegida por una guardia militar norteamericana.

2.TRANSCRIPCIÓN DE ENTREVISTAS SEMI-ESTRUCTURADAS REALIZADAS A ESCRITORES Y CRÍTICOS DOMINICANOS. EN OCTUBRE 2003

2. 1. MARCIO VELOZ MAGGIOLO.

-La novela dominicana: las condiciones socio-culturales del país, el hecho de que no existan escritores a tiempo completo, etc. ¿Usted cree que eso delimita el desarrollo de la novela dominicana?

-No, yo creo que el problema de la novela es un problema social, o sea, la novela crece en función de la complejidad social de un país, de las posibilidades de lectores, de un público que pueda aceptar la producción. Yo pienso que últimamente, en los 20 o 24 últimos años, y aún más, después de la caída de Trujillo, la novela ha sido un elemento importante. Hay mucha novela, no vamos a decir que todas tienen una enorme calidad, pero hay un desarrollo de la novelística dominicana. Hay autores como Diógenes Valdez, Pedro Peix, Andrés Mateo, etc.

-Y dentro de esta panorámica de la novela dominicana...¿Cree usted que ocupa un lugar especial la narrativa del trujillato?

-Sí, sí, lo cumple. ¡Como no! Por ejemplo, la novelística de Pedro Peix tiene mucho de Trujillo. La novelística del propio Diógenes Valdez tiene mucho de esto. La misma novelística mía, muchas de ellas no son del trujillato en sí. Mi novela más directa sobre el trujillato es *Uña y carne*. Pero el resto de mi narrativa, como *De Abril en adelante*, y en muchos cuentos, el efecto del trujillato es lo que yo he manejado más. Por ejemplo en *Biografía difusa de Sombra Castañeda*, se ven estos efectos. En mi última novela que acaba de salir en España, *El hombre del acordeón*, ahí también está la figura del personaje de un país de tantos años de dictadura. La dictadura ha conformado mucho la mentalidad dominicana, es un elemento vivo todavía. En la actualidad el trujillato no ha terminado. Hay una especie de añoranza de la era de Trujillo, manejada por los gobiernos trujillistas, como Balaguer, que cercenaron la memoria histórica dominicana

y promovieron la imagen de Trujillo. Hasta el punto de que la mayoría de los seguidores de Balaguer, fueron trujillistas de segunda y de tercera clase, que él mantuvo en el poder y que luego, protegieron su propia memoria que es la memoria trujillista.

-¿Hubo, entonces, una prolongación del trujillismo sin Trujillo?

-Sí, sí, sobre todo de sus ideas. No de sus ideas, porque yo no pienso que Trujillo las tuviera, pero sí de sus métodos, del aparato y de ver las cosas desde el punto de vista de la violencia, del poder, de la falta de apertura y de considerar algunas de las acciones de Trujillo como acciones positivas. Eso pasó en España también con Franco y sigue pasando. Es un proceso lento que depende mucho de la educación, de la importancia que tenga el sistema educativo y cultural en eso, para promover la verdad que el estudiante y el joven pueda manejar. Pero no es así.

-Hablando de ese cercenamiento de la historia, leí en una entrevista que le hicieron, creo que en "Doce en la literatura", o en la tesis de Rita María Tejeda en la que usted decía que la Secretaría de Cultura en este país había propiciado una cierta tergiversación de la historia, favoreciendo al trujillato.

-Nunca se le ha dado importancia a eso. La secretaria de Cultura trabaja en función de la difusión, pero no de la creatividad y de la respuesta de la creación de un capital humano. Esa no es la política del secretario.

-Entonces usted piensa que el trujillato tiene ese lugar especial como núcleo temático en contraste con otros como la revolución de Abril...

-La revolución de Abril se ha tocado bastante también, pero más en el campo del ensayo, del ensayo histórico. Los temas de Abril son pocos. Yo también tengo una novela, no sobre la revolución sino sobre sus efectos. Los personajes son personajes golpeados por pequeño-burgueses que pasaron a ser publicistas...como ha pasado con la izquierda, que en el momento que han conseguido un buen empleo, se olvidaron de sus ideologías. Eso es un ejemplo de la sociedad en que vivimos.

-De Abril en adelante, *es una novela que Doris Sommer tilda de revolucionaria, a pesar de lo que en un principio se entendió aquí y de la acogida que tuvo la obra.*

-Esa novela fue finalista del Seix Barral con otro nombre en los años 70. En ese año no se dio el premio por un problema en la editorial. Esa novela competía con una de Bryce *Un mundo para Julius* y otras que sí se publicaron. El tema de Trujillo en España era imposible, porque allí estaba Ramfis Trujillo, con grandes inversiones, y era la época de Franco y yo pienso que nunca editorial se atrevió. Sin embargo a Donoso le publicaron y yo me desencanté bastante. Se publicó aquí tiempo más tarde por "Taller". Fue una catástrofe editorial.

-¿Qué considera usted que tiene el trujillato que no tengan otras dictaduras, dentro y fuera de Santo Domingo, como Santana, o Lilís?

-Trujillo fue el padre del capitalismo dominicano. O sea, Ulises Heraux en el XIX crea las condiciones y la intervención norteamericana del 16 las consolida. Trujillo, digamos que aglutinó por vez primera la economía nacional. Y desde luego, tuvo tiempo de ejercitar una política de conducciones, como en todas las dictaduras, una política de propaganda muy bien llevada. Se hizo rodear de grandes intelectuales importantes que le dieron dimensión ideológica, entre comillas, al trujillato. Aquí hubo un instituto trujilloniano, que estudiaba las obras de Trujillo, un boletín que durante más quince años se publicó para ensalzar la figura de Trujillo. Trujillo se preocupó mucho de su propia propaganda; sus discursos y mensajes se publicaban cada año en un gran volumen con fotos. Trujillo organizó una imagen positiva de la dictadura, que para muchos todavía existe. Como pasa con Perón, guardando las distancias. Había un populismo, pero también era muy fluctuante, porque en un primer momento fue fascista. Después en un momento durante la segunda guerra mundial, ahí se presentó como pro-americano, pues le convenía por los ingenios del azúcar que él manejó, manejó toda la economía nacional. Aquí nadie se hizo rico sin el apoyo de Trujillo, eso no era posible. Por lo tanto, un poder omnímodo.

-Ya que estamos en el trujillato..¿Qué piensa usted de novelas publicadas en esta época, tanto trujillistas (Caonex, Trementina Clerén y Bongo, etc) y antitrujillistas (Cementerio sin cruces). ¿Existe calidad literaria, o pesa demasiado la rémora ideológica?

-Yo creo que por ejemplo que las novelas de Román, son novelas de propaganda y la novela *Cementerio sin cruces* es una novela de protesta, pero no es un escritor, vamos a hablar claramente. Donde yo encuentro realmente a un escritor es en Pedro Peix, claramente. Y el propio Diógenes tiene muchas cosas interesantes, es muy buen cuentista. A veces se descuida. Pero la novela trujillista fue muy mala, como *Caonex*, fue una novela farragosa. Son interesantes las descripciones que hace de los barrios, como era la vida en los años cuarenta, la calle de El Conde, pero es que para mí Sanz-Lajara fue un escritor mediocre. Tiene algunos cuentos buenos, porque el cuento le permitió atrapar algún momento luminoso, pero cuando se lanza a la construcción le es más difícil. No me gusta hablar mucho de estos temas, porque hay mucha sensibilidad todavía entre los escritores. Si tú dices eso me gusta o eso no me gusta pues como es un país pequeño..., no como un país europeo donde puedes decir lo que te de la gana y no pasa nada.

-Pero yo pienso que eso se superó a partir de los años setenta y sobre todo ochenta que es cuando empieza a despegar la novela dominicana.

-Así es. Hay novelas buenas, Aida Cartagena tiene una novela muy buena, *Escalera para Electra*. *Los ángeles de hueso*, es una novela mía que es un poco de experimento, los personajes que piensan, un compromiso verbal. *Materia Prima*, también. Todas mis novelas se ensamblan. En *Materia Prima* se ve el periodo balaguerista, cómo se destruye el barrio, la migración. Se pueden seguir, no es la intención pero el tema sale, se expande. Hay mucha gente que le tiene miedo al tema del trujillato. Yo nunca he tratado el tema de una manera clara, el personaje de Trujillo en *Uña y carne* es una caricatura, en parte, también hay una crítica hacia ciertos sectores de la izquierda muy fuerte.

-Usted recurre también mucho al tema de la memoria.

-El tema de la memoria es un tema que yo he manejado.

-Y he observado una proliferación de textos del trujillato en la década de los noventa. Se producen varios en los ochenta pero en los noventa se disparan.

-Lo que pasa es que ésta es una ciudad que ha crecido. Cuando Trujillo murió había una universidad, ahora hay cerca de veinte. Aquí había poco acceso a la literatura porque estaba cerrado todo. Aquí leer un libro era cogerlo prestado, buscarlo en alguna biblioteca de amigo, gente que regresaba. Por ejemplo, Fernández Spencer cuando llega aquí, yo uso su biblioteca. Después se abre el mercado literario y cultural, esto comienza a partir del 65; una conciencia frente a la identidad del problema dominicano, gente nueva que llega aquí desde fuera, muchos sociólogos y antropólogos. Gente que se fue y volvió con una idea europea. Eso abre un camino intelectual, no sólo desde la novela, sino en todos los aspectos: economía, sociología, estudios de todo tipo.

-Pero no cree que ha influido también la distancia histórica, que ya se pueda hablar con total libertad del tema del trujillato, o no?

-No, no, no. Yo en el año 61 publico una novela *El prófugo*. Pero es una novela que a mí no me gusta. La gente creía que había mucha obra inédita, pero cuando murió Trujillo no salió nada, no había nada inédito. A excepción de dos o tres cosas que no eran inéditas. *Espigas maduras*, una obra de teatro, centrado en la era de Trujillo y alguna que otra pieza. Pero se suponía que había una gran literatura oculta...La novela de relatos más bien, de Freddy Prestol Castillo, *El masacre se pasa a pie*, estuvo oculta. pero uno pensó que debía haber una avalancha de textos. Yo escribí sobre eso en un libro llamado *Sobre cultura dominicana*, hablé de esa autocensura, de esa agrafia, que era el terror, el terror de escribir, no de hablar, de escribir, porque era la muerte.

-Y qué piensa de esa corriente bíblica de crítica subversiva... porque usted escribió Creonte...

-Sí, yo escribí *Creonte* en la era de Trujillo...Y *El buen ladrón*, fue una novela que tenía sus implicaciones con la dictadura..Algún familiar como Pepe Rubio, que era novelista existencialista, que estaba en el grupo y me preguntó una vez en un café si yo estaba criticando a su tío. (He leído sobre esto). El *Creonte* es una novela sobre la caída de un dictador publicada antes del treinta de mayo, y *Espigas maduras* se presentó antes del 61 y eso no se interceptó en ese momento, porque era tan estulta la clase dirigente que no se daba cuenta.

-¿Pero usted lo encasillaría realmente dentro de esa “tendencia bíblica”?

-En el caso mío yo tengo una formación bíblica porque mi madre era protestante, evangélica, era evangélica fundadora; entonces yo era un lector de la Biblia, ahora no soy religioso ya, pero yo era un lector de los textos bíblicos desde niño. Mi abuelo también era de la fundadora y entonces leyendo una serie de autores de la época Somenage, sobre el tema bíblico e histórico manejado por muchos escritores mucho antes de ahora, porque ahora todo es una novela histórica. Tú vas a España y te encuentras doscientos capítulos de Egipto. A mí me pareció interesante leyendo el Barrabás, yo no había escrito ninguna novela, pero leyendo el Barrabás hay varios personajes, uno de ellos “el buen ladrón” y empecé a trabajar eso como un relato. Estaba en el servicio meteorológico nacional, yo fui metereologista un tiempo, entonces ahí empecé a escribir. Mi primer texto fue una novela sobre un personaje norteamericano, de una madre que veía el cadáver de su hijo, y encajó perfectamente y entonces trabajé con esa influencia. Y después escribí *Judas*.

-¿Pero entonces se trataba de una metáfora, de una crítica subrepticia al régimen?

-Claro que la había, es la dictadura romana.

-He leído que usted dice en “Doce en la literatura dominicana” que el trujillismo sólo puede ser narrado por aquellos que han vivido ese periodo histórico.

-Yo lo que quiero decir con eso es que quien no vivió el trujillismo no se lo puede imaginar, porque la violencia es una cicatriz. Tú no puedes tener la cicatriz si no te han dado el tortazo. Claro, no quiero decir con eso que otro no pueda escribir. Vargas Llosa ha escrito una novela a base de informaciones o Vázquez Montalbán. Pero eso es el manejo de una información. Como la novela de Julia Álvarez, no me gusta para nada, hay momentos en el que ella deforma la realidad, como hace Vargas Llosa. Tu puedes deformar la realidad, pero no al deformarla darle mérito o agregarle negatividades a una persona que es un personaje y que no fue así. Eso a mí me parece escalofriante. Que una de las hermanas Mirabal aparezca como lesbiana, en el caso de Vázquez Montalbán (creo que se refiere aquí a Vargas Llosa) aparezca gente suicidada que no se ha suicidado y personajes confundidos, porque ha usado nombres particulares y no son muñecos, están ahí todos, están vivos y han protestado. Porque ya eso pasó en el 61.

Entonces 40 años después usted no tiene derecho a venir, usted puede poner los nombres que te de la gana, pero no tiene derecho a venir a colocar un nombre de un personaje que está vivo porque la gente lo averigüa. Muy bien, que la gente lo averigüe, pero dele la oportunidad a ese señor de mantener su tranquilidad. Que bastante tiempo y bastante daño ha pasado ya. En el caso de Vázquez Montalbán no, porque Vázquez Montalbán se documentó y los nombres que están ahí, son nombres que han sido nefastos en la vida dominicana.

-En el caso de La fiesta del chivo, he observado a través del seguimiento de los recortes de prensa aparecidos con motivos de su publicación, que fue tratado como todo un fenómeno sociológico: denuncias, etc.

-Sí, porque muchas de esas cosas son disparos a mansalva. Me parece que eso no debe ser.

--Pero usted piensa que pueden ser consideradas novelas del trujillato exclusivamente por la temática, aunque que no tengan esa dominicanidad?

-Sí, son novelas del trujillato. La primera es *La fiesta del rey Acab*. Es una novela que se ve que es Trujillo. En la novela de García Márquez, *El otoño del patriarca*, ahí está Trujillo, ahí está claro. De modo que hay una serie de elementos de la dictadura que están en todas partes. El problema es cuando tú personalizas. Para nosotros es difícil.

-Porque abrió heridas...

-Abrió heridas y también hirió donde no había heridas, como lo del suicidio, y esa persona anda viva por ahí.

-Precisamente estas tres novelas tocan temas que yo creo que precisamente son bastante recurrentes en la novela del trujillato: Galíndez, las Mirabal, los Conjurados del 30 de Mayo.

-Sí, por supuesto. Pero todavía hay muchas divisiones y mucho odio. Muchas actividades y actitudes de mucha gente que se pensaron que iban a ser el modelo

nacional y no lo son, después de la muerte de Trujillo. Es muy difícil manejar ese tema, muy difícil. Y si usted quiere manejar ese tema desde un punto de vista personal, todavía más. Son muchos nombres. Yo no uso nombres, no por temor, sino porque no creo que haya obligación, ni sea necesario manchar a nadie. Además si es novela, es novela. Novela es imaginación.

-Se ha comentado que en estas tres novelas ha pesado demasiado la investigación y la documentación, la crónica incluso.

-Están hechas por testimonios de terceros, no son novelas testimoniales, porque el testimonio lo tienes que vivir. Son inventos, o sea, interpretaciones. Son testimonios que tú escoges, porque todo novelista escoge su material; a lo mejor hay cosas que no le interesaban. Yo escribí sobre *La fiesta del chivo*, porque la declararon la mejor novela. En Inglaterra un periódico se lanzó a decir que era la mejor novela que se había escrito en América Latina. Una exageración.

-El título llevó a confusiones por la falta de información, ya que gran parte de la crítica pensaba que a Trujillo en vida le apodaron el “chivo”.

-Fue a partir de la muerte-. Fue un merengue de una orquesta de Antonio Morel, que se hizo famoso después de la muerte de Trujillo, pero no dedicado a Trujillo. Porque eso era venezolano, titulado “la fiesta del chivo”, de los años 20, que sonó en Venezuela: “mataron al chivo en Venezuela”, eso es un “joroco” venezolano. Cuando lo fusilan, lo hacen merengue, pero ese merengue se grabó antes de la muerte de Trujillo.

-Y lo de “gallo”, “tiguer”, etc. Existen muchísimos calificativos para nombrar a Trujillo, ¿no?

-Sí, este país está totalmente zoológico. Los dominicanos tienen nominaciones. Un “gallo”, es un buen mozo, un hombre bravo, eso es un “gallo”. Si juega bien el parchís, se dice “ese hombre es un gallo”. Y el “tiguer” es un personaje de barrio, no es nada parecido a Trujillo, porque Trujillo era completamente lo contrario a un “tiguer”. El “tiguer” es un personaje, que nosotros, que vivíamos en barrios, era un personaje abusador, el que le quitaba el juego a los muchachos, el que era capaz de matarse con

alguien. Era el bravo del barrio. Trujillo era todo lo contrario, Trujillo no quería ser “tíguere”. Trujillo fue un hombre que salió de telegrafista, se hizo militar, medias de seda, guante de seda, un príncipe. Él copió totalmente lo que no era un “tíguere”, porque el “tíguere” era un proletario.

El primero que escribió sobre el “tíguere” fui yo en *La noticia*, diez o quince años antes que Lipe Collado. La tipificación de mi época, eso lo viví yo. Eran delincuentes que andaban con la camisa vieja, de la calle. Y eso está en la novela de Cestero *La sangre*, y en la novela de principio de siglo de Damirón, toda la novela dominicana costumbrista, ahí está el “tíguere”. El “tíguere” no es un invento.

(Habla la esposa del entrevistado: A mí cuando me dieron la noticia de que habían matado a Trujillo, me dijeron: “mataron al pájaro”)

-¿Y qué connotaciones tiene?

(La esposa del entrevistado: no de homosexual ni mucho menos, el pájaro... Cuando a uno le decían “mataron al pájaro”, ya uno sabía que era el tirano.

-No se podía decir el nombre, “mataron a Trujillo”. Ese nombre no se pronunciaba. La gente no entiende, ni siquiera los muchachos de hoy tienen idea. Nosotros le contamos cosas y ellos no creen que eso sea así. Hay cosas tan increíbles como esto: yo tenía un amigo poeta que murió en España. Era un poeta, un aficionado a la poesía y ese señor era del servicio del SIM, un calié, un soplón con un sueldo. Gente que entró a ser soplón, a ser calié, por necesidad. Que no eran trujillistas ni antitrujillista. Este muchacho iba a la cafetería donde nos reuníamos, había talleres literarios, no como ahora, que no hay nada. Y él llegaba y se sentaba, se volvía hacia atrás y él decía lo siguiente: señores no hablen mal del gobierno, porque eso me puede perjudicar. Es un personaje para un cuento. Luego me lo encontré en Madrid en el año 62 y me dijo: “estoy escribiendo novelas de vaqueros con un pseudónimo norteamericano, de esas que venden en los quioscos, me pagan tanto...” Nunca volvió y no mató a nadie. Y a mí me conmueve pensar en él porque era un hombre bueno. Además que amaba a los intelectuales.

-Y a propósito de los intelectuales en la época de Trujillo...

-No, no había. Había una crítica subterránea fuerte. Por ejemplo había el Doctor Marmolejo, que era un señor que se sabía de memoria *El Quijote*, “Funes el memorioso”. Era un hombre que sabía mucha gramática, pero era antitrujillista. Y él sufría de diabetes y le habían cortado una pierna. Estaba con nosotros, se sentaba a hablar con nosotros, y nos decían que debíamos tener cuidado, porque a Marmolejo lo acechaban. Y él hacía sus cositas, muy por debajo.

Trujillo se desquitaba con muchas cosas, dándole empleo a la familia, prohibiendo la salida del país. Al final ya, cuando se vio agobiado por las situaciones del 59, por el Movimiento 14 de Junio, donde estaban todos los hijos de la burguesía, ya entró la apertura a manos llenas. Aunque también la hubo. Pero al final era ya algo masivo.

-¿Y es cierto que al final de la era le dio por matar a muchos niños?

-No sé. Yo sé que él eliminó a muchos enemigos. Y a algunos los mantuvo vivo durante algún tiempo.

-Eso mismo es lo que usted intenta concentrar en Sombra Castañeda, no?

-Sí, eso mismo. Porque hay un momento en el que en el poder absoluto tú estás solo. El capitán, el cura, el general... escribí un poema sobre eso. La música de fondo es un discurso de Balaguer, que yo quiero explicitar en la próxima edición. Es su discurso frente al cadáver. Es un discurso magnífico, de alabanza a la dictadura. Es por eso que Sombra Castañeda oye el borracho, el beodo y va reconstruyendo todo ese mundo. Ha vivido la dictadura y ha sido una víctima.

-Me sorprendió sobre todo que le gustara matar lagartijas, porque me recordó a El Moralista de Alberto Moravia.

-Sí.

-Y arranca usted con la mitología en la obra...

-Sí, ese personaje de la novela, el indio Miguel, es tomado de la crónica. En la Vega Real, Sebastián de Fuenteleal, fue el primer obispo, encontró un indio y lo trajeron a la Vega. Andaba con esa perra y dos puercas con las que vivía; está en la crónica de Las Casas. La novela trata de recoger esto desde la historia. Se va a publicar ahora en Siruela.

Hay que hacer un museo de las barbaridades de Trujillo, porque la gente no sabe. La gente ha oído hablar de la silla eléctrica pero no sabe cómo era, y está por ahí guardada. Con una descarga de ciento y pico de voltios, imagínate. Esta gente no ha escrito un libro sobre las torturas en la era. Todos callaron.

-Es usted como el baluarte y el estandarte de esa novela del trujillato. Porque siempre de una forma u otra ha tenido presente ese tema.

-Ese tema, manido ya, me dijo un novelista, ese tema no es un tema manido. El problema de un tema es como uno lo trata. Si te sigue dando..Faulkner o García Márquez, todo Macondo. Hay temas que no se agotan, el escritor no agota un tema. Aparte de mí hay mucha gente que ha escrito sobre estos temas, Pedro Peix, Diógenes Valdez, sobre el tema de Trujillo. Me gusta mucho de Valdez, *Tartufo y las orquídeas*. Es interesante esa novela, vale la pena.

-Sí, es de las pocas que retrata a María.

-Sí, no sé si sabías que María fue amante de Rómulo Betancourt, que el odio de Trujillo contra Rómulo era ese. Estuvo exiliado. Entre otras cosas, fue un claro enemigo de él, porque les dio dinero a los opositores en la invasión, y le tenía un odio cerval, influenciado por esa relación. María Martínez lo manejó y él no se pudo zafar de ella. María era una putita de barrio antes de casarse con él. También alguna hermana de Trujillo fue prostituta. Bienvenida era la más decente. Hay un libro de Manuel Rueda sobre esto muy bueno, es un libro precioso. Hay un libro, "Los papeles de Sara", del asunto de Trujillo, busque ese libro. Manolo manejaba una serie de formas literarias, muy buen escritor, para mí de los mejores, quizás el mejor escritor dominicano. Una prosa cuidada, depurada. Y el teatro un teatro muy bueno.

-Y el tema de Trujillo y sus múltiples mujeres es una peculiaridad de él o es extensivo al dominicano?

-Es una mentalidad machista del caudillismo. Muchos caudillos tenían muchos hijos, abusaban de su poder; por ejemplo Juan Vicente; sus hijos la mayoría eran gobernadores y tenían poder. Trujillo no tuvo tantos, para ser como era... Aquí hubo un cura que tuvo 27 hijos. Balaguer tuvo más hijos que Trujillo y no reconoció a ninguno. Todavía hay por ahí quien dice ser hijo de Trujillo.

-Y hableme de Persio.

-Persio es una especie de firma, ya ha desaparecido.

-¿Está recreado en algún personaje que apareció en su vida, tiene tintes autobiográficos?

-No, Persio es un personaje que es el testigo de una serie de situaciones.

-Y en cuanto a Uña y carne, dígame, qué es lo que le hace a usted dar el salto y otorgarle voz propia a Trujillo, bajo un punto de vista claramente sarcástico y abandona el enfoque en el efecto trujillista como en el resto de sus novelas?

-Hay una faceta de Trujillo en una época. Porque no es sólo Trujillo, sino muchas épocas. Comienza con un revolucionario que se va a París y allí cambia totalmente, y el otro que lo va a recibir aquí está ya en las altas posiciones, ya ha cambiado. Porque se dieron muchos diputados y senadores que fueron de izquierda y por eso mataron a mucha gente, que llegaron a fusilar gente, porque la izquierda necesitaba del fusilamiento y la universidad. Y muchos de ellos son más derechistas que cualquiera. Y eso es una realidad y por eso la novela se queda encallada en eso. Es un contraste entre dos épocas. Hay un personaje central que es el dictador y digamos la moral entre comillas, de la dictadura, que continua. Hipólito tiene muchísimas queridas y los ministros también. La triple moral, porque ya eso ha crecido. El escritor refleja su ambiente, su ciudad y eso emerge como un ángel.

-Y usted nunca ha tenido miedo de escribir sobre Trujillo?

-No, yo no tengo miedo, los únicos que tienen miedo son los que leen eso. En un país donde poca gente lee, te admiran y no saben que tú has escrito contra ellos. Hay personajes en la calle que están ahí en mis novelas y si yo leyera el libro, no sería amigo de ellos. Pero ellos están ahí.

2. 2. JOSÉ ALCÁNTARA ALMÁNzar

- *¿Qué piensa usted de la narración literaria del trujillato?*

-Ahora es cuando vamos saliendo de los temas de Trujillo, del golpe de estado, de la guerra de abril y la intervención dominicana del 65, porque casi todos los escritores posteriores a la muerte de Trujillo, era como una obsesión colectiva por tratar esos temas. Y de hecho todavía se siguen tratando esos temas sobre Trujillo. Es un tema eterno. Es como Franco en España, yo creo, que nunca se abandonan. Porque todavía el trujillato no está liquidado por lo menos ideológicamente y en muchas de sus prácticas cotidianas lo seguimos teniendo. Es por eso por lo que hay una obsesión todavía por ese tipo de problemas.

-*¿Usted cree entonces que esta narrativa del trujillato ocupa un lugar destacado en las tendencias temáticas de la novela dominicana?*

-El trujillato es un tema que permeabiliza todo. Por ejemplo ahora están saliendo más que nunca memorias y libros de testimonios sobre la era de Trujillo. Muchos. Y de hecho, hasta una novelista como Julia Álvarez, que escribe en inglés. Su novela *En el tiempo de las mariposas*, el tema es el de las hermanas Mirabal y su muerte, ¿verdad?. Entonces fíjese lo lejos que llega la preocupación por lo de Trujillo. Es decir, que no hablo sólo de escritores que tradicionalmente han tocado ese tema, como Marcio Veloz que tiene novelas específicas sobre ese periodo, como *La biografía difusa de Sombra Castañeda, Uña y carne*. Es un autor al que le preocupa mucho eso y que tiene varios libros sobre el tema.

-*Sí, como también* Ángeles de hueso, De abril en adelante, Ritos de Cabaret o Materia prima.

-Sí pero si usted analiza por ejemplo, la colección de cuentos publicados del 66 a la actualidad y específicamente los premios de “La máscara” primero, y luego los premios de “Casa de teatro”, recogen la historia de la narrativa breve del país en esa época y va a ver que hay una recurrencia de ese tema en casi todos los cuentistas que tienen más de

50 años, pero que en ese momento eran gente muy joven. Va a ver en René del Risco y en su libro *En el barrio no hay banderas*, en Miguel Alfonseca, en *El enemigo*, lo va a ver en Armando Almánzar en un libro que le publicamos aquí en la colección del Banco Central que se llama *Arquímedes y el jefe y otros cuentos de la Era*. Es un libro muy reciente del año 99.

-Y usted piensa que este discurso literario del trujillato tiene unas características especiales, que lo distinguen de otros? Y dentro de la novela del dictador, piensa que se distancia de obras como Otoño del patriarca, El señor presidente, etc?

-Una de las características de la novela dominicana es que carece de humor, no existe la ironía de otras grandes novelas del dictador. Toda, no sólo la del dictador. La narrativa dominicana es demasiado solemne, se toma demasiado en serio y entonces no hay algo así tan gracioso en la novela de Carpentier. Hay una tipología del dictador en la novela que no sé si usted conoce pero que le va a ayudar mucho.

-¿El de Manuel Rueda? Sí, lo conozco y me ayudó muchísimo.

-Él primero es un gran creador y segundo se conocía toda la narrativa nuestra, un afán clasificatorio. Ahí lo toma todo: cuento, novela, presencia principal y secundaria del dictador. Ya en la Era de Trujillo se escribieron varias novelas, como la de Requena, que murió a consecuencia de su osadía, fue asesinado. Y otros.

-¿Y que opina usted de esas novelas publicadas durante el periodo trujillista, como Trementina Clerén y Bongo, Caonex, Hello Jimmy, etc.?

-Son novelas diferentes. Las de Requena en concreto, son novelas muy viscerales. Escritas casi como para destruir con la palabra algo inicuo, algo que se detestaba. Además Requena no era un escritor profesional, como el mismo Rueda me decía, pues él lo conoció en Chile. Manuel Rueda se graduó en Chile, aunque se formó aquí, siendo muy joven ganó una beca y se fue a Chile a estudiar piano. Y allá pasó 12 años. Allí conoció a Neruda, a Huidobro, por eso fue tan gran escritor, porque su formación fue muy internacional y con grandes maestros. Porque más que Neruda, su maestro allá fue Huidobro. Entonces conoció a Requena estando en Chile y le ayudó a corregir la novela

cuando la tenía en los borradores. Claro, todo esto es secreto, porque no había que divulgar eso y él me decía que él no era un escritor profesional. Rueda lo decía con una frase que es inmejorable “es un novelista que no es escritor”, es decir, sabe contar sus cosas, pero realmente le falta ese dominio que debe tener un escritor profesional, como es un Pedro Vergés, que gana el premio a la crítica Blasco Ibáñez en España, con esa novela que justamente arranca con el final de la dictadura y que Pedro había prometido una trilogía que no se ha cumplido, a pesar de que sé que había escrito otra de la serie. Y no sé si iba hacia atrás en el tiempo o iba hacia delante. Creo que hacia atrás, era esa su idea.

El viaje, Hello Jimmy... todas las que usted me mencionó son cosas muy diversas. ¿Por qué? Porque otra de las corrientes fuertes de nuestra literatura es el indigenismo. Todavía hasta nuestros días se siguen escribiendo cosas de ese tipo. En las novelas sobre la dictadura yo lo que veo primero es la cuestión del testimonio, que sobresale por encima casi de todo y se va urdiendo la trama, a través justamente del testimonio de un personaje. Puede ser un hombre cualquiera del pueblo... Son casi todas testimoniales.

-¿Pero no cree usted que pesa mucho la rémora ideológica?

-Sí, pesa muchísimo. Sobre todo mientras no seamos capaces de superar precisamente el tema. Porque el tema es lo de menos, lo importante es el tratamiento. Ahí entran los escritores más profesionales. Encabezados tal vez por Marcio, que es el mayor de todos los que están vivos, que ya sí van cambiando eso. La novela, por ejemplo, *De abril en adelante*, es una novela experimental totalmente, muy influida por el boom latinoamericano. Una novela del año 75, pero ahí hay cosas sobre la dictadura. Ese es un tema muy particular. Él tiene un libro que se llama *Trujillo, Villa Francisca y otros fantasmas*, que no es novela, son como estampas o recuerdos, pero que está muy presente el tema de la dictadura. En esas colecciones usted va a encontrar una obsesión con dicho tema, creo que es el tema por excelencia dentro de lo que se escriba: historia, periodismo, memorias, testimonios, narrativa.

-Y dentro de la dictadura... ¿Por qué Trujillo y no otras dictaduras como la de Lilis?

-Bueno, porque Trujillo está más cerca en la memoria histórica nuestra. Mucha gente que lo vivió aún vive y tiene su recuerdo. Lilís es algo más... hay un libro que no es una novela *Domini Canes* que es un paralelismo entre ambos, es un ejercicio intelectual, porque Bernardo es historiador y conoce bien ambos periodos. Pero la novela de Lilís que es inmejorable, es *La sangre* de Tulio Cestero, que aunque tiene un corte modernista, pues Cestero sí era un escritor que sabía lo que estaba haciendo y además porque la dictadura es como un telón de fondo. Antonio Cortés Barrero, que es el personaje principal, a través de él se va perfilando toda esa época terrible que fue la dictadura de Lilís. Y si vamos retrocediendo más en el tiempo nos encontramos a Santana, que fue un dictador después de la independencia y que tiene sus defensores, porque fue un defensor de nuestra independencia, él es la espada que va a defender en el campo de batalla nuestra independencia. Luego era un hombre muy autoritario, era un hatero, hombre de ganado, de tierras, un hombre con una mentalidad muy primitiva. Y es el hombre que además en 1861 entrega el país a España aún cuando España no se lo está pidiendo. La reina española lo acepta pero ahí mismo comienza una guerra, una lucha por recuperar esa independencia perdida. Y luego dos años después, en el 63, va a haber una guerra que se llama de la Restauración donde nosotros recuperamos la independencia.

El autoritarismo es una línea muy constante en la vida dominicana, aún hoy en los albores del siglo XXI hay un autoritarismo muy evidente en el estilo de gobernar, muy fuerte. Es muy fuerte el trujillismo hoy existente.

-Y qué opina de la variabilidad en la producción novelística por décadas? Ya que es a partir de los ochenta cuando se publican más novelas del trujillato.

-Pues mire, ¿sabe usted la historia de la novela *El Masacre se pasa a pie?*, estuvo enterrada mucho tiempo y el autor luego la sacó y la convirtió en un éxito editorial. Y es un testimonio, porque cuando usted la lee es algo que el autor no podía evitar contar, cuando estaba de abogado por la frontera. Y usted tiene del propio Manuel Rueda *Bienvenida y la noche*, que él la tituló crónica, con mucha modestia. Es un hombre que sabía escribir, un gran poeta y dramaturgo, él es el único que ha ganado el premio Tirso de Molina con un libro que yo mismo llevé a Madrid: *Retablo de la pasión y muerte de Juana la loca*. Esa crónica de *Bienvenida y la noche*, que él conoció porque era amiga de sus tías y fue la segunda esposa de Trujillo. Su abuela es quien le presta la casa para

que se celebre el baile previo a la boda, entonces él era un niño que estaba como testigo de todo eso y lo convierte en una cosa deliciosa, porque realmente es una narración deliciosa. Él tenía una serie de crónicas sobre Montecristi, y sólo llegó a escribir ese. También está *Juan mientras la ciudad crecía* del mismo Carlos Federico Pérez... entonces hay obras donde está ese tema de la dictadura.

-¿Y usted a que cree que se debe la proliferación masiva de estas novelas del trujillato en los noventa, sobre todo en la segunda mitad?

-Yo pienso que el tema revivió en un momento dado porque Balaguer publica en el 88 su obra *Memoria de un cortesano de la era de Trujillo* y claro, él era la continuación de Trujillo, con otro estilo. Un hombre culto, escritor, con otras cosas en su cabeza, pero de estilo autoritario totalmente. Entonces comienzan a salir una serie de testimonios accionados por problemas irresueltos de la sociedad dominicana, que todavía están muy vigentes. Asesinatos, cosas que pasaron que se quedaron así y que no han tenido una solución nítida. Y muchos testigos que tenían información y que quieren contar esas historias. Pero claro, no todo el mundo es escritor para hacer una novela. Por eso salen los testimonios y las historias. *La fiesta del chivo*, por ejemplo tuvo muchísima oposición porque la gente estaba buscando la verdad histórica: que esto no fue así, que este nombre no, etc. Vargas Llosa se leyó muchas cosas porque él ha venido muchas veces aquí y José y Lourdes fueron sus guías como lo fueron con Vázquez Montalbán, que acaba de morir. Ellos le ayudaron mucho diciéndole qué leer y adónde ir. Y usted se puede encontrar con muchísima gente con recuerdos muy vivos. Mi hermano estuvo preso en la dictadura de Trujillo, fue uno de los principales de la “Fundación Testimonio” que mantienen viva esa idea de “jamás otro Trujillo”, son personas de ya más de setenta años, pero que están muy militantes en ese antitrujillismo. El antitrujillismo como el trujillismo son dos cosas que están muy vivas, muy presentes en la sociedad dominicana. Entonces, si usted le quita la cuestión testimonial...¿qué es lo que nos queda como literatura? Que es quizás la pregunta que usted se hace.

Pero sí, hubo en los noventa un boom de la narrativa de ese tema y también en otros géneros y realmente lo que habría que ver es qué quedará después.

-¿Y en cuánto a la calidad literaria de las mismas?

-Manuel Rueda dice en ese ensayo, usted debe recordarlo, que parecería como si la dictadura nos abrumase tanto que nos faltara un poco de perspectiva para abordar el tema sin el apasionamiento. Por ejemplo, *Fantasma de una lejana fantasía*, es de una persona que yo conozco muy bien, pero es una novela que se queda en una propuesta y ese tiene una formación en Francia, tiene su maestría allí y sabe manejar. Y *Toda la vida*, Salvador Gautier es arquitecto, esa es su formación y salido con una cantidad de obras, esa es la primera, yo la conozco bastante bien, porque la presenté en público, *Tiempo para héroes* (¿?) pero ahí hay más testimonio que obra literaria. Si él hace una obra con todo ese material pudo haber ganado en intensidad, etc. Y mientras no sepamos transformar, transmutar esas informaciones en ficción, porque lo han hecho Roa Bastos, lo hizo García Márquez y lo ha hecho Carpentier y lo han hecho otros

-Sí. Quizás influye el hecho de que algunas de estas obras, son novelas únicas de un escritor o que no existan escritores a tiempo completo o con gran dedicación a la tarea literaria.

-Aquí no hay ningún escritor dedicado solamente a escribir. Y quien se lo diga, pues que me lo presente, yo no lo conozco. Realmente uno escribe sus obras “a pesar de”. Aquí ha habido escritores de éxito editorial que se propusieron hacer cosas y que la hicieron, pero no hay ningún escritor. Por ejemplo Pedro Vergés prometía ser ese escritor que ganó ese premio en España y que fue un inicio tan bueno para él y en el país nada. Hizo muchas cosas, pero nada de aquello de la novela. Luego cuando el gobierno anterior le nombra embajador en España, porque su esposa es española. Él vivió muchos años allá, estudio allí y todo. Que tiene la mejor formación para ser ese escritor. Y realmente la cotidianidad devora a los escritores porque no hay posibilidad de que nos distanciamos de la cotidianidad que es demoledora, porque la problemática que plantea la cotidianidad es muy fuerte: que si los apagones, que si esto, el tránsito... No sé cuánto tiempo lleva usted aquí y dónde está.

-En un hotel.

-O sea, que está en un invernadero. Pero de todos modos ve la realidad y ve el día. Por ejemplo si viviera en una casa de familia, por la noche tiene que dejar su cubeta de agua, su balde de agua porque no sabe cuando se levante si va a haber luz o va a haber

agua, entonces tiene que tener el balde de agua para poder bañarse y poder ir a la oficina. Y si llegara a casa, no sabe si va a tener luz... Sí, la cotidianeidad se ha tornado tan dura en estos últimos tiempos para toda la población, incluida la gente que tiene medios y que normalmente llega agotada a su casa. Vive abrumada. Un escritor realmente así no puede trabajar, no puede producir nada. Yo por ejemplo, para este libro del que le hablo, tuve que hacer un ejercicio de abstracción muy grande y porque tenía un compromiso contractual, un contrato que me decía que tenía que entregarlo en tal fecha y casi me enfermo. Porque yo hacía mi jornada normal que aquí normalmente es de ocho a cinco y luego cuando terminaba ese momento es cuando comenzaba a trabajar en lo otro, y sábados y domingos y días de fiesta, y bueno realmente es una presión muy fuerte. Y eso que yo soy muy disciplinado; yo cuando me propongo algo de trabajo, lo hago. Pero realmente estoy de acuerdo con usted, a nuestra novela le ha faltado esa madurez, a los novelistas no les gustan que se lo digan ni a los que escriben narrativa. Sí, cuando uno lo dice es como un sacrilegio, pero es verdad. Cuando uno compara por ejemplo la novela puertorriqueña que ellos viven en una situación de imposición de otro país que ni la lengua es la de ellos, uno no tiene más que admirarlos, porque la novela puertorriqueña nos lleva mucho, como la cubana. Para hablar de las tres antillas españolas: una, Puerto Rico, las otras dos antillas también nos llevan muchísimo. Pero sobre todo lo que más se desarrolló aquí, y todavía lo sigue siendo, es la poesía. Tenemos poetas grandiosos, que no hay novelistas de esa estatura. Aquí yo le puedo mencionar diez poetas, diez que están a la altura de cualquier poeta de Hispanoamérica, pero yo no puedo hacer eso mismo con los narradores. Por ejemplo, Juan Bosch, que tenía unas condiciones extraordinarias, Juan Bosch escribe sus cuentos y es un maestro verdaderamente en el cuento y escribió una novela, *La mañosa* y luego escribió otra novela que no es más que una novela abortada, que es *El oro y la paz*, porque está concebida como un cuento. Y luego Bosch abandona la narrativa y se pone a escribir cienciaficción y política ; escribió una obra enorme.

Yo realmente no soy un experto en la novela, no sé si usted habrá entrevistado a Bruno Rosario. Es el experto en la novela dominicana porque es quien se ha dedicado más a trabajar ese tema. Pero realmente comparto plenamente su opinión sobre la narrativa dominicana, en lo que a la novela atañe.

-¿Y qué piensa usted sobre esas tres novelas escritas desde fuera, En el tiempo de las mariposas, Galíndez y La fiesta del chivo? Y que precisamente tratan tres temas capitales de la dictadura muy recurrentes en la novela del trujillato.

-El público estaba delirante con *La fiesta del chivo* y con la novela de Julia; menos entusiasmo con la novela de Vázquez Montalbán y yo entiendo que él podía haber hecho mucho más pero no lo logró. Yo pienso que la de Julia ha tenido aquí una gran acogida. E incluso yo he tenido algo que ver un poco con la revisión de la traducción que se hizo al español. La primera traducción se hizo en Chile y cuando se iba a publicar aquí lo iban a publicar José y Lourdes, Bernardo Vega, que es muy amigo de ella, le digo a Julia que necesitaba unos oídos dominicanos para que le dijera cómo se oían las cosas de su novela en español. Él le dijo yo tengo esos oídos, los de José Alcántara Almánzar, por eso me mandó la novela y en cinco días yo hice una revisión muy rápida de la novela de Julia, cambiando todos los argentinismos que tenía y corrigiéndolos...No se habla de gasolina, sino de nafta, en la versión de ellos. Y no se habla de pantis, se habla de bombachas, cosas así. Ella tiene un español como una niña de cinco años, de muy pequeñita, ella lo habla muy gracioso, pero no tiene la capacidad de saber si una traducción de su novela está bien hecha, que no es el caso de Rosario Ferrer. En Puerto Rico Rosario Ferrer, escribe sus novelas en inglés y luego las escribe en español. Cuando uno lee una novela suya, que está basada en una bailarina rusa que llega a Puerto Rico y que es preciosa la historia y a mí me encantó. Y ella ha tenido una crítica muy fuerte en Puerto Rico, porque la critican por eso. Pero ella dice, “yo quiero escribir para un mercado grande como el norteamericano”, entonces sus novelas salen allá y luego salen en español. Rosario es una escritora profesional también, como lo es Julia. Entonces, claro ¿qué es lo que pasa? que no tenemos esos escritores, o al menos están por verse.

-Por eso yo la incluyo en esa novela del trujillato escrita desde “fuera”.

-Julia se fue de niña, hizo su vida allá, sus estudios y por lo tanto por eso es por lo que sale como una escritora en inglés. Y luego a ella no podemos negarle que sea dominicana también. Porque por ejemplo, cuando yo hice mi antología mayor, que antes se llamó *Dos siglos de literatura dominicana*, la hice con Rueda, que son dos tomos de prosa y dos tomos de poesía. Yo hice la prosa, Rueda hizo la poesía. Pero como Rueda

murió en el 99, los dos tomos de él salieron tal y como habían salido en la edición anterior en el 96 sin ningún cambio, y la mía no. Yo introduje escritores, hice muchísimas cosas. Yo explicaba porqué Julia no está en la antología. Y me han atacado muchísimo, porque dije que ella era una escritora que escribía en inglés y que todo va a depender de la traducción y que conozco traducciones que realmente desdicen mucho. “No se le puede negar la dominicanidad a Julia”, yo no estoy negando su dominicanidad, estoy diciendo que para ponerla en una antología en español, ella debería de haber escrito en español. Y ella escribe en inglés y luego se traducen sus cosas. Esa fue mi motivación. Ni a ella ni a Junot, aunque no es lo mismo, porque ella sí ha sido una escritora que ha tenido un progreso; ella ha ido ascendiendo y publicando. Junot se quedó con un solo libro.

-Entonces, usted cree que estas novelas sí se pueden considerar novelas del trujillato.

-Sí, son sobre esta temática.

-Veloz Maggiolo en una entrevista declara que sólo pueden escribir sobre Trujillo las personas que hayan vivido ese periodo.

-No es verdad eso. Porque Vargas Llosa no vivió eso y ha escrito una novela maravillosa. Nadie ha escrito una novela así, como *La fiesta del chivo*, entonces no nos vamos a poner ciegos. Yo he tenido que sobreponerme mucho a todas esas posiciones porque como soy creador también, cuentista, quiero mantener mi alma pura. Hay una palabra que es muy clave, que es la envidia. Una crítica de arte española vino aquí a mi oficina y me dijo “Señor Alcántara este es un país de muchas envidias” y yo dije “me lo dice o me lo pregunta, porque yo me lo sé eso”. Y realmente tú no le puedes quitar el mérito a un escritor porque te moleste. Incluso acusaron de plagio a Vargas Llosa, un hombre que no tiene ninguna condición de escritor, que se lo puedo decir yo. Entonces casi no tengo discrepancia con usted en sus enfoques. Tal vez alguno diría, “ah pues porque tú no eres novelista”, yo me he desarrollado básicamente como cuentista, como crítico literario, periodista. Pero estoy de acuerdo, porque no me pongo una venda en los ojos para ver esa realidad, una realidad que me duele pero que es así. Cuando uno ve lo que se está publicando fuera y lo que otros escritores están haciendo con su realidad en otros países, uno se queda muy sorprendido.

2. 3. DIÓGENES CÉSPEDES

-Antes de abordar el tema que nos interesa creo que es inevitable preguntarle si existe una novela dominicana.. Sé que han corrido ríos de tinta y que ha llovido mucho desde el congreso de Moca donde se debatió el tema, ¿Usted que piensa sobre el tema?

-Hay novela dominicana y en todos los países latinoamericanos hay novela. No es una novela como la de Francia, la de Inglaterra, de Rusia, pero hay una novela en Santo Domingo desde fines del siglo XIX hasta hoy. Antes del *Enriquillo*, había novelitas, de folletín, pero digamos que la primera novela articulada es el *Enriquillo* y hasta el día de hoy no se ha cesado de producir novela, con altas y bajas en la calidad y en el lenguaje. Incluso en cada época hay novela con las técnicas europeas, norteamericanas, latinoamericanas: realismo, surrealismo, boom latinoamericano.. todas esas modas teóricas tienen su contraparte práctica. Aquí hay novelas inspiradas en el *nouveau roman* francés, las islas son laboratorios de todas las corrientes literarias, políticas, etc. Simplemente con la precisión de que muchas veces, como laboratorio que son de ideas europeas o norteamericanas o de otras latitudes, quienes ponen en práctica esas ideas, generalmente producen a veces la parte más conservadora, sea en literatura, en escritura o en teoría. A veces se hace concomitantemente con el periodo literario que ha surgido en Europa en América Latina o en EE.UU. Para contarle por ejemplo un caso, a nivel de teoría, por ejemplo en España difícilmente conocerán la poética de Mechenique (no sé cómo se escribe) del año 70. Sin embargo yo que fui alumno de Mechenique. Ha tenido mucha repercusión en Santo Domingo y en el Caribe esa teoría. Es una teoría de la práctica de la escritura, es decir, para determinar el valor de los textos literarios. Él parte de la idea del ritmo, pero no como lo conciben en Europa, que es como el ritmo, explica cómo esa teoría ha funcionado en el momento mismo de su aparición en El Caribe. (Habla de que no hay hispanismo literario, América Latina no es provincia literaria de España, culpa de Menéndez Pelayo. Con el Boom Latinoamericano se prueba por segunda vez que no son provincia de España. El español de España se nos hace pesado, meloso, nosotros preferimos el oral, la gente que habla el español en la calle día a día. Ese español es mucho más rico que el que escriben los editores. Un español estándar para todos, a los de ultramar se nos hace muy difícil ese español de España. Habla de Academias griegas, de Platón y de Aristóteles).

-Pero qué opina usted de la falta de crítica formada en el país, de lectores, de financiación, de editores... los problemas económicos.

-La crítica literaria aquí siempre ha sido una crítica espontánea, como decía Tussé en aquella época de la filosofía espontánea. ¿Por qué espontánea? Porque desde el siglo XIX hasta ahora cuando usted comienza a ver los atisbos de lo que se llamaría crítica, que son comentarios bienintencionados o amistosos. Para que exista una crítica tiene que haber una tradición de formación de literatos, a través de una Universidad que no lo había en el XIX ni en el XX.. por eso la mayoría de críticos del XX eran abogados o historiadores en su tiempo de ocio, con una vida pastoril que le permitía vivir de abogados (jueces, fiscales, burócratas de la justicia) y su tiempo de ocio lo dedicaban a la literatura porque eso daba prestigio. Y eso es lo que ha ocurrido hasta el día de hoy. Por ejemplo, la primera escuela de letras que se funda en Santo Domingo fue en el 67 y 68 y después de eso calló en descrédito total. Otras Universidades fundaron la Facultad de Filosofía y Letras y lo que daban más o menos era una Licenciatura en Pedagogía mención "letras", magisterio. Ahí hay diferentes "menciones" te puedes especializar en geografía, biología, historia, letras o lo que sea para la escuela primaria y secundaria. Eso es lo que hacen las universidades, porque siempre hay una necesidad enorme de maestros y eso es lo que hay en Santo Domingo y eso es lo que formó a los escritores que surgieron un poco después de la revolución de abril del 65, la llamada poesía de Postguerra, todos esos muchachos pasaron por la escuela de letras. Entonces los muchachos que estudiaron letras, eran poetas y escritores ingenuos, espontáneos. Se pusieron a estudiar letras como una forma de subir en la escala de puestos en la universidad. Cuando tú estudiabas letras al segundo año o año y medio tú podías ser monitor y de monitor pasabas a ayudante de profesor y luego a profesor. Todo esto al término de tus estudios, que era una licenciatura de tres años, dime tú qué puede aprender una persona en Santo Domingo en tres años, cuando en Europa mínimamente para ser profesor de una Universidad, tú tienes que hacer licenciatura, maestría y doctorado, una rehabilitación para enseñar y pasar un concurso. Para responder a tu pregunta y que sepas por dónde van los tiros, en América Latina casi todo es así como te lo cuento, excepto países más rigurosos como México o Argentina. Por la producción teórica de estos dos países ves que no se pasa de ser estructuralista, semiótico o estilístico, como la escuela de Dámaso Alonso y de Carlos Bousoño, esa escuela

empirista y subjetivista. Pero claro, aquellos señores tenían una base documental demasiado fuerte, grande. Eran eruditos, entonces el miedo que meten estos señores es por la erudición no por la teoría de nada.

Los profesores de la UA eran todos abogados, no literatos como Dámaso y todos estos españoles. Hay una falta de formación total, eran jefes que no sabían ni quién era Saussure. Entonces, cómo puede haber una crítica, ni escritores a tiempo completo. Todos hemos tenido que ser burócratas irremediablemente, la literatura la hacemos a medio tiempo. Eso en América Latina eran 12 sólo los escritores de oficio, aparecía en la revista “visión” y esos escritores viven de eso.

-Y dentro de la novela dominicana, cree usted que existe una novela del trujillato y si es así qué características le atribuye.

-Eso es temático-ideológico. Hay dos tipos de novelas: la novela que generó el propio trujillismo, es una de las pocas dictaduras que ha generado una novela trujillista que ha sido estudiada por Giovanni di Pietro. Pero al mismo tiempo estudió la novela antitrujillista, algunas publicadas durante el trujillismo, como la novela llamada “bíblica”, que son una pose y que eran novelas críticas. *Judas, El buen ladrón, Testimonio, Magdalena*, eran novelas con un aparente tema bíblico tomado de la novelística de Dostoyeski y de Morris L. West, de Cassansaski, tomada de todos esos escritores cristianos. También era como han explicado ellos y Di Pietro, era exponer la dictadura a un juicio con un inocente siempre ligado al motivo bíblico y lo subliminal y lo simbólico estaba en el juicio que se celebraba a ese personaje, condenar al inocente, es un símbolo de la condena de todos los inocentes bajo ese trujillismo. Hasta ese momento, el propio Marcio no lo admitía y nosotros le pusimos novela bíblica. Porque el trabajo de esa novela es simbólico, como la buena literatura.

-Y qué piensa usted de la novela trujillista escrita en la era, cree que supera la rémora ideológica y se puede hablar de calidad literaria?

-Di Pietro demuestra que no hay calidad literaria, eso es ideología, es propaganda. En la antología de cuentos que yo hice, incluí tres cuentos trujillistas, sin embargo cuando usted lee los cuentos trujillistas, hay un nivel de simbolización porque hay una crítica con el régimen, siendo trujillista. Los intelectuales dominicanos no se han puesto a

pensar en eso. Hay uno de Virgilio Díaz Ordóñez, de Néstor Caro y de Miguel Ángel Jiménez, esos tres cuentos no es que tengan un gran valor, pero son una especie de símbolo de lo que el inconsciente le dejó escapar a esos tres grandes trujillistas acerca de cómo veían el régimen. Ahí usted no tiene propaganda trujillista porque no aparece ni una sola vez la palabra Trujillo. Son problemas humanos que se plantean por ejemplo en un hospital, compara la dictadura con un hospital donde todo es perfecto pero le faltaba humanidad a ese hospital. Ahí hay una crítica. Y otra en el cuento de Jiménez que se llama “Mi traje nuevo”, que es un tipo que es una escoria de la sociedad. La ideología decía que no había pobreza en este país y el que decía que había pobreza lo podían meter preso en la cárcel por decir mentiras. Entonces, en ese cuento, de Jiménez, aparece un señor de clase media, que llega a un deterioro tal por el vicio y el juego y al final de su vida se dedica a tirarse encima de los automóviles para fingir que ha tenido un accidente para que le paguen dinero y vivió de eso durante mucho tiempo. Fíjese cómo a través de ese cuento, el autor nos está diciendo el problema social que existe, donde la gente tiene que recurrir a eso para sobrevivir en plan dictadura. Y el de Caro, “Un hombre de la calle”, un hombre que anda con una monedita de cinco centavos y se contenta con mirar las vitrinas de bizcochos pero no puede comprar nada, pero no se desprende de los cinco centavos nunca. Ahí existen tres críticas dentro del trujillismo sin que se mencione para nada. No es como la novela trujillista que es explícita, aquí no. Y por supuesto en la poesía, que es la apertura máxima de criticidad, en ella es clarísima la crítica del régimen trujillista, sobre todo la de la poesía sorprendida. Pero en la narrativa no era tan explícita, sólo al final con la novela simbólica bíblica y en pleno trujillismo con esos cuentos que le he dicho.

-¿Y piensa que tiene una relevancia especial esta temática del trujillato dentro de la novela dominicana?

-No. La que tiene relevancia por la fractura ideológica que hace al régimen, son las novelas bíblicas, pero las otras no. Esos son documentos ideológicos que quedaron allí.

-¿Y las posteriores, de los sesenta, setenta, ochenta y noventa?

-Esas también están muy ideologizadas porque han bebido toda la teoría del compromiso, la literatura comprometida, a partir del 65 todo fue renovar o revivir todo

lo que ya se había hecho en Europa con Sartre y la literatura comprometida. La revolución rearticuló el trujillismo, porque había una necesidad de condenar ese régimen, ya derribado. Pero hubo esa necesidad y los escritores por inexperiencia se embarcaron en esto, que es propio de los historiadores, que iluminan más que la narrativa ese posttrujillismo. Condenar la dictadura a través de esos personajes que se inventaban, después de ese postfactum, el valor estaba en hacerlo dentro de esa dictadura. Algunas novelas bíblicas fueron escritas durante la dictadura, pero no se publicaron hasta después.

-Y en los noventa, por qué existe esa proliferación de novelas del trujillato?

-La proliferación se debe a que no conocemos gran cosa de Trujillo, entonces la literatura con esa vocación vicaria que le ha dado Carlos Fuentes y esos lebreles latinoamericanos que dicen que la historia de América Latina no existe sino a partir de la novela. Cuatro siglos de colonización española, eso no existe, porque eso es la clase dominante. Esos son unos bárbaros. Por eso se ha vuelto a Trujillo, porque no se conoce nada, porque todo esto es secreto, porque todos los hijos y nietos y familiares de Trujillo están vivos y gobiernan el país, entonces no es fácil desentrañar los entresijos, exponer a *vox populi* los entresijos de esa dictadura, porque ahí están los familiares, los grandes funcionarios que se sirvieron del trujillato, los hijos de ministros y embajadores. La historia de un personaje de una época tan dilatada como esa de 31 años no se puede escribir en menos de 50 años y yo diría incluso, como dice Américo Lugo, que la historia inmediata es la que se produce en los 50 años. Por ejemplo lo de Trujillo es historia inmediata, porque todavía no se han cumplido 50 años. Yo digo incluso que pasados esos 50 años de muerto Trujillo, todavía no se podrá escribir la historia de la dictadura de Trujillo. Porque todavía estarán vivos los nietos, biznietos, etc y gente que detentan grandes secretos. Pero todavía queda otra cosa peor, que no se puede escribir en los próximos setenta años tras su muerte, y es que la mayoría de la documentación de esos 31 años está repartida en todas las grandes cancillerías latinoamericanas, europeas y norteamericanas y es muy poco lo que se ha publicado. Y después toda la correspondencia privada de Trujillo, de toda su familia, ministros, contratos y explicaciones por abajo que se daban a las acciones políticas que se adoptaban, pero que no se decía públicamente. Toda esa correspondencia está guardada en los archivos en Londres. Todos los embajadores que hubieron en esos 31 años, qué es lo que piensa

que le escribían a su chancillería... ¿dónde está toda esa correspondencia? ¿Dónde están esos personajes y familiares, tíos, sobrinos, hijos? Todo eso es la intrahistoria de la que hablaba Unamuno y eso no se conoce porque está guardado en archivos de las cancillerías y archivos privados que se beneficiaron de la amistad de Trujillo: familia, intelectuales... Está bien guardada esa correspondencia.

-¿Y por qué esa preferencia en la novela por la dictadura de Trujillo y no otras?

-Porque es cercana en el tiempo y porque Trujillo sintetiza todas las dictaduras anteriores, que se quedaron pequeñas. Trujillo es el *summum*, el epítome de los dictadores y de ahí por eso que sea una personalidad mayor que los otros dictadores latinoamericanos

-Pero... ¿dónde cree usted que reside esa diferencia? ¿En su carisma, su personalidad, etc.?

-En todo. En su carisma, su personalidad, todo. Trujillo es un dictador que llevó todo al extremo y entonces ese “todo” llevado al extremo se convierte en ficción. Es una cosa tan terrible que la gente no lo cree y es una realidad. Pertenece al dominio de la ficción y de ahí la recurrencia temática: el tema del trujillismo que vuelve y vuelve y cada vez más.

-¿Piensa que existe una diferencia nítida entre aquellos textos del trujillato escritos por dominicanos y los escritos por autores no dominicanos (Vázquez Montalbán, Vargas Llosa, por ejemplo)? Y si existe ¿a qué nivel?, ¿Cuál fue la recepción de estos textos en República Dominicana?

-Nosotros agradecemos que todos esos escritores extranjeros escriban sobre eso, porque es una perspectiva más, un punto de vista distinto. La diferencia estriba en el ritmo. El ritmo de Vargas Llosa no es el mismo ritmo de aquí y la recepción de Vargas Llosa está matizada por una serie de teorías espontáneas sobre la literatura, sobre la escritura y la novela, que tienen muchos dominicanos que opinaron sobre el tema. El ritmo es la forma de organizar el sentido en la obra, que es propia de cada escritor y está relacionada con la cultura del país donde tú eres. Entonces, Vargas Llosa, organiza el

sentido de esa obra “a la peruana” y un pedacito a la española, a veces se le escapan expresiones españolas. Yo traté el tema de la novela de Vargas Llosa desde un punto de vista estrictamente literario, mostrando el problema de la confusión entre historia y ficción en Vargas Llosa. Es una novela que apela a muy pocos elementos de la ficción, quitando la narracioncita ésta de Urania, que es lo único que se puede prestar un poco a ficción. Pero después todo lo otro, no.

Y Julia Álvarez escribe en inglés, ella no escribe en español. Ella organiza el ritmo de su escritura en inglés, que está muy mediatizada por la introducción masiva de palabras del español dominicano.

Ellos tienen resuelto un cincuenta por ciento de la obra que van a escribir, porque son obras programadas de antemano, porque la historia no te permite otra cosa que programar la escritura. Desde que tú escoges un tema de la historia, ya estás supeditado a ella en un cincuenta por ciento. Por ejemplo, Vázquez Montalbán tiene un ritmo de la lengua española hecha discurso y eso es inseparable de la cultura de Vázquez Montalbán, de dónde nació, su región, su léxico, su ignorancia e inteligencia. Todo eso está indefectiblemente mezclado y entonces por eso, cuando tú lees una novela de estas personas, sabes inmediatamente que hay una diferencia radical con el español dominicano. Además, a parte de eso, la cultura y el conocimiento de la historia de tu propio país, un extranjero no lo tiene. Así la obra se convierte en ideología y en obstáculo a la lectura de la multiplicidad de sentidos de la obra. El mismo escritor se va dejando entrapar por la historia. No hay expansión de la subjetividad de lo simbólico, porque la historia te impide pasar al mundo de lo simbólico. El mundo simbólico en la novela de Vargas Llosa es el pedacito de Urania.

-¿Qué acogida tuvieron estas obras, entonces?

-A los dominicanos les gusta todo lo que hacen los extranjeros, es un complejo. Todo lo de fuera es mejor que lo de adentro, superior. La recepción para el libro de Vargas Llosa fue así, exceptuando a trujillistas que no les gustó la obra. La ideología de la obra es en contra del autoritarismo de las dictaduras. Tampoco les gustó a los antitrujillistas que participaron en la muerte de Trujillo porque dicen ellos que hacen una caricatura de las mujeres y que las trata muy mal. Ambos se basan en ideologías, los trujillistas y los antitrujillistas y yo no comulgo con ninguna de las dos posiciones. Yo me encargo de examinar si hay valor en la escritura o no lo hay. Yo digo que el valor que tiene es de

documento y que los extranjeros van a leer esa obra como si fuese la historia dominicana, como lo que pasó realmente en la muerte de Trujillo. Pero la gente inteligente prefiere leer los libros que se han escrito sobre Trujillo y su dictadura, no una novela. Y con Julia Álvarez, con la novela *En el tiempo de las mariposas*, trata de las Mirabal y de la muerte de las Mirabal y de todo lo que ocurrió. Es una novela que tiene más elementos de ficción, de subjetividad, porque exceptuando lo concreto de la historia, que fue la muerte, ella se metió mucho en la interiorización de cada personaje, que no existe, porque nadie estuvo ahí. Es invención de ella. Hay dominicanos a los que no les gusta la novela, pero la mayoría, como no son especialistas en literatura, tú puedes aceptar cualquier opinión, cualquier disparate que digan. Hay que tener benevolencia con los que intentan sentar cátedra pero no han estudiado literatura.

Toda esta gente que ha escrito y ha novelado todo ese periodo de Trujillo, tienen una cierta información literaria, han leído libros sobre técnicas de cómo se hacen las novelas y saben que para que un libro se venda, también están los consejeros de las editoriales, usan esas técnicas: como envolver la temática y acudir a la sorpresa. Para eso están los asesores de las editoras que van a invertir su dinero en esa gente. Julia Álvarez tiene un manager, un agente que está en relación con las casas editoras y éstas saben qué es lo que el público quiere y demanda. Y le dicen que meta eso aquí y allá, sexo, violencia y eso es así.

2. 4. ANDRÉS L. MATEO

-¿Qué opinión le merece la representación literaria del fenómeno del trujillato?

-Yo hablaba de que tal vez una de la dificultad mayor que tuvo que salvar era el hecho de que el que se mete en las intimidades del trujillismo descubre que es más ficción la realidad que la misma ficción. Eso es intimidatorio para un escritor, encontrar, por ejemplo, la teatralidad, todo lo que constituía la liturgia alrededor de Trujillo, la propia figura de Trujillo...Yo siendo niño vi a Trujillo dos o tres veces de frente y era una figura de ensoñación porque lo maquillaban y lo ponían rosadito y él miraba de forma así como si le incomodara el poco de humanidad que le quedaba. Es un ser atractivo.

-¿Con algo especial que no tienen otros dictadores latinoamericanos?

-Es que Trujillo tiene en el fundamento de la génesis de su dictadura características sumamente singulares con respecto al resto de las dictaduras latinoamericanas de la época. No hay otra dictadura que se la pueda comparar. Tal vez, sobre todo en su primera etapa, la dictadura de Somoza, pero la abjuración originaria del trujillismo, permitió a Trujillo algo que a los Somoza no les fue permitido y es que los Somoza no pudieron sustituir la burguesía. El peso específico de la riqueza de los Somoza era compartido con una cierta burguesía tradicional, que se había establecido previamente. Aquí no. Aquí Trujillo sustituyó la burguesía. El estudio de Halperín-Donghi establece esas diferencias, pero además, el estudio de Roberto Cassá demuestra que la acumulación originaria del trujillismo era sencillamente descomunal. Trujillo lo llevó todo al extremo. Era la hipérbole en persona, personificada.

-Hábleme de la novela dominicana, de los problemas que tiene... Ya leí en la entrevista que le hace Eugenia García que usted piensa que sí existe, pero muy débil.

-Y que además el problema de la novela dominicana ha sido siempre un discurso que prefigura al Mesías, que había estado esperando la gran novela dominicana. Y en verdad la novela dominicana es la sumatoria de todas las novelas que se han hecho desde la década de los años setenta a esta parte. Vale decir, todas las novelas que tienen un

cierto valor estético y funcional, desde el punto de vista de su propuesta, y ello hace que sí, que exista, como en casi todos los países del mundo americano, una novela dominicana que es arrítmica, que hay momentos en que se fortalece, momentos en que apunta, pero obviamente todos sabemos las dificultades reales que tiene un país como la República Dominicana, y la novela tiene una vinculación con el mercado, que digamos la poesía nunca ha tenido, es decir, para que la novela se potencie, tenga una presencia epifenoménica, tiene que existir un mercado que la propicie. En nuestro país ese mercado es débil, y si bien es cierto que hemos digamos, “pegado” algunas novelas, los niveles no son los apropiados como para producir novelistas, novelistas profesionales, a tiempo completo. Esto quiere decir simplemente, que hay una novelística dominicana y que la concepción de esperar a la gran novela como se espera al Mesías, era una concepción equivocada. La novelística dominicana es la sumatoria de todas las intenciones que desde el discurso de la ficción, han intentado plasmar la particularidad de nuestro proceso espiritual. Así sea Julia Álvarez o Junot Díaz en los Estados Unidos, así sea, Marcio Veloz Maggiolo, Vázquez Montalbán, Pedro Vergés, etc.

-Y dentro de esta novelística, ¿usted cree que existe una temática especial del trujillato, una novela del trujillato? ¿Qué características tendría?

-Yo pienso que es un núcleo temático y que es muy natural que subsista y que esté presente, casi omnipresente, en la narrativa contemporánea. Podríamos decir que incluso antes de la desaparición física de Trujillo, ya hay una novelística trujillista. No hablo de los textos más celeberrimos de la dictadura trujillista, que reproducen todo el esquema de la concepción de la historia.

-Pero la rémora ideológica está ahí... Por ejemplo novelas como Trementina, Clerén y Bongo, Caonex, Hello Jimmy...

-Por supuesto, lo que quiero decir es que desde antes, Trujillo era el objeto de la preocupación estética, aún cuando sabemos que la literatura trujillista tenía el peso específico de un signo y de una interpretación de la historia, cuyo arribo era ya predecible, es decir, la novelística trujillista siempre va a tener un arribo diferenciador, un arribo a la felicidad, una estación de la vida donde digamos que el trujillismo, redescubre toda la existencia. Pero después de la muerte de Trujillo, es natural que

Trujillo se convierte en un personaje de referencia obligada en la literatura dominicana, por muchos motivos. Trujillo es un absoluto hegeliano, en el sentido en que Hegel concebía la historia, y ese absoluto, tenía no sólo una manifestación teórica en la vida social dominicana, no había un rincón de la existencia concreta donde la presencia del trujillismo no estuviese. Eso no existía. Entonces, obviamente, el peso que tiene Trujillo en la vida espiritual de la nación lo va a hacer reproducir como un personaje omnipresente. De manera que el tema no se ha agotado. Y cada vez más, porque cada vez más Trujillo es un ser sobredimensionado en las leyendas, en las tradiciones, cada vez más se hace conciencia de su particularidad como dictadura en el mundo americano. Es que el mundo americano, tuvo un ciclo de dictadores espectaculares, con todo tipo de tesituras, desde el Doctor Francia en Paraguay, pasando por dictadores como Vicente Gómez, Machado, Batista, figuras como Dibalier (¿?) cuya génesis es extrañísima, porque se encarama en el manejo del poder absoluto, por ejemplo en Haití, distinto completamente al resto de las dictaduras, se encarama por la vía de los estudios antropológicos. Dibalier dirigió el Instituto de Antropología Haitiano y el conocimiento de todos estos mitos y creencias le permitió el acceso al poder de Dibalier. Era una dictadura con características mágico-religiosas. Y luego, por supuesto, la figura de Trujillo. Entre todas estas gamas infinitas de dictaduras que el continente americano parió en la década de los veinte hasta la década de los sesenta, setenta, la de Trujillo es la más singular. La de Trujillo es la más espectacular, la más hiperbólica, la que subsume mayormente las estrategias de dominación casi hasta el tuétano de la existencia y la que logra en términos de acumulación originaria, una desproporción en el manejo de la estructura de la sociedad dominicana. Pongamos por caso, a la hora de la muerte de Trujillo, la fortuna personal de Trujillo dominaba más del ochenta y seis por ciento de la cartera de empleo de la nación dominicana. La fortuna específica de Trujillo y sus inversiones personales más el aparato del Estado, sumaban cerca del noventa por ciento de la riqueza nacional. O sea que, la desproporción de Trujillo, la deformación del aparato estructural de la nación, hacían de Trujillo poco menos que un ser sagrado, de dimensiones sencillamente míticas y alrededor del cual estaba el destino de todo el mundo. La capacidad por ejemplo que tenía Trujillo para comprar intelectuales, escritores a nivel mundial. Para Trujillo escribieron grandes figuras de la vida intelectual de la lengua española. Figuras como Gastón París, hasta senadores de los EE.UU que Trujillo lograba comprar con dinero constante y sonante, porque la capacidad económica de Trujillo le permitía incidir en muchos gobiernos

latinoamericanos y todos conocemos el caso de Guatemala, el caso de Cuba, donde Trujillo intervino abiertamente, todos conocemos el caso de Haití, donde Trujillo ponía y quitaba embajadores. Y por supuesto, todos conocemos el caso de Venezuela, donde Trujillo incluso atentó físicamente contra Betancourt. Lo que quiero decir, es que Trujillo era como expresión del poder político del mundo americano, la desproporción, era la hipérbole era todo lo inimaginable y un poco más de lo que la gente pueda, digamos, suponer y eso hace de Trujillo sin duda, un personaje atractivo.

Te quiero contar una historia: hace unos dos meses, yo estuve en África, en Senegal, en una reunión de los países ACP y el presidente del Senegal, un hombre culto que estudió en Francia, cuando yo lo saludo, me dice que él había conocido a un hijo de Trujillo en Francia y que él había leído mucho sobre Trujillo y que le gustaría hablar conmigo sobre Trujillo, pero que no tenía mucho tiempo, que en algún momento, en un almuerzo que iba a ofrecer él querría hablar conmigo. Le atraía Trujillo, que figura más extraña, qué leyendas... Y yo que estaba en África pensé: cómo le sigue a uno esta imagen tan sobredeterminante de la vida nacional. Ese es Trujillo, sin duda, un personaje señero, una figura discutible y sin duda un filón desde el cual han brotado novelas importantes y desde el cual seguirán brotando textos importantes, porque el tema trujillista no se ha agotado.

-Dentro de la temática del trujillato, he observado que se repite sobre todo el motivo del ajusticiamiento, por ejemplo usted lo hace en La balada de Alfonsina Bairán, la represión, el caso de las Mirabal y Galíndez. ¿Cree usted que existe algún asunto que se repite más que otro?

-Sí, por supuesto, sobre todo la primera etapa del trujillismo que hace referencia a la brutalidad del régimen. Hay una segunda etapa en la que lo que se trabaja desde la novela, no son ya las brutalidades en sí, no es *Cementerio sin cruces* o la vida bajo la tiranía, sino que ya es el resultado espiritual que proyecta un régimen cuya atmósfera y cuyo signo era la abyección absoluta de la condición humana. Por ejemplo, en *La balada de Alfonsina Bairán* el trujillismo está como telón de fondo y lo que importa ya no son los hechos de la tiranía, caracterizado por lo sangriento, por la atmósfera de miedo, sino que lo que importa es el resultado espiritual que en la nación dominicana tiene una etapa como ésta. Evidentemente, ese es un filón que ha seguido siendo explotado, si te fijas bien, en *La fiesta del Chivo*, Vargas Llosa, da la apariencia de

trabajar en tres planos la historia lineal de la atmósfera del trujillismo y finalmente de la conspiración que da muerte a Trujillo. Una de las líneas narrativas fija a los conspiradores en la autopista 30 de Mayo a la espera del paso del carro para ajusticiar al tirano. Si se sobrepone un plano sobre otro, el proceso narrativo de *La fiesta del Chivo*, uno se dará cuenta que lo lineal, lo que está más vinculado a la historia objetiva, pongamos por caso la asechanza de los conspiradores en la autopista 30 de Mayo, está sin ninguna duda subordinado a la aventura espiritual que caracteriza a los personajes que se mueven en la trama. Urania, que es un personaje de ficción, lleva el peso específico de desentrañar a un Trujillo que la leyenda común, que el imaginario del dominicano nunca sospechó: pongamos por caso un Trujillo que llora, un Trujillo que galantea, un Trujillo enamorado de una muchachita pero que se doblega frente a su propia impotencia, que ya no puede ser el hombre, el macho de todos los machos que él era en la República Dominicana. Todas estas debilidades, hacen del Trujillo de Vargas Llosa, un Trujillo más completo, un ser humano más íntegro, porque a un dictador como Trujillo lo acostumbramos a ver de una sola pieza y no tiene riqueza, un ser de una sola pieza no tiene riqueza, porque Trujillo era un dictador despiadado, era un asesino convencido con una gran vocación de poder, frente a la que el que se oponía era arrasado y de eso no hay ninguna duda. Pero Trujillo era también un ser galante, enamorado, Trujillo era una persona que se ponía para que le colocaran los nietos en la espalda y él hacía de caballo, Trujillo tarde por tarde visitaba en una liturgia, imprescindible para el valor de su espíritu, a su madre que le besaba la mano y recibía a un hijo dócil, complaciente con los caprichos de la madre. Trujillo era un buen hermano, Trujillo era un excelente amante. En New Jersey, en los EE.UU, yo me entrevisté en los últimos días de su vida, con doña Bienvenida, que fue la segunda esposa, aunque es la primera que él admite porque a Aminta(¿?) Trujillo no la admitió nunca, esa megalomanía trujillista hizo que desechara el primer matrimonio de Aminta. Doña Bienvenida cuando me hablaba de Trujillo lo llamaba “Rafaelito”; me decía a mí que Trujillo era el hombre más tierno que podía existir y que era un hombre que tenía toda la galantería y todos los dones del caballero cuando se iba a acostar con una dama. Lo que quiero decir es que tenemos la tendencia a olvidar la otra dimensión del ser cuando hablamos de un tirano cuya historia es tan pavorosa como la de Trujillo. La novela verdadera, la novela en la que los costados de esta personalidad deben ser purgados, evidentemente tendrá que abordar todos los elementos que rodeaban la personalidad de Trujillo. Y yo pienso que en el caso de la novela de Vargas Llosa, éste

fue uno, digamos, de sus aciertos, aunque da a entender que la narración privilegia el sentido lineal del acontecimiento, o sea la muerte de Trujillo, el acto de los conspiradores el 30 de mayo, evidentemente que es mucho más. Y esto va a permitir que en la República Dominicana e incluso otros autores de otros países, puedan explotar más la figura de Trujillo.

-¿Cree entonces que existe una diferencia nítida entre las novelas del trujillato escritas por dominicanos y las escritas por autores no dominicanos? Si es así, ¿dónde reside esa distancia?

-No creo. El problema es un problema de rasgos de estilo. El caso de Vargas Llosa en particular, él definió las coordenadas a partir de las cuales él iba a ensamblar lo narrado y previo a eso hizo una investigación bastante exhaustiva. Yo estuve con él en algún momento de esas conversaciones y le facilité algún material y sin ninguna duda, él penetró en las intrínquilas, las intimidades del régimen desde puntos de vista diferentes. Desde los adherentes al trujillismo, los remanentes del trujillismo que todavía pululan en la sociedad dominicana, a las víctimas y familiares de las víctimas y a toda la atmósfera que el trujillismo construyó alrededor del pueblo dominicano. La opresión no sólo incluye a la víctima, la atmósfera de opresión también incluye al victimario, familias prominentes de calieses, de ministros de Trujillo, de figuras destacadas de Trujillo, sentían la opresión también, porque la experiencia de la dictadura, del poder absoluto también incluye a los funcionarios de un poder absoluto. La abyección tenía ribetes tan dramáticos que aquí todos conocemos tres o cuatro historias en relación con las cuales por ejemplo, funcionarios muy destacados, muy conocidos de la era de Trujillo, eran burlados por el propio Trujillo que se acostaba con sus mujeres. El caso de un funcionario, Vargas Llosa lo hace hiperbólico en la representación que hace de él en su novela. Trujillo a veces estaba acostado con su mujer y él llegaba a su casa y no le dejaban subir a su casa porque Trujillo estaba acostado con su mujer. Lo que quiero decir es que la abyección no incluye sólo a la víctima sino que también el victimario siente la atmósfera de la opresión para preservar privilegios y felonías en el seno de un régimen de esas características y se pliega, se hace abyecto, asume la destemplanza de la humillación como parte del sistema opresivo. Yo creo que todo eso puede dar posibilidades al desarrollo de la novela. La diferencia que existe entre autores que

vienen de fuera y captan las posibilidades literarias que un régimen como el de Trujillo tiene.

Yo pienso que evidentemente quienes son dominicanos tienen una relación más profunda con una atmósfera, con una situación de carácter histórico. Pero por ejemplo, el propio Vargas Llosa demuestra que no es necesario, *sine qua non*. Vargas Llosa penetró y evidentemente su novela ha sido exitosa.

-¿Cuál ha sido la acogida por parte del público y crítica dominicana de estas novelas de autores extranjeros?

-Bueno, sobre todo en el caso de Vargas Llosa ha sido una recepción apoteósica, contradictoria, ha generado discusión. Yo sé perfectamente que en relación con ese texto se pueden hacer muchas objeciones válidas pero evidentemente lo que queda como resultado final del texto a mí me parece positivo.

*-Y en el caso de sus novelas *Pisar los dedos de Dios*, *La balada de Alfonsina Bairán*...¿Qué le llevo a escribirlas? ¿Por qué eligió esos motivos?*

-Yo pienso que esa es mi atmósfera vital. Yo era un niño en la Era de Trujillo. Por ejemplo lo que se narra en *Pisar los dedos de Dios*, que por cierto es una narración muy de clave, muy cerrada, es una experiencia de tipo personal. Yo era estudiante del colegio San Juan Bosco, y yo viví la incursión de las fuerzas militares en el Colegio San Juan Bosco buscando a un estudiante de origen uruguayo, cuyos padres eran uruguayos y él también, sus padres estudiaban con nosotros y era una persona muy rebelde que había estado involucrado en algún proceso de conspiración contra el régimen y que fue desaparecido del Colegio San Juan Bosco. De eso hay constancias históricas, los familiares después de la muerte de Trujillo declararon. Todos éramos jóvenes allí y yo viví objetivamente el hecho, ese fundamento digamos histórico del hecho yo lo hago muy elíptico, no lo hago testimonial, no es una novela testimonial, pero fue objetivamente vivido por mí. Yo viví eso como una de mis primeras experiencias catastróficas en relación con el trujillismo. Naturalmente que cuando muere Trujillo es cuando nosotros nos venimos a percatar que el muchacho ha sido muerto, porque la policía se lo lleva desde el Colegio de San Juan Bosco, desde los dormitorios que estaban arriba y todos lo vimos llevárselo y nunca más lo vimos volver. Pero veíamos a

los padres transitar y cuando la dictadura de Trujillo cae ese es uno de los hechos que sale en la prensa, que se habla y nosotros habíamos sido protagonistas de él. Pero la naturaleza del régimen trujillista es muy especial. En el régimen trujillista tú podías observar un hecho así, pero luego tú no podías preguntar en tu casa, tus padres nunca te respondían. ¿Qué paso con fulano? Silencio. ¿Qué paso con fulano papá? ¿ por qué se lo llevaron del colegio y no ha vuelto? Silencio. La respuesta era el silencio, porque Trujillo logró a nivel nacional un plano de la represión que las dictaduras de larga data siempre logran y es la autocensura, es decir, hay un momento en que las dictaduras de larga data no requieren que la policía golpee a todo el mundo, que haya una represión explícita, sino que ya en virtud de todo lo que ha ido históricamente ocurriendo, la gente prevee las consecuencias de sus actos y se autocensura. Yo recuerdo que en el año 72 llegué a España y como estaba todavía la dictadura de Franco y era una dictadura de larga data, también vinculado con Trujillo, porque Trujillo en algún momento también imitó a Franco, notaba que no había represión explícita y recuerdo que yo fui a parar a la casa de Alfonso Sastre, dramaturgo español, que en esa época era muy conocido y allí hubo una reunión de intelectuales, y se puso un documental de la embajada cubana que se llamaba “Nao”, yo no entendía aquella atmósfera donde la mayor parte de los intelectuales verbalizaban la realidad, o sea, toda la oposición a Franco parecía discurrir sin ninguna represión física real y el mundo de la imaginación era mucho más fuerte que el mundo de la realidad. Por ejemplo, en aquella reunión de intelectuales en la casa de Alfonso Sastre, todo el mundo allí hizo atentados, pusieron bombas, actores que en la sala escenificaban paródicamente la figura de Franco, y bueno al final, era como estar viendo una pantomima en relación con la realidad, porque las dictaduras de larga data a veces no necesitan ya la represión sino que la represión es muy selectiva y el grueso de la sociedad se autoimpone una censura traumática. Nosotros vivimos eso. En la Era de Trujillo hubo un momento en que la represión interna disminuía, todo dependía de la presión externa, y en el que las desapariciones y los crímenes eran más selectivos, porque la dictadura había logrado ya manejar la totalidad del aparato social. Eso originaba que un joven, por ejemplo, tuviese que buscar una idea de la verdad de las cosas donde quiera que pudiera aparecer, en mi caso, y en el seno de mi familia que tenía vinculaciones trujillistas, yo fui antitrujillista a priori porque estuve desde el Colegio San Juan Bosco vinculado a sacerdotes que conspiraban y que tenían informaciones de la prensa nacional sobre la figura de Trujillo. De otra forma, yo no hubiera tenido ninguna otra orientación, porque todo el aparato institucional, todo el

aparato cultural de la nación, toda la vida institucional estaba subordinada a las estrategias de Trujillo y eso, en términos personales, era una aventura bastante difícil, digamos, remontar la realidad trujillista.

-¿Y con respecto a La balada de Alfonsina Bairán?

-La balada tiene en cierto modo también un fundamento real. La balada está inserta en dos etapas en cierta forma, una en la que la atmósfera que el trujillismo crea se refleja de manera muy palpable: la desaparición del marido de Alfonsina era algo bastante común en nuestro común, las muertes misteriosas, el balazo justiciero, la persecución especial... porque en el trujillismo se podía morir por cualquier cosa. Se podía morir por una confrontación directa con el régimen o se podía morir por una palabra, por un equívoco y ello hacía que en el caso de La balada, que es una novela de amor, porque toda la estructura de la venganza que erige Alfonsina es justamente por amor y no hay duda alguna de ello. Pero eso permite la recreación de una atmósfera muy cargada en términos de la represión y en términos de la intelección de un sistema opresivo que a veces no tiene forma concreta de expresión. Por ejemplo, la muerte de este español es inexplicable, sin embargo, el que conoce las interioridades del régimen, al final de la novela, en el diálogo de Alfonsina con el abogado, se da cuenta de que en el régimen se podía morir por cualquier cosa. Una persona borracha en un bar decía una palabra y lo oía un calió y al otro día podía aparecer muerto. Miles de casos de este tipo se dieron en este país. Yo conocí a un tipo joven que vivía en frente de mi casa que en una barra se cayó por casualidad una foto de Trujillo al suelo, y él estaba bebiendo en la barra y cuando el dueño de la barra va a recoger la fotografía de Trujillo que se había caído (aquí había una fotografía de Trujillo en todas partes, en todas las casas), cuando él la va a recoger, la mira y dice: deja eso ahí, déjalo ahí. En la barra había un calió, lo escuchó, lo vio y cuando cerraron la barra, el calió lo siguió y lo mató. Por una palabra. Y resulta que el muchacho era hijo de un alto militar de Trujillo, pariente de Ludovino Fernández, que era un hombre de Trujillo. Se investiga porqué lo mata el calió y surge la historia de que este calió se tomó esa atribución porque cayó la foto y dijo eso. Cualquier cosa te podía llevar a la muerte. Esa atmósfera, es una atmósfera relativamente incomprensible para los jóvenes de hoy, porque en medio de la idea de democracia formal que vivimos, nadie concibe que porque tú digas una cosa así, a ti te maten ahora. Pero en la era de

Trujillo, evidentemente era sin ninguna duda una espada de Damocles que pendía sobre toda la sociedad dominicana.

-¿Y eso ocurría con Lilís?

-No, con Lilís la cosa era, digamos, más brutal, pero más selectivo. Lilís tenía una noción muy clara del poder, sabía sus funciones como dictador, pero sus represiones siempre tenían que ver con la pérdida o la preservación del poder. En el trujillismo no, la represión se hizo tan generalizada, estaban tan en el tuétano de la vida social que obviamente la sociedad entera en su conjunto, oprimidos y opresores, era una inmensa cárcel nacional. Bueno, la idea es esa. La balada abre la segunda etapa, que es bastante discutible en términos del martirologio que establece, porque inmediatamente después de la muerte de Trujillo la sociedad se divide idílicamente entre trujillistas y antitrujillistas y parecía ser que ese esquema maniqueo resolvía las contradicciones sociales de la época y en muy poco tiempo nos dimos cuenta de que no era así, de que en el seno de los antitrujillistas, había gente con tanta vocación dictatorial como Trujillo y había determinaciones por el manejo del poder que implicaban llevarse por delante cualquier principio, cualquier ideal, cualquier concepción digamos justiciera de lo social. Estas dos etapas, en cierta forma, están hermanadas en *La balada de Alfonsina Bairán*. Mi pretensión no es histórica. Yo no hago novela histórica, no me interesa. La historia es un telón de fondo alrededor del cual se genera ficción, sobre todo porque la sociedad dominicana no puede ser, es mi tesis, analizada por el cristal de la razón. La razón no te da para entender la especificidad de la historia dominicana, no te da. A veces es por azar, otras por irracionalidad misma, porque la irracionalidad tiene sentido, el surrealismo lo demuestra, a veces el desborde de personalidades esquizofrénicas, Trujillo tenía un contenido esquizofrénico, si no no hubiese mantenido las estructuras de un poder tan demencial. Hay chistes sobre la figura de Trujillo, chistes que yo he comprobado, por ejemplo: Trujillo podía ir a una fiesta y la orquesta podía estar tocando la noche entera y si Trujillo no salía a bailar, nadie podía bailar hasta que él no abría la fiesta. Y otros, como un conocido que me cuenta que estando en el comedor del Hotel Jaragua, se quedó espantado porque entró un niño vestido de general, y él que veía a los militares de verdad, haciéndole el saludo de forma muy circunspecta a aquel niño que iba caminando por ahí. Le dijeron ese es el hijo de Trujillo, que es general del ejército y él no podía creer a aquello. Yo me moría de la risa, porque yo sé muchas historias como

esa. Pero evidentemente era un tratamiento tan teatral de la escena del poder, con esa vestimenta. Para ir a una fiesta de Trujillo había que ir de frac o de chaqué. Y el mismo Trujillo, aquello era que no había un rey europeo como Trujillo, era descomunal. Yo recuerdo siempre, hablando con Vargas Llosa, nosotros fuimos a casa de Doña Lili, que había sido mi vecina de niño y era hermana de uno de los de La Maza y ella contaba, por ejemplo, lo que le ocurrió al entorno de sus familiares, cómo en el barrio donde ella vivía, que era mi barrio, nadie podía hablarle, nadie saludaba ni miraba para la casa. Mi madre a veces le pasaba comida por detrás porque te comprometías, tan sencillo como eso, te comprometías y terminabas preso. El propio marido de ella se ahorcó porque no resistía los interrogatorios de los calieses, es decir, no hay ninguna posibilidad de sobrevivencia material en el régimen de Trujillo de todo aquel que fuera opositor, porque Trujillo manejaba el noventa y uno por ciento de la cartera de empleo del país. Las empresas de Trujillo personales más las de Estado sumaban más del noventa por ciento de la cartera de empleo del país. Si tú eras antitrujillista nadie te podía dar trabajo, nadie. Trujillo manejaba casi el noventa por ciento de la riqueza nacional, el peso de la industria privada de la época, que se circunscribía apenas a unas pocas industrias azucareras, como la de los Bichini, que funcionaban en el Este, eran poquísimas y algunas empresas nacionales, contadísimas empresas privadas, por lo que no se podían admitir disidentes. Excepto los Bichini que se convirtieron en un búnker y allí pudieron sobrevivir gente como Viriato Fiallo y gente como Peña Batlle; era imposible sobrevivir al margen del aparato del Estado trujillista, de manera que el control de Trujillo sobre la sociedad dominicana, era sencillamente absoluto.

Una de las labores intelectuales de los hombres ligados al aparato trujillista más exitosa fue la deshistorización, Trujillo hizo de los fueros, los avatares del Estado dominicano, una especie de proclamo, de agenda, en la medida que su régimen era la solución a todos los problemas nacionales. La debilidad de Estado dominicano, que era una debilidad tradicional, se consolidó muy rápidamente en virtud de que Trujillo aniquiló con mucha presteza a los antiguos caudillos de la nación. A Desiderio Arias, a los Cosme y se separó muy rápidamente de Estrella Ureña. En una palabra, en menos de dos años Trujillo liquidó todo lo que eran conatos de fragmentación del Estado nacional y consolidó un Estado de ejercicio pleno de poder en toda la nación. En ocasiones había un presidente aquí en la capital pero un tipo del norte no correspondía y se declaraba independiente, un cacique. Trujillo, muy rápidamente dio respuesta al problema haitiano en términos de peligro para la formación del Estado Nacional, porque la masacre de

1937 es un acto notificadorio de la dureza con que Trujillo enfrentaba la concepción del Estado, y mucha gente la ha analizado como una impronta típica de la violencia trujillista, pero era más que eso. Era la notificación al Estado haitiano de que había una voluntad, genocida incluso, en relación con la preservación de la unidad del Estado Nacional, le dio respuesta a todas las angustias que desde el siglo XIX la intelectualidad dominicana había levantado. Trujillo definió el problema racial desde el punto de vista ideológico, o sea, proclamó la hispanidad como ideología, asumió las características de esta ideología con un punto de vista actual, hasta el punto que aquí todavía esta es una sociedad donde no hay negros, una sociedad esencialmente mulata y todavía aquí no hay negros.

-E incluso él hizo borrar sus raíces haitianas...

-No, él hizo no sólo borrar sus raíces haitianas sino que emparentó toda la tradición trujillista desde el punto de vista familiar con la nobleza europea, desde el punto de vista de la línea paterna él estuvo vinculado con las casas solariegas españolas, y por la vía de la mamá a marqueses y condes franceses, o sea, esta mitomanía trujillista, esa megalomanía llegó a esos límites y hay un libro concreto, un libro que yo analizo en *Mito y cultura*, sobre esos temas. Lo que quiero decir es que Trujillo dio respuesta a mucha de las angustias, respuesta retórica, del pensamiento intelectual dominicano del siglo XIX y eso supuso una legitimación hacia dentro de todo el aparato del poder. La legitimación trujillista atravesó la consolidación del Estado Nacional y por eso la masacre, y por eso asumir la hispanidad como una ideología, y por eso la indefinición racial y por eso todo aquello que significa esa gesta nacionalista, porque contradictoriamente, el trujillismo, también es una gesta nacionalista.

-Además contó con un séquito de intelectuales a su servicio que le sirvió para consolidar su andamiaje político.

-Sin duda, y en eso fue muy hábil. Yo pienso que quizás una de las grandes virtudes de Trujillo fue esa. Trujillo primero, desde muy joven, tenía vocación de poder, y ahí no hay duda. Vocación de poder clara e incluso definió los pasos de consolidación de esa vocación de poder porque él tuvo bien claro desde el principio que la vocación de poder sin dinero no funcionaba y se dedicó desde el principio a acumular dinero, desde que era

teniente de la policía, por la vía de tropelías que él escenificó en la policía nacional dominicana que crearon los yanquis, esa guardia para perseguir gavilleros. Lo segundo, es que Trujillo siempre entendió claramente el papel de los intelectuales, la sagacidad de Trujillo en esto, es de tal magnitud, que Trujillo es el primer político dominicano que invierte un capital para la actividad política, o sea, desde el ejército y con la figura del constructor en cierta medida de Rafael Vidal, Trujillo invierte, dedica un capital a la actividad política. Trujillo le daba un capital a Vidal y construye desde el ejército dominicano la primera revista de promoción de una personalidad política propiamente dicha. La revista, que era la revista de la policía nacional dominicana, estuvo completamente dedicada a construir la imagen de Trujillo. Luego, cuando se deshace de Horacio Vásquez, ya tiene a su alrededor un equipo intelectual de extraordinaria trascendencia en la vida nacional. Trujillo supo nuclear a su alrededor a los intelectuales más importantes de la época y darles valor en términos sociales. La sociedad dominicana tenía una estructura de jerarquización vinculada a la concepción hispánica que trajeron los conquistadores, o sea, antes de la Era de Trujillo la gente aquí se dividía en gente de primera, de segunda, de tercera, aunque tú siendo de tercera tuvieras dinero no podías acceder a ser de primera. Trujillo era un hombre de segunda, casi de tercera, y cuando él toma el poder, aunque reconoce una cierta oligarquía del saber, todo el que tiene una posibilidad de destacarse en la vida nacional, va a ser asimilado por el aparato del estado, no importa que sea de primera, de segunda o de tercera. Trujillo abolió las jerarquías sociales en este país e instauró una meritocracia cuya única condición *sine qua non* era la lealtad al régimen trujillista. Pero si destacabas así, fuera en el deporte, en la poesía, en el intelecto, en la literatura, en la música, el régimen te captaba, te asimilaba a las estructuras del Estado y te convertía en una especie de símbolo del régimen. Trujillo fue muy ágil en esto, y mi libro *Mito y cultura en la era de Trujillo*, estudia esas estrategias, porque antes de Trujillo nadie tuvo aquí estrategias promocionales, por ejemplo, los líderes eran espontáneos, surgían a partir de hechos de guerras, procedimientos digamos de carácter bélicos que lo hacían populares. Trujillo trabajó por primera vez el marketing y la confrontación entre Horacio Vásquez y Trujillo comenzó muy tempranamente, en silencio, desde el marketing, desde la pleitesía que se rendía a Trujillo como jefe del ejército frente a Horacio Vásquez que era lo decadente, lo que estaba en baja y Trujillo era lo joven, lo que estaba en alta, el apolíneo, el gallardo, la figura admirada por todos. Esas estrategias vienen del trabajo de los intelectuales. Y la otra fue genial, porque sucede que Trujillo en función de sus

hechos, tenía una extraordinaria imagen de dureza frente a la nación y son los intelectuales quienes desmontan esa imagen de dureza. Y en virtud de los acontecimientos que se dieron tras la caída de Horacio Vásquez, lo menos que se suponía era que Trujillo iba a ser candidato. Es más, los acuerdos que se hacen con los marines, la delegación norteamericana y con lo que queda del gobierno de Horacio Vásquez más el aparato institucional que estaba construido por el ejército que manejaba Trujillo, los acuerdos firmados decían que el jefe del ejército no podía ser candidato y Trujillo lo firmó. Trujillo lo firmó, de manera que después de la revolución del 28 de Febrero de 1930, se comienza a organizar las elecciones, lo que suponía era que el candidato presidencial de la unidad que derrocó a Vásquez iba a ser Estrella Ureña. Pero Trujillo estaba detrás y el que tenía el poder real era él. Entonces se quedó agazapado y luego todo lo que tenía que hacer, a partir del trabajo intelectuales, era un trabajo fino ignorando el acuerdo, el candidato fue Trujillo y el vicecandidato fue Estrella Ureña. O sea, Trujillo jugó al manejo de los intelectuales y los hizo confundir, y “la revolución”, así con comillas, del 23 de Febrero de 1930 dio al traste con el gobierno de Horacio Vásquez, pasó a ser un acontecimiento protagonizado por los intelectuales y no fue así. Era Trujillo el que lo manejaba desde atrás. Trujillo hizo la conspiración, metió al ejército en ella, proporcionó las armas, creó todas las condiciones para hacer los juegos de pirotecnia que hizo en Santiago con la toma de la fortaleza San Luis. Trujillo lo montó todo y al final se alzó con el poder, porque su vocación de poder era clara y precisa y su olfato político le permitía usar a las personas en el lugar correspondiente. Trujillo usó a toda la inteligencia dominicana de la época, incluyendo a los Henríquez Ureña. De manera que Trujillo en eso fue un táctico natural, rompe las jerarquías sociales, llevó al aparato del estado gente que destacaba simple y llanamente en el aparato social, creó una cierta meritocracia, naturalmente, todo condicionado por un principio digamos fundamental: la lealtad al régimen.

2. 5. BRUNO ROSARIO CANDELIER

--¿Piensa que existe una novela del trujillato? Sé que ha llovido mucho desde el Congreso de Moca y que se han vertido ríos de tinta sobre el tema. Sé que usted opina que sí...

-Sí, yo creo que sí existe, que existe una novela dominicana, confirmada a partir de la existencia de varios textos que de alguna manera plasman lo que es el concepto de novela, y más concretamente, de novela dominicana en atención a la realidad dominicana, del mundo cultural dominicano. ¿Cómo se justifica la existencia de una novela dominicana? Bueno, pues con los mismos criterios con los que se puede justificar la novela cubana, la novela venezolana, la novela mexicana, la novela española. Hay que poner atención al lenguaje, hay que poner atención a la cultura; si hay una dimensión cultural de lo dominicano aplicado novelísticamente, en atención a la cosmovisión, si de alguna manera hay un patrón, hay una actitud, hay unos valores que se manifiesten. Yo creo que sí.

-Usted mencionaba en sus libros los problemas económicos, de financiación, de medios e infraestructura con los que se encontraban los novelistas de la isla.

-Aquí no se puede vivir del ejercicio literario. Nuestra cultura no se ha desarrollado lo suficiente, no le permite a los escritores vivir exclusivamente del producto literario, hay otros países en los que es posible, aquí no, influye la realidad socio-económica.

-Dentro de esta novela dominicana, ¿cree usted que se puede hablar de una novela del trujillato? Y si es así, ¿qué características le confiere usted?

-El hecho de decir “novela del trujillato”, automáticamente está ese concepto delimitando ese aspecto a una realidad temática, el trujillato, el gobierno de Trujillo que ejerció una dictadura. Como dictadura ejerció una tremenda influencia en el comportamiento del pueblo dominicano, fue una dictadura muy dura, absorbente, omnímoda, sanguinaria, muy totalitaria, como suelen ser las dictaduras, muchas de ellas, más que dictaduras han sido tiranías, en un nivel ya de un uso de la fuerza

extrema, para mantenerse el político en el poder, se usa la fuerza contra la población y viola sus derechos. Es entonces cuando se llega a la tiranía, que es lo que pasó con Trujillo. Pero retomando tu pregunta, creo que sí, que podríamos hablar de una novela del trujillato, debemos hablar de una novela del trujillato, no hay muchas.

-¿Piensa que tiene especial relevancia este núcleo temático dentro de la novela dominicana en general o es uno más?

-Yo diría que es uno más, no ha tenido ni tiene una preeminencia, me da la impresión a mí que no tiene una preeminencia como tema.

-Pero en la década de los noventa sí existe un aluvión de novelas que tratan este tema.

-¿Tú lo tienes registrado eso?...¿Cuáles tienes registradas?

-*Varias, no sé, Retrato de dinosaurios en la era de Trujillo, de Diógenes Valdez, Ritos de Cabaret y Uña y carne, ambas de Veloz Maggiolo, La balada de Alfonsina Bairán de Andrés L. Mateo, Juro que sabré vengarme, de Miguel Holguín-Veras, etc.*

-¿Tú tienes la de Manuel Salvador Gautier?

-Sí, Toda la vida.

-Y *Tiempo para héroes*. ¿Tienes registrada *Cementerio sin cruces, Bienvenida y la noche?* y *Trementina Clerén y Bongó*...¿de quién era?

-De Julio González Herrera. Y sí, las conozco todas.

-¿*Retrato de dinosaurios*, me dijiste la primera? Yo no sabía eso.

-Sí. También *Los amores del Dios* de Miguel Aquino García, es que hay muchas.

-¿De quién es esa?...ah vale. ¿Tienes *El escupido* de Manuel del Cabral y *Los algarrobos también sueñan* de Virgilio Díaz Gruñón y *El masacre se pasa a pie?* ¿Y *La*

telaraña? ¿Y tienes Domini Canes de Bernardo Vega? ¿Y Sólo cenizas hallarás de Pedro Vergés?

-Sí, por supuesto, las he trabajado todas. Pero ¿por qué piensa usted que ha acaparado más la atención literaria Trujillo que Lilís, por ejemplo, dentro de la narrativa dominicana?

-Trujillo ha acaparado más la atención e influye el hecho de que ya existía la novela de la dictadura que cobra mucha fuerza en Hispanoamérica que en tiempos de Lilís no la había. La novela dominicana estaba muy poco desarrollada a principios del siglo XX, ésta propiamente dicha se desarrolla en el siglo XX, sobre todo a partir de la década de los sesenta, que cobra fuerza, sobre todo la novela moderna, a partir de la muerte de Trujillo. Surgen novelas que de alguna manera ponen al día la novelística dominicana, en términos de lo que es la técnica de la novela y entonces viene reforzado por la existencia del boom latinoamericano, que influyó mucho.

-¿Y a qué piensa que responde la proliferación de novelas del trujillato durante la década de los noventa? ¿Por qué se escriben más novelas en República Dominicana?

-Quizás el hecho de que los escritores hayan comenzado a tomarle confianza al género de la novela, pues el género de la novela es muy difícil, no es fácil escribir una novela. Requiere mucha investigación, mucha documentación, mucho trabajo, conocer el género, la esencia de la novela. El hecho de llevar muchos años escribiendo novelas, pues eso ayuda, contribuye a que se produzca más. Yo creo que esto hay que tenerlo en cuenta.

-¿Entonces no tiene nada que ver el desarrollo económico del país?

-Sí, tiene también que ver el despegue económico que ha contribuido a eso. Hay una mayor distancia, el tiempo influye también, porque la distancia, ya hay más de treinta años de la muerte de Trujillo, la generación adulta que vive durante el régimen de Trujillo, todavía está bajo los efectos del miedo, cosa que el escritor de los años noventa no tiene miedo porque hay bastante distancia del régimen de Trujillo. Y este es un factor psicológico que hay que tomar en cuenta.

-¿Y encuadraría usted bajo el marbete de “novela del trujillato” novelas escritas por autores no dominicanos, como *La fiesta del Chivo*, Galíndez o *En el tiempo de las mariposas*?

-Claro que sí, claro que son novelas del trujillato. Lo que tú no puedes decir es que son novelas dominicanas, porque Vargas Llosa es peruano, Montalbán es español, Álvarez es dominicana aunque tenga nacionalidad norteamericana. Yo creo que sí que se pueden considerar novelas del trujillato, porque cuando se clasifica un tema, no se hace conforme a quién lo escribe ni de dónde es quién lo escribe sino en cuanto al contenido del texto. *La fiesta del Chivo* está basada en el trujillato, ciertamente.

-¿Y qué acogida han tenido estas obras en República Dominicana, por parte de escritores, críticos, políticos, etc?

-Me da la impresión de que los lectores la han acogido mejor que los escritores. He observado una actitud crítica, bastante resistente en el mundo de los escritores. Y no hay temas de nadie, los temas son universales y todo el mundo tiene derecho a escribir. Mira *La fiesta del Chivo*...Galíndez en cambio, no ha tenido mucha repercusión, y es muy buena la novela, basada en el caso de Galíndez, muy singular. La novela de Julia Álvarez, *En el tiempo de las mariposas* ha tenido bastante repercusión pero la categoría de Mario Vargas Llosa, un escritor nacional de esa categoría, pues tiene una mayor proyección.

El hecho mismo de la actitud cuestionadora que en algunos sectores inspiró la obra de Mario Vargas Llosa, eso le favoreció incluso. Cuando una obra se desconoce no crea polémica y a veces una actitud crítica, combativa, de cuestionamiento, favorece a su difusión. Eso es así. Se habló mucho, tuvo mucha suerte. Pero también hay que conocer la valía de Vargas Llosa, es uno de los mejores narradores que tiene la lengua española de Hispanoamérica, un maestro de la novelística con un dominio total del género.

-¿Y qué opina usted de las críticas negativas que se han hecho de la obra fundadas en la falta de “dominicanidad” del texto?

-Yo no me atrevo a hacerle esas críticas. ¿Cómo le vas a pedir a un no dominicano que capte la voz del dominicano? No es posible.

-Yo creo que su intención no era esa, no era hacer una novela dominicana.

-No, esa no era su intención. Es como si un dominicano quiere escribir sobre la dictadura de Franco, ¿cómo va a captar todo lo que fue?, eso sólo lo puede hacer un español y más quien ha vivido eso, incluso a un español que no hay vivido el periodo de Franco le será difícil captar el espíritu de esa época. Yo no le hago esa crítica a Mario Vargas Llosa. Esas críticas son extraliterarias. Además un dictador inspira varias facetas. Hay varias facetas y varias dimensiones cuando se enfoca una dictadura que no todas las puede captar el narrador. Tú puedes captar la dictadura de Trujillo desde el punto de vista que la dictadura significó para la población, tu puedes enfocar la dictadura desde el punto de vista, de lo que significó en términos históricos, tú puedes enfocar desde el punto de vista de los que apoyaban al régimen, la dictadura tiene secuaces que la apoyan y bien puedes hacer una novela sobre ese apoyo, es otra faceta. Tú puedes enfocar la dictadura desde el exilio, cómo la ve el que está fuera. Tú puedes enfocar la dictadura desde las transformaciones que opera una dictadura en la historia de una población, en la psicología de la población, en las actitudes, en los efectos que esa dictadura provoca. O podrías enfocar la dictadura escribiendo una obra post-dictadura, la huella que ha dejado, comparándola con la manera de ser del pueblo dominicano antes de esa dictadura. Hay muchas maneras de enfocar una obra y depende de la actitud y del criterio que tú asumes para enfocarla. Casi siempre la actitud de rechazo a la dictadura va a inspirar determinadas, no identificaciones, sino lo contrario, cierto odio. Entonces, el lector desde la perspectiva del odio o del resentimiento o de esa secuela que puede dejar en la sensibilidad colectiva, un individuo que rechaza una dictadura porque la sufrió o su padre sufrió o parientes suyos la sufrieron tiene una posición diferente que los que no sufrieron esas consecuencias. Entonces, el hecho de tú pedirle a un autor que responda a lo que tú quieres que haga, eso es imposible. No le puedes pedir a un autor que haga una obra como tú quisieras que fuese.

-Algunos críticos de hecho hablan de “envidias”, por parte de escritores dominicanos, frustración por no haber hecho esa gran novela que es La fiesta del Chivo.

-No se puede descartar que ese sentimiento aflore. Eso mismo pasó con Julia Álvarez, yo llegué a percibir determinadas muestras de envidia, de celos, de resentimiento por parte de escritores que empezaron a cuestionar la obra. Julia Álvarez se adelantó y descubrió una veta temática que aquí no le habíamos hecho caso.

-Iguale que Galíndez.

-Iguale que *Galíndez*, sí, es lo único que hay sobre el tema. Montalbán tuvo la intuición de decir, bueno, Galíndez me ofrece una veta tremenda para enfocar al dictador...sí, creo que hay cierta envidia que no tiene justificación, porque nadie le roba el tema a nadie. Además hay posibilidades, porque se puede seguir escribiendo, porque es un tema casi inagotable, la dictadura tiene muchas vetas, muchas facetas, dimensiones sin explotar todavía. Por eso no hay razón para sentir envidia. Eso pasa también entre escritores, cuando algunos suben un peldaño, triunfan...no hay que sentir envidia por nadie. Todo el mundo ocupa un espacio y ese espacio es único, nadie te roba espacio, absolutamente nadie, con un posible triunfo.

-Y piensa que existe una novela escrita por un dominicano parangonable a La fiesta del Chivo?

-No, porque falta talento y falta dedicación y Vargas Llosa es un consagrado y además es un genio de la literatura, y no siempre en todos los países se dan genios. Nosotros no tenemos un escritor de la talla de Mario Vargas Llosa, esa es la realidad. Y hay muchos escritores dominicanos que sólo escriben una novela, y ya hace falta escritores con una trayectoria novelística que se dediquen a la escritura a tiempo completo.

-¿Y Marcio Veloz Maggiolo?

-Él en tres meses escribe una novela, en vez de dedicarle tres años a una novela. Tiene un gran talento Marcio y una intuición poderosísima, y una imaginación fabulosa, pero la disciplina le ha fallado, debía dedicar más tiempo a la elaboración de la novela. Ese debía ser nuestro Mario Vargas Llosa, es nuestro mejor narrador. Y está Carlos Esteban Deive, que escribió *Las devastaciones* una de las mejores novelas históricas de la

literatura dominicana, con un lenguaje muy culto. Un escritor que se ha dedicado en los últimos años a la novelística y ya lleva ocho novelas es Manuel Salvador Gautier.

Yo creo de todas formas que la literatura dominicana tiene una deuda con Mario Vargas Llosa por haberle puesto atención a ese tema.

-Un tema en el que la realidad, ciertamente, supera a la ficción.

-Fíjate este detalle de la época de Trujillo. Muy cerca de aquí donde estamos, por allí, no recuerdo exactamente la calle, pero muy cerca de aquí, bajaba Trujillo con su comitiva y al doblar la esquina ve a un señor de cierta edad y dice él que lo conocía y que no sabía que aún estaba vivo. A la media hora, llega un coronel y dice: ¡Jefe, ya! Y dice Trujillo: ¿ya qué? El hombre que usted dijo que no sabía que estaba aún vivo, ya lo liquidamos. Para que tú veas lo que era esa dictadura. Eso es histórico. Una persona de fuera no lo concibe. Esta dictadura, comparada con la del resto de Hispanoamérica era muy diferente, y hay muchos hechos así, de ese tipo. Un poder absoluto. La gente creía que si oía la radio, él la estaba oyendo también. No había libertad para nada. En mi casa yo recuerdo que no se podía hablar nada.

2. 6. DIÓGENES VALDEZ

-Empecemos hablando de su novela Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo, ¿le parece?

-El título era *Tartufo y las orquídeas*, pero lo que sucede es que los editores me dijeron que ese título no vendía. Conociendo ya la trama de la novela, ellos me dijeron que el título debía llevar el nombre de Trujillo, porque el nombre de Trujillo sí vendía. Yo en principio me negué y hasta se me saltaron las lágrimas, porque la condición para que me publicaran la novela era que yo le cambiara el título, me sentí como extorsionado. Entonces, tuve que acceder, me costó mucho trabajo encontrar el nombre *Retratos de dinosaurios en la era de Trujillo* y después de oírlo tantas veces mencionar no me luce tan feo como originalmente pensaba, ahora sí pienso que el título de *Tartufo y las orquídeas* tiene un aire más poético, más lírico y se sujeta más a la novela, porque pienso que *Tartufo y las orquídeas* no revela tanto la trama, lo que hay dentro de la novela. Yo básicamente me considero un cuentista más que un novelista y como cuentista siempre trato de esconderle las cosas al lector para sorprenderlo. Entonces yo pienso que el título de *Tartufo y las orquídeas* se ajustaba más, ahora una cosa que mucha gente no ha advertido es que más que la novela de un dictador es la novela de la mujer de un dictador. Entonces, fíjate hay una cosa, muchas personas consideran que es muy buena novela, inclusive es anterior a *La fiesta del Chivo*, y aquí tuvo buena acogida. De hecho, después de salida la primera edición, que fue con el título ese de los dinosaurios, apareció otro editor que le interesó y sacó entonces la segunda edición con el título de *Tartufo*. Como la persona estaba interesada yo pude entonces poner mis condiciones, el título de *Tartufo y las orquídeas*. Y así se ha quedado. Pero fíjate que cosa más extraña... como hay tantos dominicanos en Nueva York, ellos la piden exclusivamente la librería de "La Trinitaria" y la piden exclusivamente con el título de los dinosaurios.

-Yo de hecho, la conseguí con ese mismo título

-La última edición tiene la ventaja de que está corregida, porque la primera edición salió de manera muy artesanal. Eso le pasa a todos los libros, que a medida que se van editando se van haciendo correcciones, se van puliendo.

-Pero a pesar de que se centra en la figura de María, es una novela de dictador, porque usted le da voz a Trujillo.

-Sí, en efecto. Pero otra cosa en la que hay que reparar en esa novela, es que también es la novela de los intelectuales de la Era de Trujillo, todos los intelectuales que colaboraron en el andamiaje de la dictadura de Trujillo, es decir, que es muy ambiciosa, tal vez, muy ambiciosa novela. Es algo que hacía tiempo que estaba por escribir, como una especie de reivindicación, porque quizás, yo lo comento mucho eso, porque mi familia tuvo muchos problemas con la dictadura, a uno de los miembros de la familia lo mataron. Entonces, yo lo hice más bien como una especie de reivindicación a ese hecho familiar, pero traté en todo momento de despojarme de la pasión. Ahora, déjame decirte que un noventa y cinco por ciento es realidad, inclusive hay personajes con sus nombres propios, que fueron personeros importantes de la era de Trujillo.

-Sí, por eso llama tanto la atención el personaje de Tartufo y cómo éste en un principio ayuda a Melva y por María le retira su apoyo y la ataca ferozmente...

-Pero al final uno llega a la conclusión de que el triunfo es de Melva. Pero otra cosa, el personaje de Tartufo es doble dentro de la novela. Hay un crítico, el último, que se llama Pedro René, que existió, que era el árbitro del buen gusto en la era de Trujillo, y la persona que decía, desde el punto de vista artístico, no pasa, no pasaba, aunque tuviera todo el talento posible. Pero Tartufo Martín Aybar se parece mucho a Pedro René Contín Aybar, ves es el mismo personaje, pero lo que sucede es que Tartufo es el personaje viejo y Pedro René el personaje joven, es algo en lo que la gente no ha reparado y es algo que te estoy confesando a ti ahora, porque esa fue la intención.

-Pero tiene usted otra novela, además de La telaraña, sobre la época de Trujillo.

-La telaraña, esa sí se centra más sobre Trujillo. Es una novela bastante hermética porque yo, yo quise, me voy a confesar, envolver cosas para que mi familia no se diera

cuenta. Yo diría que es la novela de mi niñez, así como hay una novela que se llama *Los tiempos revocables*, que yo considero la novela de mi adolescencia. Aún está pendiente la novela de mi senectud. El conflicto del trujillato incidió mucho en el seno de mi familia y yo lo percibí desde pequeño. Eran seis mujeres y un varón, el varón hizo comentarios en contra de la dictadura, lo agarraron preso, lo tuvieron un tiempo preso y lo entregaron muerto. Entonces, eso, siendo yo ya pequeñito, el único varón que iba ya subiendo en la familia, me criaron con ese temor, es decir, eran seis mujeres y un varón. El varón era la protección de esas seis, seis no, cinco mujeres, y al apresarlo, martirizarlo y entregarlo muerto, eso se quedó dentro de la familia. Entonces, había ese temor hacia mí que era el que iba subiendo. Nosotros y mucha gente creía que Trujillo iba a ser eterno, y yo percibía todo el problema dentro de la familia, sin que nadie me dijera nada, porque nadie conversaba nada. La mejor forma de que alguien no se involucrara en problemas de política con Trujillo, era la ignorancia, no saber nada, porque así no comentas, no haces juicio crítico. Pero yo sí lo percibía, inclusive yo recuerdo que ese tío mío una vez logró escapar. Lo tenían en un manicomio donde tenían a los presos políticos en Nigua, se logró escapar y logró mi familia que lo escondieran unos vecinos de enfrente. Yo no sé cómo se enteraron y yo recuerdo esa noche de tensión en el barrio entero, cuando vinieron a apresarlo a él y él en un acto de desesperación agarró un cuchillo y se cortó un dedo. Entonces, esa novela sí tiene que ver con Trujillo. Déjame decirte que esa novela, *La telaraña*, fue escrita mucho antes de escribir mi primer cuento, porque para mí era una especie de desahogo, de sacar algo que me molestaba dentro. Entonces, sin tener ningún tipo de experiencia en literatura ni nada, yo me aboqué a escribir, solamente con simples lecturas pero sin ninguna práctica dentro de la literatura. Fíjate que permanece casi intacta, son pocas las cosas que he podido retocar y de hecho yo la considero la mejor novela que he escrito, la que me ha producido mayor satisfacción porque es mucho de mí lo que hay dentro. Es una novela pequeña, pero yo no tenía nada previo a eso y básicamente pienso que, sin conocer mucho de psicoanálisis, me encuentro un poco envuelto por ese drama familiar. Y fíjate qué cosas raras, mi familia, sobre todo mi madre, yo soy hijo único, nunca leyó nada de lo que escribí porque decían que si yo no les pedía que me leyeran ellos se sentían postergados, minimizados, porque no hay en mi familia una tradición literaria, en todo caso empieza conmigo. Entonces, esas primeras obras escritas a maquinilla yo sé que nunca la leyeron, aunque pasaran semanas y meses, yo sé que nunca nadie, ninguna de esas cinco mujeres se sentó a leer, porque tampoco ese era su mundo. La literatura era

ajena a mi familia, en todo caso, el ajeno, el extraño era yo que era capaz de pasarme dos horas con un libro en la mano. De hecho, mi divorcio vino por eso, porque mi ex – esposa me decía: ¡cómo es posible que pases tres horas con un libro ahí sin pronunciar una sola palabra, sin hablar!

-Yo le quería preguntar acerca de los problemas de la literatura dominicana. Problemas de analfabetismo, de la falta de financiación, de editoriales, de madurez de la novela dominicana...

-Sí, de hecho, yo considero que el caso mío, es un caso *sui generis*, extraño, no común porque hasta el momento tengo catorce libros publicados y siempre he encontrado a alguien que se encargue de financiar mis textos, cuando no es una institución comercial, es el Banco Central que me publicó uno, las editoras mismas que se interesan en los libros que yo les presento, etc.

-¿Piensa usted que ocupa un lugar preeminente, especial la temática del trujillato dentro de la novela dominicana? Y si es así, ¿a qué piensa usted que obedece ese resurgimiento del asunto trujillista en la década de los noventa, ese aluvión de novelas del trujillato?

-Yo pienso que el tema de Trujillo es muy rico en anécdotas y básicamente cada anécdota sirve para construir una parte de la historia que se vivió. Por ejemplo, una de esas anécdotas que a mí siempre me llama mucho la atención es el caso de Trujillo en una fiesta. Él era muy enamorado, de hecho, aunque nadie habla de eso, en mi pueblo llegó a tener una ocho o diez amantes ubicadas en diferentes sitios, un pueblo muy pequeño, ya te puedes imaginar, y aquí en la capital también tenía muchas y donde quiera tenía sus amantes. Pero cuentan de una vez que él fue a una fiesta y se enamoró de una muchacha que estaba bailando con su novio, como es natural, y él estaba loco porque ese joven no dejaba de bailar con ella y quería invitarlo a su mesa y bailar con ella. Cuando no pudo, y parece que es verdad, él le dijo a uno de sus ayudantes que a ese joven lo despidiera mañana de su trabajo y el ayudante le dijo que ese hombre no trabajaba en ninguna institución del gobierno. Entonces Trujillo le dijo que lo nombrara y después lo cancelara. Son cosas así, sin límites. Básicamente el país era una especie de finca de Trujillo, él era dueño de todo no solo físicamente sino hasta de la voluntad de

los hombres. La gente tenía miedo a soñar en contra de Trujillo. Fíjate, y esto te lo digo porque yo lo viví muchísimas veces, gente que le preguntabas: oye, ¿cómo tú estás? Y aunque estuvieran mal, no se atrevían a decir que estaban mal, inclusive había una expresión “Bien, pero nada se vende”, era una forma de decirlo soterradamente. Y quién mejor que José Israel para decirte lo que fue la dictadura de Trujillo, que fue víctima directa de la dictadura, pues estuvo preso, fue torturado. Lo que yo te pueda decir no se puede comparar con los testimonios que te puede ofrecer José Israel, pues los vivió en carne propia. Yo los viví de lejos, los sentí, los viví pero no en carne propia, sentía lo que era la atmósfera del trujillato, y eso no lo menciono casi nunca porque después de la muerte de Trujillo ha habido muchas personas que fueron beneficiadas y al final se convirtieron en víctimas, en víctimas reales, víctimas emocionales e incluso pseudo-víctimas. Porque en la última etapa de Trujillo pienso que hubo un desquiciamiento total del sistema y no se confiaba ni siquiera en los amigos.

-Sí, es cierto. De todas formas, yo pienso que una de las posibles causas por las que se produjo ese torrente de novelas del trujillato en los noventa, pudo ser por el distanciamiento temporal que crea un nuevo enfoque de los hechos, o también pudo influir el hecho de que Balaguer continuara en el gobierno que hacía más vivo el trujillato.

-Yo pienso que el tiempo le ha dado a los escritores dominicanos una perspectiva para analizar, penetrar sin mucho apasionamiento, en el trujillato. Yo cuando escribo trato de no ser apasionado con el tema, pero no creo que lo consiga del todo. Hay que intentar no tomar parte, porque eso resta un poco de interés, uno ve que la balanza se inclina demasiado hacia un lado. Aunque uno no sea justo cuando escribe, tiene que intentar serlo. Yo he tratado de no caer en ese bache en el que caen muchos autores. Por ejemplo, la literatura que se hizo en el exterior durante los años veinte y treinta, estaban muy inmersos dentro del problema de la dictadura y eso no les dio perspectiva para analizar con sobriedad, vamos a decirlo así, el problema que estaban viviendo. Se sentían muy tocados, muy llegados, muy maltratados. La etapa más dura del trujillato me tocó vivirla con cierta protección, esa protección familiar, y aunque estaba consciente del problema que había en la familia, yo solamente sentía la pesadez de la atmósfera sobre mí, pero no puedo decir que a mí me detuvieron, me maltrataron, que me torturaron, y mucha de esa gente sí. Por ejemplo, en el caso de Almoina, uno se lo

explica porque estuvo dentro del trujillato, aunque ese caso quizás habría que explicarlo como una conjunción de dos problemas. Él era un refugiado, un escapado de la dictadura de Franco y entonces viene a caer bajo la sombrilla protectora de otra dictadura y eso podría haberle creado conflictos internos. Yo creo que también el problema de Almoina era que no era un escritor “de raza”, eso no le impedía a él analizar el problema de Trujillo sin caer en esos lamentables insultos gratuitos, incluso, en su obra.

-Lo mismo ocurría, pero a la inversa, en el caso de la literatura trujillista, ¿no?

-Sí, en efecto, porque se producían excesos de ambas partes, es decir, los trujillistas lo colmaban de bondades excesivas que no existían, que evidentemente no eran ciertas, y los antitrujillistas de cosas negativas, que muchas eran ciertas, pero no analizadas con objetividad, desde el punto de vista de la pasión.

-Por último preguntarle acerca de las novelas del trujillato escritas “desde fuera”, Galíndez, La fiesta del Chivo, En el tiempo de las mariposas... ¿Qué opina de ellas? ¿Aportan algo nuevo a esta temática del trujillato? ¿Qué acogida tuvieron en República Dominicana?

-Para juzgar *La fiesta del Chivo* yo creo que nos dividimos en dos bandos. Yo soy de los que piensa que *La fiesta del Chivo* no es una gran novela, incluso oí una expresión de un escritor dominicano que hacía un juicio sobre *La fiesta del Chivo* y la novela siguiente de Vargas Llosa *El paraíso en la otra esquina* y hay un abismo entre una y otra. *El paraíso en la otra esquina* es una novela limpia, pulcra y ese intelectual dominicano me decía que lo que sucedía es que con *La fiesta del Chivo*, Vargas Llosa necesitaba ganarse un dinero grande, era un tema que vendía y la despachó rápidamente sin analizarla mucho. Por ejemplo, hay un pintor del pueblo que hizo un análisis de todos los posibles fallos de *La fiesta del Chivo*, por ejemplo, hay expresiones como “El pequeño hombrecito”, refiriéndose a Balaguer, si eso es lo mismo. O decía “La diminuta manita” o “La pequeña manita”, es lo mismo, es decir, son dos diminutivos. Inclusive algo más, en el segundo párrafo de *La fiesta del Chivo* dice más o menos, hablando de Uranita, que está hospedada en un hotel, dice “se paró en la ventana a ver pasar el mar”, ¿Cómo es eso? Entonces, para nosotros es una novela con muchos fallos. Claro, uno

sabe que el nombre de Vargas Llosa es de por sí una industria, que cualquier cosa que haga se va a vender, además tiene sus méritos innegables pero tienes sus baches, sus descensos lamentables. Yo creo que por eso es por lo que no le han dado el premio Nóbel a Vargas Llosa, por esas cimas altas que tiene, pero también por esos valles tan profundos que tiene. Básicamente, yo te puedo decir, que pienso que no es una gran novela, muchos de nosotros, tal vez porque conocíamos las interioridades del sistema opresivo de Trujillo, en el caso de Vargas Llosa, muchos, a mitad de la novela sabíamos que Uranita iba a ser una víctima de Trujillo, se adivina. No sé si por el hecho de haberlo vivido uno eso se adivinaba, pero yo creo que cualquier persona medianamente culta, adivina que Uranita iba a ir a parar a la cama con Trujillo aunque no pasara nada. Entonces, tomando en cuenta todos esos elementos, diría que básicamente para nosotros *La fiesta del Chivo* es una novela de la medianía, no es mala, pero es otra novela más sobre Trujillo.

-Y ¿qué opina de las otras dos novelas, *En el tiempo de las mariposas* y...?

-Es una novela que está bien escrita, pero yo creo que no hace grandes aportes a algunos de los asuntos básicos, fundamentales del trujillato. Hay una parte que a mí no me gustó de *En el tiempo de las mariposas* por lo socorrido del recurso, que es el asunto de los diarios. Ha sido utilizado demasiado en la novelística, yo la encuentro muy ligera y muy vendible. El trujillato es un filón enorme de situaciones, de anécdotas, de hechos concretos, porque qué cosa más surrealista de Trujillo que verlo prender fuego al lago de Maracaibo para que se quemaran todos los pozos petrolíferos, cuando había problemas con Betancourt, y lo intentó, o al menos se habló de que se barajaba esa posibilidad. Y el hecho mismo del atentado contra Betancourt es una cosa que también está fuera de lo común. Todavía es posible ir descubriendo cosas, porque no todas las cosas sobre Trujillo las sabe una sola persona. Allá en mi pueblo había una persona, que vivía cerca de mi casa, que fue secretario particular de Trujillo y se murió y yo lamento mucho no haberlo tratado en intimidad, porque para mí era una enciclopedia viviente sobre el trujillato, porque fue varias veces su secretario particular. Por último le terminó ofreciendo a Trujillo una sobrina para que fuese su amante, que fue la última amante de Trujillo. Y por ejemplo, en San Cristóbal tenía una hacienda, que se llamaba “Hacienda Fundación”, con buenas carreteras por dentro y de varias partes del país venían las madres con sus hijas a pasear dentro de la Hacienda, para ver si Trujillo la veía y así

cambiar de situación económica: le entregaba una casa, una residencia. Trujillo era más que un rey, casi un emperador aquí, yo no sé cómo no cobraba derecho de pernada ni nada de eso... quién sabe. Aquí se dieron muchísimas cosas extrañas. El tema de Trujillo no está agotado. De hecho, yo ya me siento bastante agotado del asunto de escribir sobre esto, pero yo tengo un proyecto novelístico que envuelve varios políticos dominicanos y necesariamente voy a tener que tocar el tema de Trujillo, aunque la impresión no sea escribir sobre la dictadura de Trujillo, pero es un tema sobre políticos que fueron víctimas de Trujillo y tuvieron que irse al exilio. Tengo ese proyecto literario y eso te indica que de que el tema de Trujillo aún falta mucho por tratar y todo va a depender de la habilidad del escritor para poder sacar, volver interesantes, temas que a veces han sido tratados por otros. Puede haber alguna faceta del trujillato que no hay sido tocada, pero necesariamente hay algunos aspectos, como la muerte de Mirabal, cambio de nombre de la ciudad, que los escritores tienen que usar y tocar. Dependerá de la perspectiva y de la sensibilidad del que escriba.

2. 7. MANUEL SALVADOR GAUTIER

-Se ha discutido muchísimo acerca de la situación de la novela dominicana: falta de un público lector, de financiación, crítica literaria no muy madura...¿Usted qué piensa al respecto?

-Yo pienso que hay de todo eso, que existe un problema con las editoras, por ejemplo, ahora mismo creo que sólo hay una editora que realmente busca al escritor y lo publica sin costo para él. Mis novelas han sido editadas por mí, con financiamiento propio. También pienso que hay un problema de crítica. Aquí los críticos, o son demasiado estudiosos porque se fueron a España a estudiar, o se fueron a Italia, Francia, con un esquema de que todo tiene que estar a cierto nivel, o bien son demasiado superficiales. Y también hay un problema de lectores, que afecta a nivel mundial, tenemos una clase media que apenas se formó ahora, el siglo pasado, que es la que lee, la clase media culta, pero yo entiendo que con relación a la narrativa aquí ha pasado un fenómeno: la promoción del cuento. Aquí se creó la Casa de Teatro, anteriormente se formó un grupo “La máscara” en la década de los sesenta, que comenzó con la idea de hacer premios para cuentos. Entonces se creó la idea de que había posibilidades de participación masiva en narrativa, en cuentos. El cuento viene fomentado también, porque tenemos unos de los grandes cuentistas de la narrativa hispanoamericana: Juan Bosch, que viene a surgir en los años sesenta, porque antes era no reconocido sino evitado, porque era parte del grupo de los exiliados y no se quería tener contacto con él, pero él siguió trabajando en el exilio. Tiene dos libros de cuentos del exilio. Yo creo que el fenómeno del cuento y de la poesía se debe a que, aunque no se puede decir que un género sea más fácil que otro, todos los géneros son difíciles, si uno quiere escribir poesía tiene que buscar su inspiración y trabajar también el poema y lo mismo el cuento. Por ejemplo, esos relatos que he escrito los tuve que trabajar mucho, pasarlos, repasarlos y pensarlos bien.

-La novela exige mucha dedicación, sino completa sí “casi” completa, mucho tiempo y esfuerzo...

-Sí, el problema de los problemas es que aquí los escritores tienen que trabajar en otra cosa, tienen que dedicarle su tiempo a otros menesteres, que puede ser dentro de la misma literatura, haciendo periodismo, algunos dicen que no es literatura, pero sí lo es. Otros como José Alcántara en el Banco Central, haciendo un trabajo administrativo, o ser abogado, médico, lo que sea. En el caso mío yo no tuve esa situación porque yo me lancé a la literatura ya en una edad madura, en el ochenta y seis y tenía cincuenta y seis años. Ya yo había hecho mi carrera de arquitectura y había triunfado y entonces le pude dedicar más tiempo y además fue una decisión que yo tomé teniendo un trabajo muy importante, haciendo un estudio importante, pero en un momento dado hice lo que quise, siempre quise hacer novela, no cuento ni poesía, novela. Lo primero que escribí fue *Tiempo para héroes*.

-¿Y qué le llevó a escribir sobre el trujillato y ese periodo concreto?

-Fíjese, yo en realidad comencé a escribir una trilogía. Yo tengo mi ideología, yo soy de una generación, nací en 1930 cuando comenzó el trujillato y pertenezco a una generación que fue formada dentro de un planteamiento liberal en contraposición a la dictadura pero de manera oculta. Mis padres me llevaron al liberalismo, pero sabiendo que tenía que ser con cuidado, esperando que algún día se pudiera dar la democracia en el país. Yo estudié fuera, en Estados Unidos, el bachillerato, de 1945 a 1950 en Nueva Jersey. Entonces, en realidad tenía posibilidad de buscar hacia las posibilidades de la vida, por ejemplo, yo me entusiasmé mucho en EE.UU cuando lo de la votación a favor de Truman, porque yo era demócrata, simpatizaba con los demócratas y me entusiasmé mucho. No me metí pero yo veía eso, me gustaba y tuve esa afinidad hacia la democracia. Esa ha sido la base ideológica de todas mis novelas, usted ya leyó *Toda la vida* y se dio cuenta de esto. *Toda la vida* es el planteamiento de un personaje, Chuchú, que no es un héroe, es un antihéroe, él no tiene la iniciativa, pero se guía por la iniciativa de los otros, la lucha por la democracia. Cuando él piensa que va a conseguir la democracia, él toma ese empleo y fracasó, entonces él se va a la alternativa cultural y social, se hace rico pero siempre queda la idea de que alguien tiene que seguir, y pasa sus ideas a las siguientes generaciones. Esta es la idea de *Toda la vida*. Entonces yo comencé a trabajar una trilogía y la trilogía era un primer libro que iba a tratar la conquista de nuestra isla, un segundo libro que iba a tratar la lucha contra Trujillo y una tercera novela que era ciencia ficción. El enfoque que yo iba a dar en la parte de la

conquista no eran los conquistadores, sino el personaje iba a ser Guaionex, un indio. Tuvimos varios estereotipos de indios a nivel histórico, el que enseguida recibe a los españoles, el que escapa, el que huye ante una situación que no puede manejar, tenemos al que lucha contra los españoles y Guaionex que le dice a los españoles: okey, ustedes quieren oro y yo no puedo conseguirles oro, pero sí puedo sembrarles yuca desde aquí, desde el centro de la isla hasta el borde de la isla. El planteamiento de Guaionex es un planteamiento de igualdad en el cual hay un intercambio de productos, que es la base del desarrollo, el trueque verdadero, no una estampita por nada. Tomé el nombre de Guaionex que iba a ser el nombre principal de las tres novelas. Cuando tomé entonces la parte de Trujillo escogí el episodio de Constanza..... Tanto en Guaionex como en la parte de Trujillo era demostrar cómo el deseo de desarrollo de un pueblo que no tenía los medios, que era impedido por el imperialismo o por fuerzas mayores a los que podían hacer, porque a Guaionex lo matan los españoles y al Guaionex de la época de Trujillo también lo matan porque viene una expedición. En la parte de ciencia ficción que iba a pasar en el dos mil y pico, lo que pasa es que hay una guerra y destruye el mundo entero y lo único que queda es la República Dominicana dentro de una cúpula y ya no hay hostigamiento del imperialismo y se tienen que desarrollar ellos mismos. Esa era la idea básica de esa trilogía. Yo comencé a formular las ideas y modelar los personajes, yo siempre hago eso, entonces me entusiasmé con la época de Trujillo, porque era mi época y entonces comencé a escribir y a escribir, y cuando me di cuenta lo que tenía era una tetralogía de cuatro volúmenes.

-Pero ¿porqué cree que produce tanta fascinación el tema del trujillato entre los novelistas y aún hoy quizás con mayor intensidad?

-Bueno, yo creo que es una época fundamental en la historia dominicana, porque es el momento de conformación de una sociedad, la transformación de una sociedad no atrasada, pero todavía con ínfulas rurales a una sociedad moderna. Trujillo lo hace, pero de una forma dictatorial y lo que pudo haber sido un desarrollo favorable al país, porque él logra desarrollar el país, pero la riqueza en vez de favorecer al pueblo se la queda él. Pero hay algo más, con Trujillo desaparece el cacique, el individuo que tú vas a ver si lees a “Serenata” vas a encontrar a ese individuo, jefe regional, terrateniente que sacrificaba la situación del país para seguir en el poder y daba golpes de Estado. El país a principios del siglo XX, tuvo como veinte golpes de Estado y siete de ellos eran dados

por un caudillo solo, por Horacio Vásquez, que simplemente no aceptaba que alguien más estuviera en el poder para conseguir las prebendas que él quería. Entonces Trujillo termina con eso, los destruye, él mata al último cacique que era Desiderio Arias. Es un momento importante, emocional para mí también la dictadura de Trujillo, la viví. Yo no fui activista en contra de Trujillo, yo no fui un opositor en contra de Trujillo, yo fui más bien un individuo moderado, tranquilo, pero eso no significaba que yo no tuviera sentimientos en contra de la dictadura, que no me diera cuenta de lo que estaba pasando y no aprobaba lo que estaba pasando. Entonces para mí escribir, es como retomar, hacer lo que yo no hice.

-¿Cómo Chuchú, no?

-Chuchú es un individuo que se parece mucho a mí porque Chuchú es el individuo que está en todo y se interesa y es estimulado, pero Chuchú hace más de lo que yo hice y hago, yo no reacciono pero Chuchú reaccionaba, él era estimulado por Hortensia o por quien fuera. En *Toda la vida* yo trato de presentar las crisis de la democracia, a partir del año treinta, Episodios es una novela episódica y trato de presentar esas crisis con la participación del personaje principal en la Guerra de Abril, en la época de Balaguer, que viene la separación del PRD que es la gran crisis, que podíamos haber salido de Balaguer, que no era dictador pero era autocrático, era muy autoritario.

-Al final, creo recordar que a él le invade una sensación de angustia...

-La novela comienza con Chuchú y la abuela, la abuela lo lleva hacia lo que era el ideal de su clase, que era que mantuvieran el status, que fueran ricos: ingenieros, médicos, pero Chuchú encontró en Hortensia la otra cara y cuando él sale en la aquella marcha, después del episodio del mitin en el parque Colón de la oposición que Trujillo disolvió a palos y ellos fueron hasta la embajada de México y entonces él se identifica y solidariza con el Movimiento del 14 de Junio y a partir de ahí él tiene la disyuntiva de luchar por la democracia, en contra de sus padres, o luchar en contra de su status y de la riqueza que significaba estar al lado de los conservadores, de los que no pensaban en su país, mientras que estar del otro lado era pensar en el país, en el desarrollo. Chuchú tiene esa disyuntiva en todo momento, entonces cuando él lucha en contra de la corrupción del gobierno de Salvador Hernández, que lo engaña y consigue salir con la ayuda de Darío,

se convierte en un rico y decide abandonar la democracia y la lucha que tenía por ésta, pero él mantiene la sensación de que ha perdido algo, de que eso no era lo que él quería lograr en la vida y entonces viene el episodio con aquella muchacha, Lourdes, Lourditas, que se va a la playa. Él busca en la juventud, a ver si consigue que tomen de nuevo la lucha por la democracia.

-A mí me impactó especialmente el episodio en el que relata la asistencia de Trujillo como padrino en la boda de Adriana.

-Sí, eso sucedía en aquella época y no sólo eso, sino que apadrinara y bautizara a los hijos, eso era un gran honor. El trujillato fue una cosa increíble, por más que uno indague uno siempre encuentra aspectos distintos, sorprendentes. Una de las cosas que yo le critico al trabajo de Vargas Llosa es que él, en *La fiesta del Chivo*, *La muerte del Chivo*, es que él enfoca el trujillato desde el punto de vista de los perdedores, de los corruptos, es decir, en ningún momento aparece un opositor en la obra de Vargas Llosa, ni siquiera como un elemento, él pone a los dominicanos por el suelo.

-La publicación de la obra en la isla fue todo un fenómeno sociológico, fue impresionante, acerca sobre todo de la veracidad o no de la obra...

-Sí, en contra, a favor, todo. Los nombres de los que participaron en la gesta, como nosotros le llamamos, son verdaderos, son realmente los que participaron en eso. Los personajes ficticios son Urania, Cabralito y Cerebritito, pero los otros son reales. Yo lo que pienso es que es una novela excelente, desde un punto de vista de novela de ficción. Yo creo que él no le hace justicia a los dominicanos por eso mismo, porque de alguna manera él debió haber metido a un personaje, a alguien que realmente estuviera luchando, no que todo el mundo se entrega, los mismos héroes del ajusticiamiento, toditos habían sido antes trujillistas y era verdad. Había opositores dentro del régimen desde los años 30, el doctor Viriato Fiallo, que fue un opositor que él mantuvo. Pero es una novela excelente técnicamente, él es un fenómeno, ese juego de los tres tiempos es una maravilla.

-Y ¿qué opina usted del resto de novelas escritas “desde fuera”: Galíndez, *En el tiempo de las mariposas*? ¿Considera imprescindible haber vivido el trujillato para hacer una buena novela sobre el mismo?

-No, yo pienso que no, son novelas históricas, si no Yourcenaur no hubiera podido escribir *Memorias de Adriano*. Se inventa, porque la ficción es inventar, crear sobre la base histórica, sí se puede; el que tome a Vargas Llosa como un libro histórico lo está tomando mal porque no es un libro histórico, es una novela, es ficción, como dice él mismo, es una mentira. La cuestión es ¿vio el planteamiento emocional del personaje? ¿vio el planteamiento emocional de la época? Yo creo que él vio el planteamiento emocional de la época, pero no del personaje. En las interiorizaciones que pone en boca de Trujillo uno siente que no llegan, que no fue eso Trujillo.

Yo no hablé con Trujillo nunca, pero estuve muy cerca de él. En ocasiones estuve muy cerca de él porque él actuaba socialmente y mi familia colaboraba con Trujillo. Entonces yo lo veía en las fiestas sociales y yo bailaba y él bailaba, era un hombre imponente, soberbio, con un carisma, una mirada penetrante y era un hombre que estaba acostumbrado al mando y quien está acostumbrado al mando de alguna manera se le siente. Yo digo, qué distinto nuestro presidente a cuando no era presidente. Hipólito era un hombre amable, sencillo que atraía, simpático, ahora mismo tú lo ves y aunque él trata de recrearse, es una ficción de lo que él era. Entonces yo creo que sí, que se puede escribir sobre el trujillato sin haberlo vivido. Yo no he leído a Montalbán, comencé a leerlo y me parece también que trabajó técnicamente la novela muy bien, que comienza con aquella periodista, pero no terminé de leerla. Sobre Julia Álvarez, siempre he argumentado que no es dominicana, no es dominicana porque se crió en los EE.UU, pero eso no le impide a ella escribir y escribir desde un punto de vista donde lo dominicano toma importancia. En el caso de las mariposas, *En el tiempo de las mariposas*, uno siente los personajes. El problema de la novela es que yo creo que ella le da más importancia a lo que menos importancia tiene, a la que sobrevivió, porque de tanto hacer intercambios y tal, de repente surge como una personalidad que no termina de encajar. Pero las otras tres, a cada una le da una personalidad, que sean o no verdaderas, eso es otra cosa, habría que conocerlas. Quizás a la que más se acerca y que quizás idealiza es a Minerva, porque alrededor de Minerva se está creando ya un mito. Aparece también en *Tiempo para héroes*. Por ejemplo, ella se equivocó en la novela

sobre Salomé Ureña, una poetisa de fin de siglo que escribe un poco a lo clásico, a lo romántico, pero que tiene la singularidad de fundar la escuela femenina, la escuela para la mujer. La mujer hasta la época de Salomé llegaba hasta la primaria y ella implanta la secundaria y crea las maestras. Salomé se casa con Francisco Henríquez y Carvajal que es el presidente de la República en el momento en que los americanos invaden el país, estaba ya ocupado pero lo toman. Tiene cuatro hijos, Pedro, Francisco, Max y Camila y yo trato la tragedia de Francisco, un niño normal en una familia de genios y esto lo trato en "Serenata". Yo no he leído esa novela de Julia Álvarez porque no quiero compararla con la mía. Pero ella puso una situación de Camila, que era lesbiana, y eso no gustó nada. Yo en "Serenata", que es una de-construcción para destruir el mito y recrear la situación interna emocional de la familia, hacerlo humano. En el caso de la misma familia, pero yo no uso los nombres, ella sí lo hizo. En el caso de Trujillo, no es una de-construcción, sino una destrucción del individuo. No hacer humano a Trujillo, sino demostrar que no fue humano y esa es *Tiempo para héroes*, que tiene cuatro tiempos. Yo allí tampoco menciono ningún nombre propio, sólo los dirigentes, el cubano y el dominicano Moya y Ochoa. Lo que yo me planteé es que si lo que quería era una proclamación de la democracia, estos héroes que vienen y mueren por un ideal, yo voy a plantear dos tipos de héroes: el que realmente va a la lucha por el ideal puro, por sustituir lo malo e imponer lo bueno y el héroe que también cree en el ideal y que también hay que sustituir lo malo, pero que tiene que hacerlo al mismo tiempo, para ir al poder él. La primera novela refleja dos aspectos, el aspecto de acabar con la tragedia de la dictadura, de lo que se da cuenta el héroe joven desinteresado y de cómo esa misma dictadura impide el desarrollo total del país y se imbrican. Hay que luchar contra la dictadura y cómo ésta impide el enriquecimiento del país porque el acaparamiento del dictador de las riquezas no lo permite. En el segundo episodio, es atreverse a enfrentarse a la dictadura. Luego los dos héroes van a estudiar fuera, el héroe interesado va a estudiar economía preparándose para ser presidente de la República, porque para ser presidente tenía que tener una base económica. El héroe desinteresado es sacado por la familia para que no se meta en problemas y alejarlo de la dictadura y ahí se ponen en contacto con los del exilio y ahí viene el planteamiento de lo que era el exilio en el trujillato. Y ya se empieza a hablar de la expedición y el interesado decide ir a esa expedición porque piensa que va a ser exitosa y él tiene que estar ahí para acceder al poder, mientras que el otro muchacho, el héroe desinteresado va a la expedición porque cree en ella.

-Ese es un tema poco tratado, el del exilio, dentro del trujillato.

-Sí. La tercera novela, que se llama “La convergencia”, se edita en la República Dominicana cuando ya los dominicanos saben que hay un grupo de exiliados que han formado el Movimiento de Liberación Dominicana y que están en Cuba y que vienen en una expedición, ahí entra Minerva. Yo presento los tres, cuatro grupos que se forman en ese momento: el grupo militar, el grupo de la clase media y el grupo de la clase más baja y el juego es ver cómo cada uno está disperso y cómo se van juntando para esperar la expedición, que nunca se ponen en contacto con ellos, porque tenían el temor de que lo fueran a traicionar. Entonces esa es la convergencia de los distintos grupos para enfrentarse a Trujillo. Y ya el cuarto, que es “Monte adentro” es la expedición en sí. En todo esto hay un planteamiento de fondo, un hilo de unión. En la primera novela, Guarionex, que es el idealista, el héroe no interesado, comienza teniendo un problema con un hijo de un militar y la familia lo manda a Santiago para que no le salpicara. En Santiago él se mete dentro de la situación de los empresarios que consideraban que una actividad que iba a hacer Trujillo no convenía para el desarrollo del país y querían convencerlo para que no la llevara a cabo. Entonces aparece una vidente que vivía en una montaña, pero cuando bajaba a ver a su familia allí estaba Guarionex y ahí hay una escena donde ella toma la mano a Guarionex y ve la muerte de Guarionex pero no se lo dice y ella le da una bolsita y le dice que cuando esa bolsita dejara de oler, la buscara, que tratara de localizarla, porque cuando se fuese el aroma, era cuando Guarionex iba a estar en peligro y ella quería protegerlo. Y este juego de Guarionex aparece en las cuatro novelas.

-¿Cuándo las escribió usted?

-En el noventa y tres. Ganó el premio nacional de novela y *Toda la vida* también, en el noventa y cinco y ganó el premio del noventa y seis. Yo he tenido suerte. Pero mira, todo lo contrario de lo que te he dicho, de que no me parezco a Chuchú, sí me parezco también, porque cuando yo decido ser literato, no como profesional, pero que sí me iba a integrar en la intelectualidad dominicana, en la narrativa dominicana, yo comencé a estudiar, a leer y no he podido leerme las novelas básicas de la literatura latinoamericana, porque no me da tiempo, porque quiero escribir. Me metí en todos los cursillos e iba a todas las tertulias de todos los grupos y me presentaba y opinaba, con

Bruno Rosario Candelier y he estado trabajando con él y las dos últimas novelas que tengo inéditas están inspiradas en el movimiento de Candelier, el movimiento interiorista. He tenido suerte y he tenido también el talento, pero gente con talento no ha logrado lo que yo he logrado.

-De nuevo retomamos el problema de la novela dominicana, la falta de tradición, etc...

-Yo creo que ahora, en los noventa, comenzó a surgir el boom dominicano y de hecho ya los productos son muy interesantes, ahí está la novela de Pedro Antonio Valdés, Carlos Esteban Deive acaba de escribir una novela que hay que coger un diccionario y sentarse y cada tres palabras buscar su significado. Es una novela en base a cuadros, cada capítulo es un cuadro. Yo hice un trabajito sobre la novela y decía que cuando fui al Prado y veía los cuadros de Velásquez, o Rubens en el Louvre, así es la novela. Es muy interesante. Que todas tengan mérito eso es otra cosa, hay que pensarlo.

-¿Cree que la temática del trujillato ocupa un lugar especial, privilegiado dentro de la novelística dominicana?

-Yo creo que el peso de la historia de Trujillo es algo que hace que sea importante. También hay algo y es que el autoritarismo no se ha terminado y es que mientras esté vigente el autoritarismo, va a estar presente Trujillo. Y ya incluso a nivel de nostalgia, antes era a nivel de enfrentamiento, ahora es nostalgia. Cuando hablo de nostalgia, no es a nivel no crítico, pero sí a nivel de buscar en esa época unos valores, o contravalores que antes se perdían en la pura anécdota y que si a Trujillo lo que le gustaba eran las mujeres, matar hombres y ese tipo de cosas. Yo creo que poco a poco la novela de Trujillo va a ir perdiendo ese lastre y va a comenzar a ser búsqueda de antivalores de la dictadura, porque si no, va a ser repetitivo. Yo no diría que Vargas Llosa agotó el problema de Trujillo y las mujeres, en mi novela vas a encontrar a una mujer seducida por Trujillo, casi igual que en la novela de Vargas Llosa, pero yo creo que si siguen con la seducción de las mujeres, el asesinato y los espías, va a ser repetitivo y para conseguir intereses tienes que ser un Vargas Llosa, trabajar la técnica. Pero si te vas a otros aspectos, creo que la narrativa dominicana puede llegar lejos porque está madurando. El tema se va mantener, eventualmente viene el tema de Balaguer, ya hay una novela sobre

Balaguer, de Viriato Sención, *Los que falsificaron la firma de Dios* y yo creo que va a seguir. Balaguer lo que pasa es que es menos dramático.

2. 8. JOSÉ RAFAEL LANTIGUA

-¿Qué balance haría de la situación de la literatura y de la crítica dominicana actual?

-Se han ido cerrando todos los suplementos literarios, a un nivel de que realmente hoy no hay ya suplementos culturales en el diario dominicano. En los últimos veinte años la única labor realmente documental de libros que se ha hecho aquí. Los suplementos literarios siguiendo una onda vieja, tal vez de los años cincuenta, se acentuó en los sesenta, traían ensayos densos, que creo que no leían ni siquiera los propios familiares ni los propios intelectuales. Pero todos se ufanaban, autores y lectores de que habían buenos suplementos literarios. El nuestro se preocupó por difundir la literatura dominicana y la literatura extranjera e informar no sólo al país cultural sino a todo tipo de lectores, un documento bibliográfico se llamaba “Biblioteca” se difundió primero en “última hora” que era el diario vespertino del “Listín Diario” y entonces, el propósito era difundir y seguimos pensando que sin la difusión de nuestros escritores y libros, sin la difusión y evaluación, examen de las obras extranjeras más importantes, que en aquel momento estuviesen en España o en Latinoamérica difundiéndose, nosotros no estábamos al tanto y eso ganó mucho terreno y se convirtió gracias a los lectores y a la misma clase intelectual, en el principal suplemento. Ahora estamos en una situación muy triste porque se publica un libro y ya no hay nadie quien lo comente. Había un suplemento muy bueno en el periódico “El Caribe” que acaba de desaparecer por la situación económica, siempre se corta por ahí, por la cultura. Ahora mismo te publican un libro y lo más que puedes conseguir es una simple reseña en el periódico, probablemente un espacio menor. Y eso ha sido fatal. Pero bueno, eso es un detalle para situarte. ¿ Qué es lo que tú quieres saber?

-Acerca de los problemas de la literatura dominicana: tradición literaria, financiación...

-José Israel sin duda, te habrá sido de mucha ayuda, porque al fin y al cabo fue la fuente fundamental de Mario y también de Manolo Vázquez Montalbán que me tocó presentar cuando vino aquí, en el veinticinco aniversario de la editora Taller. Pero de todo ese grupo de personas que has entrevistado, están dos de los principales críticos del país,

que son Diógenes Céspedes y Bruno. Aunque Bruno, su análisis lo ha centrado en obras dominicanas con otra vertiente, más que propiamente el tema de Trujillo.

-Sí, en efecto, ha estudiado los ciclos de la “novela de la revolución”, “la novela de la caña” y “la novela bíblica”.

-Sí, aunque redescubrió algunas novelas, pero es otro tema más folclórico, más digamos, metido en la raigambre popular y en los mitos populares. Ese ha sido su trabajo y aquello que le dio fama de lo popular y lo culto en la poesía dominicana, con lo que obtuvo el doctorado en España. Diógenes no ha hecho un análisis más a fondo pero lo ha tratado en artículos y trabajos, que tal vez no haya llegado a libros; ha tratado ese tema.

-La persona que creo que más ha tratado el tema, aunque de forma superficial pero sí muy acertadamente ha sido Manuel Rueda en un artículo sobre la novela del dictador en Santo Domingo. El resto no se zambulle de lleno, quizás José Alcántara lo nombra, en “Los escritores dominicanos y la cultura”, pero tan sólo menciona los cuentos de Marcio Veloz y de Miguel Alfonseco, no ahonda.

-Eso sucede con casi todos los críticos, a la hora de hacer sus evaluaciones; Diógenes, Bruno, toman sujetos específicos del entramado bibliográfico, específicamente del tema de la dictadura y no son muy abarcadores. Hay una persona, porque el objeto del investigador es hablar con todo el que pueda, hay una persona que yo no simpatizo mucho con el enfoque que da al tema, creo que se equivoca en algunas cosas, y lo he escrito y me tocó comentar sus trabajos por no manejar bien el idioma, pero que no obstante ha sido el único.

-Giovanni Di Pietro, ¿no?

-Giovanni, sí. Ha sido el único que ha dedicado cierta sistematicidad a la novela trujillista. Y quizás por su posición de no ser dominicano, y eso también tiene sus bemoles, pues puede enfrentar abiertamente el tema y decir esto no sirve, o sí. Aquí lamentablemente somos una isla, somos un país pequeño, nos conocemos todo y a veces nos da apuro decirle a cualquiera: mira qué porquería es ésta. En el caso de Giovanni

cae en el desliz de hacer juicios que me parecen correctos pero que a veces se va por un lado que se equivoca, no es riguroso.

-¿Piensa que la novela del trujillato tiene especial importancia dentro de la novela dominicana o es un tema más?

-En algún lugar yo he escrito que el malditismo trujillista nos persigue, nos acorrala desde hace ya décadas. Y en verdad ese es prácticamente el tema por el que, que quieras o no, los narradores nuestros tiran, sea para afrontarlo o para enfrentarlo. Algunos lo rehuyen porque no quieren caer en lo que la mayoría caen, pero yo a veces pienso si huyen a conciencia, es decir, si manejas otro tema porque es la llave de tu interés, porque por ahí quieres caminar o si es simplemente por no hacer aquello y diferenciarse. Yo creo que se cae de algún modo u otro en esa misma situación. Pienso que los filones del trujillato son múltiples, que hay muchas cosas que faltan por montar, normalmente nos hemos centrado en el hecho concreto de la muerte del chivo o el asesinato de las Mirabal, pero nadie ha tomado generalmente en cuenta, no sé si tú te habrás enterado, de lo que pasó en la dictadura durante en el Sisal. Hay una novelita malísima, mal escrita, pero donde hay tantos elementos sabrosos, como digo yo, para ser una gran novela. Nadie lo ha trabajado, yo creo que los narradores nuestros son muy cómodos, los mejores quiero decir, los que han alcanzado mayor estrellato, como el caso de Marcio, son novelistas muy esquemáticos. Si lees la obra de Marcio te encontrarás con que son bocetos, nunca acaba de desarrollar bien el tema. Algunos pusieron el grito en el cielo cuando Vargas Llosa hizo su trabajo, pero por Dios, ¿por qué no lo asumiste tú? ¿por qué protestas que Vargas Llosa...? pero nunca lo asumiste. Ahora Vargas Llosa me tocó, por su relación con Lourdes y con José, me tocó acompañarlo a más de un lugar y en las dos o tres veces que vino pues tuvimos varios contactos, cenamos juntos, comimos juntos, tuvimos varios encuentros, porque Vargas Llosa dedicó mucho tiempo, muchos meses a la evaluación de cada detalle. Me tocó acompañarlo al Colegio Santo Domingo, que como sabes allí estuvo el obispo. Y Vargas Llosa preguntaba si las flores que estaban allí estaban en esa época, hasta ese detalle: qué flores había, qué cosa había y tomaba nota. A mi pueblo nativo, a Moca, en el Cibao, de donde era Antonio de la Maza, el matador principal de Trujillo, fue e indagó y llegó al parque y anotó y fue y lo entrevistó. Los de aquí asumimos el tema en un gabinete, como digo yo, se encierra el escritor y empieza a escribir de memoria y no investigan nada, no indagan y por eso hay

tantos errores y tantos errores de enfoque y bueno... y de la metodología ni hablar. Eso no ha cambiado mucho. No es falta de tiempo es falta de método porque algunos tienen muy buena formación intelectual pero no tienen una buena metodología. Y los escritores, y esto que digo provocó hace tiempo una polémica, que se fueran fuera no se hicieron creadores, se hicieron críticos. Fue lo que le pasó a muchos de nuestros escritores, aunque parezca un disparate, no fueron a París. Los grandes, Cortázar, Márquez, Borges, fueron a París y nuestros intelectuales no fueron a París y los que fueron se hicieron críticos, catedráticos a sus poltronas caseras a hacer críticas sin haber sido nunca creadores. Sólo hay un creador, Guillermo Piña-Contreras, hizo una novelita pobre, es el afán de mostrar que es creador.

-Sí, Fantasma de una lejana fantasía, ¿no?

-Sí, una prosa muy light. Es un tipo interesante para que hablaras con él, aunque ahora mismo está en París de viaje, es un tipo complicado personalmente pero interesante. Pero se quedó ahí. Hay un problema no de formación, están magníficamente formados, pienso yo, el caso de Enriquillo Sánchez, que pudo ser el caso del gran narrador, sí pasó por París, sí es creador, su papá fue diplomático, pero sin embargo cuando hizo el intento de hacer novela, con una novela que se llama *Musiquito*, aquello fue fatal. Cayó en una frustración enorme, pero tiene todas las condiciones, acabamos de premiarlo en el premio nacional de ensayo, con un trabajo interesante, porque como ensayista es una maravilla, pero como creador pudo ser el gran sucesor. El gran problema para la novela, para centrarnos en lo que te interesa, ha sido un problema de falta de método. No conocen bien la metodología narrativa, lo que implica sobre todo, investigando, abordando la investigación. Marcio se enorgullece de decir que él se sienta y hace una novela en un mes y lo ha dicho en más de una ocasión, y que no la corrige, porque no hay que corregirlo. Mayra Montero, una escritora cubana que lleva veinte años viviendo en Puerto Rico, gran amiga mía y de mi esposa, yo la traje al país. Supe de ella, porque yo antes tenía un amigo en Tusquets que me enviaba las obras antes de que llegaran aquí y yo descubro su novela y pienso cómo puede ser que esta persona que nadie conoce, acabe de escribir una obra sobre un tema dominicano y luego más obras sobre el tema dominicano. Para el momento en que yo conozco ese libro de Mayra, ya había publicado un libro de cuentos, alguien había dicho aquí, un escritor, un narrador de cuentos muy bueno, que no había filones aquí ya para escribir, que no había nada más

que hablar que no fuera el trujillato. Yo le dije que eso no podía ser y vino la novela de Mayra y yo me preguntaba cómo puede ser que una persona, sobre un hecho policial, la muerte de alguien, es capaz de crear toda una estructura y hacer esta novela, ¿por qué no descubrimos nosotros los filones que hay fuera del trujillato? Y dentro del trujillato todavía no habíamos hecho, y aún no había salido ni *La fiesta del Chivo* ni *En el tiempo de las mariposas* cuando salió esta primera novela de Mayra. Entonces yo creo que hemos sido facilones, hay ausencia de método, los nuevos escritores, de generaciones recientes, cincuenta y sesenta, no han superado, han hecho el intento, han mejorado, lo han intentado. Hay una novela buena, *Tiempo muerto* de Abelina Stali, que trata del problema de la explotación de la caña en San Pedro de Macoría. Pero el tratamiento, la estructura, la arquitectura narrativa es muy deficiente, deja mucho que desear, y yo creo que por ahí anda el problema.

-Tras muerte de Trujillo, no hay intelectuales que publiquen obras; luego novelas influidas por marxismo, revolución cubana y del 65 y apenas nada sobre Trujillo...¿Por qué ese vacío novelístico desde el 65 hasta el 75?

-Pienso y yo creo que tú deberías leer un libro mío...

-¿La conjura del tiempo? Lo he leído ya.

-Ahí yo abordo indirectamente el tema, pero pienso que lo que sucede es que primero, para ir a tu ritmo, el grupo de intelectuales notables, notabilísimos que acompaña a Trujillo, la semana pasada estuve en Naciones Unidas y nos decía un embajador viejo, jubilado, que en los anales de la Naciones Unidas no existe un equipo diplomático de un país con mayor preparación que el que existió en el país en el 56 hasta el 61, en el gran apogeo de la era, porque ahí estaban las grandes figuras intelectuales del país. Esas grandes figuras intelectuales, la mayoría eran historiadores, ensayistas que dedicaron su vida a escribir pendejadas del trujillato y a alabar al jefe y esas cosas. Unos pocos como Marrero Arísty hizo la novela de la caña, pero no podía de ningún modo hacer un enfoque que tuviera que ver con la dictadura, eso debía naturalmente que corresponder a los que siguieron, ahora, los que siguieron, Marcio incluido, se insertaron de inmediato en el proceso político, en la Unión Cívica Nacional, primer movimiento no partidista, de lucha contra los remanentes del trujillato, se metieron en esa vorágine que consumió al

país durante más de un lustro, en su primera parte, porque en realidad fue más de un decenio posterior a la muerte de Trujillo. Desde el 61 hasta el 66 con el ascenso de Balaguer, el país vive en una lucha constante, y los que podían haber sido los grandes valores narrativos estaba politizados y enfocaron más el cuento que la novela y la poesía, pues era la onda en el mundo, porque eso se daba en los países con formación vieja, con tradición histórica de desarrollo de la novelística, que nosotros no teníamos. Nos habíamos quedado con el *Enriquillo*, *Over* y esas novelistas que eran importantes en nuestra bibliografía y bueno, y está también la influencia de Bosch que era un gran cuentista y que agrupa a estos muchachos, Enriquillo Sánchez, Armando Almánzar, entre otros, son los primeros que ganan el primer concurso de cuentos después de la dictadura y ahí empieza la trayectoria, primero con “La máscara” y luego con “Casa de teatro” que es la entidad que lo sigue haciendo después de más de treinta años. Todos formaron parte de distintos agrupamientos literarios politizados. “El puño” pertenecía a un partido político, a un sector de la izquierda. Spencer, gran intelectual, de derechas, que frecuentaba las cafeterías con Luis Rosales, Aleixandre con ese grupo y gana el premio Adonais, muy prestigioso, pero regresó al país y esa fue su frustración y murió frustrado, justo el mismo día que le daban el premio nacional por la obra de su vida, *El actor en la noche* y al mediodía murió de un infarto. Fue un hombre amargado, un poeta importante que siempre quiso ser el poeta mayor, ensayista, filósofo, pero no novelista. Ninguno abordó la novela y pasó un largo periodo sin que la novela fuera abordada. Lo que estaba irrumpiendo en ese momento era Marcio con la dictadura, con *Los ángeles de hueso*, pero más por lo que significó experimentar es como cuando tú lees a François Sagan hoy y lees *Buenos días tristeza* y ¡Díos mío! que nos arrebató y nos robó, ya no y eso pasa con *Los ángeles de hueso*, cuya última edición hace unos años la presenté, Marcio me pidió que la presentara, y en el acto recordé lo que esa obra significó para nosotros, los adolescentes de entonces, como obra experimental. Marcio, alguno que otro más...

-En los setenta, tenemos a Carlos Federico Pérez, con *La ciudad herida*...

-Sí, que nunca tuvo una gran... sí, con el tema de la ciudad. La ciudad llegaba antes hasta la avenida Lincoln y ellos vivieron esa etapa y la ciudad de pronto empezó a transformarse, la ciudad intramuros, es el escenario de la revolución del 65, una revolución marca a una generación de manera muy fuerte. Entonces, al momento de

llegar Balaguer a partir del 66 viene otra batalla, donde la política también es la que dirige todo, y llegamos incluso a asistir las conferencias sobre el realismo socialista, una de las peores desgracias que le pudo ocurrir a la literatura universal, y las exaltaciones. Por suerte aquí en nuestro caso, sólo un grupito accedió a eso y murió en el intento, hoy ni se recuerda nada de eso. Entonces la narrativa corta ahí tuvo grandes despliegues y lo sigue teniendo porque lo que más abunda y nace cada día es la narrativa corta. Pienso, como tú debes saber, tanto o mejor que yo, que la novela exige pues una inmersión total en el proyecto y no se puede escribir una novela sentado en el ordenador y ya, no es así que se hace una novela si la haces eres un genio, obviamente. Y la mejor novela del trujillato ha tenido que venir de fuera, o de las manos de Julia, que es una dominicana que se educó en EE.UU, se fue a los ocho años de aquí o de las manos de Vázquez Montalbán o de las manos de Vargas Llosa, es insólito pero es así.

-En los 90 aluvión de textos del trujillato, ¿por qué?

-Yo creo que el boom habría todavía que ponerlo entre comillas, porque no sé hasta dónde es un boom. Si lo vemos desde lo que ha sido el desarrollo histórico de la narrativa dominicana tal vez, pero tampoco es una cosa que nos apabulle, porque realmente no estamos viendo progresos en ese sentido. Yo creo que eso lo marca primero, la obra de Julia que algunos recibieron con reticencias, yo siempre la recibí con entusiasmo, creo que ella es buena narradora, algunas traducciones son malísimas pero ya eso no es culpa de ella y ella ha hecho una novela con una estructura interesante que no han hecho aquí otros, es tan simple como eso. Y luego acaba de darle el palo la novela de Vargas Llosa. Entonces ahora de pronto todos quisieran hacer la novela del trujillato, tardíamente, no quiero decir que no queden los filones que te mencioné anteriormente, digo tardíamente, porque han venido a darse cuenta cuando ha pasado tanto tiempo, de que ahí estaba el asunto.

-José me decía que instaba a dominicanos a escribir sobre Galíndez porque él tenía material y que a nadie le interesó.

-Claro, porque implicaba una investigación. Hay algunas esquinas del trujillato que no han sido escritas aún, que no conocemos, quiero decir que no la conoce el gran público, son cosas íntimas, particulares. Pienso, he pensado siempre, las queridas de Trujillo, las

amantes de Trujillo, dan para una novela. Con alguna de ellas he hablado últimamente y realmente da para un novelón...

-O Porfirio Rubirosa... hay libros de testimonios, anecdotarios...

-Se ha dado más importancia a eso sin duda alguna. Yo creo que un elemento que no podemos dejar de lado, nosotros no tenemos tampoco una sociedad real de lectores sólida, como no tenemos un industria editorial, lo que abunda son las ediciones de autores. Eso constriñe mucho. Aquí los autores tenemos que hacer nuestras propias ediciones. Hubo una época que en Taller, con Lourdes y José Israel, se hacían ediciones, pero ya ellos se cansaron de eso porque era poco rentable, Alfa y Omega, alguna que otra editora, pero bueno la situación con la crisis económica es tremenda. Alfaguara lo que hace son ediciones locales y no lo saca de aquí, tiene una política de hacer ediciones locales en los países donde está, es una política... Al mismo Andrés L. Mateo no le publica su novela Alianza por ser un gran novelista, yo soy un gran amigo de Andrés, esa novela la presenté yo y me gusta esa novela, creo que incluso sale una magnífica película de ahí, pero ¿qué pasa?, Andrés era en ese momento un secretario de educación y la editorial, Alianza había hecho un negocio con educación y le editaron, para publicar más novelas incluso y no ha salido ninguna otra. A la novela hay que promocionarla mucho, hay que hacer gira como las estrellas, es el mundo. Bueno, como decía, la sociedad de lectores es muy pobre, el hábito de lectura es terrible. Yo dirigí este mismo año, bueno fue el año pasado, pero lo publicamos este año, la primera encuesta sobre hábitos de lectura que se hace en este país y eso afecta mucho al desarrollo de la novelística que es un esfuerzo tan grande. Aquí se publica tanto anecdotario de Trujillo... porque eso sí que le gusta a la gente, el chisme le encanta a la gente y aunque no sea un lector asiduo lo compra y mucha gente compró *La fiesta del Chivo*, más para decir “yo la tengo”. Esta encuesta, que apenas es el primer paso, la vamos a mejorar el año que viene, pero es el punto de partida y antes no se sabía nada. Ahí está el mayor mal de nosotros. La novela sólo se desarrolla bien y se encauza donde existe una sociedad de lectores que responda a ese esfuerzo. Los cubanos han tenido una enorme cantidad y tienen una enorme cantidad de novelas, todos los días salen novelas nuevas, pero por una situación muy especial, no trabajan. Durante cuarenta años de revolución no han trabajado, salvo cuando lo han enviado a cortar caña o algo, pero el intelectual

siempre ha buscado la forma de poder trabajar y ellos tienen tiempo para escribir. Los nuestros tienen que salir a trabajar.

-Pero también influye la falta de desarrollo económico en el país.

-Totalmente, así es la realidad.

-¿Por qué no se ha escrito tanto sobre Lilís?

-Insisto en el aspecto investigativo, en el caso de Lilís, excepto *La sangre* de Julio Cestero, como una novela emblemática de ese periodo y se quedó ahí, Lilís ha pasado mucho tiempo y pienso que Trujillo dejó detrás todo eso, aplastó aquello. Pero mira, te voy a dar un dato, un poco para completar por qué se fue nuestra literatura por otro camino, cuando estaba ahí el filón de la tiranía para eso, ya te expliqué todo lo del proceso político que fue muy marcador, muchos de estos escritores buenos, incluyendo a Andrés tuvieron que irse, huir del país, la persecución política y aparte de eso, estaba el marxismo y la militancia comunista, Andrés fue de los que se fue a Cuba, como muchos, y otros se fueron a Polonia, Hungría, Moscú. Qué sucede entre los años 70 y 80, bueno, estaba todavía el compromiso político muy marcado, la izquierda fue determinante en el sector intelectual, arrojó a los intelectuales en los distintos grupúsculos que se formaron alrededor de la izquierda marxista, unos respondían a Cuba, otros Moscú, a China, que los revisionistas, que los maoístas, hubo algunos que recibían dinero de países tan raros como Albania, comunistas. Eso yo lo estudio en parte en *La conjura del tiempo*, pero pocas veces se ha abordado, porque los intelectuales también, más importantes estuvieron involucrados en eso y nadie quiere tocar ese tema. Es otro tema maldito. Pero qué sucede en los 70 y 80, que hay un sector surgiente de escritores jóvenes, cuyas preocupaciones, inquietudes son otras que la de la vinculación política o la de la preocupación por lo del trujillato, están viviendo otras coordenadas muy diferentes, pero de manera casi clandestina, no es que era secreto, pero formaron logias donde manejaban muy íntimamente sus cosas. Cuando se descubre eso, cuando Marta Rivera que no ha seguido escribiendo lamentablemente, escribe una novela, *He olvidado tu nombre*, que gana la primera edición del primer premio de novela internacional que celebramos aquí y que otorga “Casa de Teatro”, donde el jurado fue Marcio, Mayra Montero y el cubano, Francisco López Sánchez, premio que se da cada

dos años al sector antillano y ahora se ha ampliado para todo el espectro latinoamericano. Esa novela descubre para la literatura dominicana que la preocupación de la generación intelectual de los setenta y de los ochenta, no era ya el tema político que arrogó a los de los sesenta, ellos estaban experimentando con hongos, orgías sexuales, intercambios, estaban en otro mundo, marihuana, estaban viviendo otra realidad... un grupo bastante importante y esa novela cuenta esa historia. Pero esa novela, en un país con un desarrollo socio-económico, que es fundamental, como tú bien me has dicho, y con un desarrollo lectorial, esa novela pudo haber marcado una tendencia nueva dentro de la literatura. Pero se quedó en esa novela, bueno, más o menos la ha seguido, todavía tengo dudas sobre su calidad literaria, pero se habla mucho de ella, la ha seguido, aunque ella es posterior, de los noventa, Rita Indiana Hernández, que lo mismo hace teatro, pero también ha hecho una novelita y entonces ella sigue hablando de ese asunto que sigue hasta nuestros días porque siguen existiendo esas experimentaciones. Pero no marcó una tendencia y se queda ahí.

Pero el tema del trujillato no se ha agotado y seguirá y aún hay muchas cosas que descubrir.

-Lo último que quería preguntarle de las tres novelas desde fuera, es acerca de recepción de las obras: Galíndez no desata igual furia que Vargas Llosa, más cobertura tuvo En el tiempo de las mariposas... Y por otro lado la crítica negativa del chivo aún después de haber vendido 50.000 ejemplares. ¿Qué me dice de todo esto?

-Mira, envidia intelectual, no hay otra razón. La novela de Vargas Llosa la presentamos en conjunto Bernardo Vega y yo con Mario en el hotel Jaragua, fue diferente, como una tertulia. Mira, vamos a comenzar por Vargas Llosa que es lo último, con Vargas Llosa en primer lugar ha habido enemistades políticas, se arrastra el que la política siga siendo aquí centro y meollo de todo, de cualquier proceso, incluyendo el literario. Todavía no le perdonan a Mario su oposición a la Revolución Cubana, etc, su cambio ideológico... ahora sigue siendo aclamado y aquel acto fue grandioso y creo que la gran mayoría lo respalda y lo apoya, pero lamentablemente hay todavía alguna diatriba con él, de cualquier modo también Mario toca intereses. Quiénes han protestado, Fond Bernard, que el mismo Mario atacó esa noche, que se quiso echar a un lado y que siempre se cree que es el único que debe hablar del trujillato. Diógenes Céspedes lo atacó en un artículo pobrísimo, él que vino hablando aquí de que el método tenía que cambiar y señaló unos

errores del lenguaje, un problema gramatical aquí, allá... ¡por Dios!, fue pendejo todo eso y alguno más.